El Misterio de Salem’s Lot
Stephen King



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Naomi Rachel King
«... en cumplimiento de promesas»

NOTA DEL AUTOR

No hay quien escriba solo una novela larga. Me gustaría robar un momento al lector para agradecer a algunas personas su ayuda en este libro: a G. Everett McCutcheon, de la Hampden Academy, por sus sugerencias prácticas y su estímulo; al doctor John Pearson, de Old Town, Maine, inspector médico del Condado de Penobscot y reconocido miembro de esa excelsa especialidad médica que es la medicina general; al padre Renald Hallee, de la Iglesia católica de San Juan en Bangor, Maine. Y naturalmente a mí mujer, cuyas críticas son tan severas e inflexibles como siempre.

Aunque los pueblos cercanos a Salem's Lot son totalmente reales, el propio Salem's Lot no existe en modo alguno más que en la imaginación del autor y cualquier semejanza entre las personas que allí viven y las que habitan el mundo real no es más que una coincidencia no intencionada.

S. K.

PRÓLOGO

Viejo amigo, ¿qué es lo que buscas?
Tras tantos años de ausencia vienes
con las imágenes que albergaste
bajo cielos extraños
muy lejanos de tu tierra.

GEORGE SEFERIS

1

Casi todo el mundo creía que el hombre y el chico eran padre e hijo.

Atravesaron la comarca dirigiéndose sin seguir una dirección muy precisa hacia el sudeste. Viajaban en un viejo Citroen de dos puertas y tomaban preferentemente las carreteras secundarias, que recorrían en tramos irregulares. Por el camino se detuvieron en tres lugares antes de llegar a su destino: primero en Rhode Island, donde el hombre alto de cabello negro se puso a trabajar en una fábrica textil; después en Youngstown, Ohio, donde trabajó durante tres meses en una línea de montaje de tractores y finalmente en un pueblecito californiano próximo a la frontera con México, donde trabajó como empleado de una gasolinera, además de realizar reparaciones en pequeños coches europeos, con un éxito que a él mismo le resultó tan sorprendente como reconfortante.

Cada vez que se detenían, el hombre compraba un periódico de Maine, el Press-Herald de Portland, y buscaba en él los artículos que hicieran alguna referencia a una pequeña ciudad del sur de Maine llamada Jerusalem's Lot y a la región circundante. De vez en cuando encontraba alguna noticia sobre ellas.

Antes de llegar a Central Falls, Rhode Island, escribió en diferentes cuartuchos de motel el bosquejo de una novela que despachó por correo a su agente literario. Un millón de años atrás había sido un novelista de cierto éxito, cuando las sombras no habían invadido aún su vida. El agente llevó el borrador a su último editor, quien se mostró cortésmente interesado aunque no muy decidido a efectuar un adelanto de dinero. Pedir algo y dar las gracias por nada, explicó el hombre al muchacho mientras hacía pedazos la carta del agente, todavía era gratis. Lo dijo sin demasiada amargura y de todas maneras comenzó a escribir el libro.

El muchacho no solía hablar. Su rostro siempre estaba tenso y sus ojos eran sombríos, como si estuvieran escudriñando continuamente algún yermo horizonte interior. En los bares y en las estaciones de servicio donde se detenían por el camino se mostraba simplemente cortés. Parecía no querer separarse del hombre alto y se ponía nervioso cuando éste le dejaba, aunque sólo fuera para ir al cuarto de baño. Se negaba a hablar del pueblo de Salem's Lot, aunque el hombre procuraba sacar el tema de vez en cuando, y nunca miraba los periódicos de Portland que su compañero dejaba deliberadamente a su alcance.

Cuando terminó el libro ambos vivían en una casita sobre la playa apartada de la carretera. Los dos solían nadar en el Pacífico, más cálido y amistoso que el Atlántico. En el Pacífico no había recuerdos. El chico empezó a ponerse muy moreno.

Aunque vivían bastante bien, ya que podían comer tres veces al día y tenían el refugio de un techo seguro, el hombre había empezado a sentirse deprimido y a abrigar dudas sobre la forma de vida que llevaban. Se había convertido en su maestro, y aunque al muchacho no parecía perjudicarle demasiado el hecho de no ir al colegio (era un chico despierto y con afición a los libros, como también lo había sido él), no creía que ayudarle a

olvidar Salem's Lot pudiera hacerle ningún bien. A veces, durante la noche, gritaba en sueños y arrojaba las mantas al suelo.

Recibieron una carta de Nueva York. El agente le comunicaba que la editorial Random House le ofrecía doce mil dólares de adelanto y que casi había cerrado un trato con un Club de Lectores.

Sin duda parecía interesante.

El hombre dejó su trabajo en la gasolinera y, junto con el muchacho, cruzaron la frontera.

2

Los Zapatos (un nombre que por absurdo resultaba secretamente atractivo al hombre) era una pequeña aldea situada no lejos del océano. Estaba bastante libre de turistas. No tenía una buena carretera, ni vista al mar (para ello había que seguir unos ocho kilómetros más hacia el oeste) ni lugares históricos de interés. Además, la taberna local estaba plagada de cucarachas y la única prostituta era una abuela de cincuenta años.

Al dejar atrás Estados Unidos su vida se llenó de una quietud casi extraterrena. Pocos aviones sobrevolaban sus cabezas, no había autopistas de peaje y nadie tenía una cortadora de césped eléctrica (ni se preocupaba por tenerla) en ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Tenían una radio que no emitía más que una sucesión de ruidos carentes de significado; todos los noticiarios se transmitían en español, que el chico empezaba a entender pero que para el hombre era y seguiría siendo incomprensible. Parecía no existir otra música que la ópera. Por las noches, a veces sintonizaban una emisora de música pop desde Monterrey, frenética con las inflexiones de Wolfman Jack, pero la onda aparecía y desaparecía. El único ruido de motor era el de un viejo Rototiller, propiedad de uno de los granjeros locales. Cuando el viento soplaba en esa dirección, el sonido entrecortado les llegaba débilmente a los oídos, como un espíritu inquieto. Sacaban a mano el agua del pozo.

Un par de veces al mes (no siempre juntos) oían misa en la pequeña iglesia de la aldea. Ninguno de los dos entendía el significado de la ceremonia, pero iban de todas formas. A veces, el hombre dormitaba en el calor sofocante al ritmo familiar de las plegarías y de las voces que las formulaban. Un domingo, el muchacho salió al destartalado porche del fondo, donde el hombre había empezado a escribir otra novela, y con voz vacilante le dijo que había hablado con el sacerdote para que le admitieran en la fe de su iglesia. El hombre hizo un gesto de asentimiento y le preguntó si sabía bastante español para aprender el catecismo. El chico contestó que no creía que eso fuera un problema.

Una vez a la semana, el hombre hacía un viaje de más de sesenta kilómetros en busca del periódico de Portland, Maine, que tenía siempre una semana de antigüedad por lo menos y a veces estaba manchado de orina de algún perro. Dos semanas después de que el muchacho le comunicara sus intenciones, encontró un artículo de fondo sobre Salem's Lot y sobre una ciudad de Vermont llamada Monson. En el relato se mencionaba el nombre del hombre alto.

Éste dejó el periódico por la habitación sin muchas esperanzas de que el muchacho lo leyera. El artículo le inquietaba por varias razones. Al parecer, no todo había terminado en Salem's Lot.

Al día siguiente, el chico se le acercó con el periódico en la mano doblado de manera que se viera el encabezamiento: «¿Pueblo fantasma en Maine?»

-Tengo miedo -comentó.

-Yo también -respondió el hombre alto.

3

¿PUEBLO FANTASMA EN MAINE?
por John Lewis Director articulista de Press-Herald.

JERUSALEM'S LOT. - Jerusalem's Lot es una pequeña ciudad situada al este de Cumberland y a treinta kilómetros al norte de Portland. No es, en la historia norteamericana, la primera ciudad que muere y desaparece y probablemente no será la última, pero es una de las más extrañas. Los pueblos fantasma son comunes en el sudoeste norteamericano, donde las comunidades crecieron poco menos que de la noche a la mañana, en torno de ricos filones de oro y plata para desaparecer después casi con la misma rapidez a medida que las vetas se agotaban, dejando que las tiendas, los hoteles y los saloons se pudrieran, vacíos, en el silencio del desierto.

En Nueva Inglaterra, la misteriosa muerte de Jerusalem's Lot, o Salem's Lot, como suelen llamarlo los nativos, sólo encuentra parangón en una pequeña ciudad de Vermont llamada Monson. Durante el verano de 1923, al parecer Monson dejó de ser habitable y desapareció, y con ella desaparecieron sus 312 habitantes. Las casas y los edificios de algunas pequeñas tiendas del centro de la ciudad están todavía en píe, pero desde ese verano de hace cincuenta y tres años siguen deshabitadas. En algunos casos, los muebles han sido retirados, pero la mayoría de las viviendas continúan amuebladas, como si en medio de la vida cotidiana un misterioso viento se hubiera llevado a la gente. En una casa la mesa estaba puesta para la comida, hasta con un centro de flores, marchitas desde hacía mucho tiempo. En otra, uno de los dormitorios estaba preparado para que alguien se acostara, con las camas prolijamente dispuestas. En una de las tiendas de la localidad se encontró sobre el mostrador una pieza de tela de algodón podrido y la caja registradora marcaba un dólar con veintidós. Los investigadores encontraron casi 50 dólares en el interior de la caja.

A la gente de aquella zona le gusta entretener a los turistas con la historia e insinuar que el pueblo está encantado; eso, dicen, explica el hecho de que desde entonces haya permanecido vacío. Una razón más plausible podría ser la circunstancia de que Monson se halla situada en un olvidado rincón del estado, lejos de todas las carreteras importantes. Allí no hay nada que no se pueda encontrar también en otras ciudades, a no ser, por supuesto, el misterioso hecho de quedarse súbitamente deshabitada, algo parecido a lo que ocurrió en Mary Celeste.

En el censo de 1970, Salem's Lot figuraba con 1319 habitantes, un aumento de 67 personas en los diez años transcurridos desde el censo anterior. Es un municipio extenso y placentero al que sus antiguos habitantes llamaban familiarmente Solar y donde jamás sucedía nada demasiado notable. El único tema de conversación de los ancianos que se reunían regularmente en el parque y en el almacén agrícola era el incendio de 1951, cuando un fósforo arrojado por descuido inició uno de los incendios forestales más impresionantes en la historia reciente del estado.

Para cualquier hombre que quisiera terminar sus años de jubilado en un pequeño pueblo rural donde todo el mundo se ocupaba de sus propios asuntos y donde el gran acontecimiento de la semana solía ser el concurso de bizcochos qué organizaba la Comisión de Señoras, Solar podía haber sido una buena elección. En el aspecto demográfico, el censo de 1970 mostraba unos hechos tan familiares a los sociólogos rurales como a cualquiera que residiera desde hacía años en alguna pequeña ciudad de

Maine: un montón de ancianos, algunos pobres, y un grupo de jóvenes que se alejaban de la zona con su diploma bajo el brazo para nunca más volver.

Pero hace poco más de un año, algo fuera de lo común empezó a suceder en Jerusalem's Lot. La gente comenzó a desaparecer. Por supuesto que la mayor parte de los desaparecidos no pueden considerarse como tales en el sentido estricto de la palabra. El antiguo agente de policía de Solar, Parkins Gillespie, vive con su hermano en Kittery. Charles James, propietario de una gasolinera situada frente a la farmacia, está ahora al frente de un taller de reparaciones en la vecina ciudad de Cumberland. Pauline Dickens se ha trasladado a Los Ángeles y Rhoda Curless trabaja en Portland con la Misión San Mateo. La lista de «no desaparecidos» podría prolongarse indefinidamente.

Lo que resulta enigmático en todas estas personas encontradas es su unánime renuencia -o incapacidad- para hablar de Jerusalem's Lot y de lo que pueda (o no) haber sucedido allí. Parkins Gillespie se limitó a mirar al periodista, encender un cigarrillo y contestar: «Decidí marcharme, eso es todo.» Charles James asegura que se vio obligado a irse porque su negocio desapareció al mismo tiempo que la ciudad. Pauline Dickens, que trabajó durante varios años como camarera en el Café Excellent, no contestó jamás a las preguntas que el periodista le formuló por carta. Y la señorita Curless se niega a decir una sola palabra sobre Salem's Lot.

Ciertas desapariciones pueden explicarse basándose en algunas conjeturas y haciendo algunas investigaciones. Lawrence Crockett, el agente de la propiedad inmobiliaria de la ciudad, que ha desaparecido con su mujer y su hija, deja tras de sí varias operaciones comerciales e inmobiliarias de dudosa naturaleza, entre ellas cierta especulación con unos terrenos de Portland donde se están construyendo ahora el paseo y el centro comercial. El matrimonio Royce McDougall, también entre los desaparecidos, había perdido a su hijo pequeño ese mismo año y no había nada importante que les retuviera en la ciudad. Podrían estar en cualquier parte, y hay otros en la misma situación. Según Peter McFee, el jefe de policía del estado: «Hemos seguido la pista a muchas de las personas que se fueron de Salem's Lot, pero no es ésta la única ciudad de Maine donde la gente se ha esfumado. Royce McDougall, por ejemplo, se marchó debiendo dinero a un banco y a dos compañías financieras... A mi juicio, no era más que un ave de paso que decidió mejorar su suerte. En cualquier momento, este año o el próximo, usará una de las tarjetas de crédito que tiene en la billetera y lo atraparán en un abrir y cerrar de ojos. En Estados Unidos, las personas desaparecidas son tan frecuentes como la tarta de manzana. Vivimos en una sociedad centrada en el automóvil. Cada dos o tres años, la gente recoge sus bártulos y se va a otro sítio. A veces olvidan dejar su nueva dirección. Especialmente los vagabundos.»

Sin embargo, y pese al contundente sentido práctico de las palabras del capitán McFee, quedan muchas preguntas sin respuesta en Salem's Lot. Henry Petrie, su mujer y su hijo también se han ido, y sería difícil calificar de vagabundo al señor Petrie, ejecutivo de la Compañía de Seguros Prudencial. También el empresario local de pompas fúnebres, el librero y la esthéticienne están en el archivo de desaparecidos. La lista alcanza una longitud inquietante.

En los pueblos circundantes se ha iniciado la previsible campaña de rumores que es el comienzo de la leyenda. Se afirma que en Salem's Lot hay fantasmas. Se dice que a veces hay luces de colores que se ciernen sobre los cables de alta tensión de la central eléctrica de Maine, que atraviesan el municipio, y si uno sugiere que a los habitantes de Solar se los llevaron los OVNIS, nadie se reirá. Se ha hablado incluso del «oscuro pacto» de un grupo de jóvenes que celebraban misas negras en el pueblo, lo que podría haber producido la ira de Dios sobre una ciudad que llevaba el mismo nombre que la ciudad más sagrada de Tierra Santa. Otros, menos inclinados hacia lo sobrenatural, recuerdan a los jóvenes que

hace unos tres años «desaparecieron» en Houston, Texas, para ser descubiertos luego en espantosas tumbas colectivas.

Tras una visita a Salem's Lot, todas esas conjeturas parecen menos disparatadas. No queda una sola tienda abierta. La última en desaparecer fue la farmacia de Spencer, que cerró sus puertas en enero. También han cerrado el almacén de productos agrícolas de Crossen, la ferretería, la tienda de muebles de Barlow y Straker, el Café Excellent, e incluso el edificio municipal, así como la nueva escuela secundaria, construida en Solar en 1967. El mobiliario y los libros de la escuela han sido trasladados a un establecimiento provisional en Cumberland, pero parece que al comienzo del nuevo año escolar no acudirá ningún niño de Salem's Lot. Allí ya no hay niños; sólo quedan tiendas y locales abandonados, casas desiertas, jardines y caminos descuidados.

Algunas de las personas a quienes la policía estatal quisiera localizar, o de quienes le gustaría por lo menos tener noticias, son John Croggins, pastor de la iglesia metodista de Salem's Lot; el padre Donald Callahan, párroco de St. Andrew; Mabel Werts, una viuda de la localidad que se distinguía por su labor en la iglesia de Salem's Lot y por sus funciones sociales; Lester y Harriet Durham, un matrimonio que trabajaba en Gates Mili y Weaving; Eva Miller, propietaria de una pensión en la localidad...

4

Dos meses después de la publicación de aquel artículo en el periódico, el muchacho fue bautizado en la fe católica. Hizo su primera confesión y lo confesó todo...

5

El sacerdote de la aldea era un anciano de cabello blanco y rostro atrapado en una red de arrugas. Desde la cara curtida por el sol, los ojos atisbaban con una vivacidad y una avidez sorprendentes; eran unos ojos azules, muy irlandeses. Cuando el hombre alto llegó a su casa, el cura estaba sentado en el porche tomando el té. Junto a él había un hombre bien trajeado, con el cabello peinado con raya en medio y tal cantidad de brillantina que al hombre alto le hizo pensar en viejas fotografías de 1890.

-Soy Jesús de la Rey Muñoz -se presentó el hombre-. El padre Gracon me pidió que hiciera de intérprete, porque él no sabe inglés. El padre ha hecho a mi familia un gran servicio que no me está permitido mencionar. Mis labios permanecerán igualmente sellados respecto al problema que él quiere plantear. ¿Está usted de acuerdo?

-Sí. -El hombre estrechó la mano de Muñoz y después la de Gracon. Éste habló en español sonriendo. No le quedaban más que cinco dientes, pero su sonrisa era alegre y amplía.

-Pregunta si aceptaría usted una taza de té. Es té de menta, muy refrescante.

-Me encantaría.

-El muchacho no es su hijo -dijo el sacerdote una vez superadas las formalidades.

-No.

-Su confesión fue muy extraña. En realidad, en toda mi vida de sacerdote no había oído una confesión tan extraña.

-No me sorprende.

-Y lloró -continuó el padre Gracon mientras bebía su té-, con un llanto intenso y terrible que parecía proceder de lo más profundo de su alma. ¿Debo hacer la pregunta que esa confesión implica?

-No -respondió con calma el hombre alto-. No es necesario. Le dijo la verdad.

Ya antes de que Muñoz se lo tradujera, Gracon asentía con la cabeza y su rostro había cambiado de expresión. Se inclinó hacia adelante, con las manos cruzadas entre las rodillas, y habló durante largo rato. Muñoz le escuchaba atentamente con el rostro inexpresivo. Cuando el sacerdote terminó, el intérprete empezó a hablar.

-Dice que en el mundo hay cosas extrañas. Hace cuarenta años, un campesino de El Graniones le trajo una lagartija que gritaba como si fuera una mujer. También ha visto un hombre que tenía estigmas, el sello de la pasión de Nuestro Señor, y que le sangraban las manos y los pies el Viernes Santo. Dice que esto es una cosa terrible y tenebrosa. Grave para usted y para el muchacho (sobre todo para el chico). Es algo que le está carcomiendo. Dice...

Gracon volvió a hablar brevemente.

-Pregunta si usted entiende qué es lo que ha hecho en esta Nueva Jerusalem.

-En Jerusalem's Lot -repitió el hombre-. Sí, lo entiendo.

Gracon volvió a hablar.

-Quiere saber qué es lo que piensa hacer al respecto.

El hombre alto meneó muy lentamente la cabeza.

-No lo sé.

Gracon habló de nuevo.

-Dice que rezará por ustedes.

6

Una semana más tarde despertó sudando por una pesadilla y pronunció el nombre del muchacho. -Tengo que volver -anunció.

El muchacho palideció bajo su bronceado.

-¿Puedes venir conmigo? -preguntó el hombre.

-¿Tú me quieres?

-Sí. Por Dios que sí.

El muchacho empezó a llorar y el hombre alto le abrazó.

7

Aún seguía sin poder dormir. Había rostros que acechaban en las sombras, elevándose sobre él en un torbellino como caras desdibujadas por la nieve, y cuando el viento sacudía una rama y la golpeaba contra el techo, el hombre daba un salto.

Salem's Lot...

Cerró los ojos y cubrió su rostro con el brazo. Todo empezó de nuevo. Podía ver el pisapapeles de cristal, uno de esos que cuando se mueven provocan en su interior una tormenta de nieve en miniatura.

El solar de Salem...

PRIMERA PARTE

LA CASA DE LOS MARSTEN

Ningún organismo viviente puede seguir existiendo durante mucho tiempo en la realidad absoluta sin perder la razón; hay quien supone que incluso las alondras y las cigarras sueñan. Hill House, un lugar que nadie asociaría precisamente con la cordura, se erguía sola sobre sus colinas reteniendo dentro de sí la oscuridad: hacía ochenta años que se mantenía así y podía seguir haciéndolo durante otros ochenta más. En su interior, las paredes conservaban su perfecta verticalidad, los ladrillos se unían con pulcritud, el suelo se mantenía firme y las puertas cerradas. El silencio se afirmaba pesadamente contra la madera y la piedra de Hill House, y cualquier cosa que por allí apareciera, aparecía sola.

SHIRLEY JACKSON
The Haunting of Hill House

UNO

BEN (I)

1

Tras sobrepasar Portland mientras se dirigía al Norte por la autopista de peaje, Ben Mears había empezado a sentir en el vientre un cosquilleo de agitación nada desagradable. Era el 5 de septiembre de 1975 y el verano se complacía en una última y magnífica exuberancia. El verde estallaba en los árboles, el cielo era de un azul lejano y suave y más allá de la línea ferroviaria de Falmouth Ben distinguía a dos muchachos que andaban por un camino paralelo a la autopista con las cañas de pescar al hombro como si fueran carabinas.

Pasó al carril de la derecha, disminuyó la velocidad al mínimo permitido en la autopista y empezó a buscar algo que activara su memoria.

Al principio no encontró nada e intentó prevenirse contra una decepción casi segura. Entonces tenías siete años. Hace veinticinco que corre el agua bajo los puentes. Los lugares cambian y la gente también, pensó.

En aquella época la autopista 295 y sus cuatro carriles no existían. Si uno quería ir a Portland desde Solar, tomaba la carretera 12 hasta Falmouth y desde allí la número 1. El tiempo no se había detenido.

Basta de imbecilidades, se dijo.

Pero era difícil pararse. Era difícil decir basta cuando...

Una gran BSA con el manillar levantado le adelantó súbitamente con un rugido por el carril de la izquierda. Iba conducida por un muchacho en camiseta de deporte mientras una chica vestida con una chaqueta de tela roja y enormes gafas de sol ocupaba el asiento trasero. La aparición fue inesperada y la reacción de Ben excesiva: pisó el pedal del freno a fondo y apoyó ambas manos en el claxon. La motocicleta aceleró arrojando un eructo de humo azul por el tubo de escape, y la chica se giró para apuntarle con un dedo.

Mientras volvía a aumentar la velocidad, Ben deseó fumar un cigarrillo. Le temblaban un poco las manos. La motocicleta, que avanzaba como un rayo, ya casi se había perdido de vista. Los muchachos..., condenados muchachos. Los recuerdos recientes se agolpaban en él y Ben los apartó. Hacía dos años que no había montado en una motocicleta y no pensaba volver a hacerlo jamás.

Un destello rojo le hizo mirar hacia la derecha y al volver la vista sintió una oleada de placer y gratitud. A lo lejos, sobre una colina que se elevaba más allá de un campo de plantas forrajeras, se levantaba un enorme granero rojo con el techo pintado de blanco; incluso desde esa distancia se podía distinguir cómo resplandecía el sol en la veleta colocada sobre el techo. Estaba allí en aquel entonces y allí seguía exactamente con el mismo aspecto. Tal vez, después de todo, las cosas mejorarían. Los árboles volvieron a ocultar el granero.

A medida que la carretera se acercaba a Cumberland el entorno se hacía cada vez más familiar. Atravesó el río, donde de niños solían ir a pescar. Divisó al pasar un fugaz panorama de Cumberland por entre los árboles. Se veía la torre de elevación de aguas de Cumberland con su enorme letrero pintado en un costado: «Conservad el verdor de Maine.» Tía Cindy había dicho siempre que alguien debería escribir debajo: «Y traed dinero.»

Su inicial sensación de exaltación se intensificó y Ben empezó a acelerar esperando distinguir el cartel indicador. Unos ocho kilómetros después apareció ante sus ojos. Estaba pintado de un verde luminoso que destellaba a la distancia:

RUTA 12 JERUSALEM'S LOT CUMBERLAND CUMBERLAND CTR

Una súbita oscuridad se abatió sobre él amortiguando su euforia como cuando se echa arena sobre el fuego. Estos episodios se habían hecho frecuentes desde la época gris de su vida (su mente quería pronunciar el nombre de Miranda, pero Ben no se lo permitió). Estaba acostumbrado a mantener a raya sus malos pensamientos, sin embargo esta vez no pudo hacer nada contra la sensación que se apoderó de él con una fuerza tan salvaje que lo atemorizó.

¿Qué pretendía volviendo a un pueblo donde había vivido cuatro años, cuando era niño, con el deseo de recuperar algo ya irrevocablemente perdido? ¿Qué magia esperaba encontrar deambulando por unas calles que había recorrido antaño y que probablemente estarían asfaltadas, niveladas, señalizadas y atestadas de latas de conserva desechadas por los turistas? La magia habría desaparecido, tanto la negra como la blanca. Todo se había ido por el vertedero de basura esa noche, cuando él perdió el control de la motocicleta y después apareció el camión amarillo, cada vez más y más grande, y el alarido de su mujer, Miranda, que de pronto se cortó irrevocablemente cuando...

A la derecha vio la salida y durante un momento Ben pensó en pasar de largo, en seguir hacia Chamberlain o Lewiston, detenerse allí para comer y después dar la vuelta para regresar. Pero ¿regresar adonde? ¿A casa? No pudo reprimir una sonrisa. Si alguna vez se había sentido en casa, había sido aquí. Aunque no hubieran sido más de cuatro años, sin duda era aquí.

Puso el intermitente, disminuyó la velocidad del Citroen y subió por la rampa. A punto de llegar a la cima, a la parte donde la rampa de la autopista se unía a la carretera 12 (que al acercarse más a la ciudad se llamaba Jointner Avenue), levantó la vista hacia el horizonte. Lo que allí vio le obligó a frenar violentamente. El Citroen se detuvo con un estremecimiento.

Los árboles, pinos y abetos en su mayoría, se elevaban en una suave pendiente hacia el este y daban la impresión de amontonarse en el cielo hasta donde alcanzaba la vista. Desde

su posición no se distinguía el pueblo; nada más que los árboles y, en la distancia, el ángulo agudo del techo a dos aguas de la casa de los Marsten.

Ben se quedó mirándola fascinado. Con rapidez calidoscópica, encontradas emociones asomaron a su rostro.

-Sigue aquí -murmuró en voz alta-. ¡Por Dios!

Al mirarse los brazos comprobó que se le había puesto carne de gallina.

2

Evitó pasar deliberadamente por el pueblo; atravesó Cumberland para después volver a Salem's Lot desde el oeste por Burns Road. Se quedó atónito al ver lo poco que habían cambiado las cosas. Había algunas casas nuevas que Ben no recordaba, una posada -la de Dell- en el límite del pueblo y un par de canteras de grava nuevas. Habían talado buena parte del bosque, pero la vieja señal de hojalata que indicaba el camino hacia el vertedero de basuras del pueblo seguía en su lugar. En cuanto al piso, estaba aún sin asfaltar, lleno de baches e irregularidades. Por la abertura que quedaba entre los árboles, allí donde las torres de los cables de alta tensión de la Central Eléctrica de Maine corrían de noroeste a sudeste, Ben alcanzó a ver Schoolyard Hill. La granja de los Griffen seguía existiendo; además, habían ampliado el granero. Ben se preguntó si seguirían embotellando y vendiendo la leche que producían. El eslogan que usaba era una vaca que sonreía bajo la marca de fábrica: «Leche Rayo de Sol ¡De las granjas Griffen!» Sonrió al pensar en la cantidad de leche Rayo de Sol en que había bañado sus copos de cereales cuando vivía en casa de la tía Cindy.

Giró a la izquierda para tomar Brooks Road, pasó junto a los portones de hierro forjado y la pared de piedra que rodeaba el cementerio de Harmony Hill y tras descender la abrupta pendiente empezó a subir la del otro lado, lo que se conocía en el pueblo como Marsten's Hill.

En la cima, los árboles se marchitaban a ambos lados de la carretera. A la derecha, la vista alcanzaba directamente hasta el pueblo; fue la primera visión que Ben tuvo de él. A, la izquierda quedaba la casa de los Marsten. Se armó de valor y salió del automóvil.

Todo seguía igual, sin diferencia alguna en lo más mínimo. Era como sí lo hubiera visto ayer por última vez.

El césped de las brujas crecía, libre y alto, en el jardín de delante, ocultando las viejas losas desniveladas por las heladas que conducían al porche. Allí cantaban, chirriantes, los grillos, y los saltamontes se elevaban en erráticas parábolas.

La casa miraba hacia el pueblo. Era enorme y parecía desdibujada y vencida. Las ventanas descuidadamente cerradas le daban ese aspecto siniestro de todas las casas viejas que han pasado mucho tiempo vacías. La pintura se había descascarillado a la intemperie y toda la casa tenía un aspecto uniformemente gris. Los temporales de viento habían arrancado muchas tejas y una densa nevada había hundido el ángulo oeste del techo principal dejándolo torcido. A la derecha, un destartalado cartel clavado sobre un poste advertía: «Prohibida la entrada.»

Ben sintió el impulso irresistible de adentrarse por ese camino lleno de malezas acosado por los grillos y saltamontes que se levantarían entre sus pies hasta subir al porche y, entre los postigos mal cerrados, espiar el vestíbulo o el salón. Quizá incluso tantearía la puerta principal y, si no estaba cerrada con llave, entraría.

Tragó saliva y se quedó mirando la casa casi hipnotizado. Con estúpida indiferencia, el edificio le devolvía la mirada.

Al recorrer el vestíbulo sentiría el olor del yeso húmedo y del empapelado podrido y vería escabullirse los ratones por las paredes. Todavía encontraría algunos objetos, tal vez un pisapapeles que guardaría en el bolsillo. Al final del vestíbulo, en vez de seguir hacia la cocina, podría doblar a la izquierda y subir por las escaleras sintiendo crujir bajo los pies el polvo de yeso que durante años había ido cayendo del techo. Había exactamente catorce escalones, pero el último era más pequeño que los anteriores, como si lo hubieran agregado para evitar el número fatídico. Al terminar de subir por la escalera uno se encuentra en el descanso y el pasillo da a una puerta cerrada. Y se avanza hacia ella, mirándola con suma atención, se aprecia el empañado picaporte de plata...

Se alejó para no seguir viendo la casa mientras dejaba escapar el aire por la boca con un silbido. Todavía no... Más adelante tal vez, pero todavía no. Por ahora le bastaba con saber que todo seguía allí esperándole. Apoyó las manos en el capó del coche y se quedó mirando el pueblo. Allí podría averiguar quién administraba la casa de los Marsten y alquilarla. La cocina sería un lugar adecuado para escribir y podría poner un diván en el saloncito de delante. Pero no se dejaría llevar por el impulso de subir por las escaleras.

No, a menos que fuera necesario.

Subió al automóvil, lo puso en marcha y descendió la colina en dirección a Jerusalem's Lot.

DOS

SUSAN (I)

1

Estaba sentado en un banco del parque cuando advirtió que la chica le observaba. Era una muchacha muy bonita. Llevaba un pañuelo de seda que le cubría el cabello, de un rubio luminoso. En ese momento estaba leyendo un libro, pero junto a ella había un bloc de dibujo y algo que parecía un lápiz carbón. Era martes 16 de septiembre, el primer día de clase, y el parque se había vaciado mágicamente de los visitantes más bulliciosos. Sólo quedaban algunas madres con sus bebés y otros tantos ancianos sentados junto al monumento, además de la muchacha, inmóvil bajo la sombra protectora de un olmo viejo y retorcido.

Al levantar la vista le vio y en su rostro se dibujó una expresión de sorpresa. Bajó la mirada hacia el libro; después volvió a mirar e hizo ademán de levantarse; pareció pensarlo dos veces; por fin se levantó, pero volvió a sentarse.

Ben se puso en pie y se dirigió hacia ella llevando en la mano su libro, una novela del oeste en edición de bolsillo.

-Hola -la saludó cordialmente-. ¿Nos hemos visto antes?

-No -respondió la chica-. Es decir..., usted es Benjamín Mears, ¿no es cierto?

-Es cierto -confirmó Ben arqueando las cejas.

La muchacha dejó escapar una risa nerviosa mirándole, por un momento, a los ojos, como si quisiera leer sus intenciones. Sin duda no estaba acostumbrada a hablar con los extraños que se encontraba en el parque.

-Me pareció que veía un fantasma -explicó ella mientras le mostraba el libro que tenía en la falda.

Ben alcanzó a ver que entre las tapas había un sello: «Biblioteca Pública de Jerusalem's Lot.» El libro era Danza, aérea, su segunda novela. La chica le mostró la fotografía que aparecía en la solapa de la contratapa, tomada hacía ya cuatro años. La cara de Ben tenía un aire juvenil y tremendamente serio; los ojos eran como diamantes negros.

-De tan triviales comienzos arrancan las dinastías -comentó Ben.

Aunque sus palabras eran una broma sin intención, quedaron extrañamente suspendidas en el aire como una profecía formulada al descuido. Tras ellos, varios chiquillos que apenas sabían andar chapoteaban alegremente en la pequeña piscina y una de las madres advertía a Roddy que no columpiara tan alto a su hermanita. Ésta ascendía en su columpio como una flecha, gozosa, con la falda al viento como intentando alcanzar el cielo. Fue un momento que Ben recordaría a lo largo de los años, como si le hubieran cortado una porción especial de la tarta del tiempo. Si entre dos personas no se produce nada especial, un instante como ése se pierde en el naufragio general de la memoria.

En ese momento la muchacha rió y le ofreció el libro.

-¿Quiere dedicármelo?

-Pero es de la biblioteca.

-Lo compraré para reponerlo.

Ben sacó un lápiz del bolsillo, abrió el libro por la primera hoja y preguntó:

-¿Cómo se llama?

-Susan Norton.

Sin pensar, Ben escribió rápidamente: «Para Susan Norton, la chica más bonita del parque, afectuosamente, Ben Mears.» Bajo su firma anotó la fecha.

-Ahora no tendrá más remedio que robarlo -le dijo mientras se lo devolvía-. Lamentablemente Danza aérea está agotado.

-Haré que uno de esos expertos en conseguir libros agotados que hay en Nueva York me consiga un ejemplar. -Susan dudó un momento y esta vez sus ojos se detuvieron en los de Ben-. Es un libro extraordinario.

-Gracias. Cada vez que lo cojo y le echo un vistazo, no entiendo cómo pueden haberlo publicado.

-¿Y suele cogerlo a menudo?

-Sí, pero estoy tratando de no hacerlo más.

Ella le miró sonriendo. Los dos rieron y la situación les pareció más natural. Después él se sorprendería cada vez que pensara en la facilidad con que había sucedido todo. La idea le incomodaba. Le obligaba a pensar en un destino que no sólo era ciego, sino que estaba provisto de una visión consciente y poderosísima empeñada en triturar a los indefensos mortales entre las grandes piedras del molino del universo para fabricar algún pan ignoto.

-Leí también La hija de Conway y me encantó. Supongo que es lo que le dicen continuamente.

-No. Muy pocas veces -respondió con sinceridad Ben.

A Miranda también le gustaba La hija de Conway, pero casi todos sus amigos se habían mostrado indiferentes y la mayor parte de los críticos se habían ensañado con el libro. Nadie podía confiar en la crítica actual. Las obras con argumento ya no se usaban; la moda era la masturbación.

-Pues a mí me gustó -insistió Susan.

-¿Ha leído la última?

-¿Adelante, dijo Billy? Todavía no. La señorita Coogan, la del drugstore, dice que es bastante fuerte.

-Pero si es casi puritano -protestó Ben-. El lenguaje es áspero, pero cuando se describen muchachos del pueblo y sin mucha educación, no se puede... Oye, ¿puedo invitarte a tomar un helado o algo así? Yo estaba pensando en tomar uno.

Por tercera vez, Susan observó sus ojos. Después su sonrisa iluminó su rostro cálidamente.

-Sí, me encantaría. Los de la tienda de Spencer son fantásticos.

Así fue como empezó todo.

2

-¿Es ésa la señorita Coogan?

Ben lo preguntó en voz baja sin dejar de mirar a la mujer alta y delgada que llevaba un delantal de nailon rojo sobre su uniforme blanco. El cabello, con algunos reflejos azules, estaba marcado en una sucesión de ondas que parecían escalones.

-La misma. Tiene una carretilla que lleva a la biblioteca todos los jueves por la noche. Hace reservas de libros a montones y vuelve loca a la señorita Starcher.

Estaban sentados en los taburetes tapizados de cuero rojo del bar. Ben sorbía un helado de chocolate con soda y Susan uno de fresa. £1 local de Spencer también hacía las funciones de estación local de autobuses y desde donde ellos estaban se veía, más allá de una decrépita y anticuada arcada, la sala de espera, en la que un muchacho con uniforme azul de las Fuerzas Aéreas esperaba de pie con aire sombrío y la maleta colocada entre los pies.

-No parece sentirse muy alegre, ¿verdad? -señaló Susan siguiendo la mirada de Ben.

-Supongo que se le acabó el permiso -conjeturó él. Y pensó: «Ahora me preguntará si hice el servicio militar.»

-Uno de estos días -dijo ella en cambio- tomaré el autobús de las diez y media y... adiós Salem's Lot. Tal vez me marche con un aspecto tan triste como el de este chico.

-¿Adonde irás?

-Supongo que a Nueva York. Quiero comprobar de una vez si puedo valerme sola.

-Y aquí, ¿qué es lo que va mal?

-¿En Solar? Oh, esto me encanta. Pero tengo problemas con mis padres, ¿sabes? Es como si estuvieran siempre leyendo por encima de mi hombro. Un fastidio. En realidad, no es un pueblo muy adecuado para una chica que quiere llegar a algo. Se encogió de hombros e inclinó la cabeza para sorber su pajita. Tenía el cuello tostado con los músculos bellamente dibujados. Llevaba una camisa estampada, de colores, que dejaba adivinar una hermosa figura.

-¿Y qué clase de trabajo buscarías? -preguntó Ben.

La chica se encogió de hombros otra vez.

-Tengo una licenciatura en artes por la Universidad de Boston que, en realidad, tiene menos valor que el diploma que me dieron para certificar mi graduación. Apenas sirve para situarme en la categoría de los idiotas educados. Ni siquiera me prepararon para decorar una oficina. Algunas de las chicas que fueron conmigo a la escuela secundaria ocupan ahora estupendos puestos de secretaria, pero yo nunca fui capaz de escribir a máquina más de treinta pulsaciones por minuto.

-¿Qué posibilidades tienes?

-Bueno... tal vez una editorial -respondió ella con vaguedad-. O alguna revista..., publicidad, no sé. Son lugares donde siempre puede haber algo para una persona que sabe dibujar. Y yo sé hacerlo; tengo una carpeta.

-¿Tienes alguna oferta? -preguntó suavemente Ben.

-No, eso no. Pero...

-A Nueva York no se puede ir sin tener ofertas. Créeme. No harías más que gastar zapatos...

-Supongo que sabes lo que dices -sonrió Susan con inquietud.

-¿Has vendido algo en esta zona?

De pronto, ella se rió.

-Oh, sí. La venta más importante que he hecho hasta hoy fue a la Cinex Corporation. Abrieron una sala cinematográfica nueva en Portland y me compraron doce cuadros para colgar en la entrada. Cobré setecientos dólares y con eso pagué la entrada de mi coche.

-Deberías pasar una semana en un hotel de Nueva York -le aconsejó Ben-, para visitar todas tas revistas y editoriales posibles con tu carpeta. Pero procura concertar las entrevistas con seis meses de antelación para que los editores y los encargados de personal no tengan cubierta su agenda. Y por Dios, no vayas a una gran ciudad simplemente a probar suerte.

-¿Y qué hay de ti? -preguntó Susan mientras dejaba la pajita para empezar a comer el helado con la cuchara-. ¿Qué estás haciendo en la próspera comunidad de Jerusalem's Lot, Maine, población de 1.300 habitantes?

-Trato de escribir una novela -respondió Ben encogiéndose de hombros.

Al instante, la emoción iluminó el rostro de Susan.

-¿Aquí, en Solar? ¿Una novela sobre qué? ¿Por qué en este pueblo? ¿Estás,..?

Ben la miró con seriedad y dijo:

-Se te está cayendo el helado.

-Disculpa. -Con una servilleta enjugó la base de su vaso-. No pretendía ser curiosa. En general, no soy entremetida.

-No es necesario que te disculpes -la tranquilizó Ben-. A todos los escritores les gusta hablar de sus libros. A veces, cuando estoy en la cama, imagino una entrevista con Play-Boy. Pero es una pérdida de tiempo. Sólo entrevistan a los autores cuyos libros se venden muy bien.

El muchacho del uniforme de las Fuerzas Aéreas se levantó. Un autocar Greyhound se acercaba al apeadero haciendo resoplar los frenos de aire.

-De niño viví cuatro años en las afueras de Salem's Lot, en Burns Road.

-¿Burns Road? Ahora ya no queda nada allí, salvo los pantanos y un pequeño cementerio, Harmony Hill.

-Vivía con mí tía Cindy. Cynthia Stevens. Mi padre murió y mi madre tuvo un..., bueno, una especie de descalabro nervioso, así que me mandó a casa de mi tía Cindy mientras ella se reponía. Tía Cindy me montó en un autobús para que volviera a Long Island junto a mi madre un mes después del gran incendio. -Ben se miró en el espejo que había detrás de la barra-. Y yo, que había venido llorando en el autobús al separarme de ella, volví llorando al alejarme de tía Cindy y de Salem's Lot.

-¡Qué casualidad! Yo nací el año del incendio

-contestó Susan

-. Fue lo más importante que ha sucedido jamás en este pueblo y yo no me enteré.

-Así pues eres unos siete años mayor de lo que pensé en el parque -calculó Ben riendo.

-¿De veras? -Susan parecía encantada-. Gracias. La casa de tu tía debió de quemarse.

-Sí -confirmó Ben-. La verdad es qué lo que ocurrió esa noche es uno de los recuerdos más claros que conservo. Vinieron unos hombres con extintores a la espalda y nos dijeron que teníamos que irnos. Fue muy emocionante. La tía Cindy se afanaba en recoger cosas para cargarlas en su automóvil. ¡Qué noche, por Dios!

-¿Tenía seguro?

-No, pero la casa era alquilada y conseguimos cargar en el coche casi todas las cosas de valor, salvo el televisor. Lo intentamos, pero no pudimos levantarlo del suelo. Era un Video King con pantalla de siete pulgadas y un cristal de aumento sobre el tubo. Muy perjudicial para los ojos. De todas maneras no se veía más que un canal, con muchísimas canciones del oeste, información para granjeros y Kitty el payaso.

-Y has vuelto aquí para escribir un libro -se maravilló Susan.

Ben tardó unos segundos en contestar. La señorita Coogan estaba abriendo cartones de cigarrillos para llenar el exhibidor colocado junto a la caja registradora. El farmacéutico, el señor Labree, paseaba como un fantasma detrás de su mostrador. Por su parte, el muchacho con uniforme de las Fuerzas Aéreas, de pie junto a la puerta del autobús, esperaba que el conductor volviera del cuarto de baño.

-Sí -respondió finalmente, y se volvió a mirarla a la cara por primera vez. Era muy bonita, con candidos ojos azules y frente alta, despejada y tostada por el sol-. ¿Esta ciudad representa tu infancia? -le preguntó.

-Sí.

-En tal caso puedes entenderme. De niño estuve en Salem's Lot y para mí es un pueblo lleno de fantasmas. Cuando regresaba, estuve a punto de pasar de largo por miedo de que fuera diferente.

-Aquí las cosas no cambian... -afirmó Susan-, no mucho.

-Yo solía jugar a la guerra con los chicos de Gardener en los pantanos. Y a los piratas junto al estanque. En el parque jugábamos a policías y ladrones y al escondite. Después de abandonar la casa de tía Cindy, mamá y yo lo pasamos bastante mal. Ella se suicidó cuando yo tenía catorce años, pero mucho antes se me había caído todo el polvo mágico. Lo que tuve de magia, lo tuve aquí y sigue estando aquí. El pueblo no ha cambiado tanto. Mirar por Jointner Avenue es como mirar a través de un delgado cristal de hielo, como el que se puede sacar de la cisterna del pueblo en noviembre. A través de él puedes mirar tu infancia, ondulante y brumosa. Hay lugares donde se pierde en la nada, pero la mayor parte sigue estando allí, intacta.

Se detuvo, atónito. Había hecho un discurso.

-Hablas como en tus libros -dijo Susan fascinada.

-Jamás en mi vida había dicho algo así en voz alta -sonrió Ben.

-¿Qué hiciste cuando tu madre... murió?

-Anduve por ahí -fue su breve respuesta-. Acaba el helado.

Susan obedeció.

-Algunas cosas han cambiado -comentó al cabo de un momento-. El señor Spencer murió. ¿Te acuerdas de él?

-Desde luego. Todos los jueves por la tarde, tía Cindy bajaba al pueblo para hacer la compra en la tienda de Crossen y me mandaba aquí para tomar una gaseosa de hierbas. Entonces no venían embotelladas, era verdadera gaseosa de Rochester. Mi tía me daba una moneda envuelta en un pañuelo.

-Cuando yo empecé a venir, ya no bastaba con una moneda, ¿Te acuerdas de lo que solía decir el señor Spencer?

Ben se encorvó hacia adelante, retorció una mano como si la tuviera deformada por la artritis y esbozó una mueca con la boca simulando una especie de hemiplejia.

-La vejiga -susurró-, Esas gaseosas os echarán a perder la vejiga, chicos.

La risa de Susan se desgranó hacia el ventilador que giraba lentamente sobre sus cabezas. La señorita Coogan la miró con desconfianza.

-¡Perfecto! Sólo que a nosotros nos decía chiquillas.

Los dos se miraron hechizados.

-Oye, ¿te gustaría ir al cine esta noche? -preguntó Ben.

-Me encantaría.

-¿Cuál es el cine más próximo?

Susan rió una vez más.

-Pues el Cinex de Portland. El que tiene la entrada decorada con los cuadros inmortales de Susan Norton.

-¿Hay algún otro? ¿Qué clase de películas te gustan?

-Algo emocionante, con persecuciones en automóvil.

-Estupendo. ¿Recuerdas el Nórdici? Ése estaba en el pueblo.

-Claro, pero lo cerraron en 1968. Yo solía ir con. mis compañeras de la escuela secundaria. Cuando las películas eran malas, arrojábamos las cajas de caramelos a la pantalla. Y por lo general eran malas -agregó riendo.

-Solían poner esas viejas películas... -evocó Ben-. El hombre cohete. El regreso del hombre cohete. Crash Callahan y el dios vudú de la muerte.

-En mi época ya no las ponían.

-¿Qué pasó con el local?

-Ahora es la oficina de propiedades inmuebles de Larry Crockett -explicó Susan-. Supongo que no pudo competir con el cine al aire libre de Cumberland, ni con la televisión.

Durante un momento permanecieron en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. El reloj de k empresa de autocares señalaba las 10.45 de la mañana.

-Oye -prorrumpieron de pronto los dos al unísono-, ¿te acuerdas...?

Se miraron, y esta vez la señorita Coogan los miró a los dos al oír estallar las risas. Hasta el señor Labree los miró.

Estuvieron charlando quince minutos más, hasta que Susan le dijo que tenía algunas cosas que hacer, pero que lo esperaría a las siete y media, Al separarse, ambos estaban maravillados de la facilidad y naturalidad con que sus vidas se habían encontrado.

Ben regresó a pie por Jointner Avenue y se detuvo en la esquina de Brock Street a mirar distraídamente hacia la casa de los Marsten. Recordó que el gran incendio forestal de 1951 había llegado casi hasta el jardín de la casa antes de que cambiara la dirección del viento.

«Tal vez debería haberse quemado -pensó-. Tal vez eso hubiera sido lo mejor.»

3

Nolly Gardener salió del edificio municipal y se sentó en los escalones junto a Parkins Gillespie en el preciso instante en que Ben y Susan entraban juntos en la tienda de Spencer. Parkins estaba fumando un Pall Mall mientras se limpiaba las uñas amarillentas con un cortaplumas.

-Ese tipo es el escritor, ¿no? -preguntó Nolly.

-Sí.

-Y la que estaba con él, Susie Norton.

-Así es.

-Pues qué interesante -comentó Nolly mientras se ajustaba el cinturón del uniforme.

La insignia de policía relucía de manera imponente sobre su pecho. Nolly había escrito a una revista policíaca para que se la enviaran; el pueblo no se ocupaba de proporcionar insignias a sus agentes de policía. Parkins también tenía una, pero la llevaba en la cartera; era algo que Nolly jamás había podido entender. Claro que en Solar todo el mundo sabía que él era el agente, pero había que tener en cuenta la tradición, había que tener en cuenta la responsabilidad. Cuando se estaba al servicio de la ley había que pensar en esas cosas.

Nolly pensaba frecuentemente en ellas, aunque sólo podía ser agente con dedicación parcial.

A Parkins se le resbaló el cortaplumas y le lastimó la cutícula del dedo pulgar.

-Mierda -masculló por lo bajo.

-¿Crees que es de veras escritor, Park?

-Claro que sí. Aquí en la biblioteca hay tres libros suyos.

-¿Históricos o de ficción?

-De ficción -suspiró Parkins mientras dejaba el cortaplumas.

-A Floyd Tibbits no le va a gustar que un tipo ande por ahí con su mujer.

-No están casados -señaló Parkins-, y ella tiene más de dieciocho años.

-Pero a Floyd no le gustará.

-Por mí, Floyd puede cagarse en el sombrero y ponérselo después -declaró Parkins.

Aplastó el cigarrillo en el escalón, sacó del bolsillo una cajita de pastillas, guardó dentro la colilla y volvió a meter la caja en el bolsillo.

-¿Dónde vive el escritor ése? -preguntó Nolly.

-En casa de Eva -le informó Parkins mientras observaba minuciosamente la cutícula herida-. El otro día estuvo mirando la casa de los Marsten. Tenía una extraña expresión en la cara.

-¿Extraña? ¿Qué quieres decir?

-Extraña, nada más. -Parkins volvió a sacar los cigarrillos. Sobre su cara, el sol era tibio y grato-. Después fue a ver a Larry Crockett. Quería alquilar la casa.

-¿La casa de los Marsten?

-Sí.

-Pero ¿está loco?

-Podría ser. -Parkins espantó una mosca de la pierna izquierda del pantalón y la observó mientras se alejaba zumbando en la mañana soleada-. El viejo Larry Crockett ha estado muy ocupado últimamente. Oí decir que vendió La tina del pueblo. En realidad, hace un tiempo que la vendió.

-¿Qué, la vieja lavandería?

-Aja.

-Pero ¿para qué puede quererla alguien?

-No sé.

-Bueno. -Nolly se levantó y volvió a ajustarse el cinturón-. Me parece que voy a dar una vuelta por el pueblo.

-De acuerdo -aprobó Parkins mientras encendía otro cigarrillo.

-¿Quieres venir?

-No, me quedaré un rato aquí sentado.

-Muy bien. Hasta luego.

Nolly bajó por los escalones mientras se preguntaba (no por primera vez) cuándo se decidiría Parkins a jubilarse para que él, Nolly, pudiera tener el trabajo con dedicación exclusiva. ¿Cómo demonios se podían investigar crímenes ahí sentado en los escalones del ayuntamiento?

Parkins le vio alejarse con una vaga sensación de alivio. Nolly era buen muchacho, pero tremendamente ansioso. Sacó el cortaplumas del bolsillo, lo abrió y empezó de nuevo a recortarse las uñas.

4

Jerusalem's Lot se incorporó al territorio nacional en 1765 (doscientos años más tarde celebró él bicentenario con fuegos artificiales y una procesión por el parque, durante la cual una chispa incendió el vestido de princesa india de la pequeña Debbie Forrester y Parkins Gillespie tuvo que poner a la sombra a seis tipos por emborracharse en la vía pública), es decir cincuenta años antes de que Maine se convirtiera en uno de los estados de la Unión como resultado del compromiso de Missouri.

El pueblo debía su extraño nombre a un suceso bastante trivial. Uno de los primeros residentes en la zona era un granjero larguirucho y hosco llamado Charles Belknap Tanner, que criaba cerdos. Una de las marranas más grandes se llamaba Jerusalem. Un día, a la hora de alimentar a los animales, Jerusalem salió del corral, escapó hacia el bosque inmediato y allí se volvió salvaje y agresiva. Años más tarde, para ahuyentar a los chiquillos de su propiedad, Tanner seguía inclinándose sobre el portón y graznándoles con el ominoso tono de un cuervo: «¡No os metáis en el solar de Salem, si no queréis acabar destripados!» La advertencia pasó a la historia y el nombre también. El episodio no demuestra gran cosa, a no ser que en Estados Unidos de Norteamérica hasta los cerdos puedan aspirar a la inmortalidad.

La calle principal, llamada en un principio Portland Post Road, recibió en 18% et nombre de Elias Jointner. Jointner, que había sido miembro de la Cámara de Representantes durante seis años (hasta su muerte, que fue causada por la sífilis cuando tenía cincuenta y ocho), era lo más semejante a un personaje de que podía vanagloriarse Salem's Lot, excepción hecha de Salem, la marrana, y de Pearl Ann Butts, que en 1907 escapó a la ciudad de Nueva York para convertirse en una de las Ziegfeld Girls.

Brock Street atravesaba Jointner Avenue por el centro mismo y en ángulo recto. El municipio como tal era casi circular (aunque un poco achatado hacia el este, donde el límite eran los meandros del río Royal). Vistas en un mapa, las dos calles principales daban al pueblo un aspecto muy semejante al de una mira telescópica.

El cuadrante noroeste de la mira correspondía a North Jerusalem, el sector más densamente forestado del pueblo. Eran las tierras altas, aunque no le habrían parecido muy altas a nadie, salvo quizá a alguien procedente del Medio Oeste. Las viejas y fatigadas colinas, surcadas de antiguos caminos para el transporte de madera, descendían suavemente hacia el pueblo y en la última de las pendientes se levantaba la casa de los Marsten.

Buena parte del cuadrante noreste era tierra abierta dedicada al cultivo de alfalfa y otras plantas forrajeras. Por ahí corría el río Royal, un viejo río que había erosionado profundamente sus riberas hasta casi el nivel del lecho. Pasaba bajo el puentecillo de madera de Brock Street y se alejaba hacia el norte en amplios arcos relucientes hasta penetrar en la zona próxima al límite norte del municipio, donde la delgada capa de cierra se extendía sobre cimientos de sólido granito. Allí, el río había tallado en la piedra acantilados de quince metros en un trabajo de millones de años. Los chiquillos llamaban al lugar el Salto del Borracho, porque algunos años atrás Tommy Rathbun, el hermano borracho de Virge Rathbun, se había caído por el borde mientras buscaba un lugar para pasar. El Royal desembocaba en el contaminado río Amdroscoggin, pero el Royal jamás había estado contaminado; la única industria de que hubiera podido jactarse Salem's Lot era un aserradero, cerrado desde hacía muchos años. En los meses de verano, eran un espectáculo habitual los pescadores que lanzaban sus cañas de pescar desde el puente de Brock Street. El día en que no se podía sacar algo del Royal era un día excepcional.

El cuadrante sudeste era el más bonito. El suelo volvía a elevarse, pero allí no se veían los desagradables rastros del incendio ni la superficie de la tierra arrasada y agostada que era el legado del fuego. A ambos lados de Griffen Road, la tierra era propiedad de Charles Griffen, dueño de la granja lechera más importante al sur de Mechanic Falls, y desde

Schoolyard Hill se alcanzaba a ver el enorme establo de Griffen con su tejado de aluminio que resplandecía al sol como un heliógrafo monstruoso. En la zona había otras granjas y muchas casas en las que vivían empleados administrativos y de oficinas que todos los días viajaban en tren a Portland o a Lewiston. A veces, en el otoño, uno podía detenerse en lo mas alto de Schoolyard Hill para aspirar la aromática fragancia de los campos al quemarse y distinguir como un juguete el camión de los bomberos voluntarios de Salem's Lot, pronto a intervenir si alguna de las fogatas amenazaba con descontrolarse. El pueblo había aprendido la lección de 1951.

La parte del sudoeste era la que habían empezado a ocupar los remolques y casas rodantes, formando algo parecido a un cinturón de asteroides extraurbano. Con ellos, habían aparecido también sus huellas características: montones de coches desechados, neumáticos colgados de cuerdas deshilachadas, latas de cerveza vacías que brillaban junto al camino, andrajos lavados y puestos a secar en cuerdas tendidas entre postes improvisados, el denso olor de cañerías conectadas con cuartos de baño instalados a la ligera. Las casas de Bend eran muy parecidas a chabolas, pero en casi todas ellas se elevaba una resplandeciente antena de televisión, la mayoría eran receptores en color comprados a crédito en Grant's o en Sears. El patio de cada uno de los remolques estaba por lo general repleto de chiquillos, juguetes, trineos, patines y motocicletas. En algunos casos, las caravanas estaban bien cuidadas, pero en la mayoría parecía que sus dueños pensaran que la prolijidad fuera demasiada molestia. La maleza y el pasto crecían hasta la altura de la rodilla. Cerca del límite del pueblo, donde Brock Street empezaba a llamarse Brock Road, estaba la posada de Dell. Los viernes tocaba un conjunto de rock and roll y los sábados una banda de música country. Para la mayoría de los vaqueros de la localidad y sus chicas, era el lugar donde ir en busca de una cerveza o de una pelea.

La mayor parte de las líneas telefónicas eran compartidas entre dos, cuatro o seis abonados, de manera que la gente tenía siempre de qué hablar. En todos los pueblos pequeños los escándalos se cuecen siempre a fuego lento en el hornillo de atrás, como el cocido de la abuela. La mayor parte de los escándalos se originaban en el Bend, pero de vez en cuando alguien con una posición social más elevada aportaba algo a la olla común.

El pueblo se gobernaba por asamblea popular, y aunque desde 1965 se hablaba de elegir un concejo municipal que se reuniera dos veces al año para estudiar el presupuesto, la idea no había llegado a cuajar. El pueblo no crecía con la rapidez suficiente para que las costumbres ancestrales resultaran verdaderamente incómodas, aunque más de un recién llegado levantaba con exasperación los ojos al cielo ante esa indigesta democracia que alzaba las manos para votar. Había tres funcionarios electivos: el alguacil de la ciudad, que se ocupaba de los pobres, un empleado municipal (para sacar la matrícula del coche había que ir al extremo de Taggart Stream Road y desafiar a dos perros que andaban sueltos por el patio) y el encargado de asuntos escolares. El cuerpo de bomberos voluntarios recibía una paga simbólica de trescientos dólares anuales, pero en realidad era más bien un club social para ancianos jubilados, que durante la temporada de quema de rastrojos se divertían bastante y se dedicaban a charlar alrededor del camión durante el resto del año. No había departamento de obras públicas porque el agua corriente, el gas, las cloacas y la electricidad no eran servicios públicos. Las torres de alta tensión atravesaban el municipio en diagonal, de noroeste a sudeste, abriendo en el bosque una enorme brecha de cuarenta y cinco metros de ancho. Una de las torres se elevaba cerca de la casa de los Marsten recortándose sobre ella como un centinela.

La información que tenía Salem's Lot acerca de guerras, incendios y crisis gubernamentales provenía principalmente de los noticieros de Walter Cronkite por televisión. Aunque claro, todo el mundo sabía que al muchacho de los Potter lo habían matado en Vietnam y que el hijo de Claude Bowie, después de pisar una mina, había vuelto

con un pie de metal, pero le habían dado un trabajo como ayudante de Kenny Danles en la oficina de correos,

de modo que eso estaba perfectamente arreglado. Los chicos llevaban el cabello más largo que sus padres y no se lo peinaban con tanto cuidado, pero ya nadie les prestaba atención. Cuando en la escuela secundaria abandonaron el uniforme, Aggie Cortiss escribió una carta al Ledger de Cumberland, pero bacía años que Aggie escribía cartas a ese periódico todas las semanas, principalmente sobre los peligros del alcohol y sobre la maravilla de aceptar a Jesucristo en su corazón como salvador.

Algunos de los chicos tomaban drogas. En agosto, el juez Hooker impuso a Frank, el hijo de Horace Kilby, una multa de cincuenta dólares (aunque le permitió pagarla con lo que sacaba repartiendo periódicos a domicilio), pero el mayor problema era el alcohol Desde que la edad para consumir bebidas alcohólicas se fijó en dieciocho años, eran muchos los chicos que pasaban las horas en el bar de Dell. Después volvían a sus casas conduciendo a toda velocidad, como si quisieran pavimentar el camino con goma, y de vez en cuando alguno se mataba. Como cuando Billy Smith se estrelló contra un árbol en Deep Cut Road a casi ciento cincuenta kilómetros por hora y se mató junto con su chica, LaVerne Dube.

De no haber sido por estas cosas, el conocimiento de los tormentos por los que atravesaba el país no habría sido más que académico en Salem's Lot. Allí, el tiempo transcurría de forma diferente. En un pueblecito tan simpático no podía suceder nada demasiado malo.

5

Ann Norton estaba planchando cuando su hija irrumpió en la casa con una bolsa de comestibles, puso ante sus ojos un libro que tenía en la solapa la fotografía de un hombre de rostro delgado y empezó a hablar.

-Espera un momento -le dijo Ann-. Baja el volumen del televisor y cuéntame.

Susan estranguló la voz de Art Fleming, que desparramaba miles de dólares desde su programa, y le contó a su madre que había conocido a Ben Mears. La señora Norton tuvo cuidado de hacer pausados gestos de asentimiento y simpatía a medida que se desarrollaba el relato, pese a las luces amarillas de advertencia que se encendían en su cabeza siempre que Susan hablaba de un muchacho nuevo o un hombre. En realidad, se le hacía difícil pensar que Susie ya tenía la edad suficiente para que fueran hombres. Pero las luces de hoy eran un poco más intensas.

-Parece interesante -comentó mientras ponía sobre la tabla de planchar otra de las camisas de su marido.

-Estuvo realmente simpático -afirmó Susan-. Muy natural.

-Ay..., mis pies -se quejó la señora Norton. Dejó la plancha en el porta plancha, donde silbó ominosamente, y se acomodó en la mecedora situada junto a la amplia ventana. Tomó un Parliament del paquete que estaba sobre la mesita de café y lo encendió-. ¿Estás segura de que es un muchacho serio, Susie?

Susan sonrió un poco a la defensiva.

-Claro que estoy segura. Tiene el aspecto... no sé, de un profesor universitario o algo así.

-Dicen que el Bombero Loco tenía aspecto de jardinero -evocó reflexivamente su madre.

-Bosta de ciervo -respondió alegremente Susan. Era una expresión que siempre irritaba a su madre.

-Déjame ver el libro. -Ann tendió una mano para cogerlo.

Mientras se lo daba, Susan recordó repentinamente la escena de la violación homosexual en la prisión.

-Danza aérea -dijo con aire meditabundo Ann Norton, y empezó a pasar distraídamente las páginas. Susan esperaba, resignada. Su madre lo encontraría. Como siempre.

Las ventanas estaban abiertas y una brisa ociosa rizaba las cortinas amarillas de la cocina, que su madre insistía en llamar despensa como si vivieran en medio de las comodidades de la clase alta. Era una hermosa casa, maciza, de ladrillo, un poco difícil de calentar en invierno pero fresca como una gruta durante el verano. Estaba situada en una ligera elevación al término de Brock Street y desde la ventana frente a la cual estaba sentada la señora Norton se podía ver todo el pueblo. El panorama no sólo era agradable, sino incluso espectacular en invierno, con el paisaje amplio y brillante de la nieve inmaculada y de los edificios desdibujados por la distancia, que arrojaba a los campos nevados largas sombras amarillas.

-Me parece que leí un comentario sobre el libro en el periódico de Portland. No era muy bueno.

-Pues a mí me gusta -anunció Susan con firmeza-. Y me gusta él.

-Es posible que a Floyd también le guste -comentó la señora Norton-. Deberías presentarles.

Susan sintió una verdadera punzada de cólera que la consternó. Creía que ella y su madre habían dejado atrás las últimas tormentas de la adolescencia y sus secuelas, pero estaba equivocada. Las dos reanudaron la vieja discusión en la que la identidad de Susan debía luchar contra la experiencia y las creencias de su madre.

-Ya hemos hablado de Floyd, mamá, y tú sabes que eso no era nada serio.

-El periódico también decía que había unas escenas bastante espeluznantes en la prisión. Cosas entre muchachos...

-¡Mamá, por el amor de Dios! -Susan cogió uno de los cigarrillos de su madre.

-No tienes por qué usar el nombre de Dios en vano -señaló la señora Norton imperturbable.

Le devolvió el libro y tiró la ceniza del cigarrillo en un cenicero de cerámica que tenía la forma de un pez. Se lo había regalado una de sus amigas de la asociación de beneficencia y a Susan siempre le había irritado sin que pudiera saber exactamente el motivo. Tal vez porque había algo obsceno en eso de echar ceniza en la boca de una perca.

-Voy a guardar los comestibles -dijo Susan, y se levantó.

La señora Norton volvió a insistir en voz baja:

-Sólo me refería a que si tú y Floyd Tibbits vais a casaros...

La irritación aumentó hasta convertirse en la antigua cólera punzante.

-Pero por Dios, ¿cómo se te ha ocurrido semejante idea? ¿Alguna vez te he dicho que pensaba casarme?

-Yo suponía...

-Pues suponías mal -interrumpió Susan con ardor y faltando un poco a la verdad. Hacía ya unas semanas que trataba de desanimar gradualmente a Floyd.

-Suponía que cuando una sale con el mismo muchacho durante un año y medio -prosiguió, suave e implacable su madre-, eso debe de significar que las cosas han llegado a un punto en que ya no se limitan a cogerse de las manos.

-Floyd y yo somos algo más que amigos -confirmó tranquilamente Susan para que su madre sacara la conclusión que quisiera.

Una conversación no furmulada quedó pendiente entre ellas:

-¿Te has acostado con Floyd?

-Eso a ti no te importa.

-¿Qué significa para ti ese Ben Mears?

-Eso a ti no te importa.

-A ver si te entusiasmas con él y haces alguna tontería.

-Eso a ti no te importa.

-Pero es que te amo, Susie. Papá y yo te queremos mucho.

Y para eso no había respuesta. Por eso era urgente Nueva York o cualquier otra cosa. Finalmente, uno siempre terminaba por estrellarse contra las tácitas barricadas de ese amor, como si fueran las paredes acolchadas de una celda. La verdad del amor de sus padres hacía que fuera imposible mantener una discusión en la que pudieran plantear posiciones y despojaba de sentido a cuanto había sucedido antes de que comenzasen a no estar de acuerdo.

-Bueno -dijo suavemente la señora Norton. Apagó el cigarrillo en la boca de la perca y lo dejó en la barriga.

-Voy a mi habitación -dijo Susan.

-Está bien. ¿Podré leer el libro cuando lo termines?

-Si quieres...

-Me gustaría conocerle -expresó la señora Norton.

Susan separó las manos encogiéndose de hombros.

-¿Volverás tarde esta noche?

-No lo sé.

-¿Qué le digo a Floyd Tibbits si llama?

El enojo volvió a apoderarse de Susan.

-Dile lo que quieras -hizo una pausa-. Es lo que harás de todos modos.

-¡Susan!

La muchacha subió por las escaleras sin mirar hacia atrás.

La señora Norton permaneció donde estaba mirando por la ventana hacia el pueblo, pero sin verlo. En el piso de arriba se oyeron los pasos de Susan y después el chirrido del caballete al correrlo.

Se levantó y se puso otra vez a planchar. Cuando pensó que Susan estaría totalmente sumergida en su trabajo (aunque no fue más que una idea apenas consciente en un rincón de su mente) se dirigió al teléfono de la despensa y llamó a Mabel Werts. Durante la conversación comentó que Susan le había contado que un escritor famoso estaba en el pueblo. Mabel resopló y dijo «claro, te referirás al hombre que escribió La hija de Conway», y la señora Norton asintió. Mabel añadió que eso no era escribir sino pura y simplemente hacer libros pornográficos. La señora Norton le preguntó si el escritor estaba alojado en un motel o...

En realidad, se alojaba en el pueblo, en la casa de Eva, la dueña de la única pensión de la localidad. Se sintió profundamente aliviada. Eva Miller era una viuda decente que no se andaba con rodeos. Sus normas respecto a subir mujeres a las habitaciones eran simples y estrictas. «Si es su madre o su hermana, de acuerdo. Si no, se pueden sentar en la cocina.» Y sobre eso no había discusiones.

Quince minutos más tarde, después de disimular sagazmente su principal objetivo hablando de otros chismorreos, la señora Norton cortó la comunicación.

«Susan -pensaba mientras volvía a la tabla de planchar-. Oh, Susan, lo único que quiero es lo mejor para ti. ¿No puedes comprenderlo?»

6

No era demasiado tarde -apenas un poco más de las once- cuando volvían de Portland en el coche por la carretera 295. El límite de velocidad después de salir de los suburbios de Portland era de 110 kilómetros, Ben lo respetó. Los faros del Citroen perforaban limpiamente la oscuridad.

A los dos les había gustado la película, pero se mostraban cautos, como sucede con personas que están tanteando mutuamente sus límites. De pronto, Susan recordó la pregunta de su madre.

-¿Dónde te alojas? -inquirió-. ¿O has alquilado algo?

-Tengo una habitación pequeña en el tercer piso de la pensión de Eva, en Railroad Street.

-¡Pero es espantoso! ¡Allí arriba debe de hacer un calor horrible!

-A mí me gusta el calor -explicó Ben-. No me molesta para trabajar. Me quito la camisa, enciendo la radio y me bebo una buena dosis de cerveza. He estado escribiendo unas diez páginas por día. Además, hay algunos chiflados interesantes. Y cuando por fin uno sale al porche a respirar la brisa... es el paraíso.

-De todas formas... -protestó Susan no muy convencida.

-Pensé en alquilar la casa de los Marsten -comentó Ben con aire despreocupado-, y hasta fui a informarme, pero la habían vendido.

-¿La casa de los Marsten? -se asombró Susan-. Te equivocas de lugar.

-En absoluto. La que está en la primera colina, al noroeste del pueblo. En Brooks Road.

-¿La han vendido? Pero ¿quién demonios...?

-Lo mismo pensé yo. Más de una vez me han acusado de estar un poco loco y, sin embargo, yo sólo pensaba en alquilarla. El agente de la inmobiliaria no quiso decir nada. Parecía guardar un tremendo secreto.

-Tal vez sea algún forastero que quiera convertirla en residencia de veraneo -conjeturó Susan-, Pero en cualquier caso, es una locura. Una cosa es restaurar un lugar, y a mí me encantaría intentarlo, pero eso no tiene restauración posible. Cuando yo era pequeña ya era una ruina. Ben, ¿por qué pensaste en vivir allí?

-¿Has entrado alguna vez, Susan?

-No, pero en cierta ocasión me atreví a mirar por la ventana. Y tú, ¿has entrado?

-Sí, una vez -respondió Ben.

-Es un lugar escalofriante, ¿verdad?

Los dos se quedaron en silencio pensando en la casa de los Marsten. Era una actividad nostálgica que no tenía el matiz romántico de las otras. El escándalo y la violencia relacionados con la casa se habían producido antes de que ellos nacieran, pero las ciudades pequeñas no olvidan fácilmente y transmiten sus horrores de generación en generación.

La historia de Hubert Marsten y su mujer, Birdie, era lo más parecido a un secreto turbio que se guardaba en los anales del pueblo. Hubie había sido presidente de una gran compañía de camiones de Nueva Inglaterra en la década de los veinte. Una compañía de la que muchos comentaban que obtenía sus más suculentos beneficios después de medianoche, introduciendo en Massachusetts whisky procedente de Canadá.

Tras hacer fortuna, él y su mujer se retiraron a Salem's Lot en 1928 y perdieron buena parte de su dinero (nadie, ni siquiera Mabel Werts, sabía exactamente cuánto) en el crack bursátil de 1929.

Durante los diez años transcurridos entre la crisis y la ascensión de Hitler al poder, Marsten y su mujer vivieron en su casa como ermitaños. Sólo se les veía los miércoles por la tarde, cuando iban al pueblo a hacer sus compras. Larry McLeod, que en aquellos años era el cartero, contaba que Marsten recibía diariamente dos periódicos, The Saturday Evening Post, The New Yorker, y una revista sensacionalista que se llamaba Amazing

Stories. Una vez al mes recibía también un cheque de la compañía de camiones, que tenía su sede en Fall River, Massachusetts. Larry decía que él se daba cuenta de que era un cheque arqueando el sobre para espiar por la ventanilla de la dirección.

Fue Larry quien los encontró en el verano de 1939. Los periódicos y revistas de cinco días se habían amontonado en el buzón hasta el punto de que era imposible meter más. Larry los llevó a la casa con la intención de dejarlos entre la puerta de rejilla y la principal.

Corría el mes de agosto, era pleno verano y el césped en el jardín delantero de los Marsten estaba verde y lozano. Sobre el enrejado que se levantaba en el lado oeste de la casa enloquecían las madreselvas y las rechonchas abejas zumbaban indolentemente en torno de las aromáticas flores de un blanco cerúleo. En esa época, la casa todavía era agradable a la vista, aunque el césped estuviera demasiado crecido. Generalmente todos coincidían en que Hubie había construido la casa más bonita de Salem's Lot antes de volverse loco.

Cuando estaba a mitad de camino, según el relato que se repetía con expectante horror para cada nuevo miembro de la asociación de beneficencia, Larry había percibido un mal olor, como de carne en descomposición. Al golpear en la puerta principal no obtuvo respuesta. Miró hacia adentro y no pudo distinguir nada en la densa penumbra. En vez de entrar, rodeó la casa, y fue una suerte que lo hiciera. En la parte de atrás, el olor era aún peor. Larry intentó abrir la puerta del fondo y como estaba cerrada sin llave entró en la cocina. Birdie Marsten estaba tendida en un rincón, con las piernas abiertas y los pies desnudos. Le habían volado media cabeza de un disparo hecho a quemarropa.

«Y las moscas... -decía siempre en ese momento Audrey Hersey hablando con tranquila autoridad-. Larry dice que la cocina estaba llena de moscas. Zumbaban por todas partes, se posaban en... usted ya me entiende, y volvían a levantar el vuelo. Las moscas...»

Larry McLeod salió de allí y volvió directamente al pueblo. Buscó a Norris Varney, que en ese momento era el policía, y llamó a tres o cuatro de los parroquianos de la tienda de Crossen; en aquel entonces, el padre de Milt era todavía el que atendía el local. Entre los que acudieron estaba Jackson, el hermano mayor de Audrey. Volvieron a la casa en el Chevrolet de Norris y en la camioneta de correos de Larry.

En el pueblo, nadie había estado jamás en la casa y no terminaban de asombrarse. Cuando se extinguió el alboroto, el Telegram de Portland publicó un artículo de fondo sobre el asunto. La casa de Hubert Marsten era un atestado, caótico e increíble nido de ratas, donde la basura y la podredumbre se apilaban dejando estrechos y tortuosos senderos que se abrían paso entre montones de periódicos, revistas amarillentas y miles dé libros que se caían a pedazos. La antecesora de Loretta Starcher en la biblioteca pública de Salem's Lot se había hecho con las obras completas de Dickens, Scott y Mariatt, que seguían allí sin desempaquetar.

Jackson Hersey levantó un ejemplar del Saturday Evening Post, empezó a hojearlo y se quedó perplejo: en cada página habían pegado pulcramente un billete de un dólar.

Fue Norris Varney quien descubrió que Larry había tenido mucha suerte al entrar por la puerta de la cocina. El arma asesina había sido atada a una silla, con el cañón en dirección a la puerta de delante, apuntado a la altura del pecho de un hombre. El fusil estaba amartillado y del gatillo salía una cuerda que corría por el piso del vestíbulo hasta el picaporte de la puerta.

«Y bien cargado que estaba -insistía Audrey al contarlo-. Un tironcito y Larry McLeod se hubiera encontrado directamente ante las puertas de la morada eterna.»

También había otras trampas, aunque menos mortíferas. Sobre la puerta del comedor habían colocado un atado de veinte kilos de periódicos. Uno de k>s peldaños de la escalera que llevaba al piso de arriba estaba serrado y podría haber costado a cualquiera un tobillo

roto. No tardó en evidenciarse que Hubie Marsten estaba algo más que mal de la cabeza; se había vuelto total y rematadamente loco.

Lo encontraron en el dormitorio que había al final del pasillo del piso de arriba colgado de una viga.

Susan y sus amiguitas se habían torturado deliciosamente con los relatos que habían oído de sus mayores; Amy Rawcliffe tenía en el patio del fondo de su casa una casita de juguete, donde las niñas solían encerrarse con llave y sentarse en la oscuridad para aterrarse unas a otras hablando de la casa de los Marsten, que se había ganado su siniestra reputación mucho antes de que Hitler invadiera Polonia, y para repetirse las historias que habían oído a sus padres con los aditamentos más espeluznantes que alcanzaban a imaginar, Todavía hoy, dieciocho años más tarde, Susan tenía la sensación de que sólo el pensar en la casa de los Marsten actuaba sobre ella como el conjuro de un hechicero, evocando las imágenes, dolorosamente nítidas, de las niñas acurrucadas en la casa de juguete, tomadas de las manos mientras Amy relataba con voz escalofriante: «Y tenía toda la cara hinchada, la lengua negra y le colgaba fuera de la boca. Estaba cubierto de moscas. Mi mamá se lo contó a la señora Werts.»

-..Jante.

-¿Cómo? Discúlpame. -A Susan le costó casi un esfuerzo físico regresar al presente.

En ese momento, Ben salta de la autopista de peaje para tomar el desvío hacia Salem's Lot. Repitió:

-Dije que realmente es un lugar horripilante.

-Háblame de cuando estuviste dentro.

Con una risa carente de alegría, Ben encendió las luces de carretera. Con sus dos carriles, la oscuridad del camino se extendía ante ellos, enmarcada en una doble hilera de pinos y abetos.

-Empezó como un juego de niños. Tal vez nunca haya sido más que eso. Recuerda que hablo del año cincuenta y uno y que a los pequeños tenía que ocurrírseles algo que los divirtiera porque en esa época aún no estaba de moda meterse por las narices la cola para armar los aviones de juguete. Yo solía jugar con los chicos del Bend, la mayoría de ellos ya no deben de estar aquí en estos momentos... ¿Todavía siguen llamando Bend a la parte sur de Salem's Lot?

-Sí.

-Pues yo jugaba con Davie Barclay, Charles James, a quien todos los chicos solían llamar Sonny, con Harold Rauberson, Floyd Tibbits...

-¿Con Floyd? -preguntó Susan sobresaltada.

-Sí. ¿Lo conoces?

-Durante un tiempo salí con él -respondió Susan, y temerosa de que su voz sonara extraña prosiguió presurosamente-: Sonny James también sigue aquí. Está a cargo de la gasolinera de Jointner Avenue. Harold Rauberson murió. De leucemia.

-Todos ellos tenían un par de año» más que yo. Formaban una banda muy exclusiva. Sólo podían ingresar en ella los Piratas Sanguinarios que cumplieran por lo menos tres requisitos. -Ben se había propuesto hacer un relato aséptico, pero en sus palabras subyacía un resabio de k antigua amargura-. No querían admitirme, y lo que más deseaba en el mundo era ser Pirata Sanguinario... ese verano, por lo menos. Seguí insistiendo hasta que finalmente cedieron. Dijeron que me aceptarían si pasaba una prueba, que Dave urdió en ese mismo momento. Teníamos que ir todos a la casa de los Marsten y yo tendría que entrar y salir con un botín. -Volvió a reírse, pero sintió que se le había secado la boca.

-¿Y qué sucedió?

-Entré por una ventana. La casa seguía llena de basura después de doce años. Durante la guerra se debieron de llevar los periódicos, pero lo demás lo dejaron allí. En el vestíbulo

había una mesa y sobre ella uno de esos globos con nieve... ¿Sabes a qué me refiero? Dentro del globo hay una casita y, cuando lo agitas, la nieve cae encima. Lo guardé en el bolsillo, pero no salí. En realidad, quería probarme a mí mismo, de modo que subí las escaleras y me dirigí hacia la habitación donde se ahorcó.

-Oh, Dios mío -susurró Susan.

-Alcánzame un cigarrillo de la guantera, ¿quieres? Estoy tratando de dejar de fumar, pero en este momento lo necesito.

Susan se lo alcanzó y Ben oprimió el encendedor del tablero.

-La casa olía mal. No puedes imaginar cómo olía, a humedad y a tapizados podridos, y había una especie de olor ácido, como de mantequilla rancia. Pero había vida..., ratas, marmotas o sabe Dios qué bichos habían hecho cuevas en las paredes o hibernaban en el sótano. Había un olor húmedo y mezquino por toda la casa.

»Trepé por las escaleras. No era más que un niño de nueve años muerto de miedo. La casa crujía y parecía moverse. Yo oía el ruido de seres que surgían de mi interior y se filtraban por las paredes.

»Me parecía oír pasos que me seguían. Tenía miedo de girarme y ver que Hubie Marsten se me acercaba, tambaleándose, llevando una cuerda con un nudo corredizo en la mano y con la cara negra.

Sus manos agarraban con nerviosismo el volante y había desaparecido de su voz toda frivolidad. La intensidad de su recuerdo asustó un poco a Susan. El resplandor de las luces del tablero destacaba en el rostro de Ben la expresión de un hombre que viajaba por un país odiado del que no puede alejarse por completo.

-Al llegar a lo alto de la escalera reuní todo mi valor y corrí por el pasillo hasta llegar a esa habitación. Estaba decidido a entrar corriendo en ella, apoderarme de cualquier cosa que hubiera allí y bajar a toda prisa. Al final del pasillo, la puerta estaba cerrada y yo la veía cada vez más próxima. Veía que las bisagras habían cedido y que el borde inferior de la puerta se apoyaba en el umbral. Alcancé a ver el picaporte de plata, un poco empañado en el lugar donde se apoyaban las manos. Cuando lo empujé, la parte de abajo de la puerta chirrió como una mujer que sufre. Si hubiera estado en mis cabales, creo que me habría dado la vuelta y habría salido de allí como alma que lleva el diablo. Pero estaba lleno de adrenalina, y aferré el picaporte con ambas manos para empujar con todas mis fuerzas. La puerta se abrió y allí estaba Hubie, colgado de la viga, con la forma del cuerpo recortada contra la luz de la ventana.

-Oh, Ben, no es...

-Te aseguro que es la verdad -insistió él-. La verdad de lo que vio un niño de nueve años y de lo que veinticuatro años más tarde recuerda el hombre. Hubie estaba allí colgado y no tenía la cara negra, qué va. La tenía verde, con los ojos hinchados y cerrados. Las manos lívidas..., horrorosas. Y entonces abrió los ojos.

Ben aspiró el humo de su cigarrillo y lo arrojó por la ventanilla a las tinieblas.

-Dejé escapar un chillido que debió de oírse a tres kilómetros y salí corriendo. Caí por la escalera. Me levanté. Salí corriendo por la puerta principal. Seguí corriendo por el camino. Los chicos me esperaban a casi un kilómetro de distancia. Entonces me di cuenta de que todavía tenía en la mano el globo de cristal y... todavía lo conservo.

-Pero... tú no crees realmente que viste a Hubert Marsten, ¿verdad, Ben? -Muy a lo lejos, Susan alcanzaba a ver la luz amarilla y parpadeante que señalaba el centro del pueblo y se alegró de verla.

-No lo sé -respondió él, después de una larga pausa. Habló con dificultad y de mala gana, como si hubiera preferido negarlo y terminar con el tema-. Quizá estaba tan exaltado que no fue más que una alucinación. Por otra parte, es posible que haya cierta verdad en la idea de que las casas absorben las emociones que se generan en ellas, que tienen una

especie de... magnetismo interior. Tal vez una personalidad adecuada, la de un chico imaginativo, por ejemplo, pueda actuar como catalizador sobre esa carga magnética y conseguir que produzca una manifestación activa de... de algo. No estoy hablando de fantasmas. Me refiero a una especie de televisión psíquica en tres dimensiones. Quizá haya algo vivo. No sé, un monstruo o algo así.

Susan tomó uno de los cigarrillos de Ben y lo encendió.

-De todas maneras, pasé semanas enteras durmiendo sin apagar la luz del dormitorio y durante toda mi vida he seguido soñando con que abría esa puerta. Siempre que estoy nervioso, sueño con eso.

-Es espantoso.

-No. No tanto. Todos tenemos nuestras pesadillas.

Con un gesto del dedo pulgar, Ben señaló las casas dormidas y silenciosas que bordeaban Jointner Avenue.

-A veces -continuó- me pregunto si hasta las tablas de esas casas gimen con las cosas horrorosas que suceden en los sueños. -Hizo una pausa-. Si quieres, podrías venir a la pensión de Eva y nos sentamos un rato en el porche. No puedo invitarte a entrar, por las reglas de la casa, pero tengo un par de coca-colas en la nevera y traeré el ron de mi habitación. Podemos echar un trago de despedida.

-Oh, me encantaría.

Ben dobló por Railroad Street, apagó las luces del coche y se dirigió al pequeño aparcamiento de tierra destinado a los huéspedes de Eva. El porche trasero estaba pintado de blanco con filetes rojos y las tres sillas de mimbre colocadas en él miraban hacia, el río. El espectáculo era deslumbrante. La luna del final de verano, atrapada en los árboles de la ribera, pintaba a través del agua una senda de plata. En el silencio del pueblo, Susan oía el débil gorgoteo espumoso del agua al verterse por las esclusas del embalse.

-Siéntate, vuelvo enseguida.

Ben entró en la casa, cerrando suavemente tras de sí la puerta de repita, y Susan se sentó en una de las mecedoras.

A pesar de lo extraño que era, él le gustaba. Susan no creía en el amor a primera vista, pero creía que con frecuencia el deseo (disimulado con otros nombres más inocentes) se encendía instantáneamente. Y sin embargo, Ben no era un hombre que impulsara a escribir a medianoche en un diario íntimo; era demasiado delgado para su altura, un poco pálido. Su rostro resultaba introspectivo y demasiado intelectual, los ojos rara vez traicionaban sus pensamientos. Todo eso coronado por una densa mata de cabello negro que daba la impresión de peinar con los dedos en vez de cepillárselo.

Y esa historia.

Ni La hija de Conway ni Danza aérea traicionaban una disposición anímica tan morbosa. La primera novela narraba la historia de la hija de un pastor que se escapa, se une a los jóvenes rebeldes y hace un largo y azaroso viaje por todo el país en autostop. La segunda era la historia de Frank Buzzey, un convicto fugado que empieza una nueva vida como mecánico en otro estado, hasta que vuelven a detenerlo. Los dos libros eran enérgicos y llenos de vida, y no daban la impresión de que sobre ellos se balanceara la sombra de Hubie Marsten, reflejada en los ojos de un chiquillo de nueve años.

Como si sus propios pensamientos la obligaran a hacerlo, Susan apartó sus ojos del río y los dirigió casi involuntariamente hacia la izquierda del porche, donde la última colina que se alzaba ante el pueblo impedía ver las estrellas.

-Ya está -dijo Ben-. Espero que esto te guste...

-Mira la casa de los Marsten -dijo ella.

Ben miró, y vio que había una luz allá arriba.

7

Habían terminado el cubalibre pasada la medianoche; la luna casi había desaparecido. Tras un rato de conversación intrascendente, Susan dijo:

-Me gustas, Ben. Me gustas mucho.

-Tú también me gustas. Y me sorprende... No, no era eso lo que quería decir. ¿Recuerdas aquella tontería que dije en el parque? Todo esto parece demasiado fortuito.

-Yo quiero volver a verte, si tú estás de acuerdo.

-Claro que sí.

-Pero sin darnos prisa. Recuerda que no soy más que una muchacha de pueblo.

-Parece tan hollywoodense... -Ben sonrió-. Me refiero a las buenas películas de Hollywood, claro. ¿Se supone que es ahora cuando tengo que besarte?

-Sí -asintió con seriedad Susan-. Creo que es lo que corresponde.

Ben estaba sentado en la mecedora de al lado y, sin interrumpir su lento movimiento oscilatorio, se inclinó para besar la boca de Susan. No pretendía alcanzar la lengua de la muchacha ni tocarla. Sus labios eran firmes con la presión de los dientes y en su aliento había un débil eco de ron y de tabaco.

Susan también empezó a mecerse y el movimiento convirtió el beso en algo nuevo, que crecía y decrecía, se hacía leve y otra vez firme. «Está saboreándome», pensó Susan. La idea movilizó en ella una limpia y secreta excitación, y la muchacha interrumpió el beso antes de que pudiera llevarla más lejos.

-¡Uf! -suspiró Ben.

-¿Te gustaría venir a cenar a casa conmigo? Estoy segura de que a mis padres les encantaría conocerte. -En la placentera serenidad de ese momento, Susan podía hablar así de su madre.

-¿Comida casera?

-Caserísima.

-Me encantaría. Desde que llegué me estoy alimentando de bocadillos.

-¿A las seis? En este pueblo se cena temprano.

-Espléndido. Y ya que hablamos de casa, será mejor que te lleve. Vamos.

Durante el trayecto no hablaron hasta que Susan volvió a ver la luz nocturna que parpadeaba en la cima de la colina, la que su madre dejaba siempre encendida cuando ella salía.

-¿Quién podrá estar despierto allí arriba? -caviló, mirando hacía la casa de los Marsten.

-El nuevo dueño, probablemente -respondió Ben sin comprometerse.

-Pero esa luz no parecía eléctrica -continuó ella-. Demasiado débil y amarillenta. Tal vez fuera una lámpara de queroseno.

-Es probable que todavía no tengan corriente.

-Tal vez. Pero cualquiera que fuera un poco previsor llamaría a la compañía de la luz antes de trasladarse.

Ben no contestó. Había llegado a la entrada de la casa de Susan.

-Ben -prorrumpió ella de pronto-, tu nuevo libro, ¿es sobre la casa de los Marsten?

Él rió y le besó la punta de la nariz.

-Es tarde.

-No pretendía ser curiosa -le sonrió Susan.

-Está bien. Ya hablaremos de eso... durante el día.

-Perfecto.

-Será mejor que entres, pequeña. ¿Mañana a las seis?

Susan miró su reloj.

-Hoy a las seis.

-Buenas noches, Susan.

-Buenas noches.

Bajó del coche y corrió por el sendero hasta la puerta lateral, para después volverse a saludarle con la mano mientras Ben se alejaba con el coche. Antes de entrar cogió la nota con el pedido para el lechero y agregó crema ácida. Se servirá con patatas al horno, pensó. Le dará categoría a la cena.

Se demoró un minuto más antes de entrar, mirando hacia la casa de los Marsten.

8

Ya en su habitación, pequeña como una caja, Ben se desvistió con la luz apagada y se deslizó desnudo entre las sábanas. Susan era una chica bonita, la primera que le parecía bonita desde la muerte de Miranda. Pensó que ojalá no tratara de convertirla en una nueva Miranda; sería doloroso para él y horriblemente injusto para ella.

Se tendió en la cama y se relajó. Antes de que le venciera el sueño, se apoyó en un codo y miró por la ventana, más allá de la sombra rectangular de la máquina de escribir y por encima del delgado manojo de hojas manuscritas que estaba junto a ella. Después de examinar varias habitaciones, había pedido a Eva Miller que le diera específicamente ésta, porque estaba orientada directamente hacia la casa de los Marsten.

Allá arriba, las luces seguían encendidas.

Esa noche, por primera vez desde que había vuelto a Salem's Lot, tuvo la antigua pesadilla, que no se había presentado con tanta nitidez desde los días espantosos que habían seguido a la muerte de Miranda en el accidente. La carrera a lo largo del pasillo, el horrible chillido de la puerta mientras se abría, la figura pendiente que abría súbitamente los ojos abominablemente hinchados, él mismo que se volvía hacia la puerta en el pánico lento y pegajoso de los sueños...

Y la encontraba cerrada con llave.

TRES

SOLAR (I)

1

El pueblo no tarda en despertar; el trabajo no espera. Cuando el sol todavía no ha despuntado en el horizonte y la oscuridad reina en la comarca, la actividad ya ha empezado.

2

4.00 h.

Los muchachos de Griffen -Hal de dieciocho años, y Jack de catorce- y los dos peones habían empezado a ordeñar. El establo era una maravilla de limpieza, encalado y reluciente. Por el centro, entre las sendas inmaculadas que pasaban frente a las dos hileras

de establos, corría un bebedero de cemento. Hal hizo correr el agua accionando un interruptor al tiempo que abría una válvula. La bomba de motor eléctrico que sacaba el agua de uno de los dos pozos artesianos que alimentaban el lugar se puso en movimiento con un zumbido continuo. Hal era un muchacho hosco,

nada brillante, y ese día estaba especialmente irritable. La noche anterior había tenido una discusión con su padre. Hal no quería seguir yendo a la escuela. Odiaba la escuela. No soportaba ese aburrimiento, esa insistencia en que permaneciera inmóvil durante períodos de cincuenta minutos de duración y estaba harto de todas las materias, con excepción del taller de carpintería y el de artes gráficas. £1 inglés era desesperante; la historia, idiota; las matemáticas comerciales, incomprensibles. Y lo peor de todo era que nada de eso servía para nada. A las vacas no les importaba cómo se hablaba o que se conjugaran mal los verbos, ni quién fue el comandante en jefe del maldito ejército del Potomac durante la maldita Guerra Civil, y en cuanto a las matemáticas, su padre era incapaz de sumar dos quintos y un medio aunque se lo mandaran frente a un pelotón de fusilamiento. Por eso tenía un contable. ¡Menudo tipo! Tenía un título universitario y trabajaba para un idiota como su viejo. Éste le había dicho muchas veces que el secreto de llevar bien un negocio (y una granja lechera era un negocio como cualquier otro) no se aprendía en los libros; todo radicaba en conocer a la gente. Su padre era especial para venirle a uno con toda esa estupidez sobre las maravillas de la educación -él, que había llegado a sexto grado y nunca leía otra cosa que el Reader's Digest-, pero la granja daba un beneficio de dieciséis mil dólares anuales. Conocer a la gente... Saber dar la mano y preguntar por la mujer sin olvidar el nombre de ella. «Mira, Hal, tienes que conocer a la gente. Hay dos clases de personas: las que uno se puede llevar por delante y las que no se puede.» Los primeros excedían a los segundos en la proporción de diez a uno.

Lamentablemente, su padre pertenecía al grupo menos numeroso.

Hal miró por encima del hombro a Jack que, lento y soñoliento, iba poniendo en los cuatro primeros establos el heno que sacaba con la horquilla de un fardo roto. Ése era el tragalibros, el mimado de papá. También era un miserable, un infeliz.

-¡Vamos! -le gritó-. ¡Date prisa con ese heno!

Abrió los armarios para sacar la primera de las cuatro ordeñadoras y la arrastró por el pasillo. Su gesto era hosco por encima del resplandeciente artefacto de acero inoxidable.

La escuela... ¡A la mierda con la maldita escuela!

Los nueve meses siguientes se extendían ante él como una tumba interminable.

3

4.30 h.

La leche extraída el último día ya había sido procesada y de nuevo estaba camino de Salem's Lot, pero ya no en tarros de acero galvanizado sino en cartones que llevaban la colorida etiqueta de la granja lechera de Slewfoot Hill. El padre de Charles Griffen comercializaba la leche que él mismo producía, pero eso ya no resultaba práctico. Las cooperativas habían absorbido a los últimos productores independientes.

El lechero representante de Slewfoot Hill en el oeste de Salem era Irwin Purinton, que empezaba su recorrido por Brock Street (conocida en la comarca como Brock Road, o El Semillero de Baches), para después recorrer el centro del pueblo hasta salir de él por Brooks Road.

Win había cumplido los 61 años en agosto, y por primera vez en su vida, la jubilación inminente le parecía real y posible. Su mujer, una vieja aborrecible llamada Elsie, había muerto en el otoño de 1973 (precederlo a la tumba fue la única consideración que había

demostrado hacia él en veintisiete años de matrimonio), y cuando finalmente le llegara la jubilación, Win se instalaría con su perro, Doc, un mestizo con mezcla de cocker, en Pemaquid Point. Sus proyectos radicaban básicamente en dormir todos los días hasta las nueve de la mañana y no ver nunca más un amanecer.

Se detuvo frente a la casa de los Norton y el pedido llenó su cesta: zumo de naranja, dos litros de leche y una docena de huevos. Al bajar del carro sintió una debilísima punzada en la rodilla derecha. El tiempo sería bueno.

Escrito con la letra redonda y clara de Susan, había agregado al pedido habitual de la señora Norton: «Por favor, Win, deje una botella pequeña de crema ácida. Gracias.»

Purinton volvió a buscarla pensando que le esperaba uno de esos días en que todo el mundo hacía pedidos especiales. ¡Crema ácida! Una vez que la había probado, había sentido náuseas.

£1 cielo empezaba a aclararse en el este, y en los campos que se extendían hasta el pueblo, el rocío destellaba como miles de diamantes destinados a pagar el rescate de un rey.

4

5.15 h.

Hacía veinte minutos que Eva Miller estaba levantada. Vestía una bata harapienta y un par de deformadas chinelas color salmón, y estaba preparándose el desayuno: huevos revueltos, lonchas de tocino y una fuentecilla de frituras caseras. £1 refrigerio se completaba con dos tostadas con mermelada, un vaso de zumo de naranja y una taza de café. Era una mujer corpulenta, pero no exactamente gorda; le preocupaba demasiado la pulcritud de su casa como para que alguna vez pudiera llegar a ser gorda. Las curvas de su cuerpo eran heroicas, rabelaisianas. Contemplar sus movimientos frente a los ocho quemadores de su cocina eléctrica era como ver el incesante movimiento de la marea o las vicisitudes migratorias de las dunas.

A Eva le gustaba hacer la primera comida del día en esa soledad total, mientras planeaba el trabajo que le esperaba para la jornada. Y vaya si tendría trabajo: el miércoles era el día que cambiaba la ropa de cama. En ese momento tenía nueve huéspedes, entre ellos el señor Mears. La casa tenía tres pisos y veintisiete habitaciones, y también había que lavar los suelos, fregar las escaleras, encerar el pasamanos y dar vuelta a la alfombra de la sala de estar. Pensó que le pediría a Weasel Craig que la ayudara en algo, salvo que estuviera durmiendo la mona.

La puerta de atrás se abrió en el momento en que Eva se sentaba a la mesa.

-Hola, Win. ¿Cómo le va?

-Más o menos. Me duele un poco la rodilla.

-Oh, lo siento. ¿Quiere dejarme un litro más de leche y una botella de esa limonada?

-Desde luego -dijo con resignación-. Ya sabía que iba a tener un día así.

Eva se dedicó a los huevos, pasando por alto el comentario. Win Purinton siempre encontraba algo de qué quejarse, aunque bien sabía Dios que debería haber sido el hombre más feliz del mundo desde que la arpía con que se había enganchado se cayó por la escalera del sótano y se rompió el cuello.

A las seis menos cuarto, en el momento en que Eva terminaba su segunda taza de café y estaba encendiendo un Chesterfield, el Press-Herald golpeó contra un lado de la casa y cayó entre los rosales. La tercera vez en la semana; el chico de los Kilby se estaba pasando de la raya. Tal vez estuviera harto de repartir periódicos. Pues que se quedara ahí un rato. Los primeros rayos del sol, un oro tenue y precioso, entraban oblicuamente por las ventanas del este. Para Eva era el mejor momento del día, y no tenía la intención de dejar que nada perturbara su paz.

Sus huéspedes tenían derecho a usar la cocina y la nevera, lo cual, como el cambio semanal de ropa de cama, estaba incluido en el precio, y la paz no tardaría en romperse cuando Grover Vernil y Mickey Sylvester bajaran a prepararse sus cereales antes de salir para la tejeduría de Gates Falls donde trabajaban.

Como si con este pensamiento hubiera acelerado su aparición, se oyó correr el agua en el baño del segundo piso y en las escaleras empezaron a retumbar las pesadas botas de trabajo de Sylvester.

Eva se levantó de su asiento para ir en busca del periódico.

5

6.05 h.

Los tenues gemidos del bebé perforaron el liviano sueño mañanero de Sandy McDougall, que se levantó para atender al niño con los ojos todavía hinchados. Se golpeó en la pierna contra la mesita de noche y soltó una maldición.

Al oírla, el bebé chilló con más fuerza.

-¡Cállate, que ya voy! -le gritó Sandy.

Por el estrecho pasillo de la caravana fue hasta la cocina. Era una muchacha delgada en quien ya quedaba muy poco de la belleza que en algún momento podía haberla agraciado. Sacó de la nevera el biberón de Randy y pensó en calentárselo, pero después decidió que sólo tenía ganas de mandar al diablo todo. Si tanta hambre tienes, mocoso, te lo puedes tomar frío, se dijo.

Fue hasta el dormitorio del niño y lo miró fríamente. Tenía diez meses, pero era enfermizo y llorón. Todavía no hacía un mes que había empezado a gatear. Tal vez tuviera polio o sabe Dios qué. Ahora tenía algo en las manos. Sandy se acercó más, pensando qué demonios había encontrado.

Sandy tenía diecisiete años, y en julio ella y su marido habían celebrado el primer aniversario de su boda. En el momento de casarse con Royce McDougall, embarazada de seis meses y sin posibilidad de disimular su estado, el matrimonio le había parecido la bendición que el padre Callahan decía que era: una bendita escotilla de escape. Ahora creía que no era más que un montón de mierda. Exactamente, advirtió consternada, lo que Randy tenía en las manos y con lo que había ensuciado su pelo y las paredes.

Se quedó mirándolo sombríamente, con el biberón frío en la mano.

¿Para eso, reflexionó, había dejado la escuela secundaria, sus amigos, sus esperanzas de llegar a ser modelo? Por ese piojoso remolque aparcado en el Bend, donde ya la fórmica se desprendía de los muebles, por un marido que trabajaba todo el día en la tejeduría y por las noches se iba a beber o a jugar al póquer con los inútiles de sus amigos de la gasolinera. Por un mocoso que era el retrato del inútil de su padre y que lo embadurnaba todo de caca.

Y que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

-¡Cállate! -vociferó a su vez Sandy.

Arrojó contra el niño el biberón de plástico, que le golpeó en la frente y le hizo caer de espaldas en la cuna, llorando y agitando los brazos. Bajo el nacimiento del pelo le había quedado una marca roja, y Sandy sintió una horrible oleada de satisfacción, pena y odio que le anudó la garganta. Levantó al niño de la cuna como si fuera un trapo.

-¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

Antes de poder dominarse, ya le había dado dos puñetazos, y el esfuerzo de Randy por gritar era tal que dejó de emitir ningún sonido. Con el rostro purpúreo, se quedó tendido en la cuna, jadeante.

-Perdóname -murmuró Sandy-•, Oh, perdóname. ¿Te he hecho daño, Randy? Espera un minuto que mami te va a limpiar.

Cuando Sandy volvió con un trapo mojado, Randy tenía los ojos hinchados y se le estaban amoratando, pero se tomó el biberón, y cuando empezó a limpiarle la cara con el trapo mojado, le sonrió con su sonrisa sin dientes.

Le diré a Roy que se me cayó mientras le cambiaba, pensó Sandy. Se lo creerá. Oh, Dios, que se lo crea, por favor.

6

6.45 h.

La mayor parte de la población obrera de Salem's Lot iba camino de su trabajo. Mike Ryerson era uno de los pocos que trabajaban en el pueblo. En el registro anual del mismo aparecía consignado como jardinero, pero en realidad era el encargado del mantenimiento de los tres cementerios de la pequeña ciudad. En verano el trabajo le exigía casi dedicación exclusiva, pero en invierno tampoco era de chiste como parecían pensar algunos, como ese remilgado de George Middler, el de la ferretería. Mike trabajaba algunas horas con Carl Foreman, el empresario de Pompas Fúnebres de Salem's Lot, y parecía que la mayoría de los viejos estiraba la pata en invierno.

En ese momento Mike iba camino de Burns Road en su camioneta, cargada de podaderas, una tijera para recortar los setos, una caja de estacas, una palanca para enderezar cualquier lápida que pudiera haberse caído, una lata de diez litros de gasolina y dos cortadoras de césped Briggs & Stratton.

Por la mañana cortaría el césped en Harmony HUÍ, y realizaría cualquier arreglo que fuera necesario en las losas y la pared de piedra, y por la tarde iría al otro lado del pueblo, hasta el cementerio de Schoolyard Hill, donde solían sepultar sus muertos los miembros de una secta religiosa ya extinguida en el pueblo. Pero el que más le gustaba a Mike era Harmony Hill. No era tan antiguo como el osario de Schoolyard Hill, pero era un lugar agradable y sombreado. Mike esperaba que con el tiempo a él también lo enterrarían allí... dentro de un siglo o más.

Tenía veintisiete años y había cursado tres años de enseñanza superior de una carrera bastante azarosa. Abrigaba la esperanza de poder terminarla algún día. Era buen mozo, de maneras sencillas y agradables, y no le resultaba difícil vincularse con las jóvenes solteras que los sábados por la noche iban al bar de Dell o a Portland. A algunas de ellas, el trabajo de Mike les provocaba aprensión, cosa que a él se le hacía difícil de entender. Era un trabajo agradable, sin un patrón que anduviera siempre vigilándolo a uno por encima del hombro, y se hacía al aire libre. Si tenía que cavar algunas tumbas o, de vez en cuando, conducir el furgón mortuorio de Cari Foreman, ¿qué problema había? Alguien tenía que hacerlo. Para su modo de pensar, sólo había una cosa más natural que la muerte, y era el sexo.

Tarareaba una canción cuando dobló por Burns Road y puso segunda para subir la colina. El polvo seco del camino se elevaba tras él. A través de las densas frondas del verano, a ambos lados del camino, alcanzaba a ver los troncos desnudos de los árboles que se habían quemado en el gran incendio de 1951, esqueléticos como viejos huesos que se desintegran. Mike sabía que por allí había árboles caídos contra los que uno se podía romper una pierna si no andaba con cuidado. Pese a que ya habían transcurrido veinticinco años, aún perduraban las cicatrices del incendio. Así eran las cosas. En mitad de la vida, estamos en la muerte.

El cementerio estaba situado en lo alto de la colina y Mike disminuyó la marcha, preparándose para abrir el portón, pero de pronto frenó en seco con un estremecimiento.

Del portón de hierro forjado pendía, cabeza abajo, el cadáver de un perro, y el suelo estaba empapado en sangre.

Mike bajó de la camioneta y se acercó. Se puso los guantes de trabajo que llevaba en el bolsillo de atrás y levantó con una mano la cabeza del perro, que cedió con una horrible facilidad, y se encontró con los ojos vidriosos y vacíos de Doc, el cocker mestizo de Win Purinton. Al perro lo habían ensartado en uno de los espigones del portón como a una res en un gancho de carnicería y las moscas, atontadas por el frío de la mañana, se amontonaban ya pegajosamente sobre el cuerpo.

Mike forcejeó para sacarlo, sintiendo que se le revolvía el estómago. El vandalismo de los cementerios no era novedad para él, especialmente hacia Todos los Santos, pero para esa fecha faltaba todavía un mes y medio, y además nunca había visto una cosa así. Por lo general, se conformaban con derribar algunas lápidas, garrapatear obscenidades o colgar del portón un esqueleto de papel. Pero si esa barbaridad era obra de chiquillos, eran unos verdaderos bastardos. A Win se le destrozaría el corazón.

Mike pensó en llevar el perro directamente al pueblo para mostrárselo a Parkins Gillespie, pero luego reflexionó que con eso no se ganaría nada. Podía llevar al pobre Doc al pueblo cuando volviera a comer... aunque ese día no iba a tener mucho apetito.

Corrió el cerrojo del portón y se miró los guantes, que estaban manchados de sangre. Habría que fregar los barrotes de hierro del portón; Mike tuvo la impresión de que, después de todo, esa tarde no llegaría a Schoolyard Hill. Entró en el cementerio, aparcó, pero ya había dejado de canturrear. La magia del día había desaparecido.

7

8.00 h.

Los pesados autobuses amarillos del transporte de escolares habían empezado su recorrido habitual e iban recogiendo a los niños que esperaban junto a sus buzones, jugando, con la cestita del almuerzo en la mano. Charlie Rhodes conducía uno de los autobuses, y su ruta abarcaba Taggart Stream Road, que quedaba al este del pueblo, y la segunda mitad de Jointner Avenue.

Los chicos que viajaban en el autobús de Charlie eran los que mejor se portaban en la ciudad, y en todo el distrito escolar, en definitiva. En el autobús número 6 no había gritos ni juegos de manos ni empujones. Si no se quedaban bien sentados y quietos, o se olvidaban de los buenos modales, se verían obligados a hacer a pie los casi cinco kilómetros que los separaban de la escuela elemental de Stanley Street, y explicar por qué dirección,

Charlie sabía lo que pensaban de él y las cosas que se decían a sus espaldas. Pero le daba lo mismo. Él no estaba dispuesto a aceptar idioteces ni alborotos en su autobús. Para eso ya estaban los pusilánimes de los maestros.

El director de Stanley Street había tenido el coraje de preguntarle si no habría, actuado impulsivamente cuando al chico de los Durham le suspendió el transporte por tres días por haber hablado en voz un poco alta. La reacción de Charlie fue simplemente sostenerle la mirada hasta que finalmente el director, un tonto que hacía apenas cuatro años que había terminado la universidad, apartó la vista. £1 encargado de la empresa de transporte automotor SAD 21, Dave Felsen, era un viejo amigo de Charlie; habían estado juntos en Corea, y se comprendían. Y entendían lo que estaba sucediendo en el país. Entendían que el chico que en 1958 no hacía más que «hablar en voz un poco demasiado alta en el autobús» era el mismo que en 1968 se había orinado sobre la bandera.

Al echar un vistazo al gran espejo colocado por encima de su cabeza vio que Mary Kate Gríegson le pasaba una nota a su amiguito Brent Tenney. Los chicos de hoy empezaban a divertirse con el sexo desde la escuela primaría.

Disminuyó la marcha mientras encendía las luces intermitentes. Mary Kate y Brent le miraron consternados.

-¿Tenéis mucho que deciros? -les preguntó Charlie por el espejo-. Bueno, pues será mejor que os vayáis andando.

Abrió las puertas plegables y esperó que los dos se bajaran aterrorizados del autobús.

8

9.00 h.

Weasel Craig se cayó de la cama. El sol entraba, cegador, por la ventana del segundo piso. La cabeza le latía horriblemente, y arriba aquel tipejo, el escritor, ya estaba dándole a la máquina. Un hombre tenía que estar como una cabra para pasarse el tiempo así, tap-tap-tap, día tras día.

Se levantó y, en calzoncillos, fue a comprobar en el calendario si ése era el día que cobraba su pensión por desempleo. No. Era el miércoles.

La resaca de hoy no era tan grave como otras veces. Se había quedado en el bar de Dell hasta la hora del cierre, a la una, pero no tenía más que dos dólares y no había podido conseguir que le invitaran a muchas cervezas cuando se le acabó el dinero. Estoy perdiendo el crédito, pensó mientras se frotaba la cara con una mano.

Se puso la camiseta que usaba en invierno y verano, se enfundó en los pantalones verdes de trabajo y después abrió el armario para buscar su desayuno: una botella de cerveza para beberse allí mismo y una caja de copos de avena, de las que repartía la beneficencia, que prepararía abajo. Craig no soportaba los copos de avena, pero le había prometido a la viuda que le ayudaría a dar vuelta a la alfombra, y era probable que también tuviera que hacerle otras tareas.

No es que le importara mucho, en realidad, pero se había venido abajo desde la época en que compartía el lecho de Eva Miller. El marido de ella había muerto en un accidente en el aserradero, en 1959, y la cosa había sido graciosa, si es que se podía aplicar tal calificativo a un accidente tan horrible. Por aquel entonces el aserradero empleaba sesenta o setenta hombres, y Ralph Miller era candidato para la dirección de la empresa.

Lo que le había pasado era gracioso, en cierto modo, porque Ralph Miller no tocaba una máquina desde hacía siete años, en 1952, cuando lo habían ascendido de capataz a empleado de oficina. En eso consistía la gratitud de los ejecutivos hacia uno, y Weasel suponía que Ralph se la había ganado. Cuando el gran incendio arrasó los pantanos para extenderse por Jointner Avenue, avivado por un viento del este de cuarenta kilómetros por hora, todo el mundo pensó que eso era el fin del aserradero. Los bomberos de seis municipios vecinos tenían bastante trabajo con tratar de salvar el pueblo como para distraer

hombres en una operación tan descabellada como el aserradero de Jerusalem's Lot. Ralph Miller había organizado a todos los obreros del segundo turno en una brigada para combatir el fuego, y bajo su dirección los hombres mojaron el tejado e hicieron lo que los bomberos no habían sido capaces de hacer al oeste de Jointner Avenue: levantar una barrera que contuvo las llamas y las desvió hacia el sur, donde quedó totalmente controlado.

Siete años más tarde se había caído en una máquina de hacer pulpa de madera mientras hablaba con unos visitantes de una empresa de Massachusetts, a quienes había estado enseñándoles la planta, con la esperanza de convencerlos de que la compraran. Resbaló en un charco de agua y cayó dentro de la máquina en las narices mismas de los visitantes. Desde luego la posibilidad de cerrar el trato desapareció junto con Ralph Miller. El aserradero que él mismo había salvado en 1951 se cerró para siempre en febrero de 1960.

Weasel se miró en el espejo, salpicado de agua, mientras se peinaba el pelo blanco, aún abundante y espeso a sus sesenta y siete años. Era la única parte de su persona a la que, al parecer, le sentaba bien el alcohol. Después se puso la camisa de trabajo de color caqui y, con su caja de copos de avena en la mano, bajó por las escaleras.

Y allí estaba él, casi dieciséis años después que todo aquello hubiera pasado, haciendo de ama de llaves para una mujer con quien antaño había mantenido relaciones sexuales, y que todavía seguía pareciéndole condenadamente atractiva.

En cuanto le vio entrar en la soleada cocina, la viuda se abalanzó sobre él como un buitre.

-Oye, ¿podrías encerarme el pasamanos del frente una vez hayas tomado el desayuno, Weasel? ¿Tienes tiempo?

Ambos mantenían la ficción de que él hacía esos trabajos como favores, no en pago de los catorce dólares semanales que costaba su habitación.

-Cómo no, Eva.

-Y la alfombra del salón de enfrente...

-... habría que darle la vuelta. Sí, lo recuerdo.

-¿Te duele la cabeza esta mañana?

Eva formuló la pregunta sin dejar que en su voz asomara compasión alguna, pero Weasel la sentía vibrar por debajo de la epidermis.

-En absoluto -contestó mientras ponía a calentar el agua para la avena.

-Es que viniste tarde, por eso te lo preguntaba.

-No dejas de vigilarme, ¿eh?

Weasel la miró, enarcando una ceja, satisfecho de ver que ella todavía podía ruborizarse como una colegiala, aunque ya hacía casi nueve años que habían dejado de lado toda diversión.

-Vamos, Ed...

Eva era la única que seguía llamándolo así. Para todos los demás habitantes de Solar, él no era más que Weasel.1 Pues muy bien. Que le llamaran como quisieran. El oso había atrapado a la comadreja.

-No importa -concluyó él ásperamente-. Hoy me he levantado con el pie izquierdo.

-Yo diría que te has caído de la cama.

Eva habló con más vivacidad de lo que se había propuesto, pero Weasel se limitó a gruñir. Cocinó su repugnante avena y se la comió; después cogió la cera para muebles y unos trapos y salió sin mirar atrás.

Arriba, el tap-tap-tap de la máquina de escribir seguía con intermitencias. Vinnie Upshaw, que ocupaba el cuarto enfrente al de él, decía que empezaba todas las mañanas a las nueve, seguía hasta mediodía, volvía a empezar a las tres para seguir hasta las seis,

empezaba de nuevo a las nueve y seguía sin parar hasta medianoche. Weasel no comprendía que alguien pudiera tener tantas palabras en la cabeza.

Así y todo, parecía bastante buen tipo, y no estaría mal tomarse unas cervezas con él alguna noche en él bar de Dell. Weasel había oído comentar que la mayoría de los escritores bebían como cosacos.

Empezó a lustrar metódicamente el pasamanos, y de nuevo se encontró pensando en la viuda. Con el dinero del seguro de su marido, Eva había convertido la casa en una pensión y se las arreglaba muy bien. No tenía por qué ser de otro modo. Trabajaba como una muía. Pero con su marido debía de haber estado acostumbrada a follar con regularidad, y una vez se extinguió su pena, su necesidad había perdurado. ¡Dios, y cómo le había gustado hacérselo con él!

Por aquellos días, a principios de los sesenta, la gente todavía le llamaba Ed y no Weasel, y él aún se sentía dueño de la botella en vez de ser lo contrario. Tenía un buen trabajo, y las cosas habían empezado una noche de enero.

Interrumpió el rítmico movimiento del encerado y miró pensativamente por la estrecha ventana que había en el descanso del segundo piso, llena de esa ultima luz brillante y dorada del verano, una luz que se reía del otoño frío y bullicioso y del invierno, más frío aún, que habría de seguirle.

Aquella noche fue cosa de los dos, y después de haberlo hecho, cuando yacían juntos en la oscuridad del dormitorio de Eva, ella empezó a llorar y a decirle que lo que habían hecho estaba mal. Él le dijo que había estado bien, aunque no sabía si estaba bien o mal ni le importaba. Y mientras el viento norte silbaba y gemía en los aleros, la habitación de Eva era tibia y segura, y por fin se quedaron dormidos, pegados como cucharas en el cajón de los cubiertos.

Ah, Dios bendito, el tiempo era como un río, y Weasel se preguntó si eso lo sabría aquel escritorzuelo.

Reanudó el lustrado con largos movimientos rítmicos.

9

10.00 h.

En el colegio de Stanley Street había llegado la hora del recreo. Era el edificio escolar más nuevo y ostentoso de Solar, tanto que el distrito escolar no había terminado de pagarlo. Se trataba de un edificio bajo, con cuatro grandes aulas, de cristal, tan moderno y luminoso como viejo y oscuro era el colegio de Brock Street.

Richie Boddin, que era el matón de la escuela y se enorgullecía de serlo, salió al patio de recreo, buscando con los ojos al chico nuevo tan listo que se sabía todos los temas de matemáticas. No iba a permitir que llegara a su escuela ningún chico nuevo sin enterarse de quién era el jefe, y mucho menos un cuatro ojos marica y preferido del maestro.

Richie tenía once años y pesaba setenta kilos. Desde siempre, la madre se había dedicado a mostrar a la gente cuan enorme era su hijo, de modo que Richie sabía que era grande. A veces se imaginaba que al andar oía temblar el suelo bajo sus pies. Y cuando fuera mayor fumaría Camel, lo mismo que su padre.

Los chicos de los cursos adelantados le tenían terror, y a los más pequeños Richie les parecía el tótem de la escuela. Cuando empezaran el instituto en Brock Street School, echarían en falta una deidad en su panteón. A Richie todo eso le encantaba.

Y ahí estaba ese chico, Petrie, esperando que le llamaran para el partido de fútbol durante el recreo.

-¡Eh! -vociferó Richie.

Todo el mundo se volvió, salvo Petrie. Todos los ojos parecieron aliviados cuando vieron que los de Richie miraban hacia otra parte.

-¡Eh, tú, cuatro ojos!

Mark Petrie se volvió hacia Richie. Sus gafas con montura de acero brillaron bajo el sol de la mañana. Era tan alto como Richie, es decir, más que la mayoría de sus compañeros, pero era más delgado y su rostro tenía algo de indefenso y reservado.

-¿Me hablas a mí?

-¿Me hablas a mí? -lo imitó Richie con voz de falsete-. ¿Sabes que hablas como un maricón, cuatro ojos?

-No, no lo sabía -respondió Mark.

Richie dio un paso adelante.

-Apuesto a que lo eres. Un gran maricón al que le gusta chuparse el dedo.

-¿De veras? -Le sacaba a uno de quicio con ese tono cortés.

-Sí, eso me han dicho. Y que no son sólo dedos lo que chupas.

Los chicos empezaron a arremolinarse para ver cómo Richie le cascaba al nuevo. La señorita Holcomb, que esa semana estaba a cargo del recreo, se había ido al patio de delante a vigilar a los más pequeños en los columpios y balancines.

-¿Cuál es tu banda? -preguntó Mark, que miraba a Richie como si acabara de encontrar un bicho nuevo e interesante.

-¿Cuál es tu banda? -volvió a mofarse Richie, en falsete-. Yo no tengo ninguna banda. Pero me han dicho que tú eres un gordo maricón.

-¿De veras? -preguntó Mark, siempre cortés-. Pues a mí me han asegurado que tú eres una bestia estúpida, ¿sabes?

Silencio. Los demás muchachos se quedaron boquiabiertos (pero al mismo tiempo interesados; jamás se había visto que nadie firmara su propia sentencia de muerte). Richie, tomado de sorpresa, se quedó tan boquiabierto como los demás.

Mark se quitó las gafas y se las entregó al muchacho que estaba junto a él

-¿Quieres guardármelas?

El otro las cogió, mientras miraba silenciosamente a Mark con ojos desorbitados.

Richie atacó. Fue una carga lenta y torpe, sin asomo de gracia ni finura. £1 suelo temblaba bajo sus pies mientras avanzaba, lleno de confianza. Su derecha preparaba el puñetazo que iba a asestar en plena boca al marica cuatro ojos, y que le haría saltar los dientes como las teclas de un piano. Prepárate para el dentista, maricón, que te la doy.

Mark Petrie se inclinó hacia un lado y el puño le pasó por encima de la cabeza. Richie se vio arrastrado por su propio impulso, y Mark no tuvo más que poner el pie. Richie Boddin cayó pesadamente al suelo, con un gruñido, y una exclamación de asombro se elevó del grupo de niños que observaban.

Mark sabía perfectamente que si el torpe muchacho que yacía en el suelo recuperaba la ventaja, le daría una buena paliza. Mark era ágil, pero con la agilidad no se resistía mucho en una pelea en el patio del colegio. Si el escenario hubiera sido la calle, ése habría sido el momento de correr para distanciarse de su perseguidor, y después darse vuelta para aplastarle la nariz. Pero no estaban en la calle, y Mark sabía que si no vencía inmediatamente a aquel grandullón, jamás volvería a tener paz.

Todo eso lo pensó en una fracción de segundo, y saltó sobre la espalda de Richie Boddin.

Richie gruñó, y todos volvieron a exclamar. Mark cogió a Richie del brazo y se lo retorció a la espalda. Richie chilló de dolor.

-Di me rindo o te rompo el brazo, lo juro por Dios -dijo Mark.

La respuesta dé Richie fue digna de un marine veterano.

Mark le subió el brazo hasta los omóplatos, y Richie volvió a gritar lleno de indignación, miedo y perplejidad. Nunca le había ocurrido nada parecido y no podía ser que le estuviera ocurriendo ahora. ¡Tenía sentado sobre la espalda a un cuatro ojos maricón que le retorcía el brazo y le hacía pitar ante sus súbditos!

-Di me rindo -repitió Mark.

Richie consiguió ponerse de rodillas; Mark le hincó a su vez las suyas en los costados, como si montara un caballo, y se afirmó. Los dos estaban cubiertos de polvo, pero la situación de Richie era peor. Tenía la cara roja y tensa, los ojos se le salían de las órbitas, y un rasguño le cruzaba la mejilla.

Intentó sacudirse de los hombros a Mark, pero éste volvió a doblarle el brazo hacia arriba. Esta vez lo de Richie no fue un grito sino un aullido.

-Di me rindo, o por Dios que te lo rompo.

A Richie se le había salido la camisa de los pantalones y sentía ardor en la barriga. Empezó a sollozar y a retorcer los hombros, pero el maldito maricón seguía encima de él. Sentía el antebrazo como de hielo, y un intenso fuego en el hombro.

-¡Bájate de ahí, hijo de puta! ¡Así no se pelea!

-Di me rindo.

-¡No! -Perdió el equilibrio y cayó boca abajo en el polvo.

El dolor le paralizaba el brazo y tenía tierra en la boca y los ojos. Agitó las piernas, indefenso. Había olvidado que era enorme. Había olvidado cómo temblaba el suelo bajo sus pies cuando caminaba. Había olvidado que cuando fuera mayor fumaría Camel, como su padre-. ¡Me rindo! ¡Me rindo! -gritó con la sensación de ser capaz de seguir gritando horas, con tal que le soltaran el brazo.

-Di soy un mierda.

-¡Soy un mierda! -masculló Richie tragando polvo.

-Está bien.

Mark le soltó y se puso fuera de su alcance mientras Richie se levantaba. Le dolían los muslos y esperaba que a Richie ya no le quedaran ganas de pelea.

Richie se levantó y miró alrededor. Nadie le devolvió la mirada. Todos se dieron la vuelta hacia Mark. Y aquel apestoso de Glick estaba junto al maricón y le miraba como si fuera una especie de Dios.

Richie se quedó solo; apenas podía creer con qué rapidez la ruina se había abatido sobre él. Tenía la cara sucia, salvo donde se la habían limpiado sus propias lágrimas de furia y humillación. Pensó en arrojarse de nuevo sobre Mark Petrie, pero la vergüenza y el miedo, sensaciones nuevas, resplandecientes y enormes, no se lo permitieron. Sucio bastardo, pensó, si alguna vez consigo sorprenderte y derribarte...

Pero ese día no. Dio media vuelta y se alejó cabizbajo.

Una de las chicas rió con un timbre alto y burlón que se elevó con cruel claridad en el aire de la mañana.

Richie Boddin no levantó los ojos para ver quién se atrevía a reírse de él.

10

11.15 h.

El vertedero de basuras del municipio de Jerusalem's Lot había sido antes un pozo de grava, hasta que en 1945 el yacimiento se agotó y las excavaciones tocaron arcilla. Estaba situado al final de una elevación que desde Burns Road se extendía unos tres kilómetros hasta pasar el cementerio de Harmony Hill.

Dud Rogers oía débilmente, por el camino, las explosiones y toses de la cortadora de césped de Mike Ryerson. Pero ese ruido no tardaría en ser borrado por el chisporroteo de las llamas.

Dud era el encargado del vertedero desde 1956, y todos los años era rutinariamente reelegido por unanimidad en la reunión del municipio. Vivía en el vertedero, en un pulcro cobertizo que tenía en la puerta un cartel con la inscripción ENCARGADO DEL VERTEDERO. Tres años atrás había conseguido que esos avaros de la junta municipal le compraran un aparato de calefacción y había abandonado definitivamente su vivienda del pueblo.

Era un jorobado con la cabeza curiosamente torcida, que le daba un aspecto grotesco. Sus brazos, que pendían como los de un mono, casi hasta las rodillas, tenían una fuerza sorprendente. Habían hecho falta cuatro hombres para cargar en el camión los artículos de la vieja quincallería y traerlos al vertedero, cuando la tienda cambió de ramo, y la suspensión del camión se había aplastado visiblemente con la carga. Pero de descargar se había ocupado Dud Rogers, solo, y en el esfuerzo, los tendones se le marcaban en el cuello, las venas se le hinchaban en la frente y los antebrazos y bíceps eran como cables de acero. Él solo había echado todo por el borde del vertedero.

A Dud le gustaba el vertedero. Le gustaba ahuyentar a los chiquillos que iban a romper botellas, y le gustaría dirigir el tráfico hacia los lugares donde había que efectuar cada día los vertidos. Le gustaba hurgar en la basura, que era su privilegio como encargado, y se imaginaba que se burlaban de él al verle caminar a través de las montañas de basura con sus botas hasta las caderas y sus guantes de cuero, con la pistola al cinto, un gran saco sobre el hombro y la navaja en la mano. Pues que se burlaran. Había cables de cobre, y a veces motores enteros, y en Portland el cobre se pagaba a buen precio. Había escritorios, sillas y sofás de desecho, cosas que se podían arreglar y vendérselas a los anticuarios de la carretera 1. Duf estafaba a los anticuarios y éstos hacían lo propio con los turistas. Dos años antes Dud había encontrado una astillada cama victoriana con el marco partido, y se la había vendido por doscientos dólares a un afeminado de Wells, que había caído en éxtasis ante la autenticidad del estilo Nueva Inglaterra de ese mueble, y que jamás supo con qué cuidado Dud había lijado hasta hacer desaparecer la inscripción que rezaba Made in Grand Rapids sobre la cabecera de la cama.

En la parte más alejada del vertedero estaban los coches usados, Buick y Ford y Chevy y lo que uno pidiera, incluso con los repuestos que la gente dejaba en los automóviles cuando se hartaba de ellos. Lo mejor eran los radiadores, pero un buen carburador podía venderse por siete dólares después de haberlo bañado en gasolina. Y otro tanto sucedía con las correas del ventilador, luces de cola, parabrisas, volantes y alfombrillas para el suelo.

Sí, el vertedero era increíble. Era a la vez Disneylandia y Shangri-La. Pero ni siquiera el dinero acumulado en la caja negra que guardaba bajo la mecedora era lo mejor.

Lo mejor eran los ruegos... y las ratas.

Los miércoles y domingos por la mañana, y los lunes y viernes por la noche, Dud pegaba fuego a parte de la basura. Las fogatas nocturnas eran las más bonitas. A Dud le encantaba el sombrío resplandor en que florecían las bolsas de plástico verde llenas de basura, los periódicos y las cajas. Pero los fuegos de la mañana eran mejores por las ratas.

Ahora, sentado en su sillón mientras observaba cómo el fuego prendía y empezaba a echar al aire su grasiento humo, negro, que ahuyentaba a las gaviotas, Dud sostuvo en la mano su pistola calibre 22 y esperó a que salieran las ratas.

Cuando salían, lo hacían en batallones. Eran grandes, de un gris sucio y ojos rosados. En su piel saltaban las pulgas y las gruesas colas se arrastraban tras ellas. A Dud le encantaba disparar contra las ratas.

-Te has comprado una buena carga de cartuchos, Dud -solía decirle con voz pastosa George Middler, en la ferretería, mientras colocaba las cajas sobre el mostrador-. ¿Los paga el municipio?

Era un antiguo chiste. Años atrás, Dud había presentado una orden de compra de dos mil cartuchos Remington 22, de punta hueca, y Bill Norton le había mandado hoscamente a paseo.

-Bueno, tú sabes que esto no es más que un servicio público, George -contestaba Dud.

Ésa. Esa rata grande y gorda que arrastraba una pata trasera era George Middler. En la boca tenía algo que parecía un trozo de hígado de pollo.

-Ésta es para ti, George -dijo Dud, y apretó el gatillo.

El estruendo de la 22 no era nada estrepitoso, pero la rata dio un par de tumbos y quedó tendida, estremeciéndose. La punta hueca era el secreto. Algún día se compraría un calibre grande, una 45 o una Magnum 357, para ver qué les pasaba a las muy malditas.

Y la que seguía era esa pequeña puta de Ruthie Crockett, la que iba a la escuela sin sostén y le gustaba provocar a los chicos y se reía por lo bajo cuando se encontraba con Dud por la calle. Bang. Adiós, Ruthie.

Las ratas huían enloquecidas hacia el otro lado del vertedero, pero antes de que consiguieran ponerse a salvo, Dud ya había matado seis. Buena cosecha para la mañana. Y si se acercaba a mirarlas, vería que las pulgas se escapaban de los cuerpos que iban enfriándose, como... como... bueno, como ratas que huyen de un barco que se hunde.

El chiste le pareció apropiadamente divertido, y echó atrás la cabeza, se recostó sobre su giba y rió con largas carcajadas mientras el fuego deslizaba por entre la basura sus largos dedos anaranjados.

La vida era estupenda, vaya.

11

12.00 h.

El silbato del ayuntamiento sonó durante doce segundos, anunciando la hora de la comida en los tres colegios, al tiempo que saludaba la llegada de la tarde. Lawrence Crockett, el segundo funcionario electivo de Solar, a la vez que propietario de la Compañía de Seguros y Bienes Raíces Crockett, de Southern Maine, apartó el libro que estaba leyendo, El sexo y los esclavos de Satán, y puso en hora su reloj, guiándose por el silbato. Fue hasta la puerta y colgó del postigo el cartel de «Vuelvo a la una». Su rutina era invariable. Iría a pie hasta el Café Excellent, comería dos hamburguesas con queso y guarnición, tomaría una taza de café y se quedaría mirándole las piernas a Pauline mientras fumaba un William Penn.

Comprobó el picaporte para asegurarse de que la cerradura no cedía y echó a andar por Jointner Avenue. En la esquina se detuvo a mirar la casa de los Marsten, En el camino de entrada había un coche. Apenas resultaba visible, un brillo titilante. Le provocó una leve inquietud. Hacía algo más de un año que Larry Crockett había vendido la casa de los Marsten y la difunta lavandería del pueblo. Había sido la operación más extraña de su vida... y vaya si había hecho cosas extrañas en su vida. El dueño de aquel coche sería,

probablemente, un hombre de apellido Straker. R. T. Straker. Y esa misma mañana Larry había recibido por correo algo de ese Straker.

El tipo en cuestión había llegado a la oficina de Crockett una soleada tarde de julio, hacía poco más de un año. Se bajó del coche y tras una breve vacilación en la acera se decidió a entrar; era un hombre alto, vestido con un sobrio traje con chaleco, pese al calor sofocante. Era tan calvo como una bola de billar, y sudaba. Las cejas eran una línea negra y recta, bajo la cual las órbitas de sus ojos parecían oscuros agujeros practicados con un taladro en la angulosa superficie de la cara. En una mano llevaba un maletín negro. Larry estaba solo en su oficina cuando entró Straker. Su secretaria de la mañana, una muchacha de Falmouth con los senos más deliciosos que jamás había visto, trabajaba por las tardes con un abogado de Gates Falls.

El hombre calvo se sentó en un asiento, puso la cartera sobre sus rodillas y miró fijamente a Larry Crockett. Era imposible leer la expresión de sus ojos, cosa que preocupó a Larry. A él le gustaba leer en los ojos lo que quería un hombre antes de que pudiera abrir la boca. Ése hombre no se había detenido a mirar las fotografías de casas y fincas que se ofrecían en el tablero, no le había tendido la mano ni se había presentado; ni siquiera había dicho «hola».

-¿En qué puedo serle útil?-preguntó Larry.

-Me han encargado la compra de una casa y un local comercial en su bonita ciudad -dijo el hombre calvo con un tono llano y sin inflexiones.

-Ah, excelente -respondió Larry-. Tenemos algunas que podrían...

-No es necesario -declaró el hombre con un gesto de mano. Larry observó que sus dedos eran extraordinariamente largos; el medio parecía tener cerca de quince centímetros-. El local que me interesa está en la manzana contigua al ayuntamiento, frente al parque.

-Sí, respecto a ese local podemos llegar a un acuerdo. Antes era una lavandería, pero hace un año quebró. Es un lugar muy bueno si usted...

-La casa que quiero -el hombre calvo no escuchó sus palabras- es la que se conoce como casa de los Marsten.

Hacía demasiado tiempo que Larry estaba en el negocio como para permitir que el azoramiento se reflejara en su rostro.

-Ah, ¿ésa?

-Sí. Mi nombre es Straker. Richard Throckett Straker. Todos los documentos estarán a mi nombre.

-Muy bien -asintió Larry. El hombre quería ir al grano, eso estaba claro-. El precio de esa casa es de catorce mil dólares, aunque pienso que podríamos conseguirla por algo menos. En cuanto a la vieja lavandería...

-Así no hay acuerdo. Estoy autorizado para pagar un dólar.

-¿Un...? -Larry inclinó la cabeza como si no hubiera oído bien.

-Sí. Un momento, por favor.

Los largos dedos de Straker desprendieron los cierres del maletín y sacaron unos documentos en una carpeta azul transparente.

Larry Crockett lo miraba con ceño.

-Lea, por favor; eso nos ahorrará tiempo.

Larry echó un vistazo a la primera hoja con el aire de un hombre que le sigue la corriente a un loco. Por un momento sus ojos se movieron al azar sobre la página, hasta que se quedaron clavados en algo.

Straker sonreía levemente. Buscó en el interior de su americana, sacó una pitillera de oro y extrajo un cigarrillo. Después de darle unos golpecitos, lo encendió con una cerilla. El áspero aroma de una mezcla de tabaco turco llenó el despacho y se dispersó por efecto del ventilador.

Durante los diez minutos siguientes reinó en la oficina un silencio sólo interrumpido por el zumbido del ventilador y el ruido amortiguado del tráfico en la calle. Straker se fumó el cigarrillo, aplastó la colilla y encendió otro.

Larry levantó la vista, con el rostro pálido y alterado.

-Esto es una broma. ¿Quién se la encargó? ¿John Kelly?

-No conozco a ningún John Kelly, y esto no es una broma.

-Estos papeles... desistimiento de demanda..., investigación de títulos de la tierra... por Dios, hombre, ¿no sabe que ese terreno vale un millón y medio de dólares?

-Se queda corto -dijo fríamente Straker-. Vale cuatro millones, y pronto valdrá más, cuando se construya el centro comercial.

-¿Qué quiere? -preguntó Larry con voz ronca.

-Ya le dije qué quiero. Mi socio y yo pensamos abrir una tienda en este pueblo, y vivir en la casa de los Marsten.

-¿Qué clase de tienda?

Straker sonrió fríamente.

-Se tratará de una tienda de muebles, con una sección especial de antigüedades, para coleccionistas. Mi socio es experto en ese campo.

-Mierda -repuso Larry-. La casa de los Marsten pueden conseguirla por ocho mil pavos, y la tienda por dieciséis. Su socio debe saberlo. Y ambos deben saber que en este pueblo no hay mercado para una tienda de muebles y antigüedades.

-Mi socio está bien informado sobre todos los temas que le interesan -declaró Straker-, y sabe que por este pueblo pasa una carretera frecuentada por turistas y residentes de verano. Ésa es la gente que nos interesa para nuestro negocio. De todas maneras, eso no es problema suyo. ¿Le parece que los papeles están en orden?

Larry dio unos golpecitos sobre el escritorio con la carpeta azul.

-Parece que sí. Pero no pienso dejarme estafar,

-No, naturalmente que no. -En la voz de Straker se insinuaba un cortés desprecio-. Creo que usted tiene un abogado en Boston. Un tal Francis Walsh.

-¿Cómo lo sabe? -ladró Larry.

-Eso no importa. Llévele los papeles, y él le confirmará que son válidos. El terreno donde se edificará el centro comercial será de usted, si se cumplen tres condiciones.

-Ah -exclamó Larry-. Conque hay condiciones. -Se inclinó hacia atrás para sacar un William Penn de la pitillera de cerámica colocada sobre su escritorio, frotó una cerilla en la suela de su zapato y lo encendió-. Adelante.

-Primera. Usted me venderá la casa de los Marsten y el local comercial por un dólar. Su cliente en cuanto a la casa es una cooperativa de Bangor El local comercial pertenece ahora a un banco de Portland. Estoy seguro de que ambos se mostrarán de acuerdo si usted compensa la diferencia, con el precio más bajo que sea aceptable. Menos la comisión de usted, claro.

-¿De dónde saca usted su información?

-No es cosa que deba preocuparle, señor Crockett. Segunda condición. Usted no dirá nada de la transacción que hemos hecho hoy aquí. Nada. Si alguna vez le preguntan, lo único que usted sabe es lo que yo le dije... que somos dos socios y tenemos intención de abrir una tienda para turistas y visitantes veraniegos. Esto es muy importante.

-No soy un charlatán.

-De todas maneras, ha de entender que esta condición es fundamental. Puede llegar el momento, señor Crockett, en que usted quiera contarle a alguien la espléndida operación que ha hecho hoy. Si lo hace, me enteraré y le arruinaré. ¿Me entiende?

-Habla usted como un espía de película barata -dijo Larry.

Su voz sonaba tranquila, pero en su interior sentía el estremecimiento del miedo. Las palabras le arruinare habían sido articuladas con el mismo tono que encantado de conocerle, y eso daba a la afirmación un inquietante acento de verdad. ¿Y cómo diablos se había enterado ese payaso de la existencia de Frank Walsh? Ni siquiera la mujer de Larry sabía nada de Frank Walsh.

-¿Me enriende, señor Crockett?

-Sí -respondió Larry-. Estoy acostumbrado a jugar sin mostrar las cartas.

Straker volvió a dedicarle una tenue sonrisa.

-Seguro. Por eso estoy haciendo negocios con usted.

-¿La tercera condición?

-La casa necesitará algunas reformas.

-Es una manera de hablar-asintió secamente Larry.

-Mi socio piensa ocuparse personalmente de ello, pero usted será su agente. De vez en cuando se pedirá algo. Algunas veces necesitaré los servicios de los obreros que usted emplee para traer ciertas cosas, ya sea a la casa o a la tienda. Usted no hablará de esos servicios. ¿Entendido?

-Sí, entendido. Ustedes no son de por aquí, ¿no?

-¿Tiene importancia? -Straker enarcó las cejas.

-Pues claro. Esto no es Boston ni Nueva York. No se reduce todo a que yo cierre la boca. La gente hablará. En Railroad Street hay una gallina vieja que se llama Mabel Werts y se pasa todo el día frente a su ventana con unos prismáticos.»

-La gente del pueblo no me interesa, ni le interesa a mi socio. La gente del pueblo siempre habla, pero pronto nos aceptarán.

Larry se encogió de hombros.

-De acuerdo.

-Usted pagará todos los servicios y guardará las facturas y las cuentas, que se le rembolsarán. ¿Está de acuerdo?

Tal como le había dicho a Straker, Larry estaba acostumbrado a jugar sin mostrar las cartas, y era uno de los mejores jugadores de póquer del condado de Cumberland. Y por más que exteriormente hubiera mantenido la calma, estaba ardiendo por dentro. El trato que aquel chiflado le ofrecía era de esas cosas que se presentan una sola vez, o nunca. Tal vez el jefe de ese tipo fuera uno de esos reclusos millonarios que...

-¿Señor Crockett? Estoy esperando.

-Yo también tengo mis condiciones.

-¿Ahh -Straker se mostró cortésmente interesado.

Larry sacudió la carpeta azul.

-Primero, haré que revisen estos papeles.

-Naturalmente.

-Segundo, si lo que usted pretende hacer es ilegal, yo no sé nada. Con eso quiero decir...

Straker echó atrás la cabeza y soltó una risa extrañamente fría y falta de emoción.

-¿He dicho algo gracioso? -preguntó Larry.

-Oh... claro que no, señor Crockett. Perdone mi exabrupto. Su observación me ha resultado divertida por razones particulares. ¿Qué iba usted a decir?

--Respecto a las reformas. No estoy dispuesto a colaborar en conseguirles nada que me deje a mí con el trasero al aire. Si su proyecto es fabricar whisky clandestino, LSD o explosivos para algún grupo hippie extremista, es cosa de ustedes.

-De acuerdo -asintió Straker. La sonrisa había desaparecido de su cara-. ¿Cerramos el trato?

Entonces, con una extraña sensación de renuencia, Larry respondió:

-Si los papeles están en orden, supongo que sí. Aunque me parece que el trato lo cierra usted y la ganancia me la llevo yo,

-Hoy es lunes -dijo Straker-. ¿Le parece bien que pase el jueves por la tarde?

-Mejor el viernes.

-Está bien. -Se puso de pie-. Adiós, señor Crockett.

Los papeles estaban en orden. El abogado bostoniano de Larry dijo que la parcela donde se edificaría el centro comercial de Portland había sido comprada por un equipo de la empresa Continental, de tierras y bienes raíces, una compañía ficticia con sede en el Chemical Bank Building de Nueva York. En las oficinas de la Continental no había más que unos pocos armarios vacíos y un montón de polvo.

Straker regresó el viernes y Larry firmó los papeles necesarios; mientras lo hacía sentía en el fondo del paladar un acre sabor de duda. Por primera vez había pasado por alto su propia máxima personal: no cagar donde se come. Y por más que el atractivo fuera importante, se dio cuenta, mientras Straker se guardaba en la cartera los títulos de propiedad de la casa de los Marsten y la antigua lavandería, de que se había puesto a merced de ese hombre y de su socio, el ausente señor Barlow.

Finalmente, pasó el mes de agosto, y a medida que el verano se deslizaba hacia el otoño para caer después en el invierno, Larry empezó a experimentar un alivio indefinible. Para la primavera casi había conseguido olvidar el trato que había cerrado para conseguir los papeles que ahora ocupaban su caja de seguridad en Portland.

Entonces empezaron a suceder cosas.

Ese escritor, Mears, había venido una semana y media atrás a preguntar si la casa de los Marsten estaba disponible para alquilar, y había mirado a Larry de una manera muy especial cuando éste le dijo que estaba vendida.

Ayer había encontrado en el buzón un largo tubo, junto con una carta de Straker. Una nota, en realidad, muy breve: «Tenga la bondad de hacer colocar el cartel que le adjuntamos en la vidriera de la tienda. R. T. Straker.» El cartel era bastante común, y de colores menos chillones que otros. Decía únicamente: «Abrimos dentro de una semana. Barlow y Straker. Muebles de categoría. Antigüedades selectas. Bienvenidos los curiosos.» Larry había llamado a Royal Snow para que lo colocaran.

Y ahora había un coche, allá en casa de los Marsten. Todavía estaba mirándolo cuando alguien dijo junto a él:

-¿Te estás durmiendo, Larry?

Sobresaltado, miró a Parkins Gillespie, que estaba de pie en la esquina, próximo a él, encendiendo un Pall Malí.

-No -contestó con una risa nerviosa-. Pensaba, nada más.

Parkins levantó la vista hacia la casa de los Marsten, donde el sol destellaba sobre el cromo y el metal en la entrada para coches, y después miró la vieja lavandería, con su nuevo cartel en la vidriera.

-Y no eres el único, me imagino. Siempre viene bien que haya gente nueva en la ciudad. Tú los conoces, ¿no?

-Conocí a uno de ellos, el año pasado.

-¿A Barlow o a Straker?

-A Straker.

-Parece bastante simpático, ¿no?

-Es difícil de decir -contestó Larry, con la sensación de que necesitaba humedecerse los labios, pero no lo hizo-. No hablamos más que de negocios. Me pareció bien.

-Bueno. Vamos. Te acompañaré andando hasta el Excellent.

Mientras cruzaban la calle, Lawrence Crockett iba pensando en pactos con el diablo.

12

13.00 h.

Susan Norton entró en el salón de belleza, saludó con una sonrisa a Babs Griffen (la hermana mayor de Hal y de Jack) y dijo:

-Me alegra que hayas podido darme hora con tan poco tiempo.

-A mitad de semana no es problema -respondió Babs mientras encendía el ventilador-. Uf, qué bochorno. Esta tarde tendremos tormenta.

Susan miró el cielo, de un azul inmaculado.

-¿Tú crees?

-Sí. ¿Cómo lo quieres?

-Natural -indicó Susan, pensando en Ben Mears-. Como si no hubiera pasado por aquí.

-Princesa -Babs se acercó con un suspiro-, eso es lo que piden todas.

El suspiro difundió el aroma a fruta de la goma de mascar, mientras Babs le preguntaba a Susan si sabía que unos forasteros iban a abrir una tienda de muebles en la vieja lavandería de! pueblo. Por el aspecto, parecían cosas caras, pero ¿no sería bueno si tuvieran una lamparita que hiciera juego con la que ella tenía en su apartamento? ¿Y acaso irse de casa para vivir en el pueblo no era lo mejor que jamás se le hubiera ocurrido? ¿Y no había sido bueno el verano? Era realmente una pena que tuviera que acabarse.

13

15.00 h.

Bonnie Sawyer estaba tendida en la gran cama de matrimonio, en su casa de Deep Cut Road. Era una casa sólida, no una miserable caravana, y tenía cimientos y sótanos. El marido de Bonnie, Reg, se ganaba sus buenos dólares como mecánico en la agencia Pontiac que Jim Smith regentaba en Buxton.

Bonnie estaba desnuda, a no ser por un par de ligeras bragas azules, y miró con impaciencia el reloj que estaba sobre la mesita de noche: las 15.02. ¿Dónde estaría?

Casi como si el pensamiento lo hubiera convocado, la puerta del dormitorio se entreabrió y Corey Bryant espió hacia el interior.

-¿Todo bien? -susurró.

Corcy tenía sólo veintidós años, y hacía dos que trabajaba en la compañía telefónica. Esta relación con una mujer casada -y aún más con una tan espectacular como Bonnie Sawyer, que en 1973 había sido Miss del condado -le tenía debilitado, nervioso y excitado.

Bonnie le sonrió, mostrando sus hermosos dientes.

-Si todo no estuviera bien, cariño -contestó-, ya tendrías en el cuerpo un agujero como para mirar la televisión a través de él.

-Corey entró de puntillas, mientras los implementos del cinturón de seguridad le tintineaban alrededor de la cintura.

Con una risita ahogada, Bonnie le tendió los brazos.

-Me gustas de veras, Corey. Eres muy guapo.

Los ojos de Corey se posaron sobre la sombra oscura que dejaba traslucir el tenso nailon azul, y empezó a sentirse más excitado que nervioso. Se olvidó de andar de

puntillas, y mientras ambos se unían, una cigarra empezó a vibrar en algún lugar del bosque.

14

16.00 h.

Ben Mears se apartó del escritorio, terminado su trabajo de la tarde. Ese día no había dado su paseo por el parque, para poder ir a cenar a casa de los Norton con la conciencia tranquila, y había escrito durante casi todo el día sin interrupción.

Se levantó y se desperezó, sintiendo cómo le crujían las vértebras. Tenía el torso húmedo de sudor. Se dirigió hacia el armario colocado a la cabecera de la cama, sacó una toalla limpia y fue al cuarto de baño, para ducharse antes de que los demás huéspedes volvieran del trabajo.

Se echó la toalla al hombro y, dando la espalda a la puerta, se acercó a la ventana; algo le había llamado la atención. No era nada que sucediera en el pueblo, que dormitaba bajo el peculiar cielo azul profundo de Nueva Inglaterra en los días del fin del verano.

Al mirar hacia los edificios de dos pisos de Jointner Avenue podía ver los tejados planos, recubiertos de asfalto, y alcanzaba a distinguir todo el parque donde a esa hora los chicos, que ya habían salido de la escuela, andaban en bicicleta, holgazaneaban o reñían, y también el sector noroeste del pueblo, donde Brock Street desaparecía tras la primera colina boscosa. Sus ojos vagaron hacia la brecha en los bosques donde la intersección de Burns Road y Brooks Road formaba una T, y siguieron su recorrido hasta donde se erguía, dominante, sobre el pueblo, la casa de los Marsten.

Vista desde allí era una perfecta miniatura, del tamaño de una casa de muñecas. Ya Ben le gustaba que lo fuera. Vista desde allí, la casa de los Marsten tenía un tamaño que le permitía a uno hacerle frente. Bastaba con levantar la mano para hacerla desaparecer con la palma.

Había un coche en el camino de entrada.

Ben se quedó inmóvil con su toalla al hombro, mirando la casa, y sintió en el vientre una oleada de terror inmotivado. Dos de los postigos caídos habían sido reemplazados, y le daban a la casa un aspecto ciego y furtivo que no había tenido antes.

Sus labios se movieron como si formaran palabras que nadie, ni el propio Ben, pudiera comprender.

15

17.00 h.

Matthew Burke salió del instituto y atravesó el aparcamiento vacío en busca de su viejo Chevy Biscayne, todavía con las cubiertas para la nieve del año anterior.

Contaba sesenta y tres años y le faltaban dos para la jubilación obligatoria; todavía se dedicaba plenamente a sus clases de inglés y actividades extraescolares. La actividad del otoño era la representación teatral del instituto, y Burke acababa de dar término a las lecturas de una farsa en tres actos, El problema de Charley. Había conseguido la pléyade

habitual de nulidades, tal vez una docena de catetos que por lo menos podrían memorizar sus líneas (y que las dirían después con temblorosa monotonía) y tres chicos que tenían condiciones. £1 viernes organizaría el reparto y empezaría a ensayar en la próxima semana. De ahí al 30 de octubre, fecha del estreno, el elenco tendría tiempo para prepararse lo mejor posible. Matt sustentaba la teoría de que una representación en el instituto debía ser como un bote de sopa de letras Campbell: insípida pero relativamente inofensiva. Asistirían los familiares, y se quedarían encantados. También asistiría el crítico teatral del Ledger, de Cumberland, y caería en un éxtasis polisilábico, el que se esperaba de él frente a cualquier producción local. La Miss elegida (que probablemente ese año fuera Ruthie Crockett) se enamoraría de algún miembro del reparto, y lo más probable era que perdiera la virginidad después de la fiesta de los actores. Y luego, Matt tomaría las riendas en el Club de Debate.

A los sesenta y tres años, la enseñanza seguía siendo un placer para él. En cuanto a la disciplina era lamentable, con lo que había anulado cualquier posibilidad de llegar a la administración (sus ojos eran demasiado soñadores para poder ejercer con eficacia el puesto de ayudante de dirección), pero la falta de disciplina jamás había sido obstáculo para él. Matt había leído los sonetos de Shakespeare en aulas de clase heladas, donde las cañerías se quejaban y volaban aviones y bolitas de papel humedecido con saliva, se había sentado sobre tachuelas y las había puesto a un lado con aire distraído mientras decía a la clase que abrieran la Gramática por la página 467, se había encontrado con grillos, sapos y hasta con una culebra al abrir los cajones para sacar el papel en que sus alumnos tenían que escribir sus redacciones.

Había recorrido la lengua inglesa a lo largo y a lo ancho, como un solitario Viejo Marinero extrañamente complaciente: Steinbeck en la primera hora, Chaucer en la segunda, la oración en la tercera, y la función del gerundio antes del almuerzo. Tenía los dedos permanentemente teñidos de amarillo, más que por la acción de la nicotina por el polvo de tiza, sustancia que para algunas personas es, también, algo a lo que se aficionan, hasta convertirse en adictos.

Los chicos no le veneraban ni le querían; no era un Mr. Chips que languideciera en un rústico rincón de Estados Unidos a la espera de que llegara Ross Hunter a descubrirlo, pero muchos de sus alumnos le respetaban, y algunos aprendían de él que la dedicación, por excéntrica o humilde que sea, es una cosa digna. A Matt le gustaba su trabajo.

Subió a su automóvil, apretó demasiado el acelerador y el motor se ahogó. Esperó un momento antes de empezar de nuevo. Sintonizó en la radio una emisora que transmitía rock and roll desde Portland y elevó el Volumen casi hasta distorsionar el sonido. El rock and roll le parecía una música estupenda. Marcha atrás, salió del aparcamiento, se le caló el motor y volvió a ponerlo en marcha.

Tenía una casita en las afueras, sobre Taggart Stream Road, y recibía muy pocas visitas. No se había casado y casi no tenía familia, sólo un hermano en Texas que trabajaba para una compañía petrolífera y no le escribía nunca. En realidad, Matt no echaba de menos su falta de vínculos. Era un solitario, pero la soledad no le había afectado en ningún sentido.

Se detuvo ante el semáforo de Jointner Avenue y Brock Street, y después tomo el camino de su casa. Las sombras ya se habían alargado, y la luz del día había alcanzado una belleza extrañamente cálida, tersa y dorada, como un cuadro impresionista francés. Matt miró hacia la izquierda, vio la casa de los Marsten, y se fijó con más atención.

-Los postigos -dijo por encima del ritmo desenfrenado de la radio-. Han vuelto a colocar los postigos.

Echó un vistazo al retrovisor y vio que en la entrada para coches estaba aparcado un vehículo. Matt ejercía la docencia en Salem's Lot desde 1952 y jamás había visto un coche aparcado en esa entrada.

-¿Es que vive alguien allí? -se preguntó, y siguió conduciendo.

16

18.00 h.

Bill Norton, padre de Susan y principal funcionario electivo de Solar, se sorprendió al descubrir que Ben Mears le gustaba muchísimo. Bill era un hombre alto y fuerte, de pelo negro, con complexión de camionero, y que a pesar de haber pasado los cincuenta seguía manteniéndose en buena forma física. Próximo a terminar el instituto, lo había abandonado, con autorización de su padre, para ingresar en el ejército, y a partir de entonces había ascendido trabajosamente hasta alcanzar su diploma a los veinticuatro años, mediante un examen de reválida al que decidió presentarse en el último momento. No era un antiintelectual, como suele suceder con algunos obreros cuando, ya sea por obra del destino o de su propia actitud, se ven privados del nivel de aprendizaje que habrían sido capaces de asimilar, pero no podía soportar a esos «abortos del arte», como llamaba a algunos de los muchachos de pelo largo y ojos de gacela que Susan solía llevar a casa. No era que le importara cómo llevaban el pelo o se vestían. Lo que le fastidiaba era que ninguno daba impresión de seriedad. Bill no compartía la inclinación de su mujer por Floyd Tibbits, el muchacho con quien Susan había salido más a menudo desde que terminara sus estudios, pero tampoco le disgustaba. Floyd tenía un trabajo bastante bueno en Falmouth Grant's, como ejecutivo, y Bill Norton le consideraba hombre relativamente serio. Además, era del pueblo, pero también, en cierto modo, lo era el tal Mears.

-Hazme el favor de dejarle tranquilo con esa manía de los abortos del arte -dijo Susan, mientras se levantaba al oír sonar el timbre de la puerta. Se había puesto un ligero vestido verde de verano y llevaba el pelo peinado con sencillez, recogido hacia atrás.

Bill rió.

-Tengo que decir las cosas como las veo, querida Susie. Pero no te molestaré... nunca lo hago, por lo demás, ¿no es cierto?

Con una sonrisa nerviosa, Susan fue a abrir la puerta.

El hombre que entró era delgado y de aspecto ágil, bellos rasgos y una espesa, casi grasienta, mata de pelo negro que, pese a ello, parecía recién lavado. Su manera de vestir impresionó favorablemente a Bill: vaqueros azules impecables y una camisa blanca arremangada hasta los codos.

-Ben, te presento a mis padres, Bill y Ann Norton. Ma, papá, Ben Mears.

-Hola. Encantado de conocerles.

Sonrió con cierta reserva a la señora Norton, y ella le saludó:

-Hola, señor Mears. Es la primera vez que vemos de cerca a un verdadero escritor. Susan estaba muy emocionada.

-No se preocupe; yo no cito mis propias obras. -Ben volvió a sonreír.

-Hola-dijo Bill.

Se levantó de su silla. No en vano había llegado desde los muelles de Portland al cargo sindical que ocupaba; su apretón de manos era fuerte y recio. Pero la mano de Mears no se retrajo ni se convirtió en gelatina como la de esos abonos del arte, y Bill se sintió satisfecho. Decidió hacerle pasar la segunda prueba y preguntó:

-¿Le apetece una cerveza?

Los abortos del arte rehusaban invariablemente; la mayoría de ellos le daba a la marihuana, y no querían dañar su valiosa conciencia bebiendo.

-Hombre, me encantaría. -La sonrisa de Ben se hizo más amplia-. Y dos o tres también.

La risa de Bill retumbó como un trueno.

-Estupendo. Nos entenderemos. Vamos allá.

El sonido de su risa marcó una extraña forma de comunicación entre los dos hombres, que tenían muchos rasgos en común. El ceño de Ann Norton se nubló, mientras el de Susan se despejaba, como si una carga de inquietud se hubiera desplazado por telepatía a través de la habitación.

Ben siguió a Bill a la galería, en un ángulo de la cual aparecía sobre una mesa pequeña una nevera llena de latas de Pabst, Bill sacó una de encima del hielo y se la arrojó a Ben, que la atrapó con una mano, sin agitarla para evitar que hiciera demasiada espuma.

-Se está bien aquí fuera -comentó Ben, mirando hacia la barbacoa que había en el patio del fondo, una construcción de ladrillo, baja y práctica.

-Lo construí yo -explicó Bill-. Me alegro de que le guste.

Ben bebió un largo trago y después eructó: un punto más a su favor.

-Susie piensa que usted es un gran tipo -comentó Norton.

-Y ella es un encanto de chica.

-Y sensata, también -agregó Norton y eructó a su vez-. Dice que ha publicado usted tres libros.

-Así es.

-¿Se venden bien?

-El primero se vendió -contestó Ben, y no agregó nada más.

Bill Norton hizo un leve gesto de asentimiento; le gustaba que un hombre tuviera la suficiente discreción para mantener reserva sobre sus asuntos de dinero.

-¿Quiere echarme una mano con las hamburguesas y salchichas?

-Desde luego -respondió Bill.

-Las salchichas hay que cortarlas para que no estallen, ¿lo sabía?

-A)á -asintió Ben, mientras con el índice derecho hacía tajos en diagonal en el aire, sin dejar de sonreír. En los frankfurts, esos pequeños cortes impedían que se formaran ampollas.

-Se TC que usted es un hombre de experiencia -aprobó Bill Norton-. Eso se descubre enseguida. Traiga esa bolsa de carbón que hay allí, que yo buscaré la carne. Y coja su cerveza.

-Jamás me separaría de día.

En el momento de irse, Bill vaciló y le miró, arqueando una ceja.

-¿Usted es un tipo serio? -le preguntó.

Ben le sonrió.

-Vaya si lo soy.

-Muy bien -asintió Bill, y entró en la casa.

La previsión de lluvia de Babs Griff en erró por kilómetros, y la comida en el patio del fondo fue sobre ruedas. Se levantó una suave brisa que, unida a las bocanadas de humo de nogal que subían de la barbacoa, consiguió mantener alejados a los mosquitos. Las mujeres llevaron los platos de cartón y los condimentos, y volvieron a beberse una cerveza cada una, riendo mientras Bill, hábil en vencer las jugarretas del viento, le ganaba a Ben al badminton por 21-6. Ben agradeció la oferta de jugar la revancha, señalando con desgana su reloj.

-Estoy escribiendo otro libro -explicó- y me faltan seis páginas para cumplir con la cuota fijada para hoy. Si sigo bebiendo, mañana por la mañana no podré releer lo que llevo escrito.

Susan le acompañó hasta la puerta; Ben había venido a pie desde el pueblo. Bill asentía para sus adentros mientras apagaba el fuego. Ben había dicho que era un tipo serio, y él le tomaba la palabra. No se había esforzado por impresionar a nadie, pero un hombre que trabajaba después de la cena no podía menos que dejar recuerdo de su nombre, y probablemente en mayúsculas.

Ann Norton, sin embargo, no se sentía tranquila del todo.

17

19.00 h.

Floyd Tibbits entró en el aparcamiento de Dell's diez minutos después que Delbert Markey, propietario y barman, hubiera encendido el nuevo cartel del frente. El cartel proclamaba DELI/S en letras de casi un metro de alto, y el apostrofe era un vaso de whisky.

Fuera, el resplandor del sol había sido sustituido en el cielo por el púrpura creciente del crepúsculo, y en las depresiones del terreno no tardaría en empezar a acumularse la niebla. En una hora empezarían a aparecer los habituales clientes nocturnos.

-Hola, Floyd -saludó Dell mientras sacaba una Michelob de la nevera-. ¿Qué tal el día?

-Bien -respondió Floyd-. Parece una buena cerveza.

Era un hombre alto que lucía una bien recortada barba de color arena y vestía pantalones de deporte de punto y una americana informal. Era el subdirector de créditos, y su trabajo le gustaba de esa manera ausente que en cualquier momento puede convertirse en aburrimiento. Floyd se sentía a la deriva, pero la sensación no era desagradable. Y estaba Suze, una chica excelente. No tardaría en llegar por allí, y Floyd pensó que entonces tendría que hacerse valer.

Dejó sobre el mostrador un billete de un dólar, se sirvió la cerveza, se la bebió ávidamente y volvió a servirse. En ese momento no había otros parroquianos que un hombre joven con el mono azul de la compañía telefónica: El chico de Bryant, pensó Floyd. Estaba bebiendo cerveza en una mesa, mientras escuchaba la melancólica canción de amor que sonaba en el tocadiscos.

-¿Y qué hay de nuevo en el pueblo? -preguntó Floyd, aunque ya sabía la respuesta.

Nada nuevo, en realidad. Tal vez alguien hubiera aparecido borracho en el instituto, pero no se le ocurría nada más.

-Bueno, alguien mató al perro de tu tío. Ésa es la novedad.

El vaso de Floyd se detuvo antes de llegar a la boca.

-¿Qué? ¿A Doc, el perro del tío Win?

-Exactamente.

-¿Lo atropello un coche?

-Parece que no. Mike Ryerson lo encontró, cuando iba a Harmony Hill a cortar el césped. Doc estaba colgado de las alcayatas que hay en lo alto del portón del cementerio, totalmente desgarrado.

-¡Menuda canallada!-exclamó Floyd, atónito.

Dell asintió con gravedad, satisfecho de la impresión que había causado. Sabía algo más que esa tarde tenía en vilo a todo el pueblo: que a la chica de Floyd la habían visto con

el escritor que se alojaba en la pensión de Eva. Pero era mejor que Floyd lo descubriera por sí mismo.

-Ryerson le trajo el cadáver a Parkins Gillespie -continuó-. Él piensa que posiblemente el perro ya estaba muerto y algunos granujas lo colgaron por divertirse.

-Gillespie no sabe lo que dice.

-Tal vez no. Te diré lo que pienso. -Dell se inclinó hacia adelante, afirmándose en sus antebrazos-. Pienso que han sido los chicos, demonios, eso es seguro. Pero puede ser algo más grave que una broma. Oye, mira esto. -Buscó debajo de la barra, sacó un periódico y lo extendió sobre el mostrador, abierto por una página del medio.

Floyd lo levantó. El encabezamiento rezaba: ADORADORES DE SATÁN PROFANAN IGLESIA. Leyó rápidamente la noticia. Un grupo de muchachos se había metido en una iglesia católica de Clewiston, Florida, poco después de medianoche, para practicar allí algún tipo de ritos profanos. El altar había sido profanado, había palabras obscenas escritas en los bancos, los confesionarios y la pila de agua bendita, y en los escalones que conducían a la nave se habían encontrado manchas de sangre. Los análisis habían confirmado que aunque parte de la sangre era de algún animal (se pensaba en un chivo), la mayor parte era humana. El jefe de policía de Clewiston admitía que de momento no tenían pista alguna.

Floyd dejó el periódico.

-¿Adoradores de Satán en Solar? Vamos, Dell. Debes de estar chiflado.

-Son los chicos los que se están volviendo locos -insistió Dell-. Ya verás como es cierto. La próxima novedad será que están haciendo sacrificios humanos en el prado de los Griffen. ¿Quieres otro vaso?

-No, gracias. -Floyd se bajó del taburete-. Creo que será mejor que vaya a ver al tío Win. Adoraba a su perro.

-Dale mis saludos -pidió Dell mientras volvía a guardar el periódico, que esa noche se convertiría en principal artículo de exhibición-. Dile que lamento lo sucedido.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Floyd se detuvo para comentar:

-¿Así que lo colgaron de las alcayatas? Mierda, me gustaría echar el guante a los gamberros que lo hicieron.

-Adoradores del diablo -volvió a decir Dell-. A mí no me sorprendería. No sé qué le pasa a la gente hoy en día.

Floyd se fue. El chico de Bryant insertó otra moneda en el jukebox y Dick Curless empezó a cantar Enterradme con la botella.

18

19.30 h.

-Volved temprano a casa -dijo Marjorie Glick a su hijo mayor, Danny-. Mañana hay que ir a la escuela, y quiero que tu hermano esté acostado a las nueve y cuarto.

-En realidad no veo por qué tengo que llevarlo -protestó Danny mientras restregaba los pies contra el suelo.

-No tienes que llevarlo -precisó Marjorie con peligrosa afabilidad-. Siempre puedes quedarte en casa.

Se volvió hacia la mesa de la cocina, donde estaba limpiando pescado, y Ralphie le sacó la lengua. Danny le amenazó con el puño cerrado, pero el torpe de su hermano se limitó a sonreír.

-Volveremos -prometió, y se dirigió a la puerta de la cocina seguido de Ralphie.

-A las nueve.

-Sí... está bien.

En la sala. Tony Glick estaba sentado frente al televisor, mirando un partido de béisbol.

-¿Adonde vais, chicos?

-A casa de Mark Petrie, el chico nuevo -contestó Danny.

-Sí -se le unió Ralphie-. Vamos a ver los... trenes eléctricos que tiene.

Dany lanzó a su hermano una mirada furibunda, pero su padre no advirtió ni la pausa ni el énfasis. Tony Glick había dejado de escuchar lo que decían.

-Volved temprano -les dijo con aire ausente.

Fuera, aunque el sol ya se había puesto, una tenue luz seguía todavía en el cielo.

-Te mereces que te rompa la crisma, idiota -dijo Danny mientras cruzaban el patio del fondo.

-Pues se lo diré -insistió afectadamente Ralphie-. Le diré por qué quieres ir.

-Mamón -murmuró Danny, sin esperanzas.

Desde el fondo del patio, un camino desigual bajaba por la pendiente en dirección al bosque. La casa de los Glick estaba en Brock Street, la de Mark Petrie al sur de Jointner Avenue. El camino era un atajo que ahorraba bastante tiempo para chicos de nueve y doce años dispuestos a atravesar el arroyo saltando sobre las piedras. Las ramas crujían bajo sus pies. En algún rincón del bosque grajeaba un chotacabras, mientras ellos caminaban rodeados por el chirrido de los grillos.

Danny había cometido el error de contar a su hermano que Mark Petrie tenía la serie completa de monstruos de plástico Aurora: el Hombre Lobo, la Momia, Drácula, el Médico Loco, y hasta la Cámara de los Horrores. La madre de los chicos pensaba que todo eso era malo, que les afectaba el cerebro o algo por el estilo, y el hermano de Danny se había convertido inmediatamente en chantajista.

-Apestas, ¿lo sabías? -dijo Danny.

-Muy bien -asintió Ralphie-. ¿Qué es apestar?

-Es cuando te pones verde y pegajoso, repugnante.

-Déjame en paz -se desentendió Ralphie.

Iban descendiendo por las márgenes del Crocket Brook, que gorgoteaba plácidamente sobre su lecho de guijarros, mientras en la superficie se dibujaba un leve resplandor perlado. Unos tres kilómetros hacia el este se unía a Taggart Stream, que a su vez terminaba por verterse en el río Royal.

Danny empezó a atravesarlo saltando sobre las piedras, mirando para ver dónde pisaba, en la creciente oscuridad.

-¡Te voy a empujar! -gritó Ralphie a sus espaldas alegremente-. ¡Cuidado, Danny, que te voy a empujar!

-Si me empujas yo te arrastraré a ti a las arenas movedizas, idiota.

Llegaban a la otra orilla.

-Por aquí no hay arenas movedizas -se mofó Ralphie, pero se acercó más a su hermano.

-¿Ah, no? -preguntó Danny-. Hace unos años, un chico se hundió en las arenas movedizas. Se lo oí comentar a los viejos que se reúnen en la tienda.

-¿De veras? -preguntó Ralphie, con ojos muy abiertos.

-Sí -masculló Danny-. Se hundió chillando y pataleando, y la boca se le llenó de arena y se acabó.

-¿Qué dices? -repuso Ralphie, inquieto. La oscuridad ya era casi completa y el bosque parecía lleno de sombras fugitivas-. Salgamos de aquí.

Empezaron a trepar por la ribera opuesta, aunque la pinocha les hacía resbalar. El chico de quien Danny había oído hablar era un muchacho de diez años llamado Jerry

Kingfield. Tal vez se hubiera hundido en las arenas movedizas, chillando y pataleando, pero si había ocurrido así, nadie lo oyó. Simplemente, seis años antes había desaparecido en los pantanos mientras pescaba. Algunos hablaron de arenas movedizas, otros dijeron que lo había matado un pervertido sexual. Gente así había en todas partes.

-Dicen que su fantasma sigue rondando por estos bosques -anunció Danny, sin informar a su hermano que los pantanos quedaban casi cinco kilómetros hacia el sur.

-No sigas, Danny -pidió Ralphie, nervioso-. En... en la oscuridad no.

Los árboles crujían en torno de ellos. El grajeo del chotacabras se había acallado. Casi furtivamente, una rama restalló en alguna parte a sus espaldas. La luz del día había desaparecido casi del todo.

-Y a veces -continuó Danny con voz espeluznante-, cuando algún pequeño idiota sale por la noche, aparece aleteando entre los árboles, con la cara podrida y cubierta de arenas movedizas...

-Danny, por favor.

En la voz de su hermanito había una súplica, y Danny se detuvo. Hasta él mismo había terminado por asustarse. Alrededor, los árboles eran oscuras presencias abultadas que oscilaban lentamente impulsadas por el viento nocturno, frotándose unos contra otros, crujiendo en las articulaciones.

A la izquierda, otra rama se quebró.

De pronto, Danny deseó haber ido por el camino.

Otro crujido.

-Danny, tengo miedo -susurró Ralphie.

-No seas estúpido -le espetó su hermano-. Vamos.

De nuevo echaron a andar, haciendo crujir las agujas de pino. Danny se dijo que no había oído ninguna rama que se quebrara. No se oía nada, a no ser sus propios pasos. La sangre le latía en las sienes y sentía las manos heladas. Cuenta los pasos, se dijo. Doscientos pasos más y estaremos en Jointner Avenue. Y a la vuelta tomaremos el camino, para que este idiota no tenga miedo. Dentro de un minuto veremos las luces de la calle y me sentiré un estúpido, pero qué bueno será sentirse un estúpido, así que... cuenta los pasos... Uno... dos... tres...

Ralphie soltó un grito:

-¡Lo veo! ¡Estoy viendo al fantasma! ¡Lo veo!

El terror se incrustó en el pecho de Danny como un hierro al rojo. Parecía que la electricidad le subía por las piernas. Se habría vuelto para correr, pero Ralphie estaba aferrado a él.

-¿Dónde? -susurró, olvidándose de que él mismo había inventado el fantasma-. ¿Dónde? -Y atisbo entre los árboles, temeroso de lo que pudiera ver y sin distinguir otra cosa que la oscuridad.

-Ahora ha desaparecido... pero lo he visto... Los ojos. Le he visto los ojos. Oh, Danny... -balbuceaba.

-No hay fantasmas, tonto. Vamos.

Danny tomó de la mano a su hermano y reemprendieron la marcha. Las rodillas le temblaban. Ralphie se apretaba contra él hasta el punto de que casi le hacía salir del sendero.

-Nos está vigilando -murmuró Ralphie.

-Escucha, no voy a...

-No, Danny, en serio. ¿Es que no lo sientes?

Danny se detuvo. Adelante, en el camino, sintió efectivamente algo y se dio cuenta de que ya no estaban solos. Una gran quietud había descendido sobre el bosque, una quietud maligna. Movidas por el viento, las sombras se retorcían lánguidamente.

Y Danny olfateaba algo salvaje, pero no con la nariz.

No había fantasmas, pero había pervertidos. Venían en un automóvil negro a ofrecerles caramelos a los chicos, o los esperaban en las esquinas, o... o les seguían al interior de los bosques...

Y entonces...

-Corre -dijo roncamente.

Pero Ralphie temblaba junto a él, paralizado por el terror. Su mano aferraba el brazo de Danny. Sus ojos, que miraban hacia el bosque, empezaron a abrirse cada vez más.

-¿Danny?

Una rama se quebró.

Al darse la vuelta, Danny vio qué era lo que miraba su hermano.

La oscuridad los envolvió.

19

21.00 h.

Mabel Werts era muy gorda, había llegado a los setenta y cuatro en su último cumpleaños y cada vez confiaba menos en sus piernas. Era una enciclopedia de la historia y las habladurías del pueblo, y su memoria abarcaba más de cinco decenios de necrología, adulterios, robos e insania. Aunque chismosa, no era deliberadamente cruel (por más que en esa apreciación no estuvieran de acuerdo aquellos cuya historia se había difundido gracias a ella); simplemente, vivía en el pueblo y para el pueblo. En cierto modo, Mabel era el pueblo. Viuda y obesa, en la actualidad salía muy poco y pasaba la mayor parte del tiempo sentada junto a la ventana, vestida con una camisola de seda que la hacía parecer una tienda de campaña, con el pelo de un amarillento color marfil recogido en una corona de gruesas trenzas, el teléfono en la mano derecha y el par de prismáticos japoneses en la izquierda. La combinación de ambos recursos -amén del tiempo para usarlos- la convertían en una benévola araña situada en el centro de una red de comunicaciones que se extendía desde el Bend hasta el este de Salem.

A falta de algo mejor que hacer, Mabel se había dedicado a vigilar la casa de los Marsten cuando se abrieron los postigos situados a la izquierda del porche, dejando ver un rectángulo de luz dorada que no era el terco resplandor de la electricidad. Apenas si había tenido una fugaz visión de lo que podría haber sido la cabeza y los hombros de un hombre, recortados a contraluz. Sintió un escalofrío.

En la casa no se había visto más movimiento.

¿Qué clase de gente hay que ser, pensó Mabel Werts, para abrir las ventanas únicamente cuando uno ya apenas si puede verlos?

Dejó los prismáticos sobre una mesita y levantó el teléfono. Dos voces -que Mabel no tardó en identificar como de Harriet Durham y Glynis Mayberry- comentaban que ese muchacho, Ryerson, había encontrado muerto al perro de Irwin Purinton.

Mabel se quedó inmóvil, respirando por la boca, para que no fuese advertida su presencia en la línea.

20

23.59 h.

El día temblaba al borde de la extinción. Las casas dormían en la oscuridad. En el centro del pueblo, las luces de la ferretería, de las Pompas Fúnebres y del Café Excellent

arrojaban sobre el pavimento un débil resplandor eléctrico. Había quien seguía despierto, como George Boyer, que acababa de llegar a casa después de cumplir el turno de la tarde en el aserradero, o Win Purinton, que hacía solitarios, incapaz de dormir al pensar en su perro, cuya muerte lo había afectado más profundamente que la de su mujer; pero, en general, todo el mundo dormía el sueño de los justos y los trabajadores.

En el cementerio de Harmony Hill, una sombría figura se mantenía inmóvil y meditativa junto al portón, a la espera de que acabara el día. Cuando habló, la voz era suave y cultivada:

-Oh, padre mío, favoréceme ahora. Señor de las Moscas, favoréceme ahora. Te traigo carne podrida y ahumada. Para ganar tu favor he sacrificado, y con la mano izquierda te traigo el sacrificio. Sobre este terreno, consagrado en tu nombre, haz un signo para mí. Un signo espero para comenzar tu obra.

Se levantó un viento suave, que traía consigo el suspiro y el susurro de hojas y ramas, y una bocanada de olor a carroña, desde el vertedero junto al camino.

No se oían más ruidos que los que transportaba la brisa. La figura se mantuvo silenciosa y pensativa. Después se inclinó y volvió a erguirse. En sus brazos tenía el cuerpo de un niño.

-Esto te he traído.

CUATRO

DANNY GLICK Y OTROS

1

Danny y Ralphie Glick habían salido para ir a casa de Mark Petrie con órdenes de estar de vuelta a las nueve. Cuando pasaron las diez sin que sus hijos hubieran regresado, Marjorie Glick llamó a casa de los Petrie. No, le dijo la señora Petrie, los muchachos no estaban allí. Ni habían estado. Tal vez sería mejor que su marido hablara con Henry. La señora Glick le pasó el teléfono a su esposo, mientras sentía en el vientre el cosquilleo del miedo.

Los dos hombres comentaron el asunto. Sí, los chicos habían ido por la senda de los bosques. No, el arroyo no tenía profundidad en esta época del año, y menos con buen tiempo. Apenas si llegaría al tobillo. Henry sugirió que él podía empezar desde su extremo del sendero, con una linterna, mientras el señor Glick avanzaba desde su lado. Tal vez los chicos hubieran encontrado una madriguera de conejos o estuvieran fumándose un cigarrillo, o algo así. Tony se mostró de acuerdo y agradeció al señor Petrie por tomarse esa molestia. El señor Petrie dijo que no era molestia. Tony colgó el auricular y tranquilizó un poco a su mujer, que estaba asustada. Mentalmente, el padre ya había decidido que ninguno de los dos chicos se iba a poder sentar durante una semana, cuando los encontrara.

Pero antes de que hubiera salido siquiera del patio, Danny apareció a tropezones de entre los árboles y se desplomó junto a la barbacoa del fondo. Estaba aturdido y hablaba con lentitud, respondiendo trabajosamente y no siempre con sensatez a lo que se le preguntaba. Tenía hierba en las manos, y algunas hojas otoñales en el pelo.

Le contó a su padre que él y Ralphie habían ido por la senda del bosque, habían atravesado el arroyo saltando por las piedras y habían llegado sin dificultad al otro lado. Después Ralphie empezó a decir que había un fantasma en los bosques (Danny tuvo cuidado en no mencionar que él te había metido esa idea en la cabeza a su hermano). Ralphie decía que veía una cara, y Danny empezó a asustarse. Él no creía en fantasmas ni espantajos, pero le parecía haber oído algo en la oscuridad.

¿Qué habían hecho entonces?

Danny creía que habían echado a andar de nuevo, tomados de la mano, pero no estaba seguro. Ralphie iba lloriqueando por el fantasma. Danny le dijo que no llorara, porque pronto verían las luces de Jointner Avenue. No les faltaban más que doscientos pasos, menos tal vez. Entonces había sucedido algo malo.

¿Qué? ¿Qué había sucedido?

Danny no sabía.

Discutieron con él, se irritaron, lo reconvinieron. Dany no hacía más que menear la cabeza, lentamente y sin comprender. Sí, sabía que tendría que recordarlo, pero no podía. En serio, no podía. No, no recordaba haberse caído, en absoluto. Sólo... sólo que todo estaba oscuro. Muy oscuro. Y después recordaba que él estaba tendido en la senda, solo. Ralphie había desaparecido.

Parkins Gillespie dijo que no tenía sentido organizar una búsqueda en los bosques esa noche. Demasiadas trampas para caza. Probablemente el chico se hubiera salido del camino, y nada más. Acompañado por Nolly Gardener, Tony Glick y Henry Petrie, Gillespie recorrió de punta a punta la senda y después los alrededores de Jointner Avenue y ¿rock Street, llamando al chico con un megáfono.

A primera hora de la mañana siguiente, la policía de Cumberland, junto con la estatal, inició una búsqueda coordinada en la zona boscosa, al no encontrar nada, se amplió el área del rastreo. Durante cuatro días revisaron la espesura, y los esposos Glick recorrieron bosques y campos, escudriñando los árboles caídos que quedaban del antiguo incendio, gritando el nombre de su hijo con terca y desgarradora esperanza.

Nada se encontró y entonces se hizo un dragado de Taggart Stream y del río Royal, sin resultado.

A las cuatro de la madrugada del quinto día, aterrorizada e histérica, Marjorie Glick despertó a su marido. Danny se había desmayado en el vestíbulo del piso alto, aparentemente mientras iba al cuarto de baño. Una ambulancia lo transportó al Hospital General de Central Maine. El diagnóstico preliminar fue conmoción emocional retardada.

El medico a cargo del caso, de apellido Gorby, llevó aparte al señor Glick.

-¿Su hijo ha sufrido alguna vez ataques de asma?

El señor Glick pestañeó mientras sacudía la cabeza. En menos de una semana había envejecido diez años.

-¿Antecedentes de fiebre reumática?

-¿Danny? No... Danny no.

-Durante este último año, ¿le han hecho alguna reacción de Mantoux?

-¿Por la tuberculosis? ¿Es que está enfermo?

-Señor Glick, simplemente queremos descubrir...

-¡Marge! Margie, ven aquí.

Marjorie Glick se levantó y se acercó por el corredor. Tenía el semblante pálido, el pelo descuidado, todo el aspecto de una mujer presa de una jaqueca torturante.

-¿A Danny le han hecho la reacción de Mantoux este año?

-Sí -contestó sombríamente-. A principio de año, en el colegio. No tuvo reacción.

-¿Tose por las noches? -siguió preguntando Gorby.

-No.

-¿Se queja de dolores en el pecho o en las articulaciones?

-No.

-¿De molestias al orinar?

-No.

-¿No hay pérdidas de sangre anormales? ¿Por la nariz, en las deposiciones..., o bien un número excepcional de heridas y cardenales?

-No.

Gorby sonrió e hizo un gesto de asentimiento.

-Quisiéramos que se quedara para hacerle unos análisis.

-Desde luego -respondió Tony-. Estoy asociado a la Cruz Azul.

-Sus reacciones son muy lentas -explicó el médico-, y vamos a examinarle con rayos X, hacer un estudio de la médula, un recuento de leuco...

-¿Tiene Danny leucemia? -preguntó en un susurro Marjorie Glick, cuyos ojos habían ido agrandándose lentamente.

-Señora Glick, esto es muy... -empezó a explicar el médico, pero la madre se había desmayado.

2

Ben Mears fue uno de los voluntarios de Salem's Lot que colaboraron en la búsqueda de Ralphie Glick, sin conseguir otra cosa que ensuciarse los pantalones con la maleza y un violento acceso de fiebre del heno provocado por la pelusa de los plátanos.

Durante el tercer día de búsqueda, Ben entró en la cocina de Eva dispuesto a comerse un plato de raviolis y dormir una breve siesta antes de ponerse a escribir. Encontró a Susan Norton atareada en la cocina, preparando un guisado con hamburguesas. Los hombres que acababan de volver del trabajo, sentados en torno de la mesa, simulaban conversar mientras la devoraban con los ojos; Susan llevaba una desteñida camisa a cuadros atada a la cintura y unos pantalones cortos de pana. Eva Miller estaba planchando en un rincón de la cocina.

-Hola, ¿qué estás haciendo aquí? -saludó Ben.

-Cocinándote algo decente antes de que te conviertas en una sombra -respondió Susie, y Eva rió desde su rincón.

Ben sintió que le ardían las orejas.

-Guisa bien, de veras -dictaminó Weasel-. Puedo asegurarlo; la he estado observando.

-Si llegas a mirarla un poco más se te salen los ojos de las órbitas -comentó Grover Verrill con una risita.

Susan tapó la cazuela, la puso en el horno y ambos salieron al porche del fondo a esperar que estuviera lista. El sol descendía, rojo e inflamado.

-¿Algo nuevo?

-No. Nada. -Ben sacó del bolsillo de la camisa un arrugado paquete de cigarrillos y encendió uno.

-Hueles como si fueras un leñador -comentó Susan.

-Vaya día hemos tenido. -Ben extendió el brazo para mostrarle las picaduras de insectos y los raspones a medio cicatrizar-. Entre los condenados mosquitos y los malditos arbustos espinosos me han destrozado los brazos.

-¿Qué crees que puede haberle pasado, Ben?

-Sabe Dios. -Ben exhaló una bocanada de humo-. Tal vez alguien sorprendió por detrás al muchacho mayor, y secuestró al pequeño.

-¿Tú crees que está muerto?

Ben la miró para ver si Susan esperaba una respuesta sincera, o simplemente una que dejara esperanzas. Le tomó la mano y entrelazó los dedos con los de ella.

-Sí -dijo-, creo que el niño está muerto. Todavía no hay pruebas concluyentes, pero es lo que creo.

Ella sacudió la cabeza.

-Ojalá te equivoques. Mamá y otras señoras estuvieron haciendo compañía a la señora Glick. Está como si hubiera perdido el juicio, y el marido también. Y el otro chico que no hace más que andar por ahí como un fantasma.

-Humm -gruñó Ben, mientras miraba hacia la casa de los Marsten, sin escuchar en realidad.

Los postigos estaban cerrados; más tarde se abrirían. Al anochecer. Los postigos se abrirían por la noche. Ben sintió un mórbido escalofrío ante la idea.

-... noche?

-¿Cómo? Perdona. -Se volvió a mirar a Susan.

-Te decía que a papá le gustaría que fueras mañana por la noche. ¿Podrás?

-¿Estarás tú?

-Claro que sí -afirmó Susan.

-De acuerdo. Sí.

Ben quería mirarla, encantadora como estaba a la luz crepuscular, pero sentía que la casa de los Marsten atraía sus ojos como un imán.

-Te atrae, ¿verdad? -preguntó Susan, y el hecho de que le hubiera leído el pensamiento, e incluso la metáfora, era casi pavoroso.

-Sí.

-Ben, ¿sobre qué es tu nuevo libro?

-Todavía no -pidió él-. Dame tiempo. Te lo diré tan pronto pueda. Es... tiene que ir resolviéndose solo.

En ese momento Susan quiso decirle te amo, decírselo con la soltura y la falta de aprensión con que la idea había aflorado a su conciencia, pero se mordió el labio para no dejar salir las palabras. No quería decírselo mientras él estuviera mirando... mirando hacia allá.

Se levantó.

-Voy a vigilar el guisado.

Cuando Susan se alejó, Ben seguía fumando y mirando hacia la casa de los Marsten.

3

En la mañana del día 22, Lawrence Crockett estaba sentado en su oficina, aparentando leer su correspondencia de los lunes mientras espiaba por el rabillo del ojo a su secretaria, cuando sonó el teléfono. Larry había estado pensando en su carrera comercial en Salem's Lot, en ese pequeño coche reluciente aparcado en la entrada de la casa de los Marsten, y en pactos con el diablo.

Ya antes de que su pacto con Straker quedara consumado (Vaya palabra, pensó Larry, mientras sus ojos recorrían el frente de la blusa de su secretaria), Lawrence Crockett era, indudablemente, el hombre más rico de Salem's Lot y uno de los más ricos del condado de Cumberland, aunque no hubiera signo externo en su oficina ni en su persona que así lo indicara. El despacho era viejo, polvoriento y apenas iluminado por dos bombillas

manchadas por las moscas. El antiguo escritorio de tapa enrollable estaba atestado de papeles, lápices y correspondencia. En un extremo se veía un frasco de goma de pegar, y en el otro un pisapapeles de cristal, cuadrado, que lucía en sus diferentes caras fotos de la familia de Larry. En precario equilibrio sobre una pila de libros de contabilidad había una pecera de cristal llena de cerillas, con un cartel que anunciaba: «Coja lo que quiera.» Salvo tres armarios para archivo, a prueba de incendios, y el escritorio de la secretaria en su pequeño recinto, la oficina estaba vacía.

Sin embargo, estaba decorada.

Había instantáneas y fotografías por todas partes, pinchadas o pegadas sobre cualquier superficie disponible. Algunas eran copias Polaroid recientes, otras instantáneas de color tomadas algunos años atrás, pero la mayoría eran fotos en blanco y negro, arqueadas y amarillentas, que en algunos casos tenían hasta quince años. Debajo de cada una se leía un anuncio escrito a máquina: «¡Hermosa vivienda campestre, seis habitaciones!» O: «En lo alto de la colina, Taggart Stream Road, $ 32.000. ¡Baratísima!» O: «Para familia numerosa, granja con casa de diez habitaciones, Burns Road.» Todo tenía el aspecto de una triste operación clandestina, y lo había sido hasta 1957, cuando Larry Crockett, a quien en Jerusalem's Lot consideraban apenas algo más que un inútil, decidió que el negocio del futuro eran los remolques. En esos días, perdidos ya en la bruma del tiempo, la mayoría de la gente pensaba en las caravanas, esas pintorescas cosas plateadas que uno enganchaba a la parte posterior del coche cuando quería ir hasta el Parque Nacional de Yellowstone a sacarles fotos a la mujer y los niños, de pie junto a Old Faithmul, boquiabiertos ante el chorro intermitente del geiser. En esos días, perdidos ya en la bruma del tiempo, casi nadie -ni siquiera los propios fabricantes de caravanas- pudo prever que un día las pintorescas cosas plateadas se convertirían en «apaches» que se enganchaban directamente a la camioneta Chevy, ni que podían venir completas y motorizadas independientemente.

Larry, sin embargo, no tuvo necesidad de saber estas cosas. Su intuición le llevó al ayuntamiento -por ese entonces aún no lo habían elegido corno funcionario municipal; nadie habría votado por él ni siquiera para que se hiciera cargo de la perrera- con el objeto de estudiar las leyes de urbanización de Jerusalem's Lot. Eran muy satisfactorias. Mientras leía entre líneas, imaginaba miles de dólares. La ley decía que no se podía mantener un vertedero, ni tener más de tres coches viejos aparcados en un cercado sin permiso municipal, ni tener un inodoro químico -eufemismo no demasiado exacto por letrina- si no estaba aprobado por la Oficina Sanitaria Municipal. Y eso era todo.

Larry se hipotecó hasta el cuello, pidió además un préstamo y consiguió comprar tres remolques. Nada de pintorescas cositas plateadas: largos monstruos hipertrofiados, tapizados, revestidos en paneles de madera plástica y con los cuartos de baño de fórmica. Para cada uno compró una parcela de cuarenta metros cuadrados en el Bend, donde el terreno era barato, los instaló sobre precarios cimientos y se puso a la tarea de venderlos. En tres meses lo había conseguido, tras superar cierta resistencia inicial de la gente (que dudaba en vivir en una casa que se parecía a un coche Pullman) y sus ganancias rondaban los diez mil dólares. El futuro había llegado a Salem's Lot, y Larry Crockett estaba allí, listo para capitalizarlo.

El día que R. T. Straker apareció en su despacho, Crockett se cotizaba en casi dos millones de dólares, como resultado de sus especulaciones inmobiliarias en pueblos vecinos, pero no en Solar (no se caga donde se come, era el lema de Lawrence Crockett), basadas en la convicción de que la industria de los hogares móviles crecería como los hongos. Así fue, y el dinero comenzó a entrar a paladas.

En 1965, Larry Crockett se asoció silenciosamente con un contratista llamado Romeo Poulin, que estaba construyendo un supermercado en Auburn. Poulin se las sabía todas, y con su veteranía y el don para los números que tenía Larry, sacaron 750.000 dólares por cabeza, de lo cual no tuvieron que declarar más que un tercio a los recaudadores de impuestos del Tío Sam. Todo andaba a las mil maravillas, y si el techo del supermercado salió con unas cuantas goteras, bueno, qué se le iba a hacer.

Entre 1966 y 1968, Larry compró acciones suficientes para controlar tres empresas de remolques de Maine, e hizo toda clase de piruetas para mantener alejada a la gente de los impuestos. A Romeo Poulin le describió el proceso como entrar en el túnel del amor con la chica A, acostarse con la chica B que iba en el coche de atrás y terminar cogido de la mano con la chica C del otro lado. Larry terminó comprándose casas rodantes a sí mismo, y esas transacciones incestuosas resultaron tan beneficiosas que casi daban miedo.

Tratos con el diablo, vaya, pensaba Larry mientras recorría sus papeles. Cuando uno hace trato con él, los pagarés huelen a azufre.

La gente que compraba caravanas eran obreros o empleados de clase media baja, gente que no tenía posibilidad de pagar una entrada por una casa más convencional, o jubilados que buscaban cómo sacar el máximo partido a la Seguridad Social. La idea de una flamante vivienda de seis habitaciones era muy importante para esa gente y, para los más ancianos, había otra ventaja que algunos vendedores olvidaban destacar pero que Larry, siempre astuto, subrayaba: las caravanas no tenían más que una planta, y no había que subir ninguna escalera.

La financiación también era fácil. Por lo general, con una entrada de 500 dólares la operación quedaba cerrada, y si incluso en esos días de la década de los sesenta en los que el dinero aún tenía valor, los 9.500 restantes se gravaban con un interés del 24 por ciento, eso rara vez le parecía una trampa a esa gente ansiosa de tener su casa.

¡Y el dinero entraba a espuertas!

El propio Crockett había cambiado muy poco, incluso después de haber sellado el pacto con el inquietante señor Straker. Ningún decorador afeminado fue a redecorarle el despacho. Seguía conformándose con el ventilador eléctrico en vez de poner aire acondicionado. Usaba los mismos trajes relucientes o sus eternos y brillantes conjuntos de deporte. Siguió fumando los mismos cigarros baratos y acudiendo a la taberna de Dell los sábados por la noche para beberse algunas cervezas y jugar a los naipes con los muchachos. No había abandonado los negocios inmobiliarios en el municipio, lo que le suponía dos importantes ventajas: primero, le había valido ser elegido como funcionario, y segundo, le permitía manejar hábilmente su declaración de impuestos, porque las operaciones visibles quedaban todos los años un escalón por debajo del mínimo no imponible. Aparte de la casa de los Marsten, era y había sido el agente de ventas de unas tres docenas de mansiones decrépitas de la zona. Claro que hubo algunos tratos buenos, pero Larry no presionó. Después de todo, el dinero entraba a espuertas.

Demasiado dinero, tal vez. Era posible pasarse de listo, pensó. Entrar en el túnel del amor con la chica A, acostarse con la chica B, salir de la mano con la chica C, para que al final las tres le dieran a uno calabazas. Straker había dicho que se mantendría en contacto con él, y de eso hacía catorce meses. Y si resultaba ahora que...

En ese momento sonó el teléfono.

4

-Señor Crockett -dijo la conocida voz sin acento.

-Straker, ¿verdad?

-El mismo.

-Justamente pensaba en usted. Parece telepatía.

-Qué coincidencia, señor Crockett. Necesito un servicio, por favor.

-Lo imaginé.

-Consígame un camión, por favor. Grande. Alquílelo para que esté en los muelles de Portland esta tarde a las siete en punto. En la aduana. Creo que con dos mozos será suficiente.

-Perfecto.

Larry sacó una libreta y garabateó: «H. Peters, R. Snow. Henry's U-Haul. 6 a más tardar.» No se detuvo a pensar lo servilmente que parecía cumplir las órdenes de Straker.

-Hay una docena de cajas para retirar. Todas, salvo una, van a la hacienda. La otra es un aparador valiosísimo... un Hepplewhite. Los mozos lo distinguirán por el tamaño, y hay que llevarlo a la casa. ¿Comprende?

-Sí.

-Indique que lo bajen al sótano. Los hombres pueden entrar por el acceso que hay bajo las ventanas de la cocina. ¿Entendido?

-Sí. Ahora, ese aparador...

-Una cosa más, por favor. Consiga cinco candados Yale. ¿Conoce la marca Yale?

-Todo el mundo la conoce. ¿Qué...?

-Cuando se vayan, los mozos cerrarán la puerta de atrás de la tienda. Dejarán las llaves de los cinco candados en la mesa del sótano. Cuando salgan de la casa, pondrán candados en la puerta de acceso al sótano, en la puerta principal y la del fondo, y en la del cobertizo. ¿Comprende?

-Sí.

-Gracias, señor Crockett. Siga exactamente todas las indicaciones. Adiós.

-Espere un momento...

Se cortó la comunicación.

5

Faltaban dos minutos para las siete cuando el gran camión anaranjado y blanco con su distintivo de Henry's U-Haul, se detuvo ante la barraca al fondo de la aduana, en los muelles de Portland. La marea estaba cambiando, y eso inquietaba a las gaviotas, que planeaban y graznaban contra el cielo carmesí del poniente.

-Aquí no hay nadie -comentó Royal Snow mientras se terminaba su Pepsi, y dejó caer la lata vacía al suelo de la cabina-. Nos arrestarán por merodeadores.

-Hay alguien -señaló Hank Peters-. De la poli.

No era precisamente de la poli, sino un vigilante nocturno, que los enfocó con su linterna,

-¿Alguno de ustedes es Lawrence Crockett?

-Somos empleados suyos -aclaró Royal-. Venimos a buscar unos cajones.

-Bueno -dijo el hombre-. Entrad en la oficina, que tengo que haceros firmar la factura. -Le hizo un gesto a Peters, que iba al volante-. Da marcha atrás hasta esa doble puerta que está un poco quemada, ¿la ves?

-Aja. -Peters dio marcha atrás al camión.

Royal Snow siguió al vigilante hasta la oficina, donde burbujeaba una cafetera. El reloj que había sobre el calendario señalaba las 19.04. El hombre rebuscó entre los papeles que había sobre el escritorio y le tendió un formulario.

-Firma aquí.

Royal lo hizo.

-Id con cuidado al entrar. Encended las luces. Hay ratas.

-Jamás he visto una rata que no huya ante esto -declaró Royal, mientras balanceaba el pie calzado con una pesada bota de trabajo.

-Éstas son ratas de puerto -señaló secamente el otro-, y se han enfrentado a hombres más fuertes que tú.

Royal volvió a salir y se dirigió hacia la puerta del almacén. El vigilante se quedó en la puerta de la barraca, siguiéndolo con la vista.

-Cuidado -le indicó Royal a Peters-. El viejo dijo que había ratas.

-Bueno. Si a él le asustan... -se burló Hank.

Royal encontró el conmutador de la luz al lado de la puerta. En la atmósfera, pesada con los olores mezclados de la sal, la madera podrida y la humedad, había algo que quitaba las ganas de reírse. Eso, y la idea de las ratas.

Los cajones estaban apilados en medio del suelo del amplio almacén. Aparte ellos, el lugar estaba vacío y, por contraste, la colección parecía enorme. El aparador estaba en el centro; era más alto que los demás cajones, y el único que no llevaba la indicación «Barlow y Straker, 27 Jointner Avenue, Jer. Lot, Maine».

-Bueno, pues no parece tan mal -comentó Royal. Consultó su copia del albarán y después contó los cajones-. Sí, están todos.

-Y hay ratas -señaló Hank-. ¿Las oyes?

-Sí, malditos bichos. Me enferman.

Durante un momento, los dos se quedaron en silencio, escuchando los chillidos y corridas que se oían en las sombras.

-Bueno, a trabajar -dijo Royal-. Subamos primero ese grande para que no nos estorbe cuando lleguemos a la tienda. Vamos.

-Sí, vamos.

Se acercaron al cajón y Royal sacó un cortaplumas del bolsillo y abrió el sobre adherido al cajón.

-Eh -objetó Hank-, ¿te parece que debemos...?

-Tenemos que asegurarnos de que es lo que nos encargaron, ¿no? Si metemos la pata, Larry nos corta el pescuezo. -Sacó el albarán del sobre para mirarlo.

-¿Qué dice?-preguntó Hank.

-Heroína -le informó seriamente Royal-. Cien kilos de heroína, dos mil libros pornográficos de Suecia, trescientos mil vibradores franceses...

-Dame eso. -Hank le arrebató el albarán-. Aparador -leyó-. Exactamente lo que nos dijo Larry. De Londres, Inglaterra, a Portland, Maine, expedido por correo. Vibradores franceses un cuerno. Pon esto en su lugar.

-Hay algo raro en este asunto -comentó Royal, mientras hacía lo que le habían indicado.

-Lo único raro eres tú.

-No, no es broma. Este cacharro no tiene sellos de aduana. Ni en el cajón, ni en el sobre del albarán. Ni un solo sello.

-Tal vez se los pongan con esa tinta especial que sólo se ve con luz negra.

-No es lo que se hacía cuando yo trabajaba en el puerto. Hasta el más insignificante cargamento quedaba lleno de sellos. No podías levantar un cajón sin llenarte de tinta azul hasta los codos.

-Bueno, me alegro. Pero date prisa porque mi mujer suele acostarse muy temprano y quiero llegar a tiempo para...

-Tal vez si le echáramos un vistazo...

-No hay tiempo. Vamos, levantémoslo.

Royal se encogió de hombros. Cuando inclinaron el cajón, algo pesado se movió dentro. Era un cajón muy desagradable de levantar. Posiblemente fuera una de esas cómodas de cajones. Era bastante pesado.

Entre gruñidos, lo llevaron trabajosamente hasta el camión y lo colocaron en el elevador hidráulico con suspiros de alivio. Royal se quedó a la espera mientras Hank hacía funcionar el elevador. Cuando estuvo al nivel del suelo del camión, los dos subieron para empujarlo hacia el interior.

En el cajón había algo que no le gustaba, y era algo más que la falta de sellos de aduanas. Una cosa indefinible. Royal siguió mirando el cajón hasta que Hank bajó la puerta rampa de atrás. -Vamos -dijo-. Subamos los otros. Los demás cajones tenían los sellos normales de aduana, salvo los tres que habían sido despachados desde el interior de Estados Unidos. Mientras iban cargándolos en el camión, Royal cotejaba cada cajón con lo especificado en el albarán, y lo firmaba con sus iniciales. Todos los cajones que iban a la tienda quedaron colocados cerca de la puerta trasera del camión, separados del armario. -Pero ¿quién demonios va a comprar estas cosas? -preguntó Royal una vez terminaron-. Una mecedora polaca, un reloj alemán, una rueca irlandesa... Dios, imagino que todo esto vale una fortuna.

-Los turistas lo comprarán -explicó Hank-. Los turistas compran cualquier cosa. Algunos de esos que vienen de Boston y Nueva York... se comprarían una bolsa de bosta de vaca, si la bolsa fuera vieja.

-No me gusta nada ese cajón grande -insistió Royal-. Ningún sello de aduanas, eso es rarísimo. -Bueno, llevémoslo a donde nos dijeron. Sin hablar, volvieron a Salem's Lot. Hank no quitó el pie del acelerador; quería terminar con ese encargo. Había algo que le disgustaba. Como decía Royal, era muy raro.

Se detuvo en la puerta del fondo de la nueva tienda y comprobó que no estaba cerrada con llave, como le había dicho Larry. Royal accionó el conmutador, pero la luz no se encendió. -Estupendo -gruñó Royal-. Tener que descargar estas porquerías en completa oscuridad... Oye, ¿no sientes un olor raro aquí?

Hank olfateó. Sí, había un tufo, un olor desagradable, pero no podría haber dicho con exactitud qué era. Seco y acre, como el hedor de algo que hubiera estado pudriéndose durante largo tiempo.

-Es que ha estado demasiado tiempo cerrado -concluyó mientras pasaba el haz de su linterna por la larga habitación vacía-. Necesita ventilación.

-Pues yo lo quemaría -declaró Royal. No le gustaba aquello-. Vamos, y tratemos de no rompernos una pierna.

Descargaron los cajones con la mayor rapidez posible, dejando cada uno cuidadosamente en el suelo. Una hora y media más tarde, Royal cerraba con un suspiro de alivio la puerta del fondo, sin olvidarse de colocarle uno de los nuevos candados.

-La primera parte está hecha -comentó.

-La parte mas fácil -le recordó Hank, mirando hacia la casa de los Marsten, que se veía oscura y con los postigos cerrados-. No me gusta tener que ir allá» y no me da vergüenza decirlo. Si alguna vez ha habido una casa embrujada, es ésa. Esos tipos deben estar locos si piensan vivir ahí. En todo caso, son bichos raros.

-Igual que todos los decoradores -completó Royal-. Probablemente quieren prepararla como lugar de exposición. Bueno, para una tienda.

-En fin, si tenemos que hacerlo, adelante.

Echaron una última mirada al aparador encerrado en su embalaje y después Hank cerró de un golpe la puerta trasera. Se sentó al volante y tomó por Jointner Avenue hasta Brooks Road. Un minuto después, sombría y crepitante, se erguía ante ellos la casa de los Marsten, y Royal sintió el primer retortijón de miedo en el vientre.

-Dios, qué lugar tan escalofriante -murmuró Hank-. ¿Quién puede querer vivir allí?

-No lo sé, ¿Ves alguna luz detrás de los postigos?

-No.

Parecía que la casa se inclinara hacia ellos, como si esperara su llegada. Hank condujo el camión por el camino de entrada y dio la vuelta hacia el fondo. Ninguno de los dos miró demasiado lo que las inciertas luces delanteras podían revelar entre la exuberante hierba del patio del fondo. Hank sentía que su corazón se encogía por un sentimiento de pánico que no había experimentado siquiera en Vietnam, aunque allí había vivido casi todo el tiempo asustado. Pero aquél era un miedo racional. Miedo de pisar alguna planta venenosa que le hinchara a uno el pie hasta convertírselo en un mefítico globo verde, miedo de que algún muchachito de uniforme negro cuyo nombre jamás uno habría podido pronunciar le volara la cabeza con un fusil ruso, miedo de que a uno le tocara un oficial chiflado que le ordenara ametrallar a todo el mundo en una aldea donde una semana antes habían estado los vietcong. Pero éste de ahora era un miedo infantil, onírico. Un miedo sin puntos de referencia. Una casa era una casa: tablas, bisagras, clavos, tejas. No había razón para sentir que cada rendija astillada exhalaba el polvoriento aroma del mal. Eso no eran más que ideas estúpidas. ¿Fantasmas? Hank no creía en fantasmas. Imposible creer en ellos después de Vietnam.

Tuvo que hacer dos intentos antes de poder meter la marcha atrás y retroceder hasta detener el camión ante la entrada del sótano. Las herrumbradas puertas estaban abiertas y, bajo el rojo resplandor de las luces traseras del camión, parecía que los escalones de piedra descendieran hacia el infierno.

-Amigo, esto no me gusta nada -declaró Hank. Intentó sonreír, pero sólo le salió una mueca. -A mí tampoco.

Los dos se miraron a la débil luz del salpicadero, abrumados por el miedo. Pero la infancia había quedado atrás, y no podían marcharse sin hacer el trabajo por un miedo irracional. ¿Cómo lo explicarían a la luz del día sin que se burlaran de ellos? El trabajo había que hacerlo.

Hank apagó el motor, bajaron y se dirigieron hacia la trasera del camión. Royal trepó, soltó el seguro de la puerta y bajó la rampa sobre sus rieles.

El cajón seguía allí, todavía con rastros de serrín, inmóvil y silencioso.

-¡Dios, no quiero tener que bajarlo! -exclamó Hank Peters, con una voz que era casi un sollozo.

-Vamos -le animó Royal-. Deshagámonos de él.

Arrastraron el cajón sobre el elevador y lo hicieron bajar. Cuando estuvo al nivel de la cintura, Hank detuvo el elevador y volvieron el cajón.

-Tranquilo -gruñó Royal mientras retrocedía hacia los escalones-. Tranquilo...

Bajo la luz roja de las luces traseras, su rostro aparecía tenso como si hubiera sufrido un ataque al corazón.

Bajó de espaldas los peldaños, uno por uno, con el cajón apoyado contra el pecho. Era un peso tremendo, como si llevara encima una lápida de piedra. Era pesado, pensaría después, pero no tanto. Él y Hank habían llevado cargas más pesadas para Larry Crockett, subiendo y bajando escaleras, pero en la atmósfera de ese lugar había algo que le encogía a uno el corazón, algo que no era bueno.

Los escalones estaban húmedos y resbaladizos, y en dos ocasiones Royal se tambaleó, a punto de perder el equilibrio, gritando:

-¡Eh! ¡Cuidado!

Finalmente, llegaron abajo. El techo les oprimía con su poca altura, y avanzaron encorvados como brujas bajo el peso del aparador.

-¡Déjalo aquí, no puedo más! -jadeó Hank.

Lo dejaron caer con un golpe y ambos se apartaron. Al mirarse a los ojos advirtieron que alguna secreta alquimia había cambiado el miedo en terror. El sótano parecía de pronto lleno de secretos ruidos susurrantes. Ratas, tal vez, o quizá algo imposible de pensar.

De pronto, Hank primero y Royal Snow tras él, dieron un salto y subieron a la carrera los escalones. Royal cerró de un golpe las puertas del sótano.

Treparon apresuradamente a la cabina del camión; Hank lo puso en marcha y se dispuso a partir. Royal lo aferró del brazo; en la oscuridad su rostro parecía todo ojos, enormes y fijos.

-Hank, no hemos puesto los candados.

Los dos se quedaron mirando el haz de candados nuevos que pendían del tablero, sostenidos por un trozo de alambre de embalar. Hank buscó en el bolsillo de su americana y sacó un llavero con cinco llaves Yale nuevas: una era para el candado que habían dejado en la puerta de la tienda, en el pueblo, las otras cuatro para la casa. Cada una tenía su etiqueta,

-Oh, por Dios -masculló-. Oye, ¿y si volvemos mañana por la mañana temprano...?

Royal tomó la linterna de la guantera.

-Eso no puede ser, y tú lo sabes -respondió.

Volvieron a bajar de la cabina, sintiendo cómo la fresca brisa nocturna les enfriaba el sudor en la frente.

-Ve tú a la puerta de atrás -dijo Royal-. Yo me ocuparé de la de delante y de la del cobertizo.

Se separaron, y Hank se dirigió hacia la puerta del fondo, sintiendo cómo el corazón le palpitaba en el pecho. Tuvo que intentarlo dos veces antes de poder colocar el candado en el cerrojo. A tan poca distancia de la casa, el olor a vejez y madera podrida era intenso. Todas las historias sobre Hubie Marsten de las que se habían reído de niños volvieron a acosarle, lo mismo que la canción con que asustaban a las niñas: «¡Cuidado, cuidado, cuidado! Hubie te agarrará si no tienes cui...da,..do.»

-¿Hank?

Respiró profundamente, y un candado se le cayó de las manos. Lo recogió.

-¿No se te ocurre nada mejor que acercarte así a una persona? ¿Ya...?

-Sí. Hank, ¿quién va a bajar de nuevo a ese sótano para dejar el llavero sobre la mesa?

-No sé -dijo Hank Peters.

-¿Te parece que lo echemos a suertes?

-Sí, creo que es lo mejor.

Royal sacó una moneda de veinticinco centavos.

-Elige mientras está en el aire -dijo, y la arrojó.

-Cara.

Royal atrapó la moneda, la aplastó contra el antebrazo y la descubrió. El águila resplandeció sombríamente ante sus ojos.

-Jesús -suspiró Hank, pero tomó el llavero y la linterna y volvió a abrir las puertas del sótano.

Se obligó a bajar los escalones, y cuando hubo pasado la pendiente del tejado encendió la luz para alumbrar la parte visible del sótano, que unos nueve metros más adelante hacía una curva en L y se perdía Dios sabría dónde. El haz de la linterna se posó sobre la mesa, cubierta de un polvoriento mantel a cuadros. Sobre ella había una rata enorme que no se

movió al recibir el rayo de luz; se sentó sobre su gordo trasero, y casi daba la impresión de sonreír burlonamente.

Hank pasó junto al cajón, dirigiéndose a la mesa.

-¡Psst! ¡Rata!

El animal saltó al suelo y huyó hacia la oscuridad. Ahora a Hank le temblaba la mano, y el haz de la linterna se paseó espasmódicamente de un lugar a otro, revelando un barril cubierto de polvo, un viejo escritorio, una pila de periódicos...

Bruscamente, volvió el rayo de luz otra vez hacia los periódicos y contuvo el aliento mientras la linterna iluminaba algo que había junto a ellos, a la izquierda.

Una camisa... ¿no era una camisa? Amontonada como un trapo viejo. Y algo que había más atrás podría ser un par de téjanos. Y eso otro parecía...

Algo crujió a sus espaldas.

Presa del pánico, Hank arrojó las llaves sobre la mesa y echó a correr torpemente hacia fuera. Cuando pasó junto al cajón, vio qué había hecho el ruido. Una de las bandas de aluminio se había soltado y ahora apuntaba hacia el techo, como si fuera un dedo.

Subió a tropezones las escaleras, cerró de golpe las puertas a sus espaldas (aunque no se dio cuenta hasta más tarde, se le había puesto la carne de gallina en todo el cuerpo), trabó el candado en el cerrojo y corrió a la cabina del camión. Su respiración era entrecortada y sibilante como la de un perro herido. Vagamente oyó que Royal le preguntaba qué había sucedido, qué pasaba allí abajo, y entonces puso en marcha el camión y partió a toda velocidad, haciendo rugir el motor al rodear la casa, hundiéndose en la tierra blanda. No disminuyó la velocidad hasta que el camión volvió a entrar en Brooks Road, rumbo a la oficina de Lawrence Crokett. Entonces empezó a temblar incontroladamente.

-¿Qué había allá abajo? -preguntó Royal-. ¿Qué viste?

-Nada -respondió Hank Peters, y la palabra salió entrecortada por el castañetear de sus dientes-. No vi nada ni quiero volver a verlo jamás.

6

Larry Crockett estaba preparándose para cerrar la tienda y marcharse a casa cuando Hank Peters volvió a entrar. Todavía parecía asustado.

-¿Olvidaste algo, Hank? -preguntó Larry.

Cuando los dos habían vuelto de la casa de los Marsten, con el aspecto de que alguien les hubiera dado un golpe en la cabeza, Larry les dio diez dólares extra a cada uno, y dos botellas de Etiqueta Negra, al mismo tiempo que les daba a entender que tal vez sería mejor que no hablaran demasiado del trabajo de esa noche.

-Tengo que decírselo -dijo Hank-. No puedo más, Larry. Tengo que decírselo.

-Adelante -le animó Larry. Abrió el cajón de debajo del escritorio para sacar una botella de Johnnie Walker y sirvió una medida para cada uno en un par de vasos-. ¿Qué le preocupa?

Hank bebió un sorbo e hizo una mueca.

-Cuando llevé esas llaves para dejarlas en la mesa de abajo, vi algo. Ropa, parecía. Una camisa y tal vez unos pantalones. Y una zapatilla. Creo que era una zapatilla, Larry.

Larry se encogió de hombros y sonrió.

-¿Y? -Sentía un bloque de hielo sobre el pecho.

-El niño de los Glick llevaba pantalones téjanos. Fue lo que dijeron en el Ledger. Téjanos, una camisa roja y zapatillas. Larry,

¿y si...?

Larry siguió sonriendo, pero la sonrisa se le había congelado.

Hank tragó saliva.

-¿Y si esos tipos que compraron la casa de los Marsten y la tienda hubieran secuestrado al chico de los Glick?

Bueno. Ya lo había dicho. Bebió el resto del líquido ardiente que tenía en el vaso.

-¿No habrás visto también un cadáver? -preguntó Larry,

sonriendo.

-No... no. Pero...

-Eso sería un asunto para la policía -reflexionó Larry Crockett. Volvió a llenar el vaso de Hank sin que le temblara la mano. La sentía tan fría y rígida como una roca-, Y yo mismo te llevaría en mi coche a ver a Parkins. Pero algo así... -Sacudió la cabeza-. Pueden salir a la luz cosas muy feas. Como ese asunto tuyo con esa camarera de Dell... Jackie se llama, ¿no?

-¿De qué demonios habla usted? -El rostro de Hank estaba mortalmente pálido.

-Y seguramente se sabría lo de ese despido... Pero tú sabes cual es tu deber, Hank. Haz lo que te parezca.

-No vi ningún cadáver -susurró Hank.

-Perfecto -sonrió Larry-. Y tal vez no hayas visto ropa tampoco. Tal vez no eran más que... trapos.

-Trapos -repitió Hank Peters con voz hueca.

-Tú sabes lo que pasa en esos sitios viejos. Siempre llenos de basura. Tal vez viste alguna camisa vieja, algo que rompieron para usar como trapo de limpieza.

-Claro -asintió Hank, y volvió a vaciar su vaso-. Tiene usted una buena manera de ver las cosas, Larry.

Crockett sacó la billetera del bolsillo del pantalón, la abrió y contó sobre el escritorio cinco billetes de diez dólares.

-¿Para qué es eso?

-El mes pasado me olvidé de pagarte el trabajo que hiciste para Brennan. Tienes que recordarme esas cosas, Hank. Sabes que siempre me olvido de las cosas.

-Pero si usted me...

-Fíjate -le interrumpió Larry, sonriendo- que bien podrías estar ahora aquí contándome algo, y mañana por la mañana soy capaz de no acordarme de nada. ¿No es terrible?

-Sí -murmuró Hank.

Su mano se extendió, temblorosa, cogió los billetes y se los metió en el bolsillo de su chaqueta lejana como si se sintiera ansioso por dejar de tocarlos. Se levantó como un estremecimiento, tan deprisa que estuvo a punto de derribar la silla.

-Escuche, Larry, tengo que irme... Yo... yo no... Tengo que irme.

-Llévate la botella -sugirió Larry, pero Hank se dirigía ya hacia la puerta, y no se detuvo.

Larry volvió a sentarse. Se sirvió otro trago, sin que la mano le temblara todavía. No se dirigió a cerrar la tienda, sino que volvió a servirse whisky, una y otra vez. Pensaba en pactos con el diablo. Por último sonó el teléfono. Larry lo cogió.

-Ya está arreglado -dijo.

7

Hank Peters despertó a las primeras horas de la mañana siguiente, tras haber soñado con enormes ratas que salían arrastrándose de una tumba abierta, una tumba que guardaba el cuerpo verde y putrefacto de Hubie Marsten, con un viejo trozo de cuerda de cáñamo alrededor del cuello. Peters se quedó apoyado en los codos, respirando con dificultad, con el torso desnudo bañado en sudor, y cuando su mujer le tocó el brazo lanzó un grito.

8

El Almacén Agrícola de Milt Crossen ocupaba la esquina de Jointner Avenue y Railroad Street, y la mayoría de los viejos chiflados del pueblo acudían allí cuando llovía y el parque resultaba impracticable. Durante los largos inviernos, no faltaban nunca.

Cuando Straker llegó en su Packard de 1939 -¿o era de 1940?- no había más que un poco de niebla, y Milt y Pat Middler mantenían en ese momento una conversación sobre si Judy, la novia de Freddy Overlock, se había escapado en 1957 o en 1958. Los dos estaban de acuerdo en que se había largado con aquel viajante de comercio que llegó a Yarmouth, y también coincidían en que él no valía un comino, ni ella tampoco, pero fuera de eso no podían ponerse de acuerdo.

La conversación cesó en el momento en que entró Straker.

El recién llegado miró a la concurrencia -Milt y Pat Middler,

Joe Grane, Vinnie Upshaw y Clyde Corliss- y sonrió sin humor.

-Buenas tardes, caballeros -saludó.

Milt Crossen se levantó, envolviéndose casi púdicamente en su delantal.

-¿Puedo servirle en algo?

-Sí -respondió Straker-. Necesito carne, por favor.

Compró un trozo de rosbif, un kilo de chuletas, un poco de carne picada y medio kilo de hígado de ternera. A eso se sumaron otros productos -harina, azúcar, judías- y varias hogazas de pan.

Hizo toda la compra en el más absoluto silencio. Los parroquianos de la tienda siguieron alrededor de la gran estufa Pearl Kineo que el padre de Milt había modificado para que funcionara con petróleo. Mientras fumaban, miraban prudentemente al cielo y observaban al extraño por el rabillo del ojo.

Cuando Milt terminó de colocar los artículos en una gran caja de cartón, Straker pagó en efectivo, con un billete de veinte y otro de diez. Recogió la caja, se la puso bajo el brazo y les volvió a dedicar su sonrisa dura, rápida y sin humor.

-Adiós, caballeros -dijo, y se fue.

Joan Crane llenó de tabaco su pipa, hecha con una mazorca de maíz. Clyde Corliss se echó hacia atrás y escupió junto a la estufa. Vinnie Upshaw sacó del bolsillo del chaleco papel para liar y le echó unas hebras de tabaco con sus dedos artríticos.

Todos observaron cómo el forastero cargaba la caja en el maletero del coche. Eran conscientes de que la caja debía pesar unos quince kilos, y todos le habían visto ponérsela debajo del brazo al salir, como si fuera una almohada de pluma. Dio la vuelta hacia el lado del conductor, se sentó al volante y partió por Jointner Avenue. El coche ascendió por la colina, dobló a la derecha para tomar Brooks Road, desapareció y volvió a aparecer detrás de los árboles un rato después, reducido ahora por la distancia al tamaño de un juguete. Tomó por la entrada para coches de la casa de los Marsten y se perdió de vista.

-Un tipo raro-señaló Vinnie.

Se puso el cigarrillo en la boca, le quitó unas hebras que asomaban por el extremo y sacó del bolsillo del chaleco una cerilla.

-Debe de ser uno de los que compraron esa tienda -aventuró Joe Grane.

-Y la casa de los Marsten -añadió Vinnie.

Clyde Corliss soltó una ventosidad.

Pat Middler se hurgaba con gran concentración un callo en la palma de la mano izquierda.

Pasaron cinco minutos.

--¿Creéis que tendrán éxito? -preguntó Clyde.

-Quizá -respondió Vinnie-. Es posible que en el verano les vaya bien. Tal como están las cosas hoy día, es difícil decirlo.

Un murmullo general, casi un suspiro de asentimiento.

-Es un tipo fuerte -comentó Joe.

-Aja -coincidió Vinnie-. Y tenía un Packard del treinta y nueve, sin una simple mancha de herrumbre siquiera.

-Del cuarenta -objetó Clyde.

-El del cuarenta no tenía estribos -se defendió Vinnie-. Era del treinta y nueve.

-Estás equivocado -declaró Clyde.

Pasaron cinco minutos. Después vieron que Milt examinaba el billete de veinte dólares con que había pagado Straker.

-¿Es raro ese dinero, Milt? -preguntó Pat-. ¿Te pagó con dinero sospechoso?

-No, pero mira. -Milt se lo pasó por encima del mostrador y todos lo observaron. Era mucho más grande que un billete común.

Pat lo miró a contraluz, lo examinó, le dio vuelta.

-Es una serie E veinte, ¿verdad, Milt?

-Sí -confirmó Milt-. Hace cuarenta o cuarenta y cinco años que dejaron de hacerlos. Imagino que valdrá bastante dinero en la feria de moneda de Portland.

Pat hizo circular el billete y todos lo examinaron, de más cerca o de más lejos, dependiendo de como les resultara más fácil para ver. Joe Crane lo devolvió, y Milt lo colocó debajo del cajón donde guardaba el dinero en efectivo, junto con los cheques y los cupones.

-Seguro que es un tipo raro -reflexionó Clyde.

-No hay duda -coincidió Vinnie, e hizo una pausa-. Era del treinta y nueve, sin embargo. Mi medio hermano, Vic, tuvo uno. El primer coche que tuvo en su vida. Lo compró de segunda mano, en 1944. Se olvidó de ponerle aceite una mañana y se cargó los malditos pistones.

-Creo que era del cuarenta -afirmó Clyde-; recuerdo que un tipo que solía venir a la tienda de Alfred a arreglar sillas fue directamente a tu casa y dijo...

Y así se inició la discusión, que se intensificaba en el silencio más que en el discurso, como una partida de ajedrez jugada por correo. Y el día pareció inmovilizarse y dilatarse hasta la eternidad, y Vinnie Upshaw empezó a liar otro cigarrillo con lentos gestos de artrítico.

9

Ben estaba escribiendo cuando oyó llamar a la puerta, colocó una señal para recordar la última palabra escrita y se levantó a abrir. Eran poco más de las tres de la tarde del miércoles 24 de septiembre. La lluvia había puesto término a todos los proyectos de seguir con la búsqueda de Ralphie Glick, y el consenso general era que la búsqueda había terminado. El chico de los Glick había desaparecido, y no había ya nada que se pudiera hacer.

Abrió la puerta y se encontró con Parkins Gillespie, que llevaba un cigarrillo en los labios. Tenía en la mano un libro de bolsillo, y a Ben le hizo gracia advertir que se trataba de la edición Bantam de La hija de Conway.

-Adelante, agente -le invitó-. Hay mucha humedad fuera.

-Un poco, sí -asintió Parkins, mientras entraba-. Septiembre es la época de la gripe. Yo uso siempre botas. Hay quien se ríe, pero no he tenido gripe desde 1944 en Saint-Ló, Francia.

-Deje su chaqueta sobre la cama. Lamento no poder ofrecerle café.

-No quisiera mojarle nada -dijo Parkins, mientras sacudía la ceniza en el cesto de los papeles-. Y acabo de tomar una taza de café en el Excellent.

-¿Puedo serle útil?

-Bueno, mi mujer leyó esto... -Levantó el libro-. Y oyó decir que usted estaba en la ciudad, pero ella es tímida. Se le ocurrió que tal vez usted podría dedicarle el libro o algo así.

Ben tomó el libro.

-Por lo que dice Weasel Craig, hace catorce o quince años que su mujer murió.

-¿Eso dice? -Parkins no dio la menor señal de sorpresa-. Cómo le gusta hablar al tal Weasel. Algún día abrirá tanto la boca que caerá adentro.

Ben no dijo nada.

-¿No le parece que me lo podría firmar a mí, entonces?

-Encantado.

Ben tomó una pluma del escritorio, abrió el libro por la solapa («¡Un palpitante trozo de vida!», Cleveland Plan Dealer), y escribió: «Con los mejores deseos para el agente Gillespie, de Ben Mears; 24/9/75.» Luego se lo devolvió.

-Se lo agradezco mucho -dijo Parkins, sin mirar qué había escrito Ben. Se inclinó para apagar el cigarrillo en el costado de la papelera-. Es el único libro firmado que tengo.

-¿Ha venido para interrogarme? -preguntó Ben, sonriente.

-Es bastante despierto, usted -comentó Parkins-. Ahora que lo dice, sí, quería hacerle una o dos preguntas. Esperé a que Nolly tuviera algo más que hacer. Es buen muchacho, pero a él también le gusta hablar. Dios, la de chismes que corren.

-¿Qué quiere saber?

-Principalmente, dónde estuvo el miércoles pasado por la noche.

-¿La noche en que desapareció Ralphie Glick?

-Exacto.

-¿Soy sospechoso?

-No, señor. Yo no tengo sospechosos. Un asunto de este tipo queda fuera de mi alcance, digamos. Lo mío es parar a los que van a demasiada velocidad al salir del bar de Dell, o ahuyentar a los muchachos del parque antes de que se pongan pesados. No hago más que husmear un poco.

-Supongamos que yo no quisiera decírselo.

Parkins se encogió de hombros y buscó los cigarrillos.

-Eso es asunto suyo, hijo.

-Estuve cenando en casa de Susan Norton. Y jugué al bádminton con su padre.

-Y él le ganó, seguro. Siempre le gana a Nolly. Nolly delira con lo que le gustaría ganar alguna vez a Bill Norton. ¿A qué hora se fue?

Ben rió con una risa no muy divertida.

-Cuando usted corta, corta hasta el hueso, ¿no?

-Fíjese -señaló Parkins- que si yo fuera uno de esos detectives neoyorquinos como los de la televisión, podría pensar que usted tiene algo que ocultar, por la forma en que esquiva mis preguntas.

-Nada que ocultar -le aseguró Ben-. Simplemente estoy cansado de ser el forastero del pueblo, de que me señalen por la calle y se den codazos cuando entro en la biblioteca. Y ahora me viene usted con esta historia del sospechoso, tratando de averiguar si guardo en el ropero el cuero cabelludo de Ralphie Glick.

-Pues no, eso no lo creo. -Parkins lo miró por encima de su cigarrillo; su mirada se había endurecido-. Lo que procuro es excluirlo. Si pensara que usted tiene algo que ver con eso, ya lo tendría a la sombra.

-Bueno -consintió Ben-. Me fui de casa de los Norton a eso de las siete y cuarto. Caminé un poco hacia Schoolyard HUÍ. Cuando ya era de noche vine aquí, escribí durante un par de horas y me acosté.

-¿A qué hora volvió aquí?

-Creo que a las ocho y cuarto.

-Bueno, pues eso no lo deja a usted tan bien como yo quisiera. ¿No vio a nadie?

-No, a nadie -respondió Ben.

Parkins gruñó y fue hacia la máquina de escribir.

-¿Qué está escribiendo?

-Nada que a usted le importe -contestó Ben con voz fría-. Le agradeceré que mantenga los ojos y las manos lejos de mi trabajo. Salvo que tenga una orden de allanamiento.

-Es usted quisquilloso. ¿Acaso no quiere que sus libros se lean?

-Cuando el libro haya pasado por tres borradores, corrección de estilo, pruebas de galeradas y de compaginadas y esté impreso, yo mismo le entregaré cuatro ejemplares dedicados. Pero, por el momento, esto pertenece a mis papeles privados.

Con una sonrisa, Parkins se apartó de la máquina de escribir.

-Perfecto. De todas maneras, no creo que sea una confesión firmada.

Ben le devolvió la sonrisa.

-Decía Mark Twain que una novela es un documento en el que un hombre que jamás hizo nada lo confiesa todo.

Parkins exhaló una bocanada de humo y se dirigió a la puerta.

-No quiero seguir mojando su alfombra, señor Mears. Le agradezco que me haya atendido, y, para su información, le diré que no creo que usted haya visto jamás al chico de los Glick. Pero mi trabajo es averiguar esas cosas.

-Ya. -Ben hizo un gesto de asentimiento.

-Y es mejor que sepa cómo son las cosas en lugares como Salem's Lot o Milbridge o Guliford o cualquier pueblecito de éstos. Hasta que no haya pasado aquí veinte años, usted seguirá siendo el forastero del pueblo.

-Lo sé. Lamento haberme enfadado con usted. Después de una semana de buscarlo sin encontrar nada... -Ben sacudió la cabeza.

-Sí -asintió Parkins-. Malo para la madre. Malísimo. Cuídese.

-Lo haré.

-¿No está resentido?

-No. -Ben hizo una pausa-. ¿Quiere decirme una cosa?

-Si puedo, sí.

-¿Dónde consiguió el libro?

Parkins Gillespie volvió a sonreír.

-Bueno, en Cumberland hay un tipo que tiene una tienda de muebles usados. Es medio raro, la verdad. Se llama Gendron. Vende libros de bolsillo a diez centavos el ejemplar, y de éstos tenía cinco.

Ben se echó a reír. Parkins Gillespie se fue, sonriendo y fumando. Ben se acercó a la ventana y se quedó mirando cómo el agente salía y cruzaba la calle, esquivando los charcos con sus botas negras.

10

Parkins se detuvo a mirar por la vidriera de la nueva tienda antes de llamar a la puerta. Cuando aquello era la lavandería del pueblo, uno podía mirar dentro y ver un grupo de mujeres gordas con rulos que agregaban lejía o buscaban cambio en la máquina adosada a la pared; la mayoría de ellas mascaba chicle como vacas rumiando hierba. Pero la tarde anterior había visto aparcado el camión de un decorador de interiores de Portland, y el aspecto del local era ahora muy diferente.

Detrás de la vidriera habían instalado dos reflectores que arrojaban una suave luz sobre los tres objetos dispuestos en el escaparate: un reloj, una rueca y un antiguo armario de madera de guindo. Frente a cada una de las piezas había un pequeño atril que exhibía discretamente una etiqueta con el precio. Se necesitaba haber perdido la cabeza para pagar 600 dólares por una rueca cuando en el Monte de Piedad se podía conseguir una Singer por menos de cincuenta dólares.

Con un suspiro, Parkins fue hacia la puerta y llamó.

Apenas si tardó un segundo en abrirse, como si el forastero hubiera estado al acecho detrás de ella, esperando a que él llamara.

-¡Inspector! -le saludó Straker con una sonrisa-. ¡Qué estupendo que haya venido!

-Agente nada más, me temo -aclaró Parkins mientras encendía un Pall Malí, y entró-. Parkins Gillespie. Encantado de conocerle. -Se presentó y le ofreció la mano, que el otro estrechó suavemente con una mano que le pareció enormemente fuerte y muy seca.

-Richard Throckett Straker -anunció el hombre calvo.

-Me figuré que era usted -comentó Parkins mientras miraba alrededor.

La tienda estaba toda alfombrada, pero todavía no habían acabado de pintarla. El olor a pintura fresca era grato, pero por debajo parecía haber otro olor, éste desagradable. Parkins no consiguió identificarlo, y decidió prestar atención a Straker.

-¿En qué puedo servirle en este hermoso día? -preguntó Straker.

La tranquila mirada de Parkins se dirigió a la ventana, para comprobar que seguía lloviendo a cántaros.

-En realidad, en nada. Simplemente he venido a saludarlo. Digamos que quería darle la bienvenida al pueblo y desearle buena suerte.

-Muy amable. ¿Puedo ofrecerle un café? ¿Una copa? En la trastienda tengo ambas cosas.

-No, gracias, no tengo tiempo. ¿Y el señor Barlow? -Está en Nueva York, en viaje de compras. No creo que llegue hasta el diez de octubre, por lo menos.

-Tendrá que abrir sin él, entonces -dijo Parkins, mientras pensaba que, si los precios que había visto en el escaparate eran la tónica general, Straker no se iba a ver precisamente acosado por los clientes-. Por cierto, ¿cuál es el nombre de pila del señor Barlow?

La sonrisa de Straker volvió a aparecer, dura como el acero. -¿Lo pregunta usted oficialmente? -Por curiosidad, nada más.

-El nombre completo de mi socio es Kurt Barlow -explicó Straker-. Hemos trabajada juntos en Londres y Hamburgo. Esto -señaló alrededor- es nuestro retiro. Modesto, pero de buen gusto. Lo único que esperamos es ganarnos la vida, pero como a los dos nos gustan las cosas antiguas, las cosas hermosas, esperamos conseguir una reputación en la zona... tal vez incluso en toda esta bellísima región de Nueva Inglaterra. ¿Piensa usted que eso sería posible, agente Gillespie?

-Todo es posible, imagino -respondió Parkins mientras buscaba con la vista un cenicero. Al no encontrar ninguno, se echó la ceniza del cigarrillo en un bolsillo de la chaqueta-. En todo caso, espero que tengan mucha suerte, y cuando vea al señor Barlow, dígale que trataré de encontrarme con él.

-Así lo haré -respondió Straker-. Le gusta conocer gente. -Bien. -Gillespie fue hacia la puerta, se detuvo y miró hacia atrás. Straker le miraba con insistencia-. Por cierto, ¿qué tal la vieja casa?

-Necesita reformas -explicó Straker-, pero tenemos tiempo.

-Claro -asintió Parkins-. Supongo que no han andado los crios rondando por ahí.

-¿Crios? -Straker frunció el entrecejo.

-Chiquillos -explicó Parkins-. Usted sabe que a veces disfrutan molestando a los recién llegados. Tirarles piedras, o tocar el timbre y salir corriendo... esas cosas.

-No, no hemos visto niños.

-Pues lo cierto es que se nos ha perdido uno.

-¿De veras?

-Sí, así es. Y tememos no encontrarlo. Vivo, al menos.

-Es terrible -comentó Straker, distante.

-Sí, lo es. Si viera usted algo...

-No dude que se lo comunicaría inmediatamente. -Volvió a sonreír con su sonrisa helada.

-Gracias. -Parkins abrió la puerta y miró con resignación el diluvio-. Dígale al señor Barlow que vendré a verle.

-Sin duda, agente Gillespie. Ciao.

Parkins se dio vuelta, sorprendido.

-¿Chao?

La sonrisa de Straker se ensanchó.

-Adiós, agente Gillespie. Es la expresión familiar italiana para decir adiós.

-¿Sí? Bueno, todos los días se aprende algo nuevo. Adiós,

Parkins salió a la lluvia y cerró tras de sí la puerta de la tienda.

-A mí no me resulta familiar -masculló.

El cigarrillo ya estaba empapado. Lo tiró.

Straker lo miró alejarse a través del escaparate.

Ya no sonreía.

11

-¿Nolly? -llamó Parkins al llegar a su despacho en el ayuntamiento-. ¿Estás aquí, Nolry?

No hubo respuesta. Parkins hizo un gesto de satisfacción. Nolly era un buen muchacho, pero un poco corto de entendederas. Se quitó la chaqueta y las botas. Luego se sentó ante su escritorio, buscó un número en la guía telefónica de Portland y marcó. Del otro lado respondieron inmediatamente.

-FBI, Portland. Agente Hanrahan.

-Habla Parkins Gillespie, agente de la policía local de Jerusalem's Lot. Ha desaparecido un niño por aquí.

-Lo sabemos -dijo Hanrahan-. Ralph Glick, nueve años, un metro treinta, pelo negro, ojos azules. ¿Quiere hacer la denuncia de secuestro?

-Nada de eso. Quisiera pedirle que investigue a algunos tipos.

Hanrahan se mostró de acuerdo.

-El primero es Benjamín Mears. Escritor. Es autor de un libro que se llama La hija de Conway. Los otros dos están medio asociados. Kurt Barlow. El otro tipo...

-Kurt. ¿Se escribe con «c» o con «k»?

-No sé.

-No importa. Siga.

Parkins siguió. Estaba transpirando. Hablar con la autoridad siempre le hacía sentirse estúpido.

-El otro tipo es Richard Throckett Straker. Con dos íes al final de Throckett, y Straker como suena. Ese tipo y Barlow están en el negocio de muebles y antigüedades; acaban de abrir una pequeña tienda aquí en el pueblo. Straker dice que Barlow está en Nueva York haciendo compras. Y afirma que los dos han trabajado juntos en Londres y Hamburgo. Éstos son los únicos datos que puedo dar.

-¿Sospecha que puedan tener que ver con el caso Glick?

-Por el momento, todavía no sé si es un caso. Pero todos aparecieron por el pueblo más o menos al mismo tiempo.

-¿Y cree usted que puede haber alguna conexión entre ese Mears y los otros dos?

Parkins se recostó; con un ojo, espió por la ventana.

-Eso es una de las cosas que me gustaría saber -respondió.

12

En los días claros y frescos, los hilos del teléfono hacen un extraño zumbido, como si los chismes que circulan por su interior los hicieran vibrar, y es un sonido que no se parece a ningún otro, el sonido solitario de las voces que vuelan a través del espacio. Los postes del teléfono están grises y astillados, y las heladas y los deshielos del invierno los han inclinado en caprichosos ángulos. No son imponentes, como los postes telefónicos asentados en el cemento. Tienen la base negra de alquitrán si están junto a una carretera asfaltada, y cubierta de polvo si flanquean un camino de tierra. Ostentan viejas abrazaderas herrumbradas por donde los obreros han trepado a hacer arreglos en 1946 o 1952 o 1969. Las aves -cuervos, gorriones, petirrojos, estorninos-duermen en los hilos susurrantes, acurrucadas en silencio, y tal vez escuchen los extraños sonidos de la voz humana. En todo caso, sus ojos no lo revelan. El pueblo tiene un sentido, no de la historia sino del tiempo, y parece que los postes telefónicos lo supieran. Si se apoya la mano sobre ellos, se siente en lo hondo de la madera la vibración de los hilos, como si palpitaran, prisioneras, almas que pugnan por liberarse.

-... y le pagó con un billete de veinte de los viejos, Mabel, uno de esos grandes. Clyde decía que no había visto uno de ésos desde la Depresión en 1930. Está...

-... sí, ya lo creo que es un hombre raro, Ewie. Le he visto andar con una carretilla por detrás de la casa. No entiendo si es que está allí solo o...

-... tal vez Crockett lo sepa, pero no lo dirá. No suelta prenda sobre eso. Siempre ha sido un...

-... escritor que está en casa de Eva. Me pregunto si Floyd Tibbits sabe que ella estuvo...

-... pasa muchísimo tiempo en la biblioteca. Loretta Starcher dice que nunca ha visto a nadie que conociera tantos...

-... dijo que él se llamaba...

-... sí, es Straker. El señor R. T. Straker. La madre de Kenny Danles dice que pasó por esa tienda nueva del pueblo y que en el escaparate había un armario De Biers auténtico, y

que el preció que estaba marcado era de ochocientos dólares. ¿Te imaginas? Así que yo le dije...

-... raro, que él venga y el pequeño de los Glick...

-... ¿no te parece que...?

-... no, pero es raro. Otra cosa, ¿tienes todavía aquella receta de...?

Los hilos zumban. Y zumban. Y zumban.

13

29/9/75

NOMBRE: Glick, Daniel Francis.

DIRECCIÓN: RFD 1, Brock Road, Jerusalem's Lot, Maine 04270.

EDAD: 12. SEXO: masculino. RAZA: caucásica.

INGRESO: 22/9/75. PERSONA QUE LO TRAJO: Anthony H. Glick (padre).

SÍNTOMAS: Conmoción, pérdida de memoria (parcial), náuseas, inapetencia, estreñimiento, apatía general,

ANÁLISIS (véase hoja adjunta):

1. Reacción de Mantoux: Neg.
2. Investigación de tuberculosis en esputo y orina: Neg.
3. Diabetes: Neg.
4. Recuento glóbulos blancos: Neg.
5. Recuento glóbulos rojos: 45 % hemo.
6. Muestra de médula: Neg.
7. Radiografía de tórax: Neg.

DIAGNÓSTICO POSIBLE: Anemia perniciosa, primaria o secundaria; examen previo muestra 86 % hemoglobina. Anemia secundaria improbable; no hay historia de úlceras, hemorroides, ni similares. Recuento diferencial de glóbulos neg. Probable anemia primaria combinada con shock mental. Recomendado enema de bario y radiografía para descartar probable hemorragia interna, aunque el padre no menciona accidentes recientes. Recomendado también dosis diarias de vitaminas B12 (véase hoja adjunta). En espera de nuevo análisis, se le da de alta.

G. M. GORBY, médico de cabecera.

14

A la una de la madrugada del 24 de septiembre, la enfermera entró en la habitación que ocupaba Danny Glick en el hospital para darle la medicación. Pero la cama estaba vacía.

Sus ojos se fijaron en el bulto blanco extrañamente desvalido que yacía en el suelo.

-¿Danny? -llamó.

Se acercó a él, pensando que habría querido ir al cuarto de baño y que el esfuerzo le habría resultado excesivo.

Suavemente, le dio la vuelta, y lo primero que pensó antes de darse cuenta de que estaba muerto fue que la B12 le había hecho bien; nunca había tenido tan buen aspecto desde que había entrado en el hospital.

Pero entonces sintió el frío en la muñeca y la falta de movimiento en el leve enrejado azul que formaban las venas bajo sus dedos, y corrió a la sala de enfermeras para comunicar que se había producido una muerte en el pabellón.

CINCO

BEN (II)

1

El 25 de septiembre Ben volvió a cenar con los Norton. Era jueves, y la comida fue la habitual: judías con salchichas. Bill Norton asó las salchichas en la parrilla de fuera, y Ann había tenido las judías hirviendo en melaza desde la mañana. Comieron en la mesa del jardín y después los cuatro se quedaron fumando, charlando de lo mal que estaban las cosas en Boston.

El aire había cambiado sutilmente; la temperatura seguía siendo bastante agradable, incluso en mangas de camisa, pero el aire tenía ya un resplandor helado. El otoño, ya casi visible, esperaba entre bambalinas. El enorme viejo arce que se erguía frente a la pensión de Eva Miller había empezado a ponerse rojo.

Nada se había modificado en la relación de Ben con los Norton. Susan se sentía atraída por él, de un modo claro y natural. Y ella también le gustaba a él. Percibía en Bill una creciente simpatía, contenida por el tabú subconsciente que afecta a todos los padres cuando se hallan frente a hombres cuyo interés se dirige a sus hijas. Si a uno le cae bien otro hombre, dialoga libremente con él, discute de política y habla de mujeres mientras ambos beben cerveza. Pero por más intensa que sea la simpatía, es imposible abrirse totalmente a un hombre entre cuyas piernas pende la desfloración potencial de una hija. Ben se preguntaba si después del matrimonio, cuando la posibilidad se hubiera concretado, se podría llegar a ser amigo del que noche tras noche se acostaba con la hija de uno. Tal vez en todo eso hubiera una enseñanza, pero Ben no lo creía.

La frialdad de Ann Norton se mantenía. La noche anterior, Susan había contado a Ben algo respecto a su relación con Floyd Tibbits y de cómo su madre suponía que el problema de conseguir un futuro yerno aceptable había quedado resuelto en forma definitiva y satisfactoria. Floyd era una cantidad conocida, un dato seguro. Ben Mears, por el contrario, había aparecido de la nada, y allí podía volver a desaparecer con la misma rapidez, y posiblemente llevándose en el bolsillo el corazón de su hija. Con un instintivo disgusto pueblerino (que Edward Arlington Robertson o Sherwood Anderson habrían reconocido sin demora), Ann desconfiaba del varón creativo, y Ben sospechaba que en lo profundo de su ser imperaba una máxima: esas personas son maricones o maníacos sexuales; pueden ser homicidas, suicidas o maníacos, y suelen hacer cosas como enviar a las jóvenes paquetitos en los que han envuelto su oreja izquierda. Aparentemente, la participación de Ben en la búsqueda de Ralphie Glick no había hecho más que intensificar sus sospechas, y nuestro amigo preveía que le iba a resultar imposible ganársela. No sabía si Ann estaría al tamo de la visita que le había hecho Parkins Gillespie.

Mientras él rumiaba estos pensamientos, se elevó la voz de Ann:

-Qué terrible, lo del chico Glick.

-¿Ralphie? Sí.

-No, el mayor. Ha muerto.

Ben dio un respingo.

-¿Quién? ¿Daany?

-Murió ayer a primera hora de la mañana. -Pareció sorprendida de que los hombres no lo supieran. Todo el mundo hablaba de eso.

-Lo oí comentar en la tienda de Milt -dijo Susan. Su mano encontró la de Ben por debajo de la mesa, y él se la apretó cálidamente-. ¿Cómo han reaccionado los Glick?

-Como lo hubiera hecho yo -respondió Ann-. Están medio enloquecidos.

Y no es para menos, pensó Ben. Diez días atrás su vida se ajustaba al ordenado ciclo habitual; ahora la unidad de la familia estaba hecha pedazos. La idea le produjo un escalofrío.

-¿Piensa usted que el otro niño aparecerá vivo? -preguntó Bill dirigiéndose a Ben.

-No -respondió éste-. Creo que él también ha muerto.

-Como lo sucedido en Houston hace dos años -recordó Susan-. Si es que está muerto, casi es mejor esperar que no lo encuentren. Cómo puede alguien hacerle semejante cosa a un chiquillo indefenso...

-Creo que la policía está investigando -comentó Ben-. Detienen a los delincuentes sexuales conocidos para interrogarlos.

-Cuando encuentren al tipo tendrían que colgarlo de los pulgares -opinó Bill-. ¿Badminton, Ben?

Ben se puso de pie.

-No, gracias. Tengo la sensación de que usted me ofrece jugar solitarios para entretenerme. Les agradezco la excelente comida, pero esta noche tengo trabajo.

Ann Norton enarcó una ceja. Bill se levantó.

-¿Qué tal va ese nuevo libro?

-Bien -respondió Ben-. ¿Te gustaría bajar conmigo la colina para beber un refresco en el bar de Spencer, Susan?

-Oh, no sé -terció Ann-. Después de Ralphie Glick y todo eso, estaré más tranquila si...

-Ma, ya no soy una niña -protestó Susan-. Y Brock Hill es una calle iluminada.

-Yo la acompañaré de vuelta, por supuesto -dijo Ben, casi formalmente.

Cuando salió de la pensión la tarde estaba tan hermosa que había dejado su coche para venir a pie.

-Me parece bien -dijo Bill-. Te preocupas demasiado.

__Sí, supongo que sí. Los jóvenes saben lo que hacen, ¿no es eso?-Sonrió.

-Voy a ponerme un abrigo -murmuró Susan a Ben, y entró en la casa por la puerta trasera.

Llevaba una falda plisada roja, a medio muslo, y cuando subió por los escalones de la entrada dejó ver una buena porción de muslo. Ben la miró, consciente de que a su vez Ann le miraba a él. Su marido estaba echando agua sobre el carbón, para apagarlo.

-¿Cuánto tiempo piensa usted quedarse en Solar, Ben? -preguntó Ann.

-Por lo menos hasta que haya acabado el libro. Después de eso, no sé. Las mañanas son hermosísimas, y el aire muy puro. -Sonrió al mirarla a los ojos-. Tal vez me quede más tiempo.

Ann también le sonrió.

-Los inviernos son fríos, Ben. Muy fríos.

Y ahí estaba Susan, bajando por los escalones con una chaqueta sobre los hombros.

-¿Vamos? Me tomaré un chocolate. Peor para el cutis.

__Tu cutis lo aguantará -sonrió Ben y se volvió hacia el matrimonio Norton-. Gracias de nuevo.

-Hasta pronto -respondió Bill-. Si quiere venga mañana por la noche, con una caja de seis cervezas. Nos divertiremos con ese condenado de Yatstrzemski.

-Muy bien -asintió Ben-, pero ¿qué beberemos cuando empiece el segundo tiempo?

La risa de Bill, profunda y sonora, los siguió mientras daban la vuelta a la casa.

2

-En realidad no quiero ir al bar de Spencer -declaró Susan mientras descendían por la colina-. Vamos al parque.

-¿Y qué hay de los gamberros, nena? -preguntó Ben, en una deliberada exhibición de slang.

-En Solar todos los gamberros tienen que estar en casa a las siete. Ordenanza municipal. Y ahora Son las ocho y tres.

Mientras descendían por la colina, la oscuridad se cerró sobre ellos, y al andar veían cómo crecían y se achicaban sus sombras bajo las luces de la calle.

-Unos gamberros muy gentiles. ¿No va nadie al parque cuando ha anochecido?

-A veces los chicos del pueblo se van con algún ligue, si no tienen dinero para ir al cine al aire libre -explicó Susan, guiñando un ojo-. De manera que si ves que algo se mueve en los matorrales, mira para otro lado.

Entraron por el lado oeste, el que daba hacia el edificio municipal. El parque estaba en penumbra y tenía un aspecto onírico, con sus sendas que se alejaban en amplias curvas bajo el follaje, y el estanque que reflejaba las luces de la calle. Si había alguien allí, Ben no lo advirtió.

Caminando, rodearon al monumento conmemorativo, con sus largas listas de muertos, los primeros, de la guerra de la Independencia, los últimos, de la de Vietnam. Había seis nombres del pueblo que habían participado en el último conflicto, y el tallado relucía en el bronce como una herida nueva. Eligieron mal el nombre de este pueblo, pensó Ben. Debería llamarse Tiempo. Y, como si la acción fuera una consecuencia natural de la idea, miró por encima del hombro hacia la casa de los Marsten, pero el ayuntamiento le impedía la visión.

Susan advirtió la mirada y frunció el entrecejo. Mientras tendían sus abrigos sobre el césped para sentarse, la muchacha habló:

-Mamá me dijo que Parkins Gillespie había estado interrogándote. El chico nuevo del instituto debe de haber robado el dinero de la leche, o algo así.

-Es todo un personaje -Sonrió Ben.

-Mamá ya te tenía prácticamente juzgado y condenado. -Aunque lo dijo con despreocupación, su voz no pudo ocultar su seriedad.

-No le gusto mucho a tu madre, ¿verdad?

-No -reconoció Susan, tomándole de la mano-. Es un caso de desamor a primera vista. Lo siento.

-No importa -la tranquilizó Ben-. De todas maneras, hoy me he anotado cien puntos.

-¿Con papá? -sonrió Susan-. Oh, él sabe distinguir lo que es bueno. -La sonrisa se esfumó-. Ben, ¿sobre qué es el libro nuevo?

-Es difícil de explicar.-Ben se quitó los mocasines para hundir los dedos de los pies en la hierba húmeda.

-No cambies de tema.

-No, si no tengo inconveniente en decírtelo.

Sorprendido, él mismo descubrió que era verdad. Siempre había pensado que una obra a medio hacer era como un niño, un niño débil a quien había que cuidar y proteger. Demasiado manoseo puede causar su muerte. Aunque a Miranda la había consumido la curiosidad por La hija de Conway y Danza aérea, Ben se había negado a decirle una sola

palabra sobre ambos libros. Pero Susan era diferente, Miranda siempre había intentado una especie de indagación directa, y a Ben sus preguntas le sonaban a interrogatorios.

-Déjame pensar cómo hilvanarlo -pidió.

-¿No puedes besarme mientras piensas? -sugirió Susan, tendida de espaldas en la hierba. Ben no pudo dejar de advertir qué corta era su falda, y cuánto se le había levantado.

-Creo que eso puede interrumpir el proceso de pensamiento -dijo con suavidad-, pero intentémoslo.

Se inclinó para besarla, apoyándole suavemente una mano en la cintura. Susan recibió sus labios y cerró las manos sobre las de Ben. Un momento después Ben sintió por primera vez la lengua de ella, y la recibió con la suya. La chica se movió para responder mejor al beso, y el suave susurro de la falda de algodón pareció ensordecedor.

Ben deslizó la mano hacia arriba, y Susan se arqueó para llenarla con un pecho suave y cálido. Por segunda vez desde que la conocía, Ben se sintió adolescente, un adolescente ante quien todo se abría con la amplitud de una autopista de seis carriles, sin tráfico pesado a la vista.

-¿Ben?

-¿Sí?

-Hagamos el amor, ¿quieres?

-Sí, quiero.

-Aquí sobre la hierba -pidió Susan.

-De acuerdo, cariño.

Muy abiertos los ojos en la oscuridad, ella le miraba.

-Hazlo con ternura.

-Procuraré.

-Despacio. Así...

No eran más que sombras en la oscuridad.

-Sí -musitó Ben-. Oh, Susan.

3

Estuvieron paseando, primero sin rumbo por el parque, después en dirección de Brock Street.

-¿No lo lamentas? -preguntó Ben.

-No. Me alegro.

Ella levantó los ojos y sonrió.

-Bueno.

Sin hablar, siguieron andando de la mano.

-¿Y el libro? -preguntó Susan-. Ibas a hablarme de eso antes de esa deliciosa interrupción.

-El libro es sobre la casa de los Marsten -empezó lentamente Ben-. Tal vez la idea original no fuera ésa. Quería escribir sobre el pueblo, pero es posible que esté engañándome. ¿Sabes que estuve investigando sobre Hubie Marsten? Era un gángster. La compañía de camiones no era más que una fachada.

Susan le miró asombrada.

-¿Cómo lo descubriste?

-En parte por la policía de Boston, y por una mujer que se llama Minella Corey, la hermana de Birdie Marsten. Ahora tiene setenta y nueve, y es incapaz de recordar qué ha tomado por la mañana para desayunar, pero jamás se olvida de nada que haya sucedido antes de 1940.

-Y ella te contó...

-Todo lo que sabía. Está en un asilo de ancianos de Nueva Hampshire, y supongo que hace años que nadie se toma la molestia de escucharla. Le pregunté si Hubert Marsten había sido realmente un asesino a sueldo en Boston, que es lo que piensa la policía, y me respondió con un gesto de asentimiento. Le pregunté cuántos, y me respondió levantando los dedos a la altura de los ojos y moviéndolos de atrás hacia adelante. «¿Cuántas veces pudo usted contarlo?», me preguntó.

-Dios mío.

-La organización de Boston empezó a inquietarse por Hubert Marsten en 1927 -prosiguió Ben-. En dos ocasiones le interrogaron, una vez la policía municipal y otra la de Malden. Cuando lo detuvieron en Boston fue a causa de un ajuste de cuentas entre dos bandas rivales, y en dos horas estuvo de nuevo en la calle. Lo de Malden no fue por nada profesional. Era el asesinato de un niño de once años que apareció destripado.

-Ben -rogó Susan con voz alterada.

-Los jefes de Marsten le sacaron del aprieto... imagino que él debía saber dónde estaban enterrados unos cuantos cadáveres... pero ya no siguió en Boston. Se trasladó sin llamar la atención a Salem's Lot, en su condición de camionero jubilado que una vez por mes recibía su cheque. Y casi no salía... que se sepa, por lo menos.

-¿Qué quieres decir?

-Pasé largas horas en la biblioteca, examinando ejemplares viejos del Ledger, de 1928 a 1939. En ese período desaparecieron cuatro niños. No es que sea raro, en una zona rural. Los chicos se pierden, y a veces mueren a la intemperie. A veces quedan sepultados por alguna avalancha. Es una cosa terrible, pero sucede.

-¿Pero tú no crees que es eso lo que sucedió?

-No lo sé. Lo único que sé es que ninguno de esos cuatro niños pudo ser encontrado. No hubo ningún cazador que tropezara con un esqueleto en 1945, ni un contratista de obras que lo desenterrara al recoger una carga de grava. Hubert y Birdie vivieron durante once años en esa casa, y los niños desaparecieron; es lo único que se sabe. Pero yo sigo pensando en el chiquillo de Malden; siempre pienso en él. ¿Conoces El embrujo de la casa de la colina, de Shirley Jackson?

-Sí.

-«Y cualquier cosa que por allí apareciera, aparecía sola» -citó Ben en voz baja-. Tú me has preguntado de qué trataba mi libro. Esencialmente es sobre la capacidad de recurrencia del mal.

Susan apoyó ambas manos en el brazo de él.

-No pensarás que a Ralphie Glick...

-¿Se lo tragó el espíritu vengativo de Hubert Marsten, que resucita cada tres años cuando hay luna llena?

-Algo así.

-Si lo que quieres es que te tranquilicen, te has equivocado de persona. No te olvides de que soy el niño que abrió la puerta de ese dormitorio y vio a Hubie colgado de una viga.

-Eso no es una respuesta.

-No, claro que no. Permíteme que te cuente otra cosa antes de decirte exactamente lo que pienso. Fue algo que dijo Minella Corey. Dijo que en el mundo hay hombres malos, verdaderamente malignos. A veces sabemos algo de ellos, pero suelen actuar en el secreto más absoluto. Dijo que ella había sufrido la maldición de conocer a dos hombres así en su vida. Uno era Adolf Hitler; el otro, su cuñado Hubert Marsten. -Ben hizo una pausa-. Dijo que el día que Hubie disparó sobre su hermana, ella estaba en Cape Cod, a casi quinientos kilómetros de distancia. Ese verano estaba trabajando como ama de llaves para una familia rica, y en aquel momento estaba preparando una ensalada en un tazón de madera. Eran las

dos y cuarto de la tarde, cuando un dolor súbito e intenso, «como un relámpago>, le atravesó la cabeza, y oyó el estampido de un disparo. Minella afirma que se cayó al suelo y que cuando se recuperó (estaba sola en la casa) habían pasado veinte minutos. Miró dentro de la ensaladera y dio un grito: estaba llena de sangre.

-Dios -murmuró Susan.

-Un momento después todo había vuelto a la normalidad. La cabeza no le dolía, en la ensaladera no había más que ensalada. Pero ella dice que supo... supo... que su hermana había muerto asesinada de un balazo.

-¿Ésa es la historia que ella cuenta?

-Es una historia, sí. Pero ella no es una embustera; es una pobre vieja a quien ya no le quedan sesos para mentir. Sin embargo no es eso lo que me preocupa, o no tanto, por lo menos. Ya hay datos suficientes sobre percepción extrasensorial como para que, si uno quiere reírse de ella, lo haga por su cuenta y riesgo. La idea de que Birdie transmitiera la noticia de su propia muerte a casi quinientos kilómetros de distancia en una especie de telegrafía psíquica no me resulta, ni mucho menos, tan increíble como el rostro del mal, ese rostro monstruoso que a veces me parece ver que se dibuja en la estructura de esa casa.

»Me has preguntado qué pienso, y te lo voy a decir. Creo que es relativamente fácil que la gente acepte cosas como la telepatía o las premoniciones o el teleplasma, porque la disposición a creerlas no les cuesta nada, no les quita el sueño por las noches. Pero la idea de que el mal que hacen los hombres pueda sobrevivirles es más inquietante.

Miró hacia la casa de los Marsten y siguió hablando lentamente.

-Creo que esa casa podría ser el monumento de Hubert Marsten al mal, una especie de caja de resonancia psíquica. Un faro de lo sobrenatural, si quieres. Inmóvil allí durante todos estos años, conservando tal vez la esencia de la maldad de Hubie en sus viejas entrañas que se desmoronan.

-Y ahora ha vuelto a ser habitada.

-Y se ha producido otra desaparición. -Ben se volvió hacia Susan y le tomó la cara entre las manos-. Eso es algo con lo que jamás contaba cuando regresé aquí. Pensé que tal vez hubieran demolido la casa, pero ni en mis fantasías más disparatadas se me ocurrió que la hubieran vendido. Yo pensaba alquilarla y... bueno, no sé. Tal vez, hacer frente a mis propios terrores y maldades. Jugar al exorcismo... ¡Por favor, aléjate, Hubie! O quizá la idea fuera simplemente sumergirme en la atmósfera del lugar y poder escribir un libro tan aterrador que me hiciera ganar un millón de dólares. Pero sea como fuere, tenía la sensación de que yo controlaba la situación, y que eso haría que las cosas fueran diferentes. Yo ya no era un niño de nueve años, dispuesto a escapar gritando ante la proyección de una imagen de la linterna mágica, que tal vez brotara simplemente de mi cabeza. Pero ahora...

-¿Ahora qué, Ben?

-¡Ahora está habitada! -estalló él mientras se golpeaba una palma con el puño-. Yo no controlo la situación. Un niño ha desaparecido, y no sé qué pensar. Podría ser que no tuviera nada que ver con la casa, pero... no lo creo. -Las tres últimas palabras salieron de sus labios con cavilosa lentitud.

-¿Fantasmas? ¿Espíritus?

-No necesariamente. Tal vez apenas algún buen tipo que de pequeño admiraba la casa y se la compró y ahora está... poseído.

-¿Es que sabes algo sobre...? -empezó Susan, alarmada.

-¿El nuevo propietario? No. No son más que conjeturas. Pero si es la casa, prefiero pensar en posesión y no en otra cosa.

-¿Qué otra cosa?

-Tal vez haya atraído a otro ser maligno -respondió Ben.

4

Ann Norton los vio venir desde la ventana. Antes había llamado al bar. «No -le había dicho la señorita Coogan con una especie de júbilo-. Aquí no han estado.»

¿Dónde has estado, Susan? Oh, ¿dónde habéis estado?

La boca se le retorció en una fea mueca de angustia.

Vete, Ben Mears. Vete y déjala en paz.

5

-Haz algo importante por mí, Ben -pidió Susan al desprenderse de sus brazos.

-Todo lo que pueda.

-No hables de estas cosas con nadie en el pueblo. Con nadie.

Ben sonrió sin alegría.

-No te preocupes. No estoy ansioso por conseguir que la gente me considere un chiflado.

-¿Cierras con llave tu cuarto en la pensión de Eva?

-No.

-Pues yo empezaría a hacerlo. -Susan le miró-. Tienes que pensar que eres sospechoso.

-¿Para ti también?

-Lo serías, si no te amara.

Y se alejó, andando con pasos rápidos por la senda mientras Ben la seguía, vigilante, con la vista, aturdido por todo lo que él mismo había dicho y más aturdido aún por las últimas palabras de Susan.

6

Cuando llegó a su habitación se encontró con que no podía escribir ni dormir; estaba demasiado excitado para hacer cualquiera de las dos cosas. Entonces decidió calentar el motor del Citroen y, después de un momento de vacilación, se dirigió al bar de Dell.

El local estaba atestado de gente, ruidoso y lleno de humo. La banda, un grupo que tocaba música country, que se hacía llamar los Rangers, estaba interpretando Jamás habías ido tan lejos y compensaban con el volumen todos sus fallos de calidad. Unas cuarenta parejas, casi todas vestidas con téjanos azules, giraban sobre la pista.

Los taburetes instalados frente a la barra estaban ocupados por obreros de la construcción y del aserradero. Todos bebían jarras de cerveza, y todos usaban idénticas botas de trabajo con suelas de crepé, atadas con tiras de piel.

Dos o tres camareras con complicados peinados y el nombre bordado con hilo dorado sobre la blusa blanca (Jackie, Toni, Shirley) atendían las mesas y los reservados. Desde su

posición, Dell llenaba las jarras de cerveza y, en el otro extremo, un hombre con cara de halcón y el pelo grasiento peinado hacia atrás mezclaba los cócteles. Su rostro se mantenía inalterable mientras medía los licores con los vasos pequeños, los vertía en la coctelera de plata y agregaba los demás ingredientes.

Ben empezó a rodear la pista de baile para dirigirse a la barra cuando alguien lo llamó:

-¡Eh, Ben, oye! ¿Cómo estás, muchacho?

Al mirar vio a Weasel Craig sentado ante una mesa próxima a la barra, frente a una jarra de cerveza a medio vaciar.

-Hola, Weasel -le saludó Ben, y se sentó. Se alegraba de ver una cara conocida, y Weasel le gustaba.

-¿Has decidido hacer un poco de vida nocturna, muchacho? -le sonrió Weasel mientras le palmeaba el hombro.

Ben pensó que debía haber recibido su cheque; con su aliento podría haber hecho propaganda de todas las destilerías de Milwaukee.

-Eso es -asintió Ben.

Sacó un dólar y lo puso sobre la mesa, cubierta por los fantasmas circulares de las múltiples jarras de cerveza que por ella habían pasado. Preguntó:

-¿Cómo estás?

-Muy bien. ¿Qué te parece el nuevo grupo? ¿No son fantásticos?

-Sí. Son muy buenos. Termínate eso antes de que pierda fuerza, que yo invito.

-Toda la noche he estado esperando oír alguien que dijera eso. ¡Jackie! -bramó Weasel-. Tráele una cerveza a mi amigo. ¡Budweiser!

Jackie llevó la botella en una bandeja llena de monedas empapadas de cerveza y la dejó sobre la mesa, alargando el brazo, musculoso como el de un boxeador. Miró el dólar como si fuera una cucaracha de especie desconocida.

-Faltan cuarenta centavos -anunció.

Bill puso otra moneda sobre la mesa y ella las recogió, pescó sesenta centavos de los charcos de su bandeja, los arrojó sobre la mesa y dijo: .

-Weasel Craig, cuando chillas así pareces un ganso al que le retuercen el pescuezo.

-Eres un tesoro, bonita -le agradeció Weasel-. Te presento a Ben Mears, que escribe libros.

-Encantada -murmuró Jackie y se alejó en la penumbra.

Ben se sirvió un vaso de cerveza y Weasel hizo lo mismo, llenándolo hasta arriba con habilidad profesional. La espuma estuvo a punto de desbordarse.

-Adelante, muchacho.

Ben levantó su vaso y bebió.

-¿Y cómo va ese libro?

-Bastante bien, Weasel.

-Te vi por ahí con la hija de los Norton. Es muy guapa, vaya, No podías haber elegido mejor.

-Sí, es...

-¡Matt! -vociferó Weasel, sobresaltando a Ben.

Por Dios pensó, realmente parece un ganso despidiéndose de este mundo.

-¡Matt Burke! -Weasel saludó convulsivamente con la mano, y un hombre de pelo blanco le devolvió el saludo y avanzó hacia ellos por entre la multitud-. A este tipo tienes que conocerle -dijo Weasel a Ben-. Matt Burke es un avispado hijo de mala madre.

El hombre que venía hacia ellos aparentaba unos sesenta años. Era alto, llevaba una pulcra camisa de franela y el pelo, tan blanco como el de Weasel, muy corto.

-Hola, Weasel.

-¿Cómo estás, viejo? -preguntó Weasel-. Te presento a un amigo que se aloja en casa de Eva. Ben Mears, escritor de libros, figúrate. Un gran tipo. -Miró a Ben-. Matt y yo nos criamos juntos, pero él tiene educación y yo me quedé en la primaria,

Ben se levantó para estrechar la mano de Matt Burke.

-¿Cómo está?

-Muy bien, gracias. He leído uno de sus libros, señor Mears.

Danza área,

-Llámeme Ben, por favor. Espero que le haya gustado.

-Al parecer me gustó más que a los críticos -declaró Matt mientras se sentaba-, y creo que será más apreciado conforme pase el tiempo. ¿Cómo te va a ti, Weasel?

-Bien -afirmó Weasel-. Tan bien como siempre. Jackie! -chilló-. ¡Tráele una cerveza a Matt!

-¡Espera un minuto, viejo gritón! -le gritó a su vez Jackie, provocando risas en las mesas vecinas

-Un encanto de chica -comentó Weasel-. Hija de Maureen Talbot.

-Sí -aprobó Matt-. Yo tuve a Jackie en el instituto en el setenta y uno. La madre era de la promoción del cincuenta y uno.

-Matt enseña inglés en el instituto -explicó Weasel-. Me parece que vais a tener de qué hablar.

-Yo recuerdo a una chica. Manteen Talbot -dijo Ben-. Venía a buscar la ropa de tú tía para lavarla, y se la devolvía muy bien doblada en una cesta de mimbre que sólo tenía un asa.

-¿Eres del pueblo, Ben? -preguntó Matt.

-De pequeño pasé un tiempo aquí, con mi tía Cynthia.

-¿Cindy Stowens?

-Sí.

Jackie se acercó con una botella y Matt se sirvió cerveza.

-Pues realmente es un mundo pequeño. Tu tía estaba en una de las clases adelantadas que tuve el primer año que pasé en Salem's Lot. ¿Cómo está?

-Murió en 1972.

-Oh, lo siento.

-Tuvo un final muy fácil -le aseguró Ben, y volvió a llenar su vaso.

El grupo había terminado de tocar y los músicos se dirigían a la barra. El nivel de las voces descendió un poco.

-¿Has vuelto a Jerusalem's Lot para escribir un libro sobre nosotros? -preguntó Matt.

Un timbre de alarma sonó en el cerebro de Ben.

-En cierto modo, sí -admitió.

-Este pueblo sería mucho peor para un biógrafo. Danza aérea era un hermoso libro. Creo que este pueblo podría dar para otro hermoso libro. En un tiempo pensé que yo podría escribirlo.

-¿Por qué no lo has hecho?

Matt sonrió.

-Me faltaba un ingrediente vital. El talento.

-No lo creas -advirtió Weasel mientras volvía a llenar su vaso con lo que quedaba en la botella-. El viejo Matt tiene muchísimo talento. Enseñar es un trabajo estupendo. Nadie aprecia a los maestros, pero ton... -se meció un poco en su silla, buscando la palabra. Ya estaba muy borracho- la sal de la tierra -terminó, bebió un trago de cerveza, hizo una mueca y se levantó-. Excusadme mientras voy a mear.

Se alejó, chocando con los parroquianos y saludándolos por su nombre. Todos le dejaban pasar con impaciencia o buen humor, y verlo dirigirse hacia el aseo para hombres

era como mirar una pelota de ping-pong que salta y rebota hasta desaparecer bajo la mesa de juego.

-Eso es lo que queda de un tipo estupendo -reflexionó Matt, y levantó un dedo.

Inmediatamente se acercó una camarera, que se dirigió a él llamándolo señor Burke. Parecía un poco escandalizada de que su viejo profesor de literatura clásica inglesa pudiera estar ahí emborrachándose con los amigos de Weasel Craig. Cuando se alejó para traerles otra botella, Ben pensó que Matt parecía un poco azorado.

-Me gusta Weasel-comentó Ben, y me da la sensación de que en sus buenos tiempos debió de tener muchas cosas dentro. ¿Qué le sucedió?

-Oh, no hay tema para un cuento en eso -respondió Matt-. La botella le ganó. Año tras año le ganaba un poco más, y ahora se ha adueñado completamente de él. En la Segunda Guerra Mundial consiguió una Estrella de Plata, en Anzio. Un cínico podría pensar tal vez que su vida habría tenido más sentido si se hubiera muerto entonces.

-Yo no soy cínico, -declaró Ben-, y este hombre me gusta. Pero creo que lo mejor será que esta noche le lleve a casa en el coche.

-Estaría muy bien que lo hicieras. Pues yo vengo aquí de vez en cuando a escuchar música. Me gusta la música fuerte, y más ahora que ha empezado a fallarme el oído. He sabido que estás interesado en la casa de los Marsten. ¿Tu libro se refiere a ella?

-¿Quién te lo ha dicho? -preguntó Ben, con un sobresalto.

Matt sonrió.

-¿Cómo es eso que se dice en esa vieja canción de Marvin Gaye? Me lo contó un pajarito. Sabrosa expresión, gráfica, aunque si uno lo piensa la imagen es un poco oscura. Uno se imagina un hombre con el oído alerta a lo que dice un gorrión o una golondrina... Pero estoy divagando. Divago mucho últimamente, y ya ni siquiera trato de disimularlo. Pues lo he sabido por lo que la gente de la prensa llamaría fuente autorizada... es decir, de Loretta Starcher, la bibliotecaria de nuestra ciudadela literaria local. Tú has estado allí varias veces para leer los artículos referentes al viejo escándalo en el Ledger, de Cumberland, y ella te buscó también dos libros que son recopilaciones de artículos sobre crímenes, y en ellos se hacía referencia a él. De paso, el artículo de Lubert es bueno... en 1946, vino personalmente a Solar a investigar; pero el de Snow es puro invento.

-Ya lo sé -asintió Ben.

La camarera depositó otra botella de cerveza sobre la mesa. Matt le pagó y comentó:

-Fue espantoso lo que sucedió allá arriba. Y aún sigue pesando en la conciencia del pueblo. Claro que las historias de crueldad y asesinato siempre se transmiten con deleite morboso de generación en generación; en cambio, los estudiantes gruñen y se quejan cuando se les sitúa frente a un George Washington o un Jonas Salk. Pero creo que hay algo más que eso. Tal vez se deba a un capricho geográfico.

-Sí -dijo Ben, interesado a su pesar. El profesor acababa de expresar una idea que desde el día que había regresado al pueblo, desde antes tal vez, acechaba su conciencia-. Está sobre esa colina que domina la aldea como... oh, como una especie de ídolo sombrío.

Dejó escapar una risita para que el comentario sonara trivial, pues de pronto le pareció que había dicho algo que sentía con tal profundidad que era como abrirle a un extraño una ventana sobre su alma. La atención con que le escudriñó Matt Burke no le ayudó precisamente a sentirse mejor.

-Eso es talento -declaró Burke.

-¿Cómo dices?

-Que lo has expresado exactamente. La casa de los Marsten nos vigila a todos desde hace casi cincuenta años, sabe todos nuestros pecadillos, pecados y mentiras. Como un ídolo.

-Tal vez sea lo bueno, al mismo tiempo.

-No es mucho el bien que puede haber en un pueblo pequeño y sedentario. Como mucho, indiferencia condimentada con algún mal cometido sin querer o, lo que es más grave, con algún mal hecho conscientemente. Creo que Thomas Wolfe escribió varios kilos de papel para explicarlo.

-No me habías parecido un cínico.

-Eres tú quien lo dice, no yo. -Sonrió y bebió un sorbo de cerveza.

El grupo de músicos se apartaba de la barra en ese momento. Resplandecían con sus camisas rojas brillantes, sus chalecos y pañuelos. El solista tomó la guitarra y empezó a afinarla.

-Sea como fuere, no has respondido a mi pregunta. ¿Tu nuevo libro se refiere a la casa de los Marsten?

-En cierto modo, supongo que sí.

-Te estoy sonsacando. Perdona.

-No tiene importancia -le aseguró Ben, pensando en Susan, y sintiéndose incómodo-. No me explico qué le pasa a Weasel. Hace mucho rato que se fue.

-¿Puedo pedirte un favor muy grande? Si me lo niegas, lo entenderé perfectamente.

-Por supuesto, adelante -le animó Ben.

-Tengo una clase de literatura creativa. Son chicos inteligentes, la mayoría de los grados superiores, y me gustaría presentarles a alguien que se gana la vida con las palabras. Alguien que... ¿cómo diríamos., que ha tomado el verbo y lo ha hecho carne?

-Pues a mí también me encantaría -respondió Ben, halagado-. ¿Cuánto duran tus clases?

-Cincuenta minutos.

-Bueno, creo que en ese tiempo no llegaré a aburrirles demasiado.

-Oh, para mí es fantástico que sólo sean cincuenta minutos, pero estoy seguro de que tú no les aburrirías en absoluto. ¿La semana próxima?

-Cómo no. ¿Qué día y a qué hora?

-¿El martes en la cuarta hora? Es de once a doce menos diez. No te recibirán con aplausos, pero sospecho que oirás ruidos en muchos estómagos.

-Me llevaré algodón para los oídos.

Matt rió.

-Me alegro mucho. Te esperaré en el despacho, si te parece.

-Espléndido. ¿Crees...?

-¿Señor Burke? -Era Jackie, la de los bíceps robustos-. Weasel se ha desmayado en el aseo de hombres. ¿Cree usted...?

-¿Cómo? Por Dios, si, Vamos, Ben.

-Claro.

Los dos se levantaron y cruzaron el salón. El grupo había empezado a tocar de nuevo, algo sobre cómo los chicos de Muskogee todavía respetaban al rector de la universidad.

El baño olía a orina rancia y a cloro. Weasel estaba recostado contra la pared entre dos sanitarios, y un tipo con uniforme del ejército hacía pis a unos cinco centímetros de su oído derecho.

Weasel tenía la boca abierta, y a Ben le impresionó lo viejo que parecía, viejo y devorado por fuerzas impersonales que nada sabían de ternura. No por primera vez, pero sí en forma angustiosamente inesperada, le sacudió la realidad de su propia disolución, que avanzaba día a día. La compasión que le subió a la garganta como las transparentes y oscuras aguas de un pozo era tanto piedad de Weasel como de sí mismo.

-Oye -dijo Matt-, ¿puedes sostenerle con un brazo cuando este caballero termine?

-Sí -asintió Ben, y miró al hombre uniformado que se sacudía sin prisa alguna-. ¡Venga muchacho!

-¿Por qué? A él nadie le persigue.

Sin embargo, se subió la cremallera y se apartó para dejarles pasar.

Ben pasó un brazo por detrás de la espalda de Weasel, le tomó por la axila y lo levantó. Durante un momento, mientras sus nalgas hacían presión contra la pared de azulejos, sintió las vibraciones de los instrumentos musicales. Weasel se elevó con la floja pesadez de una saca de correos, en la inconsciencia más total. Matt situó la cabeza bajo el otro brazo de Weasel, le rodeó la cintura con el brazo, y entre los dos le sacaron del aseo.

-Ahí va Weasel -comentó alguien, y se oyeron risas.

-Dell tendría que limitarle la bebida -comentó Matt, sin aliento-. Ya sabe en qué termina siempre esto.

Atravesaron el salón hasta llegar a los escalones de madera que conducían al aparcamiento.

-Cuidado -gruñó Ben-. No le dejes caer.

Mientras bajaban por las escaleras, los pies inertes de Weasel chocaban con los peldaños.

-El Citroen... el que está en la última hilera.

Entre los dos lo llevaron hasta allí. La frescura del aire se había vuelto cortante; por la mañana, las hojas de los árboles estarían teñidas de sangre. Weasel había empezado a emitir un profundo ronquido, y la cabeza se le sacudía débilmente.

-¿Puedes acostarlo cuando lleguéis a casa de Eva? -preguntó Matt.

-Sí, creo que sí.

-Perfecto. Mira, apenas si se ve el tejado de la casa de los Marsten por encima de los árboles.

Ben miró. Matt tenía razón; apenas si asomaba por encima del oscuro horizonte de pinos, y borraba las estrellas situadas al borde del mundo visible.

Ben abrió la portezuela del lado del pasajero. -A ver, déjamelo.

Cargó con todo el peso de Weasel, lo sentó en el asiento del pasajero y cerró la portezuela. La cabeza de Weasel golpeó contra la ventanilla.

-¿El martes a las once?

-No faltaré.

-Gracias. Y gracias por ayudar a Weasel -Matt le tendió la mano y Ben se la estrechó.

Subió al Citroen, lo puso en marcha y volvió hacia el pueblo. Una vez la luz de neón del bar hubo desaparecido detrás de los árboles, la carretera quedó negra y desierta. Ahora, pensó Ben, estos caminos también tienen sus fantasmas.

A su lado, Weasel roncó y gruñó. Ben se sobresaltó y por un momento el Citroen perdió la dirección.

Pero ¿por qué se me ocurrió eso? se preguntó.

No hubo respuesta.

7

Ben abrió la ventanilla para que Weasel recibiera el aire frío mientras regresaba a casa. Cuando llegó a la entrada de la pensión de Eva Miller, Weasel había alcanzado una semiconciencia.

A tropezones, Ben le hizo subir los escalones del porche del fondo hasta llegar a la cocina, débilmente iluminada por un fluorescente. Weasel gimió y después masculló roncamente:

-Un encanto de chica, Jack, y las mujeres casadas saben... saben...

Una sombra apareció entre las sombras del porche; era Eva, imponente con una vieja bata acolchada, con el pelo envuelto en rulos y sujeto por un delgado pañuelo de red. La crema de noche daba a su rostro un tono pálido y espectral.

-Ed -murmuró-. Oh, Ed... sigues igual, ¿verdad?

El sonido de su voz hizo que los ojos de Weasel se entreabrieran, y una sonrisa vagó por sus facciones.

-Sigo y sigo y sigo -graznó-. ¿No eres tú quien mejor puede saberlo?

-¿Puede subirlo hasta su habitación? -preguntó Eva a Ben.

-Sí, no se preocupe.

Aferró con más fuerza a Weasel y lo hizo subir las escaleras y llegar hasta su cuarto. La puerta no estaba cerrada con llave, y Ben le introdujo en el interior. En el momento en que le depositó sobre la cama, Weasel se sumió en un profundo sueño.

Ben se detuvo un momento a mirar alrededor. El cuarto estaba limpio y todo dispuesto con pulcritud. Mientras empezaba a quitarle los zapatos al durmiente, la voz de Eva Miller sonó a sus espaldas.

-No se preocupe por eso, señor Mears. Déjelo, si quiere.

-Pero habría que...

-Yo lo desvestiré. -Su rostro, grave, reflejaba una tristeza digna y mesurada-. Lo desvestiré y le daré una friega con alcohol para que mañana no tenga tanta resaca. Ya lo he hecho antes. Muchas veces.

-Está bien -asintió Ben, y subió a su cuarto.

Se desvistió lentamente, pensando en darse una ducha, pero cambió de idea. Se metió en la cama y se quedó mirando el techo. Durante largo rato permaneció despierto.

SEIS

SOLAR (II)

1

El otoño y la primavera llegaban a Jerusalem's Lot de manera tan súbita como el sol se levanta o se pone en los trópicos. La línea de demarcación podía no ser más que un día. Pero la primavera no es la mejor estación en Nueva Inglaterra: demasiado breve, incierta y susceptible de desbordarse repentinamente. Aun así, hay días de abril que permanecen en el recuerdo mucho después que uno ha olvidado las caricias de la esposa, o el contacto de la boca del bebé en el pezón. Pero a mediados de mayo, el sol se eleva entre la bruma matinal con potencia, y al salir a los escalones del porche a las siete de la mañana, con la fiambrera en la mano, uno sabe que para las ocho ya habrá desaparecido el rocío de la hierba, y que el polvo de los caminos secundarios quedará inmóvil, suspendido en el aire,

durante cinco minutos después que haya pasado un coche; y que a la una de la tarde habrá treinta y cinco grados en el tercer piso del aserradero, y el sudor le correrá a uno por los brazos como si fuera aceite y la camisa se le pegará cada vez más a la espalda, como si estuviéramos en pleno julio.

El otoño, cuando llega desalojando al pérfido verano, lo hace algún día de mediados de septiembre, se queda un tiempo, como un viejo amigo a quien uno ha echado de menos. Se instala, como un viejo amigo se instalaría en nuestra silla favorita, para sacar la pipa y encenderla y después colmar la tarde de relatos de los lugares donde ha estado y de las cosas que ha hecho desde la última vez que nos vimos.

Se queda durante todo octubre, y algunos años parte de noviembre. Día tras día, el cielo es de un azul duro y transparente, y las nubes que lo atraviesan, siempre de oeste a este, son calmos navíos blancos con las quillas grises. El viento empieza a soplar durante el día y no se aquieta. Lo obliga a uno a apresurarse cuando anda por las calles, haciendo crujir las hojas caídas que forman una alfombra abirragada. El viento hace que a uno le duela algo más hondo que los huesos. Tal vez sea que toca algo muy antiguo del alma humana, una cuerda de la memoria de la especie, que tañe: «Emigrar o morir... Emigrar o morir.» Aunque uno esté en su casa, el viento azota la madera y el cristal, golpea con descarnada angustia los aleros y, tarde o temprano, uno tiene que dejar lo que estaba haciendo para ir fuera a mirar. Y uno puede quedarse en la escalinata o en la puerta, mediada la tarde, a mirar cómo las sombras de las nubes corren a través del campo de Griffen y suben por Schoolyard Hill, oscuras y claras, como si los dioses estuvieran abriendo y cerrando los postigos. Y se puede ver cómo las representantes más tenaces y bellas de toda la flora de Nueva Inglaterra se inclinan al impulso del viento como una enorme congregación de fíeles silenciosos. Y si no hay coches ni aviones, ni ningún tipo que ande por los bosques que hay al oeste del pueblo, disparando a los faisanes y las codornices, si lo único que se oye es el lento latido del propio corazón, entonces uno escucha también otra cosa: el sonido de la vida que se devana hasta llegar al término de su ciclo, en espera de que las primeras nieves celebren los últimos ritos.

2

Ese año, el primer día del otoño (del otoño real, no el del calendario) fue el 28 de septiembre, el día que enterraron a Danny Glick en el cementerio de Harmony Hill.

Las ceremonias en la iglesia fueron privadas, pero las que habían de celebrar junto a la tumba eran para todo el pueblo, y buena parte del pueblo se hizo presente: los compañeros del colegio, los curiosos, y la gente de edad que va cada vez más compulsivamente a los funerales a medida que la vejez va envolviéndolos en la mortaja.

Acudieron por Burns Road en una larga hilera que serpenteaba hasta desaparecer detrás de la siguiente colina. Pese a la luminosidad del día, todos los coches tenían las luces encendidas. Primero iba el coche fúnebre de Carl Foreman, con las ventanillas traseras llenas de flores, seguido por el Mercury 1965 de Tony Glick, cuyo deteriorado tubo de escape prorrumpía en gemidos y explosiones. Tras ellos, en los cuatro coches siguientes, iban los parientes de ambos lados de la familia; hasta había quien venía de tan lejos como Tulsa, Oklahoma. Entre los demás que integraban el largo desfile con las luces encendidas estaban Mark Petrie (el muchacho a quien Ralphie y Danny iban a visitar la noche que desapareció Ralphie), con su madre y su padre; Richie Boddin y su familia; Mabel Werts en un coche en el que también se acomodaban William Norton y su esposa,

que, sentada en el asiento de atrás con el bastón entre sus piernas hinchadas, hablaba con inagotable constancia de otros funerales a los que había asistido desde 1930; Lester Durham y su mujer, Harriet; Paul Mayberry y su esposa Glynis; Pat Middler, Joe Crane, Vinnie Upshaw y Clyde Corliss en un coche conducido por Milt Crossen (Milt había abierto la pequeña nevera donde guardaba las cervezas antes de que salieran y todos habían compartido solemnemente una botella frente a la cocina); Eva Miller en un coche en el que también viajaban sus amigas Loretta Starcher y Rhoda Curless, solteronas ambas; Parkins Gillespie y su agente, Nolly Gardener, iban en el coche policial de Salem's Lot (el Ford de Parkins con una insignia pegada en el tablero); Lawrence Crockett y su cetrina mujer; Charles Rhodes, el mordaz conductor de autobuses, que por principio acudía a todos los funerales; la familia de Charles Griffen, con su mujer y dos de sus hijos, Hal y Jack, los únicos de su progenie que seguían viviendo en la casa.

Esa mañana temprano, Mike Ryerson y Royal Snow habían cavado la tumba, disponiendo el césped artificial sobre la tierra extraída. Mike había encendido la Llama del Recuerdo, tal como habían pedido los Glick. Mike recordaba que esa mañana había pensado que Royal no parecía el mismo. Generalmente, Royal era todo bromas y tonadas referentes al trabajo que hacían («Te envuelven en una gran sábana blanca y te entierran para oír crecer las plantas», solía cantar con desafinada voz de tenor), pero esa mañana se había mostrado excepcionalmente callado, sombrío casi. Resaca, tal vez, pensó Mike. Snow y su corpulento amigo, Peters, habían estado bebiendo en el bar de Dell la noche anterior.

Hacía apenas cinco minutos que, al ver el coche fúnebre que se acercaba por la colina, todavía a un kilómetro y medio de distancia, Mike había abierto los portones de hierro, no sin echar una mirada a las alcayatas, como lo hacía siempre desde el día que encontrara a Doc colgado de ellas. Una vez abiertos los portones, volvió hacia la tumba recién abierta, donde esperaba el padre Donald Callahan, el sacerdote de la parroquia de Jerusalem's Lot. Llevaba una estola sobre los hombros, y en la mano sostenía un libro abierto por la página del servicio funerario para niños. Estaban en lo que se llamaba la tercera estación, recordó Mike. La primera era la casa del difunto; la segunda, la pequeña iglesia católica de St Andrew. La última, Harmony Hill. Todo el mundo fuera.

Un escalofrío le estremeció, y Mike bajó la vista hacia el reluciente césped artificial, preguntándose por qué eso tenía que ser parte de todos los funerales. Parecía exactamente lo que era: una barata imitación de la vida, que enmascaraba discretamente los pesados terrones oscuros de la tierra final.

Callahan era un hombre alto, de penetrantes ojos azules y cutis rubicundo, con el pelo gris acerado. A Ryerson, que no había vuelto a ir a la iglesia desde los dieciséis años, le parecía el mejor de los médicos brujos de la zona. John Groggins, el ministro metodista, era un vejestorio hipócrita, y Patterson, de la Iglesia de los Santos y Seguidores de la Cruz del Último Día, estaba como un cencerro. En el funeral celebrado por uno de los diáconos de la iglesia, hacía dos o tres años, Patterson había llegado al extremo de revolcarse por el suelo. En cambio, Callahan parecía bastante buena persona, para ser católico; sus funerales eran serenos y consoladores, e invariablemente cortos. Ryerson dudaba que las venitas rojas que le cubrían la nariz y las mejillas fueran resultado de la oración, pero si Callahan bebía algún que otro trago, eso no era motivo para condenarle. Tal como estaba el mundo, lo asombroso era que todos esos sacerdotes no terminaran en un manicomio.

-Gracias, Mike -dijo el padre Callahan, y miró hacia el cielo luminoso-. Éste va a ser difícil.

-Me imagino. ¿Cuánto durará?

-No más de diez minutos. No quiero prolongar la agonía de los padres. Ya tienen bastante con lo que les espera.

-Ya lo creo -asintió Mike.

Se encaminó hacia el fondo del cementerio, pensando en saltar el muro de piedra, internarse en el bosque y comerse su bocadillo. Sabía, por larga experiencia, que lo último que los sufrientes deudos y amigos quieren ver durante la tercera estación es al sepulturero, con su mono sucio de tierra: era como dejar caer una mancha en la luminosa imagen de inmortalidad y celestiales puertas que se abren que les presentaba el sacerdote.

Cerca del fondo se detuvo y se inclinó a examinar una lápida caída. Al enderezarla, volvió a sentir un escalofrío mientras sacudía la tierra de la inscripción:

HUBERT BARCLAY MARSTEN
6 de octubre de 1889 12 de agosto de 1939
El Ángel de la Muerte
que sostiene la broncínea lámpara
que hay más allá de la puerta de oro
te sumergió en oscuras Aguas
Y debajo, casi borrado por treinta y seis estaciones de heladas y deshielos:
Quiera Dios que descanse en paz.

Todavía vagamente inquieto, y aún sin saber por qué, Mike Ryerson se dirigió al bosque y se sentó junto al arroyo a comer.

3

En su primera época en el seminario, un amigo del padre Callahan le había dado una blasfema estampa que en ese momento le había provocado risas horrorizadas, pero que a medida que pasaban los años le parecía más verdad y menos blasfema: «Que Dios me dé la serenidad de aceptar lo que no puedo cambiar, la tenacidad de cambiar lo que puedo, y la buena suerte de no confundirlos demasiado a menudo.» Todo en letra gótica, con un sol naciente en el fondo.

Ahora, de píe ante los deudos de Danny Glick, el antiguo credo volvía a aflorar.

El féretro, llevado por dos tíos y dos primos del muchacho fallecido, había quedado en el suelo. Marjorie Glick, vestida con un abrigo y sombrero negros con velo, el rostro pálido como un requesón tras la malla de la red, se tambaleaba sostenida por el brazo protector de su madre, aferrada a su bolso negro como si fuera un salvavidas. Tony Glick estaba a cierta distancia de ella, con expresión aturdida y ausente. Varias veces durante el servicio religioso había mirado alrededor, como para asegurarse de que estaba entre esas personas. Su rostro era el de un hombre convencido de que todo es un sueño.

La Iglesia no puede detener ese sueño, pensaba Callahan. Ni toda la serenidad, tenacidad o buena suerte del mundo. La confusión ya había empezado.

Roció con agua bendita el ataúd y la tumba, santificándolos para toda la eternidad.

-Oremos -empezó, y las palabras surgieron melodiosamente de su garganta, como siempre, en el resplandor y la sombra, en la embriaguez o la sobriedad. Los deudos inclinaron la cabeza.

»Señor Dios, por tu misericordia los que han vivido en la fe encuentran la paz eterna. Bendice esta tumba y envía a tu ángel a vigilarla. Recibe en tu presencia el cuerpo de Danny Glick que estamos sepultando y deja que con tus santos se regocije en ti para siempre. Te lo pedimos por Cristo Nuestro Señor. Amén. - Amén murmuró la congregación.

Tony Glick miraba alrededor con ojos muy abiertos, alucinados. Su mujer se llevó a la boca un pañuelo de papel.

- Con fe en Jesucristo, traemos reverentemente el cuerpo de este niño para enterrarlo en su humana imperfección. Oremos confiados en Dios, que da vida a todas las cosas, para que Él eleve este cuerpo mortal a la perfección y la compañía de sus santos.

Volvió las páginas del misal. Una mujer de la tercera fila de la herradura en torno de la tumba empezó a sollozar roncamente. En algún rincón del bosque gorjeaba un pájaro.

- Oremos a Nuestro Señor Jesucristo por nuestro hermano Daniel Glick - prosiguió el padre Callahan - .Él nos dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.» Señor, Tú que lloraste a la muerte de Lázaro, tu amigo, consuélanos en nuestro dolor. En nuestra fe te lo pedimos.

- Señor, escucha nuestra súplica - respondieron los católicos.

- Tú que volviste al muerto a la vida, da a nuestro hermano Daniel la vida eterna. En nuestra fe te lo pedimos.

- Señor, escucha nuestra súplica - respondieron las voces. En los ojos de Tony Glick empezaba a expresarse algo; una revelación, tal vez.

- Nuestro hermano Daniel fue lavado por las aguas del bautismo; dale la compañía de todos tus santos. En nuestra fe te lo pedimos.

- Señor, escucha nuestra súplica.

Marjorie Glick había empezado a mecerse atrás y adelante, gimiendo.

- Consuélanos en nuestro dolor por la muerte de nuestro hermano; que nuestra fe sea nuestro consuelo y la vida eterna nuestra esperanza. En nuestra fe te lo pedimos.

- Señor, escucha nuestra súplica. El padre Callahan cerró el misal.

-Oremos como nos enseñó Nuestro Señor -dijo en voz baja-. Padre nuestro que estás en los cielos...

-¿No! -vociferó Tony Glick, y se precipitó hacia adelante-. ¡No vais a echarle tierra a mi hijo!

Las manos que intentaron detenerlo llegaron tarde. Durante un momento, Tony se tambaleó al borde del sepulcro; después el césped artificial se deslizó y cedió, y el hombre cayó en la fosa y chocó contra el féretro de su hijo, con un golpe sordo.

-Danny, ¡sal de ahí! -se desgañitó el padre.

-Oh, Dios -susurró Mabel Werts.

Mientras se apretaba contra los labios un pañuelo de seda negra, sus ojos, brillantes y ávidos, recogieron la escena como una ardilla recoge nueces para el invierno.

-¡Maldita sea, Danny, acaba con esta tontería!

El padre Callahan hizo un gesto a dos de los que habían llevado a pulso el ataúd; los hombres se adelantaron, pero hicieron falta tres más, entre ellos Parkins Gillespie y Nolly Gardener, para poder sacar de la fosa a Tony Glick, que pateaba, aullaba y vociferaba.

-¡Danny, termina de una vez, que estás asustando a mamá! ¡Te voy a dar de azotes por lo que haces! ¡Soltadme! ¡Soltadme... quiero ver a mi hijo! ¡Soltadme, malditos... oh, Dios!

-Padre nuestro que estás en los cielos -volvió a empezar Callahan, y otras voces se le unieron, elevando las palabras hacia el escudo indiferente del cielo.

-... santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad...

-Danny, ven aquí, ¿me oyes? ¿Me oyes?

-„. así en la tierra corno en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, y perdónanos...

-Daaannyy...

-... nuestras deudas, así como nosotros perdonarnos a nuestros deudores...

-No está muerto, no está muerto, ¡sobradme, hijos de puta!

-... y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos del mal. Amén.

-No está muerto -sollozaba Tony Glick-. No puede ser.

Si no tiene más de doce años. -Y empezó a llorar copiosamente, echándose hacia adelante a pesar de los hombres que lo sostenían, con la cara demudada y sucia de lágrimas. Cayó de rodillas a los pies de Callahan y le aferró los pantalones con las manos llenas de tierra-. Por favor, devuélvame a mi hijo. Por favor, no siga burlándose de mí.

Callahan le apoyó ambas manos en la cabeza.

-Oremos -repitió, mientras sentía vibrar contra las piernas los sollozos desgarradores de Glick.

-Señor, consuela en su dolor a este hombre y a su esposa. Tú lavaste a este niño en las aguas del bautismo y le diste nueva vida. Que podamos un día unirnos con él para gozar para siempre de los goces del cielo. Te lo pedimos en el nombre de Jesús, amén.

Al levantar la cabeza, vio que Marjorie Glick se había desmayado.

4

Cuando todos se fueron, Mike Ryerson volvió y se sentó al borde de la tumba a comerse su último bocadillo mientras esperaba a que regresara Royal Snow.

El funeral había sido a las cuatro, y ahora eran casi las cinco. Las sombras se habían alargado y el sol se inclinaba tras los altos robles. Ese estúpido de Royal había prometido estar de vuelta a las cinco menos cuarto a más tardar; ¿dónde demonios estaría?

El bocadillo era de salami y queso, su favorito. Todos los bocadillos que se preparaban eran sus favoritos; ésa era una de las ventajas de estar soltero. Lo terminó y se sacudió las manos; algunas migas de pan cayeron sobre el ataúd.

Alguien estaba observándolo.

Lo sintió súbitamente, con total certeza. Recorrió el cementerio con ojos muy abiertos.

-Royal, ¿estás ahí, Royal?

Nadie respondió. El viento .suspiraba entre los árboles, haciéndoles emitir susurros misteriosos. A la sombra oscilante de los olmos que se alzaban del otro lado del muro, podía ver la lápida de Hubert Marsten, y de pronto se acordó del perro de Win, ensartado en los barrotes del portón de hierro.

Ojos. Fijos e impasibles. Que observaban.

Oscuridad, no me alcances aquí.

Se puso en pie de un brinco, como si alguien hubiera hablado en voz alta.

-Maldito seas, Royal -masculló.

Ya no pensaba que Royal pudiera andar por allí, ni siquiera que volvería. Tendría que hacer el trabajo solo, y le llevaría muchísimo tiempo. Hasta que anocheciera, tal vez.

Se puso a trabajar, sin tratar de comprender el terror que se había adueñado de él, sin preguntarse por qué ese trabajo que jamás le había intranquilizado le parecía ahora tan inquietante.

Con gestos rápidos y precisos sacó las franjas de césped artificial del montón de tierra y las dobló cuidadosamente. Se las colgó del brazo y las llevó a su camión, aparcado del otro lado del portón; una vez fuera del cementerio, la horrenda sensación de ser vigilado se desvaneció.

Puso el césped en la parte de atrás del camión y buscó una pala. Echó a andar, pero vaciló. Cuando miró hacia la tumba abierta, tuvo la sensación de que se burlaba de él.

Se dio cuenta de que la sensación de estar vigilado había desaparecido tan pronto como dejó de ver el féretro que descansaba en el fondo de la fosa. De pronto tuvo la

imagen de Danny Glick tendido sobre la almohadita de satén, con los ojos abiertos. No... qué estupidez. Si les cerraban los ojos. Muchas veces se lo había visto hacer a Cari Foreman. «Claro que se los pegamos -le había dicho una vez Cari-. No querrás que el cadáver haga guiños a la gente, ¿no?»

Arrojó una palada de tierra a la fosa, donde cayó con un ruido sordo sobre el cajón de caoba lustrada; Mike dio un respingo. Se enderezó y miró alrededor las ofrendas de flores. Qué desperdicio. Mañana los pétalos estarían todos marchitos. Mike no entendía por qué la gente hacía eso. Si estaban dispuestos a gastar dinero, ¿por qué no enviárselo a la Liga Contra el Cáncer o a la Sociedad de Beneficencia? Así por lo menos serviría de algo.

Echó otra palada a la fosa y volvió a descansar.

Ese ataúd, otro desperdicio. Un hermoso féretro de caoba, de mil dólares por lo menos, y ahí estaba él cubriéndolo de tierra. Los Glick no tenían más dinero que cualquier otro del pueblo, y ¿quién saca un seguro de vida para un chico? Probablemente se habrían endeudado hasta el cuello, y todo por un cajón que iba a la tierra.

Se inclinó a recoger otra palada y volvió a arrojarla de mala gana. Otra vez ese golpe horrible, definitivo. La tapa del ataúd ya estaba semicubierta de tierra, pero seguía distinguiendo el brillo de la caoba, casi como un reproche.

Deja de mirarme, pensó.

Recogió una palada más, no muy grande, y la echó en la fosa.

Las sombras eran ya muy largas. Se detuvo y levantó la vista. Allá estaba la casa de los Marsten, con los postigos cerrados, impasible. El lado este de la casa, el que primero daba los buenos días al sol, miraba directamente hacia el portón de hierro del cementerio, donde Doc...

Se obligó a coger otra palada de tierra y arrojarla en el hoyo.

Bump.

Un poco de tierra se deslizó por los lados, amontonándose en las bisagras de bronce. Ahora, si alguien lo abriera, haría un ruido áspero y chirriante como cuando se abre la puerta de una tumba.

Deja de mirarme, mierda.

Volvió a inclinarse, pero la sola idea de tener que levantar la pala lo agotó, y descansó durante un minuto. Una vez había leído -en el National Enquirer, tal vez- algo sobre un hacendado de Texas que había especificado en su testamento que quería que lo enterraran en un Cadillac. Y lo hicieron, desde luego. Cavaron la fosa con una excavadora y levantaron el coche con una grúa. Por todo el país hay gente que anda por ahí en coches viejos pegados con saliva y atados con alambre de embalar, y uno de esos cerdos ricos se hace enterrar sentado al volante de un coche de diez mil dólares con todos los accesorios...

De pronto se estremeció y dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza. Había estado a punto de... bueno, de caer en un trance, o algo parecido. La sensación de estar vigilado era ahora más intensa.

Miró el cielo y se alarmó al ver cómo había huido la luz. Solamente el piso alto de la casa de los Marsten brillaba ahora a la luz del sol. Su reloj marcaba las seis menos diez. Cristo, ¡había pasado una hora y no había echado más de media docena de paladas de tierra!

Mike se dedicó a hacer su trabajo tratando de no pensar. Bump, bump, bump; ahora el ruido de la tierra al caer sobre la madera se había amortiguado; la tapa del ataúd estaba cubierta, y la tierra se desmoronaba y llegaba casi a la cerradura y el pasador.

Echó dos paladas más y se detuvo.

¿Cerradura y pasador?

Pero ¿por qué, en nombre de Dios, se le ocurría a alguien poner una cerradura a un ataúd? ¿Acaso pensaban que alguien iba a tratar de entrar? Eso tenía que ser. No podían pensar que alguien tratara de salir...

-Deja de mirarme -dijo en voz alta y sintió que el corazón se había alojado en su garganta.

Sintió un súbito impulso de huir de ese lugar, de salir corriendo por el camino hasta llegar al pueblo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse. No era más que sus nervios de punta, nada más. Trabajando en un cementerio, ¿a quién no le pasaba de cuando en cuando? Era como una maldita película de terror, eso de tener que cubrir a ese chico, de doce años nada más, y con los ojos tan abiertos...

-Por favor, ¡basta! -gritó Mike.

Miró con desesperación hacia la casa de los Marsten. Ahora, sólo el techo recibía la luz del sol. Eran las seis y cuarto.

Después empezó a trabajar de nuevo con más rapidez, inclinándose, levantando las paladas e intentando mantener la mente en blanco. Pero la sensación de estar vigilado parecía intensificarse, y cada palada de tierra le resultaba más pesada que la anterior. La tapa de la caja ya estaba cubierta, pero se seguía distinguiendo la forma, amortajada por la tierra.

Empezó a rondarle por la cabeza la plegaria católica por los muertos, sin motivo alguno. Se la había oído recitar a Callahan mientras estaba comiendo, junto al arroyo. También había oído gritos desesperados del padre.

«Oremos por nuestro hermano a Nuestro Señor Jesucristo, que nos dijo... (Oh, padre mío, favoréceme.)»

Se detuvo a mirar inexpresivamente dentro de la tumba. Era muy honda. Las sombras del anochecer inminente se habían derramado ya en su interior, como algo pegajoso y viviente. Todavía era profunda. Mike no podría llenarla antes de que cayera la noche. Imposible.

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá... (Señor de las Moscas, favoréceme.)»

Sí, los ojos estaban abiertos. Por eso se sentía observado, vigilado. Carl no les había puesto suficiente goma y los párpados se habían levantado como los visillos de una ventana, y el chico de los Glick estaba mirándole. Sí, eso era. Tenía que hacer algo.

«...y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente... (Aquí te traigo carne descompuesta y carroña hedionda,)»

Sacar la tierra con la pala. Eso era. Sacar la tierra, romper la cerradura con la pala y abrir el ataúd para cerrar esos ojos espantosamente fijos. Mike no tenía la goma que usaban para eso, pero en el bolsillo llevaba dos monedas de veinticinco centavos. Eso serviría. Plata. Sí, plata era lo que necesitaba el niño.

El sol ya pasaba sobre el techo de la casa de los Marsten, y apenas si rozaba los abetos más altos y más viejos, al oeste del pueblo. Hasta con los postigos cerrados, parecía que la casa estuviera mirándole.

«Tú que volviste al muerto a la vida, da a nuestro hermano Daniel la vida eterna. (Por conseguir tu favor ofrecí el sacrificio. Con la mano izquierda te lo traigo.)»

De pronto, Mike Ryerson saltó dentro de la tumba y empezó a excavar furiosamente, arrojando la tierra fuera en sombrías explosiones. Finalmente la pala chocó con la madera, y Mike empezó a apartar los últimos restos de tierra y pronto se encontró de rodillas sobre el ataúd, golpeando y volviendo a golpear el reborde de bronce de la cerradura.

Por el arroyo, las ranas habían empezado a croar, un chotacabras cantaba en las sombras y más cerca se elevaba la aguda llamada de un grupo de chovas.

Las siete menos diez.

¿Qué estoy haciendo?, se preguntó. En el nombre de Dios, ¿qué estoy haciendo?

Arrodillado sobre la tapa del féretro, trató de pensar... pero algo en el fondo de su mente le instaba a darse prisa, a darse prisa porque el sol se iba...

Oscuridad, no me alcances aquí.

Alzó la pala y una vez más la dejó caer sobre la cerradura. Se oyó un chasquido; ya estaba rota.

Levantó la vista, en un último destello de cordura, con la cara sucia y surcada de sudor y tierra, los ojos convertidos en desorbitados globos blancos.

Venus resplandecía en el escote del cielo.

Jadeante, salió de la tumba, se tendió cuan largo era y buscó las manijas de la tapa del ataúd. Las encontró y tiró. La tapa giró sobre sus goznes, con un chirrido como Mike lo había previsto, y al levantarse dejó ver primero el satén blanco, luego un brazo cubierto con una manga oscura (a Danny Glick le habían enterrado con su traje de primera comunión) y después... la cara.

A Mike se le congeló el aliento.

Los ojos estaban abiertos. Tal como él los había visto en su mente. Bien abiertos, y nada vidriosos. A la última luz moribunda del día parecían resplandecer con una vida horrorosa. Y esa cara no tenía la palidez de la muerte; las mejillas parecían rebosar vitalidad.

Trató de apartar los ojos del destello escalofriante de aquella mirada de hielo, y no pudo.

-Jesús... -murmuró.

El arco decreciente del sol se sumergió en el horizonte.

5

Mark Petrie estaba trabajando en la construcción de un monstruo -un Frankenstein- en su habitación, mientras escuchaba la conversación de sus padres abajo, en la sala. Su cuarto estaba en el piso alto de la casa que habían comprado en el sur de Jointner Avenue, y aunque ahora la casa se calentaba con una moderna caldera de petróleo, las viejas bocas de calefacción del primer piso se conservaban. Antes, cuando la calefacción de la casa consistía en una vieja cocina, las tuberías que llevaban el aire caliente habían servido para impedir que el primer piso se enfriara demasiado, pese a lo cual la mujer que desde 1873 a 1896 había vivido allí se llevaba siempre a la cama un ladrillo caliente envuelto en franela. Ahora, las tuberías servían para otros fines. Eran excelentes conductores del sonido.

Aunque sus padres estuvieran en la sala, lo mismo podrían haber estado hablando de él al otro lado de la puerta.

Una vez en que su padre le había sorprendido escuchando a la puerta en su anterior casa, cuando Mark sólo tenía seis años, le espetó un viejo proverbio: Ir por lana y volver trasquilado. Eso quería decir, le había explicado el padre, que uno puede oír que dicen de él algo que tal vez no sea precisamente de su agrado.

Claro que había otro proverbio, también: Hombre prevenido vale por dos.

A sus doce años, Mark Petrie era más menudo que lo habitual para su edad, y de aspecto un tanto delicado. Sin embargo, se movía con una gracia y una ligereza poco comunes en los muchachos de esa edad, que suelen parecer todo codos, rodillas y cardenales. De cutis blanco, casi lechoso, sus rasgos, que cuando fuera mayor serían considerados aquilinos, parecían ahora levemente femeninos, cosa que ya le había traído algunos inconvenientes antes del incidente con Richie Boddin en el colegio, de manera que

había decidido encararlo a su manera. Empezó por un análisis del problema. Decidió que la mayoría de los matones eran grandes, feos y torpes. Asustaban a la gente porque podían hacerle daño. Y para eso, en la pelea eran sucios. De manera que si uno no tenía miedo de que le hicieran daño, y si estaba dispuesto a pelear sucio, podía ganarle a un matón. Richard Boddin había sido la primera confirmación cabal de su teoría. En la pelea del colegio, él y el matón habían empatado (lo que en cierto modo había sido una victoria; el matón, magullado pero no sometido, había proclamado a toda la comunidad escolar que él y Mark Petrie eran aliados. Mark, que pensaba que aquel bravucón era un idiota, no le contradijo. Él sabía ser discreto. Hablar con los bravucones no servía de nada. Al parecer, el único idioma que entendían los Richie Boddin de este mundo eran los golpes, y Mark suponía que por eso el mundo había ido siempre tan mal. Ese día le habían mandado a su casa, y su padre se había enojado, hasta que Mark, resignado a recibir los rituales azotes con un periódico doblado, le dijo que, en el fondo, Hitler no había sido más que un Richie Boddin. Eso había hecho que su padre riera hasta desternillarse, y hasta su madre esbozó una risita. Y había evitado los azotes.

-¿Tú crees que le ha afectado, Henry? -preguntaba en ese momento June Petrie.

-Es... difícil decirlo. -Por la pausa, Mark supo que su padre estaba encendiendo la pipa-. Hay que ver la cara inexpresiva que tiene.

-Sin embargo, las aguas quietas son profundas.

Su madre siempre andaba diciendo cosas como las aguas quietas son profundas, o es el largo camino del que no se vuelve. Mark les quería mucho a los dos, pero a veces le parecían tan pesados como algunos libros de la biblioteca... e igualmente polvorientos.

-Piensa que venía a ver a Mark -continuó ella-. A jugar con su tren eléctrico... y ahora, ¡uno muerto y el otro desaparecido! No te engañes, Henry. El chico debe sentirse afectado.

-Tiene los pies muy bien puestos en la tierra -insistió el señor Petrie-. Y estoy seguro de que, sienta lo que sienta, mantiene el dominio de sí.

Mark encoló el brazo izquierdo del Frankenstein en el hueco del hombro. Era un modelo Aurora, con un tratamiento especial que le daba un resplandor verde en la oscuridad, como el Jesús de plástico que había ganado por aprenderse de memoria todo el Salmo 119 en la escuela dominical.

-A veces pienso que deberíamos haber tenido otro -decía en ese momento su padre-. Entre otras cosas, habría sido bueno para Mark.

-No será porque no lo hayamos intentado, cariño -repuso su madre con tono picaresco.

Un gruñido de su padre.

Se produjo una larga pausa en la conversación. Mark sabía que su padre estaría hojeando el Wall Street Journal, y su madre una novela de Jane Austen, o tal vez de Henry James. Las leía una y otra vez, y maldito si Mark le veía algún sentido a leer más de una vez un libro.

-¿No te parece peligroso dejarlo jugar en el bosque detrás de la casa? -preguntaba ahora su madre-. Dicen que por algún lado hay arenas movedizas.

-A varios kilómetros de aquí.

Mark se relajó un poco y pegó el otro brazo del monstruo. Tenía una gran mesa cubierta de monstruos terroríficos Aurora, formando una escena que su propietario alteraba cada vez que agregaba un elemento nuevo al conjunto. Era una colección muy buena. En realidad, era eso lo que iban a ver Danny y Ralphie la noche que... lo que fuera.

-No creo que haya inconveniente -declaró su padre-. Mientras sea de día, claro.

-Bueno, pues espero que ese funeral espantoso no le provoque pesadillas.

Mark casi podía ver el encogimiento de hombros de su padre.

-Tony Glick... pobre hombre. Pero el dolor y la muerte son parte de la vida. Ya debería estar acostumbrado a la idea.

-Tal vez.

Otra pausa.

Mark se preguntó qué seguiría ahora. El niño es el padre del hombre, tal vez. O es el arbolito joven al que hay que enderezar. Mark encoló el monstruo sobre su base, un túmulo con una lápida torcida en el fondo.

-En medio de la vida, estamos en la muerte. Lo que es yo, podría tener pesadillas.

-¿Sí?

-Ese señor Foreman debe ser un verdadero artista, por espantoso que suene. Si realmente parecía dormido, como si en cualquier momento fuera a abrir los ojos y bostezar y... No sé por qué la gente insiste en torturarse con esos servicios con el ataúd abierto. Es tan pagano...

-En fin, ya pasó.

-Sí, claro. Es un buen chico, ¿no te parece, Henry?

-¿Mark? Mejor no lo hay.

Mark sonrió.

-¿Habrá algo interesante en la televisión?

-Veámoslo.

Mark prescindió de lo demás; lo importante había terminado. Puso el modelo sobre el alféizar de la ventana, para que se secara y endureciera. Dentro de quince minutos, su madre le llamaría para decirle que tenía que acostarse. Sacó su pijama del cajón superior de la cómoda y empezó a desvestirse.

En realidad, su madre se preocupaba sin necesidad por su equilibrio psíquico, en modo alguno frágil. Tampoco había motivos especiales para que lo fuera; en casi todos los aspectos, y pese a su constitución menuda y graciosa, Mark era un muchacho típico. Su familia era de clase media alta y aún seguía ascendiendo; el matrimonio de sus padres era sólido. Los dos se amaban con firmeza, aunque en forma un tanto insípida. En la vida de Mark jamás había habido ningún trauma importante. Las pocas peleas que había tenido en la escuela no le habían dejado cicatrices. Se llevaba bien con sus compañeros, y en general tenía las mismas aficiones que ellos.

Si algo hacía de él un ser aparte, era su reserva, un calmo autodominio que nadie le había inculcado; aparentemente, Mark había nacido así. Cuando su perrito Chopper fue atropellado por un coche, Mark insistió en ir con su madre al veterinario. Cuando éste le dijo: «Tendremos que dormir a tu perro, hijo mío. ¿Comprendes por qué?» Mark contestó: «No le van a hacer dormir. Lo van a matar con gas, ¿no es eso?» El veterinario asintió. Mark le dijo que estaba bien, que lo hiciera, pero primero besó a Chopper. Le había dolido, pero no había llorado, ni las lagrimas habían aflorado. Su madre sí había llorado, pero tres días después, Chopper era para ella parte de un nebuloso pasado, cosa que nunca sería para Mark. Ése era el valor de no llorar. Llorar era como desparramarlo todo por el suelo.

A Mark le había conmovido la desaparición de Ralphie Glick, y también la muerte de Danny, pero no se había sentido asustado.

Había oído decir a un hombre en la tienda que tal vez Ralphie hubiera sido atacado por un maníaco sexual. Mark sabía lo que era eso. Eran tipos que le hacían a uno algo terrible, y después lo estrangulaban (en las historietas, el tipo a quien estrangulaban siempre decía Aarrjj) y lo enterraban en un pozo de escombros o debajo de las tablas de algún cobertizo abandonado. Si alguna vez un maníaco sexual le ofrecía caramelos, Mark le daría una patada en los huevos y escaparía por piernas.

-¿Mark? -se oyó la voz de su madre, por la escalera.

-Soy yo -respondió, y volvió a sonreír.

-Cuando te laves, no te olvides de las orejas.

-Descuida.

Bajó a la sala para darles el beso de buenas noches, con sus movimientos leves y graciosos, no sin echar un último vistazo a la mesa donde se desplegaban sus monstruos: Drácula, con la boca abierta, mostrando los colmillos, amenazaba a una muchacha tendida en el suelo, mientras el Médico Loco torturaba a una mujer en el potro y Mr. Hyde se acercaba furtivamente a un anciano que regresaba a su casa.

¿Que si entendía la muerte? Desde luego. Era cuando los monstruos se adueñaban de uno.

6

Roy McDougall arrimó el coche a su remolque a las ocho y media y detuvo el motor del viejo Ford. El tubo de escape estaba casi desprendido, las luces intermitentes no funcionaban y el seguro le vencía el mes próximo. Vaya coche. Vaya vida. Dentro de la casa, el crío lloraba y Sandy le gritaba. Estupendo, el matrimonio.

Bajó del coche y tropezó con una de las losas que desde el último verano estaba pensando en usar para hacer un camino desde los escalones del remolque a la entrada.

-A la mierda -masculló, echando una mirada furibunda a las losas mientras se frotaba la espinilla.

Estaba muy borracho. Desde que saliera del trabajo, a las tres,

había estado bebiendo en el bar de Dell, con Hank Peters y Buddy Mayberry. A Hank le habían despedido hacía pocos días, y parecía decidido a beberse toda la indemnización. Roy sabía lo que Sandy pensaba de sus amigos. Bueno, pues que se fuera a la mierda. Reprocharle a un hombre que se tomara unas cervezas el sábado y el domingo después de haberse deslomado toda la semana en la maldita tejeduría... y las horas extra del fin de semana, además. ¿Quién era ella para hacerse la santa? Si se pasaba todo el día sentada en la casa sin nada que hacer, a no ser charlar con el cartero y vigilar que el crío no se metiera gateando dentro del horno. Y de todas maneras, ni siquiera le había vigilado muy bien últimamente. El maldito mocoso se había caído de la mesa mientras 'lo mudaba.

«¿Y tú dónde estabas?» «Yo le estaba sosteniendo, Roy. Pero es que se mueve tanto.»

Se mueve. Sí.

Todavía echando chispas, se acercó a la puerta. Le dolía la pierna que se había golpeado. Y no era de ella de quien podía esperar compasión. Vaya, ¿qué hacía ella mientras él sudaba la gota gorda con ese maldito capataz? Leer revistas del corazón y comer bombones de fruta, o ver la televisión y comer bombones, o charlar por teléfono con sus amigas y comer bombones. Le estaban saliendo granos en el cuerpo y la cara.

De un empujón, abrió la puerta y entró.

La escena le golpeó como un mazazo, atravesando la bruma de la cerveza: el bebé, desnudo y vociferante, sangraba por la nariz; Sandy lo tenía en brazos, y su blusa sin mangas estaba manchada de sangre, mientras miraba a Roy por encima del hombro de la criatura, contraído el rostro por la sorpresa y el miedo; el pañal estaba en el suelo.

Randy, con los ojos rodeados de círculos oscuros, levantó las manos en un gesto de súplica.

-¿Qué cono pasa aquí? -preguntó lentamente Roy.

-Nada, Roy. Es que...

-Le has pegado -la acusó él con una voz sin inflexión-. Como no se estaba quieto mientras lo cambiabas, le has pegado.

-No -respondió ella-. Se volvió de repente y se golpeó la nariz, nada más.

-Tendría que matarte a golpes -siseó Roy.

-Roy, es sólo que se golpeó la nariz...

Él se relajó de pronto.

-¿Qué hay para comer?

-Hamburguesas, pero se me han quemado -respondió Sandy.

Se sacó el faldón de la blusa de los téjanos para secarle la nariz a Randy. Roy vio el michelín que se le estaba formando. No había adelgazado después de tener el bebé. No le importaba.

-Hazlo callar.

-Pero no...

-¡Hazlo callar! -vociferó Roy, y Randy, que para entonces ya comenzaba a callarse, volvió a estallar en llanto.

-Le daré un biberón -dijo Sandy, y se levantó.

-Y prepárame la cena. -Roy empezó a quitarse la chaqueta-. Dios, qué asco de casa. ¿Qué cono haces durante todo el día, te masturbas?

-¡Roy! -protestó Sandy, escandalizada.

Después dejó escapar una risita. Su frenético estallido de furia con el bebé que no se estaba quieto mientras ella le cambiaba los pañales empezaba a parecerle lejano, como algo sucedido en alguna de las series de la tarde, en Centro Médico.

-Prepárame la comida y después limpia un poco esta pocilga.

-Está bien. Sí, enseguida. -Sandy sacó un biberón de la nevera, puso a Randy en el parque y se lo dio. El niño empezó a chupar apáticamente, mientras sus ojos iban en pequeños círculos prisioneros del padre a la madre.

-Roy.

-¿Eh? ¿Qué hay?

-Se acabó.

-¿El qué?

-Ya sabes. ¿Quieres? ¿Esta noche?

-Sí, claro -respondió él-. Desde luego.

Qué vida. Vaya vida de mierda, volvió a pensar.

7

Nolly Gardener estaba escuchando rock por la WLOB y haciendo chascar los dedos, cuando sonó el teléfono. Parkins dejó la revista de crucigramas.

-Baja un poco eso, ¿quieres? -pidió.

-Sí, Park. -Nolly bajó el volumen de la radio y siguió chascando los dedos.

-¿Diga? -atendió Parkins.

-¿Agente Gillespie?

-Sí.

-Habla Tom Hanrahan, señor. Tengo la información que usted necesitaba.

-Vaya, me alegro.

-Sin embargo, no es mucho lo que tenemos para usted.

-Lo que sea estará bien -respondió Parkins-. ¿Qué han averiguado?

-Ben Mears fue interrogado a raíz de un fatal accidente de tráfico ocurrido en el estado de Nueva York, en mayo de 1973. No se formularon cargos. Fue un choque en motocicleta, y su esposa Miranda se mató. Los testigos declararon que él conducía despacio y las pruebas de alcoholemia dieron negativo. Parece que resbaló en un sitio húmedo. En política, es de izquierdas. Participó en una marcha por la paz en Princeton, en 1966. Habló en una manifestación antibelicista en Brooklyn, en 1967. En marchas sobre Washington en 1968 y 1970. Arrestado durante una marcha de la paz en San Francisco, en noviembre de 1971. Es todo lo que tenemos sobre él.

-¿Qué más?

-Kurt Barlow. Es inglés naturalizado, no de nacimiento. Nació en Alemania y marchó a Inglaterra en 1938, al parecer huyendo de la Gestapo. Sus datos no los tenemos, pero es probable que ande por los setenta. Su apellido real es Breichen. Desde 1945 está en Londres, en el negocio de importación exportación, pero es un tipo escurridizo. Straker es su socio desde entonces, y parece que es el que se encarga de tratar con el público.

-¿Ah, sí?

-Straker es inglés de nacimiento. Cincuenta y ocho años. El padre era ebanista en Manchester. Parece que le dejó bastante dinero, y que a Straker le ha ido bien. Hace dieciocho meses, los dos solicitaron visados para pasar una larga temporada en Estados Unidos. Es lo único que sabemos, aparte de que es posible que haya entre ellos una relación homosexual.

-Aja -asintió Parkins, y suspiro-. Más o menos lo que me imaginaba.

-Si necesita algo más, podemos preguntar a la CID y a Scotland Yard.

-No, es suficiente.

-Otra cosa, no existe relación entre Mears y los otros dos, salvo que la mantengan en secreto.

-Perfecto. Gracias.

-Cuando necesite algo, llame.

-Así lo haré, gracias.

-Volvió a poner el receptor en la horquilla y se quedó mirándolo pensativamente.

-¿Quién era, Park? -preguntó Nolly, mientras volvía a subir la radio.

-Del Café Excellent. No tienen sandwiches de jamón con pan de centeno. Únicamente de queso y ensalada.

-Si quieres, tengo frambuesas en mi escritorio.

-No, gracias -declinó Parkins, y volvió a suspirar.

8

El vertedero aún seguía humeando.

Dud Rogers caminaba por el borde, olfateando la fragancia de la basura quemada. Bajo sus pies, pequeñas botellas se hacían pedazos, y a cada paso se elevaban negras bocanadas de polvo ceniciento. En el lugar destinado a quemar la basura, un amplio lecho de carbones intensificaba o disminuía su resplandor según los caprichos del viento, recordando a un enorme ojo carmesí que se abriera y se cerrara, el ojo de un gigante. De vez en cuando se oía alguna pequeña explosión ahogada, el estallido de algún aerosol o de una bombilla. Esa mañana, al encender el fuego, habían salido muchísimas ratas del vertedero, más de las que Dud había visto nunca. Había matado a tiros unas tres docenas, y la pistola estaba caliente cuando volvió a enfundarla. Y eran enormes: algunas medían sesenta centímetros, desde la cabeza a la punta de la cola. Era extraño cómo aumentaba o disminuía su número según los años. Tal vez tuviera algo que ver con el tiempo. Si seguían

aumentando, tendría que empezar a ponerles cebos envenenados, cosa que no había hecho desde 1964.

Ahí iba una ahora. Dud sacó la pistola, le quitó el seguro, apuntó y disparó. El proyectil levantó la tierra frente a la rata, hasta salpicarla. Pero en vez de escapar, el animal se sentó sobre las patas traseras y le miró, mientras las cuencas rojizas de sus ojillos brillaban al resplandor del fuego. ¡Vaya si eran atrevidas esas ratas!

-Adiós, señora rata -murmuró Dud y volvió a disparar.

La rata se desplomó, estremeciéndose.

Dud fue hasta ella y la volvió con su bota de trabajo. La rata mordió débilmente el cuero, mientras sus costados se movían apenas.

-Hija de puta -masculló Dud, y le aplastó la cabeza.

Se puso en cuclillas para mirarla y se encontró pensando en Ruthie Crockett, que no usaba sostén. Cuando se ponía uno de esos suéteres que se adherían al cuerpo, se le traslucían con tanta claridad los pezoncillos, endurecidos por el roce contra la lana, y si un hombre pudiera adueñarse de ellos y frotárselos un poco, un poco nada más, una perra como ésa estaría inmediatamente dispuesta a irse a la cama con ese hombre...

Levantó la rata por la cola y la hizo oscilar como un péndulo.

-¿Qué te parecería encontrarte a doña rata en tu caja de lápices, Ruthie?

Aquello le hizo gracia, y Dud dejó escapar una risita aguda. Luego arrojó la rata hacia el centro del vertedero. Al hacerlo, se dio la vuelta y divisó una figura, una silueta alta y delgada, unos cincuenta pasos hacia la derecha.

Dud se restregó las manos contra sus pantalones verdes, y echó a andar hacia allí.

-El vertedero está cerrado, señor.

El hombre se volvió hacia él. El rostro que apareció al rojo resplandor del fuego moribundo era taciturno y de pómulos salientes. El pelo blanco estaba veteado de mechones grises. El tipo se lo había apartado de la frente alta y cerúlea con un gesto de concertista maricón. Los ojos reflejaban el resplandor carmesí de los tizones, que los hacía parecer inyectados en sangre.

-¿ Ah, sí? -preguntó el hombre, con un débil acento francés o centroeuropeo-. He venido para mirar el fuego. Es muy hermoso.

-Sí -coincidió Dud-. ¿Vive usted aquí?

-Hace poco que resido en su hermoso pueblo, sí. ¿Mata muchas ratas?

-Algunas, sí. Últimamente hay millones de estas hijas de puta. ¿No es usted el tipo que compró la casa de los Marsten?

-Depredadores -reflexionó el hombre mientras entrelazaba las manos a la espalda. Dud observó con sorpresa que llevaba un traje, con chaleco y todo-. Adoro a los depredadores de la noche. Las ratas... los lobos. ¿No hay lobos en esta zona?

-No -le informó Dud-. Hace un par de años, un tipo de Durham atrapó un coyote, Y hay una manada de perros salvajes que atacan a los ciervos...

-Perros -repitió el extranjero, con un gesto de desprecio-. Miserables animales que tiemblan y aúllan al sonido de un paso extraño. No sirven más que para aullar y arrastrarse. Hay que matarlos, es lo que siempre digo. ¡A todos!

-Bueno, yo no pienso de esa manera -objetó Dud, dando un paso hacia atrás-. Siempre es agradable tener alguien que salga a recibirlo a uno, sabe... demonios, los domingos el vertedero se cierra a las seis y ya son las nueve y media y...

-Muy bien.

Pero el extranjero no hizo ademán alguno de moverse. Dud pensó que había sacado ventaja al resto del pueblo. Todo el mundo conjeturaba cómo sería ese tipo, Straker, y el era el primero en enterarse, aparte Larry Crockett, tal vez, que se las traía. La próxima vez

que bajara al pueblo a comprarle cartuchos al remilgado de George Middler, le dejaría caer como quien no quiere la cosa:

«Hace unos días vi por la noche a ese tipo nuevo.» «¿Cómo, quién?» «Ya sabes, el que compró la casa de los Marsten. Bastante simpático. Tenía un acento centroeuropeo.»

-¿No hay fantasmas en esa casa? -preguntó, cuando el otro no dio muestras de largarse.

-¡Fantasmas! -sonrió el viejo, y había algo inquietante en su sonrisa. Un tiburón podría sonreír así-. No; fantasmas no. -Al repetirla, enfatizó débilmente la palabra, como si en la casa pudiera haber algo mucho peor.

-Bueno... se está haciendo tarde y... en realidad, es hora de que se vaya, ¿señor...?

-Es agradable hablar con usted -objetó el visitante y por primera vez volvió la cara hacia Dud y lo miró a los ojos. Ojos muy apartados, enrojecidos todavía por el sombrío resplandor del fuego. Aunque fuera mala educación, no había manera de apartar la vista de ellos-. ¿No tiene inconveniente en que conversemos un poco más, no?

-No, claro que no -respondió Dud, y su voz le sonó muy lejana.

Aquellos ojos parecían expandirse, crecer, como oscuros pozos cercados de fuego, pozos donde uno podía caerse y ahogarse.

-Gracias. Dígame... esa joroba que tiene en la espalda, ¿no le resulta molesta para su trabajo?

-No -contestó Dud, que seguía sintiéndose muy lejano. Que me cuelguen si no me está hipnotizando, pensó. Como aquel tipo de la feria de Topsham... ¿cómo se llamaba? El señor Mefisto. Le dormía a uno y le hacía hacer toda clase de cosas graciosas, portarse como un pollo, o dar vueltas corriendo como un perro, o contar lo que pasó en la fiesta que celebraron cuando cumplió los seis años. Por Dios si reímos cuando hipnotizó al viejo Reggie Sawyer...

-¿Tampoco le produce otro inconveniente?

-No... bueno... -Fascinado, seguía mirando aquellos ojos.

-Vamos, dígalo -le instó suavemente-. ¿No somos amigos, acaso? Cuéntemelo.

-Bueno... las chicas... las chicas, ya sabe.

-Naturalmente. -La voz era comprensiva-. Las chicas se ríen de usted, ¿no es eso? No tienen idea de su virilidad. Ni de su fuerza.

-Exactamente -susurró Dud-. Se ríen. Ella se ríe.

-¿Quién es ella?

-Ruthie Crockett. Es... es... -La idea se le fue, pero no importaba. Nada importaba, salvo esa paz. Esa paz completa que sentía.

-¿Es ella quien hace los chistes? ¿Y oculta las risitas con la mano? ¿Y da con el codo a sus amigas cuando usted pasa?

-Sí...

-Pero usted la desea -insistió la voz-. ¿No es eso?

-Oh, sí...

-Pues la conseguirá. Estoy seguro.

Había algo placentero en todo aquello. A lo lejos, le parecía oír voces dulces que entonaban palabras obscenas. Campanas de plata... rostros blancos... la voz de Ruthie Crockett. Casi podía verla, sosteniéndose los pechos con las manos, dos maduras semiesferas blancas mientras la voz susurraba: Bésamelos, Dud... muérdemelos... chúpamelos...

Era como ahogarse. Ahogarse en los ojos del viejo.

Mientras el hombre se le acercaba, Dud lo comprendió todo y lo aceptó, y cuando sintió el dolor, era dulce como la plata y verde como el mar.

9

La mano le temblaba, y en vez de aferrar la botella, los dedos la hicieron saltar del escritorio y caer con un golpe sordo sobre la alfombra, donde se quedó gorgoteando whisky.

-¡Mierda! -masculló el padre Callahan mientras se inclinaba a levantarla antes de que se perdiera todo.

En realidad no había mucho que perder. Volvió a ponerla sobre el escritorio (lejos del borde) y fue a la cocina en busca de un trapo y una botella de líquido limpiador. Cualquier cosa con tal que la señora Curless no encontrara una mancha de whisky junto a la pata de su escritorio. Ya era bastante difícil aceptar sus bondadosas miradas de compasión en las largas mañanas en que se sentía un poco deprimido... Con resaca, querrás decir.

Sí, con resaca, está bien. Es hora de enfrentar la verdad, indudablemente. Saber la verdad te hará libre. Espadachín de la verdad.

Encontró una botella de algo que se llamaba E-Vap, un nombre bastante parecido al ruido de un vómito («¡E-Vap!», graznaba el viejo borrachín mientras lanzaba el almuerzo) y se la llevó al estudio, sin hacer eses. «Fíjate, Ossifer, voy a andar derecho por la línea blanca hasta el semáforo.»

A sus cincuenta y tres años, Callahan era imponente. El pelo de plata, los ojos de un azul límpido (ahora un poco estriados de rojo) rodeados por las patas de gallo de su risa irlandesa, la boca firme, y más firme aún el mentón ligeramente hendido. Algunas mañanas, al mirarse en el espejo, pensaba que cuando cumpliera los sesenta abandonaría el sacerdocio para irse a Hollywood, donde conseguiría trabajo haciendo de Spencer Tracy.

-Padre Flanagan, ¿dónde está usted cuando lo necesitamos? -masculló mientras se agachaba junto a la mancha. Con los ojos entrecerrados, leyó las instrucciones en la etiqueta del frasco y echó sobre la mancha un chorro de E-Vap. La mancha se puso blanca y empezó a burbujear. Un poco alarmado, Callahan volvió a consultar la etiqueta.

-Para manchas muy rebeldes -leyó en voz alta, con la riqueza de inflexiones que tanto prestigio le había ganado en la parroquia después de los largos sermones punteados por chasquidos de la dentadura postiza del pobre y anciano padre Hume-, déjese actuar de siete a diez minutos.

Se dirigió a la ventana del estudio, que daba Elm Street y, del lado más alejado, a St, Andrew.

Bueno, bueno, pensó. Heme aquí, el domingo a la noche, otra vez borracho.

Bendígame, padre, porque he pecado.

Si uno iba despacio y seguía trabajando (durante sus largas veladas solitarias, el padre Callahan trabajaba en sus notas. Hacía casi siete años que había empezado a escribirlas, supuestamente para un libro sobre la Iglesia católica en Nueva Inglaterra, aunque de vez en cuando sospechaba que el libro jamás terminaría de escribirse. En realidad, las notas y su problema de alcoholismo habían empezado al mismo tiempo. Génesis, 1,1: «En el principio era el whisky,, y el padre Callahan dijo: "Háganse las Notas" Apenas si se daba cuenta del lento avance de la ebriedad.

Ha pasado por lo menos un día desde mi última confesión.

Eran las once y media, y al mirar por la ventana vio una oscuridad uniforme, rota solamente por el círculo que formaba la farola de la calle instalada frente a la iglesia. En

cualquier momento, en esa mancha podía aparecer Fred Astaire, bailando con su sombrero de copa, frac, polainas y zapatos blancos, haciendo girar su bastón. Ginger Rogers lo estaría esperando y ambos evolucionarían al compás de Siento otra vez la tristeza cósmica de E-Vap.

Apoyó la frente contra el cristal, dejando que el hermoso rostro que en alguna medida había sido su maldición se relajara en las líneas de un distraído cansancio.

Padre, soy un borracho y un mal sacerdote.

Con los ojos cerrados podía ver la penumbra del confesionario, podía sentir cómo sus dedos corrían la ventanilla y levantaban el telón sobre todos los secretos del corazón humano, podía oler el barniz y el añejo terciopelo de los bancos, y el sudor de los viejos; podía saborear el rastro de alcali en su saliva.

Bendígame, padre,

(Rompí el coche de mi hermano, azoté a mi mujer, espié por la ventana a la señora Sawyer mientras se desvestía, mentí, estafé, tuve pensamientos lujuriosos, siempre yo, yo, yo.)

porque he pecado.

Abrió los ojos, pero Fred Astaire todavía no había aparecido. Al dar la medianoche, tal vez. Su pueblo dormía. Salvo...

Levantó los ojos. Sí, allá arriba las luces estaban encendidas.

Pensó en la chica de Bowie -no, McDougall, ahora se llamaba señora McDougall-, que con una vocecita quebrada le había dicho que había pegado al bebé, y cuando le preguntó cuántas veces, pudo percibir cómo giraban las ruedas en su mente, calculando sesenta veces, o ciento veinte. Triste excusa para un ser humano. El padre Callahan había bautizado al bebé. Randall Fratus McDougall. Concebido en el asiento trasero del coche de Royce McDougall, probablemente durante la segunda película de un programa doble en el cine al aire libre. Una criatura minúscula y chillona. Se preguntó si Sandy sabía o sospechaba que él sentía deseos de sacar ambas manos por la ventanuca y aferrar el alma que aleteaba y se retorcía del otro lado, y estrujarla hasta que gritara. Tu penitencia son seis golpes en la cabeza y una buena patada en el culo. Vete y no peques más.

-Sórdido -dijo en voz alta.

Pero había algo más que sordidez en el confesionario; no era sólo eso lo que le enervaba, lo que lo había empujado hacia ese club cada vez más numeroso, la Asociación de Sacerdotes Católicos de la Botella y la Orden del Caballo Blanco. Era el mecanismo constante, ciego, mortal de la Iglesia, aplastando todos los pecadillos en su interminable movimiento de lanzadera hacia el cielo. Era el reconocimiento ritual del mal por una Iglesia que ahora se preocupaba más por los males sociales; la expiación recitada en cuentas de rosario por ancianas cuyos padres habían hablado lenguas europeas. Era la presencia real del mal en el confesionario, tan real como el olor del terciopelo viejo. Pero un mal impremeditado y estúpido frente al cual no cabía misericordia ni represalia. El puño que se estrellaba contra el rostro del bebé, el neumático destripado con una navaja, la pelea en el bar, la inserción de hojitas de afeitar en las manzanas de caramelo, todos los constantes e insípidos calificativos que es capaz de vomitar la mente humana en sus laberínticos giros y retorcimientos. «Caballeros, esto se cura con mejores prisiones. Mejor Policía. Mejores organismos de servicios sociales. Mejor control de la natalidad. Mejores técnicas de esterilización, mejores abortos. Caballeros, si arrancamos este feto del útero convertido en una masa sanguinolenta de brazos y piernas informes, jamás llegará a matar a martillazos a una anciana. Señoras, si atamos a este hombre a una silla y lo freímos como

una chuleta de cerdo, no volverá a torturar y matar más niños. Compatriotas, si aprobamos esta ley de eugenesia, puedo garantizaros que nunca más...»

Mierda.

Hacía ya unos tres años tal vez que veía con claridad lo que le sucedía. La imagen había ganado en definición, como una película desenfocada que se va ajustando hasta que cada línea aparece nítida. El padre Callahan estaba ávido de un desafío. Los sacerdotes nuevos lo tenían: era la discriminación racial, el movimiento de liberación femenina, incluso el movimiento de liberación de los homosexuales; la pobreza, la insania, la ilegalidad. A él le hacían sentir incómodo. Los únicos sacerdotes con conciencia social con quienes se sentía cómodo eran los que se habían opuesto en actitud militante a la guerra de Vietnam. Ahora que su causa había pasado de moda, se sentaban a hablar de marchas y manifestaciones como los viejos matrimonios que evocan su luna de miel o sus primeros viajes en tren. Pero Callahan no pertenecía ni a los sacerdotes nuevos ni a los viejos; se encontraba preso en el papel de un tradicionalista que ya no puede creer en sus postulados básicos. Quería mandar una división del ejército de... ¿quién? Dios, el bien, el derecho, no eran más que nombres para la misma cosa..., la batalla contra el mal. Él quería problemas y batallas, nada de quedarse en la puerta de los supermercados repartiendo octavillas sobre el boicot a las lechugas o la huelga de las uvas. Quería ver el mal despojado del manto con que seducía a la gente, quería verlo inequívoco y conocer cada rasgo de su faz. Quería enfrentarse mano a mano con el mal, como Mohamed Alí con Joe Frazier, los Celtics con los Knicks, Jacob con el ángel. Quería que su lucha fuera pura, que no estuviera contaminada por la política que cabalgaba a lomos de todos los problemas sociales como un deforme gemelo siamés. Era lo que había deseado desde que pensó en ser sacerdote; era una llamada que había oído cuando tenía catorce años, cuando se sintió exaltado por la historia de san Esteban, el primer mártir cristiano, que había muerto lapidado y había visto a Cristo en el momento de morir. El cielo ofrecía un pálido atractivo comparado con el de luchar -de perecer tal vez- al servicio del Señor.

Pero no había batallas. Apenas pequeñas escaramuzas de resultado indefinido. Y el mal no tenía solamente un rostro sino muchos, y todos esos rostros eran vanos y casi todos tenían el mentón pegajoso de baba. En realidad estaba llegando a la forzosa conclusión de que en el mundo no había nada que fuera el Mal,

sino apenas el mal... En momentos así sospechaba que Hitler no había sido más que un burócrata acorralado, y que el propio Satán era un retrasado mental con un sentido del humor rudimentario, como el de los que encuentran divertidísimo darles a las gaviotas un petardo oculto en un trozo de pan.

Las grandes batallas sociales, morales y espirituales de la época habían quedado reducidas a Sandy McDougall, que le aplastaba la nariz a su bebé, y cuando el chico creciera le daría de bofetadas a su propio hijo. «Oh mundo interminable, aleluya, viva la mantequilla de cacahuete. Santa María, llena eres de gracia, ayúdame a ganar esta carrera en la que se conoce el nombre del ganador incluso antes de correr.»

Era más que sórdido. Era escalofriante, en sus consecuencias para cualquier definición coherente de la vida, y quizá hasta del cielo. ¿Qué era el cielo? ¿Una eternidad de loterías de parroquia, juegos en parques de atracciones, carreras por el centro de una ciudad en calles sin semáforos?

Dirigió la mirada al reloj de la pared. Seis minutos después de la medianoche, y todavía ni rastro de Fred Astaire ni de Ginger Rogers. Ni de Mickey Rooney siquiera. Pero el E- Vap había tenido tiempo de actuar. Ahora pasaría la aspiradora y al día siguiente la señora Curless no lo miraría con esa expresión compasiva, y la vida seguiría adelante. Amén.

SIETE

MATT

1

El martes, al final de la tercera hora, Matt fue hacia su despacho, donde Ben Mears estaba esperándole.

- Hola - le saludó - . Has sido puntual. Ben se levantó a estrecharle la mano.

- Creo que es la maldición de la familia. Oye, los chicos no me comerán, ¿verdad?

- Claro que no -respondió Matt - . Vamos.

Estaba un poco sorprendido. Ben se había puesto una chaqueta de deporte y unos gruesos pantalones grises. Zapatos buenos, que no parecían haber sido usados durante mucho tiempo. Matt había invitado a sus clases a otros tipos relacionados con la actividad literaria, y normalmente aparecían vestidos de manera descuidada, o incluso espeluznante. Un año atrás había preguntado a una poetisa bastante conocida, que acababa de dar una conferencia en la Universidad de Maine, en Portland, si al día siguiente querría dar una charla sobre poesía en una de sus clases. La mujer se presentó con un traje estrafalario y tacones altos, como si estuviera diciendo: «Miradme, he vencido al sistema en su propio juego. Soy libre como el viento.»

En comparación, la admiración de Matt por Ben subió un grado. Tras más de treinta años de enseñanza, creía que nadie derrotaba verdaderamente al sistema ni ganaba la partida, y que sólo los idiotas eran capaces de creer que la estaban ganando.

-Bonito edificio -comentó Ben, mirando alrededor mientras caminaban por el vestíbulo-. Muy diferente del instituto al que yo asistí. La mayoría de las ventanas parecían troneras.

-Tu primer error -señaló Matt- es llamarlo edificio. Es una «planta». Las pizarras son «ayudas visuales». Y los chicos son «un cuerpo homogéneo de adolescentes en una experiencia de coeducación».

-Qué suerte tienen.

-Ya lo creo. ¿Tú fuiste a la universidad, Ben?

-Lo intenté. Pero todo el mundo parecía estar corriendo en una carrera enloquecida... Y uno también puede ponerse una meta y alcanzarla, y hacerse conocer y amar. Por eso mandé a paseo la universidad. Cuando empezó a venderse La bija de Conway, yo cargaba cajas de coca-cola en los camiones de reparto.

-Cuéntaselo a los chicos, les interesará.

-¿A ti te gusta enseñar? -preguntó Ben.

-Claro que sí. Hace tiempo que habría reventado si no me gustara.

Sonó el último timbre, llenando de ecos los corredores, vacíos salvo por un estudiante retrasado que seguía lentamente la dirección de una flecha que anunciaba «Taller de carpintería».

-¿Hay problema de drogas aquí? -preguntó Ben.

-Como en todos los institutos de Estados Unidos. El nuestro es el alcohol, más que ninguna otra cosa.

-¿La marihuana no?

-Yo no considero que la hierba sea un problema, ni el director tampoco, cuando se habla extraoficialmente con él y lleva encima unas copas de más. Y casualmente sé que nuestro asesor psicológico, que es uno de los mejores en su especialidad, no tiene inconveniente en fumar un poco antes de ir al cine. Yo mismo la he probado. El efecto es fantástico, pero a mí me da acidez.

-¿Tu la has probado?

-Sshh, que el Gran Hermano escucha -dijo Matt-. Además, ya estamos en mi aula.

-Oh..,

-No te pongas nervioso. -Matt le hizo pasar-. Buenos días, jóvenes -saludó a la veintena de estudiantes que clavaban los ojos en Ben-. Les presento al señor Ben Mears.

2

Al principio, Ben pensó que se había equivocado de casa.

Estaba seguro de que cuando Matt Burke le invitó a comer le había dicho que la casa era la pequeña y gris contigua a la de ladrillo rojo, pero de esa casa salía un torrente de rock and roll por las ventanas.

Llamó con el manchado llamador de bronce y, al no recibir respuesta, insistió. Esa vez el volumen de la música disminuyó y la inconfundible voz de Matt vociferó:

-¡Adelante! ¡Está abierto!

Ben entró, mirando con curiosidad. Por la puerta principal se entraba directamente a una pequeña sala con muebles de estilo colonial americano de segunda mano, donde la nota dominante era un televisor Motorola increíblemente viejo. La música surgía de una cadena KLH con dos altavoces.

Matt salió de la cocina, ataviado con un delantal a cuadros rojos y blancos y seguido por el aroma de la salsa para espaguetis.

-Disculpa si es mucho ruido, pero como soy un poco sordo, lo subo.

-Buena música.

-Soy fanático del rock desde los tiempos de Buddy Holly. Me encanta. ¿Tienes hambre?

-Pues sí. Y te vuelvo a agradecer que me invitaras. Desde que he vuelto a Salem's Lot, creo que he salido a comer más que en los últimos cinco años.

-Es un pueblo muy cordial. Espero que no tengas inconveniente en comer en la cocina. Hace un par de meses apareció un anticuario que me ofreció doscientos dólares por la mesa del comedor, y todavía no la he sustituido por otra.

-Claro que no me importa. En mi familia hay una larga tradición de comer en la cocina.

La cocina era de una pulcra austeridad. Sobre uno de los cuatro quemadores hervía una olla de salsa para fideos, mientras un colador lleno de espaguetis esperaba humeante. En una pequeña mesa plegable había dos platos que no tenían nada que ver entre sí, y los vasos tenían en los bordes una hilera de personajes de dibujos animados. Vasos de

mermeladas, pensó Ben, divertido, y la última sensación de estar con un extraño se desvaneció. Empezó a sentirse en casa.

-En el armario que hay sobre el fregadero tengo dos clases de whisky, y también hay vodka -anunció Matt-. Y en la nevera algunas bebidas para mezclar. Nada excepcional, me temo.

-Para mí está bien whisky con agua del grifo.

-Pues sírvete. Yo voy a terminar con este desastre.

-Me gustaron tus muchachos -comentó Ben, mientras se preparaba la bebida-. Hicieron preguntas interesantes. Agresivas pero interesantes.

-¿Como de dónde sacabas las ideas, por ejemplo? -preguntó Matt, imitando el balbuceo infantil y sensual de Ruthie Crockett.

-Es un buen elemento.

-Ya lo creo. En la nevera, detrás de la lata de pina, hay una botella de Lancers. La conseguí especialmente.

-Oye, pero no debías...

-Oh, vamos, Ben. No todos los días tenemos autores de bestsellers en Solar.

-'Me parece un poco exagerado.

Ben terminó su bebida, tomó el plato de espaguetis que le tendía Matt, le echó un cucharón de salsa y los enroscó en el tenedor, ayudándose con la cuchara.

-Fantástico -aprobó-. Mamma mia.

-Pues me alegro.

Ben miró su plato, que se había vaciado con una rapidez sorprendente, y se secó los labios, sintiéndose un poco culpable.

-¿Más?

-Medio plato, por favor. Están estupendos.

Matt le sirvió un plato lleno.

-Si no los terminamos, se los comerá el gato. Desdichado animal. Pesa diez kilos y se acerca a su tazón caminando como un pato.

-No lo he visto.

-Anda de excursión -sonrió Matt-. ¿Tu nuevo libro es una novela?

-Es algo así como ficción -respondió Ben-. Para serte sincero, estoy escribiéndolo por dinero. El arte es una gran cosa, pero por una vez quisiera conseguir varias ediciones de un libro.

-¿Y qué perspectivas tiene?

-Tristísimas.

-Vamos a la sala -sugirió Matt-. Los sillones son malos, pero más cómodos que estos horrores de la cocina. ¿Has comido lo suficiente?

-¿Cómo puedes dudarlo?

En el cuarto de estar, Matt apartó una pila de álbumes y se puso a encender una pipa enorme y nudosa. Cuando consideró que estaba bien encendida (sentado en la mitad de una nube de humo) levantó los ojos hacia Ben.

-No -dijo-. Desde aquí no puedes verla.

Bruscamente, Ben miró alrededor.

-¿Ver qué?

-La casa de los Marsten. Apuesto cinco centavos a que es eso lo que estabas buscando.

Ben rió, incómodo.

-No me gusta apostar.

-¿Tu libro se desarrolla en un pueblo como Salem's Lot?

-El pueblo y la gente-asintió Ben-. Hay una serie de crímenes sexuales y mutilaciones. Voy a empezarlo con uno de ellos y describirlos progresivamente, del principio al fin, con

todo detalle. Estaba trabajando en esa parte cuando desapareció Ralphie Glick y me... bueno, me cayó muy mal.

-¿Y para todo eso te basas en las desapariciones que sucedieron por los años treinta en el municipio?

Ben le miró.

-Veo que estás al tanto de eso ¿eh?

-Oh, sí. Y muchos de los antiguos residentes también. Yo no estaba entonces en Salem's Lot, pero sí Mabel Werts, Glynis Mayberry y Milt Crossen. Algunos de ellos ya han establecido la relación.

-¿Qué relación?

-Vamos, Ben. Es una relación bastante obvia, ¿no?

-Imagino que sí. La última vez que la casa estuvo ocupada, desaparecieron cuatro chiquillos en un período de diez años. Ahora, después de treinta y seis años, vuelve a estar habitada, y Ralphie Glick desaparece de la noche a la mañana.

-¿Crees que es una coincidencia?

-Supongo que sí -admitió Ben, en cuyos oídos resonaban las palabras de advertencia de Susan-.Pero es extraño. Estuve mirando los ejemplares del Ledger, desde 1939 a 1970, para hacer una comparación. Desaparecieron tres chicos. Uno se había escapado 'de casa y después lo encontraron trabajando en Boston; tenía dieciséis años, pero parecía mayor. A otro lo pescaron un mes después, ahogado en el Androscoggin. Y el tercero apareció enterrado cerca de la carretera 116, en Gates, víctima, al parecer, de un conductor que escapó. Pero todos los casos se aclararon.

-Tal vez la desaparición del chico de los Glick también se aclare.

-Es posible.

-Pero tú no lo crees. ¿Qué sabes de ese hombre, Straker?

-Absolutamente nada -declaró Ben-. Ni siquiera estoy seguro de querer conocerlo. En este momento estoy trabajando en un libro que es inseparable de cierto concepto de la casa de los Marsten y de quienes la habitan. Y si descubro que Straker es un hombre de negocios normal, como sin duda lo es, se romperá el esquema. De modo que...

-No creo que sea el caso. Sabes que hoy abrió su tienda. Susie Norton y su madre pasaron por allí... demonios, la mayoría de las mujeres del pueblo se dio una vuelta para espiar un poco. Según Dell Markey, que es una fuente de información fidedigna, hasta Mabell Werts se dejó caer. Parece que se trata de un hombre fascinante. Elegante, con mucha gracia, totalmente calvo. Y encantador. Me dijeron que vendió varias piezas.

-Vaya -sonrió Ben-. ¿Nadie ha visto la otra mitad del equipo?

-Se supone que está en viaje de negocios.

Matt se encogió de hombros con inquietud.

-No lo sé. Es probable que todo sea perfectamente normal, pero esa casa me pone nervioso. Es casi como si los dos la hubieran buscado. Como tú dijiste, parece un ídolo instalado en lo alto de la colina.

Ben asintió.

-Y por si esto fuera poco, tenemos la desaparición de otro chico. Y el hermano de Ralphie, Danny, muerto a los doce años. Causa de la muerte: anemia perniciosa.

-¿Y eso qué tiene de raro? Es lamentable, ciertamente...

-Mi medico es un tipo joven, se llama Jimmy Cody. Fue alumno mío en el instituto. Es un medico excelente, aunque entonces era un pequeño diablo. Sea como sea, todo esto no son más que comentarios. Habladurías.

-Ya.

-Yo fui a hacerme un examen, y casualmente comenté que era una pena lo del chico de los Glick, y qué tremendo para los padres después de la desaparición del otro. Jimmy me

dijo que había consultado el caso con George Gorby. El chico estaba anémico, sí. Pero él me dijo que un recuento de glóbulos rojos en un muchacho de la edad de Danny ronda el noventa por ciento. El de Danny estaba en el cincuenta por ciento.

Ben dejó escapar un silbido de asombro.

-Estaban poniéndole inyecciones de vitamina B y de hígado, y parecía dar buen resultado. Iban a darle el alta al día siguiente.

-Más vale que Mabel Werts no se entere de eso -comentó Ben-, porque empezará a ver indígenas con cerbatanas por el parque.

-No se lo he comentado a nadie más que a ti, ni pienso hacerlo. Y de paso, Ben, yo de ti no diría ni palabra sobre el tema del libro. Si Loretta Starcher te pregunta sobre qué estás escribiendo, dile que es algo de arquitectura.

-Es un consejo que ya me han dado.

-Susan Norton, sin duda.

Ben consultó su reloj y se levantó.

-Hablando de Susan...

-El macho que despliega todo su plumaje para el cortejo -sonrió Matt-. Pues yo tengo que volver al instituto. Estamos ensayando el tercer acto de la comedia estudiantil, una obra de gran contenido social que se llama El problema de Charley.

-¿Y cuál es el problema?

-El acné -contestó Matt con una mueca.

Se dirigieron a la puerta y Matt se detuvo para ponerse una desteñida chaqueta. Ben pensó que parecía más bien un entrenador de deporte envejecido que un sedentario profesor de inglés, hasta que uno le miraba la cara, inteligente aunque soñolienta, y de alguna manera inocente.

-Escucha -dijo Matt mientras salían a la escalinata-, ¿qué piensas hacer el viernes por la noche?

-No lo sé -respondió Ben-. Había pensado en ir con Susan a ver una película. Es más o menos lo único que se puede hacer por aquí.

-A mí se me ocurre otra cosa -sugirió Matt-. Podríamos formar una comisión de tres y subir en el coche hasta la casa de los Marsten para saludar al nuevo propietario. En nombre del pueblo, claro:

-Buena idea -asintió Ben-. Un gesto de simple cortesía, ¿no?

-Una delegación de bienvenida.

-Se lo diré a Susan esta noche. Creo que aceptará.

-Muy bien.

Matt levantó la mano mientras el Citroen de Ben se alejaba, ronroneando. Ben respondió con un par de bocinazos, y después las luces rojas del coche se perdieron sobre la colina.

Durante casi un minuto después que el ruido del Citroen se hubo extinguido, Matt permaneció en los escalones, con las manos en tos bolsillos de la chaqueta, vueltos los ojos hacia la casa de la colina.

3

Como el jueves por la noche no había ensayo, Matt acudió a la taberna de Dell a las nueve, a tomar un par de cervezas. Si el maldito charlatán de Jimmy Cody no le recetaba nada para el insomnio, se lo recetaría él mismo.

Las noches que no había orquesta, el bar no se llenaba mucho. Matt no vio más que a tres personas conocidas: Weasel Craig, que le hacía los honores a una cerveza, solo en un

rincón; Floyd Tibbits, con el ceño tormentoso (esa semana había hablado tres veces con Susan, dos por teléfono y una personalmente, en la sala de los Norton, sin que ninguna de las conversaciones hubiera tenido resultado satisfactorio) y Mike Ryerson, que estaba sentado en uno de los pequeños reservados, contra la pared.

Matt fue hacia la barra, donde Dell Markey estaba secando vasos mientras miraba una serie en un televisor portátil.

-Hola, Matt. ¿Qué tal?

-Bien. Noche floja.

Dell se encogió de hombros.

-Aja. En el cine al aire libre de Gates dan un par de filmes de motos y no puedo competir con eso. ¿Vaso o botella?

-Botella.

Dell la sirvió, le quitó la espuma y le agregó unos centímetros más. Matt pagó y, después de titubear un momento, se dirigió al reservado donde estaba Mike. Mike había pasado por una de las clases de inglés de Matt, como casi toda la gente joven de Solar, y Matt se había encariñado con él. Poseedor de una inteligencia media, había hecho un trabajo superior a la media, porque trabajaba con empeño y preguntaba una y otra vez las cosas que no entendía, hasta comprenderlas. Además, tenía un gran sentido del humor, y una agradable e individualista personalidad que lo convertía en uno de los favoritos de la clase.

-Hola, Mike -le saludó-. ¿No te molesta que me siente contigo?

Mike Ryerson levantó los ojos hacia él y Matt sintió un impacto como si hubiera tocado un cable. Drogas, fue lo primero que pensó. Y de las duras.

-Por favor, señor Burke. Siéntese. -Su voz sonó indiferente.

Tenía el cutis pálido y profundas ojeras. Los ojos parecían desmesuradamente grandes y brillantes. En la semipenumbra del bar, sus manos se movían lentamente sobre la mesa, con aire espectral. Ante él, intacto, había un vaso de cerveza.

-¿Cómo va tu vida, Mike? -Matt se sirvió un vaso de cerveza dominando sus manos, que querían echarse a temblar.

Su vida había sido siempre tranquila y regular, como un gráfico con altibajos moderados (y hasta sus depresiones habían sido siempre leves desde la muerte de su madre, ocurrida hacía trece años), y una de las cosas que lo angustiaban era el desdichado final que les reservaba la suerte a algunos de sus alumnos. Billy Royko, muerto en Vietnam, en un accidente aéreo, dos meses antes del alto el fuego; Sally Greer, una de las alumnas más inteligentes y despiertas que había tenido, asesinada por su amigo borracho cuando le dijo que quería terminar con él; Gary Coleman, que se había quedado ciego debido a una misteriosa degeneración del nervio óptico; Doug, el hermano de Buddy Mayberry, el único chico valioso de una familia de semirretrasados, ahogado en la playa de Old Orchard; y las drogas, esa muerte en miniatura. No todos los que se aventuraban en las aguas del Leteo sentían la necesidad de sumergirse en ellas, pero había bastantes chicos que habían hecho de los sueños su pan de cada día.

-¿Quiere decir qué hago? -repitió lentamente Mike-. No sé, señor Burke. Nada importante.

-¿Qué mierda te has metido dentro, Mike? -preguntó suavemente Matt.

Mike le miró sin comprender.

-Qué droga -aclaró Matt-. ¿Benzedrina? ¿Ácido? ¿Coca? Oes...

-No estoy drogado -negó Mike-. Creo que estoy enfermo.

-¿De verdad?

-Jamás en mi vida he tomado drogas duras -declaró Mike con un gran esfuerzo-. Nada más que grifa, y hace cuatro meses que no la pruebo. Me siento mal... me siento mal desde

el lunes. Fíjese que el domingo por la noche me quedé dormido en Harmony Hill, y no me desperté hasta el lunes por la mañana. -Sacudió lentamente la cabeza-. Me sentía molido. Desde entonces me siento molido. Y peor cada día.-Suspiró, y fue como si el soplo de aire sacudiera su cuerpo como una hoja seca en los arces de noviembre.

Matt se acercó, preocupado.

-¿Eso te pasó después del funeral de Danny Glick?

-Sí. -Mike volvió a mirarle-. Volví para terminar el trabajo después que se fueron todos, pero el imbécil... perdón, señor Burke... pero Royal Snow no apareció. Le esperé un rato, y debió de ser entonces cuando empecé a sentirme mal, porque después todo es... ay, cómo me duele la cabeza. Me cuesta pensar.

-¿Qué recuerdas, Mike?

-¿Lo que recuerdo?

Mike miraba el vaso de cerveza, observando cómo se desprendían las burbujas y subían a la superficie.

-Recuerdo una canción -evocó-. La canción más dulce que he oído nunca. Y una sensación como... como de ahogarme. Sólo que era agradable. Excepto los ojos. Los ojos.

Se aferró los codos con un estremecimiento.

-¿Los ojos de quién? -preguntó Matt.

-Eran rojos. Oh, qué ojos tan terribles.

-Pero ¿de quién'?

-No lo recuerdo. No había ojos. Fue todo un sueño. -Mike lo apartó de su mente y Matt casi pudo ver cómo lo hacía-. No recuerdo nada más del domingo por la noche. El lunes por la mañana me desperté en el suelo, y al principio no podía levantarme, de cansado que estaba. Pero finalmente me levanté. El sol estaba subiendo y tuve miedo de que me quemara, así que me fui al bosque, junto al arroyo. Me encontraba agotado. Dios, qué agotado. Entonces seguí durmiendo. Dormí hasta... creo que hasta las cuatro o las cinco. -Soltó una risita-. Cuando desperté estaba cubierto de hojas, pero me sentía un poco mejor. Me levanté y volví al camión. -Se pasó la mano por la cara-. Sin embargo, el domingo por la noche debí terminar el trabajo del niño de los Glick. Es raro. Ni siquiera me acuerdo.

-¿Terminarlo?

-Con Royal o sin él, la tumba estaba cubierta. La tierra alisada y todo. Un buen trabajo. No recuerdo haberlo hecho. Sin duda estaba realmente enfermo.

-¿Dónde pasaste la noche del lunes?

-En casa. ¿Dónde si no?

-Y cómo te sentías el martes por la mañana?

-El martes seguí durmiendo todo el día. No desperté hasta la noche.

-¿Cómo te sentías?

-Fatal. Las piernas parecían de goma. Cuando quise tomar un vaso de agua, casi me caí. Tuve que ir a la cocina apoyándome en los muebles. Débil como un garito. -Frunció el entrecejo-. Tenía una lata de guisado para la cena... uno de esos de legumbres, sabe... pero no pude comer. Era como si con sólo mirarlo se me revolviera el estómago. Como cuando uno tiene una resaca espantosa y le ofrecen comida.

-¿No comiste nada?

-Intenté hacerlo pero vomité. Sin embargo, me sentí un poco mejor. Salí y caminé un rato. Después me volví a acostar. -Sus dedos recorrían las. viejas marcas que había sobre la mesa-. Tuve miedo antes de acostarme, como un chico que se asusta de la oscuridad. Recorrí toda la casa, asegurándome de que las ventanas estuvieran con el cerrojo corrido. Y me dormí con las luces encendidas.

-¿Y ayer por la mañana?

-¿Eh? No... no desperté hasta anoche a las nueve. -Rió-. Pensé que si seguía así me pasaría todo el día durmiendo. Y eso es lo que uno hace cuando está muerto.

Matt le observaba. Floyd Tibbits se levantó, insertó una moneda de veinticinco centavos en el tocadiscos y empezó a seleccionar canciones. El bar se llenó de música pegajosa.

-Lo raro -siguió Mike- es que la ventana de mi dormitorio estaba abierta cuando me levanté. Tuve un sueño... alguien llamaba a la ventana y yo me levantaba... me levantaba para dejarle entrar. Como cuando uno se levanta para hacer pasar a un viejo amigo que tiene frío o hambre.

-¿Quién era?

-No era más que un sueño, señor Burke.

-Pero en el sueño, ¿quién era?

-No lo sé. Otra vez intenté comer, pero la sola idea me hizo sentir mal.

-¿Qué hiciste?

-Vi la tele hasta que terminó Johnny Canon, y me sentí mejor. Después me acosté.

-¿Cerraste las ventanas?

-No.

-¿Y dormiste todo el día?

-Me desperté hacia la puesta de sol.

-¿Débil?

-No se imagina. -Se pasó una mano por la cara-. Me siento decaído -gimió con voz quebrada-. Será la gripe o algo así, ¿no cree, señor Burke? No estaré enfermo, ¿verdad?

-No lo sé -respondió Matt.

-Pensé que unas cervezas me levantarían el ánimo, pero no puedo beber. Tomé un sorbo y casi me dio arcadas. La semana pasada... todo me parece una pesadilla. Y tengo miedo. Un miedo espantoso. -Se cubrió la cara con las delgadas manos, y Matt advirtió que estaba llorando.

-¿Mike?

No hubo respuesta.

-Mike. -Suavemente, le apartó las manos de la cara-. Quiero que vengas conmigo a casa esta noche. Dormirás en mi cuarto de huéspedes. ¿Lo harás?

-Está bien. Me da lo mismo. -Con lentitud, se frotó los ojos con la manga.

-Y mañana, vendrás conmigo a ver al doctor Cody.

-Está bien.

-Bueno, vamos.

Matt pensó en llamar a Ben Mears, pero no lo hizo.

4

-Adelante -respondió Mike Ryerson cuando Matt llamó a la puerta del dormitorio. Matt entró, llevando en la mano un pijama.

-Tal vez te quede un poco grande...

-No importa, señor Burke. Yo duermo en calzoncillos.

Ahora no tenía puesta otra prenda, y Matt vio que todo el cuerpo presentaba una palidez enfermiza. Las costillas sobresalían como rebordes circulares.

-Gira la cabeza hacia este lado, Mike.

Mike obedeció.

-Mike, ¿dónde te hiciste estas marcas?

Mike se llevó la mano a la garganta, bajo el ángulo del maxilar.

-No lo sé.

Matt hizo una pausa, inquieto. Después se dirigió a la ventana. El cerrojo estaba bien asegurado, pero Matt lo descorrió y volvió a correrlo con manos torpes. Del otro lado, la oscuridad se apoyaba pesadamente contra el cristal.

-Llámame si necesitas algo. Incluso si tienes una pesadilla. ¿Lo harás, Mike?

-Sí.

-Lo digo en serio. Estoy al otro lado del pasillo.

-De acuerdo.

Vacilante, con la sensación de que había otras cosas que debería hacer, Matt se retiró.

5

No durmió ni un instante, y lo único que lo disuadía de llamar a Ben Mears era la seguridad de que en la pensión de Eva todo el mundo estaría ya acostado. La mayoría de los huéspedes eran ancianos, y cuando el teléfono sonaba a altas horas de la noche quería decir que había muerto alguien.

Siguió tendido, inquieto, mirando cómo las manecillas luminosas del despertador pasaban de las once y media a las doce. En la casa reinaba un silencio extraño, tal vez porque sus oídos estaban agudizados para detectar el menor ruido. La casa era vieja y de construcción sólida. No se oía otro ruido que el del reloj y el débil susurro del viento en el exterior. Entre semana ningún coche pasaba por Taggart Stream Road a esas horas de la noche.

Lo que estás pensando es una locura, se dijo.

Pero, paso a paso, se había visto obligado a retroceder hacia esa certeza. Claro que, como literato, era lo primero que se le había ocurrido cuando Jimmy Cody le señaló el caso de Danny Glick. Él y Cody se habían reído del asunto. Tal vez ése fuera el castigo por reírse.

¿Arañazos?, se preguntó. Esas marcas que tenía Mike no eran arañazos. Claro que no. Eran pinchazos.

A uno le enseñaban que esas cosas no podían ser; que las cosas como la Cristabel de Coleridge o el siniestro cuento de hadas de Bram Stoker no eran más que la urdimbre y la trama de la fantasía. Claro que existían los monstruos; eran los hombres que en seis países apoyaban el dedo en los botones nucleares, los secuestradores, los genocidas, los violadores de niños. Pero esto no. Uno sabe que no es así. Que la marca del diablo que tiene una mujer en el pecho no es más que una verruga, que el hombre que regresó de entre los muertos y llamó a la puerta de su mujer envuelto en los atavíos del sepulcro padecía de ataxia locomotriz, que el monstruo que se acurruca en el rincón del dormitorio de un niño no es más que un montón de mantas. Algunos clérigos habían proclamado incluso que Dios, ese venerable brujo blanco, había muerto.

Ningún ruido se oía en el pasillo. Está durmiendo, pensó Matt. Bueno, ¿por qué no? ¿Por qué había invitado a Mike a su casa, sino para que durmiera bien toda la noche, sin que lo interrumpieran los... los malos sueños? Se levantó de la cama, encendió la lámpara y fue hacia la ventana. Desde allí apenas se podía distinguir el tejado de la casa de los Marsten, bajo la luz helada de la luna. Tengo miedo, pensó. Mentalmente, evocó las antiquísimas protecciones contra una enfermedad innombrable: el ajo, la hostia y el agua

bendita, el crucifijo, la rosa, el agua corriente. Él no tenía ninguna cosa sagrada. Era metodista y no practicaba.

El único objeto religioso que había en la casa era...

De pronto, en la casa silenciosa se oyó la voz de Mike Ryerson:

-Sí. Adelante.

La respiración de Matt se detuvo y después exhaló un suspiro silencioso. Se sintió desmayar de espanto. Parecía que el vientre se le hubiera vuelto de plomo. ¿Qué, en nombre de Dios, había sido invitado a entrar en su casa?

Oyó el ruido que hacía el cerrojo de la ventana del cuarto de huéspedes al correrse. Y el chirrido de madera contra madera, al abrirse lentamente la ventana.

Podía bajar las escaleras y coger la Biblia en el aparador del comedor. Volver a subir corriendo, abrir la puerta de la habitación de huéspedes, sosteniendo en alto la Biblia, y leer: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te conmino a que te vayas...»

Pero ¿quién estaba allá?

«Llámame si necesitas algo.» Pero no puedo, Mike. Soy un viejo y tengo miedo.

La noche se adueñó de su cerebro en un desfile de imágenes terroríficas que aparecían y desaparecían en las sombras. Blancos rostros de payaso, ojos enormes, dientes agudos, formas que se deslizaban de la sombra con largas manos blancas tendidas para... para...

Mientras se cubría el rostro con las manos, emitió un gemido estremecedor.

No puedo. Tengo miedo.

No podría haberse levantado ni siquiera si el picaporte de bronce de su puerta hubiera empezado a girar. Estaba paralizado por el miedo y anheló locamente no haber ido esa noche a la taberna de Dell.

Tengo miedo, se repitió.

Y en el espantoso silencio de la casa, mientras seguía sentado en la cama, impotente, con el rostro oculto entre las manos, oyó la risa aguda, dulce, maligna de un niño...

... y después, la succión.

SEGUNDA PARTE

EL EMPERADOR DE LOS HELADOS

Llama, al que lía los enormes cigarros,
al musculoso, y pídele que bata
en los cuencos de la cocina el coágulo de la lujuria.
Que las criadas holgazaneen, vestidas
con el traje que acostumbran usar, y los muchachos
traigan flores envueltas en periódicos atrasados.
No molestes el final de la apariencia.
El único emperador es el emperador de los helados.
Saca de la cómoda de tablones de pino
a la que le faltan tres perillas de vidrio, aquella sábana
donde ella una vez bordó tres cisnes,
y extiéndela sobre ella para cubrirle el rostro.
Y si sus pies callosos sobresalen, lo hacen
para mostrar hasta qué punto está fría, y muda.
Deja que la lámpara concentre sus rayos.
El único emperador es el emperador de los helados.

WALLACE STEVENS

La columna tiene
un agujero. ¿No puedes ver
a la Reina de los Muertos?

GEORGE SEFERIS

OCHO

BEN (III)

1

Debían de haber estado golpeando desde hacía largo rato, porque los ecos parecían venir desde muy lejos mientras él luchaba lentamente por despertarse. Fuera estaba oscuro, pero cuando se dio la vuelta para tomar el reloj y acercárselo a la cara, se le cayó al suelo. Se sentía desorientado y asustado.

-¿Quién es? -preguntó.

-Soy Eva, señor Mears. Hay una llamada para usted.

Se levantó, se puso los pantalones y abrió la puerta sin acabar de vestirse. Eva Miller llevaba una bata blanca, y en su cara se reflejaba la vulnerabilidad de una persona que

todavía está medio dormida. Los dos se miraron, mientras Ben pensaba: ¿Quién estará enfermo? ¿Quién habrá muerto?

-¿Larga distancia?

-No; es Matthew Burke.

La respuesta no le alivió como habría debido.

-¿Qué hora es?

-Un poco más de las cuatro. El señor Burke parece muy alterado.

Ben fue al piso bajo y cogió el teléfono.

-Soy Ben, Matt.

-¿Puedes venir, Ben? ¿Ahora mismo>

-Sí, desde luego. ¿Qué pasa? ¿Estás enfermo?

-Por teléfono no. Ven.

-Diez minutos.

-¿Ben?

-Sí.

-¿Tienes un crucifijo o una medalla de san Cristóbal? ¿Algo asi ?

-No, demonios. Yo soy... era baptista.

-Está bien. Ven enseguida.

Ben colgó y subió las escaleras. Eva le esperaba apoyada contra la barandilla, la indecisión y la inquietud dibujadas en su rostro; por un lado quería saber, por otro no quería mezclarse en los asuntos de su inquilino.

-¿Está enfermo el señor Burke?

-Dice que no. Me pidió que... dígame, ¿usted es católica?

-Mi marido lo era.

-¿No tiene un crucifijo o un rosario o una medalla de san Cristóbal?

-Bueno... en el dormitorio está el crucifijo de mi marido... Podría...

-Sí, por favor.

Eva subió, arrastrando las zapatillas por la alfombra desteñida. Ben entró en su habitación, se puso la camisa y se calzó un par de mocasines. Cuando volvió a salir, Eva estaba de pie junto a su puerta, con el crucifijo en la mano. Bajo la luz, despedía un tenue resplandor de plata.

-Gracias -le dijo él.

-¿Se lo pidió el señor Burke?

-Sí, así es.

Más despierta ya, Eva fruncía el entrecejo.

-Pero él no es católico. No creo que vaya a la iglesia.

-No me explicó nada.

-Claro. -Con un gesto de comprensión, la mujer le entregó el crucifijo-. Cuídelo, por favor, que tiene mucho valor para mí.

-Lo comprendo. No se preocupe.

-Espero que el señor Burke se encuentre bien. Es todo un caballero.

Ben bajó y salió al porche. Como no podía sostener el crucifijo y buscar las llaves del Citroen al mismo tiempo, en vez de pasárselo de la mano derecha a la izquierda, se lo colgó al cuello. La cruz de plata se deslizó suavemente sobre su camisa y, al subir al coche, Ben apenas si se dio cuenta de que se sentía consolado.

2

Todas las ventanas de la planta baja de la casa de Matt estaban iluminadas. Cuando los faros del coche barrieron la fachada al tomar el camino de entrada, Matt abrió la puerta y salió a esperarlo.

Ben se acercó y el rostro de Matt le impresionó. Estaba mortalmente pálido y le temblaba la boca. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, como si no pudiera parpadear.

-Vamos a la cocina -dijo.

Mientras Ben entraba, la luz del vestíbulo hizo refulgir la cruz que descansaba sobre su pecho.

-Has conseguido un crucifijo.

-Es de Eva Miller. ¿Qué sucede?

-A la cocina -repitió Matt.

Cuando pasaron frente a la escalera que conducía al piso superior, Ben miró hacia arriba y tuvo la impresión de que al mismo tiempo retrocedía.

La mesa de la cocina, donde habían comido horas antes, estaba vacía, salvo por tres objetos, dos de ellos sorprendentes: una taza de café, una antigua Biblia con cierre metálico y un revólver calibre 38.

-¿Qué pasa, Matt? Tienes muy mal aspecto.

-Es posible que lo haya soñado todo, pero agradezco a Dios que estés aquí. -Había cogido el revólver y lo hacía girar con inquietud entre sus manos.

-Cuéntame, y deja de jugar con eso. ¿Está cargado?

Matt volvió a dejar el arma y se mesó el pelo.

-Sí, está cargado. Aunque no sé si serviría de algo..., a menos que disparara contra mí mismo. -Soltó una risa enfermiza y entrecortada, como un cristal que se astilla.

-Deja de decir tonterías.

La aspereza de su voz quebró la extraña mirada fija de Matt, que sacudió la cabeza, no en un gesto negativo sino como se sacuden algunos animales al salir del agua.

-Arriba hay un hombre muerto -dijo.

-¿Quién?

-Mike Ryerson. Un jardinero del ayuntamiento.

-¿Estás seguro de que está muerto?

-Estoy en mis cabales, aunque no haya entrado a verle. No tuve valor. Porque, en otro sentido, es posible que no esté muerto.

-Matt, lo que dices no tiene sentido.

-¿Y crees que no lo sé? Estoy diciendo disparates y pensando locuras. Pero no tenía a quién llamar, salvo a ti. En todo Jerusalem's Lot, tú eres la única persona que podría... podría... -Meneó la cabeza y volvió a empezar-. ¿Recuerdas que estuvimos hablando de Danny Glick?

-Sí.

-¿Y de que podría haber muerto de anemia perniciosa, de lo que nuestros abuelos habrían llamado consunción?

-Sí.

-Mike lo enterró. Y Mike encontró el perro de Win Purinton ensartado en un barrote del cementerio de Harmony Hill. Anoche me encontré con Mike Ryerson en el bar de Dell y...

3

-... y no pude entrar -concluyó-. No pude. Me quedé casi cuatro horas sentado en la cama. Después bajé las escaleras furtivamente, como un ladrón, para llamarte. ¿Qué piensas?

Ben se había quitado el crucifijo; con un dedo vacilante, jugueteó con el montoncito brillante que formaba la delgada cadena. Eran casi las cinco, y hacia el este la aurora coloreaba de rosa el cielo. El tubo fluorescente del techo había palidecido.

-Creo que lo mejor será que vayamos a tu cuarto de huéspedes. Creo que eso es todo, por el momento.

-Ahora, con la luz que entra por la ventana, todo parece la pesadilla de un loco. -Matt emitió una risa temblorosa-, y espero que lo sea. Espero que Mike esté durmiendo como un niño.

-Bueno, vamos a ver.

Matt dominó el temblor de los labios.

-De acuerdo. -Sus ojos se posaron en la mesa y después miraron interrogativamente a Ben.

-Por supuesto -dijo éste, y le deslizó al cuello el crucifijo.

-Realmente me hace sentir mejor -sonrió Matt, avergonzado.

-¿No quieres el arma?

-No, creo que no.

Cuando subieron las escaleras, Ben abría la marcha. En el piso superior había un corto pasillo que se abría hacia ambos lados. En un extremo, la puerta del dormitorio de Matt seguía abierta, y por ella el pálido haz de luz de la lámpara se derramaba sobre el pasillo anaranjado.

-Hacia el otro lado -dijo Matt.

Ben recorrió el pasillo y se detuvo ante la puerta del cuarto de huéspedes. Aunque no creyera la monstruosidad implícita en el relato de Matt, se sintió sumergido por una oleada del terror más negro que hubiera sentido en su vida.

Ahora abres la puerta y estará colgado de la viga, con la cara hinchada, deformada y negra, y luego los ojos se abrirán y aunque estén saliéndose de las órbitas, son ojos que te verán y se alegrarán de que hayas venido...

El recuerdo le invadió con una realidad casi sensible, y en el momento en que se hizo más intenso le dejó paralizado. Hasta podía oler el yeso húmedo y el hedor salvaje de las alimañas. Le pareció que la simple puerta de madera barnizada de la habitación de huéspedes de Matt Burke se erguía entre él y todos los secretos del infierno.

Después hizo girar el picaporte y la abrió. A sus espaldas, Matt aferraba el crucifijo de Eva.

El cuarto de huéspedes daba hacia el este, y el arco del sol acababa de asomar por el horizonte. La diafanidad de los primeros rayos se volcaba por la ventana, y unas pocas motas doradas danzaban en el haz que iba a terminar sobre la sábana de hilo blanco que cubría a Mike Ryerson hasta el pecho.

Ben miró a Matt con gesto tranquilizador.

-Está perfectamente -susurró-. Durmiendo.

-La ventana está abierta -señaló Matt-. Estaba cerrada y con cerrojo. Lo comprobé yo mismo.

Los ojos de Ben se detuvieron en el dobladillo de la sábana que cubría a Mike. Allí se veía una minúscula gota de sangre, seca y ennegrecida.

-No creo que respire -dijo Matt.

Ben se adelantó dos pasos y se detuvo.

-¿Mike? Mike Ryerson. ¡Despierte, Mike!

No hubo respuesta. Tenía el pelo revuelto sobre la frente, y Ben pensó que en esa pálida luz parecía más que un hombre apuesto; era tan bello como una estatua griega. Un leve color florecía en sus mejillas, y el cuerpo no tenía la mortal palidez que había mencionado Matt, sino el tono de una piel sana.

-Claro que respira -dijo con cierta impaciencia-. No está más que dormido. Mike. -Tendió la mano para sacudirle suavemente.

El brazo izquierdo de Mike, que descansaba sobre el pecho, cayó inerte por el lado de la cama y los nudillos golpearon contra el suelo, como los de alguien que llama para entrar.

Matt dio un paso adelante y levantó el brazo inmóvil, oprimiéndole la muñeca con el índice.

-No tiene pulso.

Empezó a soltarlo, recordó el ruido estremecedor que habían hecho los nudillos y volvió a dejar el brazo sobre el pecho de Ryerson. Cuando empezó a deslizarse, lo devolvió a su lugar con más firmeza, haciendo una mueca.

Ben no podía creerlo. Estaba dormido, tenía que estar dormido. El buen color, la relajación evidente de los músculos, los labios entreabiertos como para respirar... le asaltó una oleada de irrealidad. Apoyó la muñeca contra el hombro de Ryerson y comprobó que la piel estaba fría.

Se humedeció un dedo y lo puso frente a los labios entreabiertos. Nada. Ni un soplo de hálito.

Ben y Matt se miraron.

Ben tomó con ambas manos la mandíbula de Ryerson y la hizo girar hasta apoyar la mejilla sobre la almohada. El movimiento desplazó el brazo izquierdo, y los nudillos volvieron a dar contra el suelo.

En el cuello de Mike Ryerson no había marca alguna.

4

Estaban otra vez sentados ante la mesa de la cocina. Eran las 5.35. Se oyeron los mugidos de las vacas de Griffen, a las que acababan de soltar para que bajaran al campo de pastoreo del este, al pie de la colina, del otro lado del cinturón de arbustos y malezas que ocultaba de la vista el arroyo de Taggart Stream.

-De acuerdo con la leyenda, las marcas desaparecen -dijo Matt-. Cuando la víctima muere, las marcas desaparecen.

-Sí, lo sé -asintió Ben, que lo recordaba por el Drácula de Stoker y por los filmes de la Hammer que hicieran famoso a Christopher Lee.

-Tenemos que clavarle una estaca de fresno en el corazón.

-Más vale que lo pienses dos veces -aconsejó Ben, y bebió un sorbo de café-. Me gustaría verte explicándoselo a un jurado. Irías a la cárcel por profanar un cadáver, en el mejor de los casos. Y más probablemente al manicomio.

-¿Piensas que estoy loco? -preguntó Matt.

-No -respondió Ben.

-¿Me crees lo de las marcas?

-No lo sé. Imagino que tengo que creerte. ¿Por qué habrías de mentirme? No veo que ganaras nada mintiendo. Supongo que mentirías si lo hubieras matado tú.

-Tal vez fue así, pues -aventuró Matt, observándolo.

-Hay tres argumentos en contra de eso. Primero, el móvil. Perdóname, Matt, pero eres demasiado viejo para que se pueda pensar en los móviles clásicos, como los celos y el

dinero. Segundo, ¿cómo lo hiciste? Si lo envenenaste, debió tener una muerte muy fácil. Su aspecto no puede ser más sereno, y eso elimina la mayoría de los venenos comunes.

-¿Y el tercero?

-Ningún asesino en sus cabales inventaría una historia como la tuya para encubrir el asesinato. Sería una locura.

-Y volvemos a mi salud mental -suspiró Matt-. Como me lo esperaba.

-Yo no creo que estés loco -declaró Ben-. Me pareces bastante racional.

-Pero tú no eres médico, ¿no? Y a veces los locos pueden imitar increíblemente bien la cordura.

Ben asintió.

-Y eso, ¿adonde nos lleva?

-Al punto de partida.

-No. Ninguno de nosotros puede decir eso, porque arriba hay un muerto y pronto habrá que explicarlo. La policía querrá saber lo que sucedió, y el médico forense también, y lo mismo el sheriff del condado. Matt, ¿no tendría alguna enfermedad vírica y vino a morir en tu casa?

Por primera vez desde que habían vuelto abajo, Matt dio signos de agitación.

-Ben, ya te he contado lo que dijo. ¡Le vi las marcas en el cuello! ¡Y oí que invitaba a alguien a entrar en mi casa! Después oí... ¡Dios, oí esa risa! -Sus ojos habían vuelto a adquirir una peculiar mirada inexpresiva.

-Está bien.

Ben se levantó y fue hacia la ventana, procurando ordenar sus pensamientos. Nada concordaba. Como le había dicho a Susan, parecía que las cosas se las arreglaran para escaparse de las manos.

Estaban mirando hacia la casa de los Marsten.

-Matt, ¿sabes lo que te sucederá si insinúas lo que me has contado?

Matt no respondió.

-Cuando te encuentren por la calle, la gente se llevará un dedo a la sien. Los chiquillos se pondrán los colmillos postizos que usan el día de Todos los Santos cuando te vean venir, y empezarán a saltar y a burlarse de ti cuando pases por delante de su casa. Alguien inventará una cancioncita del tipo Un, dos y tres, te chupo la sangre otra vez. Y la oirás por los corredores del instituto. Tus colegas te mirarán de manera rara. Recibirás llamadas anónimas de gente que dirá ser Danny Glick o Mike Ryerson. Tu vida se convertirá en una pesadilla y en seis meses te ahuyentarán del pueblo.

-Ben, por favor. Me conocen.

Ben se volvió desde la ventana.

-¿A quién conocen? A un extraño anciano que vive solo en Taggart Stream Road. Es posible que, de todas maneras, el solo hecho de que no estés casado baste para hacerles pensar que tienes un tornillo flojo. Y yo, ¿en qué puedo respaldarte? Vi el cuerpo, pero nada más. Y aunque fuera de otro modo, dirían que yo no soy del pueblo. Hasta podrían llegar a afirmar que somos una pareja rara y excéntrica.

Matt lo miraba con horror creciente.

-Una sola palabra. Matt. Es todo lo que hace falta para liquidarte en Salem's Lot.

-Entonces no hay nada que hacer.

-Sí hay. Tú tienes cierta teoría sobre quién o qué mató a Mike Ryerson. La teoría es relativamente simple de comprobar o desechar, creo. Yo estoy en un lío de mil demonios. No puedo creer que estés loco, y tampoco puedo creer que Danny Glick haya vuelto de entre los muertos para chuparle la sangre a Mike Ryerson una semana antes de matarlo. Pero voy a poner a prueba la idea, y tú tienes que ayudarme.

-¿Cómo?

-Llama a tu médico... ¿Cody, se llama? Y después a Parkins Gillespie. Deja que ellos se hagan cargo. Cuenta las cosas como si no hubieras oído nada durante la noche. Fuiste al bar de Dell y te sentaste con Mike. Te contó que se había sentido enfermo desde el domingo pasado, y le invitaste a que fuera a tu casa. A eso de las tres y media de la madrugada, subiste para ver cómo estaba, no pudiste despertarlo y me llamaste.

-¿Y eso es todo?

-Todo. Cuando hables con Cody, no le digas siquiera que está muerto.

-Que no está...

-Mierda, ¿cómo podemos saber nosotros que lo esta? -estallo Ben-. Tú le tomaste el pulso y no se lo encontraste; yo traté de sentirle el aliento y no lo conseguí. Si yo supiera que a mí me enterrarán sobre esa base, pondría el grito en el cielo. Y mucho más teniendo el aspecto de vida que él tiene.

-Eso te preocupa tanto como a mí, ¿verdad?

-Sí me preocupa -admitió Ben-. Parece una figura de cera.

-Bueno -suspiró Matt-. Lo que dices es sensato... lo más sensato que se puede ser en una situación como ésta. Imagino que yo debía parecer un chinado... Pero supongamos (como hipótesis, nada mas) que mi sospecha inicial fuera correcta. ¿Aceptarías una remota posibilidad de que Mike pudiera... volver?

-Como te he dicho, esa teoría es fácil de probar o desechar. Y no es lo que más me preocupa.

-¿Qué es?

-Espera. Primero lo más importante. Probarla o desecharla no tiene por qué ser más que un ejercicio de lógica... una exclusión de posibilidades. Primera posibilidad: Mike murió de alguna enfermedad. ¿Cómo se confirma o se desecha eso?

Matt se encogió de hombros.

-Con un examen médico, imagino.

-Exactamente. Y del mismo modo se confirma o se descarta una jugada sucia. Si alguien lo envenenó o le disparó o le dio un postre envenenado...

-No sería la primera vez que un asesinato no se aclara.

-Seguro que no. Pero apuesto por el médico que lo examine.

-¿Y si el veredicto del médico es «causa desconocida»?

-Entonces -respondió lentamente Ben-, podemos ir a visitar su tumba después del funeral, para ver si se levanta. Si lo hace, lo que me resulta inconcebible, nos convenceremos. Si no, nos encontraremos frente al hecho que a mí me preocupa.

-Mi locura -articuló lentamente Matt-. Ben, te juro que esas marcas existían y que oí cómo se levantaba la ventana, y que...

-Te creo -le interrumpió Ben en voz baja,

Matt se detuvo. Su expresión era la de un hombre que se ha preparado para recibir un golpe, sin que éste le llegue.

-¿De veras? -preguntó con incertidumbre.

-Digámoslo de. otra manera. Me niego a, creer que estés loco o que hayas tenido una alucinación. Una vez tuve una experiencia..., una experiencia relacionada con esa maldita casa de la colina... que me hace comprender a la gente que cuenta cosas que parecen imposibles a la luz de la razón. Algún día te la contaré.

-¿Por qué no ahora?

-No hay tiempo. Tienes que hacer esas llamadas. Y a mí me queda una pregunta por hacen ¿Tienes enemigos?

-Ninguno que pudiera llegar a este extremo.

-¿Un ex alumno, tal vez? ¿Algún resentido?

Matt, que sabía exactamente hasta qué punto influía sobre la vida de sus alumnos, rió discretamente.

-Está bien, creo en tu palabra. -Ben sacudió la cabeza-. Esto no me gusta. Primero ese perro que aparece ensartado en las rejas del cementerio. Después Ralphie Glick desaparece, su hermano muere y Mike Ryerson también. Tal vez todo eso esté vinculado de algún modo. Pero... no puedo creerlo. -Mejor será que llame a Cody -dijo Matt, mientras se ponía de pie-. Parkins debe de estar en su casa.

-También puedes avisar en el instituto que estás enfermo.

-Es cierto. -Matt rió sin ganas-. Será la primera vez que diga algo así en tres años.

Fue a la sala y desde allí empezó a hacer las llamadas, esperando, al terminar de marcar cada número, que el sonido del teléfono despertara á los durmientes. Cody debía de estar de guardia, porque su mujer le dio otro número. Después de marcarlo, Matt preguntó por Cody, y cuando éste se puso al aparato dio comienzo a su relato.

-Jimmy estará aquí dentro de una hora -anunció al colgar.

-Está bien -asintió Ben-. Yo voy arriba.

-No toques nada.

-Descuida.

Llegaba al descanso del piso inferior cuando oyó que Matt contestaba por teléfono las preguntas de Parkins Gillespie. Cuando Ben enfiló el pasillo, las palabras se convirtieron en un murmullo de fondo.

Esa sensación de terror a medias recordado, a medias imaginado, volvió a embargarle mientras contemplaba la puerta de la habitación de huéspedes. Mentalmente, podía verse avanzando para abrirla. A los ojos de un niño, la habitación parece más grande. El cuerpo está tendido tal como lo dejaron, con el brazo izquierdo colgando, rozando el suelo, la mejilla izquierda descansando sobre la almohada. De pronto los ojos se abren, inundados por un triunfo inexpresivo, animal. La puerta se cierra de un golpe. El brazo izquierdo se levanta, la mano convertida en una garra, y los labios esbozan una sonrisa lobuna que muestra los grandes incisivos...

Avanzó y abrió la puerta, con dedos tensos. Las bisagras chirriaron apenas.

El cuerpo yacía en la posición en que lo habían dejado, con el brazo izquierdo caído, la mejilla izquierda apoyada sobre la almohada...

-Parkins ya viene -anunció Matt desde el vestíbulo de abajo, y Ben estuvo a punto de gritar.

5

Ben pensaba en lo apropiada que había sido su frase: «Deja que ellos se hagan cargo.» Era algo tan semejante a un mecanismo, a uno de esos elaborados juguetes alemanes en que un mecanismo de relojería y ruedas dentadas pone en movimiento dos figuras que se mueven en una danza complicada.

Parkins Gillespie fue el primero en llegar, con una corbata verde adornada con un alfiler con la insignia del Cuerpo de Veteranos. En sus ojos quedaban aún vestigios de sueño. Anunció que había avisado al juez del condado.

-Aunque no venga personalmente él -dijo, mientras se metía un Pall Mall en la comisura de la boca-, mandará un delegado. ¿Han tocado el cadáver?

-Tiene un brazo fuera de la cama -explicó Ben-. Yo traté de levantárselo, pero volvió a caer.

Parkins lo miró de arriba abajo, pero no dijo nada. Ben pensó en el horrible ruido que habían hecho los nudillos sobre el suelo de madera, y sintió que su vientre se revolvía. Tragó saliva.

Matt los condujo arriba y Parkins rodeó al cuerpo.

-Oigan, ¿están seguros de que está muerto? -preguntó finalmente-. ¿Han tratado de despertarlo?

James Cody, doctor en medicina, fue el siguiente en llegar; acababa de atender un parto en Cumberland. Una vez hubieron terminado con las cortesías («Encantado de conocerle», dijo Parkins Gillespie mientras encendía otro cigarrillo), Matt volvió a guiarlos a todos arriba. Bastaría con que todos supiéramos tocar algún instrumento, pensó Ben, para ofrecerle una hermosa despedida al muchacho.

Y otra vez sintió que la risa le cosquilleaba en la garganta.

Cody apartó la sábana y miró el cuerpo. Ben se quedó atónito ante la calma con que Matt Burke dijo:

-Me hizo pensar en lo que dijiste del chico de los Glick, Jimmy.

-Eso fue un secreto, señor Burke -dijo suavemente Jimmy Cody-. Si la familia Glick descubriera que usted ha dicho eso, podrían procesarme.

-¿Y ganarían?

-No, probablemente no -dijo Jimmy, y suspiró.

-¿Qué es eso del chico de los Glick? -preguntó Parkins, frunciendo el entrecejo.

-Nada -respondió Jimmy-. No tiene importancia.

Escuchó con el estetoscopio, refunfuñó, levantó un párpado y envió un destello de luz sobre el ojo vidrioso.

Ben vio cómo la pupila se contraía y suspiró de asombro.

-Interesante reflejo, ¿no? -comentó Jimmy. Cuando soltó el párpado, éste se deslizó hacia abajo con grotesca lentitud, como si el cadáver les hiciera un guiño-. En el hospital John Hopkins, David Prine observó contracción pupilar en algunos cadáveres hasta pasadas nueve horas.

-Ahora se ha vuelto un erudito -gruñó Matt-. Hay que ver las notas que solía sacar en composición.

-Es que a usted no le gustaba que escribiera sobre disecciones, viejo rezongón -contestó Jimmy con aire ausente, y sacó un martillito.

Está bien, pensó Ben. No pierde sus modales de cabecera aunque el paciente sea, como diría Parkins, un cadáver. La risa volvió a agitarse en su interior.

-¿Muerto? -preguntó Parkins, mientras echaba la ceniza en un florero vacío. Matt dio un respingo.

-Vaya si lo está -respondió Jimmy.

Se levantó, retiró la sábana hasta los pies y golpeó la rodilla derecha. Los dedos permanecieron inmóviles. Ben notó que Mike Ryerson tenía callosidades amarillentas en la planta de los pies, en el talón y en el empeine, y recordó aquel poema de Wallace Stevens sobre la mujer muerta.

-Que esto sea el final de la apariencia -citó erróneamente-. El único emperador es el emperador de los helados.

Matt le miró sobresaltado, y por un momento su dominio de sí pareció vacilar.

-¿Qué es eso? -preguntó Parkins.

-Un poema -explicó Matt-. Un fragmento de un poema sobre la muerte.

-A mí me suena más a chiste -declaró Parkins, y otra vez volvió a echar la ceniza en el florero.

6

-¿Nos conocemos? -preguntó Jimmy a Ben.

-Os han presentado, pero de pasada -explicó Matt-. Jimmy Cody, nuestro matasanos. Ben Mears, nuestro escriba.

-Siempre ha tenido ese tipo de humor -apuntó Jimmy-. Fue así como hizo todo su dinero.

Se estrecharon la mano por encima del cadáver.

-Ayúdeme a darle la vuelta, señor Mears.

Con cierta repugnancia, Ben colaboró en poner el cuerpo boca abajo. Aún no había adquirido el rigor mortis. Jimmy observó la espalda y después le bajó los calzoncillos en las nalgas.

-¿Para qué hace eso? -preguntó Parkins.

-Estoy tratando de establecer la hora de la muerte por la lividez de la piel -explicó Jimmy-. Cuando se interrumpe el bombeo, la sangre tiende a buscar el nivel más bajo, como cualquier otro fluido.

-Sí, como en ese anuncio de Drano. Ésa es tarea del forense, ¿no?

-Usted sabe que mandarán a Norbert -respondió Jimmy-. Y a Brent Norbert jamás le ha molestado que sus amigos le ayuden un poco.

-Norbert sería incapaz de encontrarse el ombligo -declaró Parkins, y arrojó la colilla del cigarrillo por la ventana abierta-. Esta ventana ha perdido la cortina, Matt; cuando llegué estaba abajo, caída en el césped.

-¿Ah sí? -preguntó Matt, controlando la voz.

-Así es.

Cody había sacado un termómetro de su maletín; se lo introdujo a Ryerson en el ano y dejó su reloj sobre la sábana almidonada, donde brilló al recibir la luz del sol. Eran las siete menos cuarto.

-Voy abajo -anunció Matt roncamente.

-Sí, podéis iros -asintió Jimmy-. Yo tardaré un poco más. ¿Podría preparar café, señor Burke?

-Ahora mismo.

Todos salieron y fue Ben el que cerró la puerta. Una última mirada le dejó grabada la escena: la luminosa habitación bañada por el sol, la sábana limpia, recogida, el reloj de pulsera que arrojaba brillantes destellos de luz sobre el empapelado, y el propio Cody, con su pelo rojo fuego, inmóvil junto al cadáver como si fuera un grabado.

Matt estaba preparando el café cuando apareció Brenton Norbert, el ayudante del forense, en un viejo Dodge gris. Entró acompañado de otro hombre que llevaba una cámara.

-¿Dónde está? -preguntó Norbert.

Con el pulgar, Parkins Gillespie indicó las escaleras.

-Jim Cody está arriba.

-Bien -repuso Norbert, y subió por las escaleras junto con el fotógrafo.

Parkins Gillespie se sirvió crema con el café hasta que se le volcó sobre el platillo, la probó con el pulgar, se lo limpió en los pantalones, encendió otro Pall Malí y preguntó:

-¿Cuál es su papel en esto, señor Mears?

De modo que Ben y Matt empezaron con su pequeño número preparado, sin decir ninguna mentira, pero evitando decir lo suficiente para quedar unidos por un tenue vínculo de conspiración, y lo suficiente para que Ben se preguntara con inquietud si estaría ocultando una inofensiva chifladura o algo más serio, algo oscuro. Recordó que Matt había dicho que le había llamado porque creía que era la única persona en Salem's Lot que podía prestar oídos a semejante historia. Fueran cuales fueran las flaquezas mentales de Matt Burke, pensó Ben, entre ellas no se contaba la incapacidad para discernir caracteres. Y eso también le puso nervioso.

7

A las 9,30 todo estaba concluido.

Cari Foreman había mandado su furgón para recoger el cuerpo de Mike Ryerson, y con él su muerte se hizo pública en el pueblo. Jimmy Cody había vuelto a su consulta, Norbert y el fotógrafo habían ido a Portland a hablar con el juez.

Parkins Gillespie se detuvo un momento en la escalinata, mirando cómo el furgón se alejaba lentamente por el camino. Un cigarrillo pendía de sus labios.

-Tantas veces como Mike estuvo al volante, apuesto a que jamás imaginó que pronto le llevarían a él detrás. -Se volvió hacia Ben-. Usted no se va todavía del pueblo, ¿verdad?

-No, no me voy.

-Hice que los federales y la policía estatal de Maine en Augusta investigaran sobre usted -le informó-. No tiene antecedentes delictivos.

-Siempre es bueno saberlo -dijo Ben.

-He oído decir que está saliendo con la hija de Bill Norton.

-Culpable -confesó Ben.

-Es una buena hija -comentó Parkins.

El furgón ya se había perdido de vista; hasta el ruido del motor se había debilitado en un zumbido que terminó por extinguirse.

-Me parece que últimamente no sale mucho con Floyd Tibbits.

-¿No tendrá usted que preparar su informe, Parkins? -le azuzó suavemente Matt.

Gillespie suspiró y arrojó la colilla al suelo.

-Desde luego que sí. Por triplicado, no doblar ni arrugar. Durante las dos últimas semanas, el trabajo me ha traído más líos que una ramera histérica. Esa casa de los Marsten debe de tener alguna maldición.

Ben y Matt siguieron con rostros imperturbables.

-Bueno, me voy -Después de abrir la puerta del coche, se volvió hacia ellos-. No me estarán ocultando algo, ¿verdad?

-Parkins, no hay nada que ocultar -respondió Matt-. Está muerto.

Los ojos descoloridos les miraron un momento más, penetrantes y vivaces bajo las cejas en arco. Después, Parkins suspiró.

-Supongo -asintió-. Pero todo es muy raro. El perro, el chico de los Glick, el otro chico de los Glick, y ahora Mike... Para un pueblo de mala muerte como éste, es un año maldito. Mi abuela solía decir que las calamidades vienen de tres en tres, no de cuatro en cuatro.

Subió al coche, puso en marcha el motor y dio marcha atrás por el camino de entrada. Poco después desaparecía del otro lado de la colina, con un bocinazo de despedida.

Matt dejó escapar un profundo suspiro.

-Asunto concluido.

-Sí -asintió Ben-. Estoy exhausto. ¿Y tú?

-También, pero me siento... colocado. ¿Conoces la palabra, en el sentido en que la usan los chicos?

-Sí.

-Dios, debes de pensar que soy un lunático. -Se frotó la cara con la mano-. A la luz del día parece el delirio de un loco, ¿no?

-Sí y no -respondió Ben, y apoyó una mano tímida en el hombro de Matt-. Gillespie tiene razón, sabes. Está sucediendo algo raro. Y estoy convencido de que tiene relación con la casa de los Marsten. Aparte de mí, la gente de allí arriba son los únicos nuevos en el pueblo. Y sé que yo no he hecho nada. El proyecto de ir allí esta noche, ¿sigue en pie? ¿La expedición de bienvenida?

-Si quieres...

-Yo sí. Ve a dormir un rato, que yo iré a ver a Susan y esta tarde te pasaremos a buscar.

-De acuerdo. -Matt hizo una pausa-. Hay otra cosa que me preocupa desde que hablaste de la autopsia...

-¿Qué es?

-La risa que oí... o que me pareció oír, era una risa de niño. Horrible y despiadada, pero una risa de niño. En relación con lo que contó Mike, ¿no te hace pensar en Danny Glick?

-Sí, claro que sí.

-¿Sabes en qué consiste el procedimiento para embalsamar?

-No exactamente. Se le retira la sangre al cadáver y se sustituye con algún fluido. Solían usar formaldehído, pero ahora debe de haber métodos más modernos. Y se retiran las vísceras del cadáver.

-Me pregunto si todo eso se lo hicieron a Danny -repuso Matt, mirándole.

-¿Conoces lo suficiente a Cari Foreman para preguntárselo?

-Sí, creo que podría encontrar la forma.

-Pues no dejes de hacerlo.

-De acuerdo.

Los dos se miraron un momento más, y la mirada que intercambiaron, aunque amistosa, tenía algo indefinible; por parte de Matt, la inquietud obstinada del hombre racional que se ha visto obligado a hablar irracionalmente; por la de Ben, una especie de miedo impreciso ante fuerzas que no podía entender lo suficiente para definirlas.

8

Cuando Ben entró, Eva estaba planchando mientras seguía un concurso por televisión. En ese momento el premio llegaba a cuarenta y cinco dólares, y el animador estaba sacando números telefónicos de un gran recipiente de cristal.

-Ya me he enterado -comentó Eva mientras él abría la nevera para sacar una coca-cola-. Qué horror, pobre Mike.

-Espantoso. -Ben sacó del bolsillo de la camisa el crucifijo con su cadena.

-¿No saben qué...?

-Todavía no -respondió Ben-. Estoy muy cansado, señorita Miller. Creo que dormiré un rato.

-Bien. Ese cuarto de arriba es caluroso a mediodía, incluso en esta época del año. Si quiere, ocupe el de abajo. Las sábanas están limpias.

-No» gracias. En el mío conozco todos los ruidos.

-Sí, una persona se acostumbra a lo que es suyo -asintió ella-. ¿Para qué quería el señor Burke el crucifijo de Ralph?

Ben se detuvo antes de empezar a subir por las escaleras.

-Creo que Matt debió de pensar que Mike Ryerson era católico.

Eva colocó otra camisa en el extremo de la tabla de planchar.

-Pues tendría que saber que no lo era. Después de todo, Mike fue su alumno en la escuela, y en su familia todos eran luteranos.

Ben no supo qué responder. Subió las escaleras, se desvistió y se metió en la cama. Se durmió enseguida, pero no soñó nada.

9

Cuando despertó eran las cuatro y cuarto. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y se había destapado mientras dormía. De todas maneras, sentía la cabeza despejada. Los acontecimientos de la mañana parecían lejanos e inciertos, y las fantasías de Matt Burke no eran tan apremiantes. Lo que tenía que hacer esa noche era distraerle y hacer que se divirtiera, si eso era posible.

10

Decidió llamar a Susan desde el bar de Spencer para reunirse allí. Podían ir hasta el parque, y allí Ben le contaría toda la historia. Escucharía la opinión de ella mientras iban a ver a Matt, y una vez en casa de éste, Susan podría escuchar su versión y completar su juicio. Después irían a la casa de los Marsten. La idea le provocó un escalofrío.

Tan perdido estaba en sus propios pensamientos que no advirtió que alguien estaba esperándole en su coche hasta que la puerta se abrió y la alta figura se apeó. Por un momento su mente estuvo demasiado aturdida para controlar su cuerpo, que retrocedió ante lo que a primera vista le pareció un espantapájaros animado. Los rayos oblicuos del sol destacaban la figura con un detalle nítido y cruel: el viejo sombrero de fieltro encajado hasta las orejas, las gafas de sol, el raído abrigo con el cuello levantado, las manos enfundadas en gruesos guantes de goma verde.

-¿Quién...? -fue lo único que Ben tuvo tiempo de articular.

La figura se le acercó. Los puños se cerraron. Ben sintió un olor amarillento y rancio en el que reconoció la naftalina. Oía también respirar trabajosamente.

-Tú eres el hijo de puta que me ha robado a mi chica -le acusó Floyd Tibbits con voz áspera y sin inflexiones-. Te voy a matar.

Y mientras Ben seguía tratando de comprender todo eso, Floyd Tibbits se le echó encima.

NUEVE

SUSAN (II)

1

Susan llegó a Portland pasadas las tres de la tarde, y entró en la casa cargada con tres crujientes bolsas de papel marrón de unos grandes almacenes; había vendido dos cuadros por poco más de ochenta dólares y había decidido hacer algunas compras. Dos faldas nuevas y una chaqueta de punto. También habría podido...

-¿Suze? -llamó su madre-. ¿Eres tú?

-Sí. He traído...

-Ven aquí, Susan, quiero hablar contigo.

La muchacha reconoció instantáneamente el tono, aunque no lo hubiera oído con esa precisión desde la época del instituto, cuando las discusiones por el largo de los dobladillos y por los amigos se sucedían un día tras otro.

Dejó las bolsas y se dirigió a la sala. Su madre había ido mostrándose cada vez más fría respecto del tema de Ben Mears, y Susan imaginó que ahora iba a decir su última palabra.

La señora Norton estaba sentada en la mecedora, junto a la ventana, tejiendo. El televisor estaba apagado. La unión de ambas cosas configuraba un signo ominoso.

-Imagino que no te has enterado de la última noticia, con lo temprano que te fuiste esta mañana -dijo, mientras las agujas se movían tan rápidamente que se enredaron en la lana verde oscuro con que trabajaba en pulcras hileras. Alguna bufanda para el invierno.

-¿La última?

-Anoche, Mike Ryerson murió en casa de Matthew Burke, y quién iba a estar presente ante el lecho de muerte sino tu amigo el escritor.

-Mike... Ben... ¿Qué?

La señora Norton esbozó una sonrisa hosca.

-Mabel me llamó esta mañana y me lo contó. El señor Burke dice que anoche se encontró con Mike en la taberna de Delbert Markey (realmente, no me explico qué se le ha perdido a un profesor por los bares) y que se lo llevó consigo a casa porque Mike no se sentía bien. Murió durante la noche. ¡Y aparentemente nadie sabe qué hacía allí el señor Mears!

-Los dos se conocen -reflexionó Susan, ausente-. En realidad, Ben dice que se entendieron tan bien... ¿Qué ha pasado con Mike, Ma?

Pero la señora Norton no se iba a dejar apartar tan fácilmente del tema.

-Sea como fuere, hay quien piensa que ya hemos tenido demasiadas emociones en Salem's Lot desde que apareció por aquí el señor Mears.

-¡Qué estupidez! -replicó Susan, exasperada-. Ahora, dime si Mike...

-Eso no se sabe todavía -dijo la señora Norton. Hizo girar el ovillo de lana y lo aflojó-. Hay quien piensa que pudo haberse contagiado una enfermedad del niño de los Glick.

-Entonces, ¿por qué no se contagió nadie más? ¿Los padres, por ejemplo?

-Hay jóvenes que creen saberlo todo -comentó la señora Norton, hablando a nadie en particular, mientras las agujas echaban chispas.

Susan se levantó.

-Iré a ver si...

-Vuelve a sentarte un momento -ordenó la señora Norton-. Todavía tengo algo más que decirte.

Susan se sentó de nuevo, tratando de mostrarse razonable.

-A veces los jóvenes no saben todo lo que hay que saber -señaló Ann Norton. En su voz se insinuaba un híbrido tono de consuelo que a Susan le pareció sospechoso.

-¿Como qué, Ma?

-Bueno, pues parece que ese Ben Mears tuvo un accidente hace unos años, después de la publicación de su segundo libro. Iba en motocicleta. Estaba bebido. Su mujer se mató.

Susan volvió a levantarse.

-No quiero oír nada más.

-Te lo estoy diciendo por tu bien -explicó la señora Norton.

-¿Quién te lo ha contado? -preguntó Susan. No sentía nada de la vieja cólera impotente, ni la necesidad de correr a su cuarto a llorar, lejos de esa voz tranquila que lo sabía todo. Se sentía simplemente fría y distante, como si flotara en el espacio-. Ha sido Mabel Werts, ¿no?

-Eso no tiene importancia. Es la verdad.

-Seguro que sí. Además, hemos ganado la guerra de Vietnam, y Jesucristo se pasea todos los días por el centro del pueblo.

-A Mabel le pareció una cara conocida -continuó Ann Norton- y se puso a examinar, caja por caja, sus recortes de periódico, y...

-¿Te refieres a su colección de escándalos? ¿De periódicos especializados en astrología y fotos de accidentes automovilísticos y señas de aspirantes a estrellas? Pues vaya fuente de información. -Rió ásperamente.

-No hace falta que digas obscenidades. La historia estaba allí, en letras de molde. La mujer, supongamos que era su esposa, iba en el asiento de atrás y él derrapó sobre el asfalto y fueron a estrellarse contra el costado de un camión. El artículo decía que allí mismo le hicieron la prueba de alcoholemia. Allí mismo... -acentuó las palabras golpeando con una aguja el brazo de la mecedora.

-Entonces, ¿por qué no está en prisión?

-Estos personajes famosos siempre conocen gente -repuso su madre con tranquila certidumbre-. Si uno tiene dinero suficiente, puede salir de cualquier cosa. Y si no, mira de qué situaciones se han salvado los Kennedy.

-¿Fue procesado?

-Te he dicho que le hicieron un...

-Sí, lo has dicho, mamá. ¿Pero estaba ebrio?

-¡Te he dicho que estaba ebrio! -En sus mejillas habían empezado a aparecer manchas de color-. Si estás sobrio no te hacen la prueba de alcoholemia. ¡ Y su mujer murió! ¡Es lo mismo que el asunto de Chappaquiddick! ¡Exactamente!

-Me iré a vivir al pueblo -anunció lentamente Susan-. Ya había pensado decírtelo. Es algo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo, Ma. Por ti y por mí. He estado

hablando con Babs Griffen, y dice que en Sister's Lane hay un sitio adecuado, con cuatro habitaciones...

-¡ Ay, estás ofendida! Te he estropeado tu bonita imagen del importantísimo señor Ben Mears y estás tan furiosa que escupirías -comentó su madre con un tono que años atrás era infalible.

-Madre, ¿qué te pasa? -preguntó Susan-. No es propio de ti... llegar tan bajo.

Ann Norton levantó bruscamente la cabeza. La labor se le resbaló del regazo cuando se levantó para apoyar ambas manos en los hombros de Susan y sacudirla.

-¡Escúchame! No voy a tolerar que andes por ahí como una cualquiera con el primer afeminado que te llena la cabeza de fantasías. ¿Me oyes?

Susan le propinó una bofetada.

Los ojos de Ann Norton parpadearon y se abrieron de sorpresa y aturdimiento. Durante un momento las dos se miraron, en silencio, espantadas. En la garganta de Susan se formó un nudo.

-Me voy arriba -dijo-. El martes, como muy tarde, me marcharé.

-Hoy ha venido Floyd -dijo la señora Norton con el rostro aún rígido.

Los dedos de su hija le habían dejado unas marcas rojas, como signos de admiración.

-Estoy harta de Floyd -repuso Susan, impasible-. Es mejor que te hagas a la idea. Y puedes decírselo por teléfono a tu amiga Mabel, ¿por qué no? Tal vez así te parezca más real.

-Floyd te ama, Susan. Esto le está... haciendo daño. Se derrumbó y me lo contó todo. Me abrió su corazón. -Los ojos le brillaban al recordarlo-. Finalmente, se confió y lloró como un niño.

Susan pensó que eso no era propio de Floyd, y se preguntó si su madre estaría inventándolo. La miró fijamente; sus ojos le dijeron que no.

-¿Eso es lo que quieres para mí, madre? ¿Un niño llorón? ¿O simplemente te fascina la idea de tener nietos rubios? Imagino que es una preocupación para ti... que no puedes sentir que tu misión ha terminado mientras no me veas casada y sometida a un hombre bueno a quien tú puedas ponerle el pie encima. Con un tipo que me deje embarazada y me convierta en señora de su casa sin pérdida de tiempo. Ésa es tu ilusión, ¿no? Bueno, ¿nunca has pensado en lo que pueda querer yo?

-Susan, tú ni siquiera sabes qué quieres.

Y lo decía con tan absoluta certidumbre que durante un momento Susan estuvo tentada de creerla. Tuvo una visión de ella y de su madre, para siempre en la misma situación, la madre junto a la mecedora, ella junto a la puerta; sólo que estaban unidas por una madeja de lana verde, de un hilado deshilachado y débil a fuerza de tantos tirones. La imagen se transformó en la de su madre con gorro de pescador, con la cinta decorada con moscas, mientras trataba desesperadamente de recoger una gran trucha que llevaba una camisa amarilla estampada. Trataba de recogerla, por última vez, para echarla en la cesta de mimbre. Pero ¿con qué fin? ¿Para comérsela?

-Sí, lo sé, mamá. Sé exactamente lo que quiero. Quiero a Ben Mears.

Giró sobre sus talones y subió por las escaleras.

Su madre corrió tras ella, y la llamó con voz chillona:

-¡No puedes alquilar nada si no tienes dinero!

-Tengo cien dólares en efectivo y trescientos en el banco -respondió Susan-. Y creo que puedo conseguir trabajo en el bar de Spencer. El señor Labree me lo ha ofrecido varias veces.

-Lo único que le interesa es mirarte por debajo de las faldas -advirtió la señora Norton. Su voz había descendido una octava. Buena parte de su enojo se había esfumado, y ahora se sentía asustada.

-Pues déjalo. Me pondré los calzones de la abuela.

-Tesoro, no hagas locuras -subió un par de escalones-. Lo único que quiero es lo mejor para...

-Terminemos, mamá. Lamento haberte abofeteado. He hecho muy mal. Te quiero, pero me voy. Ya es hora, tienes que comprenderlo.

-Piénsalo mejor -insistió la señora Norton, ahora tan arrepentida como asustada-. Todavía no creo haber hablado de más. Yo sé lo que son los oportunistas como Ben Mears. Lo único que le interesa es...

-Basta ya:

Susan siguió subiendo. Su madre subió un escalón más y dijo:

-Cuando Floyd se fue de aquí estaba en un estado...

La puerta de la habitación de Susan, al cerrarse, la dejó con la palabra en la boca.

La muchacha se arrojó sobre su cama, que no hacía mucho tiempo había estado decorada con animales de peluche, entre ellos un perro de aguas con una radio de transistores en la barriga, y se quedó mirando la pared, tratando de no pensar. En la pared tenía varios pósters del Club Sierra, pero no hacía mucho que se había visto rodeada de pósters de los que venían en Rolling Stone y Creem y Crawdaddy, con imágenes de sus ídolos: Jim Morrison y John Lennon, Dave van Ronnk y Chuck Berry. Los fantasmas de esos días se agolparon en su recuerdo como mal expuestos negativos de la memoria.

Susan casi podía ver la noticia, destacándose entre el resto del material barato: ANDARIEGO JOVEN ESCRITOR Y su ESPOSA AFECTADOS POR «POSIBLE» ACCIDENTE DE MOTO. Lo demás, insinuaciones cuidadosamente deslizadas. Tal vez una foto tomada en el lugar del accidente por un fotógrafo local, demasiado sangrienta, del gusto exacto de la gente como Mabel.

Y lo peor era que había quedado sembrada una semilla de duda. Estúpida. ¿Acaso pensabas que vivía en una nevera antes de que llegara aquí? ¿Que llegó envuelto en una bolsa de celofán esterilizada, como los vasos en los moteles? Estúpida. Pero la semilla estaba sembrada. Y por eso sentía hacia su madre algo más que resentimiento adolescente... sentía algo sombrío que rayaba con el odio.

Apartó esas ideas, se puso un brazo sobre la cara y se sumió en una inquieta modorra que fue interrumpida por el timbre del teléfono, abajo, y después en forma más definida por la voz de su madre:

-¡Susan, es para tí!

Susan bajó, fijándose en que eran poco más de las cinco y media. El sol se retiraba hacia poniente y la señora Norton estaba en la cocina, empezando a preparar la cena. Su padre no había llegado todavía.

-¿Sí?

-¿Susan? -La voz era familiar, pero ella no pudo reconocerla inmediatamente.

-Sí, ¿quién habla?

-Soy Eva Miller. Tengo que darte una mala noticia.

-¿Le ha pasado algo a Ben? -De pronto se quedó sin saliva y se llevó la mano a la garganta. La señora Norton había salido de la cocina y la miraba desde la puerta, con una espátula en la mano.

-Bueno, hubo una pelea. Esta tarde apareció por aquí Floyd Tibbits...

-¡Floyd!

Ante su tono de voz, la señora Norton dio un paso atrás.

-... y le dije que el señor Mears estaba durmiendo. Dijo que estaba bien, tan cortésmente como siempre, pero iba vestido de una manera rarísima. Le pregunté si se sentía bien. Llevaba un abrigo viejísimo y un sombrero extravagante, y no sacó las manos

de los bolsillos. Ni me acordé de mencionárselo al señor Mears cuando se levantó. Ha habido tantas emociones...

-¿Qué sucedió? -preguntó Susan.

-Bueno, Floyd le golpeó-dijo Eva-. Ahí mismo, en mi aparcamiento. Sheldon Corson y Ed Craig salieron y los apartaron.

-¿Y Ben? ¿Está bien?

-Creo que no.

-¿Qué tiene? -Susan aferraba el auricular.

-Con el último golpe que le dio, Floyd arrojó al señor Mears contra un coche, y se golpeó en la cabeza. Cari Foreman lo llevó al hospital, y estaba inconsciente. Es lo único que sé. Si tú...

Susan colgó, corrió al armario y sacó su abrigo de la percha.

-Susan, ¿qué pasa?

-Ese encanto de Floyd Tibbits -respondió Susan, sin darse cuenta de que había empezado a llorar- ha mandado a Ben al hospital.

Sin esperar respuesta, salió corriendo.

2

Llegó al hospital a las seis y media y se sentó en una incómoda silla de plástico a hojear, sin verlo, un ejemplar de Good House-keeping. Había pensado en ir a llamar a Matt Burke, pero la idea de que el médico viniera y no la encontrara la detuvo.

Los minutos se arrastraban en el reloj de la sala de espera, hasta que a las siete menos diez apareció un médico con un montón de papeles en la mano.

-¿La señorita Norton? -preguntó.

-Sí. ¿Cómo está Ben?

-No puedo responder a eso por el momento. Parece bien -agregó al ver el espanto que se reflejó en su rostro-, pero estará en observación dos o tres días. Tiene una fractura en el nacimiento del pelo, contusiones múltiples y un ojo completamente negro.

-¿Puedo verle?

-No, esta noche no. Está bajo el efecto de sedantes.

-¿Y un minuto, por favor? Sólo un minuto.

Él suspiró.

-De acuerdo. Es probable que esté dormido. Si él no le habla, no le diga nada.

La llevó hasta el tercer piso y después la condujo a una habitación situada al fondo de un pasillo que olía a desinfectante. El hombre que estaba en la otra cama, leyendo una revista, los miró inexpresivamente.

Ben estaba acostado con los ojos cerrados; una sábana le cubría hasta el mentón. Estaba tan pálido e inmóvil que durante un terrible momento Susan tuvo la seguridad de que estaba muerto, de que se les había ido mientras ella y el médico hablaban abajo. Después advirtió el movimiento lento y regular del pecho, y sintió un intenso alivio. Le miró el rostro, pero no veía las marcas y moraduras. Afeminado, había dicho su madre, y Susan veía de dónde había sacado la idea. Los rasgos eran acentuados pero delicados (ojalá hubiera una palabra mejor que «delicado», que era la que uno usaría para describir a la bibliotecario, que en sus ratos de ocio escribía pomposos sonetos a los narcisos; pero Susan no encontraba otra). Lo único que parecía viril en el sentido tradicional era el pelo, negro y

espeso, que parecía casi flotar sobre la cara. El vendaje blanco en el lado izquierdo, sobre la sien, se destacaba en un elocuente contraste.

Te amo, pensó Susan. Cúrate, Ben. Cúrate y termina tu libro para que podamos irnos de Salem's Lot, si es que me quieres. Solar se ha puesto en contra de nosotros.

-Creo que es mejor que ahora se vaya -indicó el médico-. Tal vez mañana...

Ben se movió y emitió un leve gruñido. Los párpados se abrieron lentamente, se cerraron, volvieron a abrirse. Tenía los ojos enturbiados por el sedante, pero en ellos se leyó que había advertido la presencia de Susan. Movió una mano hacia la de ella. Los ojos de Susan se llenaron de lágrimas; sonrió y le apretó la mano.

Ben movió los labios y ella se inclinó para oírlo.

-Son... tipos duros los de... este pueblo, ¿eh?

-Ben, ¡lo siento tanto!

-Creo que... le rompí un par de dientes antes de que... me aturdiera -susurró Ben-. No está mal para un escritor...

-Ben...

-Ya es suficiente, señor Mears -intervino el médico-. Demos tiempo a que el calmante haga su efecto.

Ben lo miró.

-Un minuto más... por favor.

El médico levantó los ojos al cielo.

-Lo mismo dijo ella.

Los párpados de Ben volvieron a bajarse, luego se abrieron con dificultad. Sus labios dijeron algo ininteligible.

Susan se le acercó más.

-¿Qué, mi vida?

-¿Es ya... de noche?

-Sí.

-¿Quieres ir a ver...?

-¿A Matt?

Un gesto de asentimiento.

-Dile... que yo he dicho que te lo contara todo. Pregúntale si... conoce al padre Callahan. Él entenderá.

-Está bien. Le daré el mensaje. Duérmete ahora, cariño.

-Gracias. Te... quiero.

Murmuró algo más, lo repitió y los ojos se le cerraron. Su respiración se hizo más profunda.

-¿Qué le ha dicho? -preguntó el médico.

Susan le miró con ceño.

-Algo como «echa el cerrojo a las ventanas» -dijo.

3

Eva Miller y Weasel Craig estaban en la sala de espera cuando Susan fue a recoger su abrigo. Eva llevaba una vieja chaqueta con un estropeado cuello de piel, obvio recuerdo de tiempos mejores, y Weasel flotaba dentro de un enorme anorak de motorista. Susan se sintió más animada al verlos.

-¿Cómo está? -preguntó Eva.

-Creo que no será nada.

Susan le contó el diagnóstico del médico y Eva se tranquilizó.

-Cuánto me alegro. El señor Mears me parece una excelente persona. En mi casa jamás sucedió algo así. Y Parkins Gillespie tuvo que encerrar a Floyd en la celda para borrachos... aunque no parecía borracho. Más bien como... dopado y confundido.

Susan sacudió la cabeza.

-Eso es muy raro en Floyd...

Se produjo un incómodo momento de silencio.

-Ben es un hombre estupendo -declaró Weasel, y palmeó la mano de Susan-. Se repondrá en un abrir y cerrar de ojos. Espera y verás.

-De eso estoy segura. -Susan le cogió la mano-. Eva, ¿el padre Callahan es el sacerdote de St. Andrew?

-Sí, ¿por qué?

-Oh... por curiosidad. Escuchad, os agradezco que hayáis venido. Si pudierais volver mañana...

-Seguro que sí -respondió Weasel-. ¿No es verdad, Eva? -le pasó un brazo por la cintura. El tramo era largo, pero finalmente lo completó.

-Sí que vendremos.

Susan los acompañó hasta el aparcamiento y después regresaron a Salem's Lot.

4

Matt no respondió a la llamada ni vociferó «¡Adelante!» como era su costumbre.

-¿Quién es? -preguntó una voz muy contenida, que a Susan le costó reconocer.

-Susie Norton, señor Burke.

Cuando Matt abrió la puerta, para Susan fue una sorpresa ver cómo había cambiado su aspecto. Parecía viejo y ojeroso. Un momento después advirtió que llevaba al cuello un pesado crucifijo de oro. Había algo tan extraño y ridículo en ese ornamento que brillaba sobre la camisa de tela escocesa que Susan estuvo a punto de reír, pero se contuvo.

-Entra. ¿Dónde está Ben?

Cuando lo supo, el rostro de Matt se ensombreció.

-Así que a Floyd Tibbits no se le ha ocurrido más que hacerse el amante agraviado, ¿no? Bueno, pues no podría haber sucedido en un momento más inoportuno. Esta tarde a última hora trajeron a Mike Ryerson de Portland para que Foreman prepare el funeral. Imagino que nuestra visita a la casa de los Marsten quedará para otra ocasión...

-¿Qué visita? ¿Y qué es eso de Mike?

-¿Quieres café? -preguntó Matt con aire ausente.

-No. Quiero saber qué está ocurriendo. Ben me dijo que usted me lo explicaría.

-Pues vaya tarea que me encarga. A Ben puede resultarle fácil decir que te lo cuente todo. Hacerlo es más difícil, pero lo intentaré.

-¿Qué...?

Matt levantó una mano.

-Una pregunta antes, Susan. El otro día, tú y tu madre fuisteis a la nueva tienda.

-Sí. ¿Por qué?

-¿Puedes darme tu impresión del lugar, y más específicamente de su propietario?

-¿Del señor Straker?

-Sí.

-Bueno, como persona es encantador. Tiene modales de cortesano, si quiere una palabra para definirlo. Elogió a Glynis Mayberry su vestido, y ella se ruborizó como una

colegiala. Y a la señora Boddin le preguntó por el vendaje que tenía en el brazo... se había salpicado con aceite caliente, ¿sabe? Entonces le dio una receta para cataplasma y se la escribió. Y cuando vino Male... -Susan rió al recordarlo.

-¿Sí?

-Le ofreció una silla. Pero no una silla, sino una especie de trono. Enorme, de caoba tallada. Él mismo se la trajo desde la trastienda, sin dejar de sonreír y de conversar con las demás señoras. Y debía pesar unos cincuenta kilos. La dejó caer en el suelo y acompañó a Mabel a que se sentara; hasta la tomó del brazo. Y ella lo dejó hacer, entre risitas. Si usted ha visto las risitas de Mabel, no le queda nada por ver. Y sirvió café, muy fuerte, pero bueno.

-¿A ti te gustó? -preguntó Matt.

-Eso es parte de la cuestión, ¿no?

-Podría ser, sí.

-Bueno, entonces le explicaré mi reacción como mujer. Me gustó y no me gustó. Me resultó atractivo, creo que con un leve matiz sexual. Un hombre mayor, muy atento, encantador y cortés. Con mirarlo se sabe que puede pedir la comida en un restaurante francés y saber qué vino corresponde a cada plato, no sólo si blanco o tinto, sino el año y hasta la bodega. Decididamente, no es de la clase de hombres que hay por aquí, pero de ninguna manera afeminado. Y además, siempre es atractivo un hombre que no se avergüenza de su calvicie. -Sonrió un poco a la defensiva, dándose cuenta de que se había ruborizado.

-Pero no te gustó -concluyó Matt.

Susan se encogió de hombros.

-Eso es más difícil de decir. Creo... creo que percibí cierto desdén bajo la superficie. Cierto cinismo. Como si estuviera representando un papel, y representándolo bien, pero consciente de que no iba a necesitar de todos sus recursos para engañarnos. Con un toque de condescendencia. -Miró a Matt con incertidumbre-. Y me pareció que había cierta crueldad en él. No sé por qué.

-¿Alguien compró algo?

-No mucho, pero no parecía que eso le importara. Mamá le compró un pequeño estante yugoslavo para porcelanas, y la señora Petrie una mesita plegable que es un encanto, pero no vi que le compraran más. No parecía disgustado. Simplemente pidió a la gente que le dijera a sus amigos que la tienda estaba abierta, que fueran a visitarla. Tiene un encanto muy europeo.

-¿Y te parece que la gente se quedó encantada?

-En general, sí-respondió Susan, comparando mentalmente el entusiasmo de su madre por R. T. Straker con el disgusto inmediato que le había provocado Ben.

-¿No viste a su socio?

-¿Al señor Barlow? No, está en Nueva York en viaje de negocios.

-Me pregunto si es así -caviló Matt para sí mismo-. El esquivo señor Barlow.

-Señor Burke, ¿no es mejor que me cuente qué es todo este asunto?

Matt suspiró con desánimo.

-Supongo que tendré que hacerlo. Lo que acabas de decirme es inquietante. Muy inquietante. Todo concuerda...

-No lo entiendo...

-Empezaré por mi encuentro con Mike Ryerson en el bar de Dell, anoche... que me parece que ocurrió hace ya un siglo.

5

Cuando terminó el relato eran las ocho menos veinte, y ambos se habían bebido dos tazas de café.

-Creo que eso es todo -concluyó Matt-. Ahora, ¿quieres que haga mi imitación de Napoleón? ¿O que te cuente mis conversaciones astrales con Toulouse Lautrec?

-No se haga el tonto -respondió Susan-. Aunque esté sucediendo algo, no puede ser lo que usted piensa.

-No estoy seguro.

-Si nadie tiene nada contra usted, como sugirió Ben, entonces es posible que sea algo que hizo el propio Mike, en un delirio o algo así. -Aunque eso no sonaba convincente, Susan prosiguió-: O tal vez se durmió usted sin darse cuenta y lo soñó todo. Más de una vez yo me he quedado dormitando y me he perdido quince o veinte minutos.

Matt se encogió de hombros.

-¿Cómo defiende uno un testimonio que ninguna mente racional puede aceptar al pie de la letra? Oí lo que oí. Y no estaba dormido. Y hay algo que me tiene preocupado... muy preocupado. De acuerdo con las antiguas leyendas, un vampiro no puede entrar simplemente en una casa para chuparle a uno la sangre. No. Tiene que ser invitado. Pero anoche, Mike Ryerson invitó a entrar a Danny Glick. ¡Y yo mismo invité a Mike!

-¿Le habló Ben de su nuevo libro?

Él jugueteó con la pipa, sin encenderla.

-Muy poco. Sólo me dijo que está relacionado con la casa de los Marsten.

-¿No le contó que de niño tuvo una experiencia traumática en esa casa?

Matt la miró, sorprendido.

-¿Dentro de ella? No.

-Entró por un desafío. Quería formar parte de un club, y como prueba le impusieron que entrara en la casa de los Marsten y volviera a salir con algo. Lo hizo, en efecto... pero antes de salir subió hasta el dormitorio del piso alto, donde se ahorcó Hubie Marsten. Cuando abrió la puerta, vio a Hubie allí colgado, y abrió los ojos. Ben salió huyendo. Eso ha estado carcomiéndole desde hace veinticuatro años. Volvió a Solar para ver si escribiéndolo podía liberarse de ello.

-Cristo -murmuró Matt.

-Él tiene... cierta teoría sobre la casa de los Marsten. En parte es fruto de su experiencia, y en parte de algunas investigaciones que ha hecho sobre Hubert Marsten...

-¿Y su tendencia a la adoración del demonio?

Susan dio un respingo.

-¿Cómo lo sabía usted?

Matt sonrió.

-No todas las habladurías en un pueblo pequeño son públicas. Las hay secretas. Y algunas de las habladurías secretas de Salem's Lot se refieren a Hubie Marsten. Ahora son cosas compartidas entre una docena de las personas más ancianas, tal vez... y una de ellas es Mabel Werts. Fue hace mucho tiempo, Susan. Pero aun así hay algunas historias que nunca pasan de moda. Es raro, sabes. Ni siquiera Mabel habla de Hubie Marsten con nadie ajeno a su propio círculo. Hablan de su muerte, claro. Y del asesinato. Pero si les preguntas por los diez años que él y su mujer pasaron en esa casa, haciendo sabe Dios qué, se pone

en funcionamiento una especie de regulador... una especie de tabú. Se ha rumoreado incluso que Hubert Marsten secuestraba y sacrificaba niños pequeños a sus dioses infernales. Me sorprende que Ben haya llegado a averiguar tanto. El secreto referente a ese aspecto de Hubie, su mujer y su casa, tiene un matiz casi tribal.

-No fue en Solar donde lo supo.

-Eso lo explica, entonces. Sospecho que su teoría es una fábula bastante vieja en parapsicología: que los seres humanos producen el mal de la misma manera que producen mocos o excrementos o uñas. Que es algo que no desaparece. Más concretamente, que la casa de los Marsten puede haberse convertido en una especie de generador de perversidad, en una batería donde se recarga el mal.

-Sí. Él lo expresó exactamente en esos términos. -Susan le miró con expresión interrogante.

Matt respondió con una risita.

-Hemos leído los mismos libros. ¿Qué piensas tú, Susan? ¿Cabe algo más que el cielo y la tierra en tu filosofía?

-No -respondió ella-. Las casas no son más que casas. El mal muere con la perpetración de actos malignos.

-¿Sugieres que la inestabilidad de Ben puede llevarme a conducirle por la senda de la insania que yo estoy ya recorriendo?

-No, claro que no. No es que lo considere insano. Pero, señor Burke, tiene usted que reconocer...

-Callate.

Matt había inclinado la cabeza hacia adelante. Susan dejó de hablar y escuchó. Nada... a no ser el crujido de una tabla. Le miró y él sacudió la cabeza.

-¿Decías?

-Únicamente, que por una coincidencia no llegó en buen momento para exorcizar los demonios de su juventud. Se han dicho muchas tonterías por el pueblo desde que se volvió a ocupar la casa de los Marsten y se abrió la tienda... incluso se ha hablado del propio Ben. Se sabe que a veces los ritos de exorcismo escapan de control y se vuelven contra el exorcista. Creo que Ben debe irse de este pueblo, y tal vez también a usted le sentara bien tomarse unas vacaciones.

Al hablar de exorcismo se acordó de que Ben le había pedido que mencionara a Matt el sacerdote católico. Siguiendo un impulso, decidió no hacerlo. La razón de que él se lo hubiera pedido aparecía ahora con toda claridad, pero hacerlo no sería más que agregar leña a un fuego que, en opinión de Susan, ardía ya con peligrosa fuerza. Cuando Ben se lo preguntara, si lo hacía alguna vez, le diría que se había olvidado.

-Yo sé hasta qué punto debe parecer una locura -dijo Matt-. Hasta para mí, que oí levantarse la ventana, y oí esa risa, y esta mañana vi la cortina caída junto a la entrada para coches. Pero si de alguna manera eso calma tus temores, te diré que la reacción de Ben fue muy sensata. Sugirió que partiéramos de que hay que demostrar o descartar una teoría, y que empezáramos por... -De nuevo se interrumpió.

Esa vez el silencio se devanó como una madeja, y cuando Matt volvió a hablar, a Susan le asustó la suave certidumbre de su voz.

-Hay alguien arriba.

La muchacha escuchó. Nada.

-Se imagina cosas.

-Conozco mi casa -afirmó Matt-. Hay alguien en la habitación de huéspedes... ¿lo oyes?

Y esta vez Susan lo oyó. El sonido de una tabla, que crujía como suelen hacerlo las tablas en las casas viejas, sin razón alguna. Pero a Susan le pareció que en ese ruido había algo más... algo de una malignidad pavorosa.

-Voy a subir -anunció Matt.

La palabra le salió en un impulso impensado. ¿Quién está ahora sentado en el rincón de la chimenea, se preguntó, pensando que el viento en los aleros es un augurio de muerte?

-Anoche me asusté y no hice nada, y las cosas empeoraron. Ahora voy a subir.

-Señor Burke...

Los dos habían empezado a hablar en voz baja. Como si fuera un gusano, la tensión se les había infiltrado en las venas, entumeciéndoles los músculos. Tal vez había alguien arriba. Algún ladrón.

-Habla -dijo Matt-. Cuando yo haya salido, sigue hablando, de cualquier cosa.

Y antes de que ella pudiera replicar, se levantó y se dirigió al vestíbulo, avanzando con una agilidad pasmosa. Una vez miró hacia atrás, pero la muchacha no pudo leer su mirada. Matt empezó a subir por las escaleras.

Susan sintió que su mente se deslizaba en la realidad, con el rápido giro que habían tomado las cosas. No hacía dos minutos estaban hablando con tranquilidad del tema, bajo la luz de las bombillas eléctricas. Y ahora Susan tenía miedo. Pregunta: Si se pone a un psicólogo en una habitación junto con un hombre que piensa que es Napoleón, y se los deja allí durante un año (o diez o veinte), ¿encontraremos a dos psicólogos o a dos chalados con la mano metida en el chaleco? Respuesta: No hay datos suficientes para responder.

Empezó a hablar:

-El domingo, Ben y yo pensábamos tomar la carretera uno y llegar hasta Camden..., ya sabe, el pueblo donde filmaron La caldera del diablo, pero ahora, por supuesto, tendremos que esperar. Ahí hay una preciosa iglesia...

Descubrió que no le costaba nada seguir divagando, por más que tuviera las manos tensamente entrelazadas sobre el regazo. Su mente consciente estaba tranquila, ajena a toda impresión de historias de sanguijuelas y muertos vivientes. Era de la médula espinal, con su ancestral red de nervios y ganglios, de donde emanaba el terror en oscuras oleadas.

6

Subir por las escaleras fue lo más difícil que Matt Burke había hecho en su vida. Salvo una cosa, tal vez.

A los ocho años había estado en un grupo de boy scouts. La casa principal del campamento estaba a un kilómetro y medio por el camino. Ir hasta allí era muy grato; estupendo, porque uno iba por la tarde, con las últimas luces del día. Pero uno volvía cuando se había iniciado el crepúsculo y la sombras se cernían sobre el camino, largamente retorcidas. Pero si la reunión había sido especialmente entusiasta y se había hecho tarde, había que volver de noche, en plena oscuridad. Solo.

Solo. Sí, ésa es la palabra clave, la palabra más tremenda. Asesino no le llega a los talones, e infierno no es más que un pálido sinónimo...

Por el camino había una iglesia en ruinas, antiguo centro de reuniones metodistas, que se erguía vacilante al final de una extensión de hierba irregular y quemada por las heladas. Cuando uno pasaba por delante de sus ventanas insensatas que lo miraban con fijeza, se le moría en los labios la canción que venía silbando y empezaba a pensar en lo que habría dentro», los candelabros caídos, los libros de himnos podridos por la humedad, el desmoronado altar donde ahora sólo los ratones celebraban el ritual... y se preguntaba también qué más podía haber allí, aparte de los ratones; qué locuras, qué monstruos. Tal vez en ese momento estuvieran siguiéndolo a uno con sus amarillos ojos de víbora. Y tal vez una noche no se conformaran con espiar; tal vez alguna noche esa puerta astillada que apenas se sostenía en los goznes se abriría de pronto, y uno vería allí algo capaz de enloquecerlo.

Y eso no se les podía explicar a papá y mamá, que eran criaturas de la luz. Como tampoco se les podía explicar que cuando uno tenía tres años, la manta puesta a los pies de la cama se convertía en un montón de serpientes inmóviles que le miraban a uno con sus inexpresivos ojos sin párpados. Ningún niño vence jamás esos terrores, pensó Matt. Si a un miedo no se le puede dar forma, no se le puede vencer. Y los miedos que se agazapan en los pequeños cerebros son demasiado grandes para pasar por la boca. Tarde o temprano, uno encontraba alguien con quien pasar por delante de todas las casas abandonadas por las cuales tenía que pasar entre la infancia sonriente y la senilidad gruñona. Hasta esta noche. Hasta esta noche en que uno se encontraba con que ninguno de los antiguos miedos infantiles había sido superado; todos esperaban acurrucados en sus diminutos ataúdes de niño, con una rosa silvestre sobre la tapa.

No encendió la luz. Subió los escalones uno por uno, sin pisar el sexto, que crujía. Aferraba el crucifijo y sentía la palma de la mano sudada y pegajosa.

Llegó al piso de arriba y se dio la vuelta para mirar hacia el pasillo. La puerta del cuarto de huéspedes estaba entornada; él la había dejado cerrada. Del piso de abajo le llegaba el murmullo de la voz de Susan.

Caminando con cuidado para evitar los crujidos, se acercó a la puerta hasta detenerse frente a ella. La base de todos los miedos humanos, pensó. Una puerta entreabierta, apenas entornada.

La abrió.

Mike Ryerson estaba tendido en la cama.

La luz de la luna entraba por las ventanas y teñía de plata el cuarto, convirtiéndolo en una laguna de ensueño. Matt sacudió la cabeza, como para despejarla. Le parecía haber retrocedido en el tiempo, que era la noche anterior. Ahora bajaría las escaleras para telefonear a Ben, porque Ben todavía no estaba en el hospital.

Mike abrió los ojos.

Por un momento, bajo la luz de la luna, destellaron como medallones de plata bordeados de rojo. Eran tan inexpresivos como una pizarra borrada. Ni un pensamiento, ni un sentimiento humano en ellos. «Los ojos son las ventanas del alma», había dicho Wordsworth. Si así era, esas ventanas se abrían sobre un cuarto vacío.

Mike se sentó y, al caérsele la sábana, Matt vio los burdos puntos con que el forense había reparado el trabajo de la autopsia, silbando tal vez mientras cosía.

Mike sonrió, y sus caninos e incisivos eran blancos y agudos. La sonrisa no era más que una contracción de los músculos que rodeaban la boca, no alcanzaba a los ojos, que conservaban su mortal inexpresividad.

-Mírame -dijo Mike con absoluta claridad.

Matt lo miró. Sí, los ojos eran un vacío total. Pero muy profundos. Uno casi podía ver una diminuta imagen de sí mismo en esos ojos, como un camafeo de plata, que se sumergía dulcemente, sin que el mundo pareciera importante, sin que los miedos parecieran importantes...

-¡No! ¡No! -gritó, mientras daba un paso atrás, y le presentó el crucifijo.

Aquello que había sido Mike Ryerson silbó como si le hubieran echado agua hirviendo en la cara. Sus brazos se levantaron como para defenderse de un golpe. Matt dio un paso hacia el interior de la habitación; Ryerson retrocedió un paso.

-¡Vete de aquí! -gritó Matt.

Ryerson soltó un alarido, un largo grito ululante de .dolor y odio. Dio cuatro pasos vacilantes hacia atrás, chocó con el borde de la ventana abierta y perdió el equilibrio. ...

-Te veré dormir entre los muertos, maestro.

Y cayó hacia la noche, hacia atrás con las manos por encima de la cabeza, como un nadador que se zambulle desde el trampolín. El cuerpo pálido relucía como si fuera mármol, en un nítido contraste con los negros puntos que atravesaban el torso, dibujando una Y.

Matt dejó escapar un loco alarido de terror y corrió hacia la ventana, pero nada se veía aparte de la noche bañada por la luna... y suspendida en el aire, debajo de la ventaja y por encima del haz de luz que salía de la sala, una nube danzarina de motas que podrían haber sido de polvo. Giraron en un torbellino, se consolidaron en una forma abominablemente humana y por fin se disolvieron en la nada.

Matt se dio la vuelta para huir y en ese momento sintió una punzada en el pecho que le hizo tambalear. Se llevó las manos al corazón y se inclinó. Parecía que el dolor le subiera por el brazo en lentas oleadas pulsátiles. El crucifijo se sacudía bajo sus ojos.

Salió de la habitación con los antebrazos cruzados ante el pecho, aferrando todavía con la mano derecha la cadena del crucifijo. La imagen de Mike Ryerson suspendido en el aire oscuro como un pálido nadador que se zambulle seguía ante sus ojos.

-¡Señor Burke!

-Mi médico es James Cody... -balbuceó Matt con labios helados-. Está en el listín telefónico. Creo que he sufrido... un ataque al corazón.

Y se desplomó de bruces en el pasillo.

7

Susan marcó el número de Jimmy Cody. Contestó una voz de mujer, -¿Está el doctor? -«-preguntó Susana ¡Es urgente! -Sí, le pongo con él -respondió la mujer.

-Habla el doctor Cody.

-Susan Norton, doctor. Estoy en casa del señor Burke. Ha sufrido un ataque al corazón.

-¿Quién? ¿Matt Burke?

-Sí. Está inconsciente. ¿Qué tengo que...?

-Llama a una ambulancia. En Cumberland, el teléfono es 841 4000. Quédate con él. Cúbrelo con una manta, pero no le muevas. ¿Enriendes?

-Sí.

-Dentro de veinte minutos estaré allí. -¿Quiere usted...?

Pero la línea se cortó con un clic, y Susan se quedó sola.

Llamó a la ambulancia y volvió a quedarse sola, enfrentada a la necesidad de subir las escaleras, para ir hacia donde estaba él.

8

Se quedó mirando la escalera con una vacilación que a ella misma la dejaba atónita. Deseó que nada de eso hubiera sucedido, no tanto para que Matt estuviera bien como para que ella no tuviera que sentir ese miedo enfermizo. Su incredulidad había sido total; había visto todo lo que Matt percibió durante la noche anterior como algo que había que definir en función de las realidades que ella misma aceptaba, ni más ni menos. Y ahora, esa firme incredulidad ya no la sostenía y Susan se sentía desfallecer.

Había oído la voz de Matt, y había oído un terrible conjuro sin inflexiones: «Te veré dormir entre los muertos, maestro.» La voz que había articulado esas palabras no tenía más cualidad que el ladrido de un perro.

Susan volvió a subir por las escaleras, obligándose a dar cada paso. Ni siquiera la luz del pasillo la tranquilizaba. Matt estaba tendido donde ella le había dejado, con el rostro vuelto hacia un lado, la mejilla derecha apoyada contra la gastada moqueta del pasillo; su aliento era áspero y entrecortado. Susan se inclinó para desprenderle los dos botones superiores de la camisa y le pareció que respiraba un poco mejor. Después fue al cuarto de huéspedes a buscar una manta.

La habitación estaba fría. La ventana seguía abierta. Habían deshecho la cama, dejando sólo el colchón, pero había mantas en el estante alto del armario. En el momento en que volvía al pasillo, le llamó la atención algo que la luz de la luna hacía brillar sobre el suelo y se inclinó a recogerlo. Lo reconoció de inmediato. Era uno de los anillos que el instituto de Cumberland daba como recuerdo a sus alumnos. Las iniciales grabadas en su interior eran M. C. R.

Michael Corey Ryerson.

En ese momento, en la oscuridad, lo creyó todo. Un grito subió por su garganta y Susan lo sofocó, pero el anillo se le escurrió entre los dedos y quedó en el suelo, bajo la ventana, brillando bajo la luna que iluminaba la oscuridad otoñal.

DIEZ

SOLAR (III)

1

El pueblo sabía de oscuridades.

Conocía la oscuridad que desciende sobre la tierra cuando la rotación la oculta del sol, y sabía de la oscuridad del alma humana. El pueblo es una acumulación de tres partes. El pueblo es la gente que vive allí, los edificios que han levantado para cobijarse o comerciar en ellos, y es la tierra. Los habitantes son escoceses, ingleses y franceses. Hay otros, claro, pero no son muchos. En ese crisol nunca se hicieron muchas amalgamas. Casi todos los edificios están construidos de madera noble. Muchas de las casas más viejas son de estilo colonial con doble planta al frente, y la mayoría de los negocios tienen dos frentes, aunque

nadie podría decir por qué. La gente sabe que detrás de esas falsas fachadas no hay nada, de la misma manera que saben que Loretta Starcher usa postizos en el sostén. El suelo tiene base de granito y está cubierto por una delgada capa de tierra. La labranza es un trabajo ingrato, agotador, miserable y disparatado. La reja del arado desentierra grandes trozos de granito y se rompe contra ellos. En mayo uno saca el camión tan pronto como el suelo se ha secado lo bastante,

y con sus hijos varones se pone a llenarlo de piedras; las va arrojando en la enorme pila cubierta de malezas donde hace la misma operación desde 1955, cuando por primera vez decidió tomar el toro por los cuernos. Y cuando ha recogido lo suficiente y tiene los dedos entumecidos, entonces engancha el arado en el tractor y antes de haber abierto dos surcos ya se le ha roto una de las rejas en una piedra traicionera. Y mientras cambia la reja y el hijo mayor sostiene los arreos para que pueda trabajar, le pasa junto al oído el primer mosquito sediento de sangre de la temporada, con ese zumbido conmovedor que siempre le hace pensar a uno que ése debe de ser el ruido que oyen los chiflados antes de matar a todos sus hijos o de cerrar los ojos en la carretera y pisar el acelerador o de accionar con el dedo gordo del pie el gatillo de la escopeta que acaba de ponerse bajo su propia mandíbula, y entonces al muchacho se le resbalan los arreos a causa de la transpiración y uno se rasguña la piel del brazo y cuando mira alrededor en esa desolada, desesperada fracción de segundo en que siente que podría abandonarlo todo para dedicarse a la bebida o ir al banco para declararse en quiebra, en ese momento en que odia a la tierra y la suave succión de la gravedad que lo ata a ella, es cuando sabe de oscuridades y comprende que siempre lo ha sabido. La tierra le retiene a uno implacablemente, lo mismo que la casa y la mujer de quien uno se enamoró (sólo que entonces era una muchacha y uno no sabía mucho de muchachas, salvo que tenía una y estaba pendiente de ella, y ella escribía el nombre de uno en la tapa de todos sus libros). Primero uno la conquistó y después ella le conquistó a uno y desde entonces ninguno de los dos tuvo que preocuparse más por eso. Y luego vinieron los hijos, esas criaturas que uno concibió en la rechinante cama matrimonial, con ella debajo de uno. Seis niños, o siete, o diez. Y el banco le tiene a uno cogido, y el que le vendió el automóvil, y las tiendas Sears de Lewiston, y John Deere en Brunswick. Pero sobre todo le tiene a uno cogido el pueblo, porque lo conoce como conoce la forma del pecho de su mujer. Uno sabe quién anda dando vueltas durante el día por la tienda de Crossen porque Knapp Shoe lo despidió. Sabe quién nene líos de mujeres antes de que él mismo lo sepa, como le sucede a Reggie Sawyer, a quien el chico de la compañía telefónica le está seduciendo la dama; uno sabe a dónde van los caminos, y a dónde se puede ir los viernes al anochecer a tomar un par de cervezas con Hank y Nolly Gardener. Uno conoce el terreno y por dónde hay que atravesar los pantanos en abril sin mojarse las botas hasta arriba. Uno lo conoce todo. Y el pueblo le conoce a uno, sabe el dolor que le deja en el trasero el asiento del tractor después de estar arando durante toda la jornada y sabe que eso que tiene en la espalda sólo es un quiste y que no es nada serio como dijo al principio el doctor, y sabe cómo le da vueltas a uno la cabeza con las facturas que van llegando durante la última semana del mes. Las mentiras son transparentes, hasta las que uno se dice a sí mismo, como que el año que viene, o el otro llevará a la mujer y a los chicos a Disneylandia, como que si corta la leña el próximo otoño podrá pagar los plazos de un nuevo televisor en color, como que todo va a salir perfecto. Estar en el pueblo es como un coito cotidiano, tan completo que por comparación todo lo que uno hace con su mujer en la cama no parece más que un apretón de manos. Estar en el pueblo es visceral, sensual, alcohólico. Y en la oscuridad, el pueblo es de uno y uno es del pueblo y el sueño de ambos es como el de los muertos, como el de las piedras. Aquí no hay otra vida que la lenta muerte de los días, de modo que cuando el mal se abate sobre el pueblo, su llegada parece casi preordenada,

dulce e hipnótica. Es casi como si el pueblo supiera que el mal se aproxima, y qué forma tomará.

El pueblo tiene sus secretos y los sabe guardar. La gente no los conoce todos. Saben que la mujer del viejo Albie Crane se largó con un viajante de Nueva York... o creen saberlo. Pero Albie le partió el cráneo cuando el viajante la abandonó y después le ató una piedra a los pies y la arrojó al viejo pozo. Veinte años después Albie murió pacíficamente en su cama de un ataque al corazón, lo mismo que morirá más tarde en este relato su hijo Joe. Tal vez un día algún chiquillo tropiece con el viejo pozo escondido por una maraña de zarzamoras y aparte las tablas pulidas y descoloridas por el tiempo y vea allí ese esqueleto mirando fijamente con ojos vacíos desde el fondo del pozo.

Saben que Hubie Marsten mató a su mujer, pero no saben qué le hizo hacer antes, o qué pasó entre ellos en la cocina momentos antes de que él le volara la cabeza, mientras el aroma de las madreselvas estaba suspendido en el aire sofocante como el olor dulzón que emana de un osario. No saben que ella le rogaba que lo hiciera.

Algunas de las mujeres más viejas del pueblo -Mabel Werts, Glynis Mayberry, Audrey Hersey- recuerdan que Larry McLeod encontró unos papeles carbonizados en la chimenea del piso de arriba, pero nadie sabe que los papeles eran la correspondencia de doce años entre Hubie Marsten y un noble austriaco apellidado Breichen. Tampoco saben que la correspondencia de estos hombres se había iniciado merced a los buenos oficios de un extraordinario librero de Boston que falleció de una muerte horrible en 1933, ni que Hubie quemó todas y cada una de las cartas antes de colgarse, echándolas una a una al fuego, mirando cómo las llamas ennegrecían el papel color crema e iban borrando aquella caligrafía elegante y diminuta. No saben que sonreía mientras lo hacía, de la misma manera que sonríe ahora Larry Crockett cuando piensa en los títulos de propiedad que duermen en la caja de seguridad de su banco en Portland.

Saben que Coretta Simons, la viuda del viejo Jumpin Simons, se está muriendo lenta y terriblemente de cáncer de intestino, pero no saben que hay más de treinta mil dólares en efectivo escondidos tras el sucio empapelado del comedor, que cobró de una póliza de seguro y que no llegó a gastar y de la que ahora, en su última agonía, se ha olvidado por completo.

Saben que un incendio devoró la mitad del pueblo en aquella brumosa tarde de septiembre de 1951, pero no saben que fue provocado, ni saben que el muchacho que lo provocó fue el que hizo el discurso de despedida de su clase al graduarse en 1953 y que después consiguió una fortuna en Wall Street, y aunque lo hubieran sabido no habrían sabido qué fue lo que le indujo a hacerlo ni la forma en que siguió carcomiéndole los sesos durante veinte años, hasta que una embolia cerebral le llevó prematuramente a la tumba a los cuarenta y seis años.

Ignoran que el reverendo John Groggins se despierta a veces a medianoche con sueños horribles; sueños en los que, desnudo y meloso, predica ante la clase de catecismo para niñas de los jueves por la noche, mientras ellas le miran con ojos de deseo; o que ese viernes Floyd Tibbits estuvo sumido todo el día en un sopor enfermizo, sintiendo el sol como algo aborrecible sobre su piel extrañamente pálida, recordando apenas vagamente que había ido a ver a Ann Norton, pero no que había atacado a Ben Mears; pero sí recordaba la gratitud con que saludó la puesta de sol, la gratitud y la anticipación de algo grande y grato; o que Hal Griffen tiene seis revistas obscenas ocultas en el fondo de su armario y con ellas se masturba cada vez que puede; que George Middler tiene una maleta

llena de bragas y sostenes de seda, y de medias y leotardos, y que a veces baja las cortinas del piso donde vive, encima de la ferretería, y cierra la puerta con cerrojo y cadena y se pone de pie frente al espejo de cuerpo entero que tiene en el dormitorio hasta que jadea y entonces se arrodilla y se masturba, que Cari Foreman trató de chillar cuando Mike Ryerson empezó a estremecerse sobre la mesa metálica del sótano de la funeraria, y que el grito se le ahogó en la garganta cuando Mike abrió los ojos y se sentó; o que el pequeño Randy McDougall no se defendió siquiera cuando Danny Glick se coló por la ventana de su dormitorio y levantó al bebé de su cuna para clavarle los dientes en el cuello todavía amoratado por los golpes de la madre. :

Ésos son los secretos del pueblo. Algunos se sabrán más adelante y otros nunca se sabrán. El pueblo los guarda en su seno, detrás del más impasible e imperturbable de los rostros.

Al pueblo no le importa la obra del diablo más de lo que le importa la obra de Dios, ni la del hombre. Sabía de oscuridades. Y con la oscuridad le bastaba.

2

Sandy McDougall se dio cuenta de que algo iba mal cuando despertó, pero no sabía exactamente qué. El otro lado de la cama estaba vacío; era el día libre de Roy, que se había ido a pescar con unos amigos. Volvería al mediodía. Nada estaba quemándose, y a Sandy no le dolía nada. Entonces, ¿qué podía ir mal?

El sol. El sol era lo que estaba mal.

Ya daba de lleno sobre el empapelado, oscilando entre las sombras que proyectaba el arce por la ventana. Pero Randy siempre la despertaba antes de que el sol estuviera tan alto como para que la sombra del arce diera sobre la pared*..

Sus ojos sobresaltados se dirigieron al reloj que había sobre la cómoda. Eran las nueve y diez.

La alarma le cerró la garganta.

-¿Randy? -llamó y la bata onduló tras ella mientras corría por el estrecho pasillo del remolque-. ¿Randy?

El dormitorio del bebé estaba bañado por la escasa luz que entraba por la única ventanita, situada encima de la cuna... y abierta. Pero Sandy la había cerrado cuando se acostó. Siempre la cerraba.

La cuna estaba vacía.

-¿Randy? -susurró.

Después lo vio.

El cuerpecillo, vestido todavía con su pijama desteñido por los lavados, yacía arrojado en un rincón como si fuera un desperdicio. Una de las piernas se elevaba, grotesca, como un signo de admiración invertido.

-¡Randy!

Se precipitó junto al cuerpo, desfigurado el rostro por las ásperas líneas del espanto, y tomó en brazos al niño.

-Randy, pequeño mío, despiértate. Randy, vamos, despiértate...

Las magulladuras habían desaparecido. Durante la noche se habían borrado, dejando impecables la carita y el cuerpo. Randy tenía buen color. Por primera vez desde su nacimiento la madre lo encontró hermoso, y la visión de esa belleza le hizo lanzar un alarido horrible y desolado.

-¡Randy! ¡Despierta! ¿Randy?

Se levantó con el bebé en brazos y corrió por el pasillo, mientras la bata se le resbalaba del hombro. La sillita alta seguía en la cocina, con la bandeja salpicada de pegotes de la comida de Randy la noche anterior. Deslizó al niño en la silla, bañada por un rayo de luz matinal. La cabeza de Randy pendió sobre el pecho y el cuerpo se deslizó hacia un lado con una lentitud terrible, hasta quedar encajado en el ángulo que formaba la bandeja con un brazo de la silla.

-¿Randy? -le sonrió su madre, desorbitados los ojos hasta convertirse en bolitas de vidrio azul jaspeado, y le palmeó las mejillas-. Despierta ya, Randy, que hay que desayunar. ¿No tienes hambre? Por favor, oh Dios, por favor...

Se apartó de él para abrir de golpe uno de los armarios de la cocina y rebuscó apresuradamente en su interior, derribando un paquete de arroz, una lata de raviolis y una botella de aceite, que se hizo trizas, desparramando el denso líquido por el fregadero y el suelo. Encontró un envase de crema de chocolate y cogió una cucharilla de plástico.

-Mira, Randy. Tu favorita. Despierta y mira qué crema tan buena. Chocolate, Randy. Choco, chocolate. -La cólera y el terror la inundaron oscuramente-. ¡Despierta de una puta vez! -vociferó, y gotas de saliva perlaron la piel traslúcida de la frente y las mejillas de Randy-. ¡Despierta, mocoso de mierda, despierta!

Quitó la tapa del envase y llenó la cuchara con crema de chocolate. Su mano, que ya sabía la verdad, temblaba de tal manera que la derramó casi toda. Embutió lo que quedaba en el interior de la boquita inerte, y algo más se derramó sobre la bandeja, con un tétrico chasquido. La cuchara chocó contra los dientecillos.

-Tesoro -suplicó Sandy-, deja de burlarte de mamá.

Extendió la otra mano para abrirle la boca y meterle el resto de la crema.

-Bueno -suspiró Sandy McDougall y sus labios se distendieron en una sonrisa, teñida de una esperanza indescriptiblemente rota.

Se recostó en su silla, relajándose poco a poco. Ahora ya estaba bien. Ahora Randy se daría cuenta de que su madre le amaba y acabaría con esa broma cruel.

-¿Está bueno? -preguntó en un murmullo-. ¿Está bueno el chocolate, Randy? ¿Le haces una sonrisita a mamá? Sé bueno con mamá y sonríe una vez.

Con dedos temblorosos, volvió a levantar el ángulo de la boca del niño.

El chocolate cayó sobre la bandeja... pfop. Sandy empezó a chillar.

3

El sábado por la mañana Tony Glick despertó cuando Marjorie, su mujer, se cayó en la sala.

-¿Margie? -la llamó, mientras bajaba los pies de la cama-. ¿Margie?

-Estoy bien, Tony -respondió ella después de un largo momento.

Tony se sentó en el borde de la cama, mirándose los pies. Tenía el pecho desnudo y el cordón de su pantalón de pijama a rayas le pendía entre las piernas. El pelo, enmarañado, era un verdadero nido de cuervos. Tony tenía abundante cabello negro, que sus dos hijos habían heredado. La gente creía que era judío, pero él pensaba que ese pelo debería traicionar su origen italiano. Su abuelo se había apellidado Gliccucchi. Cuando alguien le dijo que en Estados Unidos era más fácil abrirse paso con un apellido sajón, algo breve y fácil de recordar, el abuelo se lo había hecho cambiar legalmente por Glick. El cuerpo de Tony Glick era robusto, moreno y musculoso. Su rostro reflejaba la expresión de un hombre a quien han atacado a golpes en el momento en que salía de un bar.

Había pedido permiso en su trabajó, y durante la última semana había dormido mucho. Cuando dormía todo le parecía más fácil. A las siete y media se sumergía en un dormir sin sueños hasta las diez de la mañana siguiente, y durante la tarde hacía una siesta de dos a tres. El tiempo transcurrido entre la escena que había protagonizado durante el funeral de Danny y esa soleada mañana de sábado, casi una semana después, le parecía incierto, como si no fuera real. La gente seguía llevándoles comida. Guisados, conservas, bizcochos, pasteles. Margie decía que no sabía qué iban a hacer con todo eso. Ninguno de los dos tenía hambre. El miércoles por la noche Tony había intentado hacer el amor con su mujer y los dos se habían echado a llorar.

Y Margie no tenía buen aspecto. Su forma de hacer frente a la situación había consistido en ponerse á limpiar la casa de punta a punta, con una dedicación maniática que no dejaba lugar para ningún otro pensamiento. A lo largo de los días, resonaban los golpes de los cubos de limpieza y el zumbido de la aspiradora, y el aire estaba siempre impregnado del olor áspero del amoníaco y los desinfectantes. Margie había llevado toda la ropa y los juguetes de los niños, pulcramente empaquetados, al Ejercito de Salvación y a la feria de beneficencia. El jueves por la mañana, cuando Tony salió del dormitorio, todas esas cajas estaban alineadas junto a la puerta principal, cada una con una pulcra etiqueta. Tony jamás había visto nada tan horrible como esas cajas silenciosas. Margie había sacado todas las alfombras al patio del fondo, las había colgado en las cuerdas para secar ropa y las había sacudido despiadadamente. Y hasta para la opaca semiconciencia de Tony era evidente lo pálida que estaba desde el martes o el miércoles; parecía que hasta los labios hubieran perdido Su color natural, y debajo de los ojos se le insinuaban sombras oscuras.

Todo eso pasó por la mente de Tony en menos tiempo del que se tarda en contarlo, y estaba a punto de volver a tumbarse en la cama cuando oyó que ella volvía a desplomarse; esta ves no contesto a su llamada.

Cuando él se levantó y fue hacia la sala, la vio tendida en el suelo; su respiración era superficial y tenía los ojos aturdidos, vagamente fijos en el espacio. Había comenzado a cambiar la disposición de los muebles, y todos estaban fuera de su sitio, con k> que la habitación tenía un aspecto extraño, como descoyuntado.

Fuera lo que fuese lo que le pasaba, su mal había empeorado durante la noche, y su aspecto era tan terrible que desconcertó a su marido. Margie seguía todavía envuelta en su bata, que al caer se le había abierto hasta medio muslo. Tenía las piernas de un color marmóreo en el que nada quedaba del hermoso bronceado de las vacaciones de verano. Sus manos se movían espasmódicamente. Respiraba con la boca entreabierta, como si le faltara el aire y a Tony le pareció ver una extraña prominencia en los dientes, pero no le dio importancia.

-¿Margie, cariño?

Su mujer trató de contestar y no pudo. Presa del pánico, Tony se levantó para llamar al medico.

-No... -balbuceó ella cuando él ya llegaba al teléfono, y repitió la palabra después de haber aspirado con audible esfuerzo-. No. -Había conseguido sentarse trabajosamente, y el soleado silencio de la casa se interrumpía con el dificultoso jadeo de su respiración-. Llévame... sácame... el sol da con tanta fuerza...

Tony, al levantarla, se quedó atónito ante la liviandad de su peso. Su mujer no parecía pesar más que una brazada de paja.

-... sofá...

Allí la depositó, con la espalda recostada contra el apoyabrazos. Al quedar fuera del haz de sol que entraba por la ventana para dibujar un cuadrado sobre la alfombra, Margie pareció respirar con más facilidad. Por un momento cerró los ojos, y a Tony volvió a

impresionarle la tersa blancura de los dientes en contraste con sus labios. Sintió deseos de besarla.

-Déjame llamar al medico.

-No, ya estoy mejor. Es que el sol me... hacía mal. Como si me debilitara. Ya me siento mejor. -Efectivamente, las mejillas se le habían coloreado un poco.

-¿Estás segura?

-Sí, ya estoy bien.

-Has trabajado demasiado, cariño.

-Sí -asintió ella con ojos indiferentes.

Tony k acarició el pelo con afecto.

-Tenemos que superar esto, Margie. Es necesario. Tienes un aspecto... -Como no quería herirla, se detuvo.

-Tengo un aspecto espantoso, ya lo sé. Anoche, antes de acostarme, me miré en el espejo del cuarto de baño y casi creí que no estaba. Por un momento... -una sonrisa se dibujó en sus labios- me pareció que podía ver la bañera a través de mi cuerpo. Como si quedara apenas un velo de mí, y ese velo fuera... tan pálido...

-Quiero que te vea el doctor Reardon.

-Estas tres o cuatro últimas noches he tenido un sueño hermoso, Tony -prosiguió ella como si no le hubiera oído-. Tan real. En el sueño, Danny vuelve y me dice: «Mami, mami, cuánto me alegro de estar en casa.» Y dice... dice...

-¿Qué dice? -preguntó Tony con suavidad.

-Dice... que es otra vez mi bebé. Mi hijito, y le doy de mamar y... y tengo una sensación de dulzura, pero con algo amargo también, como era antes de destetarlo, pero cuando ya tenía dientes y me mordía... oh, qué horrible debe de parecer todo esto. Como una de esas historias para psiquiatras.

-No -la tranquilizó él-. Nada de eso.

Se arrodilló junto a ella, y Margie le echó los brazos al cuello, sollozando. Sus brazos estaban frescos.

-No llames al médico, Tony, por favor. Hoy descansaré.

-Está bien -cedió él sin demasiada convicción.

-Es un sueño tan hernioso, Tony -continuó ella, con los labios apoyados contra su garganta. El movimiento de los labios, la amortiguada dureza de los dientes que se percibía detrás de ellos, tenía una increíble sensualidad. Tony experimentó una súbita erección-. Ojalá pudiera tenerlo otra vez esta noche.

-Tal vez lo tengas -la tranquilizó él, acariciándole el pelo-. Sí, tal vez lo tengas.

4

-Por Dios, qué aspecto tan maravilloso -la saludó Ben.

En el marco de blancos impecables y verdes anémicos del hospital, Susan Norton tenía un aspecto realmente magnífico. Llevaba una blusa amarillo brillante con rayas verticales negras, y falda corta tejaría.

-Tú también pareces estar bien -respondió la muchacha mientras cruzaba la habitación.

Ben la besó con ardor, mientras su mano se deslizaba hacia la curva de la cadera.

-Eh -protestó Susan, interrumpiendo el beso-. Que nos reñirán por esto.

-A mí no me reñirán.

-Pero a mí sí.

Los dos se miraron.

-Te quiero, Ben.

-Yo también te quiero.

-Si pudiera meterme ahora mismo contigo en la cama...

-Espera a que aparte las mantas.

-Pero ¿cómo se lo explico a las enfermeras? -Diles que me estás dando un masaje.

Sonriente, Susan sacudió la cabeza y acercó una silla.

-Han sucedido muchas cosas en el pueblo, Ben.

Él se puso serio.

-¿Como qué?

-Realmente no sé cómo contártelo -vaciló Susan-, ni qué creer yo misma. Estoy hecha un lío, por decirlo de la manera más suave.

-Bueno, pues cuéntamelo y déjame a mí desenredarlo.

-¿Cómo te sientes, Ben?

-Mejor. Nada grave. El medico de Matt, el doctor Cody...

-¿Cómo te sientes mentalmente? ¿Hasta qué punto crees esta historia del conde Drácula?

-Ah, te refieres a eso. ¿Matt te lo contó?

-Matt está aquí, en el hospital, En la unidad de cuidados intensivos.
;

-¿Qué? -Ben se irguió, apoyándose en los codos-. ¿Qué le sucedió?

-Un infarto.

-¡Dios mío!

-El doctor Cody dice que su estado se ha estabilizado, aunque todavía persiste la gravedad, pero eso es lo normal durante las primeras cuarenta y ocho horas. Yo estaba con él cuando sucedió.

-Cuéntame todo lo que recuerdes, Susan.

La expresión de placer había desaparecido de su rostro, que estaba ahora alerta y tenso. Perdido en la habitación blanca y las sábanas blancas y el camisón blanco del hospital, a Susan le produjo la impresión de un hombre al borde 'del abismo.

'-No has respondido a mi pregunta, Ben.

¿Sobre qué pienso de la historia de Matt?

-Sí.

-Te contestaré diciéndote lo que tú piensas. Tú crees que la casa de los Marsten me ha trastornado hasta el punto de que veo murciélagos hasta en la sopa, por decirlo así. ¿Me equivoco?

-Sí, así es. Pero jamás lo pensé en términos tan... tan rudos.

-Ya lo sé, Susan. Intentaré describirte la secuencia de mis pensamientos. A mí mismo me puede hacer bien ponerlos en claro. Por tu cara, puedo decir que sucedió algo que hizo vacilar un tanto tu convicción, ¿no es verdad?

-Sí..., pero no creo, no puedo...

-Un momento. Con el no puedo bloqueamos cualquier cosa. Ahí fue donde yo me atasqué. En ese maldito imperativo absoluto. No puedo. Yo no le creí a Matt, Susan, porque esas cosas no pueden ser verdad. Pero por más vueltas que le di, no pude encontrar una sola fisura en su historia. La conclusión más obvia era que en algún momento se le había aflojado un tornillo, ¿no?

-Sí.

-¿A ti te pareció chiflado?

-No, pero...

-Espera. -Ben levantó la mano-. Ya estás pensando en términos de no se puede.

-Sí, creo que sí readmití»Susan

-A mí tampoco me pareció irracional ni chillado. Y tú y yo ¿sabemos que las fantasías paranoides o los complejos persecutorios no aparecen de la noche a la mañana. Van creciendo a lo largo del tiempo. Y necesitan riego, cuidado y abonos. ¿Alguna vez has oído decir en el pueblo que Matt tuviera un tornillo flojo? ¿O le oíste decir a Matt que alguien le perseguía con un cuchillo? ¿Expresó alguna vez un interés particular en cosas como sesiones de espiritismo o proyección astral o reencarnación? ¿Ha estado detenido alguna vez, que tú sepas?

-No respondió Susan Pero, Ben.M me duele decir esto de Matt, y hasta insinuarlo, pero hay gente que pierde la razón sin que se note. Enloquece por dentro.

-No lo careo repuso Ben. Siempre hay indicios, A veces uno no los advierte antes, pero después los entiende. Si fueras parte de un jurado, ¿admitirías el testimonio de Matt sobre un accidente de automóvil?

-Sí...

-¿Y le creerías si hubiera dicho que vio cómo alguien mataba a Mike Ryerson?

-Sí, imagino que sí.

-Pero esto no se lo crees.

-Ben, es que no puedo...

-Ya está; lo has dicho otra vez. No estoy defendiendo su causa, Susan. Lo único que hago es explicarte mi propio proceso mental. ¿De acuerdo?

-Está bien. Sigue.

-Lo segundo que se me ocurrió fue que alguien le estaba usando. Alguien que le guarda rencor, o le odia.

-Sí, eso también lo pensé yo.

-Matt dice que no tiene enemigos, y le creo.

-Todo el mundo tiene enemigos.

-Pero es una cuestión de grado. No te olvides de lo más importante... que en todo ese asunto hay un muerto. Si alguien se proponía liquidar a Matt, entonces tuvo que asesinar a Mike Ryerson intencionadamente.

-¿Porqué?

-Porque ni el guión ni la música tienen sentido si no hay cadáver. Sin embargo, según cuenta Matt, su encuentro con Mike fue casual. Nadie te llevó el jueves pasado a la taberna de Dell. No hubo una llamada anónima, ni una nota ni nada. El encuentro es tan casual que basta para excluir cualquier arreglo.

-Y eso, ¿qué posible explicación racional nos deja?

-Que Matt soñó que oía el ruido de la ventana al abrirse, la risa y el ruido de succión. Que Mike murió debido a alguna causa natural, aunque desconocida.

-Pero tú no crees eso.

-No creo que soñara cómo se abría la ventana, porque estaba abierta. Y la persiana exterior estaba caída en el césped. Yo lo advertí, y también Parkins Gillespie. Y advertí algo más. En la casa de Matt, esas persianas exteriores son de las que se cierran con cerrojo por fuera, no desde dentro. Desde el interior no se puede abrir a menos que se use un destornillador, y aun así costaría trabajo, y dejaría marcas. Yo no vi ninguna marca. Y hay otra cosa: debajo de esa ventana, el suelo era relativamente blando. Si alguien quería retirar una persiana del piso alto, tendría que haber usado una escalera, y eso también deja huellas. Tampoco había huellas. Eso es lo que más me preocupa. Que hayan quitado una persiana del segundo piso, desde fuera, sin que abajo queden rastros de una escalera.

Los dos se miraron sombríamente.

-Esta mañana he estado pensando en todo eso -continuó Ben-. Y cuanto más lo pensaba, más coherente me parecía el relato de Matt. De modo que decidí correr el riesgo y

me olvidé del no es posible. Ahora, cuéntame lo que sucedió anoche en casa de Matt. Si sirve para desechar todo esto, nadie se alegrará más que yo.

-Ojalá -suspiró tristemente Susan-. Al contrario, lo empeora. Matt acababa de contarme la historia de Mike Ryerson cuando dijo que había alguien arriba. Tenía miedo, pero subió. -Susan cruzó las manos sobre la falda, aferrándoselas con fuerza, como para evitar que se le escaparan-. Durante un rato, no sucedió nada más... y Matt habló en voz alta, como si retirara su invitación. Después... bueno, realmente no sé cómo...

-No te atormentes pensándolo y sigue. -Creo que alguien... alguien más... hizo una especie de ruido sibilante. Se oyó un golpe, corno si algo se hubiera caído. -Susan le miraba con desamparo-. Entonces oí una voz que decía: «Te veré dormir entre los muertos, maestro.» Y más tarde, cuando entré en la habitación a buscar una manta para Matt, encontré esto.

Susan sacó del bolsillo de la blusa el anillo y lo dejó caer en la mano de Ben.

Ben lo inclinó hacia la ventana para que la luz le permitiera leer las iniciales.

-M. C. R. ¿Mike Ryerson?

-Mike Corey Ryerson. Lo levanté, lo tiré y me obligué a recogerlo de nuevo... pensé que tal vez tú o Matt desearíais verlo. Guárdalo tú» yo no quiero tenerlo.

-¿Te hace sentir...?

-Mal. Muy mal. -Susan levantó la cabeza, desafiante-.

Pero no hay teoría racional que admita esto. Estaría más dispuesta a creer que de algún modo Matt asesinó a Mike Ryerson e inventó esa disparatada historia de los vampiros por sabe Dios qué razones. Que aflojó la persiana para que se cayera. Que mientras yo estaba abajo hizo un número de ventriloquia en el cuarto de huéspedes, qué dejó intencionadamente el anillo de Mike...

-Y se provocó un ataque cardíaco para dar mayor realismo a esa historia -terminó secamente Ben-. Susan, yo no he abandonado la esperanza de encontrar explicaciones racionales. Estoy buscando una, rogando por una. En el cine los monstruos son divertidos, pero la idea de que en la realidad puedan andar merodeando en la noche no es nada divertida. Puedo aceptar incluso que se podría haber aflojado la ventana. Vayamos más lejos. Matt es una persona culta. Imagino que debe de haber venenos, y tal vez venenos imposibles de descubrir, que pueden causar los síntomas que presentaba Mike. Claro que la idea del veneno es un poco difícil de creer si se piensa en lo poco que comía Mike...

-Esa información depende sólo de la palabra de Matt -señaló Susan.

-Pero él no mentiría porque sabría que en una autopsia es importante el examen del estomago dé la víctima. Y una inyección deja huellas. Pero, para los fines de nuestra teoría; digamos que fuera posible hacerlo. Y un hombre como Matt podría, seguramente, tomar algo que diera la apariencia de un ataque cardíaco. Pero ¿por qué?

Susan sacudió la cabeza con desaliento.

-Y aun si suponemos un motivo que desconocemos, ¿por qué habría de caer en semejante bizantinismo o inventar una historia tan disparatada? Ellery Queen encontraría alguna explicación, pero la vida no es una trama de Ellery Queen.

-Pero esto... esto otro es una locura, Ben.

-Sí, como Hiroshimá

-¡Quieres terminar con eso! -exclamó ¡súbitamente Susan. ¡No sigas haciéndote el intelectual cínico que no te va nada bien! De lo que estamos hablando es de historias dé viejas, pesadillas, psicosis o corno quieras llamarlo...

-Oh, mierda -masculló Ben-. Míralo de otro modo. El mundo se está viniendo abajo y tú te escandalizas por unos pocos vampiros.

- Salem's Lot es mi pueblo - se obstinó Susan - , y si algo sucede aquí, es real, no son delirios.

- No me lo digas a mí. - Con un dedo, Ben señaló el vendaje que tenía en la cabeza - . Y a tu ex parece que le dio fuerte.

-Oh, lo siento. Es un aspecto de Floyd que no conocía. Y no lo entiendo.

-¿Dónde está él ahora?

- En la celda de los borrachos. Parkins Gillespie le contó a mamá que tendría que entregarlo al condado... es decir, al sheriff McCaslin, pero que prefería esperar a ver si tú pensabas presentar una denuncia.

- ¿Qué sientes tú hacia él?

- Nada - respondió Susan con firmeza - . Ha dejado de ser parte de mi vida.

- No voy a denunciarlo. - Las cejas de Susan se arquearon - . Pero quiero hablar con él.

- ¿De nosotros?

- Del motivo por el que se me echó encima con abrigo, sombrero, gafas de sol., y guantes de goma.

'

;

- Bueno - sánalo Ben, mirándola - , el sol ya estaba alto. Y daba sobre él. Y tuve la impresión de que no le gustaba.

Los dos se miraron sin decir palabra. No parecía que hubiera más que decir sobre el tema.

5

Cuando Nolly le llevó a Floyd su desayuno traído del Café Excellent, Floyd dormía profundamente, y a Nolly le pareció una tontería despertarlo para que se comiera un par de huevos fritos recocidos y unas rodajas de tocino grasiento que había preparado Pauline Dickens, de modo que el propio Nolly dio cuenta de todo eso en la oficina, y se bebió el café también. El café sí era bueno; eso había que reconocérselo a Pauline. Pero cuando le llevó la comida y Floyd seguía durmiendo sin haber cambiado de posición, Nolly empezó a asustarse y dejó la bandeja en el suelo para golpear la reja con una cuchara.

-¡Eh, Floyd! Despierta que te traigo la comida.

Floyd no se despertó y Nolly sacó el llavero del bolsillo para abrir la puerta de la celda. Antes de meter la llave en la cerradura, se detuvo. La historieta de Gunsmoke de la semana pasada era sobre un tipo que se fingía enfermo para abalanzarse sobre el carcelero.

Se quedó indeciso, con la cuchara en una mano y el llavero en la otra; era un hombre robusto que al mediodía, cuando hacía calor, tenía siempre manchas de sudor en las axilas de sus camisas. Era un buen jugador de bolos y, durante los fines de semana, asiduo cliente de los bares; en su billetero, tras el calendario de fiestas de la Iglesia luterana, llevaba una lista de los bares y moteles de más dudosa reputación de Portland. De carácter amistoso, cabeza de turco por naturaleza, era hombre de reacciones lentas y lento también para la cólera. A cambio de estas riada despreciables cualidades, no destacaba por su agilidad mental, y durante varios minutos se quedó pensando cómo debería proceder, mientras golpeaba los barrotes con la cuchara, llamando a Floyd y deseando que éste se muriera,

roncara o hiciera cualquier cosa. En el momento en que decidió que lo mejor sería llamar a Parkins por radio para pedirle instrucciones, el propio Parkins le preguntó desde la puerta del despacho:

-¿Qué demonios estás haciendo, Nolly? ¿Llamando a los cerdos?

Nolly se ruborizó.

-Floyd no se mueve, Park. Me temo que está... enfermo, ¿sabes?

-Bueno, ¿y te parece que golpeando los barrotes con esa maldita cuchara se va a curar? -Parkins se acercó y abrió la celda.

-¿Floyd? -le sacudió por el hombro-. ¿Te sientes b.«?

Floyd rodó de la litera adosada a la pared y cayó al suelo.

-Maldición, está muerto...-masculló Nolly.

Parkins no dio señales de oírlo. Miraba con fijeza el rostro pavorosamente tranquilo de Floyd. Nolly vio que Parkins tenía el aspecto de un hombre mortalmente asustado.

-¿Qué pasa, Park?

-Nada -respondió Parkins-. Es que... salgamos de aquí. -Y, casi como para sí mismo, agregó-: Cristo, ojalá no le hubiera tocado.

Nolly miraba con creciente horror el cuerpo de Floyd.

-No te quedes ahí pasmado -le dijo Parkins-, tenemos que traer al médico.

6

Mediaba la tarde cuando Franklin Boddin y Virgil Rathbun llegaron al portón de madera situado al final de la bifurcación de Burns Road, unos tres kilómetros más allá del cementerio de Harmony Hill. Iban en la camioneta Chevrolet 1957 de Franklin, un vehículo que allá por el primer año del segundo mandato presidencial de Ike Eisenhower había sido de color marfil, pero que ahora era una mezcla de marrón y rojo. Más o menos una vez al mes, él y Virgil llevaban al vertedero un cargamento de botellas vacías, latas de cerveza vacías, barrilillos vacíos, botellas de vino vacías y de vodka Popov.

-Cerrado -anunció Franklin Boddin, mientras intentaba leer el cartel clavado al portón-. Vaya, que me cuelguen.

Se bebió un trago de la botella que llevaba entre las piernas, y se enjugó la boca con el brazo.

-Hoy es sábado, ¿no?

-Pues sí -le confirmó Virgil Rathbun, que no tenía la más remota idea de si era sábado o martes. Estaba tan borracho que ni siquiera sabía con seguridad el mes en que vivía.

-El vertedero está abierto los sábados, ¿no? -siguió preguntando Franklin.

Aunque no hubiera más que un cartel, él veía tres. Volvió a entrecerrar los ojos. Los tres decían «Cerrado». La pintura era roja, y había salido indudablemente de la lata que Dud Rogers, el encargado, guardaba dentro de su cabaña, junto a la puerta.

-Jamás ha estado cerrado los sábados -afirmó Virgil. Se llevó la botella de cerveza a la boca, pero no acertó y se echó un chorro en el hombro izquierdo-. Dios, esto es el colmo.

Cerrado repitió Franklin con creciente indignación-. Ese hijo de puta se ha ido de parranda, eso es lo que pasa. Ya le voy a dar yo cerrado. -Encendió el motor y puso la primera.

Con la sacudida la cerveza se derramó, espumeante, de la botella que llevaba entre las piernas, y empezó a correrle por los pantalones.

-¡Adelante, Franklin! -gritó Virgil, mientras dejaba escapar un sonoro eructo.

Franklin puso la segunda y aceleró por el camino irregular y cubierto de baches. La camioneta saltaba sobre sus gastados amortiguadores, mientras las botellas que caían de la parte de atrás se estrellaban contra el suelo. Las gaviotas se elevaron en vastos círculos vociferantes.

A unos cuatrocientos metros del portón, la bifurcación de Burns Road (lo que ahora llamaban el camino del vertedero) terminaba en un amplio descampado destinado a la basura. Arces y alisos se abrían para dejar libre una gran superficie plana de tierra removida y surcada por la vieja excavadora que Dud usaba y que ahora estaba aparcada junto a su cabaña. Más allá estaba el pozo donde iba a parar el material combustible. Basuras y desperdicios, adornados por el brillo de botellas y latas de aluminio, sé elevaban en dunas gigantescas.

-¡Maldito jorobado inservible! Parece que en toda la semana no ha enterrado ni quemado nada -masculló Franklin, y pisó el freno, que se hundió hasta el suelo con un chillido mecánico. Al cabo de un momento el vehículo se detuvo-. Estará durmiendo la mona, eso es lo que pasa.

-Nunca he oído que Dud bebiera mucho -comentó Virgil mientras arrojaba por la ventanilla la botella vacía y sacaba otra de la bolsa marrón que descansaba en el suelo. La abrió contra el picaporte de la puerta y la cerveza, enloquecida por los saltos, se le derramó burbujeando sobre la mano.

-Todos los jorobados beben -sentenció sabiamente Franklin. Después de escupir por la ventana, se dio cuenta de que estaba cerrada y frotó con la manga de la camisa el vidrio rayado y opaco-. Vamos a verle. Tal vez le pase algo.

Dio marcha atrás a la camioneta, describiendo un amplio círculo impreciso, hasta detenerla con la parte trasera contra la última acumulación de desperdicios de Solar. Cuando apagó el motor, el silencio dejó sentir repentinamente su peso sobre ellos. A no ser por los graznidos inquietos de las gaviotas, no se oía ruido alguno.

-Vaya quietud -murmuró Virgil.

Bajaron del vehículo para dirigirse hacia la parte de atrás. Franklin retiró las trabas que sostenían la puerta abatible y la dejó caer con estrépito. Las gaviotas que habían estado comiendo hacia el fondo del vertedero se elevaron en una nube, entre aletazos y graznidos.

Sin decir palabra, los dos hombres subieron a la caja de la camioneta y empezaron a descargarla. Las bolsas de plástico verde caían rodando y se abrían al aplastarse contra el suelo. Era tarea conocida para ambos. Los dos eran una parte del pueblo que pocos turistas veían, primero porque el pueblo mismo los ignoraba en virtud de un acuerdo tácito, y segundo porque Franklin y Virgil se habían recubierto de una coloración protectora. Si uno se cruzaba con la camioneta por el camino, se olvidaba de ella en el mismo momento en que desaparecía del espejo retrovisor. Si por casualidad se veía la choza en que vivían, y desde la cual una chimenea de lata enviaba al pálido cielo de noviembre una línea delgada de humo, no se le prestaba atención. Si alguien tropezaba con Virgil cuando éste salía de la cooperativa de Cumberland con una botella de vodka barata en una bolsa de papel marrón, le saludaba con un «hola» sin que después .pudiera recordar con quién se había encontrado: la cara le parecía familiar, pero el nombre se le escapaba. El hermano de Franklin era Derek Boddin, el padre de Richie (el recientemente derrocado rey del colegio de Stanley Street), y Derek casi se había olvidado de que su hermano aún vivía y estaba en el pueblo. Franklin había superado la condición de oveja negra: era completamente gris.

Una vez vacía la camioneta, Franklin le dio un puntapié a la última lata y se volvió a ajustar en la cintura los pantalones verdes de trabajo.

-Vamos a ver a Dud -propuso. ,

Virgil se pisó el cordón de un zapato y cayó sentado de culo.

-¡Joder, qué mal que hacen los zapatos últimamente -masculló.

Mientras se acercaban a la cabaña de Dud vieron que la puerta estaba cerrada.

-¡Dud! -vociferó Franklin-. ¡Eh, Dud Rogers!

Dio un golpe a la puerta y la cabaña entera se estremeció. El gancho que cerraba la puerta por dentro se soltó, y ésta se abrió, vacilante. La cabaña estaba vacía, pero se percibía un olor dulzón y enfermizo que hizo que los dos hombres se miraran poniendo mala cara, a pesar de estar acostumbrados a toda clase de hedores. A Franklin le recordó fugazmente los encurtidos que han pasado muchos años en un recipiente, a oscuras, hasta que el líquido en que están sumergidos se pone blancuzco.

-Huele peor que la gangrena -masculló Virgil.

Sin embargo, la cabaña estaba impecablemente limpia. La camisa de Dud pendía de un gancho encima de la cama, la astillada silla de cocina estaba junto a la mesa, y el jergón estaba tendido como si fuera un catre de campaña. La lata de pintura roja, con churretones aún frescos en los costados, estaba situada sobre un periódico doblado, detrás, de la puerta.

-Si no salimos de aquí acabaré vomitando -anunció Virgil, cuyo rostro había adquirido un tono blanco verdoso.

Franklin, que no se sentía mejor, retrocedió y cerró la puerta.

Ambos se quedaron mirando el vertedero, tan desierto y estéril como la luna.

-Por aquí no está -concluyó Franklin-. Andará por el bosque.

-¿Frank?

-¿Qué?

-La puerta tenía el seguro puesto por dentro. Si Dud no está ahí, ¿cómo salió?

Sobresaltado, Franklin se dio vuelta a mirar la cabaña. Por la ventana, pensó decir, pero no lo dijo. La ventana no era más que un rectángulo recortado y cubierto con un plástico transparente. Y no era bastante grande para que Dud, con su giba, pudiera pasar por allí.

7

-Qué importa -gruñó hoscamente-. Si Dud no quiere darnos nuestra parte, que se muera. Vamonos de aquí.

Volvieron hacia la camioneta, mientras Franklin sentía que algo se infiltraba a través de la membrana protectora de la ebriedad; algo pavoroso. Era como si el vertedero tuviera una palpitación propia, un latido lento, pero lleno de una terrible vitalidad. De pronto sintió la necesidad de huir de allí.

-No se ve ninguna rata -comentó Virgil.

Y no se veía ninguna; gaviotas, únicamente. Franklin trató de recordar alguna vez que hubiera llevado su cargamento al vertedero y no hubiera visto ratas. Nunca.

-Debe de haber puesto cebos envenenados, ¿eh, Frank?

-Ven, vamos -fue la única respuesta-. Larguémonos de aquí cuanto antes.

Después de la cena, autorizaron a Ben para que subiera a ver a Matt Burke. La visita fue breve; Matt estaba durmiendo. Sin embargo, le habían retirado ya la tienda de oxigenó; y la jefa de enfermeras le dijo que seguramente a la mañana siguiente Matt estaría despierto y podría recibir alguna visita breve.

Ben observó que el rostro de su amigo estaba tenso y avejentado; por primera vez era el rostro de un viejo. Ahí tendido, inmóvil, parecía vulnerable e indefenso. Si todo esto es verdad, pensó Ben, esta gente no te está haciendo favor alguno, Matt. Si esto es verdad, entonces estamos en la ciudadela de la incredulidad, donde las pesadillas se disipan con

desinfectantes, escalpelos y quimioterapia, no con estacas de fresno y Biblias y tomillo silvestre. Aquí son felices con los pulmones de acero, las agujas hipodérmicas y los irrigadores llenos de soluciones de bario. Si la columna de la verdad tiene una gotera, ni se enteran ni les importa.

Fue hacia la cabecera de la cama y suavemente tomó la cabeza de Matt para volverla. En la piel del cuello no había marcas.

Tras un momento de vacilación, se dirigió al armario y lo abrió. Allí estaba la ropa de Matt, y del picaporte interior de la puerta pendía el crucifijo que llevaba Matt cuando Susan fue a visitarle.

Ben volvió a acercarse a la cama y se lo colocó de nuevo alrededor del cuello.

-Oiga, ¿qué está haciendo? -preguntó una enfermera que acababa de entrar con una jarra de agua y una toalla.

-Estoy poniéndole su cruz en el cuello -respondió Ben.

-¿Es católico?

-Ahora sí -dijo con un suspiro.

8

Era ya de noche cuando se oyó un golpecito en la puerta de la cocina de la casa de los Sawyer en Deep Cut Road. Bonnie Sawyer fue a abrir. Llevaba un corto delantal atado a la cintura, tacones altos, y nada más.

Cuando la puerta se abrió, los ojos de Corey Briant se agrandaron y su boca se abrió.

-Oh... -articuló-. ¿Bonnie?

-¿Qué pasa, Corey

Deliberadamente apoyó una mano en el marco de la puerta, para mostrar sus pechos desnudos. Al mismo tiempo cruzó los pies para llamar la atención sobre las piernas.

-Dios, Bonnie, ¿y si hubiera sido...?

-¿El empleado de la telefónica? -preguntó ella con una risita. Le tomó una mano y se la apoyó en el pecho-. ¿Quiere leer el contador?

Con un gruñido en el que había una nota de desesperación (la del hombre que se ahoga y al hundirse por tercera vez encuentra una sirena en vez de una tabla), él la abrazó. Sus manos se cerraron sobre las nalgas, y el delantal almidonado crujió ásperamente.

-Ay, por favor. -Bonnie se retorció contra él-. ¿Es que va a probar si funciona el receptor, señor de la telefónica? Durante todo el día he estado esperando una llamada importante...

Corey la levantó y cerró la puerta de un puntapié. Bonnie no tuvo que decirle dónde estaba el dormitorio: él ya lo sabía.

-¿Estás segura de que no vendrá? -preguntó.

Los ojos de Bonnie brillaban en la oscuridad.

-No sé a quién se refiere, señor de la telefónica. Si es a mi marido... está en Burlington, Vermont.

Él la tendió sobre la cama, con las piernas colgando hacia un lado.

-Enciende la luz -pidió Bonnie, con voz súbitamente lenta y ronca-, que quiero ver lo que haces.

Corey encendió el foco que había al lado de la cama y la miró. El delantal estaba corrido hacia un costado. Los ojos de Bonnie, entrecerrados y ardientes, tenían las pupilas brillantes y dilatadas.

-Quítate eso -indicó él con un gesto.

-Quítemelo usted, que puede deshacer los nudos, señor de la telefónica.

Corey se inclinó obedientemente. Bonnie siempre le hacía sentir como un chiquillo inexperto que prueba por primera vez el plato, y a él siempre le temblaban las manos cuando estaba cerca de ella, como si su cuerpo transmitiera una corriente eléctrica. Ya no había momento en que no la tuviera presente. Bonnie se le había metido en la cabeza como una de esas pequeñas llagas dentro de la boca que uno no deja de tocarse con la lengua hasta se le aparecía juguetonamente en sueños, con su piel dorada y excitante. Su imaginación no conocía límites.

-No; de rodillas -le dijo-. Ponte de rodillas.

Él se hincó torpemente y se arrastró hacia Bonnie, tendiendo la mano hacia las cintas del delantal, mientras ella le apoyaba los pies en los hombros. Corey se inclinó a besarle el interior del muslo, sintiendo la carne firme y cálida.

-Así, Corey, así, sigue subiendo, sigue...

-Una escena muy interesante.

Bonnie Sawyer dio un grito de espanto.

Corey Briant levantó los ojos, parpadeando confundido.

Reggie Sawyer estaba apoyado contra la puerta del dormitorio. Apoyado en el antebrazo en forma descuidada y con los cañones hacia el piso, tenía una escopeta,

-Así que es verdad -se admiró Reggie, y dio un paso hacia el interior de la habitación, sonriendo-. ¿Qué os parece? Le debo una caja de cerveza a ese borrachín de Mickey Sylvester, maldita sea.

Bonnie fue la primera en recuperar la voz.

-Reggie, escúchame. No es lo que crees. Se metió en la casa, parecía enloquecido, estaba.»

-Cállate, puta. -Reggie seguía sonriendo.

Era un hombre enorme. Llevaba el mismo traje de color acerado que vestía dos horas antes, cuando Bonnie le había dado el beso de despedida.

-Escuche -dijo débilmente Corey, que sentía la boca llena de saliva-, por favor. Por favor, no me mate, aunque me lo merezca. Usted no querrá ir a la cárcel. No vale la pena por esto. Pégueme, sé que eso es inevitable, pero por favor no...

-No sigas de rodillas, Perry Masón -dijo Reggie Sawyer sin que la sonrisa se borrara de sus labios-. Tienes abierta la cremallera de la bragueta.

-Escuche, señor Sawyer...

-Oh, llámame Reggie -continuó él, siempre sonriente-. Si somos poco menos que compinches. Hasta he estado aprovechando tus roñosas sobras, ¿no es así?

-Reggie, no es lo que tú piensas, me violó...

Su esposo la miró con su sonrisa dulce y bondadosa.

-Si dices una palabra más, te meteré esto por el cono y no volverás a abrir la boca nunca más.

Bonnie empezó a lloriquear. La cara se le había puesto mortalmente pálida.

-Señor Sawyer... Reggie...

-Tu apellido es Bryant, ¿verdad? ¿Tu padre es Pete Bryant?

La cabeza de Corey asintió desesperadamente.

-Sí, eso es. Escuche...

-Cuando yo trabajaba para Jim Webber solía venderle gasolina -evocó Reggie con una sonrisa-. Fue unos cuatro o cinco años antes de que conociera a esta perra. ¿Sabe tu padre que estás aquí?

-No, señor, y se le partiría el corazón. Pégueme» me lo merezco, pero si me mata mi padre lo sabrá todo y le matará, y será usted responsable de dos...

-No, apuesto a que él no lo sabe. Ven un momento a la sala, que tenemos que hablar de este asunto. Ven. -Le sonrió para hacerle ver que no tenía mala intención, y después sus ojos se detuvieron en Bonnie, que le miraba aterrada-. Tú quédate aquí, preciosa. Vamos, Bryant. -Le hizo un gesto con la escopeta.

Tambaleante, Corey pasó a la sala seguido por Reggie. Sentía las piernas como de goma. De repente, la espalda empezó a picarle desesperadamente. Ahí me va a apuntar, pensó, exactamente entre los omóplatos. Se preguntó si viviría lo suficiente para ver sus entrañas estrellándose contra la pared...

-Date la vuelta -dijo Reggie.

Corey, que empezaba a gimotear, giró sobre los talones. Aunque no quería lloriquear, no podía evitarlo.

La escopeta ya no pendía indolentemente del antebrazo de Reggie; el doble cañón apuntaba a la cara de Bryant. Le pareció que los orificios gemelos se agrandaban hasta convertirse en pozos insondables.

-¿Sabes lo que has estado haciendo? -preguntó Reggie. La sonrisa había desaparecido y la expresión de su rostro era muy seria.

Corey no contestó. Era una pregunta estúpida. Pero siguió lloriqueando*

-Te has acostado con la mujer del prójimo, Corey. ¿Así te llamas?

Corey asintió en silencio, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

-¿Sabes qué les pasa a los que hacen eso cuando los atrapan?

Corey volvió a asentir.

-Coge el cañón de esta escopeta, Corey. Es muy fácil. Para disparar el gatillo se necesita una fuerza determinada, digamos que yo ya estoy aplicando la mitad de esa fuerza. Haz como si estuvieras acariciando a mi mujer.

La mano temblorosa de Corey se dirigió hacia el cañón de la escopeta. Sintió el frío del metal contra la palma sudorosa. De su garganta brotó un largo gemido de agonía. No había nada que hacer. Las súplicas eran inútiles.

-Póntela en la boca, Corey. Los dos cañones. Sí, eso es... Así está bien. Sí que tienes la boca bastante grande, Métetela hasta la garganta.

Las mandíbulas de Corey estaban abiertas hasta el límite. Los cañones de la escopeta se le apoyaban casi en el paladar, y las arcadas le sacudían el estómago. Sentía el acero aceitoso contra los dientes.

-Cierra los ojos, Corey. ¡

Corey se quedó mirándolo, los ojos llenos de lágrimas y tan grandes como platos.

Reggie volvió a sonreír cordialmente.

-Cierra tus ojitos azules de bebé.

Corey lo hizo.

Apenas si tuvo conciencia dé que los esfínteres se le aflojaban.

Reggie apretó los dos gatillos, y k>s percutores cayeron con un doble clic sobre las cámaras vacías.

Corey se desplomó en el suelo, desmayado.

Sin dejar de sonreír, Reggie le miró un momento y después dio vuelta a la escopeta y la cogió por los cañones.

-Ahora voy, Bonnie -anunció, volviéndose hacia el dormitorio.

Bonnie Sawyer empezó a chillar.

9

Corey Bryant se encaminó tambaleándose por Deep Cut Road hacia el lugar donde había dejado aparcada la furgoneta de la telefónica. Su cuerpo hedía, y tenía los ojos vidriosos e inyectados en sangre. En la parte posterior de la cabeza, donde se había golpeado contra el suelo al desmayarse, tenía un gran chichón. Sus botas hacían un ruido extraño al arrastrarse sobre la tierra blanda. Corey trataba de no pensar en la ruina total en que se había convertido su vida. Eran las ocho y cuarto. • Cuando le había despedido en la puerta de la cocina, Reggie Sawyer seguía sonriéndole bondadosamente. Desde el dormitorio, como un contrapunto a sus palabras, llegaban los sollozos desgarradores de Bonnie.

-Ahora te vas como un buen chico. Te metes en tu furgoneta y te vuelves al pueblo. A las diez menos cuarto pasa el autobús que va de Lewiston a Boston. En Boston puedes tomar otro a cualquier lugar del país. La parada está en el bar dé Spencer. Márchate, porque si te vuelvo a ver te mataré. Con ella no pasará nada; ya está domada. Durante un par de semanas tendrá que usar pantalones, y blusas de manga larga, pero en la cara no le quedará marca alguna. Lo mejor que puedes hacer es irte de Salem's Lot sin cambiarte de ropa siquiera, antes de que vuelvas a pensar que eres un hombre.

Y ahí iba Corey, caminando y dispuesto a hacer exactamente lo que le había dicho Reggie Sawyer. Desde Boston podría ir hacia el Sur... a cualquier parte. En el banco tenía una cuenta con algo mas de mil dólares. Su madre siempre había dicho que era un muchacho muy ahorrativo. Podía telegrafiar para que le enviaran el dinero, y vivir de eso hasta que consiguiera trabajo y empezara con la larga y ardua tarea de olvidarse de esa noche, del sabor del cañón de la escopeta, del olor de sus excrementos aplastados contra los pantalones.

-Hola, señor Bryant.

Corey soltó un grito ahogado y miró a la oscuridad* sin ver nada al principio. El viento se movía en los árboles y hacía que las sombras danzaran a través del camino. De pronto sus ojos distinguieron una sombra más sólida, de pie junto al muro de piedra que corría entre el camino y el campo de Cari Smith. La sombra tenía forma humana, pero había algo... algo...

-¿Quién es usted?

=-Un amigo que ve mucho, señor Bryant.

La forma salió de las sombras. A la débil luz, Corey vio un hombre de mediana edad con bigote negro y brillantes ojos hundidos.

-Le han tratado a usted mal, señor Bryant. ,

-¿Qué sabe usted de mis cosas?

-Es mucho lo que se. Saber es mi oficio; ¿Fuma?

-Sí.-Corey aceptó con agradecimiento el cigarrillo que le ofrecían.

El extraño encendió una cerilla, y a la luz de la llama pudo ver que el hombre tenía pómulos salientes, eslavos, la frente pálida y huesuda, y que su pelo negro estaba peinado hacia atrás. Después la cerilla se apagó y el humo penetró, áspero, en sus pulmones. Era un cigarrillo barato, pero era mejor que nada. Empezó a sosegarse.

-¿Quién es usted? -volvió a preguntar.

El extraño soltó una risa sorprendentemente gutural que se disipó en la leve brisa lo mismo que el humo del cigarrillo de Corey.

-¡Nombres! -exclamó su interlocutor-. ¡Oh, los norteamericanos y su insistencia en los nombres! ¡Permítame que le venda un coche, soy Bill Smith! ¡Cómase esto! ¡Vea aquello por televisión! Mi nombre es Barlow, por si eso le tranquiliza. -Y volvió a soltar la risa, mientras sus ojos brillantes pestañeaban.

Corey sintió que una sonrisa se deslizaba también hasta sus labios, y apenas si pudo creerlo. Sus problemas parecían distantes, sin importancia, en comparación con el desdeñoso buen humor de aquellos ojos oscuros.

-Es extranjero, ¿verdad? -le preguntó.

-Soy de muchas tierras; pero para mí este país... este pueblo... es como si estuviera lleno de extranjeros. ¿Comprende usted? ¿Eh? -Otra vez estalló en aquella risa gutural.

Y esta vez Corey se encontró riendo también. La risa se le escapó de la garganta como un croar disonante.

-Extranjeros, sí -continuó el otro-, pero hermosos extranjeros, de sangre caliente, emprendedores y llenos de vida. ¿Sabe usted qué hermosa es la gente de su país y de su pueblo, señor Bryant?

Corey apenas pudo emitir una risita, pero no apartó los ojos de la cara del extraño, que le había fascinado.

-El pueblo de este país jamás ha sabido lo que es hambre o necesidad. Han pasado dos generaciones desde que conocieron algo que se le pareciera, e incluso entonces fue breve y circunstancial. Creen haber conocido la tristeza, pero su tristeza es la de un niño a quien en una fiesta de cumpleaños se le cae al suelo el helado. No hay... ¿cómo se dice en su idioma...?, flaqueza en ellos. Derraman vigorosamente la sangre de su prójimo. ¿No lo cree usted? ¿No lo ve?

-Sí -asintió Corey.

Al mirar los ojos del extraño pudo ver muchas cosas, todas admirables.

-Este país es una sorprendente paradoja. En otros países, cuando un hombre come sin restricciones día tras día, se vuelve gordo... dormilón..., se pone hecho un cerdo. Pero aquí... parece que cuanto más tenéis, más agresivos os volvéis. Como el señor Sawyer. Con todo lo que tiene, te regatea unas pocas migajas de su mesa. Él también es como un niño en una fiesta de cumpleaños, que aparta de un empujón a otro bebé, aunque él ya no pueda comer más, ¿no es así?

-Sí -^balbuceó Corey.

Los ojos de Barlow eran tan grandes y tan comprensivos... No era más que cuestión de...

-Todo es cuestión de perspectiva, ¿no es verdad?

-¡Sí! -exclamó Corey.

El hombre había pronunciado la palabra justa, exacta, perfecta. El cigarrillo se le escurrió de los dedos y cayó al suelo.

-Yo podría haber pasado por alto una comunidad rústica como ésta -reflexionó el extraño-. Podría haber ido a una de vuestras grandes ciudades bulliciosas. ¡Bah! -Se enderezó súbitamente, mientras sus ojos centelleaban-. ¿Qué sé yo de las ciudades? ¡Allí me atropellaría el primer cabriolé que pasara por la calle! ¡Me ahogaría en ese aire infecto! Entraría en contacto con hombres untuosos y estúpidos, cuyas preocupaciones son para mí... ¿cómo decís, hostiles...?, sí, hostiles. ¿Cómo podría enfrentarse un pobre campesino como yo con el huero refinamiento de una gran ciudad... aunque sea de una ciudad norteamericana? ¡No! ¡Yo repudio vuestras ciudades!

^¡Oh, sí! -susurró Corey.

-Por eso he venido aquí, a un lugar del cual me habló por primera vez un hombre brillante, que fue vecino de este pueblo y ahora lamentablemente ha muerto. Aquí las gentes siguen siendo ricas y sanguíneas, gente rebosante de la agresión y la oscuridad que tan necesarias son para... no hay palabra para eso en vuestro idioma. Pokol; vurderlak; eyalik. ¿Sabes a qué me refiero?

-Sí -balbuceó Corey.

-La gente no se ha separado de la vitalidad que fluye de la madre tierra, cubriéndola con un caparazón de cemento. Sus manos se hunden en la savia de la vida. ¡Han arrancado la vida de la tierra, entera y palpitante! ¿No es verdad?

-¡Sí!

Con una risita bondadosa, el extraño apoyó una mano en el hombro de Corey.

-Eres un buen muchacho. Un hermoso muchacho, fuerte. No creo que quieras irte de un pueblo tan perfecto, ¿no?

-No... -murmuró Corey, pero de pronto dudó.

El miedo regresaba. Pero seguramente no tenía importancia. Ese hombre no permitiría que le sucediera nada malo.

-Pues no te irás. Nunca.

Corey se quedó inmóvil y tembloroso, como si hubiera echado raíces, mientras la cabeza de Barlow se inclinaba hacia él.

-Y lograrás vengarte de los que se llenan mientras otros padecen necesidad.

Corey Bryant se hundía en el gran río del olvido, y ese río era el tiempo, y sus aguas eran rojas.

10

Eran las nueve, y por el televisor del hospital, empotrado en la pared, estaba a punto de empezar la película del sábado por la noche, cuando sonó el teléfono que había junto a la cama de Ben. Era Susan, que apenas si podía mantener el control de su voz.

-Ben, Floyd Tibbits ha muerto. Murió en la celda, en algún momento de la noche. El doctor Cody dice que por anemia aguda... ¡pero yo conocía a Floyd! Sufría de hipertensión y por eso no le aceptaron en el ejército.

-Tranquilízate -aconsejó Ben, mientras se sentaba en la cama.

-Hay más. Una familia de apellido McDougall, que vive en el Bend. Se les murió un bebé de diez meses. A la señora McDougall la han detenido.

-¿Sabes cómo murió el bebé?

-Mi madre dijo que la señora Evans fue a ver por qué gritaba Sandra McDougall, y fue ella quien llamó al anciano doctor Plowman. Plowman no dijo nada, pero la señora Evans le comentó a mi madre que al bebé no parecía pasarle nada..., salvo que estaba muerto.

-Y tanto Matt como yo, los estrafalarios, estamos casualmente fuera del pueblo y fuera de combate -reflexionó Ben, más para sí que para Susan-. Casi como si fuera planeado.

-Hay más.

-¿Más?

-Cari Foreman ha desaparecido, y el cuerpo de Mike Ryerson también.

-Creo que es eso -se oyó decir Ben-. Tiene que ser eso. Voy a salir de aquí mañana.

-¿Te darán de alta tan pronto?

-No tendrán nada que decir al respectó. -Ben articuló las palabras sin pensar en ellas; su mente estaba en otra cosa-. ¿Tienes un crucifijo?

-Un... -Su voz sonó sorprendida, y un poco divertida-. Vaya, pues no.

-No bromeo, Susan. Jamás he hablado más en serio. ¿Hay algún lugar donde puedas conseguir uno a esta hora?

-Bueno, está Mane Boddin. Podría ir hasta...

-No. No salgas a la calle. Quédate en casa. Haz uno tú misma, aunque sea encolando dos trozos de madera. Y déjalo junto a tu cama,

-Ben, todavía no puedo creerlo. Tal vez es un maníaco, alguien que cree ser un vampiro, pero...

-Tú cree lo que quieras, pero haz esa cruz.

-Pero...

-¿La harás aunque no sea más que para darme gusto?

La respuesta llegó de mala gana:

-Sí, Ben.

-¿Puedes venir al hospital mañana a las nueve?

-Sí.

-Muy bien. Subiremos los dos a informar a Matt. Después tú y yo iremos a hablar con el doctor Cody.

-Pensará que estás loco, Ben. ¿Es que no lo sabes?

-Imagino que así es. Pero todo parece más real cuando se hace de noche, ¿o no?

-Sí -admitió en voz baja Susan-. Por Dios, sí.

Sin razón alguna, Ben pensó en la muerte de Miranda: la motocicleta que derrapaba sobre el asfalto mojado, perdido el control, el grito de ella, el sordo pánico de él, el flanco del camión que crecía y crecía mientras se aproximaban hacia él oblicuamente.

-¿Susan?

-Sí.

-Cuídate, por favor.

Después, Ben se quedó mirando la televisión, casi sin ver la comedia de Doris Day y Rock Hudson. Se sentía desnudo, desprotegido. Él mismo no tenía cruz. Sus ojos vagaron inciertamente hacia las ventanas, que no le mostraron más que la oscuridad. El viejo terror infantil de las tinieblas empezó a crecer, y al mirar la película, donde Doris Day le daba un baño de espuma a un perro peludo, sintió miedo.

11

En Portland, el depósito de cadáveres del condado es un salón frío y aséptico, revestido de azulejos verdes. Los suelos y las paredes son de un verde uniforme, y el techo un poco más claro. En las paredes se abren puertas cuadradas que parecen las taquillas de una terminal de autobuses. Los largos tubos fluorescentes, paralelos, arrojan una luz neutra y fría sobre el conjunto. No es un decorado muy agradable, pero jamás se ha sabido de ningún cliente que se quejara.

A las diez menos cuarto de ese sábado por la noche, dos ayudantes entraron la camilla donde venía, cubierto por una sábana, el cuerpo de un joven homosexual a quien habían disparado en un bar. Era el primer cadáver que recibían esa noche; las víctimas de la carretera solían llegar entre la una y las tres de la madrugada.

Buddy Bascomb estaba contando un chiste verde sobre desodorantes vaginales, cuando se interrumpió en mitad de una frase y se quedó mirando la línea de puertas de la M a la Z. Dos de ellas estaban abiertas.

Buddy y Bob Greenberg dejaron al recién llegado y se dirigieron hacia allí. Buddy miró la etiqueta colocada en la puerta a que llegó primero, mientras Bob seguía hacia la otra.

TIBBIST, FLOYD MARTIN
Sexo: M
Ingreso: 4.10.75

Autopsia fijada para: 5.10.75

Firmado: J. M. Cody, médico

Bob tiró de la puerta y la plataforma se deslizó silenciosamente hacia fuera sobre sus ruedecillas.

Vacía.

-¡Eh! -vociferó Greenberg-. ¡Este maldito agujero está vacío! ¿Quién diablos...?

-Yo estuve todo el tiempo en el escritorio -dijo Buddy-, y nadie pasó por allí. Puedo jurarlo. Debió ocurrir durante la guardia de Carty. ¿Qué nombre hay en ese otro?

-McDougall, Randall Fratus. ¿Qué quiere decir la abreviatura N.?

-Niño -explicó sombríamente Buddy-. Por Cristo, creo que hay algún problema.

12

Algo le había despertado.

Se quedó inmóvil en la oscuridad palpitante, mirando el techo.

Un mido. Se oía un ruido. Pero la casa estaba en silencio.

Otra vez. Como si rascaran.

Mark Petrie se dio la vuelta en la cama y miró por la ventana, y ahí estaba Danny Glick con los ojos fijos en él a través del cristal, con la cara de una palidez sepulcral, los ojos desencajados y enrojecidos. Tenía los labios y el mentón embadurnados con alguna sustancia oscura, y cuando vio que Mark le miraba le sonrió, mostrando unos dientes horriblemente largos y agudos.

-Déjame entrar -susurró.

Mark no estaba seguro de si las palabras habían atravesado el aire oscuro o sonaban sólo dentro de su cabeza.

Se dio cuenta de que estaba asustado, y de que su cuerpo lo había sabido antes que su mente. Jamás había estado tan asustado, ni siquiera cuando se cansó de nadar al volver de la boya de Pop-ham Beach y creyó que se ahogaría. Su mente, que en cierto modo seguía siendo la de un niño, hizo en pocos segundos un balance de su situación. El peligro que corría era más que peligro de muerte.

-Déjame entrar, Mark. Quiero jugar contigo.

No había nada donde pudiera sostenerse ese ente abominable que estaba del otro lado de la ventana, la habitación de Mark estaba en el piso de arriba, y la ventana no tenía alféizar. Sin embargo, de alguna manera se mantenía suspendido en el vacío, o tal vez estaba aferrado a los ladrillos como un oscuro insecto.

-Mark... por fin he podido venir. Por favor...

Claro. Uno tiene que invitarles a entrar, pensó Mark.

Mark lo sabía por sus revistas de monstruos, las que su madre temía que pudieran trastornarlo de alguna manera.

Al levantarse de la cama, casi se cayó. Sólo entonces se dio cuenta de que miedo era una palabra demasiado débil para eso. Ni siquiera terror servía para expresar lo que sentía. El pálido rostro que lo miraba desde fuera procuraba sonreír, pero llevaba demasiado tiempo en las tinieblas para recordar cómo se hacía. Lo que Mark veía era una mueca crispada, una sangrienta máscara de tragedia.

Sin embargo, si uno le miraba a los ojos, no era tan terrible. Si uno le miraba a los ojos, ya no tenía tanto miedo y comprendía que todo lo que tenía que hacer era abrir la ventana y decir «Entra, Danny», y que entonces ya no tendría más miedo porque sería lo mismo que Danny y que todos ellos, y lo mismo que éL Sería...

¡No! ¡Así es como te atrapan!

Apartó los ojos, y para hacerlo necesitó de toda su fuerza de voluntad.

-¡Mark, déjame entrar! ¡Te lo ordeno! \Él lo ordena!

Mark empezó otra vez a caminar hacia la ventana. Era imposible de evitar. No había manera de negar esa voz. A medida que se aproximaba al cristal, el maligno rostro infantil empezó a convulsionarse y a hacer horribles muecas, ansiosamente. Las uñas, negras de tierra, rascaban el cristal de la ventana.

Piensa en algo. ¡Rápido!, se ordenó Mark.

-El arzobispo de Constantinopla -susurró roncamente-. El arzobispo de Constantinopla se quiere desarzobispoconstantinopolizar. El desarzobispoconstantinopolizador que lo desarzobispoconstantinopolice buen desarzobispoconstantinopolizador será.

Danny Glick, con la mirada fija en él, emitía un sonido sibilante.

-¡Mark! ¡Abre la ventana!

-En un plato de patatas...

-La ventana, Mark, \él lo manda!

-... tres tristes tigres comen trigo.

Se sentía debilitar. Esa voz susurrante estaba atravesando sus defensas, y la orden era imperativa. Los ojos de Mark se fijaron en su escritorio, atestado de monstruos de juguete que ahora parecían tan ingenuos y estúpidos... Y al reparar de pronto en una de las figuras, se hicieron más grandes.

El vampiro de plástico se paseaba por un camposanto de plástico, y uno de los monumentos tenía forma de cruz.

Sin detenerse a pensarlo ni considerarlo (cosas ambas que se le habrían ocurrido a un adulto, a su padre, por ejemplo, y que para él habrían sido la rutina), Mark arrancó la cruz, la empuñó con firmeza y dijo:

-Pues entra, entonces.

El rostro esbozó una astuta expresión de triunfo. La ventana se abrió y Danny entró en la habitación y dio dos pasos. La exhalación de la boca abierta era fétida; el hedor de un osario. Las manos blancas, frías como peces, se apoyaron en los hombros de Mark. Su cabeza se inclinó como la de un perro mientras el labio superior se elevaba sobre los colmillos resplandecientes.

Con un gesto decidido, Mark levantó la cruz de plástico y la apoyó contra la mejilla de Danny Glick.

El alarido fue horrible, sobrenatural... y silencioso. Sólo despertó ecos en los corredores de su cerebro y en las cámaras de su alma. En aquello que era el rostro de Glick, la sonrisa de triunfo se transformó en una desesperada mueca de agonía. De la carne pálida empezó a brotar humo y durante un momento, antes de que la criatura se retorciera, a medias arrojándose, a medias cayendo por la ventana, Mark sintió que la carne cedía como si fuera humo.

De pronto todo terminó, como si jamás hubiera sucedido.

Pero por un momento la cruz resplandeció con una luz incandescente, como si la iluminara un fuego interior.

Mark oyó el clic inconfundible de la lámpara al encenderse en el dormitorio de sus padres, y la voz de su padre:

-¿Qué demonios ha sido eso?

13

Dos minutos después se abrió la puerta de su dormitorio, pero él ya había tenido tiempo de ponerlo todo en orden.

-Hijo, ¿estás despierto? -preguntó Henry Petrie.

-Creo que sí -respondió Mark con voz soñolienta.

-¿Has tenido una pesadilla?

-Creo que sí... No me acuerdo.

-Es que gritaste en sueños.

-Disculpa.

-No importa. -Después de cierta vacilación, el padre le contó sus recuerdos de cuando Mark era un bebé, fuente de más problemas pero infinitamente más manejable-. ¿No quieres un poco de agua?

-No, gracias, papá.

Henry Petrie examinó rápidamente la habitación, sin poder entender la estremecedora sensación de miedo que le había despertado, y que todavía persistía, una sensación de desastre al que había escapado por un pelo. Sí, todo parecía en orden. La ventana estaba cerrada. Todo estaba en su lugar.

-Mark, ¿pasa algo?

-No, papá.

-Bueno... buenas noches, entonces.

-Buenas noches.

La puerta se cerró suavemente, y los pies de su padre, calzados con pantuflas, descendieron por las escaleras. Mark se relajó. En ese momento, un adulto podría haber cedido a la histeria, lo mismo que un niño un poco mayor o más pequeño. Pero Mark sintió que el terror se desvanecía en él. Y a medida que el terror se alejaba, la somnolencia empezó a ocupar su lugar.

Antes de abandonarse por completo, Mark se dio cuenta de que estaba pensando, y no por primera vez, lo extraño que eran los adultos. Tomaban laxantes, alcohol o pildoras para dormir, para ahuyentar sus terrores y conseguir conciliar el sueño, y sus temores eran tan mansos, tan domésticos: el trabajo, el dinero, lo que pensará la maestra si Jennie no va a la escuela mejor vestida, si me amará mi mujer, quiénes serán mis amigos. Pálidos miedos comparados con los que experimentan todos los niños en la oscuridad de sus lechos, sin poder confesárselos a nadie en la esperanza de ser comprendido, a no ser a otro niño. No hay terapia de grupo ni psiquiatría ni servicios sociales de la comunidad para el niño que debe hacer frente a eso que todas las noches está en el sótano o debajo de la cama, a eso que acecha, se mueve y amenaza detrás del punto donde la visión se acaba. Y noche tras noche hay que librar la misma batalla solitaria, y la única cura es que al final las facultades imaginativas terminan por anquilosarse, y a eso se le llama ser adulto.

En una especie de taquigrafía mental, más breve y más simple, esas ideas le pasaron por la cabeza. La noche anterior, Matt Burke había hecho frente a un terror semejante y le había abatido un infarto provocado por el miedo; esta noche Mark Petrie lo había superado, y diez minutos más tarde descansaba en la falda del sueño, con la cruz de plástico todavía en la mano derecha, como un bebé sostiene el sonajero. Tal vez la diferencia entre el hombre y el niño.

ONCE

BEN (IV)

1

A las nueve y diez de la mañana del domingo -un día luminoso y bañado por el sol-, cuando Ben empezaba a preocuparse por no saber nada de Susan, sonó el teléfono al lado de su cama. Ben respondió con impaciencia.

-¿Dónde estás?

-Tranquilízate. Estoy aquí arriba con Matt Burke, que solicita el placer de tu compañía tan pronto como puedas ofrecérsela.

-¿Por qué no has venido...?

-He pasado a verte, más temprano, y dormías como un cordero.

-Es que por la noche te dan unas drogas que te aturden, para poder robarte órganos para pacientes millonarios -bromeó Ben-. ¿Cómo está Matt?

-Ven tú mismo a verlo -respondió Susan, y apenas había hecho más que colgar cuando ya Ben estaba enfundándose en su bata.

2

Matt parecía mucho mejor, casi rejuvenecido. Susan estaba sentada junto a la cama con un vestido de color azul brillante, y cuando Ben entró en la habitación, Matt levantó una mano para saludarlo.

Ben acercó una de las incómodas sillas del hospital y se sentó.

-¿Y tú cómo te sientes?

-Mucho mejor. Débil, pero mejor. Anoche me quitaron el suero endovenoso y esta mañana me han dado un huevo pasado por agua. Anticipos del asilo para ancianos.

Ben besó levemente a Susan y advirtió en el rostro de ella una especie de tensa compostura, como si todo estuviera sostenido por un delgado alambre.

-¿Alguna novedad desde que llamaste anoche?

-Ninguna, que yo sepa. Pero yo he salido de casa a eso de las siete, y los domingos el pueblo se despierta un poco más tarde.

Ben dirigió la mirada a Matt.

-¿Te sientes bien para hablar de esto?

-Sí, creo que sí -respondió Matt, y cambió de posición. Con el movimiento, la cruz de oro que Ben le había colgado al cuello relumbró-. Por cierto, gracias por esto. Es un gran consuelo, aunque la compraras el viernes por la tarde en la sección saldos de Woodworth.

-¿Cómo estás ahora?

-«Estabilizado» es el repugnante término que usó el joven doctor Cody cuando me examinó ayer a última hora de la tarde. De acuerdo con el ECG que me hizo, fue estrictamente un infarto de segunda división... sin formación de coágulos -carraspeó-. En interés de él, es de esperar que así sea. -Se interrumpió y miró a Ben-. Dijo que había visto casos así producidos por una fuerte conmoción. Yo, como si tuviera cremallera en la boca. ¿Hice bien?

-En ese momento sí. Pero las cosas han cambiado. Hoy, Susan y yo vamos a ver a Cody y le pondremos al tanto de todo. Si no firma inmediatamente los papeles para encerrarme en el manicomio, le diremos que hable contigo.

-Pues le haré el favor de escucharle -dijo maliciosamente Matt-. El muy presumido no me deja fumar mi pipa.

-¿Te contó Susan lo que ha sucedido en Salem's Lot desde el viernes por la noche?

-No. Dijo que prefería esperar a que estuviéramos todos juntos.

-Antes de que hable ella, ¿quieres contarme qué fue lo que pasó exactamente en tu casa?

El rostro de Matt se ensombreció y por un momento la máscara de la convalecencia se esfumó. Ben tuvo un atisbo del viejo a quien había visto dormido el día anterior.

-SÍ no te sientes lo bastante...

-Oh, sí, estoy bien. Tengo que estar bien, si la mitad de lo que sospecho es verdad -sonrió amargamente-. Siempre me he considerado un poco librepensador, y difícil de asustar. Pero es asombrosa la forma en que la mente trata de excluir algo que no le gusta o que considera amenazante. Como las pizarras mágicas con que jugábamos cuando éramos niños. Si a uno no le gustaba lo que había dibujado, no tenía más que correr la línea y desaparecía.

-Pero la línea quedaba marcada para siempre en el fondo -señaló Susan.

-Sí -le sonrió Matt-. Una hermosa metáfora de la interacción entre lo consciente y lo inconsciente. Lástima que Freud eligió la de la cebolla. Pero estamos divagando. -Miró a Ben-. ¿A ti te lo ha contado Susan?

-Sí, pero...

-Entiendo. Vayamos al grano.

Relató la historia con voz tranquila y casi sin inflexiones, con una única pausa cuando una enfermera entró a preguntarle si quería un vaso de zumo. Matt le dijo que le encantaría, y se lo bebió a pequeños sorbos con la pajita, mientras hablaba. Ben observó que al llegar a la parte en que Mike se caía hacia atrás por la ventana, los cubos de hielo tintineaban un poco en el vaso que sostenía en la mano. Sin embargo, la voz no vaciló; siguió sonando con la misma inflexión monótona que Matt usaba en sus clases. Ben pensó, no por primera vez, que era un hombre admirable.

Terminado el relato, se produjo una breve pausa, que fue rota por el propio Matt.

-Bien. Vosotros, que no habéis visto nada con vuestros propios ojos, ¿qué pensáis de esto?

-Ayer, Ben y yo hablamos bastante sobre ello --dijo Susan-, pero dejaré que sea él quien se lo diga a usted.

Con cierta timidez, Ben fue planteando cada una de las explicaciones razonables, para descartarlas después. Cuando mencionó la persiana, el terreno blando y la falta de huellas de escalera, Matt aplaudió.

' -¡Bravo! ¡Buen detective! -Después miró a Susan-. Y usted, señorita Norton, que solía escribir unos ensayos tan sólidos, con párrafos como ladrillos unidos por el cemento de oraciones, ¿qué piensa usted?

La muchacha se miró las manos, que jugaban con un pliegue de su vestido, y después levantó los ojos hacia él.

-Como ayer Ben me dio una conferencia sobre el significado lingüístico de no puedo* no usaré esa expresión. Pero me resulta muy difícil aceptar que anden vampiros al acecho por Salem's Lot, señor Burke.

-Si se pueden disponer las cosas para que no se viole el secreto, estoy dispuesto a someterme a un detector de mentiras -dijo suavemente Matt.

Susan enrojeció un poco.

-No, no... no me entienda mal, por favor. Estoy convencida de que algo sucede en el pueblo. Algo... horrible.. Pero esa»

Matt tendió una mano y la apoyó sobre las de ella.

-Eso lo entiendo, Susan. ¿Pero quieres hacer algo por mí?

-Si puedo.

-Quisiera que los tres nos decidiéramos a partir de la premisa de que todo esto es real. Que tengamos presente esa premisa hasta que podamos refutarla. El método científico. Ben y yo ya hemos analizado los modos y maneras de ponerla a prueba. Y nadie desea más que yo poder refutarla.

-Pero no cree que sea posible, ¿no es eso?

-No, no lo creo -admitió Matt-. Después de una larga conversación conmigo mismo, llegué a una decisión: creo en lo que vi.

-Dejemos de lado por un momento las cuestiones de creer y no creer -sugirió Ben-, que por ahora son académicas.

-De acuerdo -aprobó Matt-. ¿Cuáles son tus ideas sobre el procedimiento?

-Bueno -empezó Ben-, yo te designaría jefe de investigación; Dados tus antecedentes, resultas adecuado para la tarea. Y estás obligado a mantener inactividad física.

Los ojos de Matt brillaron como cuando habló de la perfidia de Cody al prohibirle la pipa.

-Cuando abra la biblioteca, telefonearé a Loretta Starcher. Necesitará una carretilla para traerme los libros.

-Es domingo y la biblioteca está cerrada -le recordó Susan.

-La abrirá para mí -afirmó Matt-, y si no, sabré por qué.

-Pídele todo lo que haya sobre el tema -indicó Ben-, tanto psicológico como parapsicológico o místico. Todo.

•-Iré tomando notas -dijo Matt-. ¡Por Dios que sí! -Miró a ambos-. Desde que me desperté aquí, es la primera vez que me siento un hombre. ¿Qué vais a hacer?

-Primero, hablar con Cody. Él examinó a Ryerson y a Floyd Tibbits. Tal vez podamos persuadirle de exhumar el cuerpo de Danny Glick.

-Pero ¿lo hará? -preguntó Susan.

Matt bebió un sorbo de zumo antes de contestar.

-El Jimmy Cody que fue mi discípulo lo habría hecho, sin duda. Era un muchacho imaginativo y de mentalidad abierta, notablemente resistente a la hipocresía. Hasta qué punto puedan haberlo convertido en empirista la universidad y la facultad de medicina, no lo sé.

-Todo esto me parece descabellado -señaló Susan-. Especialmente lo de ir a ver al doctor Cody, a riesgo de que nos rechace sin contemplaciones. ¿Por qué no vamos Ben y yo a casa de los Marsten y terminamos con todo esto? Eso estaba en el programa de la semana pasada.

-Te diré por qué -intervino Ben-, Porque vamos a proceder partiendo de la premisa de que todo esto es real ¿Estás tan ansiosa por ir a meter la cabeza en la boca del lobo?

-Yo creía que los vampiros dormían de día.

-Sea lo que sea Straker, no es un vampiro -señaló Ben-, a menos que las antiguas leyendas estén equivocadas. Se muestra a plena luz del día. Y lo menos que haría sería echarnos como intrusos, sin que llegáramos a enterarnos de nada. En el peor de los casos, si nos venciera y nos encerrara allí hasta la noche, seríamos el bocado perfecto para cuando despertara el conde.

-¿Barlow?

Ben se encogió de hombros.

-¿Por qué no? La historia del viaje de negocios a Nueva York es demasiado buena para ser cierta.

Aunque la expresión de sus ojos seguía siendo obstinada, Susan no dijo nada.

-¿Y qué .haréis si Cody se ríe de vosotros? -preguntó Matt-. Eso, suponiendo que no os haga encerrar.

-Entonces iremos al cementerio al caer el sol •-declaró Ben-. A vigilar el sepulcro de Danny Glick. Cuestión de pruebas, digamos.

Matt se enderezó un poco sobre las almohadas.

-Prometedme que tendréis cuidado. ¡Prometédmelo, Ben!

-Claro que sí. Iremos rebosantes de cruces.

-No hagas bromas -balbuceó Matt-. Si tú hubieras visto lo que yo... -Volvió la cabeza para mirar por la ventana, que mostraba las hojas de un aliso iluminadas por el sol y, más allá, el luminoso cielo otoñal.

-Si ella bromea, yo no -afirmó Ben-. Tomaremos todas las precauciones.

-Id a ver al padre Callahan -recomendó Matt-. Pedidle que os dé un poco de agua bendita, y si es posible también una hostia.

-¿Qué clase de hombre es? -quiso saber Ben.

Matt se encogió de hombros.

-Un poco raro. Borracho, tal vez. En todo caso, si lo es, es un borracho cultivado y cortés. Tal vez un poco resentido bajo el yugo de un Papado ilustrado.

-¿Está usted seguro de que el padre Callahan es... de que bebe? -preguntó Susan.

-Seguro no -respondió Matt-. Pero un ex alumno mío, Brad Campion, trabajaba en la tienda de licores de Yarmouth y dice que Callahan es uno de los clientes habituales. De Jim Beam. Buen gusto.

-¿Sería posible hablar con él? -preguntó Ben.

-No lo sé, pero deberíais intentarlo.

-Entonces, ¿tú no lo conoces?

-No. Está escribiendo una historia de la Iglesia católica en Nueva Inglaterra, y sabe mucho de los poetas de nuestra supuesta edad de oro... Whittier, Longfellow, Russell, Holmes, todos ésos. A fines del año pasado lo invité a hablar en mi clase de estudiantes de literatura norteamericana. Tiene una mente rápida y punzante, que agradó a los muchachos.

-Lo veré, y me dejaré guiar por mi olfato -prometió Ben.

Una enfermera se asomó, hizo un gesto de asentimiento y un momento después entraba Jimmy Cody, con un estetoscopio colgado del cuello.

-¿Molestando a mi paciente? -bromeó.

-No tanto como tú -protestó Matt-. Quiero mi pipa.

-Pues puede usted tenerla -respondió Cody con aire ausente, mientras estudiaba los datos clínicos de Matt.

-Matasanos de mala muerte -masculló Matt.

Cody dejó la ficha clínica y corrió la cortina verde que pendía alrededor de la cama, de un riel de acero en forma de C.

-Tengo que pedirles que salgan un momento. ¿Qué tal va su cabeza, señor Mears?

-Bueno, parece que no se me ha salido nada de dentro.

-¿Sabe lo de Floyd Tibbits?

-Susan me lo contó, y quisiera hablar con usted, si tiene un momento cuando termine sus visitas.

-Si quiere, puedo dejarlo como el último paciente de la visita. A eso de las once.

-Espléndido.

Cody volvió a mover la cortina.

-Y ahora, si usted y Susan quieren disculparnos...

-Henos aquí, amigos, en el aislamiento -declamó Matt-. Decid la palabra secreta y os ganaréis cien dólares.

La cortina se interpuso entre Ben y Susan y la cama.

-La próxima vez que lo tenga a usted con oxígeno -le oyeron decir a Cody-, creo que aprovecharé para extirparle la lengua y más o menos la mitad del lóbulo frontal.

Ben y Susan sonrieron, como sonríen los enamorados cuando están al sol y no pasa nada grave, pero las sonrisas se desvanecieron casi instantáneamente. Por un momento se preguntaron si todo aquello no sería una chifladura.

3

Cuando Jimmy Cody entró finalmente en el cuarto de Ben, eran las once y veinte.

-De lo que yo quería hablar con usted... -empezó Ben.

-Primero la cabeza y después hablamos. -Cody le apartó suavemente el pelo, miró un momento y dijo-: Esto le va a doler.

Cuando le quitó el vendaje adhesivo, Ben dio un respingo.

-Bonito chichón -comentó Cody, y volvió a cubrir la herida con una venda más pequeña.

Dirigió la luz de su linterna a los ojos de Ben y después le golpeó la rodilla izquierda con un martillito de goma. Con súbita morbosidad, Ben pensó si sería el mismo que había usado con Mike Ryerson.

-Parece que todo va bien -comentó el médico, mientras dejaba a un lado sus instrumentos-. ¿Cuál era el apellido de soltera de su madre?

-Ashford-respondió Ben, a quien le habían hecho preguntas similares cuando recuperó por primera vez el conocimiento.

-¿Y la maestra de primer grado?

-La señora Perkins. Se teñía el pelo.

-¿El segundo nombre de su padre?

-Merton.

-¿Mareos o náuseas?

-No.

-¿No percibe olores raros, colores o...?

-No, no y no. Estoy perfectamente.

-Eso lo decidiré yo -especificó Cody-. ¿En algún momento vio doble imagen?

-Desde la última vez que bebí toda una botella de Thunderbird, no.

-Muy bien. Le declaro curado gracias a las maravillas de la ciencia moderna y a la suerte de tener la cabeza dura. Ahora, ¿de qué quería hablarme? De Tibbits y del chico de los McDougall, imagino. Lo único que puedo decirle es lo que le dije a Parkins Gillespie. Primero, que me alegro de que no haya aparecido en los periódicos; en un pueblo pequeño, con un escándalo por siglo es bastante. Segundo, que no sé quién pudo hacer una cosa tan retorcida. No puede haber sido nadie del pueblo. Tenemos nuestra cuota de horrores, pero...

Se interrumpió al ver la expresión intrigada de Ben y Susan.

-¿No lo saben? ¿No les han contado?

-¿Contado qué? -preguntó Ben.

-Parece algo de Boris Karloff y Mary Shelley. Anoche alguien se llevó los cadáveres del depósito en Portland.

-Cristo -murmuró Susan.

-¿Qué pasa? -preguntó Cody-. ¿Es que ustedes saben algo de esto?

-Estoy empezando a pensar que sí -respondió Ben.

4

Cuando terminaron de contárselo todo eran las 12.10. La enfermera había traído el almuerzo de Ben en una bandeja, que seguía intacta junto a la cama.

La última palabra se extinguió y no se oyó otro ruido que el entrechocar de vasos y cubiertos por la puerta entreabierta, mientras los demás pacientes del pabellón comían.

-Vampiros -repitió Jimmy Cody-. Y Matt Burke. Tratándose de él, es muy difícil tomarlo a risa.

Ben y Susan se quedaron en silencio.

-Así que quieren que exhume el cadáver del chico de los Glick -masculló-. Lo único que faltaba.

Sacó un frasco de su maletín y se lo arrojó a Ben, que lo atrapó al vuelo.

-Aspirina -informó-. ¿La usa usted?

-Mucho.

-Mi padre solía decir que era la mejor enfermera de un buen médico. ¿Sabe usted cómo actúa?

-No -contestó Ben, mientras hacía girar en las manos el frasco de aspirinas.

No conocía a Cody lo suficiente para saber qué era lo que ocultaba o lo que dejaba ver, pero estaba seguro de que no eran muchos los pacientes que lo veían así, nublado el rostro juvenil por las cavilaciones y la introspección. No quiso interrumpir el estado de ánimo de Cody.

-Ni yo -continuó éste-. Ni nadie, en realidad. Pero es buena para el dolor de cabeza, la artritis y el reumatismo. Tampoco sabemos qué son esas dolencias. ¿Por qué ha de dolerle a uno la cabeza, si no hay nervios en el cerebro? Sabemos que la composición química de la aspirina se parece mucho a la del LSD, pero ¿por qué uno de ellos alivia el dolor de cabeza mientras el otro hace que la cabeza se llene de flores? En parte, la razón de que no lo entendamos es que no sabemos realmente qué es el cerebro. El mejor médico del mundo está en un islote en medio de un mar de ignorancia. Sacudimos nuestras varas de brujos, matamos nuestros cobayas, y leemos mensajes en la sangre. Y todo eso funciona muchas veces. Magia blanca. Bene gris gris. Mis profes de la facultad se tirarían de los pelos si me oyeran decir esto. Algunos ya lo hicieron cuando supieron que me dedicaría a la medicina general en una zona rural de Maine -sonrió-. Y clamarían si supieran que voy a pedir autorización para exhumar el cadáver del chico de Glick.

-¿Lo hará usted? -preguntó Susan, azorada.

-¿Qué daño puede hacer? Si está muerto, está muerto. Y si no, tendré algo para remover el avispero en la próxima convención de la Asociación Médica Norteamericana. Diré a los funcionarios del condado que busco signos de encefalitis infecciosa, es la única explicación verosímil que se me ocurre.

-¿Podría ser eso, realmente? -preguntó, Susan.

-Improbable.

-¿Cuándo sería lo más pronto que se podría hacer eso? -preguntó Ben.

-Mañana. Pero si tengo que ir de un lado a otro, el martes o miércoles.

-¿Qué aspecto debería tener? -preguntó Ben-. Ya sabe, me refiero a...

-Sí, sé a qué se refiere. Los Glick no habrán hecho embalsamar al chico, ¿verdad?

-No.

-¿Y hace una semana que lo enterraron?

-Sí.

-Cuando se abra el ataúd, es posible que haya un olor muy desagradable y que el cuerpo esté hinchado. Es posible que el pelo le llegue al cuello... es sorprendente durante cuánto tiempo sigue creciendo... y también tendrá las uñas muy largas. En cuanto a los ojos, estarán hundidos.

Susan trataba de mantener una expresión de imparcialidad científica. Ben se alegró de no haber comido su almuerzo.

-La verdadera descomposición del cadáver no se habrá iniciado todavía -continuó Cody-, pero es posible que haya humedad suficiente para producir crecimientos fungosos en mejillas y manos; quizá una sustancia musgosa que se llama... -Se interrumpió-. Oh, perdón. Les estoy impresionando.

-Puede haber cosas peores que la podredumbre -señaló Ben-. Supongamos que no se encuentra ninguno de esos signos, que el cadáver sigue con un aspecto tan natural corno el día que lo enterraron. Entonces ¿qué? ¿Se le clava una estaca en el corazón?

-Difícil -respondió Cody-. Para empezar, algún funcionario del condado estará presente. No creo que ni siquiera a Brent Norbert le pareciera muy profesional de mi parte que sacara una estaca del maletín y la clavara a martillazos en el cadáver de un niño.

-¿Y qué hará usted? -preguntó Ben.

-Bueno, con perdón de Matt Burke, no creo que eso suceda. Si el cuerpo estuviera en ese estado, sin duda lo llevaría al Centro Médico de Maine para un examen exhaustivo. Y una vez allí, trataría de alargar el reconocimiento hasta el anochecer... y observaría cualquier fenómeno que pudiera producirse.

-¿Y si se levanta?

-Lo mismo que ustedes, no puedo concebirlo.

-A mí me parece cada vez más concebible -dijo Ben-. ¿Podría estar presente cuando todo eso suceda... si es que sucede?

-Podríamos arreglarlo.

-De acuerdo -asintió Ben. Se levantó de la cama y se dirigió al armario donde estaba su ropa-. Yo voy a...

Se oyó una risita de Susan, y Ben se volvió.

-¿Qué pasa?

Cody también reía.

Los camisones de hospital suelen abrirse por la espalda, señor Mears.

-Demonios -masculló Ben, instintivamente se dio la vuelta para cerrarse el camisón-. Será mejor que me tutees.

-Bien -dijo Cody, levantándose-, Susan y yo nos vamos. Cuando estés presentable, ve a la cafetería de abajo. Esta tarde, tú y yo tenemos cosas que hacer.

-¿De veras?

-Sí. Habrá que contarles a los Glick la historia de la encefalitis. SÍ quieres, puedes hacerte pasar por mi colega. No hace falta que digas nada.

-Pero no les va a gustar, ¿verdad?

-¿Te gustaría a ti?

-No lo creo -admitió Ben.

-¿Necesitas el permiso de ellos para conseguir una orden de exhumación? -preguntó Susan.

-Técnicamente no. Desde un punto de vista práctico, es probable qué sí. Mi única experiencia con la exhumación de cadáveres fue cuando estudié medicina forense. Si los Glick se oponen, tendríamos que acudir a los tribunales, lo que representaría perder quince días o un mes, y llegados a ese punto, dudo que la teoría de la encefalitis resista. -Hizo una pausa para mirarlos-.

Con lo cual llegamos a lo que más me inquieta en todo este asunto, aparte la historia del señor Burke. El de Danny Glick es el único cadáver sobre el cual podemos trabajar. Los demás, simplemente se han esfumado.

5

Ben y Jimmy Cody llegaron a casa de los Glick sobre la una y media. Él coche de Tony Glick estaba aparcado en el camino de entrada, pero la casa estaba en silencio. Después de llamar tres veces sin obtener respuesta, cruzaron el camino para dirigirse a la pequeña cabaña vecina, un triste refugio prefabricado de los años cincuenta, apuntalado en uno de sus extremos. El nombre que se leía en el buzón era Dickens. Un flamenco rosado estaba en el césped, junto al camino, y un pequeño cocker spaniel les saludó meneando el rabo cuando se acercaron.

Pauline Dickens, camarera y socia del Café Excellent, abrió la puerta un momento después de que Cody tocara el timbre, vestida con su uniforme.

-Hola, Pauline -la saludó Jimmy-. ¿ No sabes dónde están los Glick?

-¿Quieres decir que no lo sabes?

-¿Que no sé qué?

-La señora Glick ha muerto esta mañana. A Tony Glick lo llevaron al hospital general de Maine. Ha sufrido una conmoción.

Ben miró a Cody, que tenía el aspecto de un hombre a quien acaban de darle una patada en el estómago.

Ben se hizo cargo de la situación.

-¿Dónde llevaron el cadáver de ella?

Pauline se pasó las manos por las caderas, para asegurarse de que su uniforme estaba impecable.

-Bueno, hace una hora hablé por teléfono con Mabel Werts y me dijo que Parkins Gillespie iba a llevar el cadáver directamente a esa casa funeraria judía que hay en Cumberland. Como nadie sabe dónde está Cari Foreman...

-Gracias-dijo Cody.

-Qué cosa tan espantosa -dijo ella, mientras sus ojos se volvían hacia la casa vacía del otro lado del camino. El coche de Tony Glick seguía en el camino de entrada como un perro grande y polvoriento a quien hubieran dejado encadenado antes de abandonarlo-. Si yo fuera una persona supersticiosa, tendría miedo.

-¿Miedo de qué, Pauline? -interrogó Cody.

-Oh... miedo -sonrió vagamente, mientras sus dedos subían hasta una cadenita que le colgaba del cuello, con una medalla de san Cristóbal.

6

De nuevo estaban sentados en el automóvil, desde donde habían visto, sin decir palabra, cómo Pauline se marchaba hacia su trabajo.

-¿Y ahora? -preguntó Ben.

-Menudo lío -reflexionó Jimmy-. El de la funeraria es Maury Green. Tal vez tendríamos que ir con el coche hasta Cumberland. Hace nueve años, el hijo de Maury estuvo a punto de ahogarse en el lago. Casualmente, yo estaba allí con una amiga y le hice la respiración artificial al chico. Le puse de nuevo el motor en marcha. Quizá esta vez tenga que aprovecharme de la buena disposición de él.

-¿Y de qué servirá la buena disposición? Los funcionarios del condado se habrán llevado el cadáver para hacerle la autopsia, o lo que corresponda.

-Lo dudo. Hoy es domingo, ¿recuerdas? Uno de ellos es geólogo aficionado y estará de excursión por el bosque. Y Norbert... ¿te acuerdas de Norbert?

Ben asintió con un gesto.

-Norbert debe de estar de guardia, pero es un excéntrico. Lo más probable es que haya descolgado el teléfono para ver el partido de béisbol. Si vamos ahora a la casa funeraria de Maury Green, hay bastantes probabilidades de que el cuerpo siga ahí y que nadie lo reclame hasta el anochecer.

-Bueno, vamos -asintió Ben.

Recordó que tenía que llamar al padre Callahan, pero eso tendría que esperar. Las cosas iban muy deprisa, demasiado para su gusto. Fantasía y realidad se habían confundido.

7

Sumidos en sus propios pensamientos, viajaron en silencio hasta llegar a la autopista de peaje. Ben pensaba en lo que Cody había dicho en el hospital. Cari Foreman no estaba. Los cuerpos de Floyd Tibbits y del bebé de los McDougall habían desaparecido en las narices de los empleados del depósito de cadáveres. Mike Ryerson también había desaparecido, y sabría Dios quién más. ¿Cuántas personas había en Salem's Lot que podrían evaporarse sin que nadie las echara de menos durante una semana... o dos... o un mes? ¿Doscientas? Sintió que las manos le sudaban.

-Esto empieza a parecer el sueño de un paranoico -comentó Jimmy- o una historieta de Graham Wilson. Y lo más aterrador, desde un punto de vista académico, es la relativa facilidad con que se podría fundar una colonia de vampiros a partir de un primero. Solar es una ciudad-dormitorio para Portland, Lewiston y Gates Falls, principalmente. En el pueblo no hay una industria que pudiera verse afectada por absentismo laboral. Las escuelas reúnen a chicos de tres pueblos, y si las listas de ausentes se alargaran un poco, ¿quién se daría cuenta? Mucha gente va a la iglesia en Cumberland, y otros no van siquiera. Y la televisión ha puesto fin a las reuniones que solían celebrarse en el vecindario, a no ser las de los vejestorios que se encuentran en la tienda de Milt. Todo se podría ir llevando perfectamente entre bastidores.

-Sí -asintió Ben-. Danny Glick contagia a Mike. Mike contagia... o, no sé. A Floyd, tal vez. El bebé de los McDougall contagia a... ¿su padre? ¿Su madre? ¿Cómo están ellos? ¿Los ha examinado alguien?

-No son pacientes míos. Supongo que habrá sido el doctor Plowman quien les llamó esta mañana para informarles de la desaparición de su hijo. Pero en realidad, no puedo saber si les llamó ni si se puso efectivamente en contacto con ellos.

-Habría que examinarles -señaló Ben-. Ya ves con qué facilidad podríamos terminar mordiéndonos la cola. Una persona que no fuera del pueblo podría pasar por Solar sin ver nada que le llamara la atención. Simplemente otro pueblo rural donde todo se cierra a las nueve. Pero ¿quién sabe lo que sucede en las casas, tras las cortinas corridas? La gente

podría estar metida en su cama... o guardada en los armarios, como escobas, o en los sótanos, a la espera de que caiga la noche. Y cada vez que el sol despuntara, habría menos gente en las calles. Menos cada día. -Al tragar saliva le dolió la garganta.

-No hagas elucubraciones -aconsejó Jimmy-. Nada de esto está demostrado.

-Las pruebas se están amontonando -protestó Ben-. Si nos moviéramos en un contexto habitual y aceptable, con un posible brote de tifoidea o de gripe, por ejemplo, a estas alturas todo el pueblo estaría ya en cuarentena.

-Lo dudo. No olvides que sólo una persona ha visto algo.

-Hablas como si fuera el borracho del pueblo.

-Si una historia así se conociera, lo crucificarían -objetó Jimmy.

-¿Quién? No pensarás en Pauline Dickens, seguro, que ya está a punto de clavar amuletos central el mal de ojo en su puerta.

-En la era del Watergate y de la carencia de petróleo, es una excepción -señaló Jimmy.

El resto del camino lo hicieron sin hablar. La funeraria de Green estaba al norte de Cumberland, y había dos furgones aparcados al fondo, entre la puerta de atrás de la capilla y una cerca de madera. Jimmy apagó el motor y miró a Ben.

-¿Dispuesto?

-Sí.

Los dos bajaron.

8

Durante toda la tarde, la rebelión había ido creciendo dentro de ella, hasta que finalmente estalló. Qué enfoque tan estúpido,

dar tantos rodeos para demostrar algo que de todos modos no era (perdón, señor Burke) probablemente más que un montón de tonterías. Susan decidió ir a la casa de los Marsten, esa misma tarde.

Bajó por las escaleras y recogió su bolso. Ann Norton estaba haciendo un bizcocho y su padre estaba en la sala, viendo el partido de béisbol.

-¿Adonde vas? -le preguntó la señora Norton.

-A dar una vuelta en coche.

-Cenamos a las siete. Procura estar de vuelta a tiempo.

-Vendré a las cinco.

Susan salió y subió a su coche. Ella misma lo había pagado (casi, se corrigió; aún le faltaban seis plazos) con su propio trabajo, con su propio talento. Era un Vega que tenía ya dos años. Susan lo sacó del garaje marcha atrás y levantó una mano para saludar a su madre, que la miraba desde la ventana de la cocina. La ruptura seguía latente entre ellas; no se mencionaba, pero tampoco estaba superada. Las otras rencillas, por ásperas que hubieran sido, terminaban por olvidarse; simplemente, la vida seguía, sepultando las heridas bajo su vendaje de días, que no volvía a ser arrancado hasta la disputa siguiente, cuando todos los viejos resentimientos y afrentas volvían a aflorar y eran tenidos en cuenta como los naipes en una mano. Pero esta vez todo era distinto, había sido una guerra definitiva. No eran heridas que se pudieran curar. No quedaba más que la amputación. Susan ya había empaquetado la mayor parte de sus cosas, y se sentía bien. Hacía tiempo que debería haberlo hecho.

Condujo su coche por Brock Street. Experimentaba una sensación de placer y resolución (con un trasfondo, no desagradable, de absurdo) a medida que dejaba atrás la

casa. Iba a emprender realmente la acción, y la idea le resultaba tonificante. Susan era una muchacha decidida, y los acontecimientos del fin de semana la habían dejado perpleja, como si estuviera a la deriva en el mar. ¡Pues ahora iba a empezar a remar!

Se bajó del coche en la loma que se elevaba suavemente más allá de los límites del pueblo y entró a píe en el campo de Cari Smith, hasta donde había un rollo de cerca para la nieve, pintada de rojo, en espera del invierno. La sensación de absurdo se había intensificado, y Susan no pudo dejar de sonreír mientras movía atrás una de las estacas, hasta que el alambre flexible que la mantenía unida a las demás se rompió. De este modo, se hizo con una estaca de casi un metro de largo, terminada en punta. La llevó al coche y la dejó en el asiento de atrás. Sabía para qué era (cuando iban en parejas al cine al aire libre había visto suficientes películas de la Hammer para saber que a los vampiros se les clava una estaca en el corazón), no se detuvo a preguntarse si sería capaz de clavarla en el pecho de un hombre en caso de que la situación lo requiriese.

Siguió con su pequeño coche hasta salir de los límites del pueblo y entrar en Cumberland. A la izquierda había una pequeña tienda que permanecía abierta los domingos y en la cual su padre compraba el Times. Susan recordó que junto al mostrador había un pequeño estante donde se exhibían joyas de bisutería.

Entró a comprar el Times y después eligió un pequeño crucifijo de oro. Sus gastos ascendieron a cinco dólares, según marcó la caja registradora, accionada por un hombre gordo que apenas si dejó de mirar el televisor, donde un astro del béisbol tenía que resolver una situación difícil.

Tomó hacia el norte por County Road, un nuevo tramo de carretera pavimentada con dos carriles. En la tarde soleada, todo parecía fresco, crujiente y vivo.

El sol salió por detrás de unos cúmulos que se desplazaban lentamente, se inundó el camino con parches de luz y sombra que se filtraban por entre los árboles. En un día como éste, pensó Susan, uno podía creer en un final feliz.

Tras haber recorrido unos ocho kilómetros por County Road se desvió por Brooks Road, que todavía no había sido asfaltado. El camino subía, volvía a descender y serpenteaba entre la densa área boscosa que se extendía al noroeste del pueblo, y buena parte del luminoso sol de la tarde se perdía entre el follaje. Por allí no había casas ni remolques. La mayor parte de la tierra era propiedad de una compañía papelera. Cada treinta metros, al borde del camino aparecían carteles de «Prohibido entrar» y «Prohibido cazar». Al pasar por el desvío que conducía al vertedero, Susan sintió un estremecimiento. En ese sombrío tramo de la carretera, las posibilidades nebulosas parecían más reales. La muchacha se preguntó, y no por primera vez, por qué un hombre normal habría de comprar las ruinas de la casa de un suicida, y después mantener los postigos cerrados contra la luz del sol.

El camino descendía abruptamente y con no menos brusquedad volvía a trepar por el flanco occidental de la colina donde estaba situada la casa de los Marsten. Susan podía distinguir, entre los árboles, el tejado.

Aparcó al comienzo de una senda que se adentraba en el bosque, en la hondonada, y bajó. Tras un momento de vacilación, tomó la estaca y se colgó del cuello el crucifijo. Seguía sintiéndose ridícula, pero sin duda se sentiría mucho más si se encontrara con alguien que la conociera y la viera andando a pie por el camino, llevando en la mano una estaca sacada de una cerca.

«Hola, Suze, ¿adonde vas?» «Oh, hasta la vieja casa de los Marsten a matar un vampiro, pero tengo que darme prisa porque en casa de mis padres se cena a las siete.»

Susan decidió que iría a través del bosque.

Pasó por encima de los restos de un muro de piedra que había junto a la cuneta, alegrándose de haberse puesto pantalones. Muy haute contare para las intrépidas cazadoras de vampiros. Antes del bosque propiamente dicho, el suelo estaba cubierto de malezas y árboles caídos.

Bajo los pinos, la temperatura descendía varios grados y estaba más oscuro todavía. El suelo aparecía cubierto por una alfombra de pinocha y el viento silbaba entre los árboles. En alguna parte, un animalillo hizo crujir los arbustos. De pronto, Susan se dio cuenta de que si iba hacia la izquierda, en menos de un kilómetro se hallaría en el cementerio de Harmony Hill, si tenía la agilidad suficiente para escalar el muro de atrás.

Trabajosamente siguió subiendo la pendiente, procurando hacer el menor ruido posible. A medida que se acercaba a la cima de la colina empezó a divisar la casa a través de la cada vez más tenue pantalla de ramas; la parte visible era la fachada que miraba hacia el lado contrario del pueblo. Susan empezó a tener un miedo inmotivado, similar al que había sentido en casa de Matt Burke. Estaba bastante segura de que nadie podía oírla, y aún era pleno día, pero el miedo estaba ahí, con su peso opresivo y constante. Parecía que fluyera a su conciencia desde alguna parte del cerebro que por lo general se mantenía en silencio y que probablemente estuviera tan atrofiada como el apéndice. El placer que suponía la belleza del paisaje había desaparecido. La decisión había desaparecido. Susan se encontró pensando en películas de terror, donde la heroína se aventura por las estrechas escaleras del ático para ver qué había asustado a la anciana señora Cobham, o desciende a algún oscuro sótano tapizado de telarañas donde las paredes son de piedra, húmeda y rugosa, como un útero simbólico. En las películas, cómodamente rodeada por el brazo de su acompañante, Susan solía pensar: Menuda estúpida, ¡yo jamás haría eso! Y ahora estaba aquí haciendo eso precisamente. Empezó a darse cuenta de lo profunda que se había hecho en el ser humano la división entre la parte del cerebro que controla los pensamientos y acciones conscientes y el mesencéfalo, que transmite reacciones instintivas. Es extraño que uno pueda verse empujado a seguir, pese a las advertencias que le transmite esa parte instintiva, tan similar por su estructura física al encéfalo del cocodrilo. El cerebro podía obligarle a uno a seguir hasta que la puerta del ático se abriera de pronto a un horror inenarrable, o una se encontrara en el sótano ante un nicho a medio cerrar y viera...

Susan apartó esos pensamientos y se dio cuenta de que estaba sudando. Nada más que por la simple visión de una casa vieja con los postigos cerrados. A ver si dejas de ser tan estúpida, se dijo. Simplemente, vas a subir hasta allí para espiar un poco, nada más. Desde el patio de delante puedes ver tu propia casa. Y dime, en nombre de Dios, ¿qué te puede ocurrir a la vista de tu propia casa? .

A pesar de todo, se encorvó un poco y aferró con más fuerza la estaca, y cuando la pantalla de los árboles se hizo demasiado tenue para servirle de protección, empezó a arrastrarse a cuatro patas. Tres o cuatro minutos después había avanzado todo lo posible sin quedar al descubierto. Desde su escondite tras un último grupo de pinos y una mata de juníperos, podía distinguir el lado oeste de la casa y el enmarañado cerco de madreselvas» desnudadas ahora por el otoño. El césped del verano, aunque amarillento por la falta de riego, todavía llegaba a la altura de la rodilla. Nadie se había molestado ¿n cortarlo.

De pronto un motor rugió en el silencio, y a Susan el corazón se le subió a la garganta. Se dominó, hincando los dedos en la tierra mientras se mordía el labio inferior. Un momento después apareció un viejo coche negro que se detuvo al término del camino de entrada y. después tomó por la carretera en dirección al pueblo. Antes de que se perdiera de vista, Susan distinguió á su ocupante: calvo y con una gran cabeza, con los ojos tan hundidos que sólo se veían las cuencas, y un traje oscuro. Straker. Probablemente fuera a la tienda de Crossen,

Susan vio que la mayoría dé los postigos tenían tablillas rotas. Pues muy bien; Se acercaría a espiar por allí cuanto le fuera posible. Probablemente, todo lo que vería sería una casa en las primeras etapas de un largo proceso de reparación; debían de estar blanqueando y quizá empapelando, y todo estaría lleno de herramientas, escaleras y cubos. Más o menos tan romántico y sobrenatural como ver un partido de fútbol por la televisión.

Pero el miedo seguía presente.

-Se elevó de pronto un brote de emoción derramado sobre la lógica, 'brillante y razonable superficie de fórmica del cerebro, que le llenó la boca de un sabor terroso.

Antes de que la mano se apoyara en un hombro, Susan ya sabía que había alguien detrás de ella.

9

Estaba casi oscuro.

Ben se levantó de la silla plegable de madera, fue hasta la ventana que daba sobre el patio de atrás de la funeraria y no vio nada de particular. Eran las siete menos cuarto y el atardecer había alargado las sombras. Pese a lo avanzado del año, el césped seguía verde en el patio, y Ben imaginó que el empresario de Pampas Fúnebres se proponía mantenerlo así hasta que, la nieve lo cubriera. Un símbolo de la vida que continúa en mitad de la muerte del año. La idea le pareció tan deprimente que se apartó de la ventana.

-Ojalá tuviera un cigarrillo -suspiró.

-Son veneno -le recordó Jimmy, sin volverse. Estaba mirando un programa sobre la vida de los animales salvajes en el pequeño Sony de Maury Green-. Pero a mí también me vendría bien uno. Dejé de fumar hace diez años, en cuanto el cirujano jefe montó su cruzada contra el tabaco; habría sido mal antecedente no hacerlo. Pero siempre me despierto buscando el paquete de cigarrillos en la mesilla de noche.

-¿Pero no lo habías dejado?

-Sí, pero los tengo por la misma razón que algunos alcohólicos guardan una botella de whisky en el armario de la cocina. El poder de la voluntad, amigo mío.

Ben miró el reloj: las 18.47. El periódico dominical de Maury Green decía que el sol se pondría a las 19.02, hora del este.

Jimmy había llevado bien las cosas. Maury Green era un hombrecillo que les abrió la puerta vestido con un chaleco negro, que llevaba sin abotonar, y una camisa blanca de cuello abierto. Su expresión sobria e interrogante se trocó en una amplia sonrisa de bienvenida.

-Shalom, Jimmy! -exclamó-. ¡Cuanto me alegra verte! ¿Dónde te habías metido?

-He estado salvando al mundo de resfriados y gripes -sonrió Jimmy mientras Green le estrechaba la mano-. Quiero presentarte a un amigo mío. Maury Green, Ben Mears.

La mano de Ben quedó atrapada en las de Maury, cuyos ojos brillaban tras unas gafas de montura negra.

-Shalom. Cualquier amigo de Jimmy es mi amigo. Entrad. Podría llamar a Rachel...

-No, por favor -lo interrumpió Jimmy-. Venimos a pedirte un favor. Un gran favor.

Green estudió el rostro de Jimmy.

-Un gran favor -repitió-. ¿Y por qué? Como si alguna vez hubieras hecho algo por mí, para que mi hijo esté estudiando ahora con las mejores notas en la Universidad del Noroeste. Lo que quieras, Jimmy.

Jimmy se ruborizó.

-Hice lo que habría hecho cualquiera, Maury.

-No vamos a discutirlo ahora -repuso el otro-. Habla. ¿Qué os preocupa a ti y al señor Mears? ¿Algún accidente?

-No, nada de eso.

Maury los había llevado a una diminuta cocina situada detrás de la capilla, y mientras hablaban empezó a preparar café en una vieja cafetera que puso sobre el hornillo.

-¿No ha venido aún Norbert por la señora Glick? -preguntó Jimmy.

-No, no ha aparecido -respondió Maury mientras ponía sobre la mesa el azúcar y las tazas-. Seguro que se presenta a las once de la noche, asombrado de que yo no esté para hacerlo pasar. -Suspiró-. Pobre señora, qué tragedia en una sola familia. Y parece encantadora, Jimmy. El que la trajo fue ese idiota de Reardon. ¿Era paciente tuya?

-No, pero a Ben y a mí... nos gustaría quedarnos esta tarde con ella, Maury -explicó Jimmy-. Aquí abajo.

Green, que tendía la mano hacia la cafetera, se detuvo.

-¿Quedaros con ella? ¿Quieres decir examinarla?

-No -dijo Jimmy-. Quiero decir quedarnos con ella.

-¿Estáis bromeando? -Los miró con más atención-. No, ya veo que no. Pero ¿por qué queréis hacer eso?

-No puedo decírtelo, Maury.

-Ah. -Maury sirvió el café, se sentó con ellos y lo probó-. ¿Es que tuvo algo? ¿Algo infeccioso?

Jimmy y Ben se miraron.

-En el sentido habitual del término, no -dijo Jimmy.

-Quieres que guarde silencio respecto de esto, ¿verdad?

-Sí.

-¿Y si viene Norbert?

-Yo me ocuparé de Norbert -le aseguró Jimmy-. Le diré que Reardon me pidió que investigara si pudo haber padecido una encefalitis infecciosa. Él jamás lo verificará.

Green asintió.

-Norbert no es capaz siquiera de verificar su reloj, a menos que alguien se lo pida.

-¿No te importa, Maury?

-No, de ningún modo. Creí que necesitabas un gran favor.

-Tal vez sea mayor de lo que piensas.

-Cuando termine el café me iré a casa a ver qué horror ha preparado Rachel para la cena del domingo. Aquí tenéis la llave. Cierra cuando te vayas.

Jimmy se la guardó en el bolsillo.

-No lo olvidare. Gracias, Maury.

-Tonterías. Hazme un favor a cambio.

-Dispara.

-Si el cadáver te dice algo, escríbelo para la posteridad -Maury empezó a festejar el chiste con una risita, pero vio la expresión de las dos caras y se detuvo.

10

Eran las 18.55, y Ben sentía que la tensión empezaba a apoderarse de su cuerpo.

-Nada cambiaría si dejaras de mirar el reloj-le dijo Jimmy-. No vas a conseguir que ande más rápido.

Ben dio un respingo.

-Dudo mucho que los vampiros, si es que existen, se levanten exactamente a la puesta del sol -comentó Jimmy-. A esa hora no está del todo oscuro.

Sin embargo, se levantó para apagar el televisor.

El silencio envolvió la habitación como una manta. Estaban en el cuarto de trabajo de Green, y el cuerpo de Marjorie Glick yacía sobre una mesa de acero inoxidable. A Ben le hizo pensar en las camillas de las salas de parto de los hospitales.

Al entrar, Jimmy había retirado la sábana que cubría el cuerpo para examinarlo rápidamente. La señora Glick llevaba un salto de cama acolchado de color borgoña y zapatillas. En la pierna izquierda tenía una tirita; tal vez se hubiera cortado al depilarse. Ben apartó la mirada, pero sus ojos volvían una y otra vez hacia ella.

-¿Qué te parece?-preguntó Ben.

-Prefiero no decir nada cuando probablemente en el plazo de tres horas el problema se habrá resuelto. Pero su estado es sorprendentemente parecido al de Mike Ryerson... sin lividez y sin signos de rigidez.

Eran las siete y dos minutos.

-¿Dónde está tu cruz?

Ben se sobresaltó.

-¿Mi cruz? ¡Por Dios, no la he traído!

-Se ve que nunca fuiste boy scout -comentó Jimmy mientras abría su maletín-. En cambio, yo siempre estoy preparado.

Sacó dos cruces y les quitó la envoltura de celofán.

-Bendícela -pidió a Ben:

-¿Qué? No puedo... no sé cómo se hace.

-Pues lo inventas -le urgió Jimmy, cuyo rostro cordial se había tensado súbitamente-. Tú eres el escritor, y tendrás que ser el oficiante. Y date prisa, por Dios. Creo que va a suceder algo. ¿No lo percibes?

Claro que Ben lo percibía. Como si algo estuviera formándose en la lenta penumbra purpúrea, algo todavía invisible, pero denso y eléctrico. La boca se le había secado, y tuvo que humedecerse los labios antes de poder hablar.

-En nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y de la Virgen María -añadió-. Bendigo esta cruz y...

Las palabras acudieron a sus labios con súbita y misteriosa seguridad.

-El Señor es mi pastor -salmodió, y sus palabras resonaron en el cuarto como piedras que cayeran en la profundidad de un lago, hundiéndose hasta desaparecer sin alterar la superficie-. Nada me ha de faltar. Él me lleva a pacer en las verdes praderas. Él me guía más allá de las aguas inmóviles. Él reconforta mi alma.

La voz de Jimmy se le unió en la recitación.

-La fuerza de Su nombre me guía por la senda del bien. Y aunque marche por el valle de las sombras, no temeré el mal...

Les resultaba difícil respirar. Ben se dio cuenta de que se le había puesto la carne de gallina, y el vello de la nuca había empezado a erizársele.

-Tu báculo y Tu cayado me consuelan. Tú preparas la mesa para mí en presencia de mis enemigos; Tú unges de aceite mi cabeza y haces desbordar mi copa. La bondad y la misericordia podrán...

La sábana que cubría el cuerpo de Marjorie Glick empezó a estremecerse. Una mano asomó por debajo y los dedos empezaron una torpe danza en el aire, retorciéndose y girando.

-Cristo, ¿es posible lo que estoy viendo? -susurró Jimmy. Su rostro se había puesto pálido hasta el punto de que las pecas se destacaban como salpicaduras en el cristal de una ventana.

-...acompañarme hasta el término de mis días -concluyó Ben-. Jimmy, mira la cruz.

La cruz resplandecía, derramándole sobre la mano un fantástico torrente de luz.

Una voz lenta y ahogada habló en medio del silencio, con la aspereza de fragmentos de porcelana rota:

-¿Danny?

Ben sintió que la lengua se le pegaba al paladar. El cuerpo que había bajo la sábana se estaba enderezando. En la habitación a oscuras, las sombras se movían por el suelo.

-Danny, ¿dónde estás, cariño?

La sábana resbaló de la cara y se le amontonó sobre el regazo.

El rostro de Marjorie Glick era un círculo de una palidez lunar en la semioscuridad, interrumpido solamente por los negros agujeros de los ojos. Cuando los vio, la boca se le abrió en una mueca espantosa y el moribundo resplandor del día le iluminó los dientes.

Al bajar las piernas de la mesa, se le cayó una zapatilla.

-¡No te muevas! -le ordenó Jimmy.

La respuesta de ella fue un gruñido. La figura se deslizó de la mesa hasta bajarse, vacilante, y avanzó hacia ellos. Ben se dio cuenta de que estaba mirando el fondo de aquellos ojos vacíos y se forzó en apartar los suyos. Ahí dentro había tenebrosas galaxias de horror. Y uno se veía allí dentro, ahogándose, y le gustaba.

-No la mires a la cara -advirtió Jimmy.

Iban retrocediendo, dejando que ella los acorralara contra el angosto pasillo que daba a las escaleras.

-La cruz, Ben.

Casi se había olvidado de que la tenía. La levantó, fulgurante de luz hasta el punto de que le obligó a entrecerrar los ojos. La señora Glick emitió un espantoso ruido sibilante y levantó las manos para protegerse la cara. Sus rasgos se encogían y retraían, retorciéndose como un nido de serpientes. Dio un paso atrás, vacilante.

-¡La hemos detenido! -vociferó Jimmy.

Ben avanzó hacia ella, con la cruz levantada. Una mano crispada como una garra trató de arrebatársela. Ben la bajó rápidamente y volvió a amenazarla. Un chillido ululante brotó de la garganta de la figura.

Para Ben, todo lo que siguió tuvo los tonos sombríos de una pesadilla. Aunque les esperaban más horrores, los sueños de los días y las noches siguientes volverían a traerle a Marjorie Glick, empujada hacia la mesa funeraria, donde la sábana que la había cubierto yacía junto a una zapatilla.

Retrocedía contra su voluntad, mientras sus ojos iban alternativamente de la cruz a un punto del cuello de Ben, a la derecha del mentón. Los ruidos que emitía su garganta eran balbuceos sibilantes y guturales, y tan ciega aversión había en la forma en que reculaba que empezó a dar la impresión de un insecto torpe y gigantesco. Si no tuviera esta cruz delante de mí, pensó Ben, me desgarraría la garganta con las uñas para succionar la sangre que brotara de la carótida y la yugular, como un náufrago sediento.

Jimmy se había separado de él y describía un círculo hacia la izquierda, sin que ella lo viera. Sus ojos se clavaban en Ben, oscuros y llenos de odio, llenos de miedo.

Jimmy rodeó la mesa y cuando ella retrocedió hacia allí, le echó ambos brazos al cuello con un grito ahogado.

La figura dio un grito agudo, escalofriante, y se revolvió. Ben vio cómo las uñas de Jimmy arrancaban un trozo de piel del hombro, sin que nada brotara de allí; el corte era como una boca sin labios. Después, increíblemente, ella le arrojó a través de la habitación. Jimmy cayó en un rincón, derribando el televisor portátil de Maury Green.

Con la rapidez del rayo se le echó encima, con un presuroso movimiento furtivo y encorvado que recordaba a una araña. Ben la vio fugazmente como una sombra confusa

que descendía sobre Jimmy, agarrándole el cuello de la camisa, y distinguió el salvaje gesto de embestida de la cabeza que descendía oblicuamente, las mandíbulas abiertas al abatirse sobre él.

Jimmy Cody chilló, con el grito agudo y desesperado de los condenados sin remisión.

Ben se arrojó sobre ella y al hacerlo tropezó con el televisor destrozado en el suelo. La oía respirar con dificultad, con un ruido como de paja, mezclado con el asqueroso ruido de los labios que chascaban, impacientes por chupar.

Aferrándola por el cuello de la bata, la levantó en vilo, momentáneamente olvidado de la cruz. La cabeza de ella se volvió con aterradora rapidez. Los ojos dilatados brillaban, los labios y el mentón manchados de sangre. Sintió su aliento de indescriptible fetidez, el hálito de la tumba. Como en cámara lenta, Ben vio cómo se pasaba la lengua por los dientes.

Levantó la cruz en el momento en que ella se abalanzaba sobre él, con una fuerza sobrehumana. El eje de la cruz la golpeó bajo el mentón y después siguió hacia arriba, sin encontrar resistencia en la carne. Los ojos de Ben quedaron deslumbrados por el destello de algo que no era luz, y que no se produjo ante sus ojos sino, aparentemente, por detrás de ellos. Aspiró el hedor caliente de la carne quemada. Esta vez, el grito de la mujer fue de agonía. Más que verla, Ben sintió que se lanzaba hacia atrás, tropezaba con el televisor y caía al suelo, con un brazo blanco extendido para amortiguar la caída. Volvió a levantarse con la agilidad de un lobo, los ojos agostados por el dolor seguían mostrando una avidez insana. En el maxilar inferior, la carne estaba ennegrecida y humeante. La cara exhibía los dientes.

-Acércate, perra -la desafió Ben-. Acércate y verás.

Volvió a levantar ante sí la cruz y la obligó a retroceder hacia el extremo de la habitación. Cuando la tuvo allí, se dispuso a hundirle la cruz en la frente.

Pero, de espaldas a la pared, ella emitió una risa aguda y escalofriante, haciendo que Ben diera un respingo. Era como el ruido de un tenedor al raspar contra el esmalte del fregadero.

-¡Ahora mismo alguien se ríe! ¡Ahora mismo tu círculo se estrecha!

Y ante los ojos de Ben, el cuerpo pareció alargarse y volverse traslúcido. Durante un momento creyó que ella seguía ahí, riéndose de él, y de pronto el fulgor blanco de la farola de la calle cayó sobre la pared desnuda, y a Ben no le quedó más que una fugaz sensación que parecía decirle que ella se había hundido en los resquicios de la pared, como si fuera de humo.

Había desaparecido, y Jimmy estaba gritando.

11

Ben encendió los fluorescentes y se volvió a mirar a su amigo, pero Jimmy ya estaba de pie, con las manos en el cuello, teñidos los dedos de púrpura.

-¡Me ha mordido! -aullaba-. ¡Oh, Dios Santo, me mordió!

Ben se acercó a él, pero Jimmy le apartó, mientras los ojos le giraban en las órbitas.

-No me toques. Me ha contaminado...

-Jimmy...

-Dame el maletín. Por Dios, Ben, que lo estoy sintiendo. Siento cómo me afecta. ¡Por el amor de Dios, dame el maletín!

Ben se lo tendió y Jimmy se lo arrebató de la mano. Se dirigió a la mesa. Tenía el rostro mortalmente pálido y cubierto de sudor. La sangre manaba de la herida del cuello. Jimmy se sentó sobre la mesa, abrió el maletín y rebuscó desesperadamente, sin dejar de respirar con dificultad por la boca abierta.

-Me ha mordido -seguía mascullando-. La boca... por Dios... qué boca inmunda y hedionda...

Sacó del maletín una botella de desinfectante y el tapón cayó al suelo. Jimmy se echó hacia atrás, apoyándose en un brazo, inclinó el frasco sobre la garganta, vertiendo el contenido sobre la herida, su ropa y la mesa. La sangre se escurría en hilos. Jimmy cerró los ojos y aulló de dolor, pero en ningún momento le tembló la mano.

-Jimmy, ¿qué puedo...?

-Un momento -masculló Jimmy-. Espera. Es mejor. Espera...

Arrojó la botella, que se estrelló contra el suelo. La herida.

una vez limpia de la sangre contaminada, se veía con toda claridad. Ben vio no un orificio, sino dos, no lejos de la yugular, uno de ellos horriblemente lacerado.

Jimmy había sacado del maletín una ampolla y una jeringuilla. Quitó la cubierta protectora de la aguja y la clavó en el tapón de la ampolla. Ahora las manos le temblaban tanto que tuvo que hacer dos intentos. Llenó la jeringuilla y se la tendió a Ben.

-Antitetánica -le explicó-. Pónmela aquí -extendió el brazo, haciéndolo girar para descubrir la axila.

-Pero Jimmy...

-¡Vamos! ¡Pónmela!

Ben tomó la aguja y le miró a los ojos con vacilación. Jimmy hizo un gesto de asentimiento, y Ben le clavó la aguja.

El cuerpo de Jimmy se puso tenso, como si fuera un resorte. Durante un momento fue una estatua de agonía, dibujado hasta el último tendón en nítido relieve. Poco a poco empezó a relajarse. Un escalofrío recorrió su cuerpo, y Ben vio que la reacción había mezclado lágrimas al sudor que le cubría la cara.

-Ponme la cruz encima -pidió-. Si todavía estoy contaminado por ella, me... me servirá de algo.

-¿Tú crees?

-Estoy seguro. Cuando tú ibas persiguiéndola, levanté los ojos y sentí deseos de seguirte. A Dios gracias, fue así. Y cuando miré esa cruz... sentí náuseas.

Ben le apoyó la cruz en el cuello. Nada sucedió. El resplandor, si es que había habido en ella un resplandor, había desaparecido por completo. Ben retiró la cruz.

-Bueno -concluyó Jimmy-, creo que más no podemos hacer. -Volvió a rebuscar en el maletín hasta que encontró un sobre con dos pildoras que se metió en la boca-. Tranquilizantes. Un gran invento, ¿Puedes vendarme el cuello?

-Claro -asintió Ben.

Jimmy le entregó gasa, esparadrapo y unas tijeras de cirugía. Al inclinarse para colocarle el vendaje, Ben vio que la piel en los bordes de la herida había adquirido un desagradable color rojo. Jimmy dio un respingo cuando él le puso la venda.

-Mientras estaba ahí -comentó-, pensé que me volvería loco. Loco de veras, clínicamente. Esos labios... esa mordedura... -La garganta le tembló mientras tragaba saliva-. Y mientras ella lo hacía, a mí me gustaba, Ben. Hasta tuve una erección, ¿puedes creerlo? Si no hubieras estado tú para quitármela de encima, yo la habría... la habría dejado...

-No pienses más -le aconsejó Ben.

-Hay otra cosa que tengo que hacer, aunque no me gusta.

-¿Qué es?

-Mírame un momento.

Ben terminó con el vendaje y se hizo atrás para mirarlo.

-¿Qué...?

Jimmy le asestó un puñetazo. La mente de Ben se llenó de estrellas, dio tres pasos vacilantes hacia atrás y se cayó sentado. Sacudió la cabeza y vio que Jimmy se bajaba de la mesa para acercarse a él. Tanteó en busca de la cruz, pensando: Esto es lo que se dice un final inesperado.

-¿Estás bien? -le preguntó Jimmy-. Perdóname, pero es más fácil cuando uno no sabe que le van a pegar.

-Pero ¿qué demonios...?

Jimmy se sentó en el suelo, junto a él.

-Te explicaré la historia que vamos a contar. Hace aguas por todos lados, pero estoy seguro de que Maury Green nos respaldará. A mi me permitirá seguir trabajando, y evitará que nos encierren a los dos..., y en este momento lo que me preocupa es seguir en libertad para luchar contra... eso, llámalo como quieras, un día más. ¿Lo comprendes?

-Vaya realismo -comentó Ben mientras se tocaba la mandíbula, dolorido. El mentón se le había inflamado.

-Alguien se metió aquí mientras yo estaba examinando a la señora Glick -comenzó Jimmy-. Ese alguien te golpeó y después se ocupó de mí. Durante la pelea me mordió. Es lo único que recordamos. Lo único. ¿Entendido?

Ben asintió.

-El tipo llevaba un abrigo azul o negro, y un gorro tejido verde o gris. Es cuanto pudimos ver. ¿De acuerdo?

-¿Nunca se te ha ocurrido dejar la medicina para hacer carrera como escritor?

-Sólo soy creativo cuando mi propio interés está en juego -sonrió Jimmy-. ¿Recordarás la historia?

-Claro que sí. Y no me parece que sea tan inverosímil como piensas. Después de todo, el de ella no es el primer cadáver que desaparece últimamente.

__Tengo la esperanza de que empiecen a establecer relaciones.

Pero el sheriff del condado es más despierto de lo que jamás podría serlo Parkins Gillespie. Tenemos que mirar dónde pisamos. No adornes demasiado el cuento.

-¿Crees que alguien con un cargo oficial podría empezar a ver qué hay detrás de todo esto?

Jimmy sacudió la cabeza.

-Ni remotamente. Todo eso tendremos que resolverlo nosotros dos solos. Y recuerda que a partir de este momento somos delincuentes.

Dicho eso se dirigió al teléfono para llamar a Maury Green, y luego a Homer McCaslin, el sheriff del condado.

12

Ben llegó a casa de Eva quince minutos después de la medianoche y se preparó una taza de café en la desierta cocina de abajo. Lo bebió lentamente, mientras revivía los acontecimientos de la noche con la intensa concentración de un hombre que acaba de salvarse por los pelos de caer por un acantilado.

El sheriff era un hombre alto, de calvicie incipiente, y que mascaba tabaco. Sus movimientos eran lentos, pero sus ojos eran vivaces y observadores. Sacó una libreta manoseada y una anticuada pluma estilográfica. Interrogó a Ben y Jimmy mientras dos de

sus agentes lo espolvoreaban todo en busca de huellas digitales y tomaban fotografías. Maury Green se mantuvo en segundo plano, y de vez en cuando miraba a Jimmy con expresión intrigada.

-¿Por qué estaba en la funeraria de Green?

Jimmy respondió con la historia de la encefalitis.

-¿Doc Reardon estaba al tanto de eso?

Bueno, no. A Jimmy le había parecido mejor hacer un examen por su cuenta antes de comentar el asunto con nadie. Se sabía que en ocasiones Doc Reardon era, digamos, bastante charlatán.

-¿Y qué pasa con la encefalitis? ¿La mujer había muerto de eso?

No, casi con seguridad que no. El examen médico había sido concluido antes de que apareciera el hombre del abrigo oscuro, y él (Jimmy) no podía ni quería decir exactamente de qué había muerto la mujer, pero indudablemente no era de encefalitis.

-¿Podrían describir al tipo?

Los dos respondieron lo que habían urdido previamente y Ben le agregó un par de botas de trabajo.

McCaslin hizo unas preguntas más, y ya Ben empezaba a tener la sensación de que saldrían bien parados del asunto cuándo el sheriff se volvió hacia él.

-¿Y qué hace usted en todo esto, Mears, si no es médico?

Sus ojos parpadeaban bondadosamente. Jimmy abrió la boca para contestar, pero el sheriff le impuso silencio con un gesto.

Si el propósito de McCaslin con su súbita interpelación había sido sorprender a Ben en alguna expresión o gesto que indicara culpabilidad, no lo consiguió. Ben estaba demasiado agotado emocionalmente para poder tener una reacción muy intensa. Que lo cogieran en una declaración incongruente, después de todo lo que ya había sucedido, no parecía demasiado raro.

-Soy escritor, no médico. En este momento estoy escribiendo una novela en que un personaje secundario de cierta importancia es hijo de un empresario de pompas fúnebres, y quise echar un vistazo al escenario. Le pedí a Jimmy que me trajera, y como él me dijo que prefería no hablar de lo que venía a hacer, no le pregunté más. -Se frotó el mentón-. Y conseguí algo más de lo que esperaba.

-Pues parece que sí. Usted es el autor de La hija de Conway, ¿No?

-Sí.

-Mi mujer leyó una parte en no sé qué revista de mujeres. Cosmopolita», creo. Se divirtió mucho. Yo le eché un vistazo y no me pareció nada divertido eso de una niña pequeña drogada.

-No. -Ben miró a McCaslin-. No fue mi intención que resultara divertido.

-Ese libro nuevo que está escribiendo, ¿es sobre Solar? -Sí.

-Tal vez sería bueno que lo leyera Moe Green -sugirió McCaslin-. Para ver si están bien logradas las partes de la funeraria.

-Esa parte todavía no está escrita -aclaró Ben-. Yo siempre reúno información antes de escribir. Es más fácil.

El sheriff sacudió la cabeza.

-Pues fíjense que lo que ustedes cuentan parece uno de esos libros de Fu Manchú. Un tipo se mete aquí, se deshace de dos hombres robustos y se larga con el cadáver de una pobre mujer muerta por causas desconocidas.

-Escuche, Homer... -empezó Jimmy.

-No me líame Homer -protestó McCaslin-. Nada de esto me gusta. Eso de la encefalitis se contagia, ¿no?

-Sí, es infecciosa -respondió con cautela Jimmy.

-¿Y aun así vino usted aquí con este escritor? ¿Sabiendo que ella podía haber muerto de algo contagioso?

Jimmy se encogió de hombros.

-Sheriff, yo no pongo en duda su juicio profesional, y usted tendrá que respetar el mío. La encefalitis no es una infección muy virulenta. No consideré que hubiera peligro para ninguno de nosotros. Y dígame, ¿no sería mejor que tratara de encontrar al que robó el cuerpo de la señora Glick... sea Fu Manchú o quien fuere? ¿O es que se divierte interrogándonos?

McCaslin suspiró y cerró de golpe su libreta.

-Bueno, Jimmy, dudo que saquemos mucho en limpio de todo esto, a no ser que el chiflado sea otra vez alguien del aserradero... si es que hubo algún chiflado.

Jimmy arqueó las cejas.

-Ustedes me están mintiendo -dijo McCaslin-. Yo lo sé, lo saben los agentes, y hasta es probable que lo sepa también el viejo Moe. No sé cuánto me mienten, si mucho o poco, pero no puedo demostrar que mienten mientras los dos sigan contando la misma historia. Podría ponerlos a los dos a la sombra, pero las normas dicen que tienen derecho a una llamada telefónica, y hasta un imberbe recién salido de la facultad de derecho podría sacarlos, pues sólo cuento con sospechas de que aquí hay gato encerrado. Y apuesto a que su abogado no es un joven recién salido de la facultad, ¿no?

-Efectivamente -confirmó Jimmy.

-De todas maneras, los metería a los dos en la celda si no fuera porque tengo la sensación de que no están mintiendo porque hayan hecho algo que viole la ley. -Pisó el pedal de la tapa del cubo de acero inoxidable colocado junto a la mesa, y cuando ésta se abrió escupió dentro un oscuro chorro de jugo de tabaco. Maury Green dio un respingo-. ¿Alguno de ustedes querría, digamos, revisar su historia? -preguntó en voz baja, de la que habían desaparecido todas las inflexiones campesinas-. Este asunto es grave. Ha habido cuatro muertes en el pueblo, y los cuatro cadáveres han desaparecido. Quiero saber qué está ocurriendo aquí.

-Le hemos contado todo lo que sabemos -contestó Jimmy-. Si pudiéramos decirle algo más, no dude que lo haríamos.

McCaslin lo miró con ceño.

-Usted está cagado de miedo -dijo-. Usted y el escritor, los dos. Tienen el mismo aspecto que tenían algunos tipos en Corea cuando regresaban del frente.

Los dos agentes les miraban. Ni Ben ni Jimmy dijeron nada.

McCaslin volvió a suspirar.

-Bueno, vamonos de aquí. Mañana a las diez en mi oficina a prestar declaración. Si a las diez no están allí, les mandaré a buscar con un coche patrulla.

-No será necesario -prometió Ben.

McCaslin le miró y sacudió la cabeza.

-Usted tendría que escribir libros más sensatos. Como ese tipo que escribe los cuentos de Travis McGee. A esos cuentos uno puede hincarles el diente.

13

Ben se levantó de la mesa, enjuagó la taza de café en el fregadero y se quedó mirando por la ventana la negrura de la noche.

¿Qué se ocultaba allí? ¿Marjorie Glick, reunida finalmente con su hijo? ¿Mike Ryerson? ¿Floyd Tibbits? ¿Cari Foreman?

Se apartó de la ventana y subió a su cuarto.

Durante el resto de la noche durmió con la luz encendida sobre el escritorio, y dejó sobre la mesita, al alcance de la mano, la cruz que había derrotado a la señora Glick. Su último pensamiento antes de que le ganara el sueño fue para Susan, preguntándose si estaría bien y a salvo.

DOCE

MARK

1

Cuando oyó por primera vez, aún distante, un crujido de ramitas, se deslizó tras el tronco de un enorme abeto y se quedó expectante. Ellos no podían salir a la luz del día, pero eso no significa que no pudieran conseguir gente que lo hiciera; darles dinero era una manera, pero no la única. Mark había visto en el pueblo al tipo ese, Straker, que tenía los ojos como los de un sapo que toma el sol sobre una roca. Daba la impresión de ser capaz de romperle un brazo a un bebé, y sonreír mientras lo hacía.

Palpó el pesado bulto que formaba en el bolsillo de su chaqueta la pistola de su padre. Contra ellos las balas no servían -a menos que fueran de plata, tal vez-, pero, desde luego, un tiro entre los ojos acabaría con ese Straker.

Por un momento sus ojos bajaron hacia la forma cilíndrica apoyada contra el árbol, envuelta en un viejo trozo de toalla. Detrás de su casa había una pila de leña, un montón de leños de fresno para la chimenea que Mark y su padre habían cortado en julio y agosto con la sierra mecánica de McCulloch. Henry Petrie era un hombre metódico, y Mark sabía que cada leño mediría casi un metro. Su padre sabía cuál era el largo adecuado, y también que después del otoño venía el invierno y que el fresno era lo que ardía durante más tiempo y con menos humo en la chimenea de la sala.

Su hijo, que sabía otras cosas, sabía que el fresno sería para hombres... para cosas... como él. Esa mañana, mientras sus padres salían a dar su paseo a pie de los domingos, Mark había sacado una de las estacas y, con su pequeña hacha de boy scout, le había afilado un extremo. Era un poco burdo, pero serviría.

Vio un destello de color y volvió a encogerse contra el árbol, atisbando con un ojo por encima de la áspera corteza. Un momento después distinguió quién era la persona que trepaba por la colina. Era una muchacha. Le invadió una sensación de alivio, mezclada con desilusión. No era ningún secuaz del diablo sino la hija del señor Norton.

De nuevo aguzó la vista. ¡Ella también llevaba un palo! A medida que Susan se acercaba, le dieron ganas de reírse, amargamente: llevaba una estaca de cerca para la nieve. Con dos golpes de martillo se partiría en dos.

La muchacha iba a pasar a la derecha del árbol que le servía de escondite. Mientras se aproximaba, Mark empezó a deslizarse alrededor del tronco, hacia la izquierda, evitando pisar cualquier ramita que pudiera crujir y denunciar su presencia. Finalmente, tras una

cuidadosa sincronización, terminó la operación: Susan le daba la espalda al seguir subiendo por la colina, hacia donde terminaban los árboles. Andaba con cuidado, observó Mark. Eso estaba bien. Pese a la inservible estaca que llevaba, parecía tener cierta idea de dónde se estaba metiendo. Así y todo, si seguía avanzando demasiado podía encontrarse en dificultades. Straker estaba en casa. Mark estaba allí desde las doce y media y había visto que Straker se asomaba al camino de entrada para mirar la carretera, y después volvía a entrar en la casa. Mark había estado tratando de tomar una decisión cuando la aparición de la muchacha vino a interrumpirlo.

Tal vez lo hiciera bien. Se había detenido detrás de una mata de arbustos y estaba allí en cuclillas, mirando hacia la casa. Mark hizo un examen mental. Era obvio que ella lo sabía. Concluyó que lo mejor sería advertirle que Straker no había salido, y que estaba alerta. Probablemente no iría armada, ni siquiera con un arma pequeña como la de él.

Mientras cavilaba cómo hacer que advirtiera su presencia sin que se asustara y gritara, oyó el ruido del coche de Straker. Susan se sobresaltó, y en el primer momento Mark temió que echara a correr desatinadamente por el bosque, delatando su presencia. Pero la chica volvió a agazaparse, pegándose al suelo. Aunque sea estúpida, tiene agallas, pensó Mark con aprobación.

El automóvil de Straker retrocedió por el camino de entrada (desde donde estaba, Susan debía de verlo mejor que él, que sólo podía distinguir el techo negro del Packard), vaciló por un instante y después tomó por la carretera en dirección al pueblo.

Mark decidió que debían trabajar en equipo. Cualquier cosa sería mejor que entrar solo en esa casa. Él ya había percibido la atmósfera ponzoñosa que la rodeaba. La había advertido desde casi un kilómetro de distancia y a medida que uno se aproximaba se hacía más densa.

Corrió rápidamente por la pendiente tapizada de hojas, hasta apoyarle la mano en el hombro. Sintió que el cuerpo de ella se tensaba e intuyó que iba a gritar.

-No grites -le advirtió-. No hay peligro. Soy yo.

Susan no gritó, pero dejó escapar un suspiro aterrorizado. Con el semblante pálido, se volvió para mirarle.

-¿Quién eres tú?

El muchacho se sentó junto a ella.

-Me llamo Mark Petrie, y te conozco: tú eres Sue Norton. Mi padre conoce al tuyo.

-¿Petrie...? ¿Henry Petrie?

-Sí, es mi padre.

-¿Qué estás haciendo tú aquí? -Sus ojos lo recorrían como si Susan todavía no pudiera convencerse de que él era real.

-Lo mismo que tú. Sólo que esa estaca no te servirá. Es demasiado... -Recurrió a una palabra que había buscado en el diccionario y cuya definición sabía, pero que nunca había usado-. Demasiado endeble.

Susan miró la estaca que tenía en la mano y enrojeció.

-Ah, esto. Bueno, es que la encontré en el bosque y... y pensé que alguien podía tropezar con ella, así que...

El chico la interrumpió con impaciencia.

-Has venido a matar al vampiro, ¿no?

-¿De dónde has sacado semejante idea? ¿Vampiros y cosas así?

-Un vampiro trató de atraparme anoche... y casi lo logró.

-Qué disparate. Que un muchacho de tu edad no sepa que esas cosas...

-Era Danny Glick.

Susan se echó hacia atrás, entrecerrando los ojos. Torpemente tendió una mano, encontró el brazo de Mark y lo aferró. Los ojos de ambos se encontraron.

-¿No lo estás inventando, Mark?

-No -respondió el chico, y brevemente le contó la historia de la recién pasada noche.

-¿Y has venido aquí solo? -preguntó Susan cuando él hubo terminado-. ¿Lo creías y has venido aquí solo?

-¿Si lo creía? -Mark la miró, sorprendido-. Claro que lo creía. ¿Acaso no lo vi?

Su pregunta no tuvo respuesta, y de pronto Susan se sintió avergonzada.

-¿Cómo es que estás tú aquí? -preguntó Mark.

La muchacha vaciló un momento.

-En el pueblo hay algunos hombres que sospechan que en esta casa hay alguien a quien nadie ha visto. Y que podría ser un... un... -Susan todavía no era capaz de pronunciar la palabra, pero Mark asintió. Aunque acabara de conocerle, aquel muchacho parecía extraordinario-.Entonces vine á ver si descubría algo -dijo Susan, como síntesis de cuanto podría haber agregado.

Con un gesto, Mark señaló la estaca.

-¿Y has traído eso para atravesarlo?

-No sé si sería capaz de hacerlo.

-Yo sí -afirmó el chico-, después de lo que vi anoche. Danny estaba al otro lado de mi ventana, suspendido como una mosca enorme. Y sus dientes...-Con un gesto apartó la pesadilla.

-¿Saben tus padres que estás aquí? -preguntó Susan, segura de que no lo sabían.

-No -admitió él-. El domingo es el día que dedican a la naturaleza. Por la mañana salen a caminar y estudiar los pájaros, y por la tarde hacen alguna otra cosa. A veces los acompaño, y otras no. Hoy han ido a recorrer la costa en coche.

-Eres valiente-se admiró ella.

-No lo creas. -La compostura de Mark no se alteró ante el elogio-. Pero voy a librarme de él. -Levantó los ojos hacia la casa.

-¿Estás seguro...?

-Claro que sí. Y tú también. ¿Acaso no sientes lo malvado que es? ¿Esa casa no te da miedo con sólo mirarla?

-Sí -admitió Susan.

La lógica de Mark era la lógica de los nervios a flor de piel y, a diferencia de la de Ben o la de Matt, era irresistible.

-¿Y cómo lo haremos? -preguntó la muchacha, entregándole el liderazgo de la aventura.

-Subiremos hasta allá y entraremos, nada más. Lo encontraremos y le clavaremos la estaca, pero la maza, en el corazón, y volveremos a salir. Probablemente estará en el sótano. Les gustan los lugares oscuros. ¿Tienes una linterna?

-No.

-Demonios, yo tampoco... Y no habrás traído una cruz tampoco, ¿o sí?

-Sí, eso sí.-Susan se sacó la cadenilla de la blusa para mostrársela. Mark hizo un gesto de asentimiento y a su vez se sacó su cadenilla de la camisa.

-Espero poder devolverla antes de que regresen mis padres -dijo-. La cogí del joyero de mi madre, y si se da cuenta me costará caro.

Mark miró alrededor. Mientras hablaban, las sombras se habían alargado, y los dos se sentían impulsados a prolongar la situación.

-Cuando lo encontremos, no le mires a los ojos -le aconsejó Mark-. Mientras no oscurezca, no puede salir de su ataúd, pero de todas maneras puede inmovilizarte con los ojos. ¿Sabes alguna oración?

Habían empezado a avanzar entre los arbustos que separaban el bosque del descuidado césped de la casa de los Marsten.

-Bueno, el padrenuestro...

-Eso será suficiente. Es la misma que sé yo. La diremos juntos mientras yo le clavo la estaca.

Al ver la expresión entre asqueada y amilanada de Susan, le tomó la mano. Su autodominio resultaba desconcertante.

-Escucha, es necesario. Apostaría a que después de anoche se adueñó de la mitad del pueblo. Y si seguimos esperando se lo apropiará por completo. Todo será muy rápido.

-¿Después de anoche?

-Lo soñé. -Mark habló con voz calma, pero sus ojos eran sombríos-. Soñé que iban a las casas y llamaban por el interfono pidiendo que les dejaran entrar. Alguna gente lo sabía, en lo más hondo de sí lo sabían, pero los dejaban entrar, porque eso era más fácil que pensar que algo tan espantoso pudiera ser real.

-No es más que un sueño -repuso Susan con inquietud.

-Apuesto a que en este momento hay un montón de gente que está en la cama con las cortinas cerradas o las persianas bajadas, creyendo que han pillado un resfriado o la gripe o algo parecido. Que se sienten débiles y no tienen ganas de comer. Con sólo pensar en comer, ya les entran ganas de vomitar.

-¿Cómo sabes esto?

-Porque leo revistas de monstruos y voy al cine siempre que puedo -explicó Mark-. Por lo general, a mamá tengo que decirle que dan alguna de Walt Disney. Y en todo éso se puede confiar. A veces exageran las cosas para que la historia resulte más truculenta.

Estaban al lado de la casa. Vaya grupo que formamos los creyentes, pensó Susan. Un viejo profesor medio chiflado por los libros, un escritor obsesionado por las pesadillas de su infancia, un chiquillo doctorado en vampirología. Y yo. Pero ¿realmente creo? ¿Se me están contagiando las fantasías paranoides?

Susan creía.

Como había dicho Mark, a esa distancia de la casa no era posible tomarse el asunto en broma. Todos los procesos de pensamiento, el acto mismo de conversar, tenían lugar en el marco de una voz más fundamental que no dejaba de gritar «¡peligro! ¡Peligro!» en un idioma ajeno a las palabras. Sentía tensión y pesadez en los ríñones. Sus ojos habían adquirido una agudeza preternatural, a la que no se le escapaba una astilla ni una mancha que hubiera en el muro de la casa. Y para que todo eso se desencadenara no había hecho falta ningún estímulo externo: ni hombres armados, ni perros amenazantes, ni indicios de fuego. Un vigía más profundo que sus cinco sentidos había despertado tras un largo período de sueño, y no había manera de ignorarlo.

Susan espió por una abertura que había en uno de los postigos de abajo.

-Pero cómo es posible que no hayan hecho nada -comentó casi enfadada-. Es una roña.

-Déjame ver.

Susan cruzó los dedos para que él pudiera apoyarse y mirar por entre las tablillas rotas el destartalado salón de la casa de los Marsten. El chico vio un desierto salón rectangular con el suelo cubierto por una espesa alfombra de polvo (sobre la cual aparecían huellas de muchas pisadas), el empapelado desprendido, dos o tres viejos sillones, una mesa coja. Los ángulos superiores de la habitación, cerca del techo, estaban festoneados de telarañas.

Antes de que Susan pudiera oponerse, Mark había forzado el gancho que cerraba la ventana empujándolo con el extremo más grueso de su estaca. Las dos piezas enmohecidas del seguro cayeron al suelo y, con un chirrido, los postigos se abrieron un par de centímetros hacia fuera.

-¡Eh! -protestó Susan-. No hagas eso.

-¿Y qué quieres que hagamos, tocar el timbre?

El chico plegó hacia atrás el postigo de la derecha y rompió uno de los sucios cristales, cuyos trozos cayeron hacia dentro con un tintineo. El miedo se apoderó de Susan, llenándole la boca de un regusto metálico.

-Estamos a tiempo de escapar -dijo la muchacha casi para sí.

Él la miró, sin que sus ojos reflejaran desdén alguno; sólo una seriedad y un miedo tan intensos como los de ella.

-Si tienes que irte, vete -le dijo.

-No tengo que irme. -Susan procuró tragarse el nudo que le obstruía la garganta-. Pero date prisa.

Mark retiró los trozos de vidrio que quedaban del cristal roto, se pasó la estaca a la otra mano y después retiró la traba de la ventana, que gimió levemente mientras él la levantaba.

Los dos se quedaron mirando la ventana sin decir palabra. Después ella dio un paso, abrió del todo el postigo de la derecha y apoyó las manos sobre el alféizar astillado, preparándose para trepar. El miedo era tan intenso que le producía náuseas. Por fin entendía lo que había sentido Matt Burke mientras subía las escaleras de su casa para hacer frente a lo que le esperaba en el cuarto de huéspedes.

Susan siempre había entendido el miedo mediante una sencilla ecuación: miedo = desconocido. Y para resolver la ecuación no había más que reducir el problema a simples términos algebraicos: desconocido = tabla que cruje (o lo que fuera), tabla que cruje = nada que temer. En el mundo moderno, todos los miedos podían ser desentrañados así.

Flexionó los músculos para elevarse, pasó una pierna por sobre el alféizar, se dejó caer sobre el polvoriento suelo de la sala y miró alrededor. Reinaba un olor que emanaba de las paredes como un miasma casi visible. Susan procuró convencerse de que no era más que el olor del yeso enmohecido, o del guano acumulado y húmedo de todos los animales que se habían refugiado en esas ruinas: marmotas, ratas, incluso tal vez algún mapache. Pero algo más. Aquel olor era más denso que un hedor animal, más penetrante. Hacía pensar en lágrimas, en vómitos* en tinieblas.

-Eh -llamó suavemente Mark, agitando las manos por sobre el alféizar-. Ayúdame.

Susan se inclinó hacia afuera y lo ayudó a entrar. Sus pies calzados con zapatillas resonaron sobre la alfombra, y la casa volvió a quedar en silencio.

Los dos se encontraron fascinados escuchando el silencio y el latido de la sangre en sus propios oídos.

Sin embargo, los dos sabían que no estaban solos.

2

-Vamos -dijo Mark-.Echemos un vistazo. -Aferró la estaca y durante un momento volvió con nostalgia los ojos hacia la ventana.

Seguida por él, Susan avanzó lentamente hacia el vestíbulo. Al lado de la puerta había una mesita sobre la cual reposaba un libro. Mark lo cogió.

-Oye -preguntó-, ¿tú sabes latín? -Un poco.

-¿Qué significa esto? -Mark le mostró la tapa. La chica leyó las palabras frunciendo el ceño. -No lo sé -dijo, sacudiendo la cabeza. Mark abrió el libro y se estremeció. Había una figura de un hombre desnudo que ofrecía el cuerpo mutilado de un niño a algo que no alcanzaba a ver. El muchacho volvió a dejar el libro, contento de soltarlo (al tacto de su mano, el material con que estaba encuadernado era inquietantemente familiar), y ambos se dirigieron hacia la cocina. Allí las sombras eran más intensas. El sol había dado la vuelta hacia el otro lado de la casa. -¿Notas el olor? -preguntó Mark. -Sí.

-Aquí atrás es peor, ¿no? -Sí,

Mark recordó la despensa que tenía su madre en la otra casa, donde un año tres cestas de tomates se habían echado a perder. Era un olor así, como de tomates podridos. -Dios, qué miedo tengo -murmuró Susan. La mano de Mark se tendió en busca de la de ella, y la aferró. El linóleo de la cocina era viejo, áspero y gastado, descolorido delante del antiguo fregadero enlozado. Una gran mesa llena de marcas y rozaduras, sobre la cual había un plato amarillo, un cuchillo y un tenedor, y un trozo de hamburguesa cruda, ocupaba el centro de la cocina.

La puerta del sótano estaba entreabierta.

-Ahí es donde tenemos que ir -señaló Mark.

-Oh-exclamó débilmente Susan.

La abertura era apenas una rendija y la luz no llegaba a entrar. Parecía como si una lengua de oscuridad lamiera ávidamente la cocina, en espera de que llegara la noche para devorarla entera. Ese centímetro de oscuridad era abominable y sus posibilidades, indecibles. Incapaz de moverse, Susan permaneció junto a Mark.

El chico avanzó, empujó la puerta hasta abrirla y miró hacia abajo. Susan veía cómo le temblaba un músculo en la mandíbula.

-Creo,., -empezó a decir Mark, y ella oyó algo a sus espaldas y se volvió, con la súbita sensación de que ya era demasiado tarde. Era Straker. Su sonrisa era una mueca.

Mark giró sobre los talones, lo vio y trató de eludirlo. El puño de Straker se estrelló contra su mentón y el chico no supo nada más.

3

Cuando Mark recuperó el conocimiento estaban subiéndolo por unas escaleras, pero no eran las del sótano. No sentía esa sensación pétrea de encierro, y el aire no era tan fétido. Entreabrió sus párpados apenas, sin que la cabeza dejara de pender inerte del cuello. Habían llegado a un descanso: el primer piso. Se podía ver con bastante claridad. El sol no se había puesto todavía. Quedaba una tenue esperanza.

Al llegar al descansillo, de pronto los brazos que lo sostenían desaparecieron y Mark cayó pesadamente al suelo, golpeándose la cabeza.

-¿No te parece que yo sé cuándo alguien se está haciendo él tonto, jovencito? -le preguntó Straker.

Visto desde el suelo, parecía de tres metros de estatura. El cráneo calvo relucía con discreta elegancia en la creciente oscuridad. Mark vio con terror que en el hombro llevaba un rollo de cuerda.

Se llevó la mano al bolsillo donde había puesto la pistola.

Straker se echó a reír.

-Me tomé la libertad de quitarte la pistola, jovencito. Los niños no deben portar armas... ni tampoco conviene que lleven a una señorita a lugares donde no les han invitado.

-¿Qué ha hecho con Susan Norton?

Straker sonrió.

-La llevé donde ella quería ir, amiguito. Al sótano. Más tarde, cuando se ponga el sol, se encontrará con el hombre a quien vino a ver. Y tú también lo conocerás, tal vez esta misma noche, tal vez mañana por la noche. Es posible que él te entregue a la muchacha, pero más bien pienso que se ocupará personalmente de ti. La chica tendrá sus propios amigos, entre ellos tal vez algunos entremetidos como tú.

Con ambos pies, Mark trató de darle una patada en la entrepierna, pero Straker se apartó ágilmente a un lado, como un bailarín. Al mismo tiempo le devolvió el golpe, un enérgico puntapié en los ríñones.

Mark se mordió los labios, retorciéndose en el suelo.

-Vamos, jovencito. De pie -le ordenó Straker con una risita.

-No... no puedo.

-Pues arrástrate -dijo Straker, y le asestó otra patada.

El dolor fue muy intenso, pero Mark apretó los ciernes. Consiguió ponerse de rodillas y después de pie.

Siguieron andando por el vestíbulo hasta la puerta del otro extremo.

-¿Qué va a hacer conmigo?

-Prepararte como a un pavo de Navidad, jovencito. Más tarde, cuando mi amo se haya ocupado de ti, quedarás en libertad.

-¿Como los otros?

Straker sonrió.

Mientras abría la puerta para entrar en la habitación donde se había suicidado Hubie Marsten, algo extraño sucedió en la mente de Mark. El miedo no desapareció, pero aparentemente dejó de actuar como un freno sobre sus procesos mentales y de interferir las señales positivas. Su cerebro empezó a funcionar con una velocidad pasmosa, no valiéndose de palabras ni de imágenes, sino de una especie de taquigrafía simbólica. El muchacho se sentía como una pequeña lámpara que de pronto recibe una sobrecarga de una fuente desconocida.

El cuarto como tal era absolutamente prosaico. El empapelado colgaba en jirones, dejando ver el yeso y la piedra. El tiempo había cubierto el suelo con una espesa capa de polvo y yeso, pero sólo se veían las huellas de una persona, como si alguien hubiera subido a echar un vistazo. Había dos pilas de revistas, una cama de hierro sin somier ni colchón y una pequeña plancha metálica con un grabado desvaído. La ventana tenía los postigos cerrados, pero por ellos se filtraba, polvorienta, luz suficiente para que Mark pensara que quedaba todavía una hora hasta que cayese la noche. En el cuarto flotaba algo maligno y hediondo.

En el lapso de unos segundos, el chico abrió la puerta, registró todo lo que había y avanzó hasta el centro de la habitación, donde Straker le dijo que se detuviera. En esos breves momentos, vio tres escapatorias posibles.

En una de ellas, él se precipitaba súbitamente hacia la ventana cerrada, y trataba de lanzarse a través de los cristales y los postigos como el héroe de una película del Oeste, para saltar ciegamente hacia fuera. Mentalmente, con un ojo se vio caer sobre un herrumbrado montón de herramientas de jardín para terminar su vida retorciéndose ensartado en una horquilla mellada como un insecto en un alfiler. Con el otro ojo, vio cómo se estrellaba contra los cristales sin conseguir que se abriera el postigo, y cómo Straker se apoderaba otra vez de su cuerpo, lacerado y sangrante.

Se vio atado sobre el suelo, vio cómo se extinguía la luz, cómo sus esfuerzos por liberarse eran cada vez más frenéticos e inútiles, y oyó finalmente cómo subía ominosamente las escaleras un individuo mil veces peor que Straker.

Se vio recurriendo a una treta que había aprendido el verano anterior cuando leía un libro sobre Houdini, el famoso mago capaz de escaparse de una celda, de un cajón cerrado con cadenas y de la bóveda de un banco. Podía soltarse de cuerdas, esposas de acero e instrumentos de tortura chinos. Y una de las cosas que hacía era contener el aliento y tensar fuertemente los puños cuando una persona del público le ataba. También había que contraer los muslos, los antebrazos y los músculos del cuello. Si uno tenía músculos bien desarrollados, al relajarlos conseguía cierta flojedad en las ligaduras. Entonces, todo

consistía en relajarse por completo y trabajar con lentitud y tesón para escapar, sin dejarse dominar por el pánico. Poco a poco, también el cuerpo ayudaba, lubricándose con sudor. En el libro parecía muy fácil.

- Date la vuelta; te voy a atar- le dijo Straker - . Y mientras lo haga no te muevas, porque si te mueves, con esto - levantó el pulgar - te vaciaré el ojo derecho. ¿Lo entiendes?

Mark asintió. Hizo una inspiración profunda, retuvo el aire y contrajo los músculos.

Straker arrojó la cuerda por encima de una viga.

- Acuéstate - le dijo. Mark obedeció.

Straker le cruzó las manos a la espalda y se las ató firmemente con la cuerda. Hizo un lazo, se lo pasó por el cuello y lo aseguró

- Estás atado a la misma viga de donde se colgó el amigo y patrono de mi amo en esta comarca, jovencito. ¿No te halaga?

Mark emitió un gruñido y Straker rió. Le pasó la cuerda entre las piernas, y el chico gimió cuando se la ajustó con un tirón brutal.

- ¿Te duele? - acotó con cínico humor - . No será por mucho rato. De todas maneras, llevarás una vida ascética, hijo... una vida muy larga.

Rodeó con la cuerda los tensos muslos del chico, aseguró el nudo y volvió a rodearle las rodillas y los tobillos. A Mark ya se le hacía difícil contener la respiración, pero se dominó obstinadamente.

- Estás temblando, jovencito - se burló Straker - . Tienes todo el cuerpo entumecido. Y toda la carne blanca... ¡pero la tendrás más blanca aún! No tienes por qué tener tanto miedo. Mi amo es muy capaz de ser bondadoso. Y es muy venerado aquí en tu propio pueblo. No es más que un pequeño pinchazo; como cuando el médico te pone una inyección, y después todo es dulzura. Y más tarde quedarás libre. E irás a ver a tu padre y a tu madre, ¿verdad? Irás a verlos mientras duermen.

Se levantó y miró con benevolencia a Mark.

- Ahora tengo que dejarte por un rato, Jovencito. He de acomodar a tu encantadora consorte. Cuando volvamos a vernos, me tendrás más afecto.

Y salió, dando un portazo. Una llave resonó en la cerradura.

Mientras sus pies se alejaban por la escalera, Mark dejó escapar el aliento y relajó los músculos con un gran suspiro. . Las cuerdas que le inmovilizaban se aflojaron un poco.

Se quedó quieto. Su mente seguía volando eufórica. Miró a lo largo del suelo irregular en dirección a la cama de hierro. Más allá se elevaba la pared. En esa parte, el empapelado se había desprendido y estaba caído jumo al armazón de la cama como la desechada piel de una víbora. Mark se concentró en un pequeño sector de la pared y lo examinó con atención, apartando de su mente todo lo demás. El libro sobre Houdini decía que lo más importante era la concentración. No había que permitir que el pánico se insinuara en la mente. El cuerpo debía estar completamente relajado. Y la fuga debía tener lugar mentalmente antes de mover un solo dedo. Cada paso debía existir concretamente en el pensamiento.

Mientras miraba la pared, pasaban los minutos.

La pared era blanca e irregular. Por último, a medida que su cuerpo se relajaba, empezó a verse a sí mismo proyectado: un muchachito de camiseta azul y téjanos. Estaba situado de costado, con los brazos atados a la espalda, las muñecas apoyadas en la depresión lumbar. Tenía un lazo corredizo alrededor del cuello, y cualquier movimiento impulsivo lo ajustaría inexorablemente hasta privar al cerebro del oxígeno indispensable para mantener la lucidez.

Siguió mirando la pared.

La figura allí proyectada había empezado a moverse cautelosamente, aunque el propio Mark siguiera tendido, perfectamente inmóvil. Como extasiado, observó todos los movimientos de la imagen. Había alcanzado un nivel de concentración propio de los faquires y los yoguis de la India. Ya no le preocupaba Straker ni la menguante luz del día. Había dejado de ver el suelo irregular, el armazón de la cama, la pared incluso. Lo único que veía era al muchacho, una figura perfecta que se movía en una leve danza de músculos cuidadosamente controlados.

Siguió mirando la pared.

Finalmente empezó a mover las muñecas. Al límite de cada movimiento las partes de las palmas más próximas al pulgar se tocaban, sin que se movieran otros músculos que los de la parte inferior del antebrazo. Sin apresurarse, Mark seguía mirando la pared.

Cuando el sudor empezó a brotarle, las muñecas se movieron con más libertad. Los movimientos se ampliaron. Al término de cada uno, los dorsos de las manos se tocaban. Las vueltas de cuerda que las sujetaban se habían aflojado un poco.

Mark se detuvo.

Pasado un momento, empezó a flexionar los pulgares contra las palmas, mientras contraía los dedos en un movimiento sinuoso. Su rostro se mantenía absolutamente inexpresivo: era como la cara de yeso de un maniquí en una tienda.

Pasaron cinco minutos. Las manos ya le transpiraban abundantemente. La increíble intensidad de la concentración hacía que el chico pudiera controlar parcialmente el sistema nervioso simpático, otra técnica de los yoguis y los faquires; sin darse cuenta, había llegado a obtener cierto control sobre las funciones involuntarias del cuerpo. El sudor no se podía explicar como producto de sus cuidadosos movimientos. Sentía las manos como engrasadas, y de la frente le caían gotitas que oscurecían el polvo blanco del suelo.

Empezó a mover los brazos en un movimiento ascendente y descendente, como de pistón, haciendo trabajar ahora los bíceps y los músculos de la espalda. El nudo corredizo se ajustó un poco, pero al mismo tiempo Mark sentía que una de las vueltas de cuerda que le sujetaban las manos comenzaba a descender sobre la palma derecha. Ahora se apoyaba sobre la parte carnosa del pulgar. Sintió una oleada de excitación y se obligó a detenerse hasta que la emoción se hubo calmado por completo. Sólo en ese momento volvió a empezar. Arriba abajo. Arriba abajo. Arriba abajo. Cada vez ganaba medio centímetro, o menos. De pronto, su mano derecha quedó libre.

La dejó donde estaba, flexionándola. Cuando los músculos recuperaron la flexibilidad, introdujo los dedos bajo el lazo que le ataba la muñeca izquierda y tanteó, hasta que consiguió liberar la mano izquierda.

Entonces, apoyó ambas manos en el suelo. Cerró los ojos.

Ahora, lo importante era no pensar que la partida estaba ganada, Ahora había que actuar aún con más cuidado.

Se apoyó en la mano izquierda, y con la derecha recorrió el nado que aseguraba el lazo corredizo que le rodeaba el cuello. Inmediatamente comprendió que para soltarlo tendría que ahogarse o poco menos, y también que incrementaría la presión que le oprimía los testículos, donde sentía ya un sordo latido.

Respiró profundamente y empezó a trabajar con el nudo. La cuerda fue tensándose poco a poco, y la presión en el cuello y entre las piernas se intensificó. Las fibras del cáñamo se incrustaban en la garganta como minúsculas agujas. El nudo le desafió durante un tiempo interminable. Su visión empezó a difuminarse bajo la embestida de las enormes flores negras que estallaban en silenciosa floración ante sus ojos, pero Mark se legaba a darse prisa/Retorció sin descanso el nudo, hasta percibir una nueva flojedad. Durante un

momento la presión en la ingle se hizo insoportable, hasta que con un movimiento convulsivo se pasó el lazo por encima de la cabeza y el dolor disminuyó.

El muchacho se sentó e inclinó la cabeza hacia adelante, respirando de manera entrecortada, mientras con ambas manos se frotaba los testículos lacerados. El interno dolor se convirtió en una incomodidad sorda y penetrante que le dio una sensación de náusea..'

Cuando empezó a pasársele, Mark miro hacia la ventana cerrada. La luz que entraba a través de las fisuras de la madera se había desteñido hasta alcanzar un ocre opaco. El sol debía de estar poniéndose. Y la puerta estaba cerrada con llave.

Tiró de la cuerda hasta descolgarla de la viga y empezó a aflojar los nudos de las piernas. Estaban muy ajustados, y la reacción provocada por el éxito inicial había empezado a debilitar la concentración de Mark;

Se soltó los muslos, las rodillas y, tras un denodado esfuerzo, los tobillos. Se levantó tambaleante y empezó a frotarse las piernas

Abajo se oyó ruido de pasos.

Invadido por el pánico, levantó la mirada, mientras sus narices se dilataban. Avanzó torpemente hacia la ventana e intentó abrirla. Estaba asegurada con clavos enmohecidos, doblados a martillazos sobre la madera del alféizar.

Los pasos ascendían por la escalera.

Mark se enjugó la boca con la mano y miró con desesperación alrededor. Dos pilas de revistas. Una pequeña plancha metálica con un desgastado grabado. El armazón de la cama de hierro fundido.

A ella se dirigió y la levantó por un extremo. Y tal vez algún dios remoto, al ver cuánto era lo que el muchacho había hecho solo, se compadeció de él.

Los pasos habían empezado a acercarse a la puerta cuando Mark consiguió acabar de destornillar la pata de la cama.

4

Cuando se abrió la puerta, Mark estaba detrás de ella con la pata de la cama levantada, como un piel roja con su tomahawk.

-Jovencito, vengo a...

Cuando vio la cuerda tendida en el piso, la sorpresa lo paralizó, durante un segundo tal vez. Ya había cruzado la puerta.

Mark vivía las cosas con la lentitud de una jugada de fútbol que se repite en cámara lenta. Tenía la sensación de disponer de minutos, no de apenas unos segundos, para apuntar al cráneo que aparecía más acá del umbral de la puerta.

Con ambas manos asestó el golpe con la pata, no con toda la fuerza de que era capaz, porque prefirió sacrificar un poco de fuerza para conseguir mejor puntería. Alcanzó a Straker exactamente encima de la sien, en el momento en que éste empezaba a darse la vuelta para mirar detrás de la puerta. Los ojos, que tenía muy abiertos, se cerraron bruscamente por el dolor. Del cuero cabelludo comenzó a manar sangre a borbotones.

El cuerpo de Straker se contrajo y retrocedió, tambaleante, hacia el interior del cuarto, con la cara desencajada por una mueca. Al ver que extendía la mano, Mark volvió a golpearlo. Esta vez el metal cayó sobre la calva, encima de la convexidad de la frente, abriendo un nuevo manantial de sangre.

Se desplomó con los ojos en blanco.

Mark rodeó el cuerpo, mirándolo con ojos desorbitados. El extremo de la pata de cama estaba manchado de sangre, y era más oscura que la de las películas en technicolor. Mark se sintió descompuesto al verla, pero cuando miró a Straker no sentía nada.

Le he matado, pensó, y su reacción inmediata añadir: por fin.

La mano de Straker le aferró el tobillo.

Con un sobresalto, Mark intentó zafarse. La mano se cerraba sobre su pie como una trampa de acero, y ahora Straker estaba mirándole, con sus ojos fríos que brillaban a través de la máscara de sangre. Aunque sus labios se movían, no emitían ningún sonido. Mark tiró con más fuerza, inútilmente. Con un gruñido sordo, empezó a golpear la mano de Straker con la pata de cama. Una vez, dos, tres, cuatro. Los dedos se quebraron como un estremecedor crujido de lápices. La presa se añojo y el muchacho se soltó con un tirón que le hizo pasar, tambaleante, por la puerta hasta llegar al pasillo.

La cabeza de Straker había vuelto a caer sobre el suelo, pero su mano destrozada siguió abriéndose y cerrándose en el aire con una vitalidad siniestra, como la del perro que se estremece al soñar que está cazando gatos.

La pata de la cama se le escurrió entre los dedos agarrotados, y entonces retrocedió, tembloroso. El pánico se adueñó de él y huyó a saltos por las escaleras, bajando dos o tres peldaños cada vez, pese a sus piernas entumecidas, mientras su mano volaba sobre el pasamanos astillado.

La puerta principal se perdía en las tinieblas, en una oscuridad abominable.

Llegó a la cocina. Su mirada, tímida y enloquecida, pasó fugazmente por la puerta abierta del sótano. El sol descendía en una ardiente columna de rojos, amarillos y púrpuras. En el salón de una funeraria, a veinticinco kilómetros de distancia, Ben Mears no apartaba los ojos del reloj, mientras las manecillas vacilaban entre las 7.01 y las 7.02.

Mark no sabía nada de eso, pero sabía que la hora de los vampiros era inminente. Permanecer allí significaba superponer un enfrentamiento a otro; descender a ese sótano para intentar salvar a Susan significaba verse arrastrado al reino de los muertos vivientes.

Sin embargo, fue hacia la puerta del sótano y hasta bajó los tres primeros escalones antes de que el miedo lo envolviera como una ligadura casi física, sin permitirle dar un paso más. El chico estaba llorando y todo el cuerpo le temblaba como presa del paludismo.

-¡Susan! -gritó-. ¡Escapa!

-¿Mark? -Su voz sonaba débil y aturdida-. No veo nada. Está oscuro...

Entonces se oyó un ruido similar al disparo de un arma de fuego, seguido por una risa profunda y desalmada.

Susan emitió un alarido que fue diluyéndose en un gemido, y después en el silencio.

Aunque sus pies eran plumas que querían llevárselo volando, Mark esperaba todavía.

Desde abajo le llegó una voz sorprendentemente parecida a la de su padre.

-Ven abajo, hijo mío. Qué muchacho tan admirable eres.

El poder de esa voz era tal que Mark sintió que el miedo se desvanecía, que las plumas de sus pies se convertían en plomo. Ya había empezado a bajar a tientas otro escalón cuando consiguió rehacerse, aunque para eso necesitó de toda la exhausta disciplina que aún conservaba.

-Baja -volvió a decir la voz, ahora desde más cerca. Tras el matiz paternal y amistoso se insinuaba una orden, acerada y tersa.

-¡Sé quién eres! -gritó Mark hacia abajo-. ¡Tú eres Barlow!

Y salió corriendo.

Cuando llegó a la puerta principal, el miedo había vuelto a apoderarse de él, y si la puerta no hubiera estado abierta habría podido atravesarla, dejando recortada en ella su silueta como en un dibujo animado.

Huyó por la carretera (como había hecho hacía muchos años Benjamín Mears) y después siguió por el centro de Brooks Road rumbo al pueblo y a su incierta seguridad. ¿Podría perseguirle, aun ahora, el rey de los vampiros?

Se apartó del camino para atravesar a tientas el bosque, vadeó el arroyo, tropezó con unos arbustos al otro lado, y finalmente entró por el patio de atrás de su casa.

Atravesó la puerta de la cocina y al mirar por la arcada que daba a la sala vio a su madre, que con la preocupación dibujada en el rostro, hablaba por teléfono, con la guía abierta sobre el regazo.

Al levantar la vista, le vio y una oleada de alivio se difundió sobre su rostro.

-... aquí está...

Sin esperar respuesta, colgó y se dirigió hacia él. Con más pena de lo que él mismo habría esperado, Mark advirtió que su madre había estado llorando.

-Oh, Mark... ¿dónde has estado?

-¿Ya ha vuelto? -preguntó su padre desde el estudio. Su rostro, invisible, se cubría ya de nubes de tormenta.

-¿Dónde has estado? -Su madre le tomó por los hombros y le sacudió.

-Por ahí -dijo Mark-. Me caí mientras volvía a casa.

No había nada más que decir. La característica esencial de la niñez no es que sueño y realidad se mezclen sin esfuerzo, sino la alienación. No hay palabras para los oscuros efluvios y peripecias de esa edad. Los niños que saben lo admiten, y aceptan las consecuencias. Un chico que calcula los costes ya ha dejado de ser un niño.

-Se me pasó el tiempo -agregó-, y.,, .

En ese momento, su padre se hizo cargo de él.

5

En la oscuridad que precede al amanecer del lunes, algo rascaba en la ventana.

Regresó desde el sueño sin intervalo alguno de somnolencia ni desorientación. La insania del sueño y de la vigilia se parecían ahora notablemente.

El rostro que destacaba en la oscuridad al otro lado de la ventana era el de Susan.

-Mark... déjame entrar.

El chico se levantó de la cama. El suelo estaba frío para sus pies desnudos. Estaba tiritando.

-Vete-le dijo.

No había ninguna inflexión en su voz. Observó que ella llevaba todavía la misma blusa, los mismos pantalones. Quien sabe si los padres de ella estarán preocupados, pensó Mark. Si habrán llamado a la policía.

-No está tan mal, Mark. -Mientras hablaba, Susan le miraba con inexpresivos ojos de obsidiana. Al sonreírle mostró los dientes, que se destacaron con nítido relieve bajo la palidez de las encías-. Es muy bueno, en realidad. Déjame entrar, que te enseñaré. Quiero besarte, Mark. Besarte todo, como nunca te ha besado tu madre.

-Vete -repitió él.

-Alguno de nosotros te vencerá, tarde o temprano -expresó Susan-. Ahora somos muchos. Déjame entrar, Mark... Tengo hambre. -Intentó sonreír, pero la sonrisa se convirtió en una oscura mueca que a Mark le hizo sentir un escalofrío.

Levantó la cruz y la apoyó contra la ventana.

Ella emitió un silbido como si la hubieran quemado y se soltó del marco. Durante un momento siguió suspendida en el aire, mientras su cuerpo iba volviéndose indistinto y nebuloso. Después desapareció, pero no sin que Mark viera (o le pareciera ver) en su rostro una mirada de desesperada infelicidad.

La noche volvió a quedar tranquila y silenciosa.

«Ahora somos muchos...»

Los pensamientos de Mark regresaron hasta sus padres, que ajenos al peligro dormían en la habitación de abajo, y el espanto le agarrotó las entrañas.

Algunos hombres sabían, había dicho Susan, o sospechaban.

¿Quiénes?

El escritor, seguro. Ese que salía con ella. Mears, se llamaba. Vivía en la pensión de Eva. Los escritores sabían muchas cosas. Tenía que ser él. Y Mark tenía que advertir a Mears antes de que ella...

Mientras volvía a la cama se detuvo en seco.

¿Y si ya había llegado?

TRECE

EL PADRE CALLAHAN

1

Ese mismo domingo por la noche, el padre Callahan entró con cierta vacilación en la habitación de Matt Burke en el hospital, en el momento en que el reloj de Matt marcaba las siete menos cuarto. La mesita de noche, e incluso el cobertor de la cama, estaban cubiertos de libros, algunos de ellos viejos y polvorientos. Matt había llamado por teléfono a Loretta Starcher a su apartamento de soltera, y había conseguido no solamente que abriera la biblioteca pese a ser domingo, sino que le llevara personalmente los libros. Loretta había aparecido seguida por tres ayudantes del hospital, a cual más cargado de libros, y se había ido un poco ofendida, porque Matt se negó a responder a sus preguntas sobre tan extraña selección.

El padre Callahan observó con curiosidad al profesor. Tenía aspecto fatigado, pero no tan fatigado ni tan horrorizado como la mayoría de pacientes que él había visitado en circunstancias similares. Callahan había visto que, en general, la primera reacción ante la noticia de un cáncer, un derrame, un infarto o cualquier fallo en un órgano importante era sentirse traicionado. Al principió, el paciente se quedaba atónito al descubrir que un amigo tan cercano (y, por lo menos hasta entonces, tan bien conocido) como el propio cuerpo pudiera ser tan desconsiderado como para hacer mal su trabajo. La reacción que seguía a esa primera era pensar que no valía la pena tener un amigo capaz de abandonarle a uno tan cruelmente. La conclusión que seguía a esas reacciones era que no importaba que valiera o no la pena tener ese amigo. Uno no podía negarse a hablar con su cuerpo traidor, ni podía llevarle a juicio ni fingir que no estaba en casa cuando le pedía algo. La idea en que culminaba esta forma de razonamiento característica era la aborrecible posibilidad de que

uno no tuviera en el cuerpo un amigo, sino un enemigo implacable, dedicado a destruir la fuerza superior que venía usando y abusando de él desde el momento en que se declaró el mal.

Una vez, llevado por un ejemplar entusiasmo de borracho, Callahan se había puesto a escribir sobre el tema para LA Gaceta, Católica. Incluso lo había ilustrado con una desafiante caricatura en la página del editorial, que mostraba un cerebro apostado en la cornisa más alta de un rascacielos. El edificio (que un rótulo definía como «El cuerpo humano») estaba en llamas (definidas como «Cáncer», aunque podrían haber sido otras cosas). La caricatura se titulaba «Demasiado alta para saltar». Durante el forzado turno de sobriedad del día siguiente, Callahan había hecho añicos su artículo, al mismo tiempo que quemaba el dibujo; en la doctrina católica no había lugar para esas imágenes si uno no se avenía a añadirle un helicóptero con la etiqueta de «Cristo», del cual pendiera una escala de cuerda. Pese a todo, seguía convencido de que su intuición le había señalado la verdad, y encontraba que el resultado de esa lógica peculiar del lecho de enfermo solía provocar en el paciente una depresión aguda. Los síntomas incluían ojos inexpresivos, reacciones lentas, suspiros profundos y, a veces, lágrimas al ver al sacerdote, ese cuerpo ominoso cuya función dependía en última instancia de lo que el ser pensante creyera respecto de su mortalidad.

Matt Burke no mostraba signos de tal depresión. Le tendió la mano y Callahan se encontró con un apretón sorprendentemente firme.

-Padre Callahan, le agradezco que haya venido.

-Con todo gusto. Un buen maestro, como una buena esposa, es una perla inapreciable.

-¿También un viejo oso agnóstico como yo?

-Muy especialmente -respondió Callahan, encantado-. Tal vez le encuentre a usted en mal momento. Me han dicho que en la unidad de cuidados intensivos ya no quedan ateos, y poquísimos agnósticos.

-Pronto me sacarán de aquí, lamentablemente.

-Una lástima -sonrió Callahan-. Todavía le veremos a usted diciendo padrenuestros y avemarías.

-Pues eso no es tan absurdo como podría usted pensar -acotó Matt.

El padre Callahan se sentó y, cuando acomodaba su silla, pegó un rodillazo contra la cama. Una pila de libros cayó sobre sus piernas, y él fue leyendo los títulos en voz alta a medida que volvía a colocarlos.

-Drácula. El huésped de Drácula. La búsqueda de Drácula. La rama dorada. Historia natural de los vampiros. Relatos de folclore húngaro. Monstruos de la oscuridad. Monstruos de la vida real Peter Kurtin, el monstruo de Dusseldorf. Y... -Sacudió la capa de polvo de la última cubierta, revelando una figura espectral que se cernía amenazante sobre una damisela dormida- Varney el vampiro, o la fiesta de la sangre. Vaya, vaya... ¿lectura recomendada para convalecientes de ataques cardíacos?

Matt sonrió.

-Pobre Varney. Ése lo leí hace mucho tiempo, para preparar una clase mientras estaba en la universidad... Literatura del romanticismo. El profesor, cuya idea de lo fantástico arrancaba de Beowulf y llegaba hasta The Screwtape Letters, se escandalizó mucho. Me puso una nota y me recomendó que buscara una bibliografía más seria.

-Pero el caso de Peter Kurtin resulta bastante interesante, por repulsivo que sea -señaló el padre Callahan. -¿Conoce usted la historia?

-Sí, la mayor parte de ella. Me interesé por esas cosas cuando estudiaba teología. Mi excusa ante los profesores demasiado escépticos era que, para ser buen sacerdote, uno tenía que profundizar en los abismos de la naturaleza humana y no sólo aspirar a alcanzar sus cumbres. Pura palabrería, en realidad. Simplemente, un poco de terror me gustaba tanto

como a cualquiera. Creo que de muchacho, Kurtin asesinó a dos de sus compañeros de juego, llevándolos hasta una boya anclada en medio de un río, y después se dedicó a arrojarlos al agua hasta que se cansaron y se hundieron.

-Sí -confirmó Matt-. Y cuando era adolescente, en dos ocasiones trató de matar a los padres de una chica que se había negado a salir con él, y después prendió fuego a la casa. Pero no es ésa la parte de su... carrera, digamos, que me interesa.

-Imagino que no, a juzgar por lo que ha estado leyendo.

El padre Callahan cogió de la cama una revista que presentaba en la cubierta la imagen de una joven increíblemente bien dotada, que llevaba un vestido ajustado como un guante y le estaba chupando la sangre a un muchacho. La expresión de éste parecía una inquietante combinación de terror y lujuria. El nombre de la revista -y el de la muchacha, aparentemente- era Vampirella. Cada vez más intrigado, Callahan volvió a dejarla,

-Kurtin atacó y mató a más de una docena de mujeres -recordó-. A muchas otras las mutiló con un martillo. Y si era el momento correspondiente del mes, les bebía el flujo.

Matt Burke volvió a hacer un gesto de asentimiento.

-Lo que no es tan sabido -agregó- es que también mutilaba animales. En la época en que su obsesión era más intensa, les arrancó la cabeza a dos cisnes del parque central de Dusseldorf y se bebió la sangre que les brotaba del cuello.

-¿Todo esto tiene relación con el hecho de que usted quisiera verme? -preguntó Callahan-. La señora Curless me dijo que era por un asunto de extrema importancia.

-Sí, exactamente.

-¿De qué se trata, pues? Si su intención era intrigarme, lo ha conseguido.

Matt le miró.

-Un excelente amigo mío, Ben Mears, debía ponerse hoy en contacto con usted. Su ama de llaves me dijo que no había llamado.

-Así es. No he visto a nadie desde hoy a las dos de la tarde.

-Yo tampoco pude comunicarme con él. Salió del hospital en compañía de James Cody, mi médico. Tampoco he podido dar con él. Y lo mismo me sucedió con Susan Norton, la amiga de Ben. Salió esta tarde temprano, prometiendo a sus padres que estaría de vuelta a las seis, y no ha regresado aún, por lo que ellos están preocupados.

A Callahan le interesó el dato. En cierta ocasión había conocido a Bill Norton, que fue a consultarle sobre un problema referido a algunos colaboradores católicos.

-¿Sospecha algo?

-Permita que le haga una pregunta -pidió Matt-. Pero tómelo muy en serio, Y píenselo antes de contestar. ¿Últimamente ha notado algo fuera de lo común en el pueblo?

La primera impresión de Callahan, convertida ahora en certidumbre, había sido de encontrarse ante un hombre que procedía con extremo cuidado, procurando no asustarle con su preocupación. Ese amontonamiento de libros ya sugería algo bastante atroz.

-¿Que haya vampiros en Salem's Lot? -preguntó.

Estaba pensando que la aguda depresión que suele seguir a las enfermedades graves se podía evitar a veces si la persona afectada tema suficiente interés en la vida: un artista, un músico, un arquitecto cuya inquietud se centrara en un edificio a medio construir Ese interés también podía estar constituido por una psicosis inofensiva (o no tan inofensiva), incipiente antes de la enfermedad.

Una vez había hablado largo rato con un señor de edad, apellidado Horns, que estaba internado en el Centro Médico de Maine con un cáncer de intestino avanzado. Pese a que el dolor debía de ser intolerable, había estado conversando con Callahan, con minucioso y lúcido detalle, de las criaturas procedentes de Urano que estaban infiltrándose en todos los sectores de la vida norteamericana.

-Un día -le había dicho aquel locuaz esqueleto de ojos brillantes-, el tipo que le llena a uno el depósito de gasolina en el surtidor de Sonny es realmente Joe Blow, de Falmouth y al día siguiente es un habitante de Urano que tiene el mismo aspecto que Joe Blow. Hasta tiene los recuerdos y la manera de hablar de Joe Blow, porque los uranitas se alimentan de ondas alfa... ¡glup, glup, glup!

Harris afirmaba que él no tenía cáncer, sino que era un caso avanzado de envenenamiento por rayos láser. Los uranitas, alarmados porque él se había enterado de sus maquinaciones, habían decidido quitarle de en medio. Horris lo aceptaba, y estaba decidido a morir luchando. Callahan no intentó sacarle de su error. Que de eso se encargaran los bienintencionados y estúpidos parientes. La experiencia de Callahan era que la psicosis, lo mismo que una generosa medida de White Horse, podía ser enormemente beneficiosa.

Por eso, ahora se limitó a cruzar las manos, en espera de que Matt siguiera hablando.

-Ya así resulta bastante difícil seguir -dijo éste-. Pero lo será aún más si usted piensa que la enfermedad me ha enloquecido.

Sobresaltado al oír expresar los mismos pensamientos que acababan de pasarle por la cabeza. Callahan consiguió con dificultad conservar su rostro impasible, aunque la emoción que se habría reflejado en él no habría sido la inquietud, sino la admiración.

-Por el contrario -negó-, me parece usted completamente lúcido.

Matt suspiró.

-La lucidez no presupone cordura, y usted bien lo sabe. -Se removió en la cama, mientras volvía a acomodar los libros-. Si es que hay un Dios, debe 'estar imponiéndome una penitencia por una vida de cuidadoso academicismo, de negativa a pisar ningún terreno que no estuviera ya minuciosamente comentado e interpretado. Ahora, por segunda vez en el mismo día, me veo obligado a hacer la más desatinada de las declaraciones sin la menor prueba que la respalde. Lo único que puedo decir en defensa de mi propia cordura es que mis afirmaciones se pueden demostrar o descartar sin demasiada dificultad, y que espero que me tome usted con la seriedad suficiente para ponerlas a prueba antes de que sea demasiado tarde. Antes de que sea demasiado tarde-repitió con una risita-. Suena como algo sacado de alguna revista sensacionalista de los años treinta, ¿no?

-La vida está llena de melodrama -le recordó Callahan, aunque pensaba que, de ser así, a él le había tocado ver muy poco de eso últimamente.

. -Quisiera preguntarle de nuevo si ha notado usted algo... cualquier cosa peculiar o extraordinaria durante este fin de semana.

-Relacionada con vampiros o...

-Relacionada con cualquier cosa.

.Callahan lo pensó.

-El vertedero está cerrado -dijo por fin-. Pero como el portón estaba roto, entré con mi coche -sonrió-.En realidad, me gusta llevar mis desperdicios al vertedero. Es algo tan práctico y humilde que puedo dar total cauce a mis fantasías de un proletariado pobre pero feliz. Y Dud Rogers no aparecía por ninguna parte.

-¿ Algo más?

-Bueno... esta mañana, los Crockett no fueron a misa, y es rarísimo que la señora Crockett falte.

-¿Qué más?

-Está la pobre señora Glick, claro...

Matt se enderezó, apoyándose en un codo.

-¿Qué pasa con la señora Glick?

-Ha muerto.

-¿Deque?

-Pauline Dickens pensaba que de un ataque al corazón -respondió Callahan con tono vacilante.

-¿ Ha muerto alguien más hoy en Solar? -Normalmente, la pregunta habría sido una tornería. En un pueblo pequeño como Salem's Lot, ya pesar de la elevada proporción de ancianos en la población, las muertes son en general poco frecuentes.

-No -dijo Callahan-. Pero en los últimos tiempos la tasa de mortalidad se ha elevado, ¿no le parece? Mike Ryerson... Floyd Tibbits... el bebé de los McDougall.

Matt asintió con un gesto fatigado.

-Es raro-dijo después-. Sí. Pero las cosas están llegando al punto en que ellos podrán encubrirse unos a otros. Con unas pocas noches, me temo que... me temo...

-Dejémonos de andar por las ramas -sugirió Callahan.

-De acuerdo. Ya hemos andado bastante por las ramas, ¿no es eso?

Y Matt empezó a contar su historia desde el comienzo, agregándole los aportes de Susan y de Jimmy, sin reservarse nada. En el momento en que terminó, el horror de esa noche ya había acabado para Ben y para Jimmy. Para Susan Norton, apenas si había comenzado.

2

Cuando hubo terminado, Matt guardó un momento de silencio.

-Bien. ¿Estoy loco? -preguntó después.

-Por lo menos, está decidido a que la gente lo piense -señaló Callahan-, pese al hecho de que, al parecer, ha convencido usted al señor Mears y a su propio médico. No, no creo que esté usted loco. Después de todo, mi profesión consiste en hacer frente a lo sobrenatural. Si me atreviera a hacer un pequeño chiste, diría que es mi pan de cada día.

-Pero...

-Voy a contarle algo. No respondo de la verdad del relato, pero sí doy fe de mi convicción en que es verdad. Tiene que ver con un excelente amigo, el padre Raymond Bisonnette, que desde hace unos años está a cargo de una parroquia en Cornualles. Hace cinco años me escribió para contarme que lo habían llamado a un remoto rincón de la parroquia para celebrar el funeral de una muchacha que acababa de «consumirse». El ataúd de la chica estaba lleno de rosas silvestres, lo que a Ray le pareció extraño. Pero lo que le pareció sencillamente grotesco fue que le hubieran mantenido la boca abierta con un palo y se la hubieran llenado de ajo y tomillo silvestre.

-Pero eso es...

-Parte del ritual tradicional para que los muertos vivientes no se levanten, exacto. Remedios folclóricos. A la pregunta de Ray, el padre de la chica contestó con toda naturalidad que la había matado un íncubo. ¿Sabe usted lo que es?

-Un vampiro sexual.

-La chica había estado prometida para casarse con un muchacho llamado Bannock, que tenía en un lado del cuello una gran marca de nacimiento de color fresa. Dos semanas antes de la boda, cuando volvía del trabajo a su casa, un coche le atropello y lo mató. Dos años más tarde, la muchacha se comprometió con otro hombre. De forma inesperada, rompió el compromiso la semana antes de que se leyeran por segunda vez las amonestaciones. Contó a sus padres y a sus amigos que John Bannock había ido a visitarla durante varias noches, y que ella se había acostado con él. Según contaba Ray, al segundo novio le inquietaba más la idea de que su prometida pudiera sufrir algún desequilibrio

mental que la posibilidad de las visitas demoníacas. Sea como fuere, la muchacha se consumió, murió, y fue enterrada con el ceremonial habitual de la Iglesia.

»Pero el motivo de la carta de Ray no era ese. La razón fue algo que ocurrió un par de meses después del entierro de la muchacha. Una vez que había salido a caminar, por la mañana temprano, Ray vio a un joven de pie junto a la tumba de la muchacha, y ese joven tenía en el cuello una marca de nacimiento del color de las fresas. Tampoco acaba ahí la historia. Para la Navidad anterior, sus padres habían regalado a Ray una cámara Polaroid, con la que él se entretenía tomando instantáneas de la comarca de Cornualles. Yo he visto algunas en el álbum que guarda en la rectoría, y son bastante buenas. Como esa mañana había salido con la cámara, tomó varias instantáneas del muchacho y, cuando las mostró en el pueblo, la reacción que provocó fue pasmosa. Una anciana cayó desmayada, y la madre de la muchacha muerta se puso a rezar en plena calle. Pero a la mañana siguiente, cuando Ray se levantó, la figura del muchacho se había borrado completamente de las fotografías, y lo único que quedaba eran unas cuantas vistas del cementerio del pueblo.

-¿ Y cree usted eso? -preguntó Matt.

-Claro que sí. Y sospecho que la mayoría de la gente lo creería. Las personas no tienen tantos recelos ante lo sobrenatural como les gusta creer a los novelistas. La mayoría de los escritores que se ocupan de ese tema, en realidad, son más escépticos respecto de los espíritus, los demonios y los espantajos de lo que suele serlo el hombre de la calle. Lovecraft era ateo. Edgar Allan Poe, un trascendentalista bastante ignorante. Y la religión de Hawthorne no era más que convencional.

-Tiene usted un notable conocimiento del tema comentó Matt.

El sacerdote se encogió de hombros.

-De muchacho me interesé por lo oculto y lo extravagante -evocó-, y de mayor mi vocación por el sacerdocio fomentó ese interés más que disminuirlo. -Dejó escapar un profundo suspiro-. Pero últimamente he empezado a plantearme interrogantes muy arduos respecto a la naturaleza del mal en el mundo... y eso ha estropeado bastante la diversión -concluyó con una sonrisa agria.

-Entonces... ¿investigaría usted algo si yo se lo pidiera? ¿Y no tendría inconveniente en llevar una hostia y un poco de agua bendita?

-Ahora empieza usted a pisar un resbaladizo terreno teológico -señaló Callahan con seriedad.

-¿Por qué?

-A estas alturas ya no voy a decirle que no -le aseguró Callahan-. Y debo afirmar que, si se hubiera dirigido usted a un sacerdote más joven, probablemente le habría dicho que sí sin ningún escrúpulo de conciencia. -Sonrió con amargura-. Para ellos, los objetos de la Iglesia son más simbólicos que prácticos. Tal vez un sacerdote joven concluiría que usted está chiflado, pero si con echarle un poco de agua bendita se alivia su chifladura, pues adelante. Yo no puedo actuar así. Si yo me aviniera a investigar lo que usted me pide con un pulcro traje de tweed y sin llevar bajo el brazo nada más que un ejemplar del Manual del perfecto exorcista o algo parecido, eso quedaría entre usted y yo. Pero si voy con la hostia... entonces voy como representante de la Iglesia católica y dispuesto a ejecutar lo que considero los ritos más espirituales de nuestros servicios. Voy como el representante de Cristo sobre la Tierra. -Miró a Matt con solemne gravedad-. Es posible que yo sea un pobre ejemplo de sacerdocio por lo menos eso pienso a veces, un poco desalentado, un poco cínico, e incluso últimamente he sufrido una crisis de ¿digamos fe?,

¿o identidad...? De todas maneras, sigo creyendo lo suficiente en los poderes místicos y deificantes de la Iglesia que me respalda, como para que me haga temblar un poco la idea de aceptar su petición a la ligera. La Iglesia es algo más que un montón de ideales, como parecen creer los jóvenes. Es algo más que un regimiento de boy scouts espirituales. La

Iglesia es una fuerza... y poner en movimiento una fuerza no es cosa de broma. Frunció el entrecejo mientras miraba a Matt-. ¿Lo comprende? Que usted entienda esto es de importancia vital. -Sí, lo entiendo.

-Fíjese que el concepto general del mal en la Iglesia católica ha sufrido un cambio radical durante este siglo. ¿Sabe cuál fue la causa?

-Freud, imagino.

-Exactamente. A medida que nos adentrábamos en el siglo veinte, la Iglesia empezó a tener que vérselas con una idea nueva: la del mal con m minúscula. Con un diablo que no era un monstruo rojo con cuernos, cola bifurcada y pezuñas hendidas, ni una serpiente que se deslizaba por el jardín... por más adecuada psicológicamente que sea la imagen. El diablo, de acuerdo con el evangelio, según Freud, sería algo neutro, el subconsciente de todos nosotros.

-Sin duda -objetó Matt- la idea es mejor que la de los espantajos o demonios con cola y con las narices tan sensibles que para ahuyentarlos basta un buen pedo de un clérigo estreñido.

-Estupenda, sí. Pero impersonal, despiadada, intocable. Ahuyentar al diablo de Freud es tan imposible como el problema de Shylock: cortar una libra de carne sin derramar una gota de sangre. La Iglesia se ha visto obligada a replantearse todo su enfoque del mal... por los bombardeos sobre Camboya, por las guerras en Irlanda y en Oriente Medio, por los asesinatos de policías y los tumultos en los guetos, por los millones de pequeños males que todos los días se vuelcan sobre el mundo como una plaga de mosquitos. Y el proceso en que se encuentra ahora es el de despojarse del viejo pellejo de médico-brujo para renacer como un organismo socialmente activo y movido por la conciencia social.

Los centros de orientación psicológica de las grandes ciudades predominan sobre el confesionario. La comunión hace de segundo violín al movimiento por los derechos civiles y por la renovación urbanística. La Iglesia ha estado ocupada en la tarea de apoyar ambos pies en este mundo.

-Donde no hay brujas, ni íncubos, ni vampiros -completó Matt-, sino niños maltratados, incestos y contaminación del medio ambiente. -Sí.

-Y a usted le enferma eso, ¿no es verdad? -preguntó Matt. -Sí -respondió Callahan sin alzar la voz-. Me parece una abominación. Es la forma que tiene la Iglesia católica de decir que Dios no ha muerto, que sólo está un poco senil. Y creo que ésta es mi respuesta. Bien, ¿qué quiere que haga? Matt se lo explicó.

-¿Se da cuenta de que va en contra de todo lo que acabo de decirle? -preguntó Callahan, después de pensarlo.

-Al contrario, creo que es la oportunidad que tiene usted de poner a prueba su Iglesia... la suya.

-Está bien, acepto. -Callahan hizo una profunda inspiración-. Pero con una condición...

-Que todos los que vamos a participar en esa pequeña expedición vayamos primero a la tienda que ha puesto ese señor Straker. Que el señor Mears se encargue de hablarle francamente del asunto, en nombre de todos. Que todos tengamos la oportunidad de observar sus reacciones y, finalmente, que él pueda tener oportunidad de reírsenos en la cara. Matt frunció el entrecejo. -Eso sería prevenirle.

Callahan hizo un gesto de negación con la cabeza. -Creo que la prevención no serviría de nada si nosotros tres (me refiero al señor Mears, el doctor Cody y yo) estamos de acuerdo en que, independientemente de eso, hay que seguir adelante.

-Está bien -convino Matt-. Aceptado, siempre que Ben y Jimmy Cody estén de acuerdo.

-Perfecto -suspiró Callahan-. ¿Se ofenderá usted si le digo que sigo teniendo la esperanza de que todo esto no sean más que ideas suyas? ¿Y de que Straker se nos ría en la cara, y con fundadas razones?

-No, no me ofenderé.

-Pues realmente lo espero. He accedido a más de lo que usted se imagina, y me da miedo.

-A mí también me da miedo -le recordó Matt.

3

Sin embargo, mientras volvía a pie a St. Andrew, el padre Callahan no sentía miedo alguno. Se sentía eufórico, renovado. Por primera vez desde hacía años, estaba sobrio y no echaba en falta un trago.

Volvió a la casa parroquial, cogió el teléfono y marcó el número de la pensión de Eva Miller.

-¿Señora Miller? ¿Puedo hablar con el señor Mears...? Ah no esta. Si, ya veo... No, ningún mensaje. Volveré a llamar mañana. Gracias.

Colgó y se acercó a la ventana.

¿Estaría Mears por ahí, bebiendo cerveza en alguna taberna de los alrededores, o sería posible que todo lo que le había contado el anciano maestro fuera verdad?

Porque entonces... entonces...

Callahan no podía quedarse en casa. Salió al porche del fondo a respirar el aire vivificante y acerado de octubre, mientras miraba hacia la oscuridad. Tal vez en definitiva no fuera todo cuestión de Freud. Tal vez buena parte de eso se debiera a la invención de la luz eléctrica, que había matado las sombras de la mente del hombre de manera más eficaz que una estaca clavada en el corazón de un vampiro... y menos cruenta también.

El mal seguía existiendo, pero ahora en el resplandor innoble y duro de las luces fluorescentes en los aparcamientos, de los tubos de neón, de los millones y millones de bombillas de cien watios. Los generales planeaban la estrategia de sus ataques aéreos bajo el resplandor racional de la corriente alterna. «No hice más que obedecer órdenes.» Sí, eso era la verdad, la verdad patente. Todos éramos soldados y nos limitábamos a cumplir órdenes. Pero las órdenes, en última instancia, ¿de quién venían? «Quiero hablar con su jefe.» Pero ¿dónde está su despacho? «No hice más que obedecer órdenes. El pueblo me eligió.» Pero ¿al pueblo quién lo eligió?

Algo aleteó por encima de su cabeza y Callahan levantó la vista, arrancado de su confusa ensoñación por el sobresalto. ¿Un pájaro? ¿Un murciélago? Ya se había ido. Qué importaba.

Escuchó los ruidos del pueblo, sin percibir nada más que el gemido de los cables del teléfono.

«De noche, cuando el kudzul invade tus campos, duermes como los muertos.»

La exaltación se había desvanecido como un triste eco del orgullo. Como un golpe, el terror le tocó el corazón. No era terror por su vida ni por su honor ni porque su ama de llaves llegara a descubrir que él bebía. Era un terror que jamás había imaginado, ni siquiera en los días más torturados de su adolescencia.

Callahan sentía terror por su alma inmortal.

TERCERA PARTE
LA ALDEA ABANDONADA

Oí una voz, que de muy hondo llamaba:
Ven a unirte conmigo, nena, en mi sueño sin fin.

Viejo rock and roll

Y los viajeros que ahora atraviesan el valle ven por las ventanas iluminadas de rojo vagas formas que danzan al ritmo fantástico de una melodía discordante; mientras, como el torrente espectral de un río, por la pálida puerta, abominable, una multitud se precipita eternamente riendo..., pero sin jamás sonreír.

EDGAR ALLAN POE
The Haunted Palace

CATORCE

SOLAR (IV)

1

Del Almanaque del Granjero:

Domingo 5 de octubre de 1975, el sol se pone a las 19,02 h. Lunes 6 de octubre de 1975, el sol sale a las 6.49 h.

El período de oscuridad en Salem's Lot durante esa particular rotación de la Tierra, trece días después del equinoccio, duró 11 horas y 47 minutos. Había luna nueva. El refrán que daba para el día el Almanaque del Granjero rezaba: «Luz amortiguada, cosecha terminada.»

De la estación meteorológica de Portland:

La temperatura máxima para el período de oscuridad fue de 15°, registrada a las 19.05 h. La mínima fue de 8°, registrada a las 4.06 h. Nubosidad escasa, precipitaciones nulas. Vientos del sector noroeste con una velocidad de 8 a 15 kilómetros por hora.

Del borrador de anotaciones de la policía del condado de Cumberland:

Nada.

2

Nadie declaró que Salem's Lot estaba muerto en la mañana del 6 de octubre; nadie sabía que lo estuviera. Como los cadáveres de los días anteriores, el pueblo mantenía toda la apariencia de la vida.

Ruthie Crockett, que había pasado el fin de semana en cama, pálida y enferma, desapareció el lunes por la mañana. Nadie la echó en falta. Su madre estaba en el sótano, tendida tras los estantes donde guardaban las conservas, cubierta por un trozo de lona encerada, y Larry Crockett -que por cierto despertó muy tarde- supuso simplemente que su hija se había ido a la escuela. Decidió que ese día no iría a la oficina. Se sentía débil, desganado y con la cabeza vacía. Gripe o algo parecido. La luz le hacía daño en los ojos. Se levantó a bajar las cortinas, y emitió un gemido cuando la luz del sol le dio de lleno en el brazo. Algún día, cuando se sintiera mejor, tendría que hacer cambiar ese cristal. Uno volvía a su casa en un día de sol y se la encontraba ardiendo como un tizón, y los de la compañía de seguros decían que era combustión espontánea y se negaban a pagar un centavo. Ya se ocuparía de eso cuando estuviera mejor. Pensó en tomarse un café y se le revolvió el estómago. Se preguntó vagamente dónde estaría su mujer y después se olvidó del asunto. Se volvió a acostar, pasándose el dedo por una pequeña herida en el cuello que debía de haberse hecho al afeitarse, se cubrió con la sábana hasta las pálidas mejillas y se quedó otra vez dormido.

Su hija, entretanto, dormía en la esmaltada oscuridad de un congelador abandonado, junto a Dud Rogers, y en el mundo nocturno de su nueva existencia, encontraba que sus caricias entre las montañas de desperdicios le parecían muy aceptables.

Loretta Starcher, la bibliotecaria del pueblo, también había desaparecido, pero en su solitaria vida de solterona nadie la echaba de menos. Residía ahora en el oscuro y mohoso tercer piso de la biblioteca pública de Salem's Lot. El tercer piso estaba siempre bajo llave (ella tenía la única llave, que llevaba siempre en una cadena colgada al cuello).

Ahora ella misma descansaba allí, como una primera edición un poco diferente, tan fresca como cuando acababa de llegar al mundo. Su encuadernación, por así decirlo, jamás había sido abierta.

También la desaparición de Virgil Rathbun pasó inadvertida. Franklin Boddin se despertó a las nueve, en la cabaña que ambos ocupaban, advirtió vagamente que el jergón de Virgil estaba vacío, no sacó de ello conclusión alguna y procuró salir de la cama a ver si encontraba una cerveza, pero se cayó de espaldas. Las piernas le parecían de goma y la cabeza le daba vueltas.

Cristo, pensó mientras volvía a sumirse en el sueño, ¿qué nos darían anoche?

Mientras tanto, debajo de la choza, entre el frescor de las hojas caídas acumuladas durante veinte otoños y en medio de una montaña de latas de cerveza enmohecidas, arrojadas entre las tablas boquiabiertas del suelo de la habitación de delante, estaba tendido Virgil, a la espera de la noche. En la oscura arcilla de su cerebro se removían quizá visiones de un líquido más embriagador que el mejor whisky, más agradable que el vino más añejo.

Durante el desayuno Eva Miller echó de menos a Weasel Craig» pero no le dio importancia. Estaba demasiado ocupada en vigilar la cocina mientras sus huéspedes daban cuenta del desayuno y después se retiraban, vacilantes, a enfrentar una semana más de trabajo. Después estuvo demasiado ocupada en volver a ordenar todo y en lavar los platos de ese condenado de Grover Verrill, y del inútil de Mickey Sylvester, que invariablemente hacían caso omiso del cartel que desde hacía años rogaba, pegado encima del fregadero: «Por favor, lave su plato.»

Pero/a medida que «1 silencio iba infiltrándose de nuevo en el día, y que el trajín frenético del desayuno se diluía en la rutina de las cosas que hacer, Eva volvió a echarlo de menos. El lunes era el día que recogían la basura en Railroad Street, y siempre era Weasel

el que sacaba las grandes bolsas verdes de plástico hasta el borde de la acera, para que Royal Snow las recogiera en su destartalado camión International Hámster. Hoy, las bolsas verdes estaban todavía en los escalones del fondo.

Eva subió hasta la habitación de él y llamó suavemente.

-¿Ed?

No hubo respuesta. Cualquier otro día, la viuda habría supuesto que estaba borracho y se habría limitado a sacar ella misma las bolsas. Pero esa mañana sintió que en su interior se removía una débil inquietud, de modo que abrió la puerta y asomó la cabeza.

-¿Ed? -repitió en voz baja.

El cuarto estaba vacío. La ventana próxima a la cabecera de la cama estaba abierta, y las cortinas flotaban perezosamente al suave impulso de la brisa. La cama estaba deshecha, y Eva volvió a hacerla sin pensarlo, dejando simplemente que sus manos hicieran su trabajo. Al dar la vuelta hacia el otro lado, algo crujió bajo su pie. Cuando miró, vio que era el espejo de marco de carey de Weasel, hecho pedazos en e) suelo. Lo levantó y se quedó mirándolo con ceño. El espejo había pertenecido a la madre de Weasel, y en una ocasión él había declinado los diez dólares que le ofreció un anticuario. Pero eso había sido antes de que empezara a beber.

Eva buscó la papelera en el armario del pasillo y recogió los restos con gestos lentos y pensativos. Sabía que Weasel no se había acostado ebrio la noche anterior, y después de las nueve no había donde pudiera comprar cerveza, a no ser que alguien le hubiera llevado en coche hasta el bar de Dell o a Cumberland.

Arrojó los trocitos del espejo en la papelera de Weasel, y durante un momento se vio deshecha en mil reflejos. Miró en la papelera, pero ahí no había ninguna botella vacía. Y de todas maneras, el estilo de Ed Craig no era beber a escondidas.

Bueno, ya volverá, se dijo.

Pero mientras bajaba por la escalera, la inquietud no la abandonó. Aunque no lo admitiera conscientemente, Eva sabía que sus sentimientos hacia Weasel eran más profundos que una preocupación amistosa.

-¿Señora?

Sobresaltada, vio al extraño que estaba en la cocina. Era un muchacho que llevaba pantalones de pana y una pulcra camiseta azul. Parece que se haya caído de la bicicleta, pensó. El chico le pareció conocido, pero no conseguía identificarlo. Probablemente fuera de alguna de las familias nuevas que se habían instalado en Jointner Avenue.

-¿Ben Mears vive aquí?

Eva estuvo a punto de preguntarle por qué no estaba en el instituto, pero no lo hizo. Su expresión era muy seria, e incluso grave. Bajo los ojos se le veían sombras azules. -Está durmiendo. -¿Puedo esperarlo?

Desde la funeraria de Green, Homer McCaslin había ido directamente a la casa de los Norton en Brock Street. Cuando llegó allí eran las once. La señora Norton estaba llorando, y aunque Bill Norton parecía tranquilo, estaba fumando un cigarrillo tras otro y su expresión era tensa.

McCaslin prometió que transmitiría telegráficamente una descripción cíe la chica. Sí, los llamaría tan pronto como supiera algo. Claro que averiguaría en los hospitales de la zona, ése era el procedimiento de rutina, y también llamaría al depósito de cadáveres. En su fuero interno pensaba que la chica debía de haberse escapado de casa tras alguna discusión. Susan había estado hablando de marcharse.

Así y todo, recorrió algunos de los caminos apartados, mientras oía las descargas de la radio. Pocos minutos después de medianoche, cuando volvía por Brooks Road hacia el pueblo, las luces del coche chocaron con algo que devolvió un brillo metálico: un coche aparcado en el bosque.

El sheriff se detuvo, retrocedió y bajó. El coche estaba aparcado en una vieja senda abandonada del bosque. Un Chevy Vega, marrón claro, de dos años. Sacó su gruesa agenda, la recorrió hasta dejar atrás la entrevista con Ben y Jimmy, e iluminó con su linterna el número de matrícula que le había dado la señora Norton» Sí, coincidía. Era el coche de la chica. Ahora la cosa parecía más grave. Apoyó la mano sobre el capó del motor: estaba frío -¿Sheriff?

Una voz leve, alegre como un campanilleo. ¿Por qué de pronto su mano había saltado a la culata del revólver?

Al darse la vuelta vio a la hija de los Norton, increíblemente hermosa, que se le acercaba de la mano de un hombre joven, cuyo pelo negro estaba anticuadamente peinado hacia atrás, descubriéndole la frente. McCaslin le dirigió el haz de la linterna a la cara y tuvo la extraña impresión de que la luz brillaba a través de él, sin iluminarle. Y aunque venían caminando, no dejaban huella alguna en la tierra 6/anda. Sintió miedo y prevención, y su mano se tensó sobre el revólver. McCaslin apagó la linterna y esperó.

-Sheriff -dijo Susan en voz baja, acariciante.

-Qué amable que viniera -agregó su acompañante.

Los dos se abalanzaron sobre él.

Ahora, el coche patrulla estaba aparcado donde terminaba Deep Cut Road, y apenas si algún destello de cromo se distinguía entre los brotes de juníperos, heléchos y enredaderas. McCaslin estaba doblado en dos en el maletero. La radio le llamaba a intervalos.

Esa misma mañana, más tarde, Susan hizo una breve visita a su madre, pero sin dañarla mucho; como una sanguijuela que acaba de sacar buen partido de un nadador lento, estaba satisfecha. Pero de todas maneras la habían invitado a entrar, y ahora podía moverse a su antojó. Ya volvería a tener hambre esa noche y todas las noches.

Esa misma madrugada poco después de las cinco, con la cara cincelada por la furia en una máscara sardónica. Charles Griffin había despertado a su mujer. Fuera, las vacas sin ordeñar mugían lastimosamente con las ubres llenas.

-Estos malditos muchachos se han escapado -fueron las palabras con que resumió la situación.

Pero no era así. Danny Glick se había encontrado con Jack Griffin y se había saciado a expensas de él, tras lo cual Jack había ido al cuarto de su hermano Hal a poner término de una vez a su preocupación por los libros, la escuela y los padres inflexibles. Ahora los dos descansaban en el centro de una enorme pila de heno en lo alto del granero, con el pelo lleno de paja, mientras un polen dorado se les metía en las narices oscuras e inmóviles. Algún que otro ratón les corría por la cara.

Ahora que la luz se derramaba por la comarca, todo lo malo dormía. Iba a ser un hermoso día otoñal, fresco y transparente, lleno de sol. En general, la gente del pueblo (que no sabía que estaba muerto) se iría a su trabajo sin sospechar lo sucedido durante la noche. Según ti Almanaque del Granjero, el lunes el sol se ocultaría a las siete en punto.

Los días se acortaban, acercándose deprisa a la fiesta de Todos los Santos, y después hacia el invierno.

3

Cuando Ben bajó las escaleras a las nueve menos cuarto, Eva Miller le advirtió desde el fregadero:

-Hay alguien esperándole en el porche.

Él hizo un gesto de asentimiento y se dirigió a la puerta del fondo, en pantuflas, esperando ver a Susan o al sheriff McCaslin. pero el visitante era un muchachito menudo y delgado que estaba sentado en el escalón superior del porche, mirando hacia el pueblo, que iba recuperando lentamente su vitalidad de los lunes por la mañana.

-Hola -le saludó Ben, y el chico se dio la vuelta rápidamente.

Los dos se miraron por un momento, pero que para Ben pareció alargarse de una manera extraña, mientras le invadía una sensación de irrealidad. El muchacho le recordaba físicamente al chiquillo que él mismo había sido, pero había algo más. Tuvo la sensación de un peso en la nuca, como si de alguna manera percibiera que la reunión de sus vidas era algo mas que casual. Fue algo que le recordó el día que se: había encontrado con Susan en el parque, y cómo la superficial conversación entre dos personas que acababan de conocerse le había parecido extrañamente densa y cargada de presagios.

Tal vez el chico sintiera algo parecido, porque sus ojos se abrieron un poco más, mientras su manó se tendía hacia la baranda del porche, como si buscara apoyo,

-Usted es el señor Mears -dijo, y no era una pregunta. -Si, Pero me temo que tú me llevas ventaja.

-Yo me llamo Mark Petrie-dijo el muchacho-. Y tengo malas noticias para usted.

Seguro que las tienes, pensó acongojado B«v y trató de acorazarse para lo que pudiera ser, pero cuando el chico habló la sorpresa fue total, devastadora.

-Susan Norton es uno de ellos -dijo-. Barlow la sometió en la casa. Pero yo maté a Straker, al menos eso creo.

Ben se quedó sin habla.

Sin esfuerzo, el chico se hizo cargo de la situación.

-Tal vez pudiéramos dar una vuelta en su coche mientras hablamos. No quisiera que nadie me viera por ahí. A estas horas debería estar en el instituto, y además ya tengo problemas con mis padres.

Ben dijo algo, sin saber bien qué. Después del accidente de motocicleta que costó la vida a Miranda, se había levantado del pavimento aturdido, pero ileso, y el camionero había venido hacia él, proyectando una doble sombra bajo la luz de los focos de la carretera y de los del camión. Era un hombre grande y calvo que llevaba un bolígrafo en el bolsillo del pecho de su camisa blanca, y en el bolígrafo se leía en letras doradas «Frank's Mobil Sta» y lo demás no se veía porque lo ocultaba el bolsillo, pero Ben adivinó que las últimas letras eran «ñon», elemental, mi querido Watson, elemental. El camionero le había dicho algo, Ben no recordaba qué, y después lo había cogido suavemente del brazo, procurando apartarlo de allí. Pero Ben estaba mirando uno de los mocasines de Miranda, caído junto a las enormes ruedas traseras del camión de mudanzas y, soltándose de la mano del camionero, había empezado a andar hacia allí y el hombre había dado dos pasos detrás de él y le había dicho: «Yo de usted no lo haría.» Y Ben lo había mirado estúpidamente, ileso a no ser por un pequeño rasguño en la mano izquierda, sin poder decirle al camionero que cinco minutos antes eso no había sucedido, sin poder decirle que en algún mundo paralelo él y Miranda habían doblado a la izquierda en la esquina anterior y seguían avanzando hacia un futuro totalmente diferente. Una pequeña multitud iba reuniéndose, procedente de un bar que había en una esquina y de una lechería en la esquina de enfrente. Y entonces había empezado a sentir lo mismo que sentía ahora: esa tremenda, espantosa interacción de lo mental y lo físico que es el comienzo de la aceptación y cuya única contrapartida es la violencia. Parece que el estómago descendiera; Los labios se entumecen. En el paladar se forma una especie de espuma. Un sonido como de timbre retumba en los oídos. La piel de los testículos hormiguea y se tensa. La mente, como si se apartara, como si desviara los ojos ante una luz demasiado intensa. Por segunda vez, Ben se había soltado de las manos del bienintencionado camionero y había ido hacia el zapato.

Lo levantó. Le dio vueltas. Metió una mano dentro y sintió que conservaba todavía el calor del pie. Con el zapato en la mano, había dado dos pasos más y había visto asomar las piernas de Miranda por debajo de las ruedas delanteras del camión, con los téjanos amarillos que tan alegre y despreocupadamente se había puesto para salir del apartamento. Era imposible creer que la muchacha que se había enfundado esos pantalones estuviera muerta y, sin embargo, Ben sentía que la aceptación del hecho estaba ahí, la sentía ya en el vientre, en la boca, en los testículos. Y había lanzado un grito, y en ese momento el periodista le había fotografiado, para la colección de recortes de Mabel. Un zapato puesto, el otro no. La gente mirando ese pie desnudo como si jamás hubiera visto uno. Ben se había apartado un par de pasos, doblándose en dos.

-Voy a vomitar.

-Claro.

Se fue detrás del Citroen, doblado en dos, aferrándose al picaporte. Cerró los ojos, sintió que la oscuridad se vertía sobre él y en la oscuridad apareció el rostro de Susan, que le sonreía, mirándole con sus ojos adorables, profundos. Volvió a abrir los ojos y se le ocurrió que tal vez el chico estuviera mintiendo o estuviera confundido, o fuera un psicópata. Pero la idea no le dio esperanza alguna. Ese chico no era así. Se volvió para mirarle y en su rostro sólo había inquietud, nada más.

-Vamos-le dijo.

Mark subió al coche y arrancaron. Desde la ventana de la cocina, con el entrecejo fruncido, Eva Miller los vio partir. Algo malo había pasado, Eva lo sentía. Estaba llena de eso, de la misma manera que había estado llena de un terror oscuro el día que murió su marido.

Se levantó para telefonear a Loretta Starcher. El teléfono sonó y sonó sin que nadie lo cogiera. ¿Dónde podría estar? En la biblioteca no, sin duda. Los lunes estaba cerrada.

Se quedó inmóvil, mirando pensativamente el teléfono. Tenía la sensación de un gran desastre, tal vez algo tan espantoso como el incendio de 1951.

Finalmente volvió a tomar el teléfono y llamó a Mabel Werts, que estaba al tanto de los últimos comentarios, y deseosa de saber más. Hacía años que no había un fin de semana así en el pueblo.

4

Ben condujo el Citroen sin rumbo mientras Mark le contaba su historia. Fue un buen relato, iniciado la noche en que Danny Glick había llamado a su ventana, para terminar con la visita nocturna de esa madrugada.

-¿Estás seguro de que era Susan? -preguntó Ben.

Mark Petrie asintió con un gesto.

Ben dio un brusco giro de ciento ochenta grados y volvió a acelerar por Jointner Avenue.

-¿Adonde vas? ¿A...?

-No, ahí no. Todavía no.

5

-Espera. Detengámonos.

Ben paró el Citroen y los dos bajaron. Habían recorrido lentamente Brooks Road, por la parte inferior de la colina donde se elevaba la casa de los Marsten. La senda del bosque donde Homer McCaslin había encontrado el Vega de Susan. Los dos habían distinguido el brillo del sol sobre algo metálico y juntos recorrieron la senda abandonada, sin hablar. Había huellas de ruedas, profundas y polvorientas, y el césped crecía entre ellas. Por alguna parte gorjeaba un pájaro.

No tardaron en encontrar el coche;

Ben vaciló un momento y se detuvo. Se sentía descompuesto de nuevo y tenía los brazos cubiertos de un sudor frío.

-Acércate tú-pidió.

Mark se acercó al automóvil y miró por la ventanilla del conductor.

-Las llaves están puestas -dijo.

Cuando Ben echó a andar hacia el coche tropezó con algo; Al mirar, vio un revólver calibre 38 caído en el suelo. Lo levantó para observarlo. Tenía todo el aspecto de un revólver de la policía.

-¿De quién será? -preguntó Mark, mientras se acercaba con las llaves de Susan en la mano.

-No lo sé. -Ben comprobó que el seguro estaba puesto y después se guardó el arma en el bolsillo.

Mark le ofreció las llaves y Ben se dirigió hacia el Vega, con la sensación de que todo era un sueño. Le temblaban las manos, y tuvo que intentarlo dos veces antes de conseguir meter la llave en la cerradura del maletero. La hizo girar y levantó la tapa, sin permitir a su mente pensamiento alguno.

Los dos miraron al mismo tiempo. En el maletero había una rueda de recambio, un gato y nada más. Ben suspiró.

-¿Y ahora? -preguntó Mark.

Por un momento Ben no contestó. Sólo habló cuando se sintió capaz de controlar la voz.

-Vamos a ver a un amigo mío que está en el hospital. Se llama Matt Burke, y ha estado estudiando el asunto de los vampiros.

En los ojos del chico seguía habiendo ansiedad.

-¿Entonces me crees?

-Sí -dijo Ben, y al pronunciar la palabra fue como confirmarla y darle peso. Imposible retirarla ahora-. Sí, te creo.

-El señor Burke es profesor del instituto, ¿no? ¿Y está al tanto de esto?

-Sí, y su médico también.

-¿El doctor Cody?

-Sí.

Los dos seguían mirando el coche mientras hablaban, como si fuera una reliquia de alguna civilización extinguida que acabaran de descubrir en el bosque soleado, al oeste del pueblo. El maletero abierto bostezaba como una boca, y Ben lo cerró de golpe. El sordo ruido de la cerradura le resonó en el corazón.

-Y después de hablar -continuó- iremos a la casa de los Marsten para arreglar cuentas con el que ha hecho esto.

Mark le miró.

-Tal vez no sea tan fácil como piensas. Ella también está allí, y ahora le pertenece.

-Llegará el momento en que desee no haber visto jamás este pueblo -dijo Ben en voz baja-. Vamos.

6

Cuando llegaron al hospital, a las nueve y media, Jimmy Cody estaba en la habitación de Matt. Miró a Ben y después sus ojos se dirigieron con curiosidad hacia Mark Petrie.

-Tengo malas noticias Ben. Sue Norton ha desaparecido.

-Se convirtió en vampiro -repuso inexpresivamente Ben, y Matt gimió desde su lecho.

-¿Estás seguro? -preguntó Jimmy.

Ben señaló a Mark y lo presentó.

-Éste es Mark, que el sábado por la noche recibió una visita de Danny Glick. Él te contará el resto.

Mark repitió el relato, del principio al fin, de la misma manera que se lo había hecho antes a Ben.

Matt fue el primero en hablar cuando hubo terminado.

-Ben, no hay palabras para expresar cuánto lo siento.

-Puedo darle algo si lo necesita -ofreció Jimmy.

-Yo sé cuál es el remedio que necesito, Jimmy. Quiero atacar a ese Barlow hoy. Ahora, antes de que sea de noche.

-Está bien -asintió Jimmy-. Yo he cancelado todas las visitas. Además, llamé a la oficina del sheriff del condado, y McCaslin también ha desaparecido.

-Tal vez así se explique esto -conjeturó Ben, mientras sacaba la pistola del bolsillo y la dejaba sobre la mesa de noche de Matt.

Parecía algo extraño y fuera de lugar en la habitación de un hospital.

-¿Dónde la has encontrado? -preguntó Jimmy, mientras la levantaba.

-Junto al coche de Susan.

-Pues ya lo imagino. McCaslin acudió a la casa de los Norton cuando se separó de nosotros. Le contaron la desaparición de Susan, le dieron la marca, modelo y matrícula del coche. Debió de comenzar a recorrer los caminos apartados, por si acaso. Y...

Se hizo un silencio angustioso, que nadie intentó llenar.

-Foreman no ha vuelto a abrir la funeraria -dijo Jimmy-. Y muchos de los viejos que frecuentan la tienda de Crossen se han quejado por lo del vertedero. Hace una semana que nadie ha visto a Dud Rogers,

Todos se miraron, impotentes.

-Anoche hablé con el padre Callahan -contó Matt-. Se mostró dispuesto a ir, siempre que vosotros dos... y Mark, por supuesto, os detengáis primero en la tienda nueva para hablar con Straker.

-No creo que hoy pueda hablar con nadie -señaló Mark en voz baja.

-¿A qué conclusión llegó usted sobre e/tos? -preguntó Jimmy-. ¿Averiguó algo útil?

-Bueno, creo que he llegado a entender algunas cosas. Straker debe de ser el fiel guardián y guardaespaldas humano de... eso. Una especie de demonio familiar humano. Debe de haber estado en el pueblo desde mucho antes de que apareciera Barlow. Había que cumplir con ciertos ritos propiciatorios ante el Padre Tenebroso. Es que hasta el propio Barlow tiene su amo. -Miró sombríamente a sus interlocutores-. Sospecho que jamás se encontrará ningún rastro de Ralphie Glick. Creo que él fue la cuota de ingreso de Barlow. Straker lo secuestró para sacrificarlo.

-Maldito hijo de puta -murmuró Jimmy.

-¿Y Danny? -preguntó Ben.

-Straker fue el primero en desangrarlo -explicó Matt-. La primera sangre para el fiel servidor. Después el propio Barlow debió encargarse de la tarea. Pero Straker se ocupó de hacer otro servicio para su Amo, antes de que Barlow llegara. ¿Sabe alguno de ustedes cuál fue?

Tras un momento de silencio, se oyó la voz de Mark.

-El perro que ese hombre encontró en la puerta del cementerio.

-¿Qué? -exclamó Jimmy-. ¿Por qué tenía que hacer eso?

-Los ojos blancos -prosiguió Mark, y miró con aire interrogante a Matt, quien asintió un poco sorprendido.

-Y yo que me pasé la noche estudiando esos libros, sin saber que había un erudito entre nosotros. -El chico se sonrojó un poco-. Es exactamente como dice Mark. De acuerdo con varias referencias clásicas sobre el folclore de lo sobrenatural, una de las formas de ahuyentar a un vampiro es pintar un par de «ojos de ángel», blancos, sobre los ojos de un perro negro. Pues bien. Doc era todo negro, salvo dos manchas blancas. Win solía decir que eran sus faros, las tenía directamente encima de los ojos. Él dejaba salir al perro de noche, y Straker lo descubrió en una de sus andanzas, lo mató y lo colgó en el portón del cementerio.

-¿Y en cuanto a ese Barlow? -preguntó Jimmy-. ¿Cómo llegó al pueblo?

Matt se encogió de hombros.

-No estoy seguro. Imagino que tendremos que suponer, tal como afirman las leyendas, que es viejo, muy viejo. Es posible que haya cambiado de nombre una docena de veces... o un millar. Puede haber nacido casi en cualquier lugar del mundo, aunque sospecho que debe de ser de origen rumano o húngaro. De todas maneras, no importa cómo llegó al pueblo... aunque no me sorprendería que Larry Crockett haya tenido algo que ver. Lo importante es que está aquí.

» Ahora, veamos qué debéis hacer. Cuando vayáis, llevad una estaca. Y un arma de fuego, por si Straker estuviera vivo. El revólver del sheriff McCaslin puede servir. Si la estaca no atraviesa el corazón, el vampiro volverá a levantarse. Tú puedes comprobar eso, Jimmy. Cuando le hayáis clavado la estaca debéis cortarle la cabeza, llenarle la boca de ajos y ponerlo boca abajo en el ataúd. En la mayoría de los relatos de vampiros, en los de Hollywood incluso, el vampiro se reduce instantáneamente a polvo al clavarle la estaca, pero es posible que eso no suceda en la vida real. En ese caso, debéis cargar con el féretro y arrojarlo en una corriente de agua. Yo propondría el río Royal. ¿Alguna pregunta más?

Nadie preguntó nada.

-Bueno. Debéis llevar cada uno un jarro con agua bendita y un fragmento de hostia consagrada. Y antes de salir, el padre Callahan debe oíros a todos en confesión.

-Creo que ninguno de nosotros es católico -señaló Ben.

-Yo sí, aunque no practico -dijo Jimmy.

-Sea como fuere, debéis confesaros y hacer un acto de contrición. Así iréis puros, lavados en la sangre de Cristo, sangre pura, no contaminada.

-Está bien -asintió Ben.

-Ben, ¿tú te habías acostado con Susan? Perdóname, pero...

-Sí.

-Entonces debes de ser tú quien les clave la estaca, primero a Barlow y después a ella. En nuestro grupo, tú eres la única persona directamente afectada. Tendrás que actuar como el marido, y no debes vacilar. Piensa que la estarás liberando.

-Está bien.

-Sobre todo -Matt miró sucesivamente a todos- no debéis mirarlo a los ojos. Si lo hacéis, se apoderará de vosotros y os pondrá en contra de vuestros compañeros, incluso al precio de vuestra propia vida. ¡Acordaos de Floyd Tibbits! Por eso es peligroso llevar un

revólver, aunque pueda ser necesario. Llévalo tú, Jimmy, y quédate un poco atrás. Si tienes que examinar a Barlow o a Susan, dáselo a Mark.

-Entendido -asintió Jimmy.

-No os olvidéis de llevar ajos. Y rosas, si es posible. ¿Esa pequeña floristería de Cumberland todavía está abierta, Jimmy?

-¿La Bella del Norte? Creo que sí.

-Pues comprad una rosa blanca para cada uno. Os la atáis en el pelo o alrededor del cuello. Y os vuelvo a repetir... ¡no les miréis a los ojos! Podría seguir diciéndoos muchas cosas más, pero será mejor que vayáis. Ya son las diez y no quisiera que el padre Callahan se echara atrás a fuerza de pensarlo. Mis mejores deseos y mis plegarias os acompañan. La oración no es cosa fácil para un viejo agnóstico como yo, pero creo que tampoco soy tan agnóstico como antes, ¿Fue Carlyle quien dijo que si un hombre destrona a Dios en su corazón, entonces Satán debe ocupar su lugar?

Nadie respondió, y Mark dejó escapar un suspiro.

-Jimmy, quisiera mirarte el cuello.

Jimmy se acercó a la cama y levantó el mentón. Las heridas eran punzantes, pero las dos se habían cerrado y parecían estar cicatrizando bien.

-¿Te duele? -preguntó Matt-. ¿Te escuece?

-No.

-Tuviste mucha suerte.

-Creo que jamás llegaré a saber la suerte que tuve.

Matt volvió a recostarse en la cama, con el rostro tenso y los ojos hundidos.

-Si me la dieras, yo tomaría la píldora que le ofreciste a Ben.

-Se lo diré a la enfermera.

-Mientras vosotros hacéis vuestra tarea, yo dormiré -dijo Matt-. Más tarde habrá que... Bueno, basta por ahora. -Sus ojos se detuvieron en Mark-. Ayer hiciste algo notable, hijo. Descabellado y temerario, pero notable.

-El precio lo pagó ella -respondió Mark en voz baja y entrelazó las manos temblorosas.

-Sí, y es posible que tú tengas que pagarlo también. Y cualquiera de vosotros, o todos. ¡No le subestiméis! Y ahora, si no os importa, estoy muy cansado. He pasado casi toda la noche leyendo. Llamadme tan pronto hayáis terminado.

Se fueron. En el vestíbulo, Bcn miró a Jimmy.

-¿No te hizo pensar en nadie? -le preguntó.

-Sí. En Van Helsing.

7

A las diez y cuarto, Eva Miller bajó al sótano a buscar dos envases de cereal en conserva para llevarle a la señora Norton que, según le había contado Mabel Werts, estaba en cama, Eva se había pasado casi todo el mes de septiembre en la cocina, afanada envasando conservas, blanqueando verduras y almacenándolas, cubriendo con parafina el contenido de los frascos donde había guardado sus mermeladas caseras. En las estanterías de su pulcro sótano de suelo de tierra apisonada había más de doscientos botes de conservas; preparar conservas era uno de los grandes placeres de Eva. Más avanzado el año, cuando el otoño fuera cediendo paso al invierno y las fiestas estuvieran más cerca, prepararía las conservas de carne.

El olor la sorprendió cuando abrió la puerta del sótano.

-Demonios -masculló, conteniendo la respiración, y bajó cuidadosamente, como si fuera vadeando aguas contaminadas.

Su marido había construido personalmente el sótano, y había hecho las paredes de piedra para que fuera fresco. De vez en cuando alguna rata almizclera, una marmota o un visón se quedaba atrapado en alguna de las grietas y moría allí. Eso era lo que debía de haber pasado, por más que Eva no recordaba haber sentido nunca un hedor tan fuerte.

Terminó de bajar y recorrió las paredes, entrecerrando los ojos bajo la tenue luz que enviaban desde el techo las dos bombillas de 50 vatios. Sería mejor poner de 75, pensó. Encontró los envases, con la pulcra etiqueta que anunciaba CEREAL escrita de su puño y letra (había puesto una rodaja de pimiento rojo en lo alto de cada uno) y prosiguió con su inspección,, mirando incluso en el espacio detrás de la caldera con sus múltiples conductos. No encontró nada.

Se dirigió otra vez hacia los escalones que subían a la cocina y miró alrededor con ceño, apoyando las manos en las caderas. El amplio sótano estaba más limpio desde que les había encargado a los dos hijos de Larry Crockett que le construyeran un cobertizo para guardar las herramientas detrás de la casa, hacía un par de años. Ahí estaba la caldera, que parecía una escultura impresionista de la diosa Kali, con sus veinte caños que salían retorciéndose en todas direcciones; estaban los dobles cristales para las ventanas, que tendría que hacer colocar pronto, ahora que había llegado octubre y la calefacción estaba tan cara; estaba, cubierta de plástico, la mesa de billar que había sido de Ralph. Eva le pasaba la aspiradora al paño cuando llegaba el mes de mayo, aunque nadie hubiera jugado en ella desde la muerte de Ralph en 1959. Y no era mucho más lo que había allí abajo. Un cajón Heno de libros que pensaba llevar al hospital de Cumberland, una pala para la nieve, con el mango partido, un tablero del que pendían todavía algunas de las viejas herramientas de Ralph, un baúl donde había guardado cortinas que ya debían de estar enmohecidas.

Pero ese olor la inquietaba. Volvió a recorrer los muros con la mirada.

Sus ojos se posaron en la puertecita que llevaba al sótano del piso inferior, pero hoy no pensaba bajar allí, de ningún modo. Además, las paredes del otro sótano eran de cemento; no era probable que se hubiera metido allí ningún animal. Sin embargo...

-¿Ed? -llamó de pronto, sin razón alguna. La hueca resonancia de su voz la asustó.

La palabra se extinguió en la penumbra del sótano. En nombre de Dios, ¿por qué se le había ocurrido hacer eso? ¿Qué iba a estar haciendo Ed Craig ahí abajo, aunque fuera un sitio idóneo para esconderse? ¿Bebiendo? A Eva no se le ocurría que en todo el pueblo hubiera un lugar más deprimente para beber que ese sótano. Lo más probable era que anduviera por el bosque con ese inútil de su amigo, Virgil Rathbun, bebiéndose el sueldo de alguien.

Así y todo, permaneció un momento más, mientras miraba alrededor. Aquel olor era espantoso, sencillamente espantoso. Ojalá no tuviera que hacer fumigar el sótano.

Echó una última mirada a la puertecita del otro sótano y empezó a subir por las escaleras.

8

El padre Callahan les escuchó a los tres, y cuando terminaron su relato eran las once y media pasadas. Estaban sentados en el fresco y espacioso salón de la rectoría, y el sol se derramaba por los grandes ventanales del frente en bloques que parecían tan sólidos que se pudieran cortar. Al mirar las motas de polvo que danzaban en los rayos del sol, el padre Callahan se acordó de una vieja historieta. Una mujer que está barriendo con una escoba mira el suelo, sorprendida: ha barrido parte de su sombra. En ese momento, él se sentía un poco así. Por segunda vez en veinticuatro horas, se veía enfrentado con una total imposibilidad, sólo que ahora la imposibilidad se veía corroborada por un escritor, un muchachito aparentemente equilibrado y un médico a quien todo el pueblo respetaba. Así y todo, una imposibilidad es una imposibilidad. Uno no puede barrer su propia sombra. Pero eso era lo que parecía haber pasado.

-Me resultaría más fácil aceptar que consiguieron provocar una tormenta y un corte de luz -dijo.

-Pues es verdad, se lo aseguro -le reiteró Jimmy, mientras se llevaba la mano al cuello.

El padre Callahan se levantó y sacó algo del maletín de Jimmy: dos bates de béisbol truncados, con la punta aguzada.

-Es un momento nada más, señora Smith -dijo mientras giraba en sus manos a uno de ellos-. No le dolerá.

Nadie rió.

Callahan volvió a dejar las estacas, se dirigió a la ventana y miró hacia Jointner Avenue.

-Todos ustedes son muy convincentes -comentó-. E imagino que debo agregar una pequeña información de la que aún no disponen.

Nuevamente se dirigió a ellos.

-En el escaparate de la tienda de muebles de Barlow y Straker hay un cartel de «Cerrado hasta nuevo aviso». Esta mañana a las nueve fui a hablar con el misterioso señor Straker sobre las afirmaciones del señor Burke. Las dos puertas de la tienda, la de delante y la de atrás, estaban cerradas con candado.

-Tendrá que admitir que eso concuerda con lo que dice Mark -señaló Ben.

-Es posible. Y también es posible que se trate de una mera casualidad. Permítanme que vuelva a preguntarles si están seguros de que deben hacer intervenir en esto a la Iglesia católica.

-Sí -respondió Ben-. Pero si es necesario, prescindiremos de usted. Y en último caso, estoy dispuesto a ir solo.

-No será necesario -respondió el padre Callahan, mientras se ponía en pie-.Acompáñenme a la iglesia, caballeros, para que pueda oírles en confesión.

9

Ben se arrodilló torpemente en la mohosa penumbra del confesionario. Su mente era un torbellino atravesado por destellos de imágenes surrealistas: Susan en el parque; la señora Glick que retrocedía ante la cruz, su boca convertida en una herida abierta que se retorcía; Floyd Tibbits que salía de su coche, dando traspiés, vestido como un espantapájaros, para arremeter contra él; Mark Petrie asomado a la ventana del coche de Susan. Por primera y única vez, se le ocurrió que todo eso pudiera ser un sueño, y su espíritu fatigado se aferró ansiosamente a ella.

Divisó algo caído en un rincón del confesionario y se inclinó a recogerlo. Era una cajita vacía de pastillas de menta; tal vez se le había caído del bolsillo a algún niño. Ese toque de realidad era innegable. El cartón era real y tangible bajo sus dedos. La pesadilla era real.

La puertecilla corredera se abrió pero Ben no pudo ver nada. Una gruesa pantalla cubría la abertura.

-¿Qué tengo que hacer? -preguntó a la pantalla.

-Diga «Bendígame, padre, porque he pecado».

-Bendígame, padre, porque he pecado -repitió Ben y su voz le sonó hueca e irreal en ese espacio cerrado.

-Ahora dígame sus pecados.

-¿Todos? -preguntó Ben, abrumado.

-Los más representativos -dijo Callahan con voz seca-. Ya sé que tenemos algo que hacer antes de que caiga la noche.

Con esfuerzo, y procurando tener presentes los Diez Mandamientos como marco de referencia, Ben empezó. Proseguir no se le hizo fácil. No tenía sensación alguna de catarsis; sólo la torpe incomodidad de estar contándole a un extraño los secretos más sórdidos de su vida. Pese a todo, se daba cuenta de que era un ritual que podía volverse compulsivo; tan cruelmente compulsivo como el alcohol desnaturalizado para el bebedor habitual. Era un acto que tenía algo de medieval, algo de execrable, como un ritual de regurgitación. De pronto recordó una escena de la película de Bergman El séptimo sello, donde una multitud de penitentes harapientos atraviesan un pueblo asolado por la peste negra. Los penitentes van autoflagelándose con ramas de abedul, hasta hacerse sangrar. Tan aborrecible se le hacía desnudarse de esa manera (y perversamente no se permitió mentir, aunque podría haberlo hecho de manera convincente) que la misión de ese día cobró a sus ojos definitiva realidad, hasta que casi pudo ver la palabra «vampiro» impresa en su mente, y no con letras de presentación de película de terror, sino en un cuerpo pequeño y fino, como talladas en madera o escritas en pergamino. Prisionero de ese ritual ajeno, se sentía desvalido, sustraído a todo contacto con su época. El confesionario podía haber sido un producto directo hacia los días en que íncubos, hombres lobo y brujas eran parte aceptada de la oscuridad externa y la Iglesia el único fanal de luz. Por primera vez en su vida Ben sintió el vaivén lento y terrible de las edades, y vio su propia vida como una tenue chispa que brillaba en un edificio que, si se viera con claridad, podría enloquecer a todos los hombres. Matt no les había hablado de la idea del padre Callahan, que sentía a su Iglesia como una fuerza, pero en ese momento Ben la habría entendido. En ese cubículo fétido podía percibir la fuerza, que se adentraba en él como una palpitación, dejándole desnudo y despreciable. La sentía como jamás podía sentirla un católico, habituado a la confesión desde su infancia.

Cuando salió, recibió con agradecimiento el aire fresco que entraba por las puertas abiertas. Se masajeó el cuello y retiró la mano cubierta de sudor.

Callahan se asomó.

-No ha terminado todavía -le advirtió.

Sin decir palabra, Ben volvió al confesionario, pero no se arrodilló. Callahan le ordenó un acto de contrición. Diez padrenuestros y diez avemarías.

-Eso no lo sé -explicó Ben.

-Le daré una tarjeta donde están escritas las oraciones -dijo la voz del sacerdote-. Puede ir diciéndolas en silencio mientras vamos en el coche hasta Cumberland.

Ben titubeó un momento.

-¿Sabe que Matt tenía razón cuando dijo que iba a ser más difícil de lo que pensábamos? Antes de que esto termine, vamos a sudar sangre.

-¿Sí? -se limitó a decir Callahan.

¿Cortesía o incertidumbre? Ben no habría podido decirlo. Cuando bajó los ojos advirtió que todavía tenía en la mano la cajita de pastillas de menta, que se había convertido en una masa informe bajo la presión convulsiva de sus dedos.

10

Era ya casi la una cuando todos subieron al gran Buick de Jimmy Cody y salieron. Ninguno de ellos hablaba. El padre Donald Callahan llevaba sotana, sobrepelliz y una estola blanca bordeada de púrpura. Le había entregado a cada uno un tubito de agua de la pila y los había bendecido con la señal de la Cruz. Él llevaba consigo una pequeña píxide que contenía varias hostias consagradas.

Se detuvieron primero en la consulta de Jimmy en Cumberland. Jimmy dejó el motor en marcha mientras entraba. Cuando volvió a salir, vestía una holgada chaqueta con la que disimulaba el bulto del revólver de McCaslin. En la mano derecha llevaba un martillo de carpintero.

Ben le miró como fascinado, y con el rabillo del ojo vio que Mark y Callahan tampoco le quitaban los ojos de encima. El martillo tenía la cabeza de acero azulado y una empuñadura de goma en el mango.

-Feo, ¿no? -comentó Jimmy.

Ben pensó que tendría que usar ese martillo con Susan para hundirle una estaca entre los pechos, y sintió que el estómago le subía lentamente, como en un avión que desciende repentinamente.

-Sí. Ya lo creo que es feo -contestó, mientras se humedecía los labios.

En el supermercado de Cumberland, Ben y Jimmy compraron todo el ajo que encontraron en los estantes de la verdulería. La cajera levantó las cejas mientras los atendía. Moviendo la cabeza, les dijo:

-Me alegro de no tener que salir con vosotros esta noche, muchachos.

-¿Cuál es la base de la eficacia del ajo en estos casos? -preguntó Ben mientras salían-. Imagino que algo que dice la Biblia, o una antigua maldición, o...

-Yo sospecho que es una alergia -declaró Jimmy.

-¿Alergia?

Callahan, que alcanzó a oír la última palabra, pidió que le explicarán de qué se trataba mientras iban hacia la floristería La Bella del Norte.

-Pues sí, yo estoy de acuerdo con el doctor Cody -expresó-. Probablemente sea una alergia... si es que tiene algún efecto, lo que no está demostrado todavía, no lo olviden.

-Qué idea tan rara para un sacerdote -se sorprendió Mark.

-¿Por qué? Si debo aceptar la existencia de vampiros (y parece que es así de momento), ¿debo aceptar también que son criaturas situadas más allá de las leyes naturales? De algunas, sin duda. La leyenda afirma que no se les puede ver en los espejos, que pueden transformarse en murciélagos o en lobos o pájaros, que pueden adelgazar su cuerpo hasta colarse por las rendijas más pequeñas. Pero sabemos que ven, oyen, hablan... y sin duda saborean. Es posible que conozcan también la incomodidad, el dolor...

-¿Y el amor? -preguntó Ben, mirando al frente.

-No -respondió Jimmy-. Sospecho que el amor está más allá de su alcance.-Mientras hablaba, entró en el pequeño aparcamiento de una tienda de floristería en forma de L, que tenía a su lado un invernadero.

Una campanilla tintineó sobre la puerta mientras entraban, y se sintieron invadidos por el denso aroma de las flores. Ben se sintió descompuesto al aspirar la pegajosa densidad de los perfumes mezclados, que le hizo pensar en un velatorio.

-Hola -les saludó un hombre alto que llevaba un delantal de lona y que salió a atenderlos con una maceta en la mano.

Apenas si Ben había empezado a explicarle lo que quería cuando el hombre le interrumpió, sacudiendo la cabeza.

-Me temo que han llegado tarde. El viernes pasado vino un hombre que me compró todo el surtido de rosas que tenía... rojas, blancas y amarillas. Hasta el miércoles no volveré a tener. A menos que quieran otra...

-¿Qué aspecto tenía ese hombre?

-Muy extraño -recordó el florista, mientras dejaba la maceta Alto, totalmente calvo. Ojos penetrantes. Fumaba cigarrillos extranjeros. Tuvo que hacer tres viajes a su coche para llevarse las flores. Las puso en la parte de atrás de un Dodge muy viejo.

-Un Packard -dijo Ben-. Un Packard negro.

-Entonces le conocen.

-Digámoslo así.

-Pagó en efectivo. Cosa rara, teniendo en cuenta el importe de la compra. Pero es posible que si se ponen en contacto con él...

-Sí, es posible -asintió Ben.

De vuelta en el coche, discutieron el asunto.

-En Falmouth hay una tienda... -empezó el padre Callahan.

-¡No! -exclamó Ben-. ¡No! -El matiz de histeria que vibraba en su voz hizo que todos se miraran-. ¿Y cuando lleguemos a Falmouth y descubramos que Straker también ha pasado por ahí? ¿Entonces iremos a Portland, a Kittery? ¿A Boston? ¿No os dais cuanta de lo que sucede? ¡Lo ha previsto todo!

-Ben, sé razonable -intervino Jimmy-. ¿No te parece que por lo menos tendríamos...?

-¿No recuerdas lo que dijo Matt? «No debéis engañaros pensando que porque no puede levantarse durante el día tampoco puede haceros daño.» Mira tu reloj, Jimmy.

-Las dos y cuarto -dijo Jimmy, y levantó los ojos al cielo como si dudara de las agujas. Pero era así: las sombras se inclinaban ya hacia el otro lado.

-Se nos ha anticipado -insistió Ben-. Cada paso que hemos dado, él lo dio antes que nosotros. ¿Acaso pudimos siquiera imaginar que él podía ignorar alegremente nuestra existencia? ¿Que jamás tuvo en cuenta la posibilidad de que lo descubrieran y le hicieran frente? Tenemos que ir ahora, en vez de perder el resto del día discutiendo cuántos ángeles pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler.

-Tiene razón -dijo con serenidad Callahan-. Lo mejor es que dejemos de hablar y nos pongamos en marcha.

-Pues entonces, vamos -urgió Mark.

Jimmy salió velozmente del aparcamiento de la floristería, haciendo chirriar los neumáticos sobre el asfalto. El propietario se los quedó mirando: tres hombres, uno de ellos sacerdote, que iban con un niño en un coche con matrícula de médico y que hablaban a gritos de los disparates más increíbles.

11

Cody llegó a la casa de los Marsten desde Brooks Road, del lado que no daba al pueblo, y al verla desde ese nuevo ángulo, Donald Callahan pensó: Vaya, realmente se

eleva sobre el pueblo. Qué raro que no me haya dado cuenta antes. Debe de tener una proyección perfecta allí, retrepada en su colina por encima del cruce de Jointner Avenue y Brock Street. Una proyección perfecta y una perspectiva del pueblo de casi 360 grados. Era un lugar enorme e incierto, que con los postigos cerrados se convertía en una figura desmesurada e inquietante; una especie de sarcófago monolítico, una evocación del desastre.

Y había sido sede de suicidio y asesinato, es decir que pisaban terreno profanado.

Callahan abrió la boca para decirlo, pero se abstuvo.

Cody tomó por Brooks Road y por un momento la casa se perdió entre los árboles. Después estos empezaron a escasear y se encontraron ya en el camino de entrada. El Packard estaba fuera del garaje. Cuando Jimmy apagó el motor, sacó el revólver de McCaslin.

Callahan sintió que la atmósfera del lugar se apoderaba de él. Sacó del bolsillo un crucifijo que había sido de su madre y se lo colgó al cuello junto con el suyo propio. En aquellos árboles desnudados por el otoño ningún pájaro cantaba. El césped, alto y descuidado, parecía más seco y más deshidratado de lo que cabía esperar dado lo avanzado de la estación: hasta la tierra se veía gris y agotada.

Los escalones que ascendían hacia el porche estaban deformados, y en uno de los postes del porche se veía un rectángulo en el que la pintura conservaba un color más brillante, donde hasta hacía poco tiempo pendía un cartel de prevención para los intrusos. Bajo el cerrojo enmohecido de la puerta principal se veía el brillo broncíneo de una cerradura Yale nueva.

Todos intercambiaron miradas.

-Una ventana, tal vez, como hizo Mark... -propuso Jimmy, vacilante.

-No -se opuso Ben-. Entraremos por la puerta principal. Si hay que romperla, la romperemos.

-No creo que sea necesario -declaró Callahan.

Desde que habían bajado del coche, se puso a la cabeza sin sombra de vacilación. Una especie de vehemencia, la misma que había creído desaparecida para siempre, pareció invadirle a medida que se aproximaba a la puerta. Era como si la casa se les acercara para rodearlos, como si el mal rezumara por los desconchados de la pintura reseca. Sin embargo, Callahan no vaciló. Ya no pensaba en contemporizar. En esos momentos, más que guiar a nadie, él mismo se movía obedeciendo a un impulso.

-¡En nombre de Dios! -proclamó, mientras su voz asumía una áspera nota imperativa que hizo que todos se acercaran a él-. ¡Ordeno que el mal se retire de esta casa! ¡Alejaos, espíritus malignos! -Y, sin tener conciencia de lo que hacía, golpeó la puerta con el crucifijo que llevaba en la mano.

Hubo un destello de luz (después, todos coincidirían en haberlo visto), y un ruido restallante, como si las tablas hubieran gritado. La ventana semicircular que había encima de la puerta estalló de pronto hacia fuera, al mismo tiempo que el gran ventanal de la izquierda escupía fragmentos de cristal sobre la hierba. Jimmy dejó escapar un grito. La flamante cerradura Yale yacía a sus pies, sobre el suelo de madera del porche, convertida en una masa casi irreconocible. Mark se inclinó a recogerla y exhaló un gemido.

-¡Quema! -exclamó.

Callahan se apartó de la puerta, tembloroso, mientras miraba la cruz que tenía en la mano.

Ben empujó la puerta, que se abrió sin dificultad. Esperó a que Callahan entrara primero. En el vestíbulo, el sacerdote miró a Mark.

-AJ sótano se llega por la cocina -explicó el chico-. Straker está en el piso de arriba. Pero... -Hizo una pausa, con el entrecejo fruncido-. Hay alguna diferencia, aunque no sé qué es. No es lo mismo que antes.

Primero fueron al piso superior, y aunque Ben no abría la marcha, al aproximarse a la puerta del fondo del pasillo sintió el aguijonazo de un terror ancestral. Ahora, casi un mes después de haber regresado a Salem's Lot, estaba a punto de ver por segunda vez el interior de esa habitación. Cuando Callahan empujó la puerta y la abrió, Ben levantó los ojos, y antes de poder detenerlo sintió que un alarido se escapaba de su garganta, agudo, histérico.

Pero el que pendía de la viga por encima de sus cabezas no era Hubert Marsten, ni su espíritu.

Era Straker, colgado cabeza abajo como un cerdo en un matadero, con la garganta abierta.

Estaba completamente desangrado.

12

-Santo Dios... -murmuró el padre Callahan-. Santo Dios.

Lentamente, entraron en la habitación, Callahan y Cody por delante, mientras Mark y Ben se mantenían atrás, el uno muy cerca del otro.

A Straker le habían atado ambos pies para después izarlo y dejarlo ahí colgado. Alguna parte recóndita del cerebro de Ben pensó que debía haber sido un hombre de una fuerza descomunal el que levantó ese peso muerto hasta una altura en que las manos inertes no llegaban a tocar el suelo.

Jimmy le tocó la frente y después levantó una mano del cadáver.

-Hace unas dieciocho horas que ha muerto -dijo, mientras dejaba caer la mano con un estremecimiento-. Dios mío, qué manera tan espantosa de... Esto no lo entiendo. Quién... por qué...

-Ha sido Barlow -dijo Mark, que miraba el cadáver de Straker con ojos impávidos.

-Y Straker está frito -comentó Jimmy-. No habrá vida eterna para él. Pero ¿por qué de esta manera, colgado patas arriba?

-Es tan viejo como Macedonia -señaló el padre Callahan-. Colgar patas arriba el cuerpo del enemigo, o del traidor, de modo que la cabeza mire hacia la tierra y no hacia el cielo. Es la forma en que crucificaron a san Pablo, en una cruz en forma de X, con las piernas quebradas.

Ben volvió a hablar; su voz sonaba cansada y polvorienta en su garganta.

-Todavía sigue distrayéndonos. Sus tretas son interminables. Vamos.

Todos le siguieron por el pasillo y bajaron las escaleras hacia la cocina. Una vez allí, Ben volvió a ceder la cabeza al padre Callahan. Por un momento los dos se miraron, y después los ojos de Ben se dirigieron a la puerta del sótano que los conduciría hacia abajo, como hacía veinticinco años había empezado a subir unas escaleras que le llevaron a enfrentarse a una pregunta abrumadora.

13

Cuando el sacerdote abrió la puerta, Mark volvió a sentir el rancio olor a podrido que le hería el olfato, pero también eso era diferente: no tan fuerte, no tan malévolo.

El sacerdote empezó a bajar los peldaños, pero Mark necesitó de toda su fuerza de voluntad para descender tras el padre Callahan al interior de aquel pozo de la muerte.

Jimmy encendió la linterna. El haz iluminó el suelo, llegó hasta una pared y retrocedió. Se detuvo sobre una canasta alargada y después cayó sobre una mesa.

-Ahí -dijo Jimmy-. Mirad.

Era un sobre, pulcro y brillante en esa oscuridad pegajosa, de rico pergamino amarillento.

-Es una trampa -advirtió el padre Callahan-. Mejor no tocarlo.

-No. -En la voz de Mark, el alivio se mezclaba con la desilusión-. Ya no está aquí. Se ha ido. Eso es un mensaje para nosotros. Lleno de insultos, probablemente.

Ben se adelantó a recoger el sobre. Por un momento fe dio vueltas entre sus manos, y Mark vio, bajo la luz de la linterna, cómo le temblaban los dedos. Después lo abrió.

Dentro había una sola hoja, de pergamino como el sobre, y todos se acercaron a leer. Jimmy enfocó la linterna sobre la página, cubierta de una escritura elegante, con una letra diminuta como telaraña. La leyeron juntos, Mark un poco más lentamente que los demás.

4 de octubre

Estimados y jóvenes amigos:

¡Qué amable de vuestra parte haber venido por aquí!

No soy en modo alguno adverso a la compañía, que ha sido uno de mis grandes placeres durante una vida larga y con frecuencia solitaria. Si hubierais venido por la noche, habría tenido el mayor placer en recibiros personalmente. Sin embargo, como sospechaba que podríais preferir haceros presentes durante el día, me pareció mejor no estar.

Os he dejado una pequeña prenda de mi aprecio; alguien muy próximo y querido para uno de vosotros está ahora en el lugar donde yo pasaba mis días hasta que decidí que otro refugio podría resultarme más simpático. Es una muchacha encantadora, señor Mears, muy apetitosa, si me permite usted la pequeña broma. Como ya no la necesito, os la he dejado para que con ella os vayáis entusiasmando para lo que vendrá después. Para abriros el apetito, si os parece. Así veremos qué tal os sienta el aperitivo antes del plato fuerte que esperáis hallar, ¿verdad?

Jovencito Petrie, tú me privaste del servidor más fiel e ingenioso que haya tenido jamás. De manera indirecta, hiciste que me convirtiera en causante de su ruina, al dar motivo para que mis propios apetitos me traicionaran. Indudablemente, le atacaste por la espalda. Me causará un gran placer vérmelas contigo. Aunque creo que empezaré por tus padres, esta noche... o mañana por la noche... ya veremos. En cuanto a ti, entrarás a integrar el coro de niños de mi iglesia como castratum.

Bien, el padre Callahan, veo que le persuadieron de que viniera. Me lo imaginaba. Desde mi llegada a Salem's Lot le he observado con cierto detenimiento... como un buen jugador de ajedrez estudia las partidas de su contrincante, ¿no es eso? Sin embargo, ¡la Iglesia católica no es el más antiguo de mis contrincantes! Yo era ya viejo cuando ella era joven, cuando sus miembros se ocultaban en las catacumbas de Roma y se pintaban peces en el pecho para distinguirse entre ellos. Yo era fuerte cuando ese estúpido club de comedores de pan y bebedores de vino que veneran al salvador de las ovejas era débil. Mis ritos eran milenarios cuando los ritos de su Iglesia aún no habían nacido. Pero no la subestimo. Conozco los caminos del bien tanto como los caminos del mal. Y no estoy saciado.

Y os venceré. ¿Cómo?, preguntáis. ¿Acaso Callahan no lleva el símbolo de la Pureza? ¿Acaso él no se mueve de día tanto como de noche? ¿No hay encantamientos y pócimas,

tanto cristianos como paganos, de los que mi excelente amigo Matthew Burke os ha puesto al tanto para defenderos de mí y de mis compatriotas? Sí, sí y sí. Pero yo he vivido más tiempo que vosotros. Yo no soy la serpiente, soy el padre de las serpientes.

Así y todo, decís, eso no es suficiente. Pues claro que lo es. Finalmente, padre Callahan, quiero decirle que usted solo se destruirá. Su fe en la Pureza es blanda y débil y cuando habla de amor se trata de una presunción por su parte. Sólo cuando habla de la botella está bien informado.

Mis buenos amigos -señor Mears, señor Cody, jovencito Petrie, padre Callahan-, disfrutad de vuestra estancia. El Medoc es excelente; me lo procuró especialmente el difunto propietario de la casa, de cuya compañía personal jamás llegué a disfrutar. Os ruego que os consideréis mis invitados y bebáis, si aún os quedan ánimos para hacerlo cuando hayáis terminado vuestra tarea. Ya volveremos a encontrarnos, en persona, y en ese momento os daré mi enhorabuena en forma más personal a cada uno. Hasta entonces, adiós.

BARLOW.

Tembloroso, Ben dejó la carta sobre la mesa y miró a los demás. Mark estaba inmóvil con los puños contraídos, la boca inmovilizada en el gesto de alguien que acaba de morder algo podrido; el rostro extrañamente infantil de Jimmy aparecía pálido y tenso; y aunque el padre Callahan seguía teniendo los ojos iluminados, su boca era un arco tembloroso.

Uno a uno, todos le miraron.

-Vamos -dijo Ben, y juntos echaron a andar.

14

Parkins Gillespie estaba de pie en los peldaños del edificio de ladrillo del ayuntamiento, mirando con sus potentes binoculares Zeiss, cuando Nolly Gardener llegó en el coche de policía del pueblo y bajó de él.

-¿Qué pasa, Park? -preguntó mientras subía los peldaños.

Sin decir palabra, Parkins le entregó los prismáticos, y su calloso pulgar señaló hacia la casa de los Marsten,

Nolly miró. Vio el viejo Packard, y frente a él un Buick nuevo. El aumento de los binoculares no era suficiente para distinguir el número de matrícula. Nolly bajó los prismáticos.

-Es el coche del doctor Cody, ¿no?

-Sí, creo que sí. -Parkins se puso un Pall Malí entre los labios y raspó una cerilla en la pared que había a sus espaldas.

-Jamás he visto un coche allá arriba, a no ser ese viejo Packard.

-Exactamente -asintió Parkins, meditabundo.

-¿Te parece que tendríamos que ir a echar un vistazo? -En la manera de hablar de Nolly no había mucho de su entusiasmo habitual. Era policía desde hacía cinco años, y todavía estaba fascinado con su cargo.

-No -declaró Parkins-. Será mejor que no nos metamos.

Se sacó el reloj del bolsillo del chaleco y abrió la tapa de plata grabada, como un jefe de estación que verifica la llegada de un expreso. Eran las 15.41. Parkins comparó su reloj con la hora que indicaba el del ayuntamiento y después volvió a guardarlo.

-¿Cómo resultó ese asunto de Floyd Tibbits y el niño McDougall?

-No lo sé.

-Ah -refunfuñó Nolly.

Parkins era siempre taciturno, pero se estaba excediendo. Volvió a mirar por los binoculares, sin observar cambio alguno.

-Qué silencioso parece hoy el pueblo -comentó.

-Sí -corroboró Parkins, que miraba hacia Jointner Avenue y hacia el parque con sus pálidos ojos azules.

Tanto la avenida como el parque estaban desiertos. Y desiertos habían estado durante la mayor parte del día. Era sorprendente que hubiera tan pocas madres con sus bebés, tan pocos ociosos sentados al sol junto al monumento a los héroes de la guerra.

-Han pasado cosas raras -aventuró Nolly.

-Sí -admitió Parkins, no sin pensarlo.

Como último recurso, Nolly optó por la única carnada que Parkins picaba infaliblemente en cualquier conversación: el tiempo.

-Se está nublando -comentó-. A la noche tendremos lluvia.

Parkins observó el cielo. Sobre sus cabezas, el cielo estaba aborregado, y hacia el sudoeste se amontonaban nubes más oscuras.

-Sí -coincidió, y arrojó la colilla.

-Parkins, ¿te sientes bien?

Parkins Gillespie lo pensó un momento.

-No-respondió.

-Bueno, ¿qué demonios te pasa?

-Creo que estoy cagado de miedo.

-¿De qué? -preguntó Nolly, sorprendido.

-No lo sé -admitió Parkins.

De nuevo se puso a escudriñar la casa de los Marsten, en tanto Nolly seguía jumo a él sin poder articular palabra.

15

Más allá de la mesa donde habían encontrado la carta, el sótano hacía un ángulo en L; después de doblar por allí, se encontraron en lo que antes había sido bodega. Había cubas de diferentes tamaños, cubiertas de polvo y telarañas. Una pared estaba cubierta por un estante para colocar botellas de vino, y de algunas de las casillas en forma de rombo asomaban todavía viejas botellas. Algunas habían estallado, y allí donde antes el borgoña burbujeante había esperado el paladar que lo apreciara, anidaban ahora las arañas. Otras se habían avinagrado; un olor ácido flotaba en el aire, mezclado con el de la inexorable corrupción.

-No -dijo Ben, con la voz contenida del hombre que dice verdad-. No puedo.

-Debe hacerlo -precisó el padre Callahan-. No será fácil, ni siquiera para su bien, pero debe hacerlo.

-¡No puedo! -gimió Ben, y sus palabras resonaron en el sótano.

En el centro, sobre una especie de estrado iluminado por la linterna de Jimmy, yacía inmóvil Susan Norton, cubierta desde los hombros hasta los pies por una tela de lino blanco. Mientras se acercaban, ninguno había sido capaz de hablar. La sorpresa no dejaba lugar para palabras.

En vida, Susan había sido una muchacha bonita, pero ahora había alcanzado la belleza. Una oscura belleza.

La muerte no la había marcado con su sello. En su rostro se veía un tinte como de rubor, y sus labios, vírgenes de maquillaje, mostraban un rojo intenso y resplandeciente. Aunque pálida, la frente era admirable, con una piel tersa. Tenía los ojos cerrados. Una

mano descansaba a su lado, y la otra estaba levemente apoyada en la cintura. Sin embargo la impresión que daba no era de un encanto angelical, sino de una belleza fría. En su rostro había algo apenas insinuado que a Jimmy le hizo recordar a las niñas que en Saígón, algunas con menos de trece años, se arrodillaban ante los soldados en las callejuelas de detrás de los bares. En esas muchachas, la corrupción no había sido perversión; apenas un conocimiento del mundo que les había llegado demasiado pronto. El cambio que se había producido en el rostro de Susan era muy diferente, aunque Jimmy no habría podido decir en qué consistía.

En ese momento Callahan se adelantó y apoyó los dedos contra la carne elástica del pecho izquierdo.

-Aquí, en el corazón.

-No -repitió Ben-, no puedo.

-Sea usted su amante -le instó en voz baja el padre Callahan- o mejor, sea su marido. No es para hacerla sufrir, Ben. Es para liberarla. El único que sufrirá será usted.

Ben le miraba, aturdido. Mark, que había sacado la estaca del maletín de Jimmy, se la tendió sin decir palabra. Ben la recibió en una mano que a él mismo le pareció estaba a kilómetros de distancia.

Si no pienso en lo que hago mientras lo hago, entonces tal vez...

Pero le sería imposible no pensar. De pronto le volvió a la memoria un pasaje de Drácula, esa novela tan entretenida que ahora ya no le parecía nada entretenida. Era lo que decía Van Helsing a Arthur Holmwood, cuando Arthur debía hacer frente a esa misma tarea espantosa: «Debemos atravesar aguas amargas antes de llegar a las dulces.»

¿Alguna vez volvería a existir para alguno de ellos la dulzura?

-¡Llévatela! -gimió-. No me hagáis hacer esto...

No hubo respuesta.

Sintió que la frente, las mejillas y los brazos se le cubrían de un sudor frío. La estaca, que durante horas no había sido más que un simple bate de béisbol, estaba ahora investida de una pesadez aterradora, como si en ella convergieran, invisibles, pero titánicas, mil líneas de fuerza.

Ben levantó la estaca y la apoyó sobre el pecho izquierdo, por encima del último botón prendido de la blusa de Susan. La punta marcó un hoyuelo en la carne, y él sintió que la boca empezaba a sacudírsele en un tic incontrolable.

-Si no está muerta... -dijo con voz áspera y pastosa, refugiándose en su última defensa.

-No -confirmó implacablemente Jimmy-. Debe morir, Ben.

Jimmy había hecho la demostración para todos; había atado en torno del brazo inmóvil el aparato de tomar la presión arterial y lo había inflado. Las cifras habían sido 00/00. Jimmy había puesto el estetoscopio en el pecho de Susan y les había hecho escuchar a todos el silencio de aquel cuerpo.

Algo apareció en la otra mano de Ben, quien años más tarde no podría recordar aún cuál de sus compañeros se lo había entregado. El martillo. El martillo de carpintero, con la empuñadura de goma en el mango.

-Hazlo lo más pronto posible -le indicó Callahan-, y sal a la luz del día. Nosotros nos encargaremos de todo lo demás.

Debemos atravesar aguas amargas antes de llegar a las dulces, pensó Ben.

-Que Dios me perdone -murmuró.

Levantó el martillo y lo dejó caer.

Éste golpeó la estaca, y el estremecimiento gelatinoso que se propagó a todo lo largo del fresno jamás dejaría de volver en las pesadillas de Ben. Como si la fuerza del golpe los abriera, los párpados de Susan se levantaron, dejando ver los ojos, enormes y azules.. Un surtidor de sangre surgió por donde había entrado la estaca, en un torrente brillante y de

increíble abundancia, que salpicó las manos, la camisa, las mejillas de Ben. En un instante, el sótano se llenó del cálido y metálico olor de la sangre.

Susan se retorció sobre la mesa. Sus manos se levantaron en el aire, en un enloquecido aletear. Sus pies marcaron un ritmo sin sentido sobre la madera de la plataforma. Al abrirse, la boca dejó ver los horribles colmillos lobunos, y de su garganta, como de un clarín del infierno, empezaron a brotar alaridos inhumanos. Hilos de sangre descendían también de las comisuras de la boca.

El martillo subía y volvía a caen una vez... y otra... y otra.

En el cerebro de Ben resonaban los graznidos de una gran bandada de cuervos negros. El tumulto de sus pensamientos removía imágenes terribles y olvidadas. Tenía las manos teñidas de escarlata, así como la estaca y el martillo que caía despiadadamente. La linterna de Jimmy, que temblaba, empezó a iluminar intermitentemente la cara enloquecida de Susan. Clavó los dientes en los labios, desgarrándolos. La sangre se derramaba sobre la sábana de hilo blanco, haciendo sobre ella dibujos que parecían ideogramas chinos.

Después, repentinamente, la espalda se le tensó como un arco y la boca se le abrió hasta que pareció que las mandíbulas iban a dislocarse. Un enorme borbotón de sangre, más oscura, brotó de la herida abierta por la estaca: la sangre del corazón. El alarido que se levantó de la cámara de resonancia de esa boca abierta subía desde los sustratos de la más antigua memoria de la raza y más allá, hacia las húmedas oscuridades del alma humana. De pronto la sangre manó a borbotones también de la nariz y la boca, en una marea en la que había algo más. Algo que en la débil luz no era más que una sugerencia, una sombra, de algo que saltaba y escapaba, castigado, expulsado. Algo que se mezcló con la oscuridad y desapareció.

Susan se reclinó hacia atrás, mientras la boca se relajaba y se cerraba. Los labios macerados dejaron escapar un último susurro de aire. Durante un momento los parpadeos aletearon y Ben vio, o le pareció ver, a la Susan que había conocido en el parque.

Ya estaba hecho.

Ben retrocedió, mientras dejaba caer el martillo, con las manos extendidas ante él, como un director de orquesta aterrorizado porque la sinfonía se le ha convertido en un caos.

Callahan le apoyó la mano en un hombro.

-Ben...

Ben Mears salió huyendo.

Tropezó mientras subía por las escaleras, se cayó y subió a gatas hacia la luz. El horror de la infancia y el de la edad adulta se habían mezclado. Si miraba por encima de su hombro vería a Hubie Marsten (o tal vez a Straker) pisándole los talones, con una mueca en la cara verdosa e hinchada, con la cuerda profundamente hundida en el cuello, y la mueca dejaba ver colmillos. Dejó escapar un grito desesperado.

-No, dejadlo ir -oyó decir al padre Callahan.

Pasó como un torbellino por la cocina y salió por la puerta. Los escalones del porche no existieron para sus pies y se precipitó directamente sobre la tierra. Se puso de rodillas, se arrastró un poco, consiguió levantarse y miró atrás.

Nada.

La casa se alzaba, sin sentido, despojada ahora de todo su mal. De nuevo era una casa y nada más.

Ben Mears se quedó en el silencio del patio sofocado por las hierbas, con la cabeza hacia atrás, aspirando ávidamente el aire.

16

En el otoño, la noche desciende sobre Solar de la siguiente manera: primero el sol pierde su débil influencia sobre el aire y éste se enfría, y le hace recordar a uno que el invierno se acerca, y que el invierno será largo. Se forman nubes y las sombras se alargan. Son sombras sin espesor, a diferencia de las sombras del verano; en los árboles no hay hojas ni en el cielo hay nubes.

A medida que el sol se acerca al horizonte, su amarillo empieza a intensificarse hasta convertirse en destellos de un naranja coléricamente inflamado. Y arroja sobre el horizonte un resplandor variopinto imponiendo al rebaño de nubes una alternancia de rojo, anaranjado, bermellón y púrpura. A veces las nubes se apartan y dejan pasar algún inocente rayo amarillo de sol, amargamente nostálgico del verano que se ha ido.

Son las siete de la tarde, la hora de cenar (en Solar, la comida se sirve al mediodía y los hombres salen con su merienda en una cesta cuando se van a trabajar). Mabel Werts, con los huesos acorralados por la grasa enfermiza y pastosa de la vejez, está sentada ante una pechuga de pollo a la parrilla y una taza de té Lipton, con el teléfono junto al codo. En casa de Eva, los hombres recurren a las provisiones que cada uno tiene: bocadillos, carne de vaca enlatada, judías envasadas que tienen poco que ver con las que preparaba su madre hace muchos años, todos los sábados, fideos o hamburguesas recalentadas; compradas al volver del trabajo en el McDonald's de Falmouth. Eva está en la habitación de delante, ante la mesa, jugando exasperadamente a las cartas con Grovel Verril, al tiempo que urge a los demás para que cada uno lave su plato y dejen de dar vueltas. Nadie recuerda haberla visto nunca así, nerviosa como un gato. Pero los hombres saben qué le pasa, aunque ella no lo sepa.

El señor Petrie y su mujer están en la cocina, comiendo bocadillos y procurando borrar el asombro de la llamada que acaban de recibir, una llamada del sacerdote católico del pueblo, el padre Callahan: «Su hijo está conmigo, y está bien. Dentro de un rato lo llevaré a casa. Adiós.» Después de discutir si debían llamar a U policía, a Parkins Gillespie, han decidido esperar un poco más. Han advertido que hay cambios en su hijo. Pero, aunque no lo admitan, sobre ellos siguen cerniéndose los espectros de Ralphie y de Danny Glick.

En la trastienda de su negocio, Milt Crossen está comiendo pan al tiempo que bebe un vaso de leche. Desde que murió su mujer, allá por el sesenta y ocho, casi no tiene apetito. Delbert Markey, el propietario de la taberna, se abre paso entre las cinco hamburguesas que acaba de prepararse a la parrilla. Se las come con mostaza y con cebolla cruda, y durante la mayor parte de la noche se quejará a quien quiera oírlo de que esa maldita acidez acabará con él. El ama de llaves del padre Callahan, Rhoda Curless, no come. Está preocupada porque no sabe dónde está el padre. Harriet Durham y su familia están cenando chuletas de cerdo. Cari Smith, que enviudó en 1957, se conforma con una patata hervida y una botella de Moxie. En casa de Derek Boddin han preparado un jamón con coles de Bruselas. Richie Boddin, el pequeño matón derrocado, hace un gesto de asco. Coles de Bruselas. «Pues te las comes si no quieres que te arree una patada», le dice su padre, que tampoco las puede tragar.

Reggie y Bonnie Sawyer comen asado de costillas de buey con cereales congelados, patatas fritas, y de postre budín de pan al chocolate con salsa de Jerez. Todos platos favoritos de Reggie. Bonnie, a quien han empezado a desaparecerle las magulladuras, sirve la comida con los ojos bajos. Reggie come con calma y durante la cena da cuenta de tres latas de cerveza. Bonnie come de pie; todavía está demasiado dolorida paramentarse.

Tampoco tiene mucho apetito, pero de todas maneras come, no vaya a ser que Reggie lo advierta y diga algo. Después de la paliza que le dio aquella noche, su marido le arrojó todas las pildoras por el inodoro y la violó. Y desde entonces ha seguido violándola todas las noches.

A las siete menos cuarto, casi todo el mundo ha acabado de cenar, casi todos los cigarros, cigarrillos y pipas de sobremesa se han apagado, casi todas las mesas están recogidas. Es el momento de lavar, enjuagar y poner a escurrir la vajilla. Ajos niños pequeños los enfundan en sus pijamas y los mandan a la habitación de al lado para que se entretengan con la televisión hasta que sea la hora de acostarse.

Roy McDougall, a quien acaba de carbonizársele la sartén donde preparaba las chuletas de ternera, entre maldiciones arroja todo, sartén incluida, en el fregadero. Se pone la chaqueta tejana y se va a la taberna de Dell, dejando que la maldita inútil de su mujer siga durmiendo. El mocoso muerto, la mujer entontecida, la comida carbonizada. Ya es hora de emborracharse. Y tal vez de recoger los bártulos e irse del pueblo.

En un pequeño piso alto de Taggart Street, que no lejos de Jointner Avenue termina en un callejón sin salida, Joe Crane recibe un insólito regalo de los dioses. Tras haber terminado de comer un plato de cereales, cuando se sienta a ver la televisión siente un dolor súbito e intenso que le paraliza el lado izquierdo del pecho y el brazo izquierdo. ¿Qué es esto?, se pregunta. ¿El corazón? Y así es como suele suceder. Se levanta, y ha recorrido la mitad de la distancia hasta el teléfono cuando el dolor crece de pronto y le derriba sin piedad. El pequeño televisor en color sigue parloteando sin pausa, y transcurrirán veinticuatro horas hasta que alguien lo encuentre. Ocurrida a las 18.51 horas, la suya es la única muerte natural que se produce en Salem's Lot el 6 de octubre.

A las siete ya la panoplia de colores del horizonte se ha reducido a una amarga línea anaranjada en el oeste, como si alguien hubiera amontonado todas las brasas de la caldera más allá del borde del mundo. En el este, ya han salido las estrellas y centellean como diamantes orgullosos. En esta época no hay misericordia en las estrellas, no son consuelo de los amantes. Su destello es de una bella indiferencia.

Para los niños ha llegado el momento de acostarse. Es hora de que los bebés sean arropados en sus cunitas, mientras los padres sonríen ante las protestas con que piden que los dejen levantados un rato más, que les dejen la luz encendida. Bondadosamente, abren las puertas de los roperos para que vean que no hay nada escondido allí dentro.

En torno de todos ellos, la bestialidad de la noche alza el vuelo con sus alas tenebrosas. Ha llegado la hora de los vampiros.

17

Matt dormitaba cuando entraron Ben y Jimmy, e inmediatamente despertó con un sobresalto, sujetando con más fuerza la cruz en su mano derecha.

Sus ojos se cruzaron con los de Jimmy y se dirigieron hacia los de Ben.

-¿Qué ha pasado?

Jimmy se lo contó brevemente. Ben no dijo nada.

-¿Y el cuerpo?

-Callahan y yo lo pusimos boca abajo en una caja que había en el sótano, tal vez la misma de que se valió Barlow para venir al pueblo. Hace una hora que la arrojamos al río

Royal. La llenamos de piedras, y la llevamos con el coche de Straker. Si alguien advirtió que el coche estaba aparcado junto al puente, habrán pensado que era él.

-Hicisteis bien. ¿Dónde está Callahan? ¿Y el chico?

-Fueron a la casa de Mark. Hay que contarles todo a sus padres. Barlow les amenazó.

-Pero ¿lo creerán?

-Si no lo creen, Mark hará que su padre hable contigo.

Matt asintió. Parecía muy fatigado.

-Ven aquí, Ben -pidió-. Acércate y siéntate en la cama.

Con rostro impasible y aturdido, Ben se acercó. Se sentó y entrecruzó flojamente las manos sobre las piernas. Sus ojos ardían como carbones encendidos.

-Ya sé que para ti no hay consuelo -le dijo Matt mientras le tomaba una mano entre las suyas-. Pero no importa; el tiempo te lo traerá. Por el momento, ella descansa.

-Nos tomó el pelo -repitió Ben con voz hueca-. Se burló de nosotros, de todos. Jimmy, dale la carta.

Jimmy entregó el sobre a Matt, quien sacó la hoja de pergamino y la leyó, sosteniendo el papel a pocos centímetros de la nariz. Sus labios se movían levemente al leer.

-Sí-dijo cuando dio la carta-, es él. Su egolatría es mayor de lo que me imaginaba. Es algo estremecedor.

-A ella la dejó para burlarse -siguió diciendo Ben-. Él ya se había ido, mucho antes. Luchar contra él es como luchar con el viento. No debemos parecerle más que alimañas. Alimañas indefensas que corren de un lado a otro para que él se divierta.

Jimmy abrió la boca para decir algo, pero Matt se lo impidió con un movimiento de cabeza.

-Estás equivocado -le corrigió Matt-. Si hubiera podido llevarse a Susan consigo, lo habría hecho. ¡Cómo iba a renunciar a uno de sus muertos vivientes por una broma, cuando tiene tan pocos! Ben, piensa por un momento qué habéis hecho. Matasteis a Straker, su demonio familiar. ¡Si hasta él mismo admitió que se vio obligado a participar en el asesinato al despertar sus apetitos insaciables! Y piensa en lo que debe de haberle aterrorizado despertar de su sueño sin sueños para encontrar que un niño, desarmado, había dado muerte a esa criatura tan espantosa.

Con cierta dificultad, se sentó en la cama. Ben había vuelto la cabeza y lo miraba; era la primera vez que daba muestras de algún interés desde que los otros habían salido de la casa cuando él estaba ya en el patio trasero.

-Y tal vez -siguió cavilando Matt- no sea ésa la victoria mayor. Tú le has arrojado fuera de su casa, de la que él eligió como hogar. Jimmy ha dicho que el padre Callahan esterilizó el sótano con agua bendita y que selló todas las puertas con la hostia. Si vuelve allí, Barlow morirá... y él lo sabe.

-Pero se escapó -insistió Ben-. Lo demás ¿qué importa?

-Se escapó -repitió suavemente Matt-. ¿Y dónde ha dormido hoy? ¿En el maletero de un coche? ¿En el sótano de alguna de sus víctimas? Tal vez en el subsuelo de la vieja iglesia metodista de Marshes, la que se quemó en el incendio de 1951. Sea donde fuere, ¿crees que le ha gustado? ¿Piensas que se siente seguro?

Ben no respondió.

-Mañana empezaréis la caza -dijo Matt, mientras sus manos apretaban la de Ben-. No iréis solamente en pos de Barlow, sino de todos los peces pequeños... y después de esta noche habrá muchísimos peces pequeños. El hambre de ellos jamás se satisface. Comen hasta atiborrarse. Las noches son de Barlow, pero durante el día vosotros le perseguiréis hasta que se espante y huya, o hasta que le saquéis a rastras a la luz del sol.

Su discurso había hecho que Ben levantara poco a poco la cabeza. En su rostro apareció cierta animación. Ahora, una débil sonrisa le distendió la boca.

-Sí, eso mismo -susurró-. Pero no mañana; esta noche. Ahora mismo...

La mano de Matt le aferró por el hombro con sorprendente energía,

-Esta noche, no. Esta noche la pasaremos juntos... tú y yo, con Jimmy y el padre Callahan, y Mark y sus padres. Ahora, él sabe y está asustado. Únicamente un loco o un santo se atrevería a acercarse a Barlow cuando está despierto. Y ninguno de nosotros es nada de eso. -Cerró los ojos antes de seguir hablando en voz baja-. Pero creo que estoy empezando a conocerlo. Aquí tendido en esta cama de hospital y jugando al detective, trato de anticipar sus acciones poniéndome en su lugar. Hace siglos que existe, y es inteligente. Pero su carta demuestra que es también un egocéntrico. ¿Y por qué no habría de serlo? Su yo ha crecido como una perla, por sucesivos sedimentos, hasta hacerse enorme y ponzoñoso. Está lleno de orgullo. Y su sed de venganza debe ser arrolladora pero tal vez al mismo tiempo algo que se puede aprovechar.

Abrió los ojos para mirar con solemnidad a ambos, y elevó ante sí la cruz.

-A e/, esto le detendrá, pero es probable que no detenga a alguien a quien él decida usar, como lo hizo con Floyd Tibbits. Creo que es posible que esta noche intente eliminar a algunos de nosotros... o tal vez a todos.

Miró a Jimmy.

-Me parece que cometisteis un error dejando que Mark y el padre Callahan fueran a casa de los padres de Mark. Les podríamos haber llamado desde aquí» pidiéndoles que vinieran, todavía sin saber nada. Ahora estamos separados... y me preocupa especialmente el niño. Jimmy, sería mejor que los llamaras... sin tardanza.

-De acuerdo -dijo Jimmy, y se levantó.

Matt miró a Ben.

-¿Te quedarás con nosotros? ¿Lucharás con nosotros?

-Sí -respondió Ben con voz ronca- Claro que sí.

Jimmy salió de la habitación de Matt, se dirigió por el pasillo a la sala de enfermeras y buscó en la guía telefónica el número de los Petrie. Lo marcó y se quedó escuchando con horror cuando, enjugar del tono de llamada, el auricular le transmitió el tono chillón de una línea fuera de servicio.

-Ya es tarde -gimió.

Al oír su voz, la supervisora de enfermeras levantó la cabeza y se quedó aterrada ante la expresión de su cara.

18

Henry Petrie era un hombre instruido. Había pasado por varias escuelas técnicas antes de doctorarse en económicas. Había abandonado la docencia en un excelente colegio para hacerse cargo de un puesto administrativo en una compañía de seguros, con la esperanza de aumentar sus ingresos y para comprobar si algunas de sus ideas daban tan buenos resultados en la practica como en teoría. Y los dieron. La meta que se había establecido era empezar la década de 1980 ocupando un alto cargo en el gobierno federal.

La vena visionaria de su hijo no era herencia de Henry Petrie; la lógica de su padre era hermética y completa, y el mundo en que vivía estaba organizado con precisión. En las elecciones de 1972 había votado a Nixon, no porque creyera en su honradez, ya que más de una vez le había dicho a su mujer que Richard Nixon era un ratero sin imaginación y con tanta sutileza como un ratero, sino porque su oponente era un aviador chinado que hubiera llevado al país a la ruina económica. Había contemplado la contracultura de fines de los sesenta con tolerancia, convencido de que tal movimiento se desmoronaría por sí solo, ya

que no tenía una base económica en que afirmarse. Su amor por su mujer y su hijo no era un amor bello -nadie escribiría jamás un poema a la pasión de un hombre que contaba sus ahorros en presencia de su mujer-, pero era firme y sin desviaciones. Recto como una flecha, confiaba en sí mismo y en las leyes naturales que regían la física, las matemáticas, la economía y (aunque en grado un poco menor) la sociología.

Escuchó el relato que le hicieron su hijo y el sacerdote del pueblo mientras tomaba una taza de café y les formulaba lúcidas preguntas en los puntos en que el hilo de la narración se enmarañaba o se perdía. Su calma parecía acentuarse con lo grotesco de la historia y con la creciente agitación de June, su mujer. Cuando hubieron terminado, casi a las siete de la tarde, Henry Petrie expresó su veredicto en cuatro sílabas, meditadas y tranquilas:

-Imposible.

Mark suspiró y miró a Callahan.

-Se lo dije.

Efectivamente, se lo había dicho mientras venían de la rectoría en el viejo coche de Callahan.

June se dirigió a su marido:

-Henry, ¿no te parece que...?

-Espera.

La palabra y la mano levantada silenciaron a la madre de Mark, que se sentó y rodeó a su hijo con el brazo, apartándolo de la proximidad de Callahan, sin que el muchacho protestara.

Henry Petrie miró cordialmente al padre Callahan.

-Vamos a ver si podemos enfocar como dos personas razonables este delirio, o lo que sea.

-Tal vez sea imposible -respondió Callahan con la misma cordialidad-, pero lo intentaremos. Si estamos aquí, señor Petrie, es porque Barlow les ha amenazado a usted y a su esposa.

-¿Es verdad que esta tarde atravesó usted con una estaca el corazón de esa muchacha?

-Yo no. Fue el señor Mears quien lo hizo.

-¿El cadáver está allí todavía?

-Lo arrojaron al río.

-Si todo eso es verdad -señaló Petrie-, han implicado ustedes a mi hijo en un crimen. ¿Se da cuenta de eso?

-Claro que sí. Era necesario. Señor Petrie, con que llame usted a Matt Burke al hospital...

-Oh, estoy seguro de que sus testigos le respaldaran -respondió Petrie, sin abandonar su inquietante sonrisa de suficiencia-. Es una de las cosas fascinantes con estas chifladuras. ¿Puedo ver la carta que les dejó ese Barlow?

Callahan maldijo para sus adentros.

-La tiene el doctor Cody -explicó, y agregó como si acabara de ocurrírsele-: En realidad tendríamos que ir al hospital de Cumberland. Si habla usted con...

Petrie sacudió la cabeza.

-Antes conversemos un poco más. Estoy seguro de que sus testigos son de confianza, ya se lo he dicho. El doctor Cody es nuestro médico de cabecera, y nos gusta mucho a todos. Y también tengo entendido que Matthew Burke es irreprochable... como profesor, por lo menos.

-¿Pese a todo? -terció Callahan.

-Padre Callahan, se lo plantearé a mi manera. Si una docena de testigos de confianza le contaran que a mediodía han visto un escarabajo gigante que se paseaba por el parque del

pueblo cantando Dulce Adelina y haciendo ondear la bandera de la Confederación, ¿usted les creería?

-Si estuviera seguro de que los testigos eran de fiar, y de que no estaban bromeando, estaría dispuesto a creerles, sí.

-Pues en eso diferimos -declaró Petrie con su sonrisita.

-Signo de una mentalidad cerrada -señaló Callahan.

-No... simplemente de una posición firme y convencida.

-Es lo mismo. Dígame, ¿en la compañía donde usted trabaja están de acuerdo en que los ejecutivos tomen decisiones basadas en sus propias creencias y no en los hechos? Eso no es lógica, Petrie; es mojigatería.

Petrie dejó de sonreír y se levantó.

-La historia que usted me cuenta es inquietante, de eso estoy seguro. Han complicado a mi hijo en algo desatinado y posiblemente peligroso. Tendrán mucha suerte si no terminan ante los tribunales por eso. Voy a llamar a sus amigos para hablar con ellos, y pienso que después lo mejor será que vayamos a ver al señor Burke al hospital para discutir a fondo este asumo.

-Qué amable de su parte, renunciar a un principio-agradeció secamente Callahan.

Petrie se dirigió a la sala y cogió el teléfono. En vez de oír el tono de marcar se encontró con que la línea estaba en silencio. Con el ceño ligeramente fruncido, movió un poco la horquilla. No hubo respuesta. Volvió a dejar el auricular y regresó a la cocina.

-Parece que el teléfono no funciona -anunció.

Se irritó al ver la mirada de temeroso entendimiento que intercambiaron Callahan y su hijo.

-Puedo asegurarles -dijo con voz un poco más alterada de lo que era su intención- que al servicio telefónico de Salem's Lot no le hacen falta vampiros para funcionar mal

En ese momento las luces se apagaron.

19

Jimmy volvió corriendo a la habitación de Matt.

-El teléfono de la casa de Petrie no funciona. Él debe de estar allí. Maldición, qué estúpidos hemos sido...

El rostro de Matt pareció encogerse. Ben se apartó de la cama.

-¿Es que no veis cómo actúa? -masculló-. ¿Con qué habilidad? Si tuviéramos una hora más de luz diurna, podríamos... pero no. Ya es tarde.

-Tenemos que ir allí-dijo Jimmy.

-¡No! ¡Eso no! Por vuestra vida y la mía, eso no.

-Pero ellos...

-¡Están a la merced de sus propios recursos! ¡Lo que está sucediendo allí, o lo que haya sucedido, habrá acabado en el momento en que lleguéis!

Indecisos, Ben y Jimmy se quedaron en la puerta. Con esfuerzo, Matt se enderezó y habló, en voz baja pero enérgica.

-Su egocentrismo es grande y también lo es su orgullo. Son defectos que pueden favorecernos. Pero también tiene una gran inteligencia, y debemos respetarla y tenerla en cuenta. Vosotros me mostraréis la carta... en ella habla de ajedrez. No me cabe duda de que es un jugador estupendo. ¿No os dais cuenta de que lo que se propone hacer en esa casa, podría haberlo hecho sin cortar la línea telefónica? ¡Si lo ha hecho es para haceros saber que una de las piezas blancas está en jaque! Él entiende las fuerzas, y sabe que la victoria es más fácil si estas están divididas y desorientadas. Por haber olvidado eso se ha apuntado

él la primera jugada, por omisión; el grupo originario ha quedado escindido en dos. Si ahora vais a la casa de los Petrie, se escindirá en tres. Yo estoy solo y postrado en cama; soy presa fácil, aunque tenga cruces y libros. Todo lo que necesita es mandar a alguna de sus víctimas, de las que no son todavía muertos vivientes, para que me mate con un arma cualquiera. Entonces no quedaréis más que tú y Ben, corriendo en la noche hacia vuestra propia destrucción. Entonces se habrá adueñado de Salem's Lot. ¿Acaso no lo comprendéis?

Ben fue el primero en hablar.

-Sí -admitió.

Matt se dejó caer sobre las almohadas.

-Si hablo así, no es porque tema por mi vida, Ben. Tienes que creerme. Ni siquiera por las vuestras. Temo por el pueblo. Pase lo que pase, tiene que quedar alguien que pueda detenerle mañana.

-Sí. Y a mí no me vencerá mientras no haya podido vengar a Susan.

El silencio se hizo entre ellos. Jimmy Cody lo rompió.

-Tal vez salgan indemnes, de todas maneras -dijo-. Creo que ha subestimado a Callahan, y estoy seguro de que subestima al muchacho. Ese chico es increíble.

-No perdamos la esperanza -dijo Matt, y cerró los ojos. Se dispusieron a esperar.

20

El padre Donald Callahan estaba de pie en un lado de la espaciosa cocina de los Petrie, sosteniendo en alto la cruz de su madre, que inundaba la estancia con un resplandor espectral. Del otro lado, junto al fregadero, estaba Barlow, que con una mano inmovilizaba las de Mark a la espalda del chico, en tanto que con la otra le rodeaba el cuello. En medio de ellos, tendidos en el suelo entre los fragmentos del cristal que había destrozado Barlow al entrar, yacían los cuerpos de Henry y June Petrie.

Callahan estaba aturdido. Todo había sucedido con tal rapidez que no podía entenderlo. En un momento estaban discutiendo el asunto racionalmente con Petrie, bajo la brillante sensatez de las luces de la cocina, y al siguiente se habían visto sumergidos en la insania que el padre de Mark negaba con tanta calma y tan comprensiva firmeza.

Mentalmente, el padre Callahan procuró reconstruir lo sucedido.

Petrie había vuelta a informarles que el teléfono no funcionaba. Casi inmediatamente se habían quedado sin luz. June Petrie dio un grito. Se oyó caer una silla. Durante unos momentos todos habían andado a tientas en la oscuridad, llamándose unos a otros. Después, la ventana que había sobre el fregadero de la cocina se había roto estrepitosamente hacia dentro, llenando de vidrios el suelo de linóleo. Todo eso había pasado en menos de treinta segundos.

Después una sombra había entrado en la cocina, y Callahan había conseguido romper el hechizo que lo inmovilizaba. Aferró torpemente la cruz que llevaba al cuello, y tan pronto como sus dedos la tocaron, el cuarto se inundó de luz sobrenatural.

Vio que Mark procuraba arrastrar a su madre hacia la arcada que daba a la sala. Henry Petrie estaba junto a ellos, con la cabeza vuelta, su rostro sereno súbitamente boquiabierto al contemplar esa invasión absolutamente ilógica. Y tras él, alzándose sobre todos ellos, la pálida mueca de un rostro que parecía sacado de un cuadro de Frazetta y que al sonreír dejó al descubierto los largos y agudos colmillos. Los ojos enrojecidos parecían las calderas del infierno. Las manos de Barlow se extendieron (apenas si Callahan tuvo tiempo de advertir que esos dedos lívidos eran largos y sensibles como los de un concertista de

piano) hasta aferrar la cabeza de Henry Petrie y la de June, para hacerlas chocar con un crujido estremecedor. Los dos se habían desplomado sobre el suelo, demostrando así que la primera amenaza de Barlow se había cumplido.

Mark dejó escapar un grito desgarrador y, sin pensarlo, se arrojó contra Barlow.

-¡Y por fin vienes! -había exclamado Barlow con tono de buen humor y voz profunda y poderosa.

Mark, que le había atacado en un impulso, quedó instantáneamente atrapado.

Con la cruz en alto, Callahan se adelanto.

La mueca de triunfo de Barlow se convirtió en un rictus de agonía. Se tambaleó mientras retrocedía hacia el fregadero, arrastrando al niño delante de sí. Los pies de ambos crujían al pisar los cristales rotos.

-En el nombre de Dios... -empezó Callahan.

Al oír aquello Barlow dejó escapar un grito como si le hubieran azotado, con una mueca que dejaba ver el brillo maligno de sus colmillos. Los músculos del cuello se marcaban con enérgica nitidez.

-¡No te acerques! -gritó-. ¡No te acerques porque seccionaré la yugular y la carótida del chico antes de que puedas respirar siquiera!

Mientras hablaba, el labio superior dejaba ver los largos caninos aguzados como agujas, y al terminar, su cabeza descendió con la ávida velocidad de una serpiente, pasando a un centímetro escaso del cuello de Mark.

Callahan se detuvo.

-Atrás -ordenó Barlow, volviendo a sonreír-. Tú de tu lado de la mesa y yo del otro, ¿eh?

Callahan retrocedió lentamente, siempre sosteniendo su cruz al nivel de los ojos, de manera que podía mirar por encima de sus brazos. Parecía que en la cruz latiera un fuego encadenado, y su poder le levantaba el brazo hasta hacer que sus músculos temblaran.

Los dos se enfrentaron.

-Juntos, por fin! -exclamó Barlow, sonriente.

Su rostro era enérgico e inteligente y, de cierta manera extraño y repulsivo, bello; sin embargo, según como le diera la luz, parecía casi afeminado. ¿Dónde había visto Callahan un rostro así? El recuerdo volvió en ese momento, el de mayor terror que hubiera vivido: la cara del señor Flip, su propio monstruo personal, eso que durante el día se ocultaba en el armario y que salía después de que su madre hubiera cerrado la puerta del dormitorio. No le dejaban mantener una luz encendida de noche, ya que sus padres estaban de acuerdo en que la manera de superar esos miedos infantiles era hacerles frente, y todas las noches, cuando la puerta se cerraba suavemente y los pasos de su madre se perdían en el vestíbulo, la puerta del armario se entreabría y él podía percibir (¿o lo veía realmente?) el delgado rostro blanco y los ojos ardientes del señor Flip. Y ahí estaba otra vez, fuera del armario, mirando fijamente por encima del hombro de Mark, con su blanca cara de payaso de ojos fascinantes y labios rojos y sensuales.

-¿Y ahora? -preguntó Callahan.

Su voz no parecía la suya. No apartaba la vista de los dedos de Barlow, esos dedos largos y sensibles, cubiertos de pequeñas manchas azules, que oprimían levemente la garganta del chico.

-Eso depende. ¿Qué estás dispuesto a dar a cambio de este desgraciado?

Mientras hablaba, le retorció las muñecas a Mark, con la esperanza de cerrar su pregunta con un alarido, pero Mark no le dio gusto. Salvo el súbito silbido del aire al escapársele entre los dientes apretados, se mantuvo en silencio.

-Ya gritarás -le susurró Barlow, cuyos labios esbozaban una mueca de odio feroz-. ¡Ya gritarás hasta que te estalle la garganta!

-¡Déjale ya! le ordenó Callahan.

-¿Y por qué? -El odio se borró de su cara y una sombría sonrisa resplandeció en su lugar-. ¿Quieres que perdone al chico, que lo deje para otra noche?

-¡Sí!

Con una suavidad que era casi un ronroneo, Barlow volvió a hablar:

-Entonces, ¿tú arrojarás la cruz y nos enfrentaremos en las mismas condiciones... blanco contra negro? ¿Tu fe contra la mía?

-Sí -repitió Callahan, ya no con tanta firmeza.

-¡Pues hazlo! -Los labios se le movían en un gesto de anticipación. La frente le brillaba bajo la espeluznante luz que iluminaba la escena.

-¿Y confiar en que tú le dejes ir? Menos tonto sería meterme una serpiente de cascabel en la camisa, confiando en que no me mordiera.

-Pues yo confío en ti... ¡mira!

Dejó en libertad a Mark y se mantuvo inmóvil, levantando en el aire las dos manos.

Por un momento el chico se quedó quieto, incrédulo, y después corrió hacia sus padres.

-¡Corre, Mark! -gritó Callahan-. ¡Huye!

Mark le miró con ojos oscurecidos y enormes.

-Creo que están muertos...

-¡Corre!

Lentamente, el chico se puso de pie y se volvió hacia Barlow.

-Pronto, hermanito -le dijo éste, casi con benignidad-. Dentro de poco tiempo, tú y yo...

Mark le escupió en la cara.

A Barlow se le cortó el aliento y su rostro se llenó de una furia irreprimible. Callahan vio en sus ojos una crueldad más negra que el propio infierno.

-Me has escupido -balbuceó Barlow.

Su cuerpo tembloroso se mecía de cólera. Vacilante, se adelantó un paso, con inseguridad de ciego.

-¡Atrás! -fe gritó Callahan, volviendo a adelantar su cruz.

Barlow gimió y levantó las manos delante de la cara. Los destellos de la cruz tenían un resplandor enceguecedor, y si se hubiera atrevido a acorralarlo, en ese momento Callahan podría haberle derrotado.

-Te mataré -prometió Mark, y desapareció, como un remolino de aguas siniestras.

Pareció que Barlow aumentara de altura. Su pelo, peinado hacia atrás, daba la impresión de flotar alrededor del cráneo. Llevaba un traje oscuro con corbata burdeos, impecablemente anudada, y a los ojos de Callahan se aparecía como parte de la oscuridad que le rodeaba. En la profundidad de las órbitas, los ojos ardían con un resplandor sombrío y maligno, como tizones.

-Ahora cumple tu parte del trato, charlatán.

-¡Soy un sacerdote! -le espetó Callahan.

Barlow le hizo una pequeña reverencia burlona.

-Sacerdote -repitió con tono de desprecio.

Callahan estaba indeciso. ¿Por qué arrojar la cruz? Ahuyentarle, salvar la situación por esa noche, y mañana...

Pero en su mente algo más profundo le advertía que rehuir el compromiso del vampiro era arriesgarse demasiado. Si no se atrevía a separarse de la cruz, eso sería como admitir... admitir ¿qué? Si las cosas no se desarrollaran con tanta rapidez, si tuviera tiempo de pensar, de razonar...

El brillo de la cruz estaba extinguiéndose.

Callahan la miró con ojos dilatados. En el vientre, el miedo se convirtió en una maraña de alambres al rojo. Con un sobresalto, levantó la cabeza para mirar a Barlow, que se le acercaba lentamente a través de la cocina, con una sonrisa amplia, casi voluptuosa.

-¡Atrás! -bramó roncamente Callahan mientras a su vez retrocedía-. ¡Te lo ordeno en nombre de Dios!

Barlow se rió en su cara.

El resplandor de la cruz no era más que una débil luz vacilante, cruciforme. Las sombras habían vuelto al rostro del vampiro, haciendo de sus rasgos una máscara extraña y cruel, dibujada con líneas y triángulos bajo los pómulos salientes.

Callahan retrocedió un paso más y chocó contra la mesa de la cocina; del otro lado sólo estaba la pared.

-Ya no tienes a dónde ir -murmuró Barlow. En sus ojos sombríos bullía una alegría infernal-. Qué triste es ver vacilar la fe de un hombre. Oh, sí...

La cruz tembló en la mano de Callahan y de pronto su luz terminó de desvanecerse. No era más que un trozo de yeso que su madre había comprado en una tienda de recuerdos de Dublín, probablemente a un precio ínfimo. El poder que antes había comunicado a su brazo, un poder suficiente para derribar paredes y partir piedras, había desaparecido. Los músculos recordaban su palpitación, pero no podía reproducirla.

Desde las tinieblas, Barlow tendió la mano y le arrebató la cruz de entre los dedos. Callahan lanzó un grito de agonía, el grito que, sin llegar jamás a la garganta, había vibrado en el alma de aquel niño de antaño a quien todas las noches dejaban solo con el señor Flip, que desde el armario entreabierto lo espiaba por entre los postigos del sueño. Y el ruido que siguió le acosaría por el resto de su vida: dos chasquidos secos, mientras Barlow rompía los brazos de la cruz, y el ruido con que los trozos cayeron al suelo.

-¡Dios te maldiga! -le gritó.

-Pasó el momento del melodrama -dijo desde las tinieblas, con tristeza casi, la voz de Barlow-. Ya no es necesario. Tú has olvidado la doctrina de tu propia Iglesia, ¿no es así? La cruz, el pan y el vino, el confesionario... no son más que símbolos. Sin fe, la cruz no es más que madera, el pan trigo cocido, el vino uva fermentada. Si hubieras arrojado la cruz, podrías haberme vencido otra noche. En cierto modo, yo esperaba que fuera así. Hace muchísimo tiempo que no me enfrento con un contrincante de peso. El chico vale diez veces más que tú, falso cura.

De pronto, surgiendo de la oscuridad, unas manos de fuerza sorprendente se apoderaron de los hombros del padre Callahan.

-Creo que ahora recibirás gozoso el olvido de mi muerte. Para los muertos vivientes no hay recuerdos. No hay más que hambre y la necesidad de servir al amo. Yo podría valerme de ti enviándote entre tus amigos, pero no lo necesito. Si no estás para ayudarles no pueden mucho. Y el chico les contará lo que ha pasado. Tal vez haya un castigo más adecuado para ti, cura.

Trató de escabullirse, pero las manos le sujetaban con fuerza.

Después, una mano le soltó. Se oyó el susurro de una tela al correr sobre la piel desnuda, y después algo que rascaba.

Las manos se dirigieron al cuello de Callahan.

-Ven, falso sacerdote. Aprende lo que es una verdadera religión. Toma mi comunión.

Una" horrible oleada de comprensión inundó a Callahan.

-¡No! No..., no...

Pero las manos eran implacables. Le atraían la cabeza hacia adelante... hacia adelante.

-Ahora, sacerdote -susurró Barlow.

Y le oprimió la boca contra la hedionda piel de su garganta helada, donde latía una vena abierta. Callahan retuvo el aliento durante lo que le pareció una eternidad, debatiéndose inútilmente, manchándose de sangre las mejillas, la frente, el mentón.

Finalmente, bebió.

21

Ann Norton se bajó del automóvil y echó a andar a través del aparcamiento del hospital, dirigiéndose a las brillantes luces de la recepción. En el cielo, las nubes habían escamoteado las estrellas y pronto empezaría a llover. Ann no levantó los ojos para mirar las nubes. Caminaba como un autómata, mirando directamente al frente.

Su aspecto era muy diferente del de la dama que había conocido Ben Mears aquella primera noche que Susan le invitó a comer con su familia: una dama de mediana estatura, vestida con una túnica de lana verde que no proclamaba riquezas, pero que hablaba de holgura material. Una dama que no era hermosa, pero que se cuidaba y era agradable a la vista, con el pelo gris recientemente ondulado.

La mujer ahora llevaba las piernas desnudas, y sin el disfraz de las medias, las varices se destacaban inequívocamente. Llevaba una raída bata amarilla sobre el camisón, y el viento le alborotaba el pelo en desordenados mechones, Tenía el rostro pálido, y oscuros círculos de sombra se le dibujaban bajo los ojos.

Ya se lo había dicho a Susan, ya la había prevenido sobre ese Mears y sus amigos, le había alertado sobre el hombre que la había asesinado, a instancias de Matt Burke. Había sido una confabulación, sí. Ann Norton lo sabía. Él se lo había contado.

Se había pasado todo el día enferma y con sueño, casi sin poder levantarse de la cama. Y después de mediodía, cuando había caído en esa pesada somnolencia mientras su marido iba a responder las estúpidas preguntas del formulario para denunciar personas desaparecidas, él se le había aparecido en un sueño. Tenía un hermoso rostro, autoritario y arrogante. La nariz tenía algo de halcón, el pelo le descubría ampliamente la frente, y su boca firme y fascinante ocultaba unos dientes blancos que la nacían estremecer cuando él sonreía. Y los ojos... tan rojos, y con esa cualidad hipnótica Cuando él la miraba con esos ojos, Ann no podía apartar la vista... ni quería.

Él se lo había contado todo, y le había dicho lo que debía hacer, asegurándole que cuando lo hubiera hecho podría estar con su hija, y con tantos otros, y con él A pesar de Susan, a quien Ann quería agradar era a é¿ para que le diera lo que ella necesitaba con tanta avidez: el toque, la penetración.

Llevaba en el bolsillo el revólver 38 de su marido.

Entró en la recepción y se dirigió al escritorio de la recepcionista. Si alguien intentaba detenerla, ya sabría hacerse valer. Y no con disparos. No era cuestión de disparar hasta que hubiera llegado a la habitación de Burke. Él se lo había dicho. Si la atrapaban y la detenían antes de que hubiera hecho el trabajo, él no volvería a visitarla, a darle besos ardientes en la noche.

En el escritorio había una chica joven, de cofia y uniforme blanco, que resolvía un crucigrama al suave resplandor de la lámpara que la iluminaba desde la consola. Por el pasillo, dándoles la espalda, se alejaba un asistente.

La enfermera de guardia la miró con una sonrisa profesional cuando oyó sus pasos, pero la sonrisa se esfumó al ver a la mujer de ojos alucinados que se le acercaba, vestida con ropa de cama. Aunque inexpresivos, esos ojos tenían un brillo extraño, y le daban el

aspecto de un juguete que alguien hubiera puesto en movimiento. Una paciente, tal vez, que andaba extraviada.

-Señora, si...

Ann Norton sacó del bolsillo el arma, como un asesino a sueldo, y apuntó a la cabeza de la enfermera.

-Vuélvete -le dijo.

La boca de la muchacha se contrajo y con un movimiento convulsivo inspiró aire.

-No grites; si lo haces te mataré.

La chica había palidecido.

-Vuélvete.

Lentamente, la enfermera se levantó y se volvió. Ann Norton tomó por el cañón el 38 y se preparó para descargar la culata en la cabeza de la enfermera.

En ese preciso instante, una patada en los pies la derribó.

22

El revólver salió volando.

La mujer envuelta en la raída bata amarilla no gritó, sino que emitió un gemido largo y agudo, casi plañidero. Como un cangrejo, se arrastró hacia el arma, en tanto que el hombre .que estaba tras ella, con aspecto perplejo y asustado, se precipitaba también a recogerla. Cuando vio que ella sería la primera en alcanzarla, la envió de un puntapié a través de la alfombra.

-¡Eh! -vociferó-. ¡Eh, socorro!

Ann Norton le miró por encima del hombro, sin dejar de emitir su silbido, el rostro desencajado en una tensa mueca de odio, y después trató de alcanzar el revólver. El asistente que se había acercado corriendo miró con estupor la escena y después se apoderó del arma, que estaba casi a sus pies.

-Por Dios -exclamó-. Si está carga...

Ann se precipitó sobre él. Sus manos le rasgaron la cara, mientras el sorprendido asistente trataba de impedirle alcanzar el revólver. Sin dejar de gemir, la mujer intentó arrebatárselo.

Otro hombre consiguió inmovilizarla. Más tarde, declararía que al sujetarla le había parecido agarrar una bolsa llena de serpientes. Bajo la bata, el cuerpo era calido y repulsivo, y no había músculo que no se contrajera y retorciera.

Mientras Ann luchaba por soltarse, el asistente le asestó un puñetazo en la mandíbula, y la mujer se desplomó.

El asistente y el hombre se miraron.

La enfermera a cargo de recepción gritaba con todas sus fuerzas, cubriéndose la boca con las manos, y sus gritos tenían un extraño efecto de sirena de niebla.

-Pero ¿qué clase de hospital es éste caramba? -preguntó el hombre.

-Que me aspen si lo sé -masculló el asistente-. ¿Qué demonios ha pasado?

-Yo iba a visitar a mi hermana, que acaba de tener un bebé, cuando vino ese chico a decirme que acababa de entrar una mujer con un revólver, y...

-¿Qué chico?

El hombre que había ido a visitar a su hermana miró alrededor. El vestíbulo de recepción iba llenándose de gente, pero todos parecían normales.

-Ahora no lo veo, pero estaba aquí. ¿El arma está cargada?

-Sin duda -afirmó el asistente.

-Pero ¿qué clase de hospital es éste, caramba? -volvió a preguntar el hombre.

23

Habían visto a dos enfermeras corriendo en dirección a los ascensores, y se había oído un vago alboroto procedente de las escaleras. Ben miró a Jimmy, y éste se encogió de hombros. Matt dormitaba con la boca abierta.

Ben cerró la puerta y apagó las luces. Jimmy se agazapó a los pies de la cama de Matt, y cuando oyeron que los pasos vacilaban del otro lado de la puerta, Ben se colocó junto a ella, alerta. Al ver que se abría y que asomaba una cabeza, le aplicó un puñetazo mientras con la otra mano le ponía la cruz frente a la cara.

-¡Suéltame!

Instantáneamente se encendió la luz del techo y vieron a Matt, sentado en la cama, mirando con ojos parpadeantes a Mark Petrie, que se debatía en los brazos de Ben.

Jimmy se levantó para correr hacia el chico, pero de repente vaciló.

-Levanta el mentón.

Mark obedeció mostrándoles a los tres que no tenía marcas en el cuello.

Jimmy suspiró.

-Hijo, jamás en mi vida me he alegrado tanto de ver a nadie. ¿Dónde está el padre?

-No lo sé -respondió Mark-. Barlow me atrapó... mató a mis padres. Están muertos. Mis padres están muertos. Golpeó sus cabezas una contra otra. Los mató. Después me atrapó y dijo al padre Callahan que si él le prometía arrojar su cruz, me dejaría ir. El padre Callahan lo prometió y yo escapé. Pero antes de huir le escupí. Le escupí y voy a matarlo.

De pie ante la puerta, se tambaleaba. Tenía la frente y las mejillas arañadas por las ramas. Había venido corriendo por el bosque, por la senda donde tiempo atrás Danny Glick y su hermano habían encontrado su destrucción. Al vadear Taggart Stream, se había mojado los pantalones hasta las rodillas. Después alguien le había llevado en coche, pero no podía recordar quién. Era un coche que tenía la radio encendida, de eso se acordaba.

Ben sentía la lengua entumecida, y no sabía qué decir.

-Mi pobre niño -dijo Matt-. Mi pobre y valiente niño.

Los rasgos de Mark empezaron a aflojarse. Los ojos se le cerraron y la boca temblorosa se contrajo de dolor.

-Mi mama madre.

Tambaleante, dio unos pasos a tientas, y Ben le sostuvo en sus brazos, le envolvió y le meció mientras las lágrimas anegaban sus ojos.

24

El padre Donald Callahan no sabía cuánto hacía que caminaba en la oscuridad. Había vuelto hacia el pueblo tambaleándose por Jointner Avenue, sin pensar en su coche, que quedó aparcado en casa de los Petrie. A ratos andaba por el medio de la carretera.

para luego seguir por la acera, vacilante. Un coche se precipitó hacia él con los faros encendidos mientras hacía sonar el claxon, hasta que en el último momento viró, haciendo chirriar los neumáticos en el asfalto. Cuando ya estaba cerca de la parpadeante luz amarilla, empezó a llover.

En las calles no había nadie; esa noche, puertas y postigos se habían cerrado en Salem's Lot. El restaurante estaba vacío, y en el bar de Spencer la señorita Coogan estaba sentada junto a la caja registradora, leyendo una fotonovela bajo la fría luz de los tubos fluorescentes. Fuera, bajo el cartel de neón que mostraba el perro azul en la mitad de un salto, un letrero rojo de neón anunciaba: AUTOBÚS,

Tenían miedo, imaginó Callahan, y no les faltaban razones para ello. Dentro de ellos había algo que percibía el peligro, y esa noche, en Solar, se habían echado cerrojos que durante años no se habían cerrado.

Andaba solo por las calles, él, el único que no tenía nada que temer. Qué paradójico. Su risa sonó como un sollozo desesperado. A él ningún vampiro le tocaría. A otros tal vez, pero a él no. El amo le había señalado, y hasta que lo reclamara estaría en libertad.

La iglesia de St. Andrew se elevaba ante él.

Un momento de vacilación; después echó a andar por la senda. Entraría a rezar. Pasaría toda la noche en oración, si era necesario. Y no rezaría al nuevo Dios, al Dios de los guetos y la conciencia social y la medicina gratuita, sino al Dios de amaño, al que por mediación de Moisés había proclamado que no toleraría la existencia de hechiceros y que había otorgado a su Hijo el poder de levantarse de entre los muertos. Una segunda oportunidad, Dios. Toda mi vida para la penitencia a cambio de una segunda oportunidad.

Torpemente subió los escalones, el hábito enfangado, en su boca el sabor de la sangre de Barlow.

Al llegar arriba se detuvo y tendió la mano hacia el picaporte de la puerta central.

Al tocarlo se produjo un relámpago azul que lo arrojó de espaldas. El dolor le recorrió el cuerpo al caer hecho un ovillo sobre los peldaños de granito y rodar hasta el sendero.

Tembloroso, con la mano ardiendo, quedó tendido bajo la lluvia.

Levantó la mano para mirársela. Estaba quemada;

-Impuro -balbuceó-. Oh, Dios, qué impuro soy.

Y se echó a temblar. Aferrándose los hombros con las manos, se estremeció bajo la lluvia mientras la iglesia se alzaba a sus espaldas, con las puertas cerradas para él.

25

Mark Petrie estaba sentado en la cama de Matt, en el mismo sitio donde se había sentado Ben cuando él y Jimmy entraron. Mark se había enjugado las lágrimas con la manga de la camisa, y aunque tenía los ojos hinchados y enrojecidos, aparentemente se dominaba.

-Tú sabes que la situación de Salem's Lot es desesperada, ¿verdad? -le preguntó Matt.

El chico asintió.

-Ya en este momento, sus muertos vivientes están recorriéndola como serpientes -continuó sombríamente Matt-, ganando a otros para sus filas. Esta noche no podrán apoderarse de todos, pero mañana os espera una misión terrible.

-Matt, quiero que duerma usted un poco -intervino Jimmy-. No se preocupe, todos estaremos aquí. No tiene buen aspecto. Esto ha sido un esfuerzo excesivo para usted...

-Mi pueblo está desintegrándose ante mis ojos, ¿y tú quieres que duerma? -Sus ojos le miraron con mirada febril desde el rostro consumido.

-Si quiere estar presente cuando esto acabe, es mejor que ahorre sus fuerzas -insistió Jimmy-. Se lo digo como médico, diablos.

-Está bien. Enseguida. -Matt miró a todos-. Mañana, vosotros tres debéis ir a casa de Mark. Tendréis que preparar estacas. Muchas.

Lentamente, fueron comprendiendo lo que eso significaba.

-¿Cuántas? -preguntó Ben.

-Yo diría que por lo menos trescientas, pero os aconsejo que preparéis quinientas.

-Es imposible -se opuso Jimmy-. No puede ser que haya tantos.

-Los muertos vivientes están sedientos -respondió Matt-, y es mejor que estéis preparados. Tenéis que ir juntos. No os atreváis a separaros, ni siquiera de día. Será como una cacería, se trata de comenzar por un extremo del pueblo y llegar hasta el otro. -Jamás podremos encontrarlos a todos -objetó Ben-. Ni siquiera si pudiéramos comenzar con las primeras luces y trabajar hasta la noche.

-Tenéis que intentarlo, Ben. Tal vez la gente empiece a creeros. Algunos os ayudarán, si les demostráis que es verdad lo que decís. Y cuando vuelva a descender la oscuridad, gran parte de su obra estará deshecha -suspiró-. Tenemos que suponer que hemos perdido al padre Callahan, y eso es malo. Pero así y todo vosotros debéis seguir adelante. Tendréis que ser cuidadosos. Estar dispuestos a mentir. Si os detienen y encarcelan, eso también servirá a su propósito. Y si no lo habéis considerado todavía, será mejor que lo hagáis: existen todas las posibilidades de que si alguno de nosotros vive y triunfa, no sea más que para verse procesado por asesinato.

Fue mirándolos a la cara, uno a uno. Lo que vio en ellos debió de dejarle satisfecho, porque volvió a atender a Mark. -¿Tú sabes cuál es la tarea más importante? -Sí -respondió Mark-. Matar a Barlow. Matt sonrió débilmente.

-Me temo que eso es planear las cosas al revés. Primero tenemos que encontrarle. -Miró al chico-. ¿Esta noche no viste algo, no oíste, oliste o tocaste algo que pudiera ayudar a localizarlo? ¡Piénsalo antes de contestar! ¡Tú sabes mejor que nadie la importancia de esto!

Mark reflexionó. Ben no había visto jamás que nadie se tomara una orden tan al pie de la letra. Apoyó el mentón en la palma de la mano y cerró los ojos. Daba la impresión de estar recorriendo minuciosamente hasta el último detalle de la experiencia de esa noche.

-Nada -dijo por fin, sacudiendo la cabeza, después de abrir los ojos y mirar por un momento a sus acompañantes.

Pese a la decepción que se reflejó en su cara, Matt no cejó.

-¿Una hoja pegada en la chaqueta, tal vez? ¿Un poco de césped en los pantalones? ¿Barro en los zapatos? ¿Algún hilo que le colgara? -Con un gesto de impotencia, aporreó la cama. Por Dios santo, ¿es posible que no tenga un punto débil?

De pronto, los ojos de Mark se dilataron.

-¿Qué? -preguntó Matt, cogiéndole por el codo-. ¿Qué es? ¿De qué te has acordado?

-Tiza azul -dijo Mark-. Cuando me rodeaba el cuello con el brazo, pude ver su mano. Tenía los dedos largos y blancos, y en dos dedos tenía manchas de tiza azul.

-Tiza azul -repitió pensativamente Matt.

-Debe de ser en algún colegio -conjeturó Ben.

-El instituto no es -objetó Matt-. Toda la tiza se le compra a la compañía Dennison, de Portland, y ellos sólo fabrican blanca y amarilla. Hace años que la llevo en la ropa y los dedos.

-¿Y las clases de arte?-preguntó Ben.

-No, en la secundaria no se dictan más que artes gráficas, y allí usan tintas, no tizas. Mark, ¿estás seguro de que era...?

-Tiza-asintió el chico.

-Creo que algunos profesores de asignaturas científicas usan tizas de colores, pero, ¿qué lugar para esconderse tendría en el instituto? Tú lo viste... es un solo piso, y todo de cristal. Y entra y sale gente todo el día. Lo mismo pasa con el sótano de las calderas.

-¿Y detrás del escenario?

Matt se encogió de hombros.

-Ahí está bastante oscuro. Pero si la señora Rodin me ha sustituido y están ensayando la comedia, debe de haber mucho movimiento en esa zona. Para él sería un riesgo.

-¿Y qué pasa con los colegios? -preguntó Jimmy-. En los grados inferiores les enseñan a dibujar, y apuesto cien dólares a que una de las cosas que hay más a mano son tizas de colores.

-El colegio de Stanley Street-explicó Matt- fue construido con los mismos fondos que el instituto. También es moderno y tiene una sola planta, con muchos ventanales para que entre el sol. No es el tipo de edificio que le gustaría frecuentar a nuestro amigo. Ellos prefieren los edificios viejos, llenos de tradición, oscuros y húmedos como...

-Como el colegio de Brock Street -completó Mark. -Sí. -Matt miró a Ben-. El colegio de Brock Street es un edificio de madera, con tres pisos y sótano, construido más o menos en la misma época que la casa de los Marsten. En el momento de aprobar la construcción, se habló en el pueblo de que correría un constante riesgo de incendio. Ésa fue una de las razones de que se decidieran a edificar el nuestro. Dos o tres años antes se había incendiado un colegio en New Hampshire...

-Lo recuerdo -murmuró Jimmy-. ¿No fue en Cobbs Ferry?

-Sí. Tres niños murieron carbonizados.

-El colegio de Brock Street todavía funciona? -preguntó Ben.

-Sólo la planta baja, donde se dictan los cuatro primeros cursos. Los otros dos pisos están llenos de aulas vacías, con las ventanas clausuradas porque los chicos se dedicaban a tirarles piedras.

-Entonces es ahí -exclamó Ben-. Tiene que ser.

-Eso parece -admitió Matt, que en ese momento daba la impresión de estar muy cansado*-. Pero suena demasiado simple. Demasiado transparente.

-Tiza azul -murmuró Jimmy, con, la mirada perdida a lo lejos.

-No lo sé -suspiró Matt-. Realmente no lo sé...

Jimmy abrió su maletín negro y sacó un frasquito de pildoras.

-Tómese dos con agua, ahora mismo.

-No -protestó Matt-. Hay demasiado que hacer. Demasiado...

-Demasiado para que corramos el riesgo de quedarnos sin ti -dijo Ben con firmeza-. SÍ ya no tenemos al padre Callahan, ahora el más importante de nosotros eres tú. Haz lo que dice Jimmy.

Mark trajo un vaso de agua del cuarto de baño, y Matt obedeció de mala gana.

Eran las diez y cuarto.

Se hizo el silencio en la habitación. Ben pensó que Matt parecía muy viejo, muy gastado. Su pelo blanco estaba más ralo y más seco, y en unos pocos días su rostro aparentaba haber quedado marcado por las penurias de toda una vida. En cierto modo, pensaba Ben, era de esperar que cuando por fin llegaran problemas -y graves- a su vida asumieran esa tenebrosa forma onírica, fantástica, preparado como estaba por una existencia dedicada al trato con males simbólicos que cobraban vida por las noches, a la luz de una lámpara, para disiparse al amanecer.

-Me preocupa-comentó Jimmy, en voz baja.

-Creía que el ataque había sido leve -se asombró Ben-. Que en realidad no había sido siquiera un ataque cardíaco.

-Fue leve, pero la próxima no lo será. Será grave. Si este asunto no se resuelve pronto, acabará con su vida. -Suavemente, levantó la mano de Matt para tomarle el pulso-. Y eso sería una tragedia-concluyó.

Junto a la cama de Matt se turnaron para dormir y hacer la guardia. La noche pasó sin que Barlow apareciera. Estaba ocupado en otra parte.

26

La señorita Coogan leía un relato titulado «Traté de estrangular a nuestro hijo», en la revista Confesiones de la vida real, cuando por la puerta entró su primer cliente de la tarde/

Jamás se había visto una tarde tan muerta. Ruthie Crockett y sus amigos no habían venido siquiera a beberse una gaseosa -aunque claro que a esa gente uno no la echaba de menos-, y Loretta Starcher no había pasado a recoger el New York Times, que seguía pulcramente doblado bajo el mostrador. Loretta era la única persona en Salem's Lot que compraba regularmente el Times (parecía que hasta lo pronunciara en cursiva). Al día siguiente lo ponía en la sala de lectura.

El señor Labree tampoco había ido después de comer, aunque en realidad eso no era nada extraño. Labree era un viudo que tenía una gran casa cerca de la finca de los Griffen, y la señorita Coogan sabía perfectamente que no iba a comer a su casa. Cenaba hamburguesas y cerveza en la taberna de Dell. Si para las once no había vuelto (ya eran las once menos cuarto), la señorita Coogan sacaría la llave del cajón de la registradora y se encerraría con llave en el drugstore. No sería la primera vez, vaya Pero todos se verían en un lío si aparecía alguien ávido de emborracharse.

A veces la señorita Coogan echaba de menos la invasión que seguía a las sesiones de cine, antes de que hubieran demolido la vieja Sala Nórdica que estaba al otro lado de la calle: gente que le pedía helados con soda, batidos y leche malteada, parejitas que se tomaban de la mano y hablaban de los deberes escolares para el día siguiente. Por más que a veces se hiciera pesado, todo eso era sano. No eran chicas como Ruthie Crockett y su grupo, siempre riéndose como tontas y adelantando el busto, y con esos téjanos tan ajustados que marcaban la línea de las bragas... cuando las llevaban. Sus auténticos sentimientos hacia aquellos clientes de antaño (que, aunque la señorita Coogan lo hubiera olvidado, la irritaban tanto como los de ahora) estaban nublados por la nostalgia, de modo que cuando la puerta se abrió, levantó ansiosamente la cabeza como si esperara ver entrar a alguno de aquellos estudiantes de 1964 con su chica, dispuestos a pedirle un batido de chocolate con ración extra de avellanas.

Pero era un hombre, un adulto, alguien a quien la señorita Coogan conocía pero que no acababa de identificar. Mientras él acercaba su maleta al mostrador, algo en su manera de andar o en el porte de la cabeza le permitieron identificarlo.

-¡Padre Callahan! -exclamó con sorpresa.

Jamás le había visto sin ropas sacerdotales. Ahora vestía unos simples pantalones oscuros y una camisa de algodón azul como un obrero. .

De pronto, se sintió asustada. Su aspecto era pulcro y aseado, pero había algo en su expresión, algo que...

Súbitamente, la señorita Coogan recordó el día, veinte años atrás, que había regresado del hospital donde su madre acababa de morir de un derrame cerebral. Cuando ella se lo

comunicó a su hermano, el aspecto de él era un poco como el que tenía el padre Callahan. Su rostro tenía algo de macilento y condenado, y los ojos miraban aturdidos y sin expresión. En la mirada había un ardor consumido, y en torno de la boca la piel aparecía roja e irritada, como si se hubiera afeitado con demasiada insistencia o hubiera pasado largo rato frotándose con una toalla.

-Quiero un billete de autobús -pidió.

Claro, pensó ella. Pobre hombre, alguien ha muerto y acaban de llamarle a la rectoría o como se llame.

-Muy bien -respondió-. ¿Adonde?

-¿Cuál es el primer autobús?

-¿Hacia dónde?

-Hacia cualquier parte -fue la respuesta, que echó por tierra su teoría.

-Bueno... no... a ver -confundida, la señorita Coogan recorrió torpemente el horario-. A las 11.10 hay uno a Portland, Boston, Hartford y Nueva Yo...

-Ése. ¿Cuánto?

-¿Por cuánto tiempo... quiero decir, hasta dónde? -Su confusión ya no tenía límites.

-Hasta el final -dijo él con indiferencia y sonrió.

La señorita Coogan no había visto jamás una sonrisa tan espantosa, y se estremeció. Si me toca, pensó, gritaré. Gritaré con toda mi alma.

-E-e-es decir, hasta la ciudad de Nueva York -tartamudeó-. Veintinueve dólares.

Con cierta dificultad, Callahan se sacó el billetero del bolsillo de atrás, y la señorita Coogan advirtió que tenía la mano derecha vendada. Puso ante ella un billete de veinte dólares y dos de uno, mientras ella derribaba un montón de billetes sin marcar, en su intento de coger uno. Cuando terminó de recogerlos, Gallaban había agregado cinco dólares más y varias monedas.

Ella llenó el billete tan deprisa como le fue posible, pero no había rapidez que fuera suficiente. Sentía la mirada muerta de él. Selló el billete y lo empujó sobre el mostrador, para no tener que tocarle la mano.

-Te tendrá que esperar fuera, padre Callahan. Dentro de cinco minutos tengo que cerrar. -Atropelladamente, amontonó en el cajón de la registradora monedas y billetes, sin hacer intento de contarlos,

-Perfectamente -asintió él, y se metió el billete en el bolsillo de la camisa. Sin mirarla, añadió-: Entonces Yahvé puso una marca a Caín para que nadie que le encontrase le matara. Y Caín se alejó de la presencia de Yahvé y se fue a vivir en el país de Nod, al oriente del Edén. Eso dice la Escritura, señorita Coogan. La escritura más cruel de la Biblia.

-¿De veras? -preguntó ella-. Pero me temo que tendrá que salir, padre Callahan. Yo... el señor Labree estará aquí dentro de un minuto y no le gusta... no le gusta que yo... que...

-Claro -asintió él y se dio la vuelta para irse. Pero se detuvo y se volvió a mirarla. La señorita Coogan se estremeció bajo aquella mirada-. Usted vive en Falmouth ¿no es verdad, señorita Coogan? -Sí...

-¿Viaja en su propio coche?

-Sí, sí claro... Tengo que insistir en que espere el autobús fuera de...

-Está noche váyase a casa sin demora, señorita Coogan. Asegure todas las puertas de su coche y no se detenga a recoger a nadie. No se detenga aunque sea alguien a quien usted conoce. -Yo jamás subo en mi coche a autostopistas -declaró virtuosamente la señorita Coogan.

-Y cuando llegue a su casa, no vuelva a Salem's Lot -prosiguió Callahan-. Ahora las cosas andan mal en Solar.

-No sé a qué se refiere -balbuceó ella-, pero tendrá que salir fuera a esperar el autobús.
-Sí, está bien. Callahan salió.

Súbitamente, la señorita Coogan adquirió conciencia de lo silencioso que estaba el drugstore, de lo impresionante de ese silencio. ¿Sería posible que nadie hubiera entrado desde el anochecer, excepto el padre Callahan? Pues vaya si lo era. Nadie, en absoluto.

«Ahora las cosas andan mal en Solar.»

La señorita Coogan empezó a recorrer el local, apagando las luces.

27

En Solar, la oscuridad era total.

A las doce menos diez, a Charlie Rhodes le despertó un bocinazo prolongado. Se incorporó en su cama.

¡Su autobús!

Inmediatamente pensó: ¡Malditos mocosos!

Los chicos habían tratado otras veces de hacerle cosas así. Bien los conocía él a esos pequeños miserables. Una vez le habían desinflado los neumáticos, y aunque él no vio quién lo hacía, vaya si lo sabía. Había ido a ver a ese maldito subdirector para acusar a Mike Philbrook y Audie James. Él sabía que eran ellos... ¿acaso hacía falta verlos?

«¿Está usted seguro de que fueron ellos, Rhodes?»

«¿No se lo he dicho ya, acaso?»

Y a ese idiota no le había quedado otro remedio, había tenido que castigarlos. Después, una semana más tarde, el infeliz lo había llamado a su despacho.

«Rhodes, hoy castigamos a Andy Garvey.»

«¿Aja? No me sorprende. ¿Qué hizo?»

«Bot Thomas lo sorprendió mientras estaba desinflando los neumáticos de su autobús»

Y había clavado en Charlie Rhodes una larga y fría mirada apreciativa.

Bueno, y si había sido Garvey en vez de Philbrook y James, ¿qué? Todos andaban juntos, todos eran unos gamberros, todos se merecían que les aplastaran los sesos.

Y ahora le llegaba desde fuera el lamento enloquecedor del claxon, agotando su batería: HOONK, HOONK, HOOOONK...

-Hijos de mala madre -masculló mientras se levantaba de la cama.

Se enfundó los pantalones sin encender la luz. Si encendía la luz los muy cabroncetes escaparían.

En otra ocasión, alguien le había puesto una bosta de vaca en el asiento del conductor, y bastante idea tenía él de quién lo había hecho. Se podía leer en sus ojos. Eso lo había aprendido durante la guerra. Y el asunto de la bosta de vaca lo había arreglado a su manera. Durante tres días, a más de seis kilómetros del pueblo, hizo apearse de su autobús a aquel pequeño bastardo. Finalmente, el niño se le acercó llorando.

«Yo no hice nada, señor Rhodes. ¿Por qué me echa del autobús?»

«¿A llenarme el asiento de bosta le llamas nada?»

«Pero si no fui yo. Por Dios que no fui yo.»

Bueno, pero es que había que saber tratarlos. Eran capaces de mentir a su propia madre con una sonrisa en los labios, y probablemente lo hacían. Durante dos noches más siguió haciendo apearse al chico, y por Dios que al final confesó. Charlie lo echó una vez más -por si las moscas, digamos- y fue entonces cuando Dave Felsen, el de la gasolinera, le dijo que mejor que se quedara tranquilo.

H o o o o o o NK...

Se puso la camisa y al pasar recogió la vieja raqueta de tenis que tenía en un rincón. ¡A ver si esa noche acababa rompiéndola en algún trasero!

Salió por la puerta de atrás y rodeó la casa, hasta el lugar donde aparcaba el autobús amarillo. Se sentía decidido. Eso era infiltración, lo mismo que en el ejército.

Se detuvo detrás de una mata de adelfas para mirar el autobús. Sí, los veía, un montón de chiquillos, como sombras oscuras tras los cristales. Sintió la vieja furia, el odio a los niños como un hielo ardiente, y su mano apretó el mango de la raqueta hasta que ésta empezó a vibrar. Ahí estaban asomados a... seis, siete, ocho, ¡ocho ventanas de su autobús!

Se deslizó por detrás del vehículo hasta la puerta por donde subían los pasajeros. La encontró abierta y, súbitamente, trepó de un salto los escalones.

-¡Muy bien! ¡Quedaos donde estáis, gamberros! Tú deja ese maldito claxon o te...

El chico sentado en el asiento del conductor se volvió y le dirigió una sonrisa extraviada. Charlie sintió que se le revolvían las tripas. Era Richie Boddin, y estaba blanco, tan blanco como una sábana, excepto los carbones negros que eran sus ojos, y los labios de un rojo rubí. Y sus dientes...

Charlie Rhodes miraba por el pasillo.

¿No era ése Mike Philbrook? ¿Y Audie James? Dios todopoderoso, ¡hasta los muchachos de Griffen estaban allí! Hal y Jack, sentados al fondo, con el pelo lleno de heno. Pero /$* ellos no viajan en mi autobús! Mary Kate Greigson y Brent Tenney, sentados uno junto a otro, ella en camisón, él con téjanos y una camisa de franela puesta del revés, y además con la parte de la espalda hacia delante.

Y Danny Glick. Pero... oh, Cristo... si estaba muerto; ¡hacía semanas que había muerto!

-Un momento, chicos... -murmuró, con los labios entumecidos.

La raqueta de tenis se le cayó de la mano. Se oyó una especie de resuello y un golpe sordo mientras Richie Boddin, sin dejar de sonreír como un poseso, accionaba la palanca de cerrar la puerta plegable. Y ahora se estaban levantando de los asientos, todos.

-No -les dijo, intentando sonreír-. Chicos... no comprendéis. Soy yo. Soy Charlie Rhodes. Soy... no...

Les sonreía con una mueca, extendiendo las manos como si quisiera demostrarles que no eran más que las manos sin culpa del viejo Charlie Rodes, y fue retrocediendo hasta chocar contra el amplio cristal del parabrisas.

-No-susurró.

Siguieron avanzando, sonrientes.

-No, por favor...

Y cayeron sobre él.

28

Ann Norton murió en el corto trayecto en ascensor desde la planta baja al primer piso del hospital. Se estremeció, y un hilillo de sangre se le escurrió por la comisura de la boca.

-Bueno -comentó uno de los asistente. Ya podemos desconectar la sirena.

29

Eva Miller había estado soñando.

Era un sueño raro, sin ser exactamente una pesadilla. El incendio de 1951 bramaba bajo un cielo despiadado que iba virando desde el azul pálido del horizonte a un blanco cruel y ardiente sobre sus cabezas. Desde ese tazón invertido, el sol ardía furiosamente, como una reluciente moneda de cobre. El olor acre del humo lo invadía todo; todas las actividades se habían interrumpido y la gente estaba inmóvil en las calles, mirando hacia el sudoeste, hacia los pantanos, y hacia el noroeste, hacia los bosques. Durante toda la mañana el humo había estado en el aire, pero ahora, a la una de la tarde, se podía ver cómo las brillantes arterias del fuego danzaban entre el follaje, más allá de los campos de los Griffen. La brisa que había ayudado a las llamas a saltar una barrera traía ahora una precipitación de cenizas blancas sobre el pueblo, como nieve de verano.

Ralph vivía, y había salido a ver si podían salvar el aserradero. Pero en el sueño todo estaba mezclado, porque Ed Craig estaba con ella, aunque Eva no había conocido siquiera a Ed hasta el otoño de 1954.

Ella estaba mirando el fuego desde la ventana de su dormitorio en el piso de arriba, y estaba desnuda. Unas manos la tocaron desde atrás, ásperas y morenas sobre la blancura tersa de las caderas, y Eva supo que era Ed, aunque en el cristal no se viera la sombra de su reflejo.

Ed, quería decirle. Ahora no. Es demasiado pronto. Nos faltan casi nueve años.

Pero las manos de él eran insistentes: le recorrían el vientre, un dedo jugueteó con el ombligo, después ambas manos se deslizaron hacia arriba hasta apoderarse de sus pechos con lasciva osadía.

Eva intentaba decirle que estaban en la ventana, que cualquiera que estuviera en la calle podía mirar por encima del hombro y verlos, pero las palabras se negaban a salir, y después sintió los labios de él en el brazo, en el hombro, hasta posarse con insistencia, lujuriosos, en su cuello. Eva sintió la presión de los dientes y cómo él la mordía, la mordía y chupaba, absorbiéndole la sangre, mientras ella de nuevo intentaba protestan No me dejes marcas que Ralph se dará cuenta...

Pero protestar se le hacía imposible; además, ya no quería protestar. A Eva ya no le importaba que alguien pudiera mirar y verlos.

Sus ojos se dirigieron soñolientos hacia el fuego, mientras los labios y los dientes de Ed seguían chupándole el cuello, y Eva vio que el humo era muy negro, tanto como la noche, que oscurecía ese cielo ardiente y metálico, convirtiendo el día en noche.

Y después se hizo la noche y el pueblo desapareció, pero el fuego seguía crepitando en la oscuridad, pasando por formas fascinantes, calidoscópicas, hasta que le pareció que dibujaba un rostro con sangre, un rostro que tenía nariz de halcón, ojos ardientes y hundidos, labios gruesos y sensuales ocultos en parte por un espeso bigote, y el pelo peinado hacia atrás como el de un músico, descubriendo la frente.

-El aparador de estilo gales -dijo una voz distante, y Eva supo que era la de él-. El que está en el ático. Creo que ése nos irá muy bien. Y después arreglaremos lo de las escaleras. Hay que estar preparados.

La voz se desvaneció. Las llamas se desvanecieron.

Sólo quedó la oscuridad, y Eva en medio de ella, soñando o empezando a soñar. Pensó oscuramente que sería un sueño dulce y largo, pero amargo y sin luz bajo la superficie, como las aguas del Letea

Otra voz, pero ésta era la de Ed.

-Vamos cariño. Levántate. Tenemos que hacer lo que él dice.

-¿Ed? ¿Ed?

Su rostro parecía flotar sobre el de ella, no dibujado en el fuego sino terriblemente pálido, extrañamente vacío. Sin embargo, Eva le amaba más que nunca. Se moría de ganas de que él la besara.

-Vamos, Eva.

-¿Es un sueño, Ed?

-No... un sueño no.

Por un momento ella se sintió asustada, pero después ya no hubo miedo, sino comprensión. Y con la comprensión vino el hambre.

Cuando miró el espejo no vio allí más que el reflejo de su dormitorio, silencioso y vacío. La puerta del ático estaba cerrada con llave, y la llave estaba en el cajón de abajo de la cómoda, pero no importaba. Ya no tenían necesidad de llaves.

Como sombras, se deslizaron a través de la puerta.

30

A las tres de la madrugada, la circulación de la sangre se enlentece y el sueño es pesado. El alma duerme, en feliz ignorancia de la hora, o bien mira en torno de ella con absoluta desesperación. No hay términos medios. A las tres de la mañana, a esa vieja puta que es el mundo se le han descascarado los colores alegres, y se ve que le falta la nariz y que tiene un ojo de cristal. La alegría se ahueca y se resquebraja, como en el castillo de Poe, cercado por la Muerte Roja. El horror se diluye en el aburrimiento. El amor es un sueño.

Parkins Gillespie se levantó del escritorio y fue a buscar la cafetera; tenía el aspecto de un mono delgadísimo, que acabara de sufrir una enfermedad devastadora. Tras él quedaban extendidos los naipes de un solitario. Parkins había oído varios alaridos en la noche, el sonido palpitante de un claxon, y en una ocasión ruido de pies que corrían. No se había asomado a investigar nada de eso. Su rostro enjuto y rígido se veía acosado por las cosas que su intuición le decía que estaban pasando allí fuera. Llevaba al cuello una cruz, una medalla de san Cristóbal y el signo de la paz. No sabía exactamente por qué se los había puesto, pero de alguna manera consolaban. Estaba pensando que si conseguía pasar esa noche, por la mañana se iría muy lejos, dejando su placa en el estante, junto al llavero.

Mabel Werts estaba sentada a la mesa de la cocina; tenía delante una taza de café frío, por primera vez en años había corrido las cortinas, y no había sacado del estuche los binoculares. Por primera vez en sesenta años no quería ver ni oír nada. La noche estaba llena de un chismorreo mortal que Mabel no quería escuchar.

Bill Norton iba camino del hospital de Cumberland, tras haber recibido una llamada (que había sido hecha mientras su mujer aún vivía). Tenía una expresión pétrea e inmóvil. Los limpiaparabrisas se movían rítmicamente bajo una lluvia que a cada instante se hacía más intensa. Bill trataba de no pensar en nada.

En el pueblo también había personas que dormían o velaban, pero indemnes, la mayoría personas solas, sin familiares ni amigos íntimos en el pueblo. Muchos de ellos no se habían dado cuenta de que estuviera sucediendo nada.

Los que velaban, sin embargo, estaban con todas las luces encendidas, y cualquiera que pasara por el pueblo (y eran muchos los coches que pasaban en dirección a Portland o los pueblos del Sur) se extrañaría ante ese pueblecito, tan semejante a los otros que aparecían en la carretera, con su extraño espectáculo de viviendas completamente iluminadas. Tal vez el conductor habría disminuido la marcha para comprobar si había algún incendio, o accidente, y luego volvería a acelerar sin pensar más en el asunto.

Y he aquí lo peculiar de entre los que velaban en Salem's Lot, ninguno sabía la verdad. Tal vez un puñado de ellos la sospechara, pero incluso esas sospechas eran vagas e informes. Y sin embargo, todos se habían dirigido sin vacilar a los cajones de sus escritorios, a los baúles guardados en el ático o a los joyeros en la cómoda del dormitorio, en busca de cualquier símbolo religioso que pudieran poseer. Y lo hacían sin pensarlo, de la misma manera que un hombre que viaja solo en su coche durante una gran distancia va canturreando sin darse cuenta de que lo hace. Lentamente iban andando de habitación en habitación, como si sus cuerpos se hubieran vuelto frágiles y cristalinos, e iban encendiendo todas las luces y jamás miraban por las ventanas.

Eso, sobre todo: no miraban por las ventanas.

Por más que hubiera ruidos o terribles temores, por más espantoso que fuera lo desconocido, había algo todavía peor: mirar cara a cara a la Gorgona.

31

El ruido se adentró en su sueño como un clavo que se va insertando en el corazón del roble, con exquisita lentitud, fibra por fibra. Al principio, Reggie Sawyer pensó que soñaba con algo de carpintería y su cerebro, desde la penumbrosa frontera entre sueño y vigilia, colaboró enviándole un lento fragmento de recuerdo de cuando él y su padre clavaban las tablas de la cabaña que habían levantado en Bryant Pond en 1960.

El sueño fue desembocando en la nebulosa idea de que no estaba soñando, sino oyendo los golpes de un martillo. Después vino la desorientación y Reggie se encontró despierto y advirtió que los golpes seguían sonando en la puerta principal, que alguien descargaba el puño sobre la madera con la regularidad de un metrónomo.

Sus ojos se dirigieron primero hacia Bonnie, que yacía a su lado, cubierto por las mantas. Después fueron hacia el reloj: las cuatro y cuarto.

Se levantó, salió silenciosamente del dormitorio y cerró la puerta. Encendió la luz del vestíbulo, echó a andar hacia la puerta y de pronto se detuvo. Vaciló.

Sawyer miró la puerta de su casa. Nadie llamaba a las cuatro y cuarto. Si alguien de la familia moría, lo comunicaban por teléfono, no venían a golpear a la puerta.

En 1968, Reggie había pasado siete meses en Vietnam. Aquél fue un año muy duro para los norteamericanos en Vietnam, y él sabía lo que era el combate. En aquellos días, despertarse era algo tan instantáneo como chascar los dedos o encender una lámpara; en un momento uno era una piedra, al minuto siguiente estaba alerta en la oscuridad. Reggie había perdido ese hábito tan pronto regresó a territorio estadounidense, y se enorgullecía de eso, aunque nunca lo hubiera dicho. Él no era una máquina, demonios.

Oprímase el botón A y Johnny se despierta, oprímase el botón B y Johnny mata unos cuantos amarillos.

Pero ahora, de manera inesperada, la incertidumbre y la pesadez algodonosa del sueño se habían desprendido de él corno se desprende la piel de una víbora, y Reggie parpadeó, alerta.

Había alguien ahí fuera. Sería Bryant, probablemente, lleno de alcohol y dispuesto a vencer o morir por la bella prisionera.

Reggie fue hacia la sala y, se dirigió al armero que pendía sobre la falsa chimenea. No encendió la luz; a tientas, conocía perfectamente bien ese camino. Bajó la escopeta, la abrió, y la luz del vestíbulo arrojó un opaco resplandor sobre el bronce de los cañones. Volvió a la arcada que comunicaba con el vestíbulo y se detuvo. Los golpes seguían, monótonos, con regularidad, pero sin ritmo.

-Entre -invitó Reggie Sawyer.

Los golpes se detuvieron.

Se produjo uña larga pausa y después el picaporte giró lentamente, hasta que por fin terminó su recorrido. Cuando la puerta se abrió, ahí estaba Corey Bryant.

Reggie sintió que se le detenía el corazón. Bryant seguía vestido con la misma ropa que llevaba la noche que Reggie lo había echado a la calle, sólo que ahora las prendas estaban desgarradas y manchadas de barro. Tenía hojas pegadas a la camisa y los pantalones. Un trozo de tierra que k cruzaba la frente destacaba más su palidez.

-No te muevas -ordenó Reggie mientras levantaba la escopeta y le quitaba el seguro-, esta vez está cargada.

Pero Corey Bryant siguió avanzando, con sus ojos opacos clavados en el rostro de Reggie con una expresión mucho peor que el odio. Tenía los zapatos embadurnados de barro, que la lluvia había convertido en una especie de cola negruzca, y mientras caminaba iba salpicando el suelo del vestíbulo. En su andar había algo inexorable y despiadado, algo que daba la impresión de una fría y despiadada falta de misericordia. Los tacones embarrados seguían resonando. No habría orden capaz de detenerlos, ni ruego que pudiera persuadirlos.

-Si das un paso más te vuelo la cabeza -lo amenazó Reggie, atónito.

Ese tipo estaba más que borracho, estaba totalmente loco. Reggie advirtió con súbita claridad que tendría que disparar.

-Detente -volvió a decir, esta vez como quien no quiere la cosa.

Corey Bryant no se detuvo. Tenía los ojos fijos en la cara de Reggie, con la avidez mortal y chispeante de un animal embalsamado. Sus tacones seguían resonando con solemnidad.

A sus espaldas, oyó gritar a Bonnie.

-Vete al dormitorio -dijo Reggie, y retrocedió hacia el vestíbulo para interponerse entre ambos.

Ahora, Bryant no estaba a más de dos pasos de distancia. Una mano, blanca y floja, se tendió para aferrar los dos cañones de la escopeta.

Reggie apretó los dos disparadores.

En el estrecho vestíbulo, el estampido sonó como un trueno. De los dos cañones asomaron durante un momento lenguas de fuego. El olor intenso de la pólvora quemada inundó el aire. Se oyó un nuevo y agudo grito de Bonnie. La camisa de Corey se ennegreció y se hizo trizas, desintegrada más que perforada. Pero al abrirse, destrozados los botones, reveló, increíblemente intacta, la blancura de pescado del pecho y el abdomen de Corey. Los ojos espantados de Reggie recibieron la impresión de que esa carne no era carne en realidad, sino algo tan insustancial como una cortina de gasa.

Después vio que le arrebataba el arma como si las suyas fueran las manos de un niño. Sintió que le levantaba y le arrojaba contra la pared con una fuerza sobrehumana. Las piernas se negaron a sostenerle y Reggie se desplomó, aturdido.

Bryant pasó junto a él, hacia Bonnie, que se estremecía bajo la arcada, pero sin apartar los ojos del rostro de Corey. Reggie pudo leer la excitación en sus ojos.

Corey le miró por encima del hombro y esbozó una sonrisa que era una mueca vacía, como las que dedican a los turistas las calaveras de los animales muertos en el desierto. Bonnie le esperaba con los brazos abiertos. Los dos se estremecieron. Parecía que,

sobre el rostro de ella, el terror y la lujuria alternaran como las sombras y la luz del sol al paso de las nubes.

-Cariño... -gimió Bonnie.

Reggie vociferaba.

32

Llegamos a Hartford -anunció el conductor del autobús.

A través de la ventanilla, Callahan miró ese lugar desconocido, más desconocido aún bajo la primera luz incierta de la mañana. En Solar ahora debían de estar regresando a sus madrigueras.

-Gracias.

-Hacemos una parada de veinte minutos. Pueden bajar a comprarse un bocadillo o lo que sea.

Callahan sacó torpemente del bolsillo el billetero, que estuvo a punto de caérsele de la mano vendada. Lo raro era que la quemadura ya no le dolía mucho; sólo sentía la mano entumecida. Habría sido mejor el dolor. El dolor por lo menos era real. En la boca seguía sintiendo el sabor de la muerte, soso y arenoso como una manzana pasada. ¿Y eso era todo? Sí, y era suficiente.

Le tendió un billete de veinte dólares.

-¿Puede traerme una botella de whisky.

-Señor, las reglas...

-Y quedarse con la vuelta, claro.

-Oiga, no quiero que nadie se emborrache en mi autobús. Dentro de dos horas estaremos en Nueva York, y ahí podrá comprar usted lo que quiera.

Creo que te equivocas, amigo, pensó Callahan. Volvió a mirar su billetero para ver cuanto tenía. Uno de diez, dos de cinco y uno de uno. Sumó el billete de diez a los veinte y volvió a extender su mano vendada.

-Una de medio litro está bien -repitió-. Y puede quedarse con la vuelta.

La mirada del conductor se dirigió de los treinta dólares a aquellos sombríos ojos hundidos y tuvo la impresión de estar hablando con una calavera viviente, una calavera que por algún motivo ya no sabía sonreír.

-¿Treinta dólares por medio litro de whisky? Oiga, usted está loco. -Pero cogió el dinero, fue hasta la puerta del autobús y allí se dio vuelta-. Pero tenga cuidado. No quiero que nadie se emborrache en mi autobús.

Callahan hizo un gesto de asentimiento, como un niño pequeño que se ha ganado una reprimenda.

El conductor le miró por un momento más, y luego descendió.

Whisky barato, pensó Callahan. Algo que queme la lengua y haga arder la garganta. Que haga desaparecer ese regusto dulzón y blando, o por lo menos que lo atenúe hasta que encuentre un lugar donde pueda empezar a beber en serio. A beber y beber y beber.

Pensó entonces que podría derrumbarse y echar a llorar. Pero no le quedaban lágrimas. Se sentía seco, y totalmente vacío. Lo único que quedaba era ese regusto.

Date prisa conductor.

Siguió mirando por la ventanilla. Al otro lado de la calle había un adolescente, sentado en los escalones de un porche, con la cabeza apoyada en los brazos. Callahan lo contempló hasta que el autobús volvió a partir, pero el muchacho no se movió.

33

Ben ascendió a la superficie de la vigilia cuando una mano le tocó el brazo.

-Hola -le susurró Mark al oído.

Ben abrió los ojos, parpadeó un par de veces y miró hacia el mundo a través de la ventana. La aurora había llegado furtivamente, en medio de una insistente lluvia otoñal Los árboles que rodeaban el pabellón situado en el lado norte del hospital estaban ya semidesnudos, y las ramas negras se dibujaban contra el gris del cielo como las gigantescas letras de un alfabeto desconocido. La carretera 30, que al salir del pueblo describía una curva hacia el este, estaba brillante como la piel de una foca, y un coche que pasaba con las luces traseras todavía encendidas dejó un maligno reflejo rojo sobre el asfalto.

Ben se levantó y miró alrededor. Matt dormía con un ritmo respiratorio regular, aunque superficial. Jimmy también estaba dormido, tendido en el único diván de la habitación. Al ver en las mejillas de éste la barba de tres días, que le daba un aspecto no muy propio de un médico, Ben se pasó la mano por la cara. Raspaba.

-Es hora de salir, ¿no? -preguntó Mark.

Ben asintió con la cabeza. Por su mente pasó la visión del día que se abría ante ellos y que podría traerles muchas cosas desagradables, y sintió deseos de evitarlo. La única manera de cumplir con lo que debían hacer sería no pensar en nada con más de diez minutos de antelación. Miró a Mark y vio en su rostro una ansiedad terrible.

Se levantó y fue a despertar a Jimmy.

Jimmy refunfuñó, debatiéndose en su diván como un nadador que regresa de aguas muy profundas. La cara se le contrajo, los párpados aletearon y, al abrirse, los ojos reflejaron por un momento un terror inenarrable. Miró a ambos, sin reconocerlos.

-Ah... Era un sueño -balbuceó.

Mark hizo un gesto comprensivo.

-El día -murmuró Jimmy.

Se levantó, fue hacia la cama de Matt y le cogió la muñeca para tomarle el pulso.

-¿Está bien? -preguntó Ben.

-Me parece que está mejor que anoche -respondió Jimmy-. Ben, quiero que salgamos los tres en el ascensor de servicio, por si anoche alguien se fijó en Mark. Cuanto menos nos arriesguemos, mejor.

-¿No le pasará nada al señor Burke por quedarse solo? -preguntó Mark,

-Creo que no -contestó Ben-. Tendremos que confiar en que se las arregle por su cuenta. Nada le gustaría más a Barlow que mantenernos inmovilizados un día más.

Salieron de puntillas al corredor y se dirigieron al ascensor de servicio. A esa hora comenzaba el movimiento en la cocina. Una de las cocineras saludó con la mano a Jimmy.

-Hola, doctor.

Nadie más les dirigió la palabra.

-¿Dónde vamos primero? -preguntó Jimmy-. ¿Al colegio de Brock Street?

-No -decidió Ben-. Eso lo haremos por la tarde, ahora habrá demasiada gente allí. Mark, ¿salen temprano los más pequeños?

-A las dos de la tarde.

-Entonces tendremos bastantes horas de luz. Vamos primero a casa de Mark, a preparar estacas.

34

A medida que iban acercándose a Solar, en el Buick de Jimmy fue condensándose una nube de terror casi palpable, y la conversación languideció. Cuando Jimmy salió de la carretera al llegar al gran cartel luminoso que anunciaba CARRETERA 12 JERUSALEM'S LOT condado de CUMBERLAND, Ben recordó que por ese camino habían regresado él y Susan la primera noche que salieron juntos, cuando ella había querido ver una película de persecuciones en automóvil.

-Qué mal está esto -comentó Jimmy, cuyo rostro infantil estaba pálido y reflejaba cólera y miedo-. Por Dios, si es algo que casi se huele.

Y vaya si se huele, pensó Ben aunque el olor era más mental que físico, una especie de emanación psíquica de las tumbas.

La carretera 12 estaba casi desierta. Por el camino pasaron junto al pequeño camión de reparto de leche de Win Purimon, abandonado allí. Jimmy le dirigió una mirada interrogante, pero Ben sacudió la cabeza.

-Ahí no está.

Jimmy se golpeó la pierna con el puño.

Pero mientras entraban en el pueblo, Jimmy exclamó con una absurda sensación de alivio:

-¡Mirad, el bar de Crossen está abierto!

Y así era. Milt estaba fuera, cubriendo con un plástico sus estantes de periódicos, y junto a él, enfundado en un impermeable amarillo, se veía a Lester Silvius.

-Pero no veo a ninguno de los demás -comentó Ben.

Milt les saludó con la mano, y a Ben le pareció distinguir una expresión tensa en el rostro de los dos hombres. En la funeraria de Foreman seguía el cartel de «Cerrado». También la ferretería estaba cerrada, y la tienda de Spencer, con las cortinas bajadas. El restaurante seguía abierto, y después de haber pasado frente a él, Jimmy arrimó su Buick a la acera, delante de la nueva tienda. Por encima del escaparate unas sencillas letras doradas seguían anunciando: «Barlow y Straker Antigüedades.» Y pegado a la puerta, como había dicho Callahan, un letrero escrito a mano con la pulcra caligrafía que todos reconocieron, la misma de la nota que habían leído el día anterior: «Cerrado hasta nuevo aviso.»

-¿Por qué te detienes aquí? -preguntó Mark.

-Por si estuviera escondido ahí dentro -dijo Jimmy-. Es algo tan obvio que tal vez haya pensado que no lo tendríamos en cuenta. Y creo que a veces los aduaneros ponen una marca en los cajones que han revisado, con tiza.

Dieron la vuelta hacia la parte trasera de la tienda y, mientras Ben y Mark se encorvaban para protegerse de la lluvia, Jimmy, cubriéndose el brazo con su impermeable, rompió el cristal de la puerta.

Dentro, el aire era pestilente y rancio, como si aquello hubiera estado cerrado desde hacía siglos, no unos pocos días. Ben asomó la cabeza por la puerta que daba a la tienda, pero allí no había lugar donde esconderse.

-¡Venid aquí! -llamó Jimmy con voz ronca, y Ben sintió que el corazón le daba un vuelco.

Jimmy y Mark estaban junto a un largo cajón de tablas que Jimmy había abierto parcialmente con el extremo hendido del martillo que llevaba. Dentro se distinguía una mano pálida y una manga oscura.

Sin vacilar, Ben se abalanzó sobre el cajón, mientras Jimmy seguía utilizando el martillo en el extremo opuesto.

-Ben -le advirtió-, vas a hacerte daño en las manos.

Ben no le oía. Rompía a puñetazos las tablas del cajón y las arrancaba sin pensar en clavos ni en astillas. Ahí estaba, ahí tenían a ese ser siniestro y resbaladizo, y ahora podría hundirle la estaca en el corazón de la misma manera que se la había clavado a Susan, ahora... Pero de repente, se encontró mirando la palidez del rostro de Mike Ryerson.

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Jimmy.

-Lo mejor será ir a casa de Mark -reiteró Ben, en cuya voz vibraba la decepción-. Ya sabemos dónde está, y aún no tenemos ninguna estaca.

Descuidadamente, volvieron a poner en su lugar los trozos de madera astillada.

-Deja que te examine las manos, están sangrando -dijo Jimmy.

-Más tarde. Vamos.

Volvieron a rodear el edificio, embargados todos por la inexpresada alegría de estar otra vez al aire libre. Jimmy avanzó por Jointner Avenue y se introdujo en la zona residencial del pueblo, un poco más allá del pequeño centro comercial. Llegaron a la casa de Mark en menos tiempo del que hubieran deseado.

El viejo sedán del padre Callahan seguía aparcado en el camino de entrada. Al verlo, Mark palideció y miró hacia otro lado.

-No puedo entrar ahí -balbuceó-. Lo siento, pero esperaré en el coche.

-No tienes por qué disculparte, Mark -le tranquilizó Jimmy.

Aparcó y bajaron del coche. Ben titubeó un momento antes de apoyar la mano en el hombro de Mark.

-¿Seguro que estarás bien?

-Seguro -afirmó el chico, pero no tenía buen aspecto. Le temblaba el mentón, y en sus ojos asomaba una mirada vacía. De pronto se volvió hacia Ben y sus ojos volvieron a adquirir expresión, una expresión de dolor, anegados en lágrimas-. Cubridlos, ¿queréis? Si están muertos, cubridlos. -Claro que sí -prometió Ben.

-Es mejor así -susurró Mark-. Mi padre... habría sido un buen vampiro. Tal vez tan bueno como Barlow, con el tiempo. Era... muy eficiente en todo lo que hacía. Demasiado eficiente, tal vez.

-Trata de no pensar demasiado -le dijo Ben, y sintió que despreciaba aquellas inútiles palabras.

Mark levantó la vista y le miró, sonriendo débilmente.

-La leña está en el patio de atrás -les dijo-. Iréis más deprisa si usáis la sierra de mi padre, que está en el sótano.

-Está bien -asintió Ben-. Estáte tranquilo, Mark. Lo más tranquilo que puedas.

El y Jimmy subieron y entraron en la casa.

35

-Callahan no está aquí -dijo Jimmy después de haber recorrido toda la casa.

-Barlow debe de haberlo vencido -se obligó a decir Ben.

Miró la cruz destrozada que tenía en la mano, la que el día anterior pendía del cuello de Callahan. No habían encontrado ningún otro rastro de él; la cruz yacía junto a los Petrie, que estaban indudablemente muertos. Les habían golpeado las cabezas, una contra otra, con tanta fuerza que les habían partido el cráneo. Ben recordó la fuerza antinatural que había exhibido la señora Glick, y tragó saliva.

-Vamos -le dijo a Jimmy-. Tengo que cubrirlos, lo prometí.

36

Retiraron la funda que protegía del polvo el diván de la sala y con eso los cubrieron. Ben procuraba no mirar ni pensar en lo que estaban haciendo, pero le resultaba imposible. Terminada la tarea, una mano -cuyas uñas cuidadas y esmaltadas proclamaban que era de June Petrie- siguió asomando por debajo del alegre estampado de tela, y Ben la empujó hacia adentro con la punta del pie, con el rostro desencajado. Bajo la funda, la forma de los cuerpos le hizo pensar en las fotos de Vietnam, los muertos en el campo de batalla, los soldados que transportaban horrendas cargas ocultas en sacos de goma negra que tenían un parecido absurdo con las bolsas donde se llevan los palos de golf. Después bajaron, cada uno con una brazada de leña de fresno.

El sótano había sido el dominio de Henry Petrie, y reflejaba a la perfección su personalidad. Había tres luces de gran intensidad, y cada una de ellas contaba con una pantalla móvil para que la luz cayera sobre su cepillo mecánico, la sierra, el torno o la pulidora eléctrica. Ben advirtió que Petrie estaba construyendo una casa para los pájaros, que probablemente pensaba poner en el jardín de atrás al llegar la primavera, y el plano que había dibujado como guía para el trabajo estaba extendido, sujeto en los ángulos por pisapapeles de metal fabricados por él mismo. Su trabajo era competente, pero no imaginativo, y lo que estaba haciendo jamás quedaría terminado.

-Con esto no vamos a ninguna parte -dijo Jimmy.

-Sí, lo sé.

-La pila de leña -resopló Jimmy, mientras dejaba caer estrepitosamente la leña que llevaba en los brazos.

Los leños empezaron a rodar en todas direcciones, mientras él dejaba escapar una risa histérica.

•-Jimmy...

La risa prevaleció sobre el intento de hablar de Ben.

-Varaos a salir a acabar con eso valiéndonos de una pila de leños del patio de Henry Petrie. ¿Qué tal si lo hiciéramos con patas de sillas, o con bates de béisbol?

-Jimmy, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Jimmy le miró.

-Una especie de caza del tesoro -sugirió-. Contar cuarenta pasos hacia el norte en el campo de Charles Griffen, y después mirar bajo la gran piedra. Por Dios. Podemos irnos del pueblo, eso es lo que podemos hacer.

-Pero ¿tú quieres irte? ¿Es eso lo que quieres?

-No. Pero es que no va a ser solamente hoy, Ben. Pasarán semanas antes de que hayamos acabado con todos, si es que alguna vez lo conseguimos. ¿Te sientes capaz de soportarlo? ¿Te sientes capaz de repetir... de repetir mil veces lo que le hiciste a Susan?

¿De ahuyentarlos de sus armarios y agujeros, vociferando y retorciéndose, para hundirles una estaca que les atraviese el corazón? ¿Puedes seguir hasta noviembre sin enloquecer?

Ben lo pensó.

-No lo sé -respondió.

-Bueno, ¿y qué me dices del chico? ¿Te parece que él puede soportarlo? Acabará para el chaleco de fuerza. Y Matt se morirá, eso puedo garantizárselo. Además, ¿qué hacemos cuando la poli estatal empiece a husmear por todos lados para descubrir qué demonios es lo que sucedió en Salem's Lot? ¿Qué le decimos? ¿«Por favor, esperen un momento mientras acabo de clavarle la estaca a este vampiro»? ¿Qué dices a eso, Ben?

-¿Y qué demonios quieres que diga? ¿Quién cuernos ha tenido un minuto para detenerse a pensar las cosas?

Se dieron cuenta de que estaban frente a frente, las narices a escasos centímetros de distancia, gritándose el uno al otro.

-Eh -reaccionó Jimmy-. Eh, tranquilicémonos.

Ben bajó los ojos.

-Disculpa.

-No te preocupes. Estamos en una situación tensa... sin duda eso es exactamente lo que quiere Barlow. -Se pasó una mano por su mata de pelo color zanahoria y miró alrededor. Sus ojos se detuvieron sobre algo que había junto al plano dibujado por Henry Petrie: un lápiz blando y chato, de carpintero. Jimmy lo cogió.

-Tal vez la mejor manera sea ésta -murmuró.

-¿Cual?

-Tú te quedas aquí, Ben, y empiezas a preparar las estacas. Si nos vamos a meter en esto, tenemos que hacerlo científicamente. Tú serás el departamento de producción, y Mark y yo formaremos el de investigación. Recorreremos el pueblo en su busca. Y los encontraremos, de la misma manera que encontramos a Mike. Con este lápiz de carpintero marcaremos los lugares donde están. Entonces, mañana será el día de las estacas.

-Pero ¿no se cambiarán de lugar cuando vean las marcas?

-No lo creo. La señora Glick no daba la impresión de relacionar muy bien las cosas. Creo que se mueven más bien por instinto. Es posible que después de un tiempo empiecen a esconderse mejor, pero al principio la cosa será como pescar en una pecera.

-¿Por qué no voy yo?

-Porque yo conozco el pueblo, y en el pueblo me conocen... de la misma manera que conocían a mi padre. Hoy, la gente que queda viva en Solar estará escondida en su casa. Si tú llamas a la puerta, nadie te abrirá. Si llamo yo, es posible que me abran. Además yo conozco algunos de los lugares donde pueden ocultarse. Sé donde se esconden los borrachos en la zona de los pantanos Marshes, y hacia dónde se desvían los caminos de tierra. ¿Crees que podrás usar el torno y la sierra?

-Sí -asintió Ben.

Jimmy tenía razón. Sin embargo, el alivio que sintió Ben al no tener que salir a hacerles frente hizo que al mismo tiempo se sintiera culpable.

-Está bien. Adelante. Ya es más de mediodía.

Ben se dirigió al torno, pero se detuvo.

-Si esperas una media hora, tal vez puedas llevarte una docena de estacas.

Jimmy se detuvo y bajó los ojos.

-Humm... creo que mañana... mañana sería...

-Como quieras-asintió Ben-. Iros, entonces volved alrededor de las tres. A esa hora, la escuela estará suficientemente tranquila para que podamos ir a ver qué pasa allí.

-De acuerdo.

-Jimmy echó a andar hacia las escaleras. Algo, una idea no muy clara o una inspiración, le hizo volverse. Al otro lado del sótano vio a Ben, trabajando al resplandor deslumbrante de las tres luces ordenadamente dispuestas en hilera.

Ben detuvo el torno y le miró.

-¿Algo más?

-Sí -murmuró Jimmy-. Algo que tengo en la punta de la lengua, pero nada mas.

Ben arqueó las cejas.

-Cuando me di la vuelta desde la escalera y te vi, fue como si recordara algo...

-¿Importante?

-No lo sé. -Se quedó quieto un momento, restregando los pies en el suelo, esperando que volviera el recuerdo.

Tenía que ver con la imagen que presentaba Ben, de pie bajo esas luces, inclinado sobre el torno. Pero fue en vano. Cuando se pensaba en una cosa así, lo único que se conseguía era sentirla más distante.

Subió por las escaleras, pero se detuvo una vez más para mirar atrás. La imagen le sugería algo obsesivamente familiar, pero que se resistía a volver. Atravesó la cocina, salió y se dirigió al coche. La lluvia se había convertido en una ligera llovizna.

37

El automóvil de Roy McDougall estaba a la entrada del sector de casas prefabricadas, en Bend Road, y el hecho de verlo aparcado un día de trabajo hizo que Jimmy temiera lo peor.

Él y Mark descendieron del coche; Jimmy llevaba su maletín negro. Subieron por los escalones, y Jimmy pulsó el timbre. Como no funcionaba, llamó a la puerta de la casa. Sus golpes no despertaron a nadie, ni en casa de los McDougall ni en la siguiente, que estaba a unos veinte metros de distancia.

Jimmy trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada.

-En el coche tenemos un martillo -dijo.

Cuando Mark se lo trajo, Jimmy rompió el vidrio de la puerta, por encima del picaporte. Luego metió la mano para descorrer el cerrojo. La puerta interior no estaba cerrada. Ambos entraron.

El olor era inmediatamente definible, y Jimmy sintió que la nariz se le contraía, como intentando rechazarlo. Aunque no era tan intenso como el que había sentido en el sótano de los Marsten, era igualmente repugnante, un olor a muerte y podredumbre, hedor de humedad y descomposición. Jimmy recordó la época en que, de niños, él y sus compañeros solían salir en bicicleta, durante las vacaciones de primavera, a recoger los envases retornables de cerveza y gaseosas que iba dejando al descubierto el deshielo. En uno de los envases, una botella de naranja Crush, estaba el cuerpo de un ratón silvestre que, atraído por el aroma, se había metido dentro y no había podido salir. Una bocanada de aquel olor pútrido le había obligado a vomitar. Era un olor muy semejante al que ahora les envolvía, en el que una dulzura repugnante y una acidez nauseabunda se mezclaban en una fermentación infernal. Jimmy sintió que se le cerraba la garganta.

-Están aquí, en alguna parte -dijo Mark.

Lo recorrieron todo, sin dejar ningún armario por abrir. A Jimmy le pareció ver algo en el armario empotrado del dormitorio principal, pero no era más que un montón de ropa sucia.

-¿No hay sótano? -preguntó Mark.

-No, pero es posible que haya algún lugar que no se ve a primera vista.

Rodearon la casa y vieron una trampilla que daba a un espacio practicado entre los débiles cimientos de la casa. Estaba cerrada con un viejo candado, que cedió después de cinco buenos golpes de martillo. Cuando Jimmy abrió la trampilla, el olor los abofeteó como una ola.

-Están aquí -dijo Mark.

Al mirar dentro, Jimmy distinguió los pies, alineados como los de los cadáveres sobre un campo de batalla. Uno de ellos calzaba botas de trabajo, el otro un par de zapatillas, y el tercero, un par de pies muy pequeños por cierto, aparecía desnudo.

Qué escena de familia, pensó absurdamente Jimmy. Reader's Digest, ¿dónde estás cuando más falta haces? Le anegó una sensación de irrealidad. El bebé, pensó. ¿Cómo podremos hacer eso a un bebé?» Hizo una marca en la puerta con el lápiz de carpintero y volvió a recoger el candado roto.

-Espera -dijo Mark-. Sacaré fuera a uno de ellos.

-¿Sacar...? ¿Para qué?

-Tal vez la luz del sol acabe con ellos -dijo Mark-, y así nos ahorraremos recurrir a las estacas.

Jimmy asintió, esperanzado.

-Está bien. ¿Cuál?

-El bebé no -repuso Mark-. El hombre. Cógele de un pie.

-Bien -dijo Jimmy, que sentía la boca seca.

Mark se arrastró boca abajo, haciendo crujir con su peso las hojas secas que alfombraban el suelo, cogió una bota de Roy McDougall y empezó a tirar de ella. Jimmy, que también se había deslizado hacia adentro, raspándose la espalda contra el marco de la trampilla, le imitó, luchando contra la sensación de claustrofobia. Entre los dos consiguieron sacarlo a la luz del día, bajo la casi imperceptible llovizna.

La escena que siguió fue estremecedora. Roy McDougall empezó a revolverse apenas la luz cayó de lleno sobre él, como un hombre a quien molestan mientras duerme. De sus poros salía una especie de vapor húmedo, y parecía que la piel se le aflojaba y se volvía amarillenta. Bajo los parpados cerrados, los ojos giraban enloquecidos. Los pies daban lentas patadas, como en sueños, entre las hojas húmedas. Su labio superior se encogió y dejó ver los incisivos superiores, enormes y agudos como los de un pastor alemán. Los brazos se agitaban lentamente mientras las manos se cerraban y se abrían; una de ellas rozó la camisa de Mark, y el chico dio un salto atrás, con un grito de repugnancia.

Roy empezó a arrastrarse lentamente hacia la trampilla. Los brazos, las rodillas y la cara iban horadando surcos en la tierra blanda, humedecida por la lluvia. Jimmy observó que había iniciado una respiración dificultosa en el momento en que el cuerpo recibió la luz, pero se interrumpió tan pronto McDougall alcanzó la sombra. Lo mismo sucedió con la transpiración.

Una vez llegó al lugar de donde lo habían sacado, McDougall se dio la vuelta y se quedó inmóvil.

-Cierra -pidió Mark con voz estrangulada-. Por favor, cierra.

Jimmy cerró la trampilla y volvió a colocar el candado. La imagen del cuerpo de McDougall, debatiéndose como una víbora ofuscada entre la hojarasca, no se apartaba de su mente. Jimmy pensó que, aunque viviera cien años, jamás habría un momento en que ese recuerdo dejara de estar presente en su memoria.

38

Se quedaron de pie bajo la lluvia, mirándose en actitud temblorosa.

-¿La puerta siguiente?-preguntó Mark.

-Sí. Lógicamente, los McDougall deben de haber sido los primeros a quienes atacaron.

Al acercarse a la casa vecina, aquel olor inconfundible les esperaba en la puerta de entrada. El nombre escrito bajo el timbre era Evans. Jimmy los conocía. David Evans y su familia. Él trabajaba como mecánico en la sección de automóviles de Sears en Gates Falls. Jimmy lo había atendido un par de años atrás, por un quiste o algo así.

Aunque allí el timbre funcionaba, nadie contestó. Encontraron a la señora Evans en la cama. Los dos niños estaban en una litera de su dormitorio, vestidos con pijamas idénticos, estampados con personajes de la historieta del osito Pu. Encontrar a Dave les llevó más tiempo; se había escondido en un armario para guardar maletas que había sobre la puerta del pequeño garaje.

Jimmy hizo marcas circulares en la puerta de entrada y en la del garaje.

-Parece que vamos bien -comentó.

-¿Podrías esperar un momento? -preguntó Mark-. Me gustaría lavarme las manos.

-Claro, A mí también me gustaría, y no creo que los Evans tengan inconveniente en que usemos su cuarto de baño.

Los dos entraron, y Jimmy se sentó en una de las sillas de la sala y cerró los ojos. No tardó en oír el agua correr en el cuarto de baño.

Sobre la oscura pantalla de sus ojos cerrados veía la mesa de la funeraria, cómo la sábana que cubría a Marjorie Glick empezaba a estremecerse, cómo la mano se deslizaba y los dedos iniciaban su lenta danza en el aire...

Abrió otra vez los ojos.

La casa donde se encontraban estaba en mejores condiciones que la de los McDougall, más pulcra, más cuidada. Jimmy no había conocido a la señora Evans, pero tenía la impresión de que debía de haber sido una mujer orgullosa de su hogar. En un cuarto pequeño, que probablemente en el folleto del vendedor habría sido considerado como lavadero, estaban guardados ordenadamente los juguetes de los niños. Pobres crios, pensó Jimmy, ojalá los hayan disfrutado mientras todavía había para ellos días en que el sol y la luz eran un placer. Había un triciclo, varios camiones de plástico, una gasolinera, un vehículo con tracción de oruga, y una diminuta mesa de billar.

Jimmy apartó los ojos, pero al punto volvió a mirarla, sobresaltado.

Tiza azul.

Tres luces en hilera, con pantallas.

Bajo las luces, hombres que caminaban alrededor de la mesa verde, con los tacos en alto, sacudiéndose de los dedos el polvo de tiza azul...

-¡Mark! -gritó mientras se enderezaba bruscamente en la silla- ¡Mark!

El chico vino corriendo.

39

Un antiguo alumno de Matt (del curso del sesenta y cuatro, con excelentes notas en literatura y sólo mediocres en composición) había ido a verlo al hospital alrededor de las

dos y media. Tras hacer algún comentario sobre los libros que encontró en el cuarto del enfermo, preguntó a Matt si estaba preparando una tesis sobre ocultismo. Matt no podía recordar si se llamaba Herbert o Harold.

Matt, que cuando Herbert (o Harold) entró estaba leyendo un libro titulado Desapariciones extrañas, se alegró de la interrupción. Ya en ese momento estaba esperando a que sonara el teléfono, aunque bien sabía que hasta después de las tres de la tarde sus amigos no podrían entrar sin riesgo en el colegio de Block Street. Ansiaba conocer cuál había sido la suerte del padre Callahan. Y tenía la impresión de que el día transcurría con una rapidez alarmante, aunque siempre había oído decir que el tiempo pasaba muy lentamente en un hospital. Se sentía impotente y confundido; viejo, en una palabra.

Comenzó a hablarle a Herbert (o Harold) del pueblo de Momson, en Vermont, cuya historia acababa de leer, y que había encontrado especialmente interesante porque pensaba que, de ser verdad, tal historia podía ser una precursora del destino que estaba sufriendo Solar.

-Todo el mundo desapareció -informó a Herbert (o Harold), que lo escuchaba con cortés aunque no bien disimulado aburrimiento-. No era más que un pequeño pueblo rural al norte de Vermont, al cual se accedía por la interestatal 2, y por la 19 de Vermont. El censo de 1920 arrojó una población de 312 habitantes. En agosto de 1923, una mujer de Nueva York empezó a preocuparse porque hacía dos meses que su hermana no le escribía. Ella y el marido acudieron hasta allá en coche, y fueron los primeros en contar la historia a los periódicos, aunque no me cabe duda de que los habitantes de alrededor estaban ya al tanto de la desaparición desde hacía algún tiempo. La hermana y el marido habían desaparecido, al igual que los demás habitantes de Momson. Las casas y los establos seguían en pie, y en una de las casas la comida aún estaba servida en la mesa. Por aquel entonces fue un caso bastante sensacional. En cuanto a mí, no me habría gustado quedarme a pasar allí la noche. El autor afirma que la gente de los pueblos vecinos cuentan historias raras.» de aparecidos, duendes y cosas así. Algunos cobertizos de las afueras tenían, pintados en las paredes, cruces y signos contra el mal de ojo... y pintados siguen hasta hoy. Fíjate, aquí hay una fotografía de la tienda, de la gasolinera y del depósito de granos y comestibles... lo que venía a ser el distrito comercial de Momson. ¿Qué crees que puede haber pasado?

Herberg (o Harold) miró cortésmente la figura. Nada más que un pueblecito, con unas pocas tiendas, y unas pocas casas. Algunas estaban ruinosas. Podría ser cualquier pueblo del país. Al pasar en coche por cualquiera de ellos después de las ocho, no se podía saber si había un alma viviente. Decididamente, el viejo se había puesto chocho con la edad. Herbert (o Harold) se acordó de su anciana tía, que en los dos últimos años estaba convencida de que su hija le había matado él loro y se lo daba a comer mezclado con las hamburguesas. Los viejos tienen ideas raras.

-Muy interesante -comentó mientras levantaba la vista hacia Matt-, pero no creo... ¡Señor Burke! Señor Burke, ¿se encuentra bien? ¡Enfermera! ¡Oiga, enfermera!

Matt se había quedado con los ojos fijos, una mano contraída sobre la sábana, mientras con la otra se apretaba el pecho. Su cara se había puesto muy pálida, y en el centro de la frente le latía una vena.

Es muy pronto, pensaba. Aún es demasiado pronto...

Dolor, dolor que le azotaba en grandes oleadas, que le empujaba hacia la oscuridad.

Cuidado con ese último paso, es un asesino, pensó confusamente.

Después, la caída.

Herbert (o Harold) salió corriendo de la habitación, derribando a su paso una silla y una pila de libros. La enfermera ya acudía a su llamada.

-Es el señor Burke -balbuceó Herberg (o Harold), que seguía con el libro en la mano, señalando con el índice la página donde estaba la fotografía de Momson, Vermont.

La enfermera entró en la habitación. Matt estaba tendido con la cabeza colgando fuera de la cama y los ojos cerrados.

-¿Está...? -balbuceó Herbert (o Harold). No hacía falta completar la pregunta.

-Sí, creo que sí -contestó la enfermera, al mismo tiempo que pulsaba un botón para llamar al servicio de urgencia-. Ahora tendrá usted que retirarse.

40

-Pero en Solar no hay sala de billares -objetó Mark-. La más próxima está en Gates Falls. ¿Tú crees que iría hasta allá?

-No, claro que no. Pero hay gente que tiene una mesa de billar en su propia casa.

-Sí, eso lo sé.

-Y hay otra cosa que no puedo recordar -dijo Jimmy.

Se recostó con los ojos cerrados y los cubrió con las manos. Había otra cosa, que en su mente se vinculaba con algo de plástico, ¿Porqué plástico? Había juguetes de plástico, utensilios de plástico para salir de picnic, cubiertas de plástico para proteger los botes durante el invierno...

De pronto se formó en su mente la imagen de una mesa de billar envuelta en una gran funda de plástico para protegerla del polvo... Una imagen completa, hasta con banda de sonido, con una voz que decía: «En realidad tendría que venderla antes de que el fieltro se llene de moho, como dice Ed Craig que puede pasar, pero como era de Ralph...»

Jimmy abrió los ojos.

-Ya sé dónde está -anunció-. Sé dónde está Barlow. Está en el sótano de la pensión de Eva Miller.

Y era verdad; lo sabía. Sentía la verdad en su mente como algo incontestable.

Los ojos de Mark destellaron.

-Vamos a buscarlo.

-Espera.

Jimmy fue al teléfono, buscó en la guía el número de Eva y marcó, sin demora. El teléfono sonó sin que nadie contestara. Diez veces, once, doce. Asustado, colgó. En la casa de Evans habría por los menos diez huéspedes, muchos de ellos ancianos jubilados. Allí siempre había alguien. Antes de que ocurriera todo, siempre había alguien.

Miró su reloj. Eran las tres y cuarto; el tiempo volaba. Había que apresurarse.

-Vamos -dijo.

-¿Qué hacemos con Ben?

-No podemos llamarle -dijo Jimmy-. En tu casa no hay línea. Si vamos a casa de Eva, y nos equivocamos, todavía tendremos varias horas de luz. Y si estamos en lo cierto, iremos en busca de Ben para volver todos juntos.

41

El Citroen de Ben seguía en el aparcamiento de Eva, cubierto ahora de hojas húmedas caídas de los olmos que daban sombra al rectángulo de grava. El cartel que anunciaba el alquiler de habitaciones oscilaba chirriante en la tarde gris. La casa estaba envuelta en un silencio fantasmagórico en el que había un matiz de espera que heló la sangre a Jimmy. El mismo silencio de la casa de los Marsten. Por un momento pensó si alguien se habría suicidado también allí. Eva debía saberlo, pero con Eva no sería posible hablar, ya no.

-Sería perfecto -comentó-. Establecerse en la pensión del pueblo para ir rodeándose paulatinamente de su familia.

-¿Estás seguro de que no hace falta llamar a Ben?

-Más tarde. Vamos.

Bajaron del coche y echaron a andar hacia el porche. El viento les revolvía el pelo. Todas las persianas estaban bajadas, y la casa daba la impresión de estar pensando malignamente en ellos.

-¿Sientes el olor? -preguntó Jimmy.

-Sí, más fuerte que nunca.

-¿Estás preparado?

-Sí -respondió Mark con firmeza-. ¿Y tú?

-Por Dios que sí.

Subieron los escalones del porche y Jimmy abrió la puerta. No estaba cerrada con llave. Cuando entraron en la amplia cocina inmaculadamente limpia de Eva Miller, les asaltó el hedor de un vertedero de basura reseco, ahumado por los años.

Jimmy recordó su conversación con Eva, casi cuatro años atrás, poco después de que él hubiera obtenido su doctorado en medicina. Eva había ido para que le hiciera un chequeo. Durante años, había sido paciente de su padre, y cuando Jimmy ocupó su lugar y llevó sus cosas al mismo consultorio en Cumberland, Eva había ido sin reparos a visitarle. Habían hablado de Ralph (por entonces hacía doce años que había muerto), y ella le había contado que el fantasma de su marido seguía andando por la casa, que de vez en cuando encontraba algo nuevo en el ático o en un cajón del escritorio. Claro que también estaba la mesa de billar, en el sótano. Eva decía que tendría que deshacerse de ella, ya que no hacía más que ocupar un espacio que podría servir para otra cosa. Pero como había pertenecido a Ralph, no acababa de decidirse a poner un anuncio de venta en el periódico, ni a telefonear al programa de la radio local donde se recibían ofertas y demandas.

Los dos cruzaron la cocina, dirigiéndose hacia la puerta del sótano. Jimmy la abrió: la pestilencia era densa y agobiante. Accionó el interruptor de la luz, pero no funcionó. Claro, Barlow lo había inutilizado.

-Busca por ahí -le dijo a Mark-, a ver si encuentras una linterna o velas.

Mark empezó a registrar la cocina, abriendo los cajones. Observó que la rejilla para secar cubiertos que pendía sobre el fregadero estaba vacía, pero en ese momento no le dio importancia. El corazón le latía con dolorosa lentitud, como un tambor amortiguado. Estaba al borde de su capacidad física y mental de resistencia. Parecía que su cerebro ya no pensara, que se limitara a reaccionar. Continuamente le parecía advertir movimientos por el rabillo del ojo, y volvía la cabeza sobresaltado, pero no veía nada. Un veterano de guerra hubiera reconocido los síntomas de la fatiga de combate.

Fue al vestíbulo para buscar en el aparador que había allí. En el tercer cajón encontró una linterna y volvió a la cocina...

-Aquí tienes, Jim...

Se oyó un ruido como de maderas, seguido por un golpe.

La puerta del sótano estaba abierta.

Después empezaron los gritos.

42

Cuando Mark volvió a la cocina de Eva, eran las cinco menos veinte. Tenía los ojos desorbitados y la camiseta manchada de sangre.

Miraba con aire aturdido y de pronto soltó un grito, un alarido que subía desde el vientre, por el oscuro pasaje de la garganta y salió por la boca desesperadamente abierta. Siguió gritando hasta tener la sensación de que el cerebro empezaba a limpiarse de locura. Gritó hasta que su garganta no pudo más y un dolor terrible se le clavó en las cuerdas vocales. Y aun cuando ya hubiera dado cauce a todo el miedo, el horror, la furia y el dolor, estaba esa presión espantosa que seguía subiendo en oleadas desde el sótano, delatando allá abajo, en alguna parte, la presencia de Barlow. Y ahora faltaba poco para oscurecer.

Salió al porche a respirar ávidamente aire fresco. Tenía que reunirse con Ben. Pero parecía que un extraño letargo hubiera convertido sus piernas en plomo. ¿De qué serviría, si Barlow les iba a derrotar? Hacerle frente había sido una locura. Y ahora Jimmy acababa de pagar el precio de su temeridad, como Susan, como el padre Callahan.

Su voluntad se templó. No. No. No.

Bajó por los escalones del porche y subió al Buick de Jimmy, que tenía las llaves puestas.

Ve en busca de Ben, inténtalo una vez más, se dijo.

Sus cortas piernas apenas llegaban a los pedales. Rectificó la altura del asiento y encendió el motor. Movió la palanca del cambio y pisó el acelerador. El coche dio un corcoveo. Mark pisó el freno y se golpeó dolorosamente contra el volante. El claxon sonó.

¡No podré conducirlo!

Le pareció oír a su padre, diciendo con su voz lógica y arrogante: «Tienes que ser cuidadoso cuando aprendas a conducir, Mark. La conducción de coches es el único medio de transporte que no está completamente regulado por las leyes federales. Como resultado, todos los conductores son aficionados. Y muchos de esos aficionados son suicidas. Por ende, tú debes ser muy cuidadoso. El acelerador se debe usar como si entre el pie y el pedal hubiera un huevo. Y cuando se conduce un coche con cambio automático, como el nuestro, entonces el pie izquierdo no se usa para nada. Sólo se usa el derecho; primero el freno, después el acelerador.»

Quitó el pie del freno, y el automóvil se arrastró por el camino de entrada. El parabrisas se había empañado. Lo frotó con la manga y sólo consiguió ensuciarlo más.

-Al diablo -masculló.

Volvió a arrancar, torpemente, describió una curva amplia e insegura y tomó la dirección de su casa. Tenía que estirar el cuello para ver por encima del volante. Buscó a tientas con la mano derecha, consiguió encender la radio y la puso a todo volumen. Estaba llorando.

43

Ben iba andando por Jointner Avenue en dirección al pueblo cuando apareció por el camino el Buick de Jimmy, avanzando con espasmodicas sacudidas, zigzagueando como un borracho. Le hizo señas con la mano y el coche se acercó, una de las ruedas delanteras chocó contra la acera y finalmente se detuvo.

Mientras preparaba las estacas, Ben había perdido la noción del tiempo, y se había sobresaltado al comprobar que eran casi las cuatro y diez. Entonces se aseguró un par de

estacas en el cinturón y subió por las escaleras para hablar por teléfono. Cuando se disponía a coger el aparato, recordó que no funcionaba.

Preocupado, corrió hacia fuera y miró los dos coches aparcados, el de Callahan y el de Petrie. Ninguno tenía las llaves puestas. Podría haber vuelto a buscarlas en los bolsillos de Henry Petrie, pero la sola idea le repelía. Entonces echó a andar a paso vivo por la carretera, la mirada alerta por si veía el coche de Jimmy. Había pensado ir directamente al colegio Brock Street cuando vio venir el Buick.

Cuando el coche se detuvo, corrió hacia el lado del conductor y se encontró a Mark Petrie sentado al volante, solo. El chico miró con aturdimiento a Ben. Movía los labios sin conseguir sonido alguno.

-¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Jimmy?

-Muerto... -balbuceó por fin Mark-. Barlow ha vuelto a ganarnos la partida. Está escondido en el sótano de la pensión de la señora Miller. Jimmy también está allí... Yo bajé para ayudarle, y casi no pude volver a subir. Pero encontré una tabla por donde pude trepar; pensé que me quedaría atrapado allí abajo», hasta que se pusiera el sol...

-¿Qué pasó? ¿De qué estás hablando?

-Jimmy entendió lo de la tiza azul. Mientras estábamos en una casa, en el Bend. Tiza azul... mesas de billar. En el sótano de la casa de Eva Miller hay una mesa de billar que perteneció a su marido. Jimmy telefoneó a la pensión, y como nadie contestaba, fuimos allá.

Levantó su rostro sin lágrimas.

-Me dijo que buscara una linterna, porque la luz del sótano no funcionaba, lo mismo que en la casa de los Marsten, así que me puse a mirar por allí. Y... vi que faltaban todos los cuchillos de la rejilla que hay sobre el fregadero, pero no se me ocurrió pensar nada. Así que en cierto modo, yo lo maté. Fui yo. Ha sido por mi culpa, sólo por mi culpa...

Ben le sacudió con energía.

-Basta, Mark. ¡Basta!

Mark se llevó las manos a la boca para detener el balbuceo de la histeria antes de que empezara a desbordarse. Por encima de las manos, su mirada se clavó en la de Ben.

-En el aparador del vestíbulo encontré una linterna, sabes -pudo continuar por fin-. Y en ese momento fue cuando Jimmy se cayó y empezó a gritar. Se... yo también me habría caído, pero él me previno. «Cuidado, Mark», fueron sus últimas palabras.

-Pero ¿qué fue? -insistió Ben.

-Barlow y los otros destruyeron la escalera -explicó Mark con voz monocorde-. Aserraron todos los escalones hacia abajo, a partir del tercero. Dejaron un trozo del pasamanos más para que pareciera... para que... -Sacudió la cabeza-. En la oscuridad, Jimmy creyó que todo estaba bien.

-Ya -asintió Ben-. ¿Y los cuchillos?

-Estaban todos dispuestos abajo, en el suelo -susurró el chico-. Ellos atravesaron los cuchillos en un trozo de madera y les quitaron los mangos para que la madera quedara plana, con las hojas hacia arriba...

-Oh -gimió Ben, impotente-. Oh, Cristo. -Se inclinó y aferró de los hombros al muchacho-. ¿Estás seguro de que está muerto, Mark?

-Sí. Te... tenía media docena de heridas. Y la sangre...

Ben volvió a consultar el reloj. Las cinco menos diez. Volvió a acosarle la sensación de apremio, de que el tiempo se le escapaba.

-¿Qué haremos ahora? -preguntó Mark.

-Ir al pueblo para telefonear a Matt. Después iremos a ver a Parkins Gillespie y hablaremos con él. Antes de que oscurezca tenemos que acabar con Barlow.

Mark sonrió con una mueca débil y enfermiza.

-Es lo mismo que dijo Jimmy. Pero él sigue infligiéndonos derrota tras derrota. Otros mejores que nosotros deben de haberlo intentado, y fracasaron.

Ben miró de nuevo al chico y se preparó para hacer algo horroroso.

-Pareces asustado -le dijo.

-Estoy asustado -confirmó Mark, sin reaccionar-. ¿Tú no lo estás?

-Sí, lo estoy -contestó Ben-, pero también estoy loco de furia. He perdido a la chica que amaba... Y los dos hemos perdido a Jimmy. Y tú has perdido a tus padres. Están tirados en la sala de tu casa, cubiertos con la funda del sofá -se obligó a decir brutalmente-. ¿No quieres volver a echar un vistazo?

Mark se apartó de él con expresión dolorida y horrorizada.

-Quiero que sigas conmigo -continuó Ben, y sentía asco de sí mismo. Estaba hablando como un entrenador de fútbol antes del gran partido-. No me importa si Atila y los hunos le hicieron frente y salieron derrotados. Ésta es mi oportunidad. Y quiero que estés conmigo, porque te necesito.

Y era verdad.

-Está bien -dijo Mark, con los ojos fijos en sus manos.

-Y a ver si te rehaces.

Mark le miró, sin esperanza.

-Lo estoy intentando -dijo.

44

La gasolinera Sonny's Exxon, a la salida de Jointner Avenue, estaba abierta, y Sonny James (que explotaba el nombre de su tocayo, el músico country, con un cartel en colores que se veía en el escaparate, junto a una pila de latas de aceite) les atendió personalmente. Era un hombrecillo con aspecto de gnomo, cuyo escaso pelo exhibía un corte de recluta que dejaba entrever el cuero cabelludo.

-Hola, señor Mears, ¿cómo le va? ¿Y su Citroen?

-En el garaje, Sonny. ¿Dónde está Pete? -Pete Cook era el ayudante de Sonny. Pete vivía en el pueblo, pero Sonny no.

-Hoy no ha venido, pero no importa. De todas maneras, no hay mucho movimiento. Parece como si el pueblo se hubiera muerto.

Ben sintió que una risa oscura e histérica se le agitaba en el vientre, pugnando por escapar de la boca en grandes oleadas.

-¿Quieres llenármelo? -consiguió balbucear-. Haré una llamada.

-Desde luego. Hola, hijo. ¿No has ido a la escuela hoy?

-He salido a dar una vuelta con el señor Mears, porque me sentía mal -explicó Mark.

-Ah, claro. A mi hermano también solía pasarle, muchacho. Tienes que cuidarte. -Fue hacia la parte posterior del coche de Jimmy y redro la tapa del depósito.

Ben entró en el local para hablar por el teléfono público situado junto al estante donde se exhibían los mapas de carreteras de Nueva Inglaterra.

-Hospital de Cumberland.

-Quisiera hablar con el señor Burke, por favor. Habitación 402.

Se produjo una vacilación, y Ben estaba a punto de preguntar si lo habían cambiado de habitación cuando la voz dijo:

-¿Quién le llama, por favor?

-Benjamín Mears. -Súbitamente, la posibilidad de que Matt hubiera muerto apareció en su mente como una larga sombra-. ¿Él está bien?

-¿Es usted familiar?

-No, un amigo. Él no...

-El señor Burke ha muerto esta tarde, a las tres y siete minutos, señor Mears. Si quiere esperar un momento, veré si ha llegado el doctor Cody. Tal vez él pueda...

La voz prosiguió, pero Ben había dejado de oírla, aunque siguiera con el auricular pegado a la oreja. Como un peso que se desplomara sobre él, le aplastó la súbita comprensión de hasta qué punto había confiado en que Matt les guiara a través de la pesadilla laberíntica que les esperaba esa tarde. Y Matt había muerto. Insuficiencia cardiaca congestiva. Causas naturales. Era como si el propio Dios apartara de ellos su mirada.

Ahora no quedamos más que Mark y yo. Susan, Jimmy, el padre Callahan, Matt. Todos desaparecidos. Ahora no quedamos más que...

El pánico se apoderó de él y se dispuso hacerle frente silenciosamente.

Sin pensar en lo que hacía, colgó y salió fuera. Eran las cinco y diez. En el oeste, las nubes se estaban dispersando.

-Son tres dólares -le dijo alegremente Sonny-. Éste es el coche del doctor Cody, ¿no? Cuando veo matrículas de médico, siempre me acuerdo de una película que vi, una historia de gamberros que siempre robaban coches con matrícula de médico, porque...

Ben le entregó tres billetes de dólar.

-He de apresurarme, Sonny. Lo siento, pero tengo un problema.

El rostro de Sonny se arrugó.

-Oh, lo lamento, señor Mears. ¿Malas noticias de su editor?

-Algo así. -Ben se sentó al volante, cerró la puerta, puso en marcha el coche y arrancó, dejando a Sonny perplejo, enfundado en su manchado impermeable amarillo.

-Matt ha muerto, ¿verdad? -le preguntó Mark.

-Sí, de un ataque cardíaco. ¿Cómo lo supiste?

-Por tu cara.

Eran las cinco y cuarto.

45

Parkins Gillespie estaba de pie en el pequeño porche cubierto del edificio municipal, fumando un Pall Malí mientras miraba el cielo, hacia poniente. De mala gana, prestó atención a Ben Mears y Mark Petrie. Su cara tenía un aspecto triste y envejecido.

-¿Cómo está, agente?-le saludó Ben. -Regular -admitió Parkins, mientras se observaba las uñas-. Les he visto dando vueltas. Y me pareció que una vez el chico iba al volante, cuando venía por Railroad Avenue, ¿o no?

-Sí -afirmó Mark.

-Casi te estrellas. Uno que iba en la otra dirección no chocó contigo por un pelo.

-Agente -dijo Ben-, queremos hablar con usted de lo que está sucediendo en el pueblo.

Apoyando las manos en la barandilla del pequeño porche cubierto, Parkins Gillespie escupió la colilla de su cigarrillo. Sin mirar a ninguno de los dos, contestó con calma:

-No quiero hablar de eso.

Los dos se miraron, confundidos.

-Hoy, Nolly no se ha presentado -continuó Parkins con el mismo tono tranquilo-. Y de algún modo, sé que no vendrá. Llamó anoche a última hora y dijo que había visto el coche de Homer McCaslin allá por Deep Cut Road..., creo que fue Deep Cut lo que dijo. Y después no volvió a llamar. -Lenta y tristemente, Parkins buscó en el bolsillo de su camisa

hasta sacar otro Pall Malí, y lo hizo girar, entre el pulgar y el índice-. Toda esta maldita historia me costará la vida -concluyó.

Ben volvió a intentarlo.

-Barlow, el hombre que compró la casa de los Marsten, en este momento está oculto en el sótano de la pensión de Eva Miller.

-¿De veras? -preguntó Gillespie sin especial sorpresa-. Él es el vampiro, ¿no? Lo mismo que en las historietas que leíamos hace veinte años.

Ben no dijo nada. Cada vez se sentía más como un hombre extraviado en una pesadilla, larga y destructora, en la que el mecanismo avanza sin fin, invisible, apenas por debajo de la superficie de las cosas.

-Me voy del pueblo -anunció Parkins-. Ya tengo todas mis cosas en el coche. La pistola la dejo en el estante, y la placa también. Estoy harto de la policía. Me voy con mi hermana, a Kittery. Supongo que está bastante lejos como para resultar seguro,

-Vil gusano -se oyó decir Ben remotamente-. Cobarde. El pueblo todavía está vivo, y usted lo abandona de ese modo.

-No está vivo. -Parkins encendió el cigarrillo con una cerilla-. Entonces él no habría venido. Está muerto, como él... y desde hace veinte años o más. Y lo mismo está pasando con todo el país. Hace un par de semanas fui con Nolly al cine al aire Ubre de Falmouth, justo antes de que dieran por terminada la temporada. En una sola película del Oeste he visto más sangre y más muertos que en los dos años que pasé en Corea. Y los chavales comían palomitas de maíz y gritaban de entusiasmo, animándolos. -Señaló vagamente hacia el pueblo, teñido de un oro sobrenatural por los rayos oblicuos del sol, que le daban aspecto onírico-. Es probable que les guste ser vampiros, pero a mí no; y esta noche Nolly vendrá a buscarme. Así que me voy.

Ben le miraba, impotente.

-Y para ustedes dos, lo mejor es que se metan en ese coche y se larguen de aquí -aconsejó Parkins-. El pueblo seguirá andando sin nosotros, por un tiempo... Y después no importa.

Sí, pensó Ben. ¿Por qué no hacer eso, largarse sin mirar atrás?

Mark respondió por los dos.

-Porque él es malvado. Realmente malvado, señor. Por eso no nos iremos.

-¿De veras? -repuso Parkins. Con un gesto de asentimiento, dio una calada a su Pall Malí-. Bueno, está bien. -Miró hacia el edificio del instituto-. Hoy la asistencia fue reducidísima... Los autobuses no pasaban a la hora, los chicos estaban enfermos, de la escuela llamaban a las casas sin que nadie contestara. El director me llamó y yo le tranquilicé un poco. Es un hombrecillo calvo, muy gracioso, que cree que sabe lo que hace. Bueno, de todas maneras los profesores estaban presentes. Como la mayoría viven fuera del pueblo... Siempre pueden enseñarse entre ellos.

-No todos son de fuera del pueblo -comentó Ben, pensando en Matt.

-Lo mismo da -dijo Parkins y sus ojos se fijaron en las estacas que Ben llevaba-. ¿Con eso van a tratar de acabar con Barlow?

-Sí.

-Si quieren un arma de fuego, cojan la mía. Esa pistola fue idea de Nolly. A Nolly le gustaba ir armado, aunque ni siquiera hay un banco en el pueblo. Será un buen vampiro, una vez se acostumbre.

Mark le miraba cada vez más horrorizado, y Ben comprendió que tenía que llevárselo. Eso era lo peor.

-Vamos -le dijo-. No hay nada que hacer.

-Creo que no -asintió Parkins. Sus ojos descoloridos, atrapados en una red de arrugas, recorrieron el pueblo-. Vaya si está quieto. He visto a Mabel Werts espiar con sus gemelos, pero no creo que hoy haya mucho que ver. Es probable que esta noche haya más.

Cuando volvieron al coche eran casi las 17.30.

46

A las seis menos cuarto se detuvieron frente a la iglesia de St. Andrew. Las sombras que arrojaba la iglesia, cada vez más alargadas, atravesaban la calle para caer, como una profecía, sobre la casa parroquial. Ben sacó del asiento de atrás el maletín de Jimmy y lo abrió. Encontró en él algunos frasquitos, los vació por la ventanilla y se los guardó en el bolsillo.

-¿Qué haces?

-Los llenaremos de agua bendita -explicó Ben-. Vamos.

Recorrieron el sendero que llevaba hasta la iglesia y subieron por los escalones. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, Mark se detuvo.

-Mira eso.

El picaporte estaba ennegrecido y ligeramente deformado, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

-¿Tiene algún sentido para ti? -le preguntó Ben.

-No. Pero... -El chico sacudió la cabeza, como para apartar algún pensamiento incierto.

Después abrió la puerta y ambos entraron. La iglesia estaba fresca, llena de esa pausa grávida e interminable de los lugares de adoración vacíos, cualquiera sea su signo.

Las dos hileras de bancos estaban separadas por un amplio pasillo central, a los lados del cual se elevaban dos ángeles de yeso, sosteniendo pilas de agua bendita, inclinado el rostro sereno y concentrado como si quisieran verse reflejados en el agua inmóvil.

-Lávate la cara y las manos -dijo Ben.

Mark le miró con inquietud.

-Eso es sacri...

-¿Sacrilegio? Esta vez no. Hazlo.

Sumergieron las manos en el agua y después se mojaron la cara.

Ben sacó del bolsillo el primer frasquito y estaba llenándolo cuando oyeron una voz chillona:

-¡Eh! ¡Eh, ustedes! ¿Qué están haciendo?

Ben se volvió. Era Rhode Curless, el ama de llaves del padre Callahan, que se hallaba sentada en el primer banco, desgranando un rosario entre los dedos. Llevaba un vestido negro. Su pelo estaba en completo desorden, como si se lo hubiera peinado con los dedos.

-¿Dónde está el padre? ¿Qué están haciendo? -preguntó con voz débil y aguda.

-¿Quién es usted? -preguntó Ben.

-La señora Curless. Soy el ama de llaves del padre Callahan. ¿Dónde está el padre? ¿Qué hacen ustedes? -repitió, mientras sus manos se unían y empezaban a temblar.

-El padre Callahan ha desaparecido -explicó Ben, lo más suave que pudo.

-Oh. -La mujer cerró los ojos-. ¿Iba detrás de... lo que está contaminando este pueblo?

-Sí •-asintió Ben.

-Yo lo sabía sin necesidad de preguntárselo -afirmó ella-. Entre los que visten sotana, él es un hombre bueno y fuerte. Siempre hubo quienes dijeron que le faltaban puntos para calzarse los zapatos del padre Bergeron, pero se equivocaban. Por lo que se ve, le quedaron pequeños.

Abrió mucho los ojos y les miró. Una lágrima resbaló por su mejilla.

-No volverá, ¿verdad?

-No lo sé -admitió Ben.

-Y decían que bebía -prosiguió la mujer, como si no lo hubiera oído-. ¡Como si alguna vez un sacerdote irlandés digno de su nombre no hubiera empinado el codo! No eran para él las cosas tibias y afeminadas de algunos. ¡Él era diferente! -Su voz se elevó hasta el techo abovedado, casi desafiante-. ¡Él era un sacerdote, no un concejal del ayuntamiento!

Ben y Mark la escuchaban sin sentir sorpresa. Ya nada podía sorprenderles en ese día de pesadilla. Ya habían dejado de verse como factores de salvación o de venganza; el día los había absorbido. Impotentes, se limitaban a vivir.

-Cuando le vieron por última vez, ¿estaba bien? -preguntó la mujer, con lágrimas en los ojos.

-Sí -respondió Mark, recordando a Callahan en la cocina de su madre, mientras sostenía en alto la cruz.

-Y ustedes, ¿van a seguir con su trabajo?

-Sí -contestó Mark.

-Pues adelante -les instó ella-. ¿A qué esperan?

Y se alejó lentamente por el pasillo central con su vestido negro, única doliente solitaria en un funeral que no se había celebrado allí.

47

Otra vez en casa de Eva. Eran las seis y diez. El sol pendía sobre los pinos, al oeste, espiando entre nubes de sangre.

Ben entró en el aparcamiento y levantó la mirada hacia su habitación. La cortina no estaba corrida, y pudo distinguir la máquina de escribir, inmóvil como un centinela, y junto a ella, las hojas mecanografiadas y el pisapapeles de cristal que las sujetaba. Le parecía insólito poder distinguir desde allí todas esas cosas, verlas claramente, como si en el mundo todo fuera normal y ordenado.

Después, sus ojos descendieron hacia el porche. Las mecedoras donde él y Susan se habían dado el primer beso seguían allí. La puerta de la cocina estaba abierta, tal como la había dejado Mark.

-No puedo -farfulló Mark-. Simplemente, no puedo. -Tenía los ojos muy abiertos. Se había abrazado las rodillas y estaba acurrucado en el asiento.

-Tenemos que ir los dos juntos -dijo Ben, y le mostró dos frascos llenos de agua bendita-. Vamos -repitió Ben, a quien ya no le quedaban argumentos-. Vamos, Mark.

-No.

-¡Mark!

-¡No!

-Mark, necesito tu ayuda. Sólo quedamos tú y yo.

-¡Ya he hecho bastante! -gimió Mark-. ¡No puedo más! ¿No puedes entender que no me siento capaz de mirarle? Ve tú solo.

-Mark, tenemos que ir los dos.

Mark tomó los dos frasquitos y los hizo rodar lentamente contra su pecho.

-Oh, Dios -gimió-. Oh, Dios... -Miró a Ben e hizo un gesto de asentimiento, espasmódico y doloroso-. Está bien, vamos allá.

»¿Dónde está el martillo? -preguntó mientras bajaban.

-Lo tenía Jimmy.

-Bien.

Azotados por el viento, cada vez más fuerte, subieron los escalones del porche. El sol rojizo se encendía entre las nubes y teñía todo con su color. Dentro, en la cocina, el hedor de la muerte era palpable y húmedo, y pesaba sobre ellos como una losa de granito. La puerta del sótano seguía abierta.

-Tengo miedo -susurró Mark, estremeciéndose.

-Es mejor que lo tengas. ¿Dónde está la linterna?

-En el sótano. La dejé allí cuando...

-Está bien.

Estaban ante la entrada del sótano. Como había dicho Mark, las escaleras parecían intactas bajo la luz del crepúsculo.

-Sígueme -dijo Ben.

48

Ahora voy hacia mi muerte, pensó Ben sin inquietud alguna.

La idea surgió con toda naturalidad, sin temor ni nostalgia. Toda emoción se perdía bajo la atmósfera maligna que reinaba en ese lugar. Mientras se deslizaba cautelosamente por la tabla que Mark había colocado para escapar del sótano, lo único que Ben sentía era una calma glacial. Cuando vio que las manos le resplandecían como si las llevara enfundadas en guantes fluorescentes, no se sorprendió.

«No molestes el final de la apariencia. El único emperador es el emperador de los helados.» ¿Quién había dicho eso? ¿Matt? Pero Matt estaba muerto. Susan estaba muerta. Miranda estaba muerta. Wallace Stevens también estaba muerto. «Yo en su lugar, no miraría.» Pero Ben había mirado. Ése era el aspecto que uno tenía cuando todo había acabado. El de algo roto y aplastado, que había estado lleno de diferentes líquidos. No era tan terrible, no al menos como la muerte de él. Jimmy llevaba en el bolsillo la pistola de McCaslin; todavía debía de seguir allí. Se la llevaría consigo, y si el sol se ponía antes de que pudieran acabar con Barlow, entonces... primero el chico, después él. No es que eso fuera bueno, pero era mejor que su muerte.

Se dejó caer al suelo del sótano y después ayudó a bajar a Mark. Los ojos del chico se posaron velozmente en la oscura forma contraída en el piso, y luego se apartaron.

-No puedo mirarlo -dijo roncamente.

-Está bien.

Mark se dio la vuelta mientras Ben se arrodillaba.

«Yo en su lugar, no miraría.»

-Oh, Jimmy... -empezó-, pero las palabras se le ahogaron en la garganta.

Sosteniéndolo con el brazo izquierdo, con la mano derecha Ben fue retirando del cuerpo las letales hojas de cuchillo. Tenía seis heridas, y había perdido muchísima sangre.

Sobre un estante, en un ángulo, había unas cortinas para la sala, pulcramente dobladas. Después de haber recuperado la pistola, la linterna y el martillo, Ben cubrió con las cortinas el cuerpo de Jimmy.

Se enderezó y probó la linterna. La lente de plástico se había rajado, pero la bombilla funcionaba. Paseó alrededor el haz de luz. Nada. Lo dirigió debajo de la mesa de billar. Nada. Tampoco detrás de la caldera. En los estantes había conservas, y un tablero para colgar herramientas. La escalera amputada había sido escondida en un rincón, para que no fuese vista desde la cocina.

-¿Dónde está? -masculló Ben, mientras consultaba su reloj de pulsera.

Las agujas marcaban las 18.23. ¿A qué hora se ponía el sol? Ben no lo recordaba, pero no podía ser más tarde de las 18.55. Les quedaba, por tanto, media hora escasa.

-¿Dónde está? -gritó-. Siento su presencia, pero ¿dónde?

-¡Ahí! -exclamó Mark y señaló con una mano resplandeciente-. ¿Qué es eso?

Ben lo iluminó. Un aparador gales.

-No es lo bastante grande -objetó-. Y está contra la pared.

-Pues miremos detrás.

Ben se encogió de hombros. Cruzaron el sótano hasta el aparador y lo tomaron uno de cada lado. De pronto, se sintió invadido por la excitación. ¿El olor no era más denso ahí, más agresivo?

Echó una mirada a la puerta de la cocina, que había dejado abierta. La luz había disminuido, e iba perdiendo ya el reflejo dorado.

-Es muy pesado -jadeó Mark.

-No importa -dijo Ben-. Lo tumbaremos en el suelo. Cógelo lo mejor que puedas.

Mark se inclinó sobre el mueble, apoyando el hombro contra la madera. Sus ojos miraban con expresión de desafío.

-Ya está.

Los dos se apoyaron con todo su peso y el aparador gales se desplomó con estrépito, mientras el servicio de porcelana que muchos años atrás había sido un regalo de bodas de Eva Miller se hacía trizas dentro de él.

-¡Lo sabía!-exclamó Mark.

En la pared de detrás se abría una puertecilla de no más de un metro de altura. Un flamante candado Yale aseguraba el cerrojo.

Varios martillazos convencieron a Ben de que no iba a poder romperlo.

-Mierda -masculló con frustración.

Que en el último momento todo se desbaratara por un simple candado de cinco dólares...

Pues no. Si era necesario forzaría la puerta a mordiscos.

Volvió a recorrer la estancia con la linterna, hasta que el rayo de luz cayó sobre el tablero de herramientas pulcramente colgado a la derecha de las escaleras. De dos clavos de acero pendía un hacha, con la hoja protegida por una cubierta de goma.

Ben corrió a arrancarla del tablero y retiró la cubierta protectora. Se sacó del bolsillo uno de los frasquitos y lo derramó. El agua bendita corrió sobre el suelo e inmediatamente comenzó a refulgir. Ben tomó otro frasquito y bañó la hoja del hacha, que empezó a resplandecer con una estremecedora luz sobrenatural. Y cuando cerró ambas manos sobre la empuñadura de madera, el contacto le dio la sensación de algo increíblemente bueno y justo, como si un poder consolidara su fuerza para aferraría. Se quedó inmóvil, mirando la hoja luminosa, hasta que un impulso extraño le indujo a tocarse la frente con ella. Una firme sensación de seguridad se adueñó de él, una sensación de justicia inequívoca, de blancura. Por primera vez en semanas sintió que ya no andaba a tientas entre las brumas de la fe y la incredulidad, luchando contra un adversario cuyo cuerpo era demasiado insustancial para ser golpeado. Un poder que le cargaba los brazos como una corriente eléctrica.

La hoja resplandecía cada vez más.

-¡Hazlo! -rogó Mark-. Pronto, por favor, antes que se oculte el sol.

Ben Mears separó los pies, levantó el hacha y la descargó en un arco deslumbrante. La hoja cayó sobre la madera con ruido retumbante, portentoso, y se incrustó hasta el mango. Volaron astillas.

Ben tiró del hacha y la madera gimió. Volvió a dejarla caer otra vez... y otra... y otra. Sentía cómo iban flexionándose sus músculos de la espalda y los brazos, moviéndose con

una seguridad y una precisión que Ben jamás había experimentado. A cada golpe, astillas y trozos de madera volaban como esquirlas de metralla. Al quinto hachazo la hoja atravesó la puerta y Ben empezó a ensanchar el agujero con frenesí.

Mark no podía apartar sus ojos atónitos. El frío fuego azul se había extendido por el mango del hacha y había ascendido por los brazos hasta que fue como si Ben se moviera en una columna de fuego. La cabeza inclinada a un lado, los músculos del cuello tensos por el esfuerzo, un ojo abierto y destellante, el otro fuertemente cerrado. En la espalda, la camisa se le había rasgado entre los omóplatos, y bajo la piel los músculos se tensaban como cuerdas. Era un hombre arrebatado, un poseído, y Mark percibió, sin saberlo (o sin tener que saberlo), que la fuerza que lo poseía no era en modo alguno cristiana, sino una fuerza primitiva y ancestral. Era magma en bruto, como si la tierra lo vomitara en toscos fragmentos; algo sin terminar, sin pulir. Era la Fuerza, era el Poder; cualquiera que fuese su nombre, era lo que movía los grandes engranajes del universo.

Ante esa fuerza desatada, la puerta del sótano de Eva Miller no podía resistirse. El hacha se movía a una velocidad poco menos que cegadora, se convirtió en una ondulación, en una curva descendente, en un arco iris que iba desde el hombro de Ben a la madera astillada de la última puerta.

Con un golpe final, la derribó y arrojó el hacha. Cuando levantó las manos a la altura de los ojos, éstos resplandecían.

Le tendió las manos a Mark, y el chico dio un paso atrás.

-A ti te quiero -murmuró Ben.

Se tomaron de la mano.

49

El segundo sótano era pequeño, como una celda, y estaba vacío salvo por unas botellas polvorientas, unos cajones y una enmohecida cesta de patatas que habían echado brotes en todas direcciones. Y los cuerpos. En el extremo más alejado estaba el ataúd de Barlow, apoyado contra la pared como el sarcófago de una momia, y sobre él resplandecía fríamente la luz que acompañaba a Ben y Mark.

Frente al ataúd, dispuestos como vías que condujeran hasta él, estaban los cuerpos de las personas con quienes Ben había vivido y compartido el pan: Eva Miller y Weasel Craig; Mabe Mullican, que ocupaba el cuarto del fondo del primer piso; John Snow, a quien la artritis apenas si permitía bajar a tomar el desayuno; Vinnie Upshaw; Grover Verrill.

Pasando por encima de ellos, llegaron hasta el ataúd. Ben volvió a mirar el reloj: eran las 18.40.

-Le llevaremos ahí fuera -dijo Ben-. Y lo haremos por Jimmy.

-Debe de pesar una tonelada -objetó Mark.

-No importa. Podemos hacerlo,

Ben extendió la mano y aferró el ángulo superior derecho del ataúd. La cima de éste fulguraba como un ojo apasionado. La madera era untuosamente desagradable al tacto, tersa como piedra con el paso de los años. Parecía carecer de imperfecciones y poros que los dedos pudieran reconocer, de donde pudieran asirse. Sin embargo, Ben la movió con facilidad, con una sola mano.

Con un pequeño empujón consiguió que el ataúd se inclinara, con la sensación de que el enorme peso era mantenido en equilibrio por contrapesos invisibles. Algo golpeó en el interior contra los lados. Con una sola mano, Ben soportaba el peso del féretro.

-Levanta la otra parte -dijo a Mark.

Mark obedeció, y el otro extremo se levantó fácilmente, mientras el rostro del chico se llenaba de júbilo y perplejidad.

-Creo que podría sostenerlo con un dedo.

-Es muy probable. Por fin la situación nos es favorable. Pero tenemos que darnos prisa.

Pasaron el ataúd a través de la puerta destrozada. Pareció que la parte más ancha iba a atascarse, pero Mark empujó y lo hizo pasar con un chirrido de madera.

Lo llevaron donde estaba tendido el cuerpo de Jimmy, cubierto con los cortinajes de Eva Miller.

-Aquí está, Jimmy -dijo Ben-. Aquí lo tienes. Bájalo, Mark.

Una vez más consultó el reloj: las 18.45. Ahora, la luz que entraba desde arriba, por la puerta de la cocina, era de un gris ceniciento.

-¿Ya? -preguntó Mark.

Los dos se miraron por encima del ataúd.

-Sí -respondió Ben.

Juntos bregaron contra los sellos y cerraduras del féretro, hasta que saltaron con un chasquido. Levantaron la tapa.

Barlow apareció ante Mark y Ben, con los ojos abiertos, llameantes.

Ahora era un hombre joven, de pelo negro y lustroso, que se derramaba sobre la almohada de satén de su estrecho reducto. La piel se veía resplandeciente de vida, las mejillas sonrosadas como el vino. Los dientes se curvaban, sobre los labios sensuales, mostrando intensas vetas amarillentas, como el marfil.

-Es... -empezó a decir Mark, pero no pudo seguir.

Los ojos encarnados de Barlow giraron en sus órbitas, llenándose de una vida abominable, con una burlona expresión de triunfo. Se clavaron en los ojos de Mark y la mirada del chico se hundió insondablemente en ellos, mientras sus ojos se volvían lejanos e inexpresivos.

-¡No le mires! -gritó Ben, pero era demasiado tarde.

Le apartó de un golpe. Súbitamente y emitiendo un profundo gemido, el chico atacó a Ben. Tomado por sorpresa, éste retrocedió tambaleante. Un momento más tarde, las manos de Mark se introdujeron en el bolsillo de la chaqueta, en busca de la pistola de Homer McCaslin.

-¡No, Mark!

Pero el muchacho no oía. Su cara tenía la misma inexpresividad de una pizarra borrada. El gemido seguía brotando de su garganta, sin pausa, como el chillido de un animal atrapado. Con ambas manos aferraba la pistola, y los dos lucharon por ella. Ben procuraba arrebatársela y, al mismo tiempo, evitar que hiriera a alguno de ellos.

-¡Mark! -gritó-. ¡Mark, despierta, por Dios...!

El cañón del arma apuntaba hacia su cabeza cuando se disparó. Ben sintió que el proyectil le rozaba la sien. Sujetó a Mark por ambas manos y le apartó de una patada. El chico dio unos pasos atrás, tambaleante, y la pistola cayó al suelo, entre los dos. Sin dejar de gemir, el muchacho saltó sobre ella pero Ben le asestó un violento puñetazo en la boca. Sintió cómo le aplastaba los labios contra los dientes y dejó escapar un grito como si el golpe lo hubiera recibido él. Mark se dejó caer de rodillas y Ben alejó el arma de un puntapié. Cuando Mark quiso arrastrarse tras ella, volvió a golpearle.

Finalmente, el muchacho se desplomó con un suspiro de agotamiento.

A Ben ya no le quedaban fuerzas, ni seguridad. De nuevo no era más que Ben Mears, y tenía miedo.

En la puerta de la cocina, el cuadrado de luz se había convertido en un púrpura desvaído; el reloj indicaba las 18.51.

Ben sentía que una fuerza le tiraba de la cabeza, ordenándole mirar al parásito yacente en el ataúd, junto a él.

Mírame, obsérvame, hombrecillo. Mira a Barlow, para quien los siglos han pasado como para ti han pasado las horas, sentado ante el fuego con un libro. Mira la gran criatura de la noche, la que tú quisieras matar con tu ridicula estaca. Mírame, escritorzuelo. Yo he escrito en las vidas humanas, y mi tinta ha sido la sangre. ¡Mírame, y desespera!

Jimmy, no puedo. Es demasiado tarde ya, y él demasiado fuerte...

¡Mírame!

Eran las 18.53.

En el suelo, Mark se quejaba.

-Mamá, ¿dónde estás? Me duele la cabeza», está oscuro...

Entrara a mi servicio como castratum.

Torpemente, Ben buscó una de las estacas que llevaba en el cinturón, pero se le cayó. Gritó de desesperación, amargamente. Fuera, Salem's Lot había sido abandonado por el sol, cuyos últimos rayos se perdían tras el tejado de la casa de los Marsten.

Volvió a levantar la estaca. Pero el martillo, ¿dónde estaba? ¿Dónde estaba el condenado martillo?

Estaba al lado de la puerta del segundo sótano y lo cruzó para recogerlo.

Mark estaba a medias sentado, con la boca ensangrentada. Se la enjugó con una mano y se quedó mirándola, aturdido.

-¡Mamá! -se quejaba-. ¿Dónde está mi madre?

Eran las 18.55. Luz y tinieblas pendían en un equilibrio perfecto.

Ben volvió a cruzar corriendo el sótano oscurecido, con la estaca en la mano izquierda y el martillo en la derecha.

Como el retumbar de un trueno, se oyó una risa triunfal. Barlow se había sentado en el ataúd y sus ojos enrojecidos brillaban con una infernal mirada de triunfo. Cuando se clavaron en los de Ben, éste sintió que su voluntad se disolvía.

Con un alarido de desesperación y de furia, levantó la estaca por encima de la cabeza y la bajó en un arco sibilante. La punta, afilada como una navaja, desgarró la camisa de Barlow, y Ben sintió cómo penetraba en la carne.

Barlow dejó escapar un aullido agudo y espeluznante, como el de un lobo. La fuerza de la estaca volvió a arrojarle de espaldas dentro del ataúd. Crispadas como garras, se elevaron sus manos agitándose desesperadamente.

Ben asestó un martillazo en el extremo de la estaca y Barlow volvió a vociferar. Fría como la tumba, una de sus manos se apoderó de la de Ben, firmemente cerrada sobre la estaca.

Ben consiguió meterse en el féretro, apoyando las rodillas sobre las de Barlow, mirando ahora el rostro contorsionado por el dolor y el odio.

-¡Suéltame! -aullaba Barlow.

-Toma -sollozó Ben-. Toma, sanguijuela. ¡Esto es para ti!

Con todas sus fuerzas, volvió a dejar caer el martillo. La sangre brotó en un chorro frío que lo cegó por un momento.

La cabeza de Barlow se agitaba de un lado a otro, frenética, sobre el satén de la almohada.

¡Suéltame, no te atrevas, no te atrevas, no te atrevas a hacerme esto...!

El martillo caía una y otra vez. Comenzó a manar sangre de las narices de Barlow. Dentro del ataúd, su cuerpo empezó a convulsionarse como el de un pez arponeado. Las manos se clavaron como garras en las mejillas de Ben, abriéndole largos surcos en la piel.

-¡¡Suéltame!! '-gritó con un aullido desgarrador.

Una vez más Ben dejó caer el martillo con todas sus fuerzas sobre la estaca, y de pronto la sangre que manaba del pecho de Barlow se ennegreció.

Después, en el lapso de pocos segundos, con demasiada rapidez para que jamás volviera a ser creíble a la luz del día, pero con la lentitud suficiente para reaparecer una y otra vez en las pesadillas, con un ritmo tremendo, obsesionante de cámara lenta, la piel se tornó amarilla, áspera y se ampolló como una tela reseca. Los ojos perdieron brillo, se ocultaron tras una película blanca y se hundieron. El pelo se le puso blanco y se desprendió como un plumaje apolillado. Dentro del traje oscuro, el cuerpo se encogió. La boca se ensanchó en una mueca a medida que los labios se encogían más y más, hasta unirse con la nariz y desaparecer en la diabólica dentadura. En los dedos las uñas se ennegrecieron y se despegaron, hasta que sólo quedaron los huesos, todavía ornados de anillos, crujiendo y entrechocándose. Bocanadas de polvo escapaban de las fibras de la camisa. El cráneo calvo y arrugado empezó a dejar ver la calavera. Sin nada que los llenara, los pantalones se aplastaron. Por un momento, un espantajo aborreciblemente animado se retorció bajo sus golpes y Ben saltó fuera del ataúd, con un ahogado grito de horror. Pero le resultaba imposible apartar los ojos de la última metamorfosis de Barlow; era algo de una fuerza hipnótica. El cráneo descarnado seguía agitándose sobre la almohada de satén. El maxilar desnudo se abrió para dejar escapar un grito silencioso, ya sin cuerdas vocales que le dieran resonancia. Como marionetas, los dedos del esqueleto seguían danzando y agitándose en el aire.

En breves y densas bocanadas, una sucesión de olores asaltó su olfato antes de desvanecerse: de gases y putrefacción, repugnantes y carnosos, un mohoso vaho de biblioteca, acre y polvoriento; después, nada. Los huesos de los dedos, sin dejar de retorcerse, se desintegraron como lápices. La cavidad nasal se ensanchó hasta confundirse con la de la boca. Las órbitas vacías se agrandaron en una descarnada expresión de sorpresa y horror, hasta encontrarse, y después desaparecer. Los huesos del cráneo se hundieron como un antiguo jarrón que se desintegrara. Los pantalones y la chaqueta acabaron de aplastarse, vacíos.

Pero parecía que la tenacidad con que Barlow se aferraba a este mundo no tuviera fin: hasta el polvo se hinchaba y se estremecía como animado por minúsculos demonios dentro del féretro. Después, súbitamente, Ben percibió algo que pasaba junto a él como una ráfaga de viento, que le hizo estremecer. En el mismo momento, todas las ventanas de lo que había sido la pensión de Eva Miller estallaron.

-¡Cuidado, Ben! -gritó Mark-. ¡Cuidado!

Giró sobre los talones y les vio salir a todos del segundo sótano. Eva, Weasel, Mabe, Grover y los otros. Era su hora de salir al mundo.

Los gritos de Mark resonaron en sus oídos como un gran clamor de incendio, y Ben lo aferró por los hombros.

-¡El agua bendita! -gritó a la atormentada cara de Mark-. ¡No podrán tocarnos si la cogemos!

Los gritos de Mark se volvieron lloriqueos.

-Sube por la tabla, vamos -le dijo Ben.

Tuvo que obligar al chico a darse vuelta para ver la tabla, y dándole un empujón en el trasero consiguió que empezara a subir. Luego se volvió a mirar los muertos vivientes.

Estaban inmóviles, a unos tres o cuatro metros de distancia, mirándole con un odio vacío e inhumano.

-Has matado a nuestro amo -le acusó Eva con voz dolorida-. ¿Cómo has podido matar al amo?

-Ya volveré a ocuparme de vosotros -le prometió Ben.

Y subió por la tabla, gateando, trepando a cuatro patas. Aunque crujía bajo su peso, resistió. Al llegar arriba, Ben volvió a mirar atrás. Ahora estaban todos reunidos en torno del féretro, contemplándolo silenciosamente. Le recordaron a la gente que se había reunido en torno del cuerpo de Miranda, después del accidente con el camión de mudanzas.

Miró alrededor en busca de Mark y le vio tendido junto a la puerta del porche, boca abajo.

50

Ben se dijo que el chico se había desmayado y nada más. Tal vez fuera cierto. Tenía el pulso regular. Lo levantó en sus brazos y le llevó al Citroen.

Se sentó al volante y puso en marcha el motor. Mientras salía a Railroad Street, sintió el tardío aflojamiento de la tensión, como si fuera un golpe, y tuvo que sofocar un grito.

Los muertos vivientes andaban por las calles. Estremeciéndose, con la cabeza llena de un ruido ronco y rugiente, dobló a la izquierda para tomar Jointner Avenue y salieron de Salem's Lot.

QUINCE

BEN Y MARK

1

De vez en cuando Mark despertaba y dejaba que el zumbido continuo del Citroen fuera envolviéndole, sin pensar ni recordar. Finalmente, miró por la ventanilla y le atraparon las ásperas manos del miedo. Estaba oscuro. A ambos lados del camino, los árboles eran manchas vagas, y los coches que pasaban junto a ellos llevaban encendidos los faros. Emitió un ruido ahogado e inarticulado, y sus manos buscaron convulsivamente la cruz que aún llevaba al cuello.

-Tranquilízate -le dijo Ben-, ya no estamos en el pueblo. Estamos a más de treinta kilómetros de allí.

El chico se estiró bruscamente por encima de él, obligándole casi a salirse del carril, y puso el seguro de la puerta del lado de Ben. Después se giró para hacer lo mismo en la suya. Luego se acurrucó lentamente en el asiento. Quería que volviera la nada, vacía y grata. La nada, sin ninguna imagen angustiosa e inquietante.

El ronroneo del Citroen le llenaba de calma.

Cerró los ojos.

-¿Mark?

Mejor no contestar. Más seguro. -Mark, ¿estás bien?

Así, muy lejos. Así estaba bien. La nada volvió, vacía y grata, tragándoselo en oleadas de gris.

2

Tomaron una habitación en un motel, pasado el límite estatal de New Hampshire, y firmaron el registro como Ben Cody e hijo. Mark entró en la habitación con la cruz en alto. Sus ojos saltaban de un lado a otro como bestias atrapadas. Siguió sosteniendo la cruz hasta que Ben cerró la puerta, le echó la llave y colgó su propia cruz del picaporte. Había un televisor en color y Ben estuvo un rato viendo las noticias. Dos países africanos se habían declarado la guerra. Y en Los Ángeles, un hombre había enloquecido y había matado a balazos a catorce personas. La previsión meteorológica anunciaba lluvia y, en el norte de Mame, temporales de nieve.

3

Salem's Lot dormía oscuramente, mientras los vampiros recorrían sus calles y los caminos de las afueras. Algunos habían emergido de las tinieblas de la muerte lo suficiente para recuperar cierta astucia rudimentaria. Lawrence Crockett llamó a Royal Snow y le invitó a pasar por su despacho para jugar un rato a, las cartas. Cuando Royal abrió la puerta de delante y entró, Lawrence y su mujer se arrojaron sobre él. Glynis Mayberry telefoneó a Mabel Werts, le dijo que estaba asustada y le preguntó si podía pasar un rato con ella, hasta que su marido regresara de Waterville. Mabel accedió aliviada, y cuando diez minutos más tarde abrió la puerta, ahí estaba Glynis, desnuda y con su bolso colgando del brazo, y mostrando al sonreír unos dientes grandes y ávidos. Mabel tuvo tiempo de dar un grito, pero nada más. Cuando Delbert Markey salió, poco después de las ocho, de su desierta taberna. Cari Foreman y un Homer McCaslin con una sonrisa rígida surgieron de entre las sombras, diciendo que venían a beber algo. Poco después de la hora de cerrar, Milt Crossen recibió en su tienda la visita de varios de sus clientes más fieles y más viejos compinches. Y George Middler visitó a varios de los chicos de la escuela secundaria que compraban cosas en su tienda y que siempre le habían mirado con una mezcla de desconfianza y suficiencia, y sus más oscuras fantasías se realizaron.

Los automovilistas que seguían pasando por la carretera 12 no veían en Solar otra cosa que un cartel de turismo y un anuncio que marcaba el límite de velocidad en sesenta kilómetros por hora. Al salir del pueblo volvían a los ciento veinte y, tal vez, dedicaban un último pensamiento al lugar: Cielos, qué pueblecito tan muerto.

El pueblo guardaba sus secretos, y la casa de los Marsten cavilaba sobre él como un rey destronado.

4

Ben regresó con el coche el día siguiente, al amanecer, dejando a Mark en la habitación del motel. Se detuvo en una bulliciosa ferretería de Westbrook para comprar un pico y una pala.

Salem's Lot permanecía en silencio bajo un cielo sombrío; todavía no había empezado la lluvia. Eran pocos los coches que se veían por las calles. El drugstore seguía abierto, pero el Café Excellent estaba cerrado, con las cortinas verdes corridas. Habían retirado la lista de platos de los escaparates, y la pequeña pizarra donde se anunciaba la especialidad del día estaba borrada.

Al ver las calles vacías, Ben sintió un escalofrío y le volvió a la memoria una imagen de un viejo álbum de rock and roll, con la figura de un travestí en la tapa, de perfil contra un fondo negro, un rostro extrañamente masculino, sangrante de maquillaje. Título: Sólo salen de noche.

Fue primero a la casa de Eva, subió por las escaleras y entró en su habitación. Todo estaba como él lo había dejado: la cama sin hacer, un paquete de cigarrillos abierto sobre el escritorio. Debajo de éste había una papelera metálica, vacía, y Ben la llevó al centro de la habitación.

Tomó su manuscrito, lo arrojó a la papelera y con la página del título hizo una mecha de papel. La encendió con su Cricket y cuando estuvo inflamada la arrojó sobre el batiburrillo de páginas mecanografiadas. La llama las saboreó, las encontró buenas y empezó a deslizarse ansiosamente sobre los papeles. Los ángulos se retorcían y ennegrecían. Un humo blanquecino empezó a elevarse de la papelera. Ben se inclinó sobre el escritorio y abrió la ventana.

Su mano encontró el pisapapeles -el globo de cristal que le acompañaba desde los años de infancia pasados en ese pueblo ensombrecido- y sin darse cuenta lo aferró, reviviendo un sueño donde visitaba la casa de un monstruo. «Sacúdelo y mira cómo va cayendo la nieve.»

Lo sacudió y lo puso a la altura de los ojos, como había hecho de niño, y el juguete hizo su vieja treta. A través de la nieve flotante se alcanzaba a ver una casita de pan de jengibre, con un camino que llevaba hasta ella. Los postigos estaban cerrados, pero un muchacho imaginativo podría fantasear que uno de ellos se iba abriendo lentamente, como en realidad parecía que uno de ellos se abriera ahora, empujado por una larga mano blanca, y que un rostro pálido se asomaba a mirarle a uno, a sonreírle con una mueca de dientes largos, a invitarle a entrar en esa casa que no era de este mundo, en su interminable país de fantasía donde la nieve era falsa, donde el tiempo era un mito. El mismo rostro que ahora le miraba, pálido y hambriento, un rostro que jamás volvería a mirar la luz del día ni el azul del cielo.

Y que era su propio rostro.

Ben arrojó el pisapapeles a un rincón, donde se hizo añicos.

Y se fue, sin esperar a ver qué escapaba de él.

5

Bajó al sótano en busca del cuerpo de Jimmy, y ésa fue la tarea más dura. El ataúd seguía allí donde había estado la noche anterior, vacío ya incluso de polvo. Sin embargo... no estaba vacío. La estaca había quedado dentro, y había algo más. Ben sintió que se le cerraba la garganta. Dientes. Los dientes de Barlow era lo único que quedaba de él. Ben se inclinó a recogerlos, y se le retorcieron en la mano como minúsculos animalillos blancos que intentaban morder.

Con un grito de repugnancia, los arrojó lejos de sí.

-Dios -susurró, mientras se frotaba la mano contra la camisa-. Oh, Dios mío. Por favor, que esto sea el fin. Que sea realmente su fin.

6

Con dificultad consiguió sacar del sótano el cuerpo de Jimmy, todavía envuelto en las cortinas de Eva. Acomodó el bulto en el maletero del Buick de su amigo y después se dirigió a la casa de los Petrie. En el asiento de atrás, junto al maletín negro de Jimmy, había puesto la pala y el pico. En un claro del bosque, detrás de la casa de los Petrie y próximo al acuático parloteo de Taggart Stream, se pasó la mañana y parte de la tarde cavando una fosa de un metro y medio de profundidad. Allí puso el cuerpo de Jimmy y los de los Petrie, cubiertos todavía por la funda del sofá.

Eran las dos y media cuando empezó a llenar la tumba de esos tres inocentes. A medida que la luz empezó a aclarar lentamente el cielo cubierto de nubes, Ben trabajaba con más y más rapidez. Un sudor que no era causado solamente por el ejercicio iba condensándosele sobre la piel.

Hacia las cuatro, el hoyo estaba cubierto. Volvió al pueblo,

Jimmy. Aparcó el vehículo frente al Excellent, dejando las llaves puestas.

Miró alrededor. Parecía que los abandonados edificios de oficinas se inclinaran con una especie de crepitación sobre la calle. La lluvia, que había comenzado al mediodía, caía suave y lentamente, como un símbolo de duelo. El parquecillo donde Ben se había encontrado con Susan Norton estaba vacío y solitario. Las cortinas del ayuntamiento estaban bajadas. En el cristal de la oficina inmobiliaria de Larry Crockett, un pequeño cartel amarillento anunciaba irrisoriamente: «Vuelvo enseguida.»

Y el único sonido seguía siendo el de la lluvia.

Ben caminó un poco hacia Railroad Street, sintiendo el resonar de sus tacones sobre la acera. Cuando llegó a casa de Eva se detuvo junto a su coche, mirando por última vez alrededor. Nada se movía.

El pueblo estaba muerto. De pronto lo supo con una certeza absoluta, la misma con que había sabido que Miranda estaba muerta cuando vio su zapato en el asfalto.

Empezó a llorar.

Todavía lloraba cuando el Citroen pasó junto al cartel del turismo, que saludaba: «Te alejas ahora de Jerusalem's Lot, un pueblo agradable. ¡Vuelve pronto!»

Llegó a la autopista. La casa de los Marsten se perdió entre los árboles cuando Ben empezó a descender la rampa. Después se dirigió hacia el sur, hacia Mark, hacia la vida.

EPÍLOGO

Entre estas aldeas diezmadas
sobre este promontorio desnudo
frente al viento del Sur
ante nosotros un rastro de montañas,
escondiéndote,
¿quién confiará en nuestra decisión de olvidar?
¡ Quién aceptará nuestra ofrenda en este final
del otoño?

GEORGE SEFERIS

Ahora están sin ojos.
Las serpientes que una vez sostuvo en alto
le devoran las manos.

GEORGE SEFERIS

1

Del cuaderno de recortes que llevaba Ben Mears (con material tomado del Press Herald de Portland):

19 de noviembre de 1975 (p. 27):

JERUSALEM'S LOT. - La familia de Charles V. Pritchett, que hace apenas un mes compró una granja en el pueblo de Jerusalem's Lot, condado de Cumberland, se marcha del pueblo porque siguen sucediendo cosas misteriosas por la noche, según Charles y Amanda Pritchett, quienes antes de venir aquí vivían en Portland. La granja, un importante establecimiento local situado en Schoolyard Hill, había sido propiedad de Charles Griffen. El padre de Griffen fue propietario de las lecherías Sunshine, Inc., que en 1962 se incorporaron a la Compañía Lechera Slewfoot. No se pudo establecer contacto con Charles Griffen (quien vendió la granja por mediación de un agente de Portland, a un precio que el propio Pritchett calificó de «increíblemente bajo») para pedirle más información. La primera vez que Amanda Pritchett habló con su marido de los «ruidos raros» que se oían en el granero fue poco después de...

4 de enero de 1976 (p. 1):

JERUSALEM'S LOT. - A última hora de anoche o en las primeras de esta mañana se produjo un extraño accidente automovilístico en el pequeño pueblo de Jerusalem's Lot, al sur de Maine. Por las marcas de neumáticos halladas en las inmediaciones, la policía deduce que el coche, un sedán último modelo, circulaba a excesiva velocidad cuando se salió de la carretera y fue a estrellarse contra uno de los postes de alta tensión de la Central Eléctrica de Maine. El coche quedó totalmente destrozado, pero aunque se encontró sangre en el asiento delantero y en el salpicadero, todavía no se ha hallado a los pasajeros. Informa la policía que el coche pertenecía al señor Cordón Phillips, de Scarborough. Según informó un vecino, Phillips y su familia se dirigían a visitar a unos familiares en Yarmouth. La policía piensa que Phillips, su mujer y sus dos hijos pueden haberse alejado y perdido a causa del aturdimiento. Se está organizando una búsqueda...

14 de febrero de 1976 (p. 4):

CUMBERLAND. - La señora Fiona Coggins, una viuda que vivía sola en Smith Road, West Cumberland, fue denunciada como desaparecida ante la oficina del sheriff de Cumberland. La denuncia fue efectuada esta mañana por su sobrina, la señora Gertrude Hersey, quien dijo a los funcionarios de policía que su tía es una persona muy solitaria y de mala salud. Aunque la policía está investigando, ha declarado que hasta el momento es imposible saber qué...

27 de febrero de 1976 (p. 6):

FALMOUTH. - John Farrington, anciano granjero que residió durante toda su vida en Falmouth, fue encontrado muerto en su establo, a primera hora de esta mañana, por su yerno Frank Vickery. Vickery declaró que Farrington estaba caído boca abajo junto a un montón de heno, con la horquilla cerca de la mano. David Rice, el médico forense del condado, dice que aparentemente Farrington murió de un derrame cerebral, o tal vez de una hemorragia interna...

20 de mayo de 1976 (p. 17):

PORTLAND. - Los guardabosques del condado de Cumberland han recibido instrucciones del Servicio de Conservación de la Fauna y Flora de Maine de estar alerta ante las depredaciones de una jauría de perros salvajes que probablemente asola la zona de Jerusalem's Lot, Cumberland y Falmouth. Durante el último mes se han encontrado varias ovejas muertas, con la garganta y el vientre destrozados. En algunos casos, a los animales les habían sido retiradas las vísceras. «Como ustedes saben -declaró el guardabosque Upton Pruitt-, esta situación ha empeorado mucho en el sur de Maine...»

29 de mayo de 1976 (p. 1):

JERUSALEM'S LOT. - Se sospecha algo turbio en la desaparición de la familia de Daniel Holloway, que recientemente se había trasladado a una casita situada en Taggart Stream Road, en este pequeño municipio del condado de Cumberland. La policía fue alertada por el abuelo de Daniel Holloway, quien se alarmó al comprobar repetidas veces que nadie contestaba sus llamadas telefónicas.

El matrimonio Holloway y sus dos hijos se trasladaron a Taggart Stream Road en abril, y se habían quejado a sus amigos y familiares de que oían «ruidos extraños» durante la noche.

Durante los últimos meses, Jerusalem's Lot se ha convertido en el centro de una serie de acontecimientos extraños, y son muchas las familias que...

4 de junio de 1976 (p. 2):

CUMBERLAND. - La señora Elaine Tremont, una viuda que vive en una casita en Back Stage Road, en la parte occidental de este pequeño pueblo del condado, fue ingresada a primera hora de esta mañana en el hospital de Cumberland, con un ataque cardíaco. La señora Tremont declaró a este periódico que había oído un ruido como si rascaran la ventana de su dormitorio mientras estaba viendo la televisión, y al levantar los ojos vio una cara que la estaba mirando.

«Tenía una sonrisa espantosa -dijo la señora Tremont-. Era horrible. Jamás he tenido tanto miedo en mi vida. Y desde que desapareció esa familia de Taggart Stream Road, me he pasado todo el tiempo asustada.»

Nuestra entrevistada se refería a la familia de Daniel Holloway, que a comienzos de la semana pasada desapareció de su residencia en Jerusalem's Lot. La policía dijo que se está investigando si existe alguna relación, pero...

2

El hombre alto y el muchacho llegaron a Portland a mediados de septiembre y se alojaron tres semanas en un motel de la localidad. Estaban acostumbrados al calor, pero después del clima seco de Los Zapatos, el alto grado de humedad les resultaba fatigoso a ambos. Los dos pasaban mucho tiempo nadando en la piscina del motel, y miraban mucho el cielo. El hombre compraba todos los días el Press Herald de Portland. Leía las predicciones meteorológicas y estaba atento a todo lo relacionado con Salem's Lot. Al noveno día de haber llegado ellos a Portland, desapareció un hombre en Falmouth. Su perro apareció muerto en el patio. La policía estaba investigando.

El 6 de octubre el hombre se levantó temprano y se quedó un rato en el jardín delante del motel. La mayoría de los turistas ya se había ido, estaban de vuelta en Nueva York, Nueva Jersey, Florida, Ontario, Nueva Escocia, Pensilvania y California. Los turistas dejaban su basura y sus dólares, y dejaban también que los nativos disfrutaran de la estación más hermosa de su comarca.

Esa mañana había algo nuevo en el aire. No había bruma en el horizonte, ni esas nieblas bajas, lechosas, que suelen rodear las patas de los carteles de publicidad levantados en el campo, al lado de la carretera. El cielo de la mañana estaba muy claro, y el aire se sentía helado. Al parecer, el veranillo de San Martín había terminado de la noche a la mañana.

El chico salió y se acercó a él.

-Hoy -dijo el hombre.

3

Era casi mediodía cuando llegaron al desvío de Salem's Lot. Ben evocó ¿olorosamente el día que había llegado allí, decidido a exorcizar todos los demonios que le habían acosado, y sin dudar un momento del éxito. Era un día más cálido que el de hoy, y el

viento del oeste no soplaba con tanta fuerza. Recordó haber visto dos chiquillos con cañas de pescar. Ese día el cielo se veía de un azul más duro y más frío.

La radio del automóvil proclamaba que el peligro de incendios ascendía a cinco, la segunda frecuencia en la tabla. En el sur de Maine no se habían producido precipitaciones de importancia desde la primera semana de septiembre. El disc-jockey de la emisora advirtió a los conductores que apagaran las colillas, y después puso un disco con una canción sobre un hombre que iba a saltar desde una torre por amor.

Siguieron por la carretera 12 hasta pasar el cartel de turismo y se encontraron en Jointner Avenue. Ben vio que el semáforo no estaba encendido. Ya no se necesitaban luces de advertencia.

Después entraron en el pueblo. Lo atravesaron con lentitud, y Ben sintió que el antiguo miedo volvía a descender sobre él, como una vieja chaqueta que uno encuentra en el ático y que le queda estrecha, pero todavía le sirve. Mark iba rígidamente sentado junto a él, con un frasco de agua bendita que había traído desde Los Zapatos. Se lo había dado el padre Gracon, como presente de despedida.

Con el miedo, volvieron los recuerdos, casi desgarradores.

El drugstore de Spencer había pasado a manos de un tal La-Verdiére, pero no parecía que anduviera mejor. Los escaparates cerrados estaban sucios y vacíos. La parada de autobuses Greyhound había desaparecido. En el ventanal del Café Excellent, un letrero torcido anunciaba que estaba en venta, y todos los taburetes instalados frente a la barra habían sido retirados, sin duda para llevarlos a más prósperos lugares. Al seguir por la calle vieron que sobre lo que había sido la lavandería, el mismo cartel seguía proclamando «Barlow y Straker Antigüedades», pero ahora las letras doradas estaban manchadas de herrumbre y hablaban inútilmente a las aceras vacías. El escaparate estaba vacío; la gruesa alfombra, sucia. Ben pensó en Mike Ryerson y se le ocurrió si seguiría durmiendo en la caja en la trastienda. Al pensarlo sintió que la boca se le secaba.

Ben disminuyó la marcha en la encrucijada. Por la colina se veía la casa de los Norton, con el césped crecido y amarillento delante, y también en el fondo, donde Bill Norton había construido la barbacoa de ladrillo. Algunas ventanas estaban rotas.

Un poco más adelante, detuvo el coche para mirar el parque. El monumento presidía el desordenado crecimiento de arbustos y malezas. La piscina de los niños estaba invadida por las plantas acuáticas del verano. En los bancos, la pintura verde se descascarulaba. Las cadenas de los columpios se habían enmohecido, y si alguien hubiera querido columpiarse en ellos, los ásperos chirridos habrían sido lo bastante desagradables para estropear la diversión. El tobogán se había desplomado y elevaba rígidamente las patas, cómo un antílope muerto. Y colgaba de un ángulo del cuadrado de arena, con un brazo pendiente flojamente sobre la hierba, había una muñeca de trapo. Los botones que le servían de ojos parecían reflejar un horror negro e insípido, como si hubieran visto todos los secretos de las tinieblas durante su larga permanencia en aquel cuadrado de arena. Y tal vez fuera así.

Al levantar los ojos, Ben vio la casa de los Marsten, siempre con los postigos cerrados, vigilando el pueblo con desvencijada malevolencia. Ahora era inofensiva, pero ¿por la noche?

Las lluvias debían de haberse llevado la hostia con que Callahan la había sellado. Y si ellos querían podía volver a pertenecerles, como un santuario, como un faro de las tinieblas que dominara ese pueblo muerto y esquivo. Ben se preguntó si se reunirían allí. ¿Vagaban, mortalmente pálidos, por los pasillos al anochecer, celebrando sus algazaras, sus siniestros servicios al amo de su amo?

Sintió frío y apartó los ojos.

Mark estaba mirando las casas. En la mayor parte de ellas, las cortinas estaban corridas; en otras, las ventanas descubiertas dejaban ver habitaciones vacías. Eran peores

que las que se mantenían decentemente cerradas, pensó Ben. Parecían mirar a esos intrusos diurnos con la mirada vacía de los retrasados mentales.

-Están en esas casas -dijo Mark-. Ahora mismo, en todas esas casas. Detrás de las cortinas, en las camas, en los armarios, en los sótanos, debajo de los suelos. Escondidos.

-Tómatelo con calma -le aconsejó Ben.

El pueblo desapareció a sus espaldas. Ben tomó por Brooks Road y siguieron hasta pasar la casa de los Marsten, con sus postigos desvencijados.

Mark le señalaba algo, y Ben miró. A través del césped habían ido abriendo una senda, que llevaba desde el porche al camino. Cuando la hubieron pasado, Ben sintió que algo se le aflojaba en el pecho. Ya habían hecho frente a lo peor, que quedaba a espaldas de ellos.

Después de enfilar Burns Road, no muy lejos del cementerio de Harmony Hill, Ben detuvo el coche y los dos descendieron. Juntos, se internaron en el bosque. Malezas y ramitas se rompían bajo sus pies, ásperamente, con un chasquido seco. Había un olor denso, y se oía el chirrido de las últimas cigarras. Los dos subieron a una pequeña prominencia, una especie de loma desde donde se dominaba el espacio entre los bosques por donde corrían los cables de alta tensión de la Central de Maine, oscilantes bajo la fresca brisa de ese día. Algunos arboles empezaban a colorearse.

-La gente de esa época dice que es aquí donde empezó -dijo Ben-, allá por 1951. Soplaba el viento del oeste. Ellos piensan que tal vez alguien arrojó un cigarrillo. Un cigarrillo, nada más. Y el incendio se extendió por los pantanos sin que nadie pudiera detenerlo.

Sacó del bolsillo un paquete de Pall Mall, miró pensativamente el emblema -in hoc signo vinces- y después desgarró la cubierta de celofán. Encendió uno y arrojó la cerilla. El cigarrillo le sabía sorprendentemente bueno, aunque hacía meses que no fumaba.

-Ellos tienen sus lugares -reflexionó-. Pero podrían perderlos. Muchos de ellos podrían resultar muertos... o destruidos. Pero no todos. ¿Comprendes?

-Sí -dijo Mark.

-No son muy inteligentes. Si pierden sus escondrijos, la segunda vez se esconderán mal. Con que un par de personas buscaran en los lugares obvios podría ser bastante. Tal vez para la primera nevada todo podría haber terminado en Salem's Lot... o tal vez nunca llegue a terminar. No hay garantía, ni en un sentido ni en otro. Pero sin algo que los obligue a salir, no habría probabilidad ninguna.

-Claro.

-Será desagradable y peligroso.

-Losé.

-Pero dicen que el fuego purifica -prosiguió Ben-. La purificación debe significar algo, ¿no crees?

-Sí.

Ben se levantó.

-Tenemos que regresar.

Arrojó la colilla en una pila de ramas secas y hojas quebradizas. La cinta blanca del humo se elevó, tenue, contra el fondo verde de los juníperos, hasta casi un metro, antes de que el viento se la llevara. Unos seis metros más allá, hacia donde soplaba el viento, había una gran trampa de caza abandonada.

Fascinados, los dos miraban el humo.

El humo fue espesándose. Apareció una lengua de fuego. Pequeños estallidos salían de la pila de ramas y hojas secas a medida que las ramitas iban prendiendo.

-Esta noche no se dedicarán a matar ovejas ni a visitar granjas -dijo Ben suavemente-. Esta noche huirán. Y mañana...

-Tú y yo -dijo Mark, y cerró el puño.

Ya no tenía el semblante pálido; un color sonrosado le animaba la piel. Los ojos le brillaban.

Juntos volvieron al camino y se alejaron.

En el pequeño claro que daba sobre los cables de alta tensión, las llamas empezaron a arder con más fuerza entre la maleza, avivadas por el viento otoñal que soplaba del oeste.

Octubre de 1972
Junio de 1975.